

# **TRILOGÍA DE LA FLOTA NEGRA**

## **3**

### **LA PRUEBA DEL TIRANO**

Autor: (1996) Michael P. Kube-McDowell

Título Original: Tyrant's Test

#### **Agradecimientos**

Escribir «La trilogía de la Flota Negra» ha sido o la diversión más agotadora o la maratón más agradable de toda mi carrera como escritor. En cualquiera de los dos casos, los últimos diecisiete meses han estado asombrosamente llenos de acontecimientos: una casa nueva, dos nuevos bebés (Amanda y Gavin), y más de trescientas mil palabras de ficción nueva.

Aunque durante las muchas horas que pasé con mi viejo amigo Qwerty estuve solo, nunca podría haber aguantado todas esas horas, o haberles sacado tanto provecho, sin la ayuda de una gran conspiración de aliados.

El primer lugar entre ellos corresponde a mi familia inmediata, Gwen Zak y mi hijo Matt, y mi familia extendida *de facto*, Rod Zak y Arlyn Wilson. Con incansable elegancia y buen humor, echaron una mano allí donde hacía falta, e hicieron lo que hubiese que hacer en cada momento para mantener a raya a los dragones y conservar encendidos los fuegos del hogar.

Los veteranos profesionales de esta conspiración fueron el superagente del SCG Russ Galen, el director de publicaciones de Bantam Tom Dupree, la productora de BDD Audio Lynn Bayley y Sue Rostoni de Lucasfilm. Obrando su misteriosa magia a través de medios tan arcanos como el fax, el teléfono y el correo electrónico, consiguieron llegar hábilmente hasta los elementos más distantes del gran plan general.

Después estuvieron los muchos simpatizantes que —aunque sin ser miembros formales de mi célula— aun así ofrecieron sus conocimientos o servicios en ayuda de nuestra causa. La lista es muy larga, y dentro de ella he de otorgar un lugar prominente a Dan Wallace, Craig Robert Carey, Timothy O'Brien, R. Lee Brown, Michael Armstrong, Jim Macdonald, Daniel Dworkin, Evelyn Cainto y Mike Stackpole.

Mientras tanto, John Vester, Dave Phillips y Jennifer Hrynik llevaron a cabo una campaña de camuflaje y desorientación diabólicamente astuta.

Aunque las precauciones de seguridad limitan mi libertad de dar nombres, también quiero agradecer la ayuda y los consejos que obtuve de los tecleadores voluntarios del forum Media Dos de CompuServe SF (GO SFMEDTWO) y el Roundable 3 de Genie SF (SFRT 3), y de los bribones del RASSM.

Ofrezco mi más entusiástico saludo al jefe de arquitectos de la Rebelión, George Lucas, sin cuya inspiración ninguno de nosotros estaría aquí.

Finalmente, quiero expresar mi sincera gratitud a los verdaderos creyentes de la causa — los fans de la Guerra de las Galaxias esparcidos por todo el globo— por haberme acompañado en este viaje. Vuestro ilimitado entusiasmo y vuestro apoyo, tan claramente expresado en todo momento, han significado mucho para mí.

31 de agosto de 1996 *Okemos, Michigan*

## Lista de personajes

*En Coruscant, capital de la Nueva República:*

**Princesa Leia Organa Solo**, presidenta del Senado y jefe de Estado de la Nueva República

**Alóle y Tarrick**, ayudantes de Leia

**Almirante Hiram Drayson**, jefe de Alfa Azul

**General Carlist Rieekan**, director del Servicio de Inteligencia de la Nueva República

**Brigada Collomus**, jefe de operaciones de la INR

**Primer Administrador Nanaod Egh**, director administrativo de la Nueva República

**Mokka Falanthas**, ministro de la Nueva República

**Senador Behn-kihl-nahm**, presidente del Consejo de Defensa y amigo y mentor de Leia

**Senador Rattagagech de Elom**, presidente del Consejo de Ciencia y Tecnología

**Senador Doman Beruss de Illodia**, presidente del Consejo Ministerial

**Senador Borsk Fey'lya de Kothlis**, presidente del Consejo de Justicia

**Senador Tig Peramis de VV alalia**

**Belezaboth Ourn**, cónsul extraordinario de Paqwepori

*Con el Quinto Grupo de Combate de la Flota de Defensa de la Nueva República, en el Sector de Farlax:*

**General Etahn Ábaht**. Comandante de la Flota

**Coronel Corgan**, oficial táctico

**Coronel Mauit'ta**, oficial de inteligencia

**Capitán Morano**, comandante del *Intrépido*, navio insignia de la Quinta Flota

**Plat Mallar**, único superviviente de la incursión yevethana contra Polneye

*A bordo del Vagabundo de Teljkon:*

**General Lando Calrissian**, agregado de la Flota a la expedición **Lobot**, administrador en jefe de la Ciudad de las Nubes, de vacaciones

**Cetrespeó**, androide de protocolo **Erredós**, androide astromecánico

*A bordo del yate Dama Suerte y persiguiendo al Vagabundo de Teljkon:* **Coronel Pakkpekatt**, comandante de la expedición, Inteligencia de la Nueva República

**Capitán Bijo Hammax**. Comandante del grupo de incursión

**Pleck y Taisden**, agentes técnicos de la INR

*A bordo del navio de investigación del Instituto Obroano Abismos de Penga, en Maltha Obex:* **Doctor Joto Eckels**, arqueólogo

*En N'zoth, mundo-cuna de los yevethanos, en el Cúmulo de Koornacht, Sector de Farlax:*

**Nil Spaar**, virrey del Protectorado Yevethano **Eri Paalle**, ayudante personal de Nil Spaar  
**Dar Bille**, guardián del navio insignia yevethano **Tal Fraan**, guardián personal del virrey  
**General Han Solo**, prisionero

*A bordo del esquife Babosa del Fango, en ruta hacia J't'p'tan, en el Cúmulo de Koornacht, Sector de Farlax:* **Luke Skywalker**, un Maestro Jedi **Akanah**, una adepta de la Corriente Blanca

*En Kashyyyk, mundo natal de los wookies:*

**Chewbacca**, asistiendo a la ceremonia de mayoría de edad de su hijo Lumpawarump

Después de que hubieran descendido tres ni veles por debajo de Rwookrrorro y hubiesen avanzado dieciocho kilómetros en dirección noroeste a lo largo del Sendero de Rryatt, el Pozo de los Muertos apareció como una imponente muralla verde por delante de Chewbacca y su hijo Lumpawarump.

A tales profundidades en la jungla wroshyr de Kashyyyk, la confusión de ramas y troncos normalmente estaba dominada por una esterilidad casi completa. La cantidad de luz que lograba atravesar los gruesos doseles superiores era tan escasa que cualquier hoja que pudiera llegar a brotar no tardaba en marchitarse. Las ventosas grisáceas del velo nupcial y el falso shyr de hoja en forma de paleta, ambos parásitos, y las ubicuas lianas kshyy eran el único adorno vegetal de las sendas y caminos de aquella zona.

Pero ni el velo nupcial ni el falso shyr eran lo suficientemente abundantes para llegar a obstruir aquellos caminos y obligar a los wookies a desplazarse por la parte inferior de la red de ramas. Los wookies —y las criaturas que tenían su morada en aquel nivel— podían moverse libremente por encima del complicado laberinto. A pesar de la poca luz, lo habitual era que se pudiera ver hasta quinientos metros de distancia, con los troncos de los árboles wroshyr proporcionando la única cobertura.

Se hallaban en el Bosque de las Sombras, el reino de los ágiles rkkrrkrl, o tejedores de trampas, y de los lentos y torpes rroshm, unos herbívoros que ayudaban a mantener despejados los caminos alimentándose con el velo nupcial.

Los habitantes más numerosos eran los diminutos bichos-aguja de lengua espinosa, cuyas probóscides chupadoras podían atravesar la dura corteza de los árboles wroshyr para absorber la savia que circulaba por debajo de ella.

Los habitantes más peligrosos eran los escurridizos kkekkrrg rro, los Moradores de las Sombras de cinco miembros, que preferían vagabundear por los niveles inferiores y preferían, de una manera todavía más intensa, el sabor de la carne. Los Moradores de las Sombras nunca atacarían a un wookiee adulto, pero largos siglos de historia, ya casi totalmente olvidados en su mayor parte, habían convertido a los kkekkrrg rro en la personificación del enemigo invisible al acecho, y raro era el wookiee que no alargaba la mano hacia su arma en cuanto veía uno.

Chewbacca le había enseñado y explicado todo eso y muchas cosas más a su hijo mientras iban descendiendo desde los terrenos de caza de los Jardines del Crepúsculo, que se encontraban un nivel más arriba. Los recuerdos no habían dejado de revolotear a su alrededor ni un solo instante en aquella atmósfera estancada. Algunos eran recuerdos de su viaje de ascendencia en compañía de su padre, Attitchitcuk, de las pruebas que le habían ganado el derecho a lucir su faltriquera, de llevar un arma en la ciudad y de elegir y confirmar su nombre.

«Doscientos años, y el bosque sigue igual... Sólo que ahora soy el padre en vez del hijo...»

Chewbacca también recordaba vividamente la alocada y temeraria expedición que él y Salporin habían hecho al Bosque de las Sombras cuando ya faltaba muy poco para su mayoría de edad. Desarmados salvo por un cuchillo ryyk que Salporin le había robado a su hermano mayor, Chewbacca y su amigo habían salido del anillo del jardín de infancia y habían descendido a reinos cuyo acceso estaba prohibido a los niños que aún no habían dejado de ser.

Los dos jóvenes wookies habían creído estar preparándose para lo desconocido, pero sólo habían conseguido que lo desconocido acabara aterrorizándoles. Su valor se había ido esfumando junto con el progresivo desvanecimiento de la luz, y cuando llegaron al Bosque de las Sombras un encuentro con un tejedor de trampas un poco más nervioso de lo habitual bastó para hacer que salieran huyendo y volvieran a la seguridad de lo familiar.

«Y lo que creímos ver llenó nuestras pesadillas hasta que por fin nuestras pruebas de ascensión llegaron... ¡Pobre Salporin! Yo sólo tuve que esperar seis días.»

Si Attitchitcuk llegó a saber —entonces o más tarde— lo que habían hecho, nunca habló de ello.

Chewbacca contempló a su hijo. Dudaba de que hubiera algún viaje secreto oculto detrás

de aquellos ojos llenos de nerviosismo. Años antes, un Lumpawarump muy joven había ido al bosque que se extendía alrededor de Rwookrrorro en busca de moras de wasaka y se había perdido. La pequeña catástrofe había ido creciendo poco a poco con cada repetición oral, hasta que acabó convirtiéndose en una fábula familiar poblada por todos los monstruos ocultos en las oscuras profundidades de la jungla y la imaginación. Pero el miedo había sido muy real aunque el peligro no lo fuese, y desde aquel entonces su hijo no había hecho ningún nuevo intento de alejarse del anillo del jardín de infancia y del árbol donde vivían.

Y Mallatobuck y Attitchituk se habían limitado a permitirlo, y habían dejado que Lumpawarump fuese distinto de los demás jóvenes. Al parecer ninguno de los dos había intentado animar a Lumpawarump a que tomara parte en el proceso de endurecimiento, aquellos enérgicos juegos improvisados y anárquicos del jardín de infancia en el que los jóvenes wookies aprendían a dominar el estilo de lucha incontenible y temerario típico de su raza. Cuando Chewbacca saludó a su hijo con un feroz gruñido, Lumpawarump le dio la espalda y se rindió ante aquel temible sonido como si ya estuviera herido.

Había sido un momento difícil para todos. Pero al final Chewbacca había acabado comprendiendo que estaba viendo una parte del precio que su hijo había tenido que pagar por su ausencia.

Chewbacca tenía que pagar la deuda de vida que había contraído con Han Solo, por lo que había dejado a su hijo en su mundo natal para que fuera criado por su madre y su abuelo. No tenía ningún reproche que hacer a su amor o a sus cuidados, pero aun así a su hijo le había faltado algo: Lumpawarump había echado en falta esa chispa misteriosa que hubiese debido crear el rrakktor, el fuego desafiante, la impaciente fortaleza que constituía el corazón de un wookie. Lumpawarump ni siquiera tenía un amigo como Salporin para ponerse a prueba a sí mismo mediante las presas y los intercambios de palmadas de las peleas cotidianas.

El calendario decía que ya iba siendo hora de que así fuese. Lumpawarump había crecido de golpe hasta alcanzar la talla de un adulto. Pero sólo había empezado a llenar aquel cuerpo tan alto, y estaba claro que aún no percibía el poder de su corpulencia. Tampoco resultaba difícil ver que Lumpawarump se sentía muy impresionado por su famoso padre, y que anhelaba obtener su aprobación con una intensidad casi paralizante. Aparte de eso, Chewbacca todavía estaba intentando hacerse una idea de cómo era realmente Lumpawarump.

Las manos de su hijo encerraban un gran talento. Aunque había tardado nueve días en completar la tarea, Lumpawarump había dado muestras de gran habilidad a la hora de construir su arco de energía —los errores que había cometido eran justamente el tipo de errores que sólo la experiencia le enseñaría a corregir—, y además había demostrado que sabía empuñarlo con mano firme cuando derribó a un kroyies con él en la primera de las pruebas de caza.

Pero la segunda prueba, que consistía en capturar y matar a uno de los herbívoros de grandes ojos del nivel tres, había requerido todavía más tiempo y no había ido tan bien. Y la prueba que le aguardaba dentro del Pozo de los Muertos prometía someter a Lumpi a desafíos mucho mayores que aquellos para los que estaba preparado. Chewbacca se volvió hacia su hijo.

[Explícame qué es lo que estamos viendo.]

[Es una herida en el bosque que indica el sitio en el que algo cayó del cielo hace mucho tiempo. Es el fondo del gran abismo de Anarrad, que vemos desde los miradores más elevados de Rwookrrorro.]

[¿Y por qué Kashyyyk no curó la herida?]

[No lo sé, padre.]

[Porque Kashyyyk necesitaba un hogar para los katarns. La luz se precipita sobre las profundidades y llama a la joven vitalidad de los árboles wroshyr. Las hojas verdes dan cobijo a los colorios alados y proporcionan sustento a los duendes y a los mallakins. Los colorios invitan a los lanzadores de redes, y los mallakins llaman a los merodeadores del bosque. Y el katarn, el viejo príncipe de la selva, acude al banquete.]

[Si Kashyyyk le ha dado este sitio al katarn, ¿por qué debemos cazarlos?]

[Porque ése es el pacto que hicimos con ellos hace ya mucho tiempo.]

[No lo entiendo.]

[Hubo un tiempo en el que ellos nos cazaban a nosotros, y las riquezas de los niveles más elevados del bosque fueron suyas durante un millar de generaciones. Pero sus cacerías no nos destruyeron. Nada de este mundo ha de ser desperdiciado, hijo mío. El katarn dio al wookie su fuerza y su coraje, y permitió que el wookie encontrara el rrakktor. Ahora nosotros cazamos a los katarns para devolverles el gran don que nos hicieron. Algún día volverá a ser su turno de cazarnos.]

El transporte *Audacia* se extendía delante de Plat Mallar como una escarpada isla gris perdida en un interminable mar vacío. Los cazas de morro achatado de la pantalla interceptora trazaban veloces órbitas a su alrededor, yendo y viniendo por el vacío como una bandada de aves de presa.

—Pues a mí me parece que todo tiene muy buen aspecto —dijo Pájaro Cuatro.

—Es un espejismo —replicó Pájaro Seis—. Nos cortarán la cabeza por haber perdido al comodoro.

—Dejaos de charlas y agrupad la formación —dijo el teniente Bos, el líder de vuelo—. Operaciones de vuelo del *Audacia*, aquí líder del Escuadrón Bravo. Solicito vectores de descenso en la parrilla circular. Tengo a diez pájaros listos para posarse en el nido.

En circunstancias normales, el jefe de vuelo habría transferido el mando del escuadrón al oficial de superficie del hangar de atraque, quien a su vez habría activado los cuatro haces láser de guía del sistema de alineación de descenso para que dirigieran a los cazas en su trayectoria de aproximación. Pero todas las compuertas de los hangares del *Audacia* parecían estar herméticamente cerradas.

—Manténganse a dos mil metros y permanezcan a la espera, líder de vuelo.

—¿Qué está pasando, *Audacia*?

—Por el momento no dispongo de más información que comunicarles. Manténganse a dos mil metros y permanezcan a la espera.

—Entendido. Escuadrón Bravo, parece que todavía no están preparados para recibirnos. Seguiremos un vector paralelo a la trayectoria del transporte a dos mil metros de distancia, manteniendo una formación de hilera con la distancia de descenso habitual entre caza y caza hasta que nos indiquen que podemos entrar.

—¿Son imaginaciones mías, o esos cañones nos están apuntando? —susurró el Pájaro Nueve por la banda de combate dos, la frecuencia de comunicación de nave a nave—. Cada vez que miro hacia abajo me encuentro con los agujeros de los cuatro cañones de una batería.

Plat Mallar levantó los ojos de los controles y examinó el flanco del transporte a través del sistema óptico de reconocimiento, y enseguida tuvo que admitir que realmente parecía como si un considerable número de baterías estuvieran siguiendo a la hilera de cazas.

—Quizá no tenga nada que ver con nosotros —murmuró por el canal de comunicaciones—. No sabemos qué ha estado ocurriendo ahí fuera.

—Operaciones de vuelo del *Audacia* a líder del Escuadrón Bravo, que todos los cazas desconecten sus motores y apaguen sus toberas. El proceso de recuperación se llevará a cabo mediante los haces de tracción.

—Recibido —dijo el teniente Bos—. Escuadrón Bravo, ya habéis oído al jefe... Convertíos en rocas, chicos.

—Teniente, aquí Pájaro Cinco... ¿Esa orden incluye a los impulsores de mantenimiento de posición?

—Van a introducirnos en el hangar tirando de nosotros uno por uno, Pájaro Cinco. ¿Es que no sabes qué ocurrirá si continuas con las toberas abiertas cuando el haz de tracción empiece a tirar?

—Sí, señor. Lo siento, señor. Es sólo que... Bueno, no lo entiendo. ¿Por qué están haciendo todo esto, teniente? ¿Por qué no permiten que pilotemos nuestras naves durante la maniobra de abordaje y entremos por nuestros propios medios?

—No nos pagan para discutir o hacer preguntas, chico —dijo Bos—. Limitate a hacer lo que han dicho.

—Yo sé por qué lo hacen —dijo secamente Pájaro Ocho—. No están muy seguros de quién pilota nuestros cazas. Por lo que a ellos respecta, los yevethanos podrían habernos arrojado al espacio durante la emboscada y haber metido a un grupo de incursión en las carlingas. Eso podría crearles muchos problemas.

—Vamos a iniciar la operación de recuperación, líder del Escuadrón Bravo —transmitió el *Audacia*—. Les pedimos que mantengan un silencio total de comunicaciones hasta nuevo aviso.

—Afirmativo, *Audacia*. Escuadrón Bravo, mantened un silencio total de comunicaciones con efectividad inmediata.

El ala-X de reconocimiento del teniente Bos fue el primero en ser sacado de la formación y remolcado hasta el hangar de atraque situado más cerca de la popa del *Audacia* por el hilo invisible de un haz de tracción. Plat Mallar no pudo ver qué ocurrió después: no disponía de un

buen ángulo de observación del hangar, y las puertas exteriores volvieron a cerrarse rápidamente después de que la nave de Bos hubiera desaparecido dentro del hangar. Cinco minutos más tarde el proceso fue repetido con el teniente Grannell y Pájaro Dos, que fueron introducidos en un hangar de la sección central.

Después transcurrió casi una hora antes de que le tocara el turno a Plat Mallar..., una larga y solitaria hora de nervioso silencio lleno de preocupación. «Nunca nos perdonarán que nos quedáramos cruzados de brazos y permitiéramos que hicieran algo semejante —pensó Plat mientras su nave empezaba a moverse—. Nunca volverán a confiar en nosotros.»

Las luces del hangar de atraque, ajustadas a los niveles empleados para los trabajos de mantenimiento y los exámenes de objetos extraños, parecían arder. Después de haber pasado casi dos días bajo la iluminación de combate de la carlinga, Plat Mallar quedó cegado. Antes de que sus ojos pudieran adaptarse a la nueva claridad, Plat oyó el bocinazo de la alarma de rescate y el siseo del mecanismo hidráulico mientras la carlinga empezaba a elevarse a su alrededor.

—¡Salga de ahí! —ladró secamente la voz de alguien acostumbrado a mandar mientras una escalerilla de abordaje emitía un tintineo metálico al chocar con el flanco del ala-X de reconocimiento.

Plat entrecerró los ojos en un intento de ver algo a través del resplandor y empezó a levantarse, pero los umbilicales que no podía ver tiraron de su cuerpo. Luchó durante unos momentos con los seguros y después fue a tientas hasta la escalerilla, ayudado por una mano que guió su bota hasta el primer peldaño.

Cuando llegó al final de la escalerilla, Plat ya podía ver lo suficientemente bien para identificar a los seis soldados con casco y armadura de combate que rodeaban el ala-X de reconocimiento. Sus rifles desintegradores siguieron apuntándole mientras ponía los pies en el suelo y se apartaba de la nave.

Pero los dos oficiales de seguridad que se encontraban lo suficientemente cerca de él para tocarle no parecían ir armados.

—Subteniente Plat Mallar presente y a sus órdenes. ¿Qué está pasando? —preguntó Mallar, parpadeando en un frenético intento de eliminar los últimos puntitos de luz que flotaban en su campo visual.

—Quédese donde está mientras echamos un vistazo a su disco de identificación —dijo el más cercano de los dos oficiales.

Mallar sacó el círculo plateado del bolsillo especial de su hombro y se lo alargó al hombre que había hablado.

El mayor introdujo el disco en un lector portátil y examinó la pantalla.

—¿A qué raza pertenece?

—Soy grannano.

—No la conocía —dijo el mayor, devolviéndole el disco—. Granna es un mundo imperial, ¿verdad?

—No sé cuál es su situación actual, señor —dijo Mallar—. Nací en Polneye..., y la política nunca me ha interesado demasiado.

—¿De veras? —El mayor despidió a cuatro de los soldados con un chasquido de los dedos. Al mismo tiempo, los otros dos se echaron las armas al hombro y se colocaron detrás de Mallar, flanqueándole en una silenciosa vigilancia—. ¿Tiene algo que informar acerca de su nave?

Fue entonces cuando Mallar se dio cuenta de que había otro piloto esperando cerca de ellos, con un casco de vuelo sujeto debajo de un brazo. Un técnico con un trineo de instrumental aguardaba junto a él.

—El motor tres se acerca a la línea roja que indica deficiencias en la potencia de impulsión. Aparte de eso, no he notado nada raro.

—¿Algún daño sufrido en combate?

—Eh... Usaron un campo de interdicción y después fuimos alcanzados por una andanada iónica bastante potente. Quizá fueran dos, la verdad es que no lo sé... Todo dejó de funcionar durante casi cuatro minutos.

—¿Algún fallo operacional o alteración de sistemas posterior?

—No, todos los sistemas parecieron volver a funcionar correctamente en cuanto el integrador quedó estabilizado. Los archivos de vuelo deberían contener todos los datos pertinentes.

—Muy bien —dijo el mayor—. Subteniente Plat Mallar, acepto formalmente la entrega del ala-X de reconocimiento KE cuatro-cero-cuatro-cero-nueve, pendiente de inspección técnica, y

le libero de sus responsabilidades en lo concerniente a este aparato. Sargento, escolte a este piloto hasta el área DD-dieciocho y permanezca con él hasta que llegue el oficial encargado de redactar el informe de misión.

—¿Puedo recargar mis purificadores antes? —preguntó Mallar, golpeando suavemente el estuche rectangular de su pecho con las yemas de los dedos.

El mayor frunció el ceño.

—No sé para qué necesita esos purificadores, hijo. Lo único que sé es que si estuviera en su lugar yo no pediría ningún favor..., por pequeño que fuera.

Chewbacca y Lumpawarump estaban inmóviles delante del límite del Pozo de los Muertos, allí donde el Sendero de Rryatt se desviaba hacia Kkkellerr. Chewbacca se volvió hacia su hijo.

[Ha llegado el momento. Dime qué has aprendido. Dime qué cosas has de saber para cazar al katarn.]

Lumpawarump lanzó una mirada llena de nerviosismo a la verde espesura.

[Nunca le enseñes la espalda, porque el katarn te perseguirá. Nunca huyas, porque el katarn te alcanzará. Nunca intentes ir demasiado deprisa en tu cacería, porque el katarn se desvanecerá ante tus ojos.]

[Siendo así, ¿cómo has de vencer a tu adversario?]

[Debes ser paciente, y debes ser valiente], dijo el joven wookiee..., aunque a juzgar por el tono de voz que estaba empleando en aquel momento no se sentía nada valiente. [El katarn permitirá que lo sigas hasta que te haya tomado la medida, y entonces se volverá de repente y se lanzará a la carga.]

[¿Y qué deberás hacer entonces?]

[Entonces deberás permanecer inmóvil hasta que el aliento del katarn caiga sobre tu cara y el olor de sus glándulas llene tus fosas nasales. Tu mano no debe temblar y tienes que darle en el centro del pecho con tu primer disparo, porque el segundo sólo encontrará el aire.]

[Has escuchado con atención y has recordado todo lo que te he dicho. Ahora veremos hasta qué punto has sido capaz de entenderlo.]

Lumpawarump empuñó el arco de energía que había estado colgando de su hombro y acarició el metal recién pulimentado de la culata con su peluda mano.

[Intentaré conseguir que puedas sentirte orgulloso de mí.]

[Hay una cosa más que debes recordar, hijo mío. Presta mucha atención a la luz, y no permitas que la noche te encuentre en el Pozo de los Muertos. Las sombras y la oscuridad siguen perteneciendo al katarn, e incluso el wookiee debe respetar ese hecho.]

[¿Cuántos katarns has cazado, padre?]

[He perseguido al viejo príncipe en cinco ocasiones. Una vez se me escapó. Tres veces cayó ante mí, y en una ocasión me dejó esta advertencia para hacerme entender que no había prestado la atención suficiente a la cacería.]

Los dedos de Chewbacca rodearon la muñeca de su hijo y tiraron de ella hasta hacerle tocar la larga cicatriz doble escondida bajo el espeso pelaje del lado izquierdo de su pecho.

[No cometas ningún descuido, hijo mío...]

Lumpawarump le miró fijamente durante un momento y después apartó la mano y empezó a cargar el arco de energía. Chewbacca le detuvo.

[¿Por qué? ¿He de ir desarmado?]

[Espera hasta que haya llegado el momento adecuado. Si cazas al katarn llevando tu arma en la mano y manteniéndola preparada para hacer fuego, descubrirás que te resulta demasiado fácil disparar impulsado por la prisa, el descuido o la sorpresa..., y entonces habrás renunciado a tu ventaja. Nunca verás al viejo príncipe que acabará contigo.]

Aquellas palabras acabaron de hacer añicos la ya muy debilitada fachada de calma de Lumpawarump.

[Padre... Tengo miedo.]

[Ten miedo. Pero ve en busca del katarn de todas maneras.]

Lumpawarump le contempló en silencio durante unos instantes y después alzó lentamente el arma y volvió a colgársela del hombro.

[Sí, padre.]

Después giró sobre sus talones, y sus manos encontraron una separación en la verde masa de vegetación y la abrieron sin producir ningún ruido. Tras un momento de vacilación, Lumpawarump se deslizó ágilmente por la abertura y desapareció.

Chewbacca contó hasta doscientos sin moverse y después siguió a su hijo hacia las profundidades del Pozo de los Muertos.

El hombre que entró en el compartimento DD-18 vestía un uniforme verde oscuro cuyas insignias no se parecían en nada a las que lucían los tripulantes del *Audacia* o los soldados que viajaban en el transporte.

—Soy el coronel Trenn Gant, del Servicio de Inteligencia de la Nueva República —dijo mientras Plat Mallar se apresuraba a levantarse de un salto—. Siéntese.

Mallar obedeció.

—Supongo que ha venido para hacerme algunas preguntas sobre el ataque sufrido por la lanzadera del comodoro.

—No —dijo Gant—. La verdad es que ya tenemos bastante claro qué ocurrió ahí. —El coronel describió un lento círculo alrededor de Mallar y la mesa antes de sentarse y colocar una grabadora de entrevistas entre ellos—. ¿Cuándo se enteró por primera vez de la naturaleza de la misión?

—¿La naturaleza de la misión? ¿Se refiere a la labor de reconocimiento, o a que escoltaríamos a la *Tampion*? —Mallar esperó durante unos momentos y después siguió hablando al ver que Gant no daba ninguna señal de que fuera a responderle—. Fui convocado al despacho del comandante de adiestramiento a las cero nueve cincuenta de anteayer, y se me dijo que formaría parte de un escuadrón de reconocimiento de alas-X.

—¿Y ésa fue la primera información que recibió sobre aquella misión?

—Sí... Bueno, no. Cuando estábamos en el simulador el día anterior, el almirante Ackbar me dijo que había una posibilidad de que necesitaran pilotos para una misión de acompañamiento. Pero no supe nada más hasta que el capitán Logirth me llamó. Me enteré de los detalles en la reunión informativa, de la misma manera que todos los demás.

—¿A qué detalles se refiere?

—Bueno... Nos dijeron cómo llevaríamos a cabo la misión —respondió Mallar, perplejo y sin entender por qué Gant podía necesitar una explicación—. La distribución de las naves, el vector de salto, la formación que utilizaríamos, el plan de vuelo, el orden de despegue..., el hecho de que escoltaríamos a la *Tampion* y de que algunos de nosotros volveríamos a bordo de la lanzadera.

—¿Eso es todo?

—Bueno... También había algunos detalles técnicos sobre la configuración de las comunicaciones y ese tipo de cosas, sí.

—¿Cuándo se enteró de que el comodoro Solo viajaría a bordo de la lanzadera?

—No nos enteramos de que íbamos a escoltar al comodoro hasta que ya estábamos a bordo de nuestras naves y nos preparábamos para despegar. El teniente Bos reconoció al comodoro cuando estaba subiendo a la lanzadera. Antes de eso, lo único que se nos dijo era que la lanzadera transportaría a algunos altos oficiales.

Gant asintió.

—¿Cuánto tiempo transcurrió entre el momento en que les comunicaron en qué iba a consistir su misión y la llamada para que fuesen a sus aparatos?

—Cuatro horas.

—Necesito que justifique su paradero durante esas cuatro horas. No omita nada.

—Fui directamente a los simuladores y estuve haciendo despegues y maniobras de formación durante dos horas. Cuando iba a los armarios, me acerqué al Muro Conmemorativo y estuve mirando los nombres durante unos diez minutos. Estuve unos cinco minutos en el cubículo de aseo y después me metí en un tubo de sueño y pasé el resto del tiempo intentando..., intentando dormir.

—¿Con quién habló?

—Prácticamente con nadie. Hablé con el teniente Frekka, mi controlador de simulaciones. Intercambié unas cuantas palabras con Rags..., con el teniente Ragsall, que pilotó Pájaro Siete en nuestro grupo. Hablamos de cosas de pilotos.

—¿Qué le dijo exactamente?

—Le pregunté con cuántos de nosotros creía que se iba a quedar el Quinto —respondió Mallar.

—¿Y qué dijo él?

—Dijo que en combate normalmente pierdes tanto la montura como el jinete, y que había muchas probabilidades de que tratándose de una flota nueva necesitaran tantos pilotos como cazas.

—¿Con quién más habló?

Mallar meneó la cabeza.



—Con el jefe de los servicios de mantenimiento para preguntarle si mi ala-X estaba en condiciones, con el líder de vuelo... No recuerdo haber hablado con nadie más. Estaba nervioso, mayor, y cuando estoy nervioso no tengo muchas ganas de hablar.

—¿Por qué estaba nervioso?

—Porque temía cometer un error. Temía hacer algo por lo que pudieran llegar a lamentar el haberme dado una oportunidad.

—¿Habló con alguien de fuera de la base?

—No salí de la base.

—¿Qué me dice de su comunicador?

—No lo utilicé para nada.

—¿Está seguro? Quizá deberíamos echar un vistazo al registro de comunicaciones.

—No hablé con nadie... Espere un momento. Sí, intenté hablar con el almirante Ackbar, pero no estaba disponible.

—Otra vez el almirante Ackbar —dijo Gant—. ¿Tiene alguna clase de relación especial con él?

—Fue mi instructor de vuelo principal, y es amigo mío.

—Ha necesitado muy poco tiempo para hacerse amigo de gente situada en lugares muy altos, ¿eh?

—No sé qué está intentando sugerir. Cuando desperté en el hospital, el almirante Ackbar estaba allí. Nuestra amistad surgió por iniciativa suya.

Para empezar, yo no tenía ningún motivo para querer hacerme amigo de él porque no sabía ni quién era. No lo supe hasta mucho después.

—Si la iniciativa partió de él, ¿por qué intentó llamarle?

—Porque acababa de recibir una buena noticia y no tenía a nadie más con quien poder compartirla sabiendo que comprendía lo que significaba para mí. —Mallar se inclinó hacia adelante y extendió las manos sobre la superficie de la mesa—. Oiga, coronel... Sé que metimos la pata hasta el fondo, y sé que me van a enviar de vuelta a Coruscant. Pero le aseguro que todos habríamos preferido morir antes que tener que presentarnos aquí sin el comodoro.

—¿De veras? —murmuró Gant—. Según la información de que dispongo, ni un solo miembro de su escuadrón llegó a disparar su armamento.

—No podíamos disparar —dijo Mallar, levantándose en una reacción de furia lo suficientemente amenazadora para que el guardia diera un paso hacia adelante—. Fue como en Polneye, como si todo volviera a ocurrir exactamente igual... Nos estaban esperando. Todo terminó antes de que pudiéramos darnos cuenta de lo que estaba pasando. Durante los primeros cinco segundos recibí un mínimo de tres impactos, y creo que todavía salí bien librado. Pero seguí presionando mis gatillos hasta el momento en que la última nave yevethana saltó al hiperespacio..., esperando ver encenderse una luz verde y que ocurriera un milagro.

La mano de Gant se extendió de repente y rodeó la muñeca derecha de Mallar, obligándole a volver la palma hacia arriba. El movimiento reveló varios morados de un negro purpúreo esparcidos sobre la palma y una rugosa ampolla de sangre que recubría el último tercio de su pulgar.

El coronel Gant enarcó una ceja mientras apartaba la mano, y después se recostó en su asiento y cruzó los brazos encima del pecho.

—Sí. Los yevethanos les estaban esperando..., en un punto de intercepción situado a noventa y un años luz de la periferia del Cúmulo de Koornacht. Era algo más que un disparo a ciegas en la oscuridad, ¿comprende? Sabían con toda exactitud quién y qué iba a ser su objetivo. Y ése es mi problema, piloto. Ése es el gran problema que tengo con todo este asunto...

Mallar se relajó en su asiento.

—No sé cómo se las arreglaron los yevethanos para enterarse de que debían esperarnos allí —dijo después—. Si tuviera alguna idea, se la habría expuesto cuando entré aquí en vez de permitir que usted tuviera que perder el tiempo rebuscando entre la arena. Lo único que sé es que la información tuvo que proceder de alguien que fue puesto al corriente de la operación antes que yo..., antes que los pilotos. Corrijame si me equivoco, pero no creo que un navio Interdictor pueda cruzar noventa y un años luz en cuatro horas..., ni siquiera en su mejor día.

—Tiene razón —dijo Gant, alargando la mano y cogiendo la grabadora. Después empujó el disco de identificación hacia Mallar—. Lleve al subteniente Mallar a la sección de los pilotos y enséñele qué ha de hacer para encontrar el cubículo sanitario y la litera cuarenta-D, sargento. Bien, Mallar: hasta que alguien emita nuevas órdenes concernientes a su persona, sus

privilegios de comunicación quedan suspendidos y no podrá salir de la sección de los pilotos.

—Sí, señor. —Mallar se metió el disco en el bolsillo mientras se levantaba—. Gracias, señor.

—No le he hecho ningún favor, Mallar. Estoy buscando un traidor, y todavía no lo he encontrado.

—Sí, señor —dijo Mallar, asintiendo y permitiendo que el soldado le precediera hasta la escotilla.

Gant se levantó y giró sobre sus talones mientras Mallar pasaba junto a él.

—Una cosa más...

Mallar se detuvo de repente, con el pulso súbitamente acelerado.

—¿Sí, coronel?

—¿Por qué cree que los yevethanos les dejaron con vida?

—Al principio pensé que fue para que pudiéramos transmitir el mensaje como testigos, señor.

—¿Y qué piensa ahora?

—Ahora pienso que lo hicieron para humillarnos.

—Explíquese.

—Si hubiéramos muerto ahí fuera o si nos hubieran tomado como rehenes, eso nos habría otorgado una nueva importancia. Lo que hicieron nos dice que ni siquiera somos lo suficientemente importantes para que nos maten. Es como si supieran con toda exactitud qué deben hacer para conseguir que nos sintamos insignificantes. La futilidad, coronel... Ése es el mensaje que querían que transmiéramos. Nos han demostrado que pueden ir adonde quieran y hacer lo que quieran, y que no hay absolutamente nada que podamos hacer para impedirlo.

—No crea eso ni durante un segundo, hijo —dijo el coronel Gant con firmeza—. Esto no ha terminado; de hecho, apenas está empezando... No vamos a quedarnos cruzados de brazos y rendirnos ante esta clase de chantaje. Quizá debamos esperar un poco, pero le aseguro que tarde o temprano tendremos ocasión de utilizar los puños.

—Entonces espero que alguien pueda dar unos cuantos puñetazos en mi nombre —replicó Mallar con los labios empalidecidos por la tensión—. Se lo digo porque creo que he dejado escapar mi única oportunidad de hacerlo.

Media docena de hojas de un árbol wroshyr se agitaron allí donde no había ni un hálito de aire para moverlas, levantándose hasta un palmo por encima de su posición original para volver a caer después. El movimiento traicionó la posición de Lumpawarump, que se encontraba a unos cuarenta metros al este de Chewbacca.

Su hijo no estaba acechando a ningún objetivo. Ni siquiera se estaba moviendo a través del Pozo de los Muertos en busca de su presa. Chewbacca había quedado terriblemente consternado y desilusionado al ver que Lumpawarump avanzaba temerosamente cosa de unos cien pasos vacilantes por la espesura y después se buscaba un escondite, pegando la espalda al tocón de un árbol wroshyr y con el cuerpo oculto por los pesados brotes jóvenes que colgaban de las ramas y que había dispuesto a su alrededor.

De vez en cuando Lumpawarump asomaba la cabeza de su pantalla improvisada y escrutaba el bosque durante unos momentos como si esperase que un katarn fuera a pasar, totalmente visible, por delante de él en un despreocupado paseo. Después, al no ver nada, se retiraba nuevamente a la falsa seguridad de aquella invisibilidad imaginaria en la que tanto deseaba creer.

Pero Chewbacca no había tenido ninguna dificultad para localizar a su hijo, y ninguno de los depredadores del Pozo la tendría tampoco. Además, el tocón en el que confiaba Lumpawarump para que le protegiera creaba un enorme punto ciego desde el que un katarn podía aproximarse y atacar sin ningún aviso previo.

Chewbacca sabía que su hijo corría un peligro mucho más grande de lo que suponía, y sin embargo el código del honor le obligaba a no intervenir salvo para detener un golpe letal. Lo único que podía hacer era observar y esperar, manteniendo su arco de energía preparado para disparar y tratando de que la inquietud no afectara a su concentración hasta el extremo de que él mismo llegara a convertirse en un blanco fácil.

El corpulento wookiee siguió moviéndose para que la acción continuada le ayudara a mantenerse alerta. Chewbacca se fue desplazando en un arco irregular que usaba el escondite de Lumpawarump como ancla, sin acercarse o alejarse demasiado en ningún momento y sin que su presencia llegara a suponer un obstáculo para el disparo que estaba visualizando constantemente en su imaginación.

Vio moverse las hojas de los árboles wroshyr en cuatro ocasiones, y reaccionó al instante en cada ocasión quedándose totalmente inmóvil.

Lumpawarump nunca llegó a verle.

Chewbacca podía repetirse a sí mismo una y otra vez que, incluso si era sorprendido al descubierto, inmóvil y con el rostro ladeado, un wookiee de largo pelaje podía ser confundido con otro de los tallos y montículos de musgo parásito jaddyk que puntuaban el suelo del Pozo. Pero incluso un cazador novato que estuviera utilizando la técnica de parpadeo más simple tendría que haberse dado cuenta de que uno de los tallos de jaddyk estaba cambiando de posición. Eso era una señal clarísima de lo aterrorizado que estaba Lumpawarump mientras se encogía detrás de su telón verde..., lo que a su vez suponía otra terrible desilusión para su padre.

Pero aunque Lumpawarump no se hubiera dado cuenta, Chewbacca no tardó mucho tiempo en estar seguro de que otra criatura sí lo había hecho. Sólo se movía cuando Chewbacca se movía, y sin embargo estaba consiguiendo acercarse lentamente. Permanecía encogida sobre la gruesa capa de vegetación que cubría el suelo del bosque, y se confundía con las sombras. Cuando Chewbacca se volvía en esa dirección, no veía nada. Cuando avanzó hacia la presencia invisible, no tardó en volver a percibirla detrás de él.

La atmósfera del Pozo estaba totalmente inmóvil y saturada de potentes aromas, por lo que Chewbacca no pudo captar el olor de lo que le estaba acechando hasta que estuvo incómodamente cerca. Chewbacca olisqueó el aire y dejó escapar un gruñido ahogado. Otro wookiee surgió de las hojas de los árboles wroshyr a ocho metros de distancia sin producir el más mínimo ruido. Era Freyrr, uno de los muchos primos segundos de Chewbacca, y el cazador más ágil y silencioso de toda la familia.

Después de un intercambio silencioso de miradas y muecas llenas de dientes, Chewbacca y Freyrr quedaron el uno junto al otro y se inclinaron hasta desaparecer entre el follaje. Una vez allí, su conversación prosiguió mediante gruñidos tan débiles que podían ser tomados por el gemir de las ramas.

[¿Dónde está Lumpawarump?], preguntó Freyrr.

[Ha buscado un refugio donde esconderse], dijo Chewbacca, señalando el escondite de su hijo con una inclinación de la cabeza. [¿Por qué estás aquí? ¿Por qué te entrometes en el hrrtayyk de mi hijo?]

[Mallatobuck me ha enviado en tu busca. Hay noticias que no podían esperar hasta tu regreso.]

[¿Qué noticias?]

[Sería mejor que antes salieras del Pozo.]

[Mi hijo no puede marcharse hasta que su prueba haya terminado.]

[Yo me quedaré con él, primo. Shoran te espera en el Sendero de Rryatt, y te lo explicará todo mientras volvéis a Rwookrrorro.]

Una oleada de furia reprimida a duras penas envaró el cuerpo de Chewbacca.

[¿Estás pensando en robarme este deber? ¿Cómo puedes permitir que tu aliento lance tal vergüenza al aire? Incluso cuando la compañera de Jipirr fue quemada por los escarabajos de fuego y cayó del Sendero de la Recolección, incluso cuando la compañera de Grayshk tuvo que ser confinada en su árbol para acabar muriendo consumida por la enfermedad de la sangre amarilla... ¡Ni siquiera entonces fueron apartados del hrrtayyk!]

Freyrr extendió el brazo y sus peludos dedos sujetaron las manos de Chewbacca.

[No levantes la voz, primo.]

El tenue gruñido de respuesta que emitió Chewbacca resultó todavía más amenazador por la facilidad con la que rompió la presa de Freyrr.

[Si no oigo ahora mismo de tus labios qué noticias me has traído, cada tejedor de redes, gundark y katarn que pueda haber en tres niveles del Pozo a la redonda escuchará mi voz al momento siguiente. ¿Y bien, Freyrr? ¿Qué ocurre? ¿Tiene algo que ver con Mallatobuck?]

Freyrr dejó escapar un suspiro de rendición.

[No... Se trata de aquel con quien has contraído tu deuda de vida. Han

Solo ha sido capturado por los enemigos de la princesa Leia. Los yevethanos lo tienen prisionero en algún lugar del Cúmulo de Koornacht. La princesa te pide que vuelvas a Coruscant.]

La carne peluda de su antebrazo fue lo único que impidió que el aullido de preocupación de Chewbacca llegara a escapar de sus labios.

[Veo que por fin lo entiendes], siguió diciendo Freyrr. [Tienes otro deber que está por encima del deber que te retiene aquí. Vete. Shoran te espera. Él te contará el resto. Después

vigilará a tu hijo y cuidará de él durante el resto de las pruebas. Mallatobuck se asegurará de que tu hijo lo entienda.]

La decisión a la que se enfrentaba Chewbacca era muy desagradable, pero no resultó nada difícil de tomar.

[El hrrtayyk puede esperar hasta que vuelva.]

Después se incorporó y abandonó su escondite.

Freyrr se incorporó con él.

[Chewbacca, te lo suplico... Si tu hijo vuelve a Rwookrrorro sin poder anunciar su nuevo nombre, sin poder llevar la faltriquera que Malla ha hecho para él...]

[Eso siempre será mejor para Lumpawarump que el volver encima de tu hombro, primo.] Freyrr le enseñó una boca llena de dientes.

[¿Dudas de mi rraktorr?]

[No, primo. Dudo del suyo.] Chewbacca llamó a Lumpawarump con un gruñido estentóreo que atravesó el Pozo para asustar a una manada de escures y hacer que un charkarr de cuerpo rechoncho se apresurara a remontar el vuelo. Un poco más lejos Chewbacca percibió la agitación de hojas que indicaba la presencia de un katarn que volvía de una cacería.

Chewbacca vio que Lumpawarump no aparecía, y repitió su llamada.

[Ven a mí, primero de mis hijos. Esta noche dormirás en el árbol familiar. Mi hermano de honor corre peligro, y debo ir en su búsqueda.]

## 2

Han abrió un ojo hinchado y amoratado recubierto de sangre seca y, con una mueca de dolor, obligó a la habitación a adquirir nitidez a su alrededor.

—Barth —dijo.

El ingeniero de vuelo estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared opuesta, hecho un ovillo con las rodillas pegadas al pecho y los brazos curvados sobre ellas. Su rostro estaba inclinado hacia abajo y mantenía el mentón pegado al esternón, como si durmiera..., o como si se estuviera escondiendo.

—Barth —repitió Han, empleando un tono de voz más claro y alto.

Esta vez su compañero de celda se removió, levantó la cabeza y la volvió hacia Han.

—Comodoro —dijo con voz sorprendida, y se apresuró a deslizarse sobre la rugosa superficie del suelo para reunirse con él—. No sé cuánto tiempo ha transcurrido desde que lo trajeron aquí... Por lo menos habrán sido varias horas.

—¿Qué ha estado ocurriendo?

—Nada, señor. Ha permanecido inconsciente durante todo ese tiempo. Ni siquiera estaba seguro de que fuera a despertar alguna vez. No me malinterprete, señor, pero... Bueno, espero que no se sienta tan mal como parece indicar su aspecto.

Han permitió que el ingeniero de vuelo le ayudara a sentarse.

—Bueno, no es tan grave. He sido golpeado por bastantes expertos, y comparados con ellos los yevethanos son unos simples aficionados. —Han estiró una pierna, torció el gesto y se apoyó en la pared—. Aunque hay que reconocer que son unos aficionados muy entusiásticos.

—¿Qué quieren hacer con nosotros?

—No lo dijeron —replicó Han. Movié las mandíbulas de un lado a otro en un cauteloso desplazamiento experimental, y después olisqueó el aire y arrugó la nariz—. Dígame la verdad, Barth... ¿Ese olor viene de mí?

Una sombra de incomodidad cruzó velozmente por el rostro de Barth.

—Me temo que somos todos. No hay cubículo sanitario ni nada que se parezca remotamente a uno, y no hay agua. Yo... Eh... Bueno, digamos que he escogido un rincón. Pero por lo menos eso ayuda a que no se note tanto el olor que desprende el cuerpo del capitán. Y ahora hay algo creciendo sobre él... Ya ha tapado la mayor parte de su piel. Me dan náuseas cada vez que lo veo.

—Pues entonces procure mirar en otra dirección —dijo Han mientras sus ojos iban más allá del teniente para posarse en el cuerpo del capitán Sreas. Su rostro y sus manos estaban desapareciendo detrás de una fina vellosidad grisácea—. Esporas de hongos, probablemente. Este mundo es muy seco... Basta con olisquear el aire y ver la piel de un yevethano para saberlo. Un cadáver humano probablemente debe de parecerle un auténtico abrevadero a los bichos que viven en un lugar semejante.

—No quiero pensar en ello —dijo Barth.

—Bueno, pues no piense en ello. —Han estiró la otra pierna, y una punzada de dolor le obligó a cerrar los ojos y soltar un gruñido—. Pensándolo bien, creo que hubiera preferido ser golpeado por un experto. ¿Ha venido alguien a vernos?

—Nadie desde que volvieron con usted. —Barth titubeó durante un momento antes de seguir hablando—. ¿Cuántas probabilidades de salir de este lío cree que tenemos, comodoro?

—Más de las que tenemos de poder proteger nuestro derecho a la intimidad —respondió Han.

Barth volvió la cabeza a un lado y a otro y contempló los muros casi totalmente desnudos de su prisión. La celda tenía una ranura de ventilación en el centro del techo, otra ranura de desagüe en el centro del suelo, luces de áspera intensidad incrustadas en las esquinas del techo y una puerta blindada por planchas metálicas aseguradas mediante remaches.

—¿Piensa que nos están observando..., que nos escuchan?

—Si estuviera en su lugar yo lo haría. *¿Dokoprek anuda ten?* —preguntó de repente, con la esperanza de que Barth conociera el idioma privado de los contrabandistas.

—Lo siento, comodoro. No le he entendido.

Han pasó al sibilante lenguaje illodiano.

—¿*Stacch isch stralsi*?

—Lo lamento, comodoro. Puedo hacerme entender en bothano y conozco un poco el Contrato Estándar del Sector Corporativo, y si eso sirviera de algo también podría recitarle de memoria los nueve cursos de agua en calamariano. Pero ése es el límite de mis talentos lingüísticos. —El ingeniero de vuelo inclinó la cabeza, como pidiéndole disculpas—. La Academia de la Flota eliminó el requisito de conocer tres idiomas el año en que me admitieron.

—No se preocupe —dijo Han—. Dudo mucho que ninguno de esos idiomas supusiera un obstáculo para los yevethanos durante mucho tiempo. Bien, tendremos que suponer que contamos con un público y que está entendiendo la mayor parte de los chistes. ¿Le han dado algo de comer?

—No, nada.

Han asintió con expresión pensativa.

—Bueno, pues a menos que eso cambie, pronto podrá hacerse una idea de cuáles son nuestras probabilidades sin necesidad de preguntármelo. Vamos a hacer un inventario.

Los bolsillos de lo que quedaba de los trajes de vuelo de los dos hombres le proporcionaron un peine flexible, la moneda imperial de mil créditos «Impuesto de la Victoria» que Barth llevaba siempre encima como amuleto, un vale caducado para la cantina de la Flota, un vaso plegable de piloto y una dosis de dos tabletas de un antialérgico que figuraba en la lista de sustancias de consumo desaconsejado antes del despegue. El inventario de la joyería resultó todavía más reducido, y quedó limitado a dos insignias de servicio de la Flota provistas de una sujeción autosellable y una cadenilla de titanio muy fina para el tobillo.

—He visto arsenales más grandes —dijo Han, y señaló el cadáver con una inclinación de la cabeza—. Será mejor que averigüemos qué hay en sus bolsillos.

Barth palideció.

—¿Es realmente necesario que lo hagamos?

—No se han molestado en desnudarlo. Quizá tampoco se hayan tomado la molestia de registrarlo.

El haz desintegrador que había matado al capitán Sreas había hecho desaparecer un tercio de la parte superior de su pecho, dejando una concavidad a la que habían quedado adheridos los bordes calcinados del agujero abierto en su blusa. La velloidad gris que estaba creciendo tan entusiásticamente sobre el cadáver ya había llenado la mitad del agujero.

Han apretó los dientes y empezó a examinar los bolsillos y abrir las pequeñas solapas adhesivas del traje de vuelo del capitán. Fue pasando sus descubrimientos a Barth, quien se había quedado detrás de él e intentaba no mirar.

—¿Cuánto tiempo sirvió con él? —preguntó Han.

—Cuatro meses, e hicimos un total de diecinueve saltos.

—¿Fue su primera misión?

—La segunda. Pasé un año con la Tercera Flota como piloto de complemento en un navio auxiliar.

Han extrajo una identificación de la Flota del bolsillo del hombro y se la pasó a Barth.

—¿Qué clase de hombre era?

—Era un oficial de pies a cabeza —dijo Barth—. Exigente, pero justo. No hablaba demasiado... Sé que tenía hijos, pero no sé cómo se llaman.

—Sí, conozco bastante bien a ese tipo de soldado —dijo Han, y después rozó la célula energética de un comunicador con la punta de la lengua—. Agotada —murmuró, y se la entregó a Barth—. ¿Hubo alguna ocasión en que le sorprendiera?

—Coleccionaba animales de vidrio tallado —dijo Barth—. Es algo que nunca hubiese esperado de él. Y recuerdo que una vez me enseñó el holograma de su esposa que siempre llevaba consigo... Estaba sentada en una playa de arenas negras con una sonrisa por única vestimenta. «Es la mujer más hermosa que hay en éste o en el millar de mundos más próximos —me dijo—. Nunca conseguiré entender por qué se enamoró de un tipo tan aburrido como yo.»

—¿Y realmente era tan hermosa?

Barth reflexionó durante unos momentos antes de contestar.

—Bueno, en cierta manera sí... Supongo que cualquier hombre al que le dirigiera esa sonrisa no tendría más remedio que decir que lo era. Todavía espero encontrar a alguien que me mire así algún día.

Han asintió mientras hacía girar delicadamente el cadáver hasta dejarlo acostado sobre la espalda, y después se echó hacia atrás y se apoyó en los talones.

—Bien, no puedo afirmar que las posesiones del capitán Sreas vayan a jugar un papel muy

importante en cómo terminará esto —dijo—. Pero no pierda la esperanza, teniente. Volverá a ver Coruscant.

Barth ya se había retirado hasta la pared de enfrente para estar lo más lejos posible del cadáver.

—No lo creo —dijo—. Creo que también moriremos aquí.

Han torció el gesto mientras se incorporaba, pero hizo desaparecer el dolor de su rostro antes de volverse hacia el joven oficial.

—Teniente, nuestros captores han sudado mucho para hacernos prisioneros. Ahora que nos tienen en su poder, no van a arrojarnos al cubo de la basura. Y los chicos de casa no se van a limitar a borrar nuestros nombres de la lista, claro... De una manera o de otra, nuestra gente va a sacarnos de aquí. Hasta entonces, estamos obligados a crear el mayor número de problemas posible y a no cooperar en nada. No puede permitir que le asusten. Si lo hace, estará dándoles exactamente lo que ellos quieren..., una forma de controlarle.

—Pero es que eso es lo que somos para los yevethanos, ¿verdad? Somos su manera de controlar a la presidenta.

Han meneó la cabeza en una firme negativa.

—Si yo pensara aunque sólo fuese por un instante que Leia se pondría en peligro o que pondría en peligro a la Flota o a la Nueva República por el hecho de que nosotros estemos prisioneros aquí, encontraría una manera de morir ahora mismo antes de que eso pudiera llegar a ocurrir.

—Entonces explíqueme algo que no entiendo, comodoro. Si está en lo cierto, ¿qué razón pueden tener los yevethanos para mantenernos con vida en cuanto descubran que no tenemos ningún valor como fichas para regatear con ellas?

—*Slatha essach sechel.*

—Lo siento, pero ya le he...

Han no había esperado que Barth le entendiera, y había vuelto a introducir el illodiano en la conversación meramente en calidad de recordatorio. Después señaló el aire por encima de su cabeza para dar más énfasis a sus palabras, y una luz se encendió en los atemorizados ojos de Barth.

—Si descubrieran que hay una plaga de alimañas en su nave —dijo Han—, y lo primero que hiciera el capitán fuera ordenarle que capturase a un par y las metiera en un recipiente de cristal, ¿describiría esa acción como capturar rehenes?

Barth frunció los labios, tragó saliva con un visible esfuerzo y acabó meneando la cabeza.

—Muy bien —dijo Han—. A partir de ahora debe tratar de recordar en todo momento dónde estamos, cuál es nuestro propósito..., y que tenemos un público, y qué es lo que pretende ese público. Teníamos que mantener esta conversación, pero no quiero tener que repetirla. Y en cuanto a ciertas conversaciones, tendrán que esperar a otro momento y lugar.

—Conozco un local nocturno bastante agradable en la Ciudad Imperial —dijo Barth—. La comida es buena, y de vez en cuando tienen alguna danzarina esluviana que se merece que le des más propina de lo habitual. Dejaremos esas conversaciones para cuando estemos allí.

Una afable sonrisa de aprobación iluminó el rostro de Han.

—Trato hecho. Yo pagaré la primera ronda.

Las propiedades que el clan Beruss tenía en la Ciudad Imperial casi eran lo bastante grandes para formar una ciudad por derecho propio. Los muros de Exmoor contenían dos parques, un bosque, una gran pradera; un pequeño lago repleto de peces traídos de Illodia y surcado por gráciles embarcaciones de vela; y veintiuna estructuras, con los cien metros de la Torre Illodia y su escalera de caracol exterior entre ellas.

Situado a más de trescientos kilómetros al suroeste del Palacio Imperial, el recinto era un testamento a la larga presencia del clan Beruss en Coruscant. Un Beruss había representado a Illodia en el Senado durante casi tanto tiempo como había existido un Senado. El primer padre de Doman, su primer y su segundo tío, su sexto abuelo y su novena bisabuela sólo eran una pequeña parte de la larga sucesión de representantes que mantenían unido Exmoor a la historia de Coruscant. Illodia no tenía casa real ni gobernantes hereditarios, pero su oligarquía de cinco clanes había demostrado ser capaz de perdurar más tiempo que muchas dinastías basadas en la sangre. Los Beruss habían sobrevivido a las distintas conspiraciones, crisis y mareas políticas de Illodia, y el que estuvieran dispuestos a convertir Coruscant en su hogar había jugado un papel muy importante en esa supervivencia.

Exmoor también era un monumento a la pasada grandeza de las ambiciones illodianas. Los impuestos pagados por las veinte colonias de Illodia habían costado la construcción, y las

hábilis manos de los artesanos de esos mundos habían adornado y llenado las casas a las que se habían puesto los nombres de sus planetas. Incluso el tamaño y la distribución de las estructuras reflejaban el mapa de los territorios illodianos, y hubo un tiempo en el que cada casa colonial exhibía un abigarrado emblema planetario que sólo podía ser visto desde el salón mirador situado en la cima de la Torre Illodia.

Los emblemas ya no existían, las casas coloniales estaban casi totalmente vacías y las mismas colonias ya sólo eran un recuerdo. Cuando el Emperador se anexionó el Sector Illodiano, ordenó que las colonias fueran «liberadas» de la «tiranía» de la oligarquía..., y después extrajo por la fuerza de las antiguas colonias recursos que ascendían a más del doble de todos los impuestos decretados por Illodia juntos.

Pero las viejas glorias estaban preservadas tanto en el acceso como en la misma fachada de la torre. Los paseos eran muy amplios y estaban flanqueados por plantas de hojas multicolores meticulosamente podadas. El metal y la piedra relucían tal como lo habían hecho cuando Bail Organa traía a su joven hija allí para que jugara con los muchos hijos del clan en el parque mientras él y el senador hablaban de cosas de adultos; y las setenta habitaciones de la torre seguían siendo una curiosa mezcla de museo y comuna del clan, con los once adultos y casi veinte niños que formaban el círculo de Doman compartiendo aquellos espacios y, ocasionalmente, volviéndolos claramente insuficientes.

Doman recibió a Leia en una sala donde nunca había tenido el privilegio de entrar con anterioridad: la sala de consejo del clan situada en el último nivel de la torre, donde los adultos unidos por el vínculo del clan se reunían para discutir las cuestiones familiares y llegar a una decisión sobre ellas. Once sillones idénticos, cada uno de ellos adornado por el emblema de los Beruss trazado en plata y azul, estaban vueltos los unos hacia los otros a lo largo de un círculo. Una claraboya de cristal aumentador iluminaba el círculo con su cálido resplandor desde el centro,

La sonrisa con que Doman le dio la bienvenida era tan luminosa y cálida como el resplandor de la claraboya.

—Pequeña princesa... —dijo, levantándose como si esperara que Leia fuese hacia él para darle un abrazo y un beso en la mejilla, tal como hacía en los viejos tiempos—. ¿Hay alguna novedad?

—No —dijo Leia, entrando en el círculo pero sin acercarse ni un paso más—. Los yevethanos siguen sin dar señales de vida. El virrey ha ignorado mis mensajes.

—Quizá no han sido los yevethanos...

—Ya disponemos de los registros de vuelo de varios de los alas-X de reconocimiento que formaban la escolta. El navío de impulsión yevethano es inconfundible, y ha quedado claramente identificado. Además Nylykerka ha identificado el Interdictor que usaron como el *Imperator*, un navío que fue asignado al Mando Espada Negra. La verdad es que no cabe ninguna duda de ello, todo ha sido obra de Nil Spaar.

—Comprendo —dijo Doman, y asintió—. En cualquier caso, me alegra que haya venido a verme antes de la reunión del Consejo. Siempre es preferible resolver estos asuntos en privado.

—Tenía que venir a verle —dijo Leia, sentándose en un sillón situado a un tercio de circunferencia del que ocupaba Doman—. No entiendo por qué ha hecho todo esto, Doman. Me siento traicionada, abandonada por alguien que pensaba era mi amigo y el amigo de mi padre...

—El clan Beruss es y siempre será el leal amigo de la Casa Organa —dijo Doman—. Eso no cambiará ni en mi vida ni en la suya.

—Pues entonces retire la convocatoria.

Doman alzó las manos hacia el techo.

—Me encantará hacerlo..., si me promete que no llevará la guerra hasta N'zoth para rescatar a una persona amada o para vengar una baja. ¿Puede prometérmelo?

—¿Me está pidiendo que dé por perdido a Han? No puedo creer que usted, que se llama mi amigo, me esté pidiendo que haga algo semejante.

Doman se sentó con un movimiento tan fluido como lleno de gracia.

—Otros dos hombres han sufrido el mismo destino que Han, ya sea éste la captura o la muerte. ¿Qué me dice de su regreso? ¿Le importa tanto como el de Han?

—¡Qué pregunta tan absurda! —replicó secamente Leia—. Han es mi esposo, el padre de mis hijos... Siento lo que les ha ocurrido a los demás, y quiero que todos regresen sanos y salvos. Pero no voy a quedarme sentada aquí y fingir que significan tanto para mí como Han.

—Mientras esté aquí no necesita fingir, princesa —dijo Doman—. Pero ¿es capaz de sentarse en el despacho de la presidencia del Senado de la Nueva República y fingir de una



manera tan convincente que nada de cuanto haga destruya la ilusión? Porque a menos que esté dispuesta a otorgar el mismo peso a cada una de esas tres vidas, y tanto da que sea un peso muy grande o uno muy pequeño, entonces no creo que deba sentarse en ese despacho.

—Doman, usted no puede comprender el tipo de relación que mantenemos Han y yo —dijo Leia—. Fíjese en esta sala... Usted tal vez tenga sus favoritas, pero no hay ninguna esposa que lo sea todo para usted de la manera en que Han lo es todo para mí.

—Siempre me ha parecido que ése era uno de los grandes defectos de la clase de existencia que han decidido vivir —dijo Doman.

—Podemos discutir eso otro día —dijo Leia—. Ahora lo que realmente me preocupa es que no pueda hacerle entender lo que significaría para mí el perder a Han.

Doman meneó la cabeza y se recostó en su sillón.

—Leia, ahora ya llevo casi cien años observando a su especie y he visto hasta dónde puede llegar a impulsarlos la pasión. Un hombre enamorado moverá montañas para proteger a la mujer que se ha convertido en la dueña de su corazón. Una mujer enamorada lo sacrificará todo por el hombre al que ha elegido. A nosotros eso nos parece una inmensa locura..., pero lo entiendo, Leia, porque si no entendiera la pasión que siente por Han entonces no estaría tan asustado.

—¿Qué es lo que teme, Doman?

—Temo que sea capaz de sacrificar aquello que no le pertenece..., y estoy hablando de la paz por la que tanto hemos luchado. Hablo de las vidas de los millares de combatientes que obedecerían su orden de luchar, y de los millones de víctimas a las que podrían matar. Hasta el mismísimo futuro de la Nueva República podría correr peligro... Nada de todo eso se encuentra más allá de los límites de la pasión humana, Leia, y usted lo sabe tan bien como yo.

—¿Acaso piensa que no hay nada que me importe más que Han? ¿Cree que he llegado a perder el control de mí misma hasta tal punto?

—Querida niña, no puedo permanecer sentado, cruzarme de brazos y confiar en la razón cuando la razón pierde tantas batallas ante la pasión —dijo Doman—. Déme la promesa que le he pedido, y retiraré la convocatoria. Sé que no faltará a su palabra.

—Quiere limitar mis opciones cuando todavía ni siquiera sé qué razón ha impulsado a los yevethanos a hacer todo lo que han hecho —dijo Leia con el apasionamiento de la indignación—. No puede pedirme eso. Aún no ha llegado el momento de decidir cómo responderemos a sus acciones.

—¿Y cuándo cree que llegará ese momento?

—Ni siquiera he tenido ocasión de examinar todas las posibilidades; Rieekan aún tardará unas cuantas horas en remitirme su informe, y no espero tener más noticias de Ábaht hasta esta noche, después de que los investigadores hayan enviado los datos obtenidos en el punto donde se produjo la emboscada. Drayson me ha pedido treinta horas, e Inteligencia de la Flota no quiere hacerme ninguna clase de promesas.

—¿Cuándo espera recibir el informe del ministro Falanthas?

Leia le lanzó una mirada llena de perplejidad.

—¿Qué?

—¿Pretende excluir al ministro de todo este asunto? ¿O me está dando a entender que sólo van a tomar en consideración las opciones militares?

—Me parece que los yevethanos ya han fijado las reglas básicas del juego, ¿no? Han, el capitán Sreas y el teniente Barth se han convertido en prisioneros de guerra, ¿verdad?

—Suponiendo que a estas alturas no sean ya bajas de guerra..., y rezo para que no haya sido así —dijo Doman—. Pero también rezo para que usted recuerde que no todos los conflictos exigen luchar hasta la muerte, y que la guerra total no tiene por qué seguir necesariamente a cada estallido de las hostilidades.

—¿Qué hacemos entonces? ¿Darles lo que quieren?

—Durante la larga historia de la guerra, el número de prisioneros que ha recobrado la libertad mediante la compra o el trueque es muy superior al de los que la recobraron mediante las armas y una noble determinación. No hay nada vergonzoso en llegar a un compromiso. —Doman extendió las manos en un gesto que abarcó todo el círculo de sillones—. Esta sala y esta familia siempre han dependido de esa idea.

—Y perdieron sus colonias y su libertad ante Palpatine por culpa de esa idea.

—Durante un tiempo —replicó Doman—. Pero aquí estoy, libre. ¿Dónde está Palpatine? No permita que el apasionamiento del instante limite sus opciones, Leia.

Leia se recostó en su asiento y alzó la mirada hacia la claraboya.

—No lo haré —dijo por fin—. Pero tampoco puedo permitir que sea usted quien las limite,

Doman.

—Leia...

—No sabemos por qué los yevethanos han hecho lo que han hecho. Quizá sea para castigarme por lo de Doornik-319, o como preparación para algo que todavía está por venir. — Se inclinó hacia adelante como si estuviera a punto de ponerse en pie—. Pero sea cual sea la razón, ahora están esperando ver cuál es nuestra respuesta. ¿No le parece que la peor señal que podemos llegar a enviarles será una que diga que la Nueva República no confía en el liderazgo que ha elegido? ¿No cree que a Nil Spaar le encantará ver cómo el Senado pierde su tiempo en luchas intestinas?

—No hay necesidad de que se produzca ningún enfrentamiento interno —dijo Doman Beruss—. Basta con que usted se haga a un lado hasta que todo esto haya terminado. Deje que alguno de nosotros cargue con este peso, Leia. Le prometo que nadie aprovechará esta ocasión para expulsarla de la presidencia.

—No puedo hacer eso. —Leia se puso en pie y recorrió la mitad de la distancia que se interponía entre ella y el senador—. Por favor, Doman... Por nuestra amistad, por la memoria de mi padre... Se lo pido por última vez, Doman, retire la convocatoria. Déjeme en libertad de hacer lo que hay que hacer. No me obligue a librar una segunda guerra aquí, en casa...

—Lo siento, pequeña princesa —dijo Doman—. Hay demasiado en juego. Tengo un deber que cumplir.

—Y yo también —dijo Leia mientras una mezcla de ira y pena nublaba su mirada—. Bien, senador, me voy... Tengo muchos asuntos pendientes que atender antes de la reunión del Consejo.

—Espero que reconsidere su posición —dijo Doman, levantándose de su sillón—. No deseo colocarla en una situación incómoda.

Leia meneó la cabeza.

—Lo único que conseguirá es colocarse a usted mismo en una situación muy incómoda, senador..., especialmente ante los ojos de una jovencita que en el pasado siempre le había visto como un miembro de la familia, y a Exmoor como un segundo hogar.

Durante el tiempo que Chewbacca llevaba en Kashyyyk, el *Halcón Milenario* se había convertido en la gran atracción de Rwookrrorro. Su llegada había sido considerada como un señalado acontecimiento, y su presencia en la Plataforma de Descenso de Thyss había atraído a una incesante afluencia de visitantes llegados de Karryntora, Northaykk e incluso la lejana península de Thikkiana. Los visitantes acudían a pesar de que lo único que podían hacer era contemplar el exterior de la nave y hacer que les tomaran un holograma con el *Halcón Milenario* como fondo.

Chewbacca había dejado la nave al cuidado de su prima Dryanta y su prima Jowdril. Casi le habían suplicado ese honor, y se habían tomado muy en serio sus responsabilidades. Para Dryanta, que era piloto, y para Jowdril, que había estudiado ingeniería de sistemas espaciales, abandonar sus hogares para vivir a bordo del *Halcón* suponía un privilegio casi inconmensurable.

Habían mantenido el *Halcón* inaccesible para todo el mundo salvo ellas y se habían asegurado de que la plataforma estuviera vigilada en todo momento. Durante los períodos de apertura de la plataforma por la mañana y por la tarde, Dryanta o Jowdril —y a menudo las dos— montaban guardia para asegurarse de que todos los visitantes se mantenían como mínimo a un brazo de distancia del casco.

Pero no había visitantes en la plataforma cuando Chewbacca, Freyrr, Shoran y un desconsolado Lumpawarump fueron hacia ella. Mallatobuck había echado a la multitud sin ofrecerle ninguna disculpa y había ordenado a Dryanta y Jowdril que empezaran a preparar el *Halcón* para su salida al espacio.

[Tienes que ir al árbol de la familia, Lumpi], dijo Mallatobuck después de haber saludado al grupo. [Kryystak ha estado preparando un paquete con comida para la nave de tu padre. Entérate de si ha terminado, y vuelve con la comida cuando esté lista. Ahora vete, y deprisa.]

El joven aceptó la tarea sin protestar y se fue a toda prisa.

[Has preferido traerlo de vuelta contigo antes que dejarlo con Freyrr], dijo Malla, volviéndose hacia Chewbacca.

[Esa responsabilidad me corresponde a mí, y no a él. Pero no estaba preparado], dijo Chewbacca. [Quizá estará más preparado la próxima vez. ¿Se ha sabido algo más?]

[Las redes guardan silencio. El infortunio que ha caído sobre nuestro amigo todavía no es del conocimiento público. Rarlacheen ha enviado un mensaje a la princesa en tu nombre, pero

no ha habido contestación.]

[¿Y la nave?]

[Jowdril es la más indicada para ocuparse de eso.]

Después Malla giró sobre sus talones y precedió a Chewbacca hasta la plataforma de descenso. Llamó a las guardianas de la nave, y las dos acudieron corriendo al oír su voz.

[Diez mil disculpas, Chewbacca. La nave todavía no está totalmente preparada para tu marcha], dijo Jowdril. [Aún me quedan veinte minutos de trabajo en la torre superior.]

[Explicate.]

[Pretendía que fuera mi regalo a Han Solo en agradecimiento por tu vida. Esperaba que estuviera terminada antes de que volvieras...]

Chewbacca le enseñó los dientes.

[¿De qué regalo me estás hablando?]

[Primo, estudié la nave con gran atención mientras nos estuvo confiada. Vi que tenía ciertos puntos débiles, y Dryanta me ayudó a diseñar varias mejoras...]

La mueca de Chewbacca se convirtió en un gruñido lleno de furia.

[¿Me estás diciendo que el *Halcón* no se encuentra preparado para despegar porque has estado jugando con sus sistemas mientras yo estaba fuera, y que todavía está desmontado?]

[No, primo, no. Dryanta y yo hemos trabajado durante toda la noche para terminar lo que habíamos planeado hacer. Sólo necesito probar los nuevos sistemas. Si vuelvo al trabajo ahora mismo, habré terminado para cuando hayas subido a bordo tus cosas y hayas recibido el permiso de despegue.]

Chewbacca, todavía muy enfurecido, la despidió con un gruñido y se volvió hacia Malla.

[¿Estabas al corriente de esto?]

[No conviertas tu temor por Han en furia dirigida contra tu familia], dijo Malla en un claro tono de reprobación, y su gruñido igualó la feroz intensidad del de Chewbacca. [Ni siquiera te has parado a considerar el valor del regalo de Jowdril antes de rechazarlo.]

[No debería haber tenido el atrevimiento de cambiar nada], gruñó Chewbacca.

[Es tu prima más próxima, y se parece demasiado a ti], dijo Malla. [¿Cuánto tardarás en llegar a Coruscant?]

[No voy a Coruscant. Desde allí no podría hacer nada por Han], replicó Chewbacca. [Han se encuentra en el Cúmulo de Koornacht, así que debo ir allí.]

[Pero la princesa te ha pedido que fueras a Coruscant. Ve y escucha su mensaje, Chewbacca: está grabado en el comunicador del *Halcón*.]

[Y si luego me pide que vaya a Koornacht, entonces habré perdido unas horas de las que Han tal vez no pueda prescindir. Y si no me pide que vaya allí, entonces tendré que ir de todas maneras porque de lo contrario traicionaría mi honor. Así pues, iré directamente a Koornacht.]

[¿Y qué harás allí?]

[Lo que sea necesario], dijo Chewbacca. [He de ir a ver qué ha hecho Jowdril. ¿Querrás traerme mi desintegrador del árbol de la familia?]

[Te traeré lo que necesites], dijo Malla. [Y perdona a Jowdril. Sigue los dictados de su conciencia del honor, tal como haces tú.]

Chewbacca se volvió hacia el *Halcón Milenario* gruñendo para sus adentros y subió por la rampa de abordaje con largas y rápidas zancadas. Malla se volvió hacia Freyrr y Shoran.

[Venid], les dijo. [He de hablar con vosotros, y no disponemos de mucho tiempo.]

Aunque de mala gana, Chewbacca se vio obligado a admitir que las modificaciones que Jowdril había introducido en la nave no sólo tenían un efecto positivo claramente perceptible, sino que además hubieran tenido que ser llevadas a cabo hacía mucho tiempo.

Una de las muy odiadas rarezas que definían la idiosincrasia del carguero corelliano YT-1300 era el severamente restringido campo visual de que se disponía desde la cabina de control. Aunque la tripulación disfrutaba de una visión delantera y hacia estribor totalmente libre de obstrucciones, la visibilidad a popa y a babor era prácticamente inexistente.

Eso, unido al extremadamente protuberante diseño de la cabina, hacía que maniobrar o hacer descender un YT-1300 en espacios reducidos supusiera un auténtico desafío. La mayoría de ejemplos de aquel modelo contaban con módulos láser de alineación de cinco ejes añadidos al lado ciego, justo delante de la compuerta de carga..., módulos cuya instalación solía ser fruto de las insistentes peticiones de pilotos asustados que habían escapado por muy poco a una colisión con el muro de un hangar de atraque o con otra nave. Pero debido a alguna combinación de tozudez y vanidad, Han siempre se había negado a permitir que Chewbacca instalara un módulo de alineación.

—¿Tú te vas mirando los pies cuando caminas? Un auténtico piloto siempre sabe dónde se encuentra su nave —había insistido Han—. No quiero que nadie vea el *Halcón* y piense que necesitamos ese tipo de muletas que reparten en las escuelas de adiestramiento. Dame un metro de espacio y llevaré este trasto hasta donde sea. ¿Acaso piensas que Lando podría haber volado por los pasillos de la Estrella de la Muerte como lo hizo en Endor si hubiera tenido que depender de unos módulos de alineación?

Pero el enorme punto ciego del *Halcón* creaba un problema todavía más serio al volar que durante los descensos. Esa realidad innegable había originado la maniobra que los pilotos conocían con el nombre de carrusel corelliano, y que consistía en iniciar una lenta rotación hacia la izquierda cuando había que llevar a cabo una aproximación entre el tráfico espacial o se tenía que maniobrar bajo el fuego enemigo. La adición de un único plato sensor que Han había instalado en la parte superior del *Halcón* sólo servía para acentuar la necesidad de utilizar el carrusel de manera rutinaria, dado que el plato tenía un punto ciego todavía más grande que el piloto.

Jowdrri nunca había volado en el *Halcón*, y Chewbacca nunca se había quejado de las peculiaridades de la nave delante de ella. Pero la joven wookiee resumió el problema mediante una verdad tan sencilla como evidente que Chewbacca todavía no había conseguido grabar en la mente de su hijo *Halcón*: [Un cazador wookiee que se esconde detrás de un árbol oculta la mitad del bosque a sus ojos.]

La solución de Jowdrri era igualmente sencilla, aunque no resultaba obvia. En todos los lugares donde había una mirilla —las compuertas de carga de babor y estribor, las tórrelas dorsal y ventral—, Jowdrri había recubierto esa zona con un panel de transducción óptica.

Los datos acumulados por aquellos sensores casi transparentes eran enviados a monitores de pantalla plana instalados en la cabina, lo que permitía que el piloto dispusiera de imágenes familiares procedentes de esos cuatro puntos. Una vez combinados, los cuatro sensores eliminaban la mayor parte del punto ciego de la nave, dejando a oscuras únicamente una pequeña área situada directamente detrás de la popa que, por suerte, ya estaba lo suficientemente bien vigilada por el plato sensor.

Al explicar lo que había hecho, Jowdrri pasó del shyriiwook al dialecto thykarann, que era mucho más rico en vocabulario técnico.

<Una cosa que podrías hacer más adelante es desviar la señal a través del ordenador de puntería, y entonces cualquier objeto que mostrara un movimiento relativo podría quedar marcado en los monitores planos, la parrilla de seguimiento o en ambos sitios a la vez>, le dijo a Chewbacca. <Y también hay disponibles transductores mucho mejores, como las cúpulas de ojos de pez de Melihat y las miras-burbuja de Tana Iré, pero instalarlos supondría tener que hacer bastantes modificaciones en el casco. Al menos ahora puedes utilizar todos tus visores sin tener que ir corriendo de un lado a otro de la nave.>

Chewbacca emitió un gruñido de aprobación, aunque de bastante mala gana.

[No he dispuesto del tiempo suficiente para trabajar en el otro problema], dijo Jowdrri, volviendo al shyriiwook y empleando un tono de disculpa.

[¿A qué problema te refieres?]

[El que le plantea a un cazador wookiee el no disponer de manos suficientes para trepar y apuntar al mismo tiempo.]

Sus palabras volvieron a demostrar una sorprendente comprensión de las realidades operacionales del *Halcón*: en aquel caso, se trataba del hecho de que la nave casi siempre andaba demasiado escasa de tripulantes. El YT-1300 corelliano estaba clasificado oficialmente como un carguero de cuatro plazas en los viajes intrasistémicos y de ocho plazas —cuatro sillones, cuatro literas— en los vuelos interestelares.

El *Halcón* podía prescindir del contramaestre de carga, pero los otros tres puestos tenían que estar ocupados. Incluso con los mecanismos de control remoto que permitían operar las tórrelas artilleras desde la cabina, dos tripulantes no podían pilotar el *Halcón* y combatir de una manera realmente efectiva al mismo tiempo. El *Halcón* había sobrevivido a la mayoría de sus batallas espaciales luchando justo durante el tiempo suficiente y lo suficientemente bien para poder huir a toda velocidad.

[Cuantas más bocas hay en la mesa, más pobre es el banquete], dijo Chewbacca. [Y la cacería silenciosa siempre sale mejor cuando son dos los cazadores que la emprenden. Aun así, a veces cuatro manos no bastan.]

Jowdrri volvió a cambiar de dialecto.

<¿Por qué nunca habéis instalado controladores de autoseguimiento para que dirijan el fuego de las torretas?>

<Llevo años diciéndole a Han que deberíamos hacerlo>, respondió

Chewbacca. <Pero está demasiado encariñado con esos enormes cañones cuádruples dennianos, y además considera que gracias a ellos el *Halcón* puede sorprender a sus enemigos con una potencia de fuego que no esperan encontrar en una nave de sus dimensiones. Pero los cañones cuádruples dennianos fueron diseñados pensando en las dotaciones de un destructor, y no para funcionar con un control de fuego.>

<Como descubrí cuando examiné sus planos en la Guía de Sistemas de Armamento, dijo Jowdril. <No hay rodamientos ni anillos de respuesta rápida que sean compatibles con el sistema actual disponibles en el mercado, y en principio adaptar las monturas existentes al control mediante ordenadores exigiría introducir considerables modificaciones y muchos días de trabajo..., pero tengo unas cuantas ideas. Ojalá dispusiera de algo más de tiempo. Deslizó el pulgar sobre uno de los ocho cables que formaban el sistema de dirección de fuego de la cabina. <¿Lo diseñaste tú?>

<Sí.>

El sistema creado por Chewbacca consistía en ocho bobinas de cable accionadas mediante motores que convertían la torreta en un títere mecánico que podía ser controlado desde la cabina mediante una palanca.

<Es sorprendentemente eficiente>, dijo Jowdril. <Te permite recorrer la mayor parte de la distancia que has de cubrir para llegar al sitio en el que quieres estar. ¿Nunca has intentado obtener los datos de puntería directamente de la pantalla de seguimiento, o localizar los blancos mediante un sensor acoplado a los cañones?>

[No tengo tiempo para hablar de todo lo que podría hacerse], gruñó Chewbacca. [Pero a juzgar por lo que has hecho, veo que estaba menospreciando tus habilidades. Has crecido mucho mientras yo estaba fuera.]

[Gracias, primo.] Jowdril cerró su caja de herramientas y se volvió hacia él. [Espero que eso signifique que me aceptarás como compañera en el viaje que estás a punto de emprender.]

[No digas tonterías.]

[He oído todo lo que decía Malla, y sé que te enfrentarás a un enemigo tan temible como el tejedor de redes y más salvajemente feroz que el gundark. No deberías ir solo, y no tienes por qué ir solo.]

[No], gruñó secamente Chewbacca, girando sobre sus talones y empezando a bajar por la escalerilla de acceso que llevaba a la cubierta principal.

[Pertenece a la misma familia, y la deuda de vida que has contraído con Han Solo no te afecta únicamente a ti], insistió Jowdril, apresurándose a seguirle. [Y te faltan manos. ¿Qué puedes hacer para ayudarlo si estás solo?]

Chewbacca ya había llegado a la cabina, y se dejó caer en el asiento de control. Después conectó los anillos de precalentamiento iónico e inició el procedimiento de comprobación de sistemas considerablemente abreviado que permitiría despegar al *Halcón*.

[Tienes tres minutos para sacar tus cosas del compartimento de la tripulación y abandonar la nave.]

[¿No vas a hablar con Malla antes de irte?], preguntó Jowdril, señalando la pista con una mano.

Chewbacca se volvió hacia la dirección en que había extendido la mano y vio a Malla, Shoran y Dryanta inmóviles sobre la plataforma de descenso con los ojos levantados hacia la cabina. Dryanta y Shoran llevaban bandoleras de caza en vez de sus faltriqueras habituales, y había un par de mochilas hechas con la dura corteza del árbol-roca en el suelo delante de sus pies.

Chewbacca se levantó del sillón de pilotaje con un feroz gruñido de impaciencia y fue corriendo hasta la rampa de abordaje.

[¿Qué es esto?], preguntó, alzando la voz para hacerse oír por encima del cada vez más estridente gemido que brotaba de las toberas del *Halcón*.

[El resto de tu tripulación], dijo Malla.

Shoran sonrió de oreja a oreja y se puso en posición de firmes.

[La Primera Fuerza Expedicionaria Wookiee está lista para entrar en acción.]

[Malla nos ha dicho que irías directamente a Koornacht], dijo Dryanta. [No podemos permitir que vayas solo. Hemos venido a ayudarte.]

Chewbacca volvió la mirada hacia su esposa.

[No puedes pedirles que arriesguen sus vidas por mi deuda.]

[No tuve que pedirselo], replicó Malla. [Me bastó con decirles por qué te vas y a qué te enfrentarás.]

[Fue idea nuestra], dijo Shoran, inclinándose para coger su pesada mochila y colgársela del hombro. [Y no puedes negarnos el derecho a tomar parte en esta cacería sin correr el riesgo de traicionar tu deuda. Si vas solo y fracasas, perderás tu honor.]

El siseo del sistema de inyección y el chasquido de los compresores que cobraban vida de repente detrás de Chewbacca le indicó que Jowdril había decidido continuar la secuencia de comprobación previa al despegue del *Halcón* sin su ayuda.

[Nunca he querido que ningún miembro de mi familia tuviera que volver a luchar], dijo Chewbacca. [El honor me obliga a partir. Si debo hacerlo, daré mi vida por mis amigos. Pero no daré vuestras vidas por ellos.]

[Mi vida no te pertenece y no puedes ofrecérsela a nadie], dijo Dryanta. [Mi vida es mía y sólo mía..., y te la entrego a ti, primo, y a tu amigo.]

[No puedes negarnos lo que te pedimos sin avergonzarnos, primo], añadió Shoran. [Y sin avergonzar a Jowdril.]

[Entonces venid conmigo y subid a bordo], dijo Chewbacca, fulminando a su esposa con una mirada llena de irritación. Dryanta y Shoran se apresuraron a ir hacia la nave, dejando a Chewbacca a solas con su Malla. [Tu astucia puede costarle la vida a nuestra familia.]

[O salvar la tuya], dijo Malla. [He elegido, y no me arrepiento de mi decisión.]

Chewbacca la envolvió en un firme abrazo, y cada wookiee hundió el rostro en el peludo hombro del otro y expresó su apasionado afecto con un ronco gruñido. Después el estridente silbido de las toberas de impulsión llamó a Chewbacca hacia la nave, diciéndole que ya estaba preparada para despegar. Pero una nueva voz le hizo retroceder.

[Padre...]

Chewbacca se volvió y vio a Lumpawarump inmóvil bajo el arco de madera de la entrada a la plataforma de descenso. El joven iba armado con su arco de energía, y se había traído la bolsa arbórea recién camuflada que había llevado consigo en su abortado viaje de ascendencia.

[Terminaremos tus pruebas cuando vuelva], dijo Chewbacca.

Lumpawarump se le fue aproximando con paso vacilante.

[Llévame contigo. Ya has roto la tradición una vez. Te pido que vuelvas a hacerlo.]

Malla aulló una protesta, pero Chewbacca la hizo callar con un gesto de advertencia mientras atravesaba la plataforma para reunirse con su hijo.

[¿Por qué?], le preguntó. [¿Por qué me pides esto?]

[Hasta que vuelvas no seré ni un niño ni un adulto, y no habrá lugar para mí ni en el anillo del jardín de infancia ni en el anillo del consejo], dijo Lumpawarump.

[¿Temes que no vaya a volver?]

[Sí.]

[Y si me acompañas, ¿no temes no volver?]

[El fracaso me asusta más que la muerte], dijo Lumpawarump. [El hijo de Chewbacca no puede ser un cobarde, porque todos esperan mucho de él.]

[Ya no tienes por qué seguir viviendo bajo la sombra de ese temor. Al ofrecerte has demostrado cuál es tu verdadero temple.]

[No es eso lo que verán. Dirán que sólo eran palabras, que yo sabía que no querías llevarme contigo, que sabía que Malla lo prohibiría...], replicó Lumpawarump. [Verán que ni siquiera tú tenías fe en mí..., que Jowdril y Shoran y Dryanta valían lo suficiente para ir contigo, pero yo no.]

Chewbacca meneó la cabeza.

[No es una cuestión de fe. Ya tengo una tripulación completa. ¿Qué capacidades aportas a esta cacería?]

[Todo aquello de ti que hay en mí, y todo lo que puedes enseñarme], dijo Lumpawarump. [Padre, por favor... He aceptado tus largas ausencias y los deberes que te mantienen alejado de nosotros. Pero debo tener una oportunidad de demostrarte lo que valgo. Quiero mi faltriquera y mi nuevo nombre. Dame una ocasión de ganármelos junto a ti y de saber que estás orgulloso de mí.]

Chewbacca lanzó una mirada de soslayo a Mallatobuck, que estaba observándoles con visible nerviosismo pero se mantenía a distancia. El *Halcón* estaba haciendo tanto ruido que su esposa apenas habría podido oír nada de cuanto acababan de decir.

[Sube a la nave], dijo por fin, agarrando a Lumpawarump por el brazo y enviando al joven wookiee hacia el *Halcón* con un potente empujón.

Malla emitió un agudo gemido de protesta, pero Chewbacca avanzó rápidamente para impedirle que pudiera llegar hasta su hijo.

[No puedes llevártelo... No está preparado], insistió Malla.

[Si permito que le digas eso o si soy yo quien se lo dice, entonces esas palabras le destruirán], replicó Chewbacca. [Ésa es la razón por la que debo llevármelo conmigo. Y ahora, retrocede y deja que vea el ardiente orgullo de una madre, y no su miedo.]

Malla, con los ojos llenos de tristeza pero finalmente resignados, le golpeó suavemente la cara con su peluda mano y Chewbacca le devolvió el beso con la misma ternura y afecto. Después giró sobre sus talones y subió corriendo por la rampa de abordaje mientras Malla retrocedía para desaparecer entre la creciente multitud atraída a la plataforma por el sonido de los motores del *Halcón*.

Unos instantes después, la nave despegó y giró en el aire para alzarse hacia el cielo.

## PRIMER INTERLUDIO

### Vagabundo

El Vagabundo de Telkjon por fin había dejado de gemir y vibrar alrededor de sus prisioneros. El navio estelar volvía a surcar el hiperespacio, y todo había vuelto a quedar en silencio.

—¡Ésa es mi chica! —exclamó Lando, dando unas palmaditas sobre la pared del compartimento en el que estaba flotando junto con los demás—. Se necesita mucho más que una vieja fragata de escolta oxidada para pillarte, ¿eh?

—Pero esto es terrible, amo Lando, sencillamente terrible —dijo Cetrespeó, con su brazo averiado temblando espasmódicamente a causa de sus violentas gesticulaciones—. Esa nave podría habernos rescatado, y ahora hemos huido de ella. Incluso es posible que la hayamos destruido.

—Espero que lo hayamos hecho —dijo Lando—. Cualquier rescate ofrecido por un señor de la guerra imperial del Núcleo es un rescate que no te conviene, y cuando digo eso te aseguro que puedes creerme porque sé muy bien de qué estoy hablando. Probablemente todavía estarán ofreciendo una recompensa por mi cabeza, y puede que también ofrezcan alguna recompensa por vosotros. La diferencia entre ser un héroe de guerra y ser un criminal de guerra es muy pequeña, y depende básicamente de cuál sea tu punto de vista. Lo más probable es que hubiéramos pasado de un comprador a otro hasta acabar en manos de quien estuviera dispuesto a pagar más dinero para disfrutar del placer de matarnos.

—Comprendo lo que quiere decir, señor.

Erredós emitió un lacónico comentario.

—Estoy seguro de que tus pretensiones lingüísticas no le interesan en lo más mínimo, Erredós —dijo Cetrespeó en un tono que no podía ser más altivo—. Y a mí tampoco me interesan, ¿comprendes? —Cuando volvió a hablar, el tono del androide cambió de repente para adquirir una melodramática melancolía—. ¿Acaso he de elegir entre el asesinato, la desactivación y el ser reducido a átomos mediante la desintegración? Ah, me da igual. La nada, el cese final de la consciencia...

Un instante después el abatimiento desapareció de repente de la voz de Cetrespeó para ser sustituido por la irritación.

—Aunque eso no significa absolutamente nada para un montón de circuitos montados al azar, claro —añadió, dejando caer un puño dorado sobre la cúpula de Erredós—. Si quieres hacer algo útil, podrías tratar de reparar esos sensores que el amo Lando instaló en el casco. Nunca conseguiré entender por qué permitiste que fueran dañados precisamente cuando más los necesitábamos.

Ni siquiera Lando requirió una traducción para entender la estridente réplica de Erredós.

—Oh, no hay ninguna necesidad de ponerse grosero —resopló Cetrespeó.

—Si continuáis desperdiciando vuestra energía en esas discusiones, os encontraréis haciendo turismo por la nada mucho antes de lo que habíais previsto —dijo Lando, flotando por el aire hasta interponerse entre ellos—. ¿Qué me dices de nuestra lapa, Erredós? ¿Hay alguna esperanza de repararla?

—Yo puedo responder a esa pregunta —dijo Lobot, quien de repente había decidido enfrascarse en la labor de recoger las partes de su traje de contacto y volver a ponérselo—. Un instante antes de que dejara de transmitir, los sensores midieron una densidad iónica monopolar de más de veinte mil unidades rahm. Podemos tener una certeza casi total de que la lapa ha sufrido daños irreparables.

—¿Veinte mil? Vaya, pues entonces se ha portado mejor de lo que me imaginaba... Habría apostado a que no aguantaría más de doce mil —dijo Lando—. Bueno, da igual.

—El componente primario de todos los sensores espectrales es la cinta dieléctrica favervil —dijo Lobot—. La cinta dieléctrica empieza a perder su cohesión bajo un bombardeo iónico a una densidad de quince mil rahms.



—No me digas —murmuró Lando.

—¿Y por qué los escudos del Vagabundo no detuvieron la andanada iónica, amo Lando? —preguntó Cetrespeó.

—Una pregunta muy interesante —dijo Lando—. La respuesta quizá sea que no hay escudos..., o por lo menos que no hay escudos de rayos.

—¿No hay escudos? —repitió Cetrespeó—. Pero eso... ¿Eso no es muy inusual..., y peligroso?

—Es inusual... —empezó a decir Lando.

Lobot le interrumpió con otra respuesta enciclopédica.

—Desde la aparición de la licencia para naves espaciales regulada por el Departamento de Registro, los navíos no combatientes han estado obligados a contar con generadores de escudos de rayos que tuvieran una potencia mínima del grado dos, para así poder proteger a la tripulación y el pasaje de la radiación cósmica y las llamaradas solares. Según los últimos datos disponibles, más del noventa y seis por ciento de los distintos tipos de naves alienígenas inscritas en el Catálogo del Registro cuentan con alguna variedad de escudo de rayos o de partículas.

Lando observó a su viejo compañero con bastante curiosidad, pero Cetrespeó llenó el silencio con un estallido de palabras saturadas de indignación antes de que Lando tuviera ocasión de expresar en voz alta lo que le estaba pasando por la cabeza.

•—¡Esto es intolerable, amo Lando! Estoy totalmente seguro de que el amo Luke no pretendía que quedáramos a la deriva por el espacio en una nave que carece de escudos de rayos. No me extraña que mis circuitos funcionen con tanta lentitud y que Erredós se haya estado mostrando tan irritable. Esto podría tener las consecuencias más serias imaginables para nosotros. Tenemos que abandonar esta nave ahora mismo.

—¡Claro! —exclamó Lando, haciendo chasquear los dedos—. Ésa es la razón por la que no hay escudos de rayos fuera. En el casco no hay androides, ni ordenadores, ni sistemas electrónicos de ninguna clase..., sólo máquinas orgánicas con sensores orgánicos y mecanismos de reparación orgánicos. Reglas distintas... No lo sabíamos porque ésa era la primera ocasión en que veíamos el Vagabundo cuando estaba siendo atacado. Nuestra fragata se limitó a disparar por delante de su proa, y la fuerza expedicionaria del coronel Pakkpekatt nunca llegó a hacer ni un solo disparo. ¿Qué opinas, Lobot?

—Los problemas básicos que deben ser tomados en consideración en el caso de los sistemas biológicos expuestos a la radiación son el índice de daños en relación con el nivel de eficiencia de las reparaciones y la absorción calórica por unidad de área —dijo Lobot en un tono muy seco y desprovisto de inflexiones—. El sistema integumentario de algunos organismos puede proteger de manera efectiva a las estructuras internas de la radiación emitida por las partículas cargadas, y puede proporcionar una protección significativa contra las gamas J y C de la radiación fotónica.

Lando ya le estaba mirando con visible preocupación.

—¿Qué te ocurre, Lobot?

—¿Has detectado algún error en mi exposición?

—No estoy hablando de tu exposición, estoy hablando de ti —dijo Lando—. No te ofendas, viejo amigo, pero tu estilo conversacional está sufriendo una regresión al Mecánico Arcaico. Estás empezando a hablar como un programa experto que sólo piensa en hacer feliz a su usuario. Pero ya no consigo encontrar a Lobot en lo que dices, ¿entiendes? Sólo veo un muro de datos.

Lobot, sin mirarle a los ojos, cogió un guante que estaba flotando en el aire.

—Cabe la posibilidad de que me esté retirando a lo seguro y lo familiar como medio de obtener una confirmación tranquilizadora, o en un intento de reforzar mi convicción de que cierzo un control sobre las circunstancias.

—¿Qué clase de respuesta es ésa? Ahora pareces un androide recitando el resultado de una rutina de autodiagnóstico —dijo Lando—. Tengo la impresión de que si tus conexiones estuvieran abiertas no hablarías de esa manera. Vamos, compañero... ¿Qué te tiene tan preocupado?

Pasados unos momentos, Lobot dejó de ocuparse de su traje.

—Confieso que estoy experimentando bastantes dificultades para mantener una perspectiva positiva de la situación —dijo, con los ojos todavía clavados en el suelo—. Quizá podrías compartir conmigo algunas de las razones de tu aparente optimismo.

—¿No notaste cómo el Vagabundo viraba antes de que saltáramos al hiperespacio? Escapamos de la nave de los prakiths, y ahora nos dirigimos a un sitio en el que si tenemos

amigos. Y además ahora disponemos de todo el aire que necesitamos para seguir con vida hasta que nos encuentren —dijo Lando—. Lo que es más, nos desplazamos por el interior de la nave yendo más o menos por donde nos place y hemos conseguido averiguar cómo funcionan los mecanismos de los qellas. Ah, y no olvides la guinda del pastel: en vez de ser perseguidos como intrusos, estamos siendo tratados como visitantes. La situación podría ser mucho peor.

—La situación ya es muy grave —replicó Lobot—. Nos dirigimos hacia un punto desconocido situado dentro de un volumen de espacio enorme viajando a bordo de una nave que ha conseguido evitar ser detectada durante años y más años. No tenemos alimentos y sólo disponemos de reservas limitadas de agua, y tanto a los androides como a los trajes les queda muy poca energía. Ninguno de los mecanismos que podemos operar nos permite controlar la nave o comunicarnos con ella. Estamos siendo guiados a través de espacios públicos y se nos impide entrar en los espacios de naturaleza privada. Si queremos llegar a controlar esta nave, necesitamos ser tratados como propietarios y no como visitantes.

—Admito que todavía no hemos encontrado ninguna puerta con un letrero en el que esté escrito ACCESO RESTRINGIDO - SÓLO PERSONAL AUTORIZADO —dijo Lando—. Pero según el mapa que Erredós ha ido construyendo, no podemos estar a más de dos o tres compartimentos de distancia de la proa. Voto por que recojamos el equipo y sigamos buscando el centro de control.

—No existe ninguna razón para creer que el nexo de control se encuentre en la proa —dijo Lobot.

Lando le lanzó una mirada interrogativa.

—Eh, creía que eras tú quien nos había indicado esa dirección.

—Basándome en probabilidades generales derivadas de los diseños conocidos —replicó Lobot—. Pero esta nave no deriva de ningún diseño conocido. No ha sido construida por diseñadores e ingenieros que trabajaran dentro de los límites de un paradigma de diseño establecido. El Vagabundo es único. Y nunca lograremos desentrañar todos sus secretos, porque somos incapaces de pensar tal como pensaban los qellas.

—Me conformo con que los secretos vayan llegando de uno en uno —dijo Lando—. ¿Por qué estás tan seguro de que el puente no está en la proa?

—Echa un vistazo al mapa. Los compartimentos en los que hemos entrado durante los últimos días han ido definiendo gradualmente un espacio en el centro de la nave al cual no tenemos acceso.

—Pues entonces tendremos que seguir adelante, ¿no? —dijo Lando—. La conexión entre las dos zonas, y me estoy refiriendo a la compuerta sobre la que está escrito RESERVADO A LOS OFICIALES, la llave al cubículo de las bebidas o el turboascensor que lleva al ático de lujo, podría estar en el próximo compartimento, o en el siguiente.

—O podría estar tan bien escondida que nunca la encontraremos. De hecho, incluso es posible que no exista ninguna conexión entre las dos zonas.

—Si no nos queda más remedio, siempre podemos crear una conexión —dijo Lando, curvando los labios en una fugaz sonrisa—. Pero de momento parece que tenemos una apuesta por resolver. ¿Llevas algo de valor encima?

—Disculpa, pero me temo que no te he entendido.

—Si tengo razón y tú estás equivocado, entonces quiero sacar algún beneficio de ello —dijo Lando—. No hay nada como una pequeña apuesta para mantener despierta a la gente cuando el dilema de la vida o la muerte empieza a estar un poco sobado. Así pues, ¿qué estás dispuesto a arriesgar para defender tu opinión de que moriremos aquí como ratas atrapadas?

Lobot le lanzó una mirada en la que se leía la más profunda incompreensión. Un instante después su rostro, que normalmente estaba vacío de toda expresión, empezó a temblar y a convulsionarse. Su boca se retorció y sus ojos parpadearon velozmente. Finalmente dejó escapar una especie de balido cuya vacilante rigidez delataba una evidente falta de práctica y que se fue suavizando rápidamente para acabar convirtiéndose en una risita entrecortada.

—Estás loco, Lando —dijo—. Hacía años que quería decírtelo.

—Siempre hay una primera vez para todo —dijo Lando, todavía un poco sorprendido por un sonido que nunca había oído hasta aquel momento..., la risa de Lobot—. Pero no has respondido a mi pregunta. ¿Aceptas la apuesta?

Lobot agarró una bota que flotaba por el compartimento y se la lanzó a Lando.

—Te conozco demasiado bien para querer apostar contigo —dijo—. Bien, vamos a ver si encontramos ese nexo de control...

—Discúlpeme, amo Lando...

Lando estaba explorando la superficie interior de un nuevo compartimento con las manos mientras Lobot hacía lo mismo con la superficie exterior.

—¿Qué ocurre, Cetrespeó?

—Hay algo que no entiendo —dijo Cetrespeó—. Erredós insiste en que si esta nave no tiene escudos de rayos, entonces no debería haber ninguna interferencia susceptible de bloquear una señal de seguimiento en el espacio real.

—Tiene razón.

—Erredós también insiste en que aunque hubiera escudos de rayos, estos no serían capaces de interferir una señal de seguimiento hiperespacial.

—Y también tiene razón en eso.

—En tal caso, ¿podría explicarme por qué no hemos estado enviando una señal de seguimiento cada vez que la nave ha regresado al espacio real?

—Claro que puedo. No lo hemos hecho porque no disponemos de una baliza de rescate —dijo Lando.

—Comprendo —dijo Cetrespeó—. Si no le supone demasiada molestia, amo Lando, ¿podría explicarme cómo se las va a arreglar la armada para localizarnos?

—Se suponía que no debían llegar a perdernos en ningún momento —dijo Lando—. El equipo de incursión de Hammax había recibido órdenes de abrirse paso sin miramientos y lo más deprisa posible; sus hombres tenían que dejar incapacitado el Vagabundo antes de que pudiera huir o escapar del campo de interdicción.

—Entiendo. Pero usted logró convencer al coronel Pakkpekatt de que sería mejor que nos dejara probar suerte con un método de entrada más suave y menos violento.

Lando se encogió de hombros.

—Bueno, digamos que... Sí, más o menos eso es lo que hice.

Lobot enarcó una ceja ante aquella clara evasión.

—Ya, pero... ¿no pensó en trazar ningún plan de contingencia por si se daba el caso de que el desenlace no fuera el deseado? —insistió Cetrespeó—. La posibilidad de que el Vagabundo escapara tuvo que ser mencionada en un momento u otro de las discusiones sobre estrategia que mantuvo con el coronel Pakkpekatt.

—Por supuesto —replicó Lando—. Pero una baliza de rescate podría atraer la atención de gente a la que no queremos ver metida en este asunto. Después de todo, han sido diseñadas de esa manera: operan en todas las frecuencias, y envían su señal a todos los receptores. Recuerda que se trataba de una operación de la Nueva República. Controlar el Vagabundo sólo era una parte del objetivo, y el resto consistía en hacerlo de una manera lo más discreta posible. El equipo de Hammax tampoco contaba con una baliza, y sus hombres sólo iban equipados con comunicadores de corto alcance.

—Comprendo. Se le prohibió añadir una baliza a nuestro equipo.

—No —dijo Lando—. Fui yo quien tomó esa decisión. Pensé que si disponíamos de una baliza podíamos acabar usándola, y decidí eliminar la tentación.

—Le aseguro que no lo entiendo, amo Lando.

—Bueno... Verás, lo que pasa es que no dispones de todas las piezas del rompecabezas —dijo Lando—. Limitémonos a decir que mis órdenes y las de Pakkpekatt no coincidían del todo. No disponíamos de su permiso para abordar esta nave, y yo no tenía intención de entregársela..., por lo menos no inmediatamente.

—¿Por qué no?

—Porque entonces la nave habría desaparecido en algún agujero negro y nunca la habríamos vuelto a ver entera —replicó Lando—. La INR tiene en nómina a centenares de tipos que se dedican única y exclusivamente a desmontar armamento alienígena capturado en busca de ideas que robar. El hombre que me envió aquí, y al que llamaremos el almirante, sospechaba que esta nave podía ser algo más que eso. Creía que podía ser algo más que un arma, ¿entiendes? El almirante pensaba que el Vagabundo tal vez mereciese un destino mejor... Y, como es normal en él, parece que tenía razón.

—Comprendo —dijo Cetrespeó. Erredós emitió un corto trino electrónico que Cetrespeó escuchó con gran atención—. Pero parece que había algunas deficiencias en su plan —añadió unos momentos después.

Lando meneó la cabeza.

—La única parte del plan que ha salido mal es que le prometí que conseguiríamos hacernos con el control de esta nave, y por el momento todavía no lo hemos logrado.

—Amo Lando, a Erredós le gustaría saber si disponemos de alguna forma de enviar una señal a la armada.

—A distancias de años luz no. Pero no olvides que tampoco siento muchos deseos de ser rescatado por Pakkpekatt.

—Y en ese caso, ¿cómo pretende ponerse en comunicación con el hombre que le ha enviado aquí?

Lando frunció los labios.

—Dispongo de un hipercomunicador de banda ciega a bordo del *Dama Suerte*. Es uno de esos trastos supersecretos, desde luego, y no tengo ni idea de cómo funciona. Pero el almirante puede utilizarlo para seguir los movimientos de la nave, y eso le permite localizarla en todo momento sea cual sea su posición dentro del radio de alcance del transmisor..., el cual también es secreto, aunque me dijeron que las cifras son muy altas.

—Pero el *Dama Suerte* ya no está adherido al casco del Vagabundo —dijo Cetrespeó—. Vimos cómo se alejaba de la escotilla. Incluso puede que haya sido destruido. ¿De qué nos sirve el transmisor? Nadie tiene la más minúscula e insignificante idea de dónde estamos. El amo Lobot tenía razón... Estamos perdidos. Ah, sí, estamos perdidos... Nos desvaneceremos en la nada y...

—¿Quieres dejar de decir tonterías de una vez? —le interrumpió secamente Lando sin tratar de ocultar su irritación—. Si hay un comerciante honrado en el universo, juro por él y por su madre que eres el androide más insoportable jamás construido.

—¡Oh! Qué grosería...

—Ya volvemos a empezar, ¿eh? —Lando metió la mano en uno de los bolsillos de su traje de contacto y sacó de él un cilindro plateado del grosor de su pulgar y tan largo como su palma—. Mira, Cetrespeó —dijo. Lanzó el cilindro hacia el techo, lo pilló al vuelo después de que hubiera dado un par de vueltas en el aire y lo volvió a guardar en su bolsillo—. Cuando necesiten hacerlo, serán capaces de localizarnos.

—¿Por qué? ¿De qué está hablando, amo Lando? ¿Qué es ese objeto con el que ha estado haciendo malabarismos?

—Es una baliza cuya señal direccional sirve para llamar al *Dama Suerte* —dijo Lobot.

—¿Y usted conocía su existencia?

—Por supuesto.

Cetrespeó ladeó la cabeza.

—¿Es un transmisor? ¿Podemos pedir ayuda?

—Transmite la señal que activa los circuitos del yate espacial..., y gracias al almirante, ahora también puede transmitirla a través del hiperespacio —dijo Lando—. Una vez activados, los circuitos me obedecen y hacen que la nave venga hasta mí.

—Discúlpeme, amo Lando, pero... ¿Ha tenido en su poder ese artefacto durante todo este tiempo?

—Ésa es una pregunta muy estúpida, Cetrespeó..., incluso para un androide de protocolo.

—No me parece que haya ninguna razón que justifique el responder a una simple frase interrogativa con un lamentable despliegue de...

—Permíteme que te ahorre la molestia de tener que emitir más «simples frases interrogativas» —le cortó Lando—. Sí, lo he llevado encima todo el tiempo y no lo he utilizado. La razón por la que no lo he utilizado es que no podemos controlar el Vagabundo. Si hago que el *Dama Suerte* acuda al sitio en el que hagamos nuestra próxima parada, sea cual sea éste, ninguna de las dos cosas que pueden ocurrir nos servirá de mucho. ¿Qué puede ocurrir? Bien, veamos: o el yate asusta al Vagabundo y hace que salga corriendo, o el Vagabundo considera que el yate es una provocación y dispara contra él. Y si el *Dama Suerte* queda incapacitado, entonces sí que estaremos metidos en un lío realmente muy serio. ¿Ha quedado claro?

—Sí, amo Lando.

—Me alegro —dijo Lando—. En ese caso voy a volver a lo que estaba haciendo, y tú vas a dejar de distraerme. ¿Por qué? Pues porque no podremos volver a casa hasta que no hayamos hecho lo que hemos venido a hacer aquí, y porque estoy tan hambriento y tan cansado que he agotado mis reservas de paciencia para aguantar a los androides entrometidos. Si he de escoger entre escucharte aunque sólo sea un minuto más y desmontarte de un disparo, elijo lo segundo. Espero que eso también haya quedado claro.

—Tan claro como el aire del amanecer en la luna de Kolos. —Cetrespeó se volvió hacia Erredós y golpeó suavemente su cúpula con los dedos de su mano buena—. Vamos, Erredós. Me parece que aquí estamos estorbando.

El compartimento de proa del Vagabundo era por lo menos cinco veces más voluminoso que cualquier otro de los descubiertos anteriormente por el grupo de Lando. La cámara

formaba un grueso disco colocado en equilibrio sobre el borde, con la superficie interior convexa y la superficie exterior cóncava y situada a unos cinco metros de distancia. Contando aquel por el que acababan de entrar, había cinco accesos situados a intervalos regulares a lo largo del borde del disco. Cada una de aquellas nuevas puertas parecía servir de entrada a otra larga serie de compartimentos.

—Todos los caminos estelares llevan a la Ciudad Imperial —dijo Lando—. No sé si este sitio es el nexo de control, pero no cabe duda de que es algo distinto a cuanto hemos visto hasta ahora. Y está bastante claro que los qellas querían asegurarse de que acabarías llegando aquí.

Mientras los androides flotaban cerca del centro del compartimento, Lando y Lobot iniciaron una tarea que a esas alturas ya les resultaba muy familiar y empezaron a examinar las superficies con las manos en busca de activadores de contacto. Pero toda la superficie del compartimento demostró ser singularmente inerte. Lobot no encontró ningún activador en la superficie externa, y Lando sólo encontró uno en la interna.

Aquel activador hizo aparecer una pauta de proyecciones curvadas y dispuestas a intervalos regulares, que se extendieron por toda la superficie interior de la cámara. Cada gancho de punta roma en forma de L tenía el grosor de la muñeca de Cetrespeó y la longitud del antebrazo de Lando, y la pauta general invitaba al ojo a ver trapezoides, rectángulos comprimidos y triángulos de lados ondulantes que se superponían entre sí.

—¿Qué opinas, Lobot? —preguntó Lando, que estaba flotando en el aire cerca de los androides—. ¿Crees que puede ser un panel del puente de control al estilo qella? En lo que a mí respecta, esas cosas me están pidiendo que las agarre.

Lobot, que estaba flotando sobre la superficie interior, estiró la mano y se agarró a una de las protuberancias. No hubo ninguna respuesta dentro de la cámara, y tampoco hubo ninguna respuesta detectable por parte de la nave.

—Si son sistemas de control, quizá sólo funcionen si se usan de manera combinada —dijo Lobot, volviéndose hacia Lando—. Conocer la forma básica del cuerpo y la longitud de los miembros de los qellas nos sería de gran utilidad, desde luego... Naturalmente, el tamaño de esta cámara permite acomodar sin ninguna dificultad a más de un operador.

Lando se impulsó hacia adelante.

—Bueno, ¿qué hacen los críos cuando dejas que se sienten en el sillón de control por primera vez? Empiezan a pulsar botones al azar, ¿no? —Empezó a alargar la mano izquierda hacia la protuberancia más cercana y después la retiró sin haber llegado a tocarla—. Erredós, ¿puedes detectar algún tipo de escritura en cualquier punto de esta pared..., algo parecido a lo que viste en la escotilla cuando entramos en el Vagabundo, por ejemplo?

La cúpula plateada del androide giró de un lado a otro durante unos segundos. Después Erredós emitió un corto graznido electrónico que no necesitaba ser traducido.

—Muy típico de nuestra mala suerte habitual —dijo Lando—. Estamos tratando con una especie que nunca llegó a inventar el signo.

Lobot ya estaba avanzando sobre la superficie de la cámara usando las protuberancias como asideros para las manos.

—No creo que sean sistemas de control, Lando —dijo—. O si lo son, entonces los controles están bloqueados... Ya he tocado catorce pares distintos, y no está ocurriendo nada. Aun suponiendo que estuviera ocurriendo algo en otro lugar de la nave, debería haber alguna clase de confirmación aquí.

—Quizá todos estamos equivocados respecto a esta cámara.

—Estoy más y más convencido de ello a cada momento que pasa —dijo Lobot—. Apenas si puedo llegar de un asidero a otro... Aunque los qellas fuesen más grandes que nosotros, dispersar los controles por un área tan considerable no parece una solución demasiado cómoda.

—Quizá estemos en el sitio donde colgaban a los prisioneros, o a las doncellas, o conmemoraban los grandes sacrificios..., como los mascarones de proa, ya sabes.

—Me parece improbable.

Lando sonrió, inició una lenta rotación mediante una emisión casi imperceptible de gases impulsores y siguió girando en el aire hasta que estuvo flotando cabeza abajo en relación con los demás.

—¿Sabes una cosa, Lobot? Vistos desde aquí todavía tienen más aspecto de asideros para las manos..., y de apoyos para los pies. Me pregunto si... —Estiró el cuello hacia atrás hasta que pudo ver la superficie exterior de la cámara—. ¿Cuántas de esas formas rectangulares hay allí, Erredós?

Cetrespeó se encargó de transmitirle la respuesta unos instantes después.

—Erredós me informa de que hay veintisiete.

—¿Existe alguna protuberancia extra que no forme parte de esas veintisiete?

Cetrespeó consultó con Erredós antes de informarle.

—No, amo Lando.

—¿Qué estás pensando, Lando? —preguntó Lobot.

Lando se agarró a una protuberancia con la mano izquierda y utilizó ese punto de apoyo para girar hasta que su espalda quedó dirigida hacia la superficie interior, lo que le permitió estirar el brazo derecho y agarrarse a la siguiente protuberancia. En cuanto hubo adoptado esa nueva posición, descubrió que sus piernas hubieran debido tener unos veinte centímetros más de longitud para poder llegar hasta las esquinas inferiores del rectángulo.

—¿Qué estoy pensando? Que este sitio puede acoger a veintisiete espectadores sentados, eso es lo que estoy pensando..., aunque un wookiee o un elomín estarían bastante más cómodos que yo.

—¿Un teatro? —preguntó Lobot, empezando a imitar los movimientos de Lando.

—Quizá. Y es posible que la función no empiece hasta que todo el mundo esté sentado... Erredós, Cetrespeó, venid aquí y encontrad un sitio al que sujetaros.

Erredós remolcó a Cetrespeó hasta la superficie interior y esperó hasta que el androide de protocolo se hubo agarrado a una protuberancia con su mano intacta. Después el pequeño androide astromecánico se colocó junto a su congénere y utilizó una garra para sujetarse a la pared.

Unos instantes después la cámara quedó sumida en la oscuridad más absoluta.

—Luces, Erredós —se apresuró a decir Lobot.

—No, espera —dijo Lando—. No querrás echar a perder la función, ¿verdad?

Unos instantes después los cuatro curiosos espectadores pudieron ver aparecer ante ellos un tenue resplandor que se fue intensificando rápidamente y que parecía estar mucho más lejos que la superficie exterior de la cámara. La claridad siguió intensificándose, y no tardó en adquirir nitidez y separarse en varias masas brillantes. Después, en un abrir y cerrar de ojos, todo quedó bañado por una potente luz y se volvió increíblemente claro y definido ante ellos.

Los corazones de Lando y Lobot reaccionaron saltándose un latido. Los sentidos humanos insistían en que ya no se encontraban dentro del Vagabundo. Se hallaban suspendidos en la oscuridad y contemplaban un hermoso planeta marrón rojizo moteado por las centelleantes manchas azules de los océanos y envuelto en un velo parcial de nubes blancas que parecían estar hechas de encajes. Una estrella amarilla, brillante pero pálida, iluminaba la superficie del planeta, que estaba esculpida por las líneas serpenteantes de montañas negras y manchas de un verde oscuro que brotaban de los cursos de los ríos. Dos lunas —la más pequeña de un gris polvoriento, la más grande de un rojo sorprendentemente vivo— se arrastraban a lo largo de sus órbitas invisibles.

Lando se dio cuenta de que estaba experimentando una mezcla de vértigo, temor respetuoso y esa peculiar falta de aliento jadeante que suelen padecer quienes han sufrido la fría mordedura del espacio.

—El mundo natal —murmuró, casi para sí mismo—. El centro de todo el espectáculo... Es como si supieran que nunca volverían a verlo.

—Me siento como si estuviera caminando por el espacio, Lando —dijo Lobot, también en un susurro—. O por lo menos, me parece que esto es lo que se debe de sentir cuando caminas por el espacio... ¿Es real?

—No. Hay algo que falla... Esto es más real que la realidad —dijo Lando—. Pero tendrías que haber estado allí para poder darte cuenta de que las proporciones están equivocadas, de que todo es demasiado grande y se encuentra demasiado junto, de que el planeta es demasiado brillante en relación con la estrella y el tiempo está comprimido, y etcétera etcétera. Aunque nada de todo eso importa, claro... En todos los aspectos realmente importantes, es total y absolutamente perfecto.

Lobot volvió la cabeza hacia los androides sin apartar los ojos del panorama.

—¿Qué te dicen tus sensores sobre lo que tenemos delante, Erredós? —preguntó.

Incluso la larga respuesta de Erredós pareció respetuosamente suave y pausada.

—Erredós dice que la superficie exterior de la cámara sigue estando donde estaba —tradujo Cetrespeó—, pero que ha pasado a tener un índice óptico de absorción situado por debajo de una centésima parte del uno por ciento.

—Y en todos los materiales que conozco eso quiere decir que estamos hablando de una transmisión casi perfecta —dijo Lobot.

—¿Quieres decir que no es un holograma? —preguntó Lando.

—Amo Lando, Erredós dice que la estrella se encuentra a cuarenta y cuatro metros de distancia. El planeta se encuentra a unos diecisiete metros de distancia.

—Es un planetario —dijo Lobot—. Estamos contemplando un enorme planetario que muestra el sistema de los qellas. Me encantaría poder inspeccionar sus mecanismos...

Lando, que ya había empezado a inclinar la cabeza para indicar que estaba de acuerdo con las conclusiones de Lobot, le interrumpió.

—Es suficiente, Lobot —dijo—. Y ahora no quiero oír ni una palabra más, ¿de acuerdo?

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Nada —dijo Lando, tragando aire y dejándolo escapar en un prolongado suspiro—. Quizá nunca vuelva a ver una obra de arte tan maravillosa como ésta. Sólo quiero disfrutar de ella durante un rato antes de que sigamos adelante.

El contenedor refrigerado que estaba siendo introducido en el compartimento de carga del vehículo de superficie de Drayson, en la pista de descenso que el Instituto Obroano tenía reservada en el Puerto Nuevo, había hecho el viaje más rápido posible desde Maltha Obex hasta Coruscant. Aun así, el rostro de Drayson mostraba con toda claridad la impaciencia que sentía mientras contemplaba cómo los estibadores manipulaban aquel gran objeto en forma de ataúd.

—Discúlpeme... —dijo alguien que acababa de detenerse junto a Drayson.

El almirante giró sobre sus talones para encontrarse con un rostro bronceado por el sol y aureolado de cabellos blancos que le estaba observando con evidente curiosidad.

—¿Sí?

—¿Es usted Harkin Dyson? El encargado del hangar me dijo que el propietario había venido a recoger el cargamento.

—Sí—dijo Drayson, dando la espalda a las operaciones de descarga—. Y usted es...

—Joto Eckels —dijo el desconocido—. Estaba al frente del grupo de excavación. Verá, el caso es que necesitaba saber si usted era Dyson porque... Bueno, quería expresarle mi agradecimiento personalmente.

—¿Por qué, doctor Eckels?

—Si usted no hubiera adquirido el contrato, nuestro viaje a Maltha Obex habría sido cancelado. Quizá habríamos tenido que esperar años antes de poder recuperar los cuerpos de Kroddok y Josala. —Alzó la mano por encima de su hombro para señalar la lanzadera del *Meridiano*—. Y también quiero agradecerle que accediera a permitir que los trajera conmigo en este viaje... Sus familias se lo agradecerán.

—Cualquiera hubiese hecho lo mismo —dijo Drayson.

—Eso es lo que nos gustaría pensar, señor Dyson, pero no es así —dijo Eckels—. Sé que ésa no es la razón por la que adquirió el contrato, pero quiero hacerle saber lo mucho que significaba esa oportunidad para todos los que conocimos al equipo de excavación. Y además quiero volver a asegurarle que esto no ha retrasado en lo más mínimo la entrega de su material —añadió dirigiendo una inclinación de cabeza al contenedor, que ya había sido introducido en el compartimento de carga.

—Ya lo sé —dijo Drayson, obsequiándole con una sonrisa tranquilizadora—. Le agradezco su amabilidad y todo lo que ha hecho por mí, doctor Eckels. El *Meridiano* volverá a llevarle a Maltha Obex cuando quiera; ya he dado las instrucciones pertinentes al capitán Wagg. Ah, y le ruego que transmita mi gratitud al resto de su equipo.

—Lo haré —dijo Eckels—. Y una cosa más, por cierto... Basándome en lo que vi antes de marcharme, supongo que cuando vuelva a reunirme con ellos ya habrán recuperado y catalogado una considerable cantidad de material. Contamos con doce expertos que conocen muy bien su oficio, y los doce están viviendo en campamentos térmicos y pasan largas jornadas de trabajo en las excavaciones. Puede estar seguro de que volveremos con material más que suficiente para permitirnos autenticar esos posibles artefactos de los qellas.

—Excelente —dijo Drayson, haciéndose a un lado y dando un paso hacia el vehículo de superficie.

Eckels se movió con él.

—Me estaba preguntando si podría echar un vistazo a esos artefactos antes de volver a Maltha Obex. Aunque sólo pudiera inspeccionar un holograma, ya me...

—Lo siento, pero no creo que eso sea posible —dijo Drayson, sonriendo cortésmente y haciendo un nuevo intento de marcharse.

—Comprendo que la discreción es necesaria, desde luego —replicó Eckels—. Sólo quería explicarle que eso podría resultar muy útil a la hora de establecer nuestras prioridades para el

resto del tiempo que pasaremos allí. Después de todo, con veinticinco días apenas habremos conseguido iniciar la investigación arqueológica de todo un planeta... Recuerdo expediciones en las que dedicamos tres meses a la exploración preliminar y a seleccionar los lugares más adecuados antes de mover nuestro primer guijarro.

—Lo entiendo, doctor, lo entiendo..., y no le consideraré responsable de los problemas que puedan surgir a causa de las restricciones con las que tiene que cargar —dijo Drayson—. Por encima de todo, soy un realista. Estoy seguro de que los resultados estarán a la altura de mis expectativas.

Drayson fue hacia la puerta del vehículo de superficie como si se dispusiera a marcharse, pero Eckels se movió más deprisa y se interpuso en su camino.

—Hay otro asunto del que he de hablar con usted.

Esta vez Drayson permitió que un destello de irritación cruzara velozmente por su rostro.

—¿De qué se trata?

—El... Eh... El material que le he traído... —Eckels bajó la voz—. La forma en que encontramos los restos, y los artefactos encontrados con ellos, indican con toda claridad que se trataba de criaturas inteligentes.

—Que es justo lo que yo esperaba. ¿Acaso usted esperaba otra cosa?

—Es que eso complica el asunto, señor Dyson, nada más. Si hubiera supervivientes, entonces naturalmente el material les pertenecería —dijo Eckels—. Dada la ausencia de supervivientes, sin embargo, hay que aplicar las reglas y protocolos del Departamento de Especies Inteligentes: los restos deben ser preservados tal como fueron encontrados, los artefactos pueden ser reconstruidos pero no restaurados, etcétera etcétera. Estoy seguro de que un coleccionista de su talla se encuentra familiarizado con esas normas...

—Me son relativamente familiares, sí —dijo Drayson..

—Bien, pues entonces esto no debería crearle ningún problema. Es para tranquilizar mi conciencia, ¿comprende? Lo único que deseo es poder contar con su garantía personal de que el material será tratado de la manera más respetuosa posible —dijo Eckels—. Que sepamos, actualmente no hay supervivientes, pero eso puede cambiar. Recuerde el caso de los fraii wys, que reaparecieron nueve mil años después de que la historia registrara su supuesta extinción. Y nadie desea tener que enfrentarse a una situación en la que de repente aparezcan unos supervivientes para descubrir que sus antepasados están colgados en la pared de la sala de estar y que forman parte de la decoración, ¿verdad?

—¿Está tratando de insultarme, doctor Eckels? Si es así, permítame que le diga que se encuentra muy cerca de conseguirlo.

—Oh, no, por favor... No, no, en absoluto. Le ruego que lo entienda; el Instituto hace cuanto puede para evitar que el material arqueológico quede fuera de nuestro control, e incluso cuando lo permitimos, siempre insistimos en reservarnos el derecho de llevar a cabo el primer examen...

—Cosa que ya ha hecho —le interrumpió Drayson—. Confío en que habrán aprovechado el viaje para llevar a cabo ese examen y obtener todos los hologramas y datos de sensores que habrían registrado en circunstancias normales.

—Sí. Sí, lo hicimos.

—Bien, bien —dijo Drayson, obsequiando al científico con una fugaz sonrisa—. Si eso va a ayudar a que se quede más tranquilo, doctor, permítame asegurarle que soy agudamente consciente del valor de lo que contiene ese contenedor..., y no me refiero únicamente a qué cantidad de dinero le he pagado para que lo recuperase. Será tratado con el máximo cuidado posible. Después de todo, una suma semejante sólo se gasta para adquirir un tesoro y no para dilapidarlo y destruirlo. Aparte de eso, en las paredes de mi sala de estar ya no cabe absolutamente nada más.

—Sí, por supuesto —dijo Eckels, inclinando la cabeza—. Si le he ofendido, le pido disculpas.

—No me ha ofendido —replicó Drayson—. Y ahora, si me perdona...

El vuelo desde Puerto Nuevo hasta la Sección de Servicios Técnicos de Alfa Azul más cercana, que se encontraba en el mismo distrito en el que varios de los senadores más conocidos tenían sus residencias oficiales, duró unos veinte minutos. A pesar de la fama de sus vecinos, los nada llamativos edificios que albergaban la Sección 41 no figuraban en la ruta turística. Las plaquitas sobre las que estaba escrito un nombre comercial tan prosaico y fácil de olvidar como INTERMÁTICA, R.C., servían para justificar el abundante tráfico que entraba y salía de sus dos hangares privados.

El vehículo de Drayson no tuvo tiempo de quedar totalmente inmóvil antes de que un



pelotón de la Sección 41 que remolcaba una plataforma repulsora para transportar cargas empezara a avanzar hacia él. El almirante emergió de detrás de los controles y su presencia fue acogida con una serie de marciales saludos.

—Almirante...

—Descanse, Tomis. —Drayson fue hacia la parte posterior del vehículo y ayudó a soltar las sujeciones y a guiar la plataforma provista de ruedas que sostenía el contenedor—. ¿Está preparada la doctora Eicroth?

—Nos espera en el laboratorio cinco —dijo el coronel—. Ya lleva casi una hora allí.

—Bien, pues vayamos a reunimos con ella.

La doctora Joi Eicroth saludó a Drayson con una sonrisa profesional en la que no había nada que permitiera sospechar la existencia de una relación en la que había sido amiga, amante y compañera de supervivencia del almirante durante más de trece años. Pero en cuanto el contenedor hubo quedado colocado junto a la gran pantalla de examen, Drayson despidió a sus oficiales y añadió un rápido beso a su saludo.

—Este comportamiento es realmente escandaloso, almirante... Estoy de servicio.

—Sí, lo estás —replicó Drayson—. Vamos a abrirlo.

—Primero lo primero —dijo la doctora, y tiró de un cordoncillo que hizo bajar del techo dos trajes de aislamiento suspendidos de sus umbilicales—. He de ponerme algo más cómodo.

Necesitó casi cinco minutos para ponerse su traje de aislamiento, y después necesitó cinco más para ayudar a Drayson a ponerse el suyo y sellar el laboratorio. Pero desconectar el sistema de estabilización del contenedor, romper el sello, quitar la tapa y aspirar la masa de espumita inerte que ocultaba su contenido apenas requirió unos instantes.

Y después se quedaron inmóviles, uno a cada extremo del contenedor, y bajaron la vista hacia él para contemplar en silencio a una criatura que había muerto hacía más de un siglo y a la que sus amigos habían enterrado en las masas de hielo móviles de Maltha Obex. Su cuerpo ovalado y de piel muy lisa era casi tan ancho como el contenedor. Los esbeltos miembros provistos de dos articulaciones no habrían cabido en él si no hubieran sido pulcramente doblados de tal manera que sus manos, de tres dedos y aspecto un tanto desgarrado, le tapasen la cara y sus piernas formaran un impecable cuadrado-con-X debajo del cuerpo.

—No me extraña —dijo Eicroth meneando la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

Eicroth fue hacia el contenedor.

—Estos miembros deben de tener unos cinco o seis metros de longitud..., con una sección transversal de seis centímetros escasos. Eso constituye una adaptación perfectamente horrible al frío. Me asombra que esta criatura llegara a vivir el tiempo suficiente para morir donde lo hizo.

Drayson asintió.

—Quiero que el material genético sea extraído y secuenciado inmediatamente. La disección general puede esperar hasta que eso esté hecho.

—Entendido —dijo Eicroth—. Ayúdame a colocarlo sobre la pantalla.

—General Ábaht...

—¿Sí?

—El esquife del *Yakez* se está aproximando. Pidió que le informáramos de su llegada.

—Gracias, teniente —dijo Etahn Ábaht sin levantar la mirada hacia el oficial—. Asegúrese de que el comodoro Carson es escoltado a la sala de reuniones en cuanto llegue.

Era la primera de los cinco naves de ese tipo que tenían una cita con el transporte de la flota *Intrépido* aquella mañana, y Farley Carson era el primero de los cinco comandantes de la fuerza expedicionaria que subirían a bordo para ser informados de la situación. El Destructor Estelar *Yakez* era el navio insignia de la Fuerza Expedicionaria Ápice de la Cuarta Flota, y Carson era el único amigo personal con que contaba Ábaht entre los altos oficiales que estaban a punto de llegar.

La presidenta Organa Solo había dado la orden, y la Cuarta Flota había sido reforzada con elementos sacados de otras flotas de la Nueva República. Con la llegada de la Fuerza Expedicionaria Gema, todos los elementos dispersos por fin habían quedado reunidos en el espacio profundo junto a la periferia del Cúmulo de Koornacht..., y eso quería decir que la compleja labor de unificarlos bajo un solo mando podría ser iniciada por fin.

Esa pesada carga hubiese tenido que recaer sobre los hombros de Han Solo, pero la emboscada que los yevethanos habían tendido a la lanzadera del comodoro y su escolta había dejado a la flota combinada sin su nuevo líder. Hasta el momento no se había anunciado quién lo sustituiría, y eso dejaba la cadena de mando tal como había estado organizada en el pasado, con Ábaht como comandante en jefe de las fuerzas enviadas al Sector de Farlax. Pero el Alto Mando se había involucrado en los detalles operacionales hasta un grado que limitaba considerablemente la autonomía de Ábaht, y la selección de un nuevo comodoro parecía inevitable.

Mientras tanto, sin embargo, había mucho trabajo por hacer.

—General Ábaht —dijo una nueva voz.

Ábaht alzó la mirada para ver a Carson inmóvil en la compuerta con los labios curvados en una media sonrisa.

—«Roca» Carson en persona... —dijo Ábaht, levantándose de su escritorio—. Creía haberle dicho a mi edecán que te acompañase a la sala de reuniones.

—El oficial del hangar de atraque dijo que el esquife siguiente sólo estaba a diez minutos de trayecto del mío —le explicó Carson, cerrando la compuerta detrás de él y tomando asiento en un sillón—. Pensé que aprovecharía la oportunidad para saludarte.

Ábaht dejó escapar un resoplido y después se recostó en su asiento y activó el comunicador con una presión del pulgar.

—Avísame en cuanto lleguen los demás, teniente.

—Sí, señor.

Ábaht desconectó la unidad, la dejó encima de su escritorio y se permitió una fugaz sonrisa.

—Me alegro de verte, Roca.

—Yo también, Ethan. He oído decir que las cosas se habían puesto un poco feas.

—Sí, y por eso me alegra tanto tenerte aquí —dijo Ábaht—. Esta flota tiene muy poca experiencia de combate.

—Dudo mucho que tus métodos de adiestramiento se hayan suavizado con el paso de los años —dijo Carson—. Cuando llegue el momento, sabrán luchar.

—Repartir unas cuantas tripulaciones experimentadas y algunos navíos que hayan sido puestos a prueba en la batalla por entre sus filas los hará todavía mejores —dijo Ábaht—. Los hemos entrenado lo mejor posible, pero el entrenamiento no es lo mismo que el combate. Pudieron comprobarlo por primera vez en Doornik-319.

—Y a juzgar por las noticias que nos han llegado, la experiencia fue bastante dura —dijo Carson—. ¿Qué tal se portaron las nuevas naves?

—Aguantaron bien. Sufrimos pérdidas, pero básicamente se debieron a cuestiones de diseño. Un par de capitanes descubrieron qué era lo que no debían hacer la próxima vez. —

Ábaht hizo una pausa antes de seguir hablando—. Un par de tripulaciones pagaron un precio muy elevado para regalarme unas lecciones que probablemente no tendré ocasión de poner en práctica —añadió después con expresión sombría.

—No estarás pensando que vas a volver a casa antes de que esto haya terminado, ¿verdad?

—No, claro que no... No es el momento de hacer nuevos cambios. Pero cuando el nuevo comodoro llegue, me veré reducido a ser un mero subalterno..., de hecho, ya que no de nombre —dijo Ábaht—. En estos momentos, la verdad es que casi se podría afirmar que me he convertido en un mero portavoz del Alto Mando.

—Esas cosas pasan de vez en cuando —dijo Carson, y su sonrisa se hizo un poco más ancha—. Nadie que lleve puesto este uniforme puede disfrutar de la libertad de acción que el ejército dorneano otorga a sus generales.

Ábaht, que sabía muy bien de qué le estaba hablando, sonrió.

—Ni de sus responsabilidades. Si hubiera podido contar con todo eso desde el principio...

—Coruscan! nunca hace las cosas de esa manera. Siempre hay riendas, y da igual quién las tenga en sus manos —dijo Carson—. ¿Estás seguro de que van a enviar a alguien?

—Creo que lo único que les ha impedido enviar a Ackbar o a Nantz para que asuman el mando es el temor a que ellos también acaben convertidos en rehenes de los yevethanos —replicó Ábaht—. Parece que no estoy muy bien visto en el cuartel general.

—Te lo advertí, ¿no? Tendrías que haber permitido que te nombraran almirante —dijo Carson—. Apuesto a que la mitad de los problemas que estás teniendo con el Alto Mando se deben a que sigues aferrándote a tu antiguo rango. El cuartel general está lleno de tradicionalistas renacidos, y esos tipos no consiguen sacarse de la cabeza la idea de que un general debería tener las botas sucias o las alas llenas de polvo. Estos lujosos aposentos... —alzó las manos en un gesto que abarcó todo el austero recinto en el que se encontraban— son para los almirantes.

—Lo que me estás diciendo es que su oferta de permitirme conservar mi rango dorneano era una simple mentira cortés —murmuró Ábaht.

—Oh, estoy seguro de que fuera quien fuese, el que firmó el plan de consolidación era sincero —dijo Carson—. Los generales son C-uno y los almirantes son C-uno..., así que lo que importa es el grado y no el rango, ¿verdad? Pero los viejos prejuicios tardan mucho en morir..., por no hablar de las viejas rivalidades.

—Qué estupidez —dijo Ábaht, visiblemente disgustado—. Juzgar a un hombre por su título...

La compuerta se abrió y el teniente Zratha asomó la cabeza por el hueco.

—El almirante Tolokus y el comodoro Martaff le están esperando en la sala de reuniones, señor. Los demás vienen hacia aquí.

—Gracias. Iremos enseguida —dijo Ábaht, poniéndose en pie—. Bien, Roca... Ya va siendo hora de que vuelva a lucir mi título, por muy manchado que esté.

Carson ya se había levantado y le saludó marcialmente..., para gran sorpresa de Ábaht.

—Señor, si me permite decírselo, yo no veo ni una sola mancha en él..., y tampoco la verán los demás. —Dio un paso hacia Ábaht y bajó la voz—. Esto no es la Ciudad Imperial. Sabemos muy bien quién es usted, general, y sabemos que éste es el sitio en el que ha de estar. Lo único que ha de hacer es indicarnos el camino, y le aseguro que no tendrá que preguntarse si le estamos siguiendo. Los demás me pidieron que se lo dijera, señor.

Ábaht permitió que sus labios se curvaran en una tensa sonrisa que desapareció casi al instante.

—Gracias, Roca —dijo—. Y ahora, a trabajar.

Ábaht permitió que Carson se adelantara mientras él hacía un alto en el camino para recoger a sus oficiales de información en la sala de mando. Sin pretenderlo conscientemente, eso le dio ocasión de hacer una entrada bastante espectacular y de aparecer en la sala de reuniones seguido por dos coroneles. Los cinco recién llegados que estaban esperándole allí —cuatro comodores y un almirante, y de izquierda a derecha una mujer, tres hombres y un norak tull— se levantaron rápidamente de sus asientos y saludaron.

—Descansen —dijo Ábaht, yendo hacia el asiento del centro—. Permítanme presentarles al coronel Corgan, mi oficial táctico, y al coronel Mauit'ta, mi oficial de inteligencia. Los dos les expondrán la situación actual en sus respectivos departamentos cuando hayamos entrado en materia.

Los dos oficiales se sentaron flanqueando a Ábaht.

El general no perdió el tiempo con presentaciones u otra clase de preliminares.

—Como ya saben, ustedes y sus fuerzas expedicionarias han sido enviados aquí para reforzar a la Quinta Flota en nuestro intento de mantener a raya a los yevethanos —dijo—. Ya no están aquí como símbolo, o como advertencia, o como exhibición de fuerza, igual que si esta misión fuese una especie de desfile del Día de la Victoria. Los objetivos de nuestra misión son evaluar la magnitud de la amenaza y contenerla, y podrían ampliarse en cualquier momento.

»Operaremos como una sola unidad con la potencia de una flota doble, y las diez fuerzas expedicionarias me informarán directamente a través de mis oficiales. Cada una de sus unidades conservará su organización, señales de convocatoria y frecuencias de mando actuales en los niveles de grupo de combate, escuadrón y división.

»La única excepción a esa regla general concierne a sus recursos de inteligencia. Todos los merodeadores y hurones serán adscritos al Decimosexto Grupo de Reconocimiento Táctico, cuya creación acaba de ser autorizada por el Alto Mando, e informarán directamente al coronel Maui'ta. Estas nuevas directrices deben considerarse en vigor a partir de este momento. El coronel Maui'ta les proporcionará todos los detalles necesarios sobre el procedimiento de transferencia y el nuevo despliegue. Los informes tácticos de la flota serán redactados por el personal del coronel Corgan. Se espera de ustedes que sigan proporcionando sus propias patrullas de defensa de la flota y de alerta inicial, para lo cual deberán utilizar sus alas-X de reconocimiento y sus navíos de exploración.

»Hemos sufrido bajas y podemos esperar sufrir más en el futuro, pero no permitiré que ninguno de los comandantes que se hallan a mis órdenes se resigne a ello sin llegar a hacer cuanto pueda para evitarlo. Deberíamos estar preparados para aceptar todas las pérdidas causadas por una acción enemiga que sean necesarias a fin de asegurar el éxito de nuestra misión..., pero no aceptaré ni una sola baja causada por incompetencia, descuido, despreocupación, falta de eficiencia o averías en las naves y las municiones que hubiesen podido ser evitadas. Nuestro enemigo es listo y fuerte y está decidido a todo, y estamos en su terreno. Les pido que mantengan el nivel de preparación para entrar en combate más alto posible en todos los eslabones de sus cadenas de mando respectivas.

»Y ya que he sacado a relucir el tema de las pérdidas... ¿Coronel Corgan?

Corgan asintió.

—Nos faltan veintiséis pilotos de combate y once pilotos de complemento para alcanzar el nivel de potencia reglamentario asignado a una flota de nuestras características —dijo—. Esas cifras reflejan las pérdidas globales sufridas en el enfrentamiento de Doornik-319 y el reconocimiento coordinado del interior del Cúmulo de Koornacht.

«Gracias a las reservas y al reaprovisionamiento ordenado por Coruscant contamos con los aparatos suficientes..., pero no disponemos de pilotos para todos ellos. Uno de los aspectos negativos que conlleva el ser una división de combate nueva creada a partir de cero es el de que teníamos muy pocos pilotos experimentados en puestos no relacionados con las misiones de vuelo, y el rango de la mayoría de esos pilotos es lo suficientemente elevado para que en circunstancias normales queden excluidos de las unidades de combate destacadas en primera línea.

»Por lo tanto, les ruego que cuando hayan vuelto a sus puestos de mando examinen sus listados de tripulaciones y oficiales con el objetivo de localizar un mínimo de seis y un máximo de ocho pilotos a los que puedan transferir. Andamos particularmente escasos de pilotos de reconocimiento con experiencia.

La comodora Poqua se inclinó hacia adelante y apoyó sus brazos cruzados sobre la mesa.

—Entre la expansión a cinco flotas y el considerable número de veteranos de la Rebelión que han vuelto a la vida civil, ninguno de nosotros se encuentra en una situación mucho mejor que la suya —explicó—. Sé que hasta hace dos años la Fuerza Expedicionaria Gema siempre tenía cuarenta pilotos o más en situación de reserva. Ahora esos cuarenta pilotos de la reserva están dispersados por cuarenta mundos y están muy ocupados fabricando bebés, cuidando jardines y pilotando lanzaderas comerciales..., y eso en el caso de que sigan volando.

—Somos conscientes del efecto negativo que la vuelta a la vida civil ha tenido para la Flota —dijo Ábaht—. Pero eso no hace desaparecer la necesidad de reequilibrar nuestros recursos a la que nos enfrentamos. Les ruego que transmitan sus listas de transferencia a las mil cuatrocientos del día de hoy. —Volvió la mirada hacia la derecha—. Coronel Maui'ta..., las evaluaciones sobre los efectivos yevethanos, por favor.

Maui'ta entregó una tarjeta de datos a cada uno de los comandantes de las fuerzas expedicionarias. El comodora Grekk 9, el norak tull, introdujo la tarjeta en el lector de su tórax acorazado, y Poqua sacó un cuaderno de datos de un bolsillo interior. Los demás dejaron que

sus copias del informe quedaran sobre la mesa como juguetes para los dedos.

—Estas tarjetas de datos contienen toda la información más reciente sobre la flota yevethana de que disponemos en estos momentos —dijo Mauit'ta—. Eso incluye hologramas de reconocimiento, perfiles de sensor, un despliegue de combate y un inventario de naves, los avistamientos más recientes y de mayor fiabilidad, y las especificaciones preliminares referentes al diseño del navío de impulsión capaz de viajar por el hiperespacio que a partir de ahora será conocido con el nombre en código de Gordo.

»Los datos que les estamos proporcionando son incompletos, y en algunos aspectos son de naturaleza especulativa. Por ejemplo, el despliegue de combate se basa principalmente en el despliegue astrográfico, dado que no disponemos de información directa sobre la organización de combate de la flota yevethana. Pero como ya ha indicado el general, uno de los objetivos que nos hemos fijado es precisamente el de llenar los huecos. Estamos particularmente interesados en aprovechar cualquier ocasión de destruir o incapacitar a un Gordo, pero por el momento todavía no tenemos muy claro qué haría falta para conseguirlo.

»Dejaré que estudien las evaluaciones de fuerzas detalladamente junto con sus mandos respectivos, y me limitaré a hacer una exposición general resumida. Basándonos en un análisis completo de nuestros contactos con los yevethanos, nuestras estimaciones actuales sobre la potencia de su flota indican que disponen de un mínimo de noventa y tres navíos de combate de gran tamaño, de los cuales por lo menos veintinueve son de diseño imperial y el resto son Gordos.

»Hay un mínimo de diecinueve mundos ocupados y defendidos, y tal vez haya veinte; por el momento Doornik-207 todavía no ha sido sometido a ningún reconocimiento. Ocho de ellos están defendidos por una flota mixta, y pensamos que eso indica que los yevethanos los consideran como objetivos principales. Los otros once objetivos están defendidos únicamente por Gordos.

»Es posible que los yevethanos dispongan de navíos adicionales escondidos en algún lugar, y esperamos reducir las dimensiones de esa incertidumbre aumentando el perímetro de nuestras misiones exploratorias del Cúmulo de Koornacht. Pero el más grande de todos los interrogantes...

Grek 9 interrumpió la exposición de Mauit'ta.

—Los astilleros imperiales —dijo—. ¿Dónde están los astilleros?

—Sí, comodoro... Se me ha adelantado. No sabemos dónde están o qué se oculta en ellos. Lo más probable es que los yevethanos dispongan de tres astilleros imperiales, todos los cuales pueden seguir produciendo copias de los navíos imperiales que figuran en sus bancos de datos. Durante la penetración de reconocimiento se obtuvieron imágenes que muestran cuatro perfiles de Destructor Estelar.

—O están intentando confundirnos con una pista falsa, o están duplicando sistemas sin comprenderlos —dijo Carson.

—Disponemos de una fuente de inteligencia que sugiere que tal vez se trate de eso último —dijo Mauit'ta—. En cualquier caso, localizar los astilleros es nuestra prioridad número uno en lo que concierne a los objetivos de inteligencia. Y cuando hayan sido localizados, los astilleros pasarán a ser considerados como objetivos de naturaleza primaria.

—¿Y qué hay de los Gordos? —preguntó Martaff—. ¿Dónde están siendo construidos? A la vista de las cifras, tal vez tengamos que preocuparnos más por ellos.

—Los navíos de impulsión parecen estar siendo construidos en astilleros de superficie, y posiblemente sólo en N'zoth —dijo Mauit'ta—. Hemos localizado dos de esos astilleros, y están considerados como objetivos de alta prioridad.

—¿Cómo pretenden localizar los astilleros imperiales? —preguntó Grek 9.

Ábaht decidió volver a intervenir.

—Todos estos asuntos pueden ser abordados más tarde —dijo—. Lo que deben dejar muy claro a sus hombres es que los yevethanos son unos enemigos a los que no hay que subestimar. Aunque sólo tomemos en consideración sus recursos confirmados hasta el momento, disponen de un poderío militar más que suficiente para derrotar a los efectivos de una fuerza expedicionaria.

»Por esa razón, he ordenado que la división mínima a emplear en el despliegue que llevaremos a cabo estará formada por dos fuerzas expedicionarias. Símbolo y Campana de Luz quedarán a las órdenes del almirante Tolokus. Ápice y Verano se combinarán a las órdenes del comodoro Carson. Gema se unirá a Hoja de Cobre, la fuerza expedicionaria insignia, bajo las órdenes del comodoro Mirx. ¿Hay alguna pregunta acerca de este punto?

No había ninguna. Las operaciones conjuntas llevadas a cabo por dos fuerzas

expedicionarias formaban parte tanto de la rutina operativa como de la del adiestramiento, y Ábaht no había alterado los emparejamientos familiares y naturales.

Pero en sí mismo el orden ya subrayaba hasta qué punto consideraba seria la amenaza yevethana. Los comandantes de las fuerzas expedicionarias de la Flota no estaban acostumbrados a pensar en sus efectivos desde el punto de vista de la vulnerabilidad. La composición típica de una fuerza expedicionaria de veintiún navíos incluía un Destructor Estelar o transporte de la flota como navío insignia, dos cruceros pesados y dos transportes de asalto, cuatro fragatas de escolta y cinco cañoneras, todo lo cual constituía un conglomerado de potencia de fuego veloz, flexible y realmente formidable.

—¿Y cuál va a ser nuestro despliegue? —preguntó el almirante Tolokus.

—Voy a llevar la flota a los sistemas de la periferia del Cúmulo de Koornacht —dijo Ábaht, volviendo su solemne mirada de ojos que no parpadeaban hacia el almirante—. El gran desfile ha terminado. Vamos a hacer todo lo posible para que a los yevethanos les resulte muy difícil seguirnos el rastro, al mismo tiempo que intentamos hacer que nos resulte más fácil seguirselo a ellos.

»Eso incluye operaciones de reconocimiento a gran escala, llenar el espacio con la máxima cantidad posible de boyas sensoras y probots, esparcir repetidores fantasma por los sistemas que visitemos y enviar un escuadrón a Doornik-1142 para que busque un astillero por esa zona —siguió explicando—. En estos momentos no estamos autorizados a iniciar una acción militar contra los yevethanos, pero sí estamos plenamente autorizados a emplear toda la fuerza disponible si los yevethanos aparecen e intentan interferir en nuestras operaciones.

»En resumen, que vamos a estirar todo lo que podamos los principios de la navegación libre y la autodefensa legítima. Si nuestra presencia acaba persuadiendo a los yevethanos de que deben buscar una solución diplomática, la aceptaremos encantados. Pero si insisten en la guerra, tenemos que asegurarnos de que estamos preparados para hacerles lamentar su elección.

La mirada de Ábaht recorrió los rostros que le contemplaban en silencio desde el otro lado de la mesa.

—Eso es lo que espero de ustedes, y de las naves, oficiales y tripulaciones que tienen bajo su mando. Quiero que estén preparados para luchar cuando no haya otra opción..., y quiero que estén preparados para ganar, porque no hay otra opción.

Luke despertó en el cubículo de reposo del *Babosa del Fango* sintiendo un calor al que no estaba acostumbrado junto a él, y con un recuerdo igualmente desusado flotando muy cerca de sus pensamientos. Se removió y Akanah volvió a fundir su cuerpo con el suyo, la piel tocando la piel y convenciendo a los sentidos adormilados para que se fueran despertando poco a poco.

No sabía cómo hablar de lo que había ocurrido entre ellos o de cuáles podían ser sus consecuencias, pero Akanah no le pidió que lo hiciera. La joven permitió que Luke siguiera inmóvil en la reconfortante paz del círculo formado por su abrazo mutuo, y ni le presentó exigencias ni esperó explicaciones. Luke le devolvió esa cortesía comportándose igual que ella.

La noche anterior había sido muy parecida. La soledad, la pena, la compasión y un anhelo no descubierto hasta entonces de algo que se pareciese un poco a la aceptación los habían llevado hasta el borde de la unión final, pero un silencioso acuerdo mutuo les había impedido dar el último paso. Ninguno de los dos había pedido u ofrecido sus más profundas intimidades. Y así, libres de toda presión, cada uno había permitido que el otro disfrutara de la novedad que suponía el no estar solo.

Siguieron acostados sobre la litera, inmóviles y despiertos, sabiendo que el otro estaba despierto y sabiendo que el otro lo sabía. Pero los dos guardaron silencio durante mucho rato. Luke apenas si confiaba en la intimidad de sus propios pensamientos, y no se atrevía a abrirse para establecer contacto con los de la joven.

—Tu turno —murmuró Akanah por fin.

—¿Mi turno de qué?

—De hablar de tu padre.

Por alguna razón inexplicable que Luke no lograba entender del todo, aquella vez la familiar pared interior de resistencia no apareció.

—Nunca hablo de mi padre —dijo, pero la negativa era puramente mecánica y carecía de convicción.

Akanah tuvo que percibir aquella falta de resistencia, pero no intentó convencerle de que cambiara de parecer y tampoco intentó encontrar alguna excepción a la regla que Luke acababa de enunciar.

—Lo entiendo —dijo, sonriendo afablemente. Después se acostó sobre la espalda y alzó la mirada hacia la galaxia holográfica—. A mí también me resultó muy difícil hacerlo.

Aquella pequeña retirada física bastó para que Luke se decidiera a hablar.

—Y de todas maneras no hay gran cosa que pueda contar —dijo, volviéndose de lado y apoyando la cabeza en la mano—. Casi todo lo que sé parece ser del conocimiento público..., y prácticamente todo lo que me gustaría llegar a saber parece ser ignorado por todos. No guardo ningún recuerdo de mi padre, mi madre o mi hermana. Tampoco me acuerdo de haber vivido en ningún sitio que no fuera Tatooine.

Akanah inclinó la cabeza en un asentimiento lleno de comprensión.

—¿Y nunca te has preguntado cuál puede ser la razón por la que esos recuerdos han quedado bloqueados?

—¿Bloqueados? ¿Por qué pueden haber quedado bloqueados?

—Para protegerte. O para proteger a Leia y a Nashira. A ciertas edades, los niños no pueden ser conscientes de que están hablando demasiado o de que hacen preguntas que no deberían hacer.

Luke meneó la cabeza.

—He examinado la mente de Leia en busca de recuerdos de nuestra madre que se hubieran borrado de su memoria. Si hubiera un bloqueo allí, estoy seguro de que sería capaz de verlo.

—A menos que tu propio bloqueo te haya impedido reconocerlo —sugirió Akanah—. Fuera quien fuese, la persona que creó esos bloqueos quizá fue capaz de prever que llegarías a poseer las dotes de un Jedi.

—Ben podría haberlo previsto —dijo Luke con voz vacilante—. O Yoda.

—Si quisieras, yo podría...

—Pero ¿qué peligro pueden suponer esos recuerdos para mí ahora? —preguntó Luke, pisoteando la oferta de Akanah antes de que la joven pudiera llegar a hacerla—. No, creo que hay una explicación más simple. Creo que sencillamente éramos demasiado jóvenes. Los recuerdos de Leia tal vez ni siquiera sean reales. Podían ser algo que se inventó para llenar ese vacío del que hablabas, algo que se imaginó hace tanto tiempo que ya ha olvidado cómo surgió de su imaginación... Un recuerdo imaginado tiene el mismo aspecto que un recuerdo real.

—Y puede suponer un gran consuelo —dijo Akanah—. ¿Cuándo llegaste a ser consciente de la existencia de esos vacíos, Luke?

—No lo sé. Mucho más tarde que Leia, desde luego... Los niños dicen cosas, y empiezas a darte cuenta de que tu familia es distinta. —Luke meneó la cabeza y entrecerró los ojos, como si estuviera contemplando algo que se encontraba mucho más allá de la litera—. Mis tíos hablaban muy poco de mi padre, y todavía menos de mi madre.

—Ese silencio quizá fuera otra forma de protegerte.

—Quizá —dijo Luke—. Pero siempre he tenido la impresión de que mi tío no estaba de acuerdo con la vida que llevaban, y que le molestaba tener que cargar con la obligación de criarme. Mi tía, en cambio... No, creo que ella siempre quiso tener hijos. No sé por qué no tuvieron ningún hijo.

—Parece como si tu tía sólo consiguiera salirse con la suya cuando sus deseos coincidían con los de su esposo, ¿no?

—Supongo que es una forma bastante acertada de describir su vida —dijo Luke después de unos momentos de reflexión—. Pero nunca la oí quejarse, y nunca hubo nada que te pudiera hacer pensar que se habían peleado y que ella había acabado perdiendo.

—Autosacrificio —dijo Akanah—. Por el bien de la familia, por la paz doméstica...

—Owen tenía un carácter bastante difícil —dijo Luke—. Siempre estaba trabajando. Era muy tozudo, apenas hablaba y tendía a mantenerse encerrado en sí mismo. Cuando veo su rostro con los ojos de la mente, siempre parece estar enfadado.

—Estoy demasiado familiarizada con ese tipo de personas —dijo Akanah—. Tu tía probablemente no se atrevía a llevarle la contraria demasiado a menudo, o demasiado claramente.

—A veces se ponía de mi parte. Pero creo que básicamente lo que hacía era tratar de impedir que mi tío y yo llegáramos a enfrentarnos abiertamente el uno con el otro..., sobre todo durante los dos últimos años.

—¿Y tu tía era feliz?

—Hubo un tiempo en el que yo creía que lo era.

—Pero...

—Creo que mereció tener una vida mejor. Y la forma en que murió... —Luke meneó la cabeza—. Mi padre hizo muchas cosas horribles y me ha costado mucho llegar a perdonarle, pero lo que les hizo a Owen y a Beru... Eso es lo que me ha resultado más difícil de perdonar.

—¿Qué es lo que realmente te ha resultado más difícil, Luke? ¿Perdonarle o entender por qué hizo lo que hizo?

Los labios de Luke se curvaron en una sonrisa llena de cansancio.

—Ojalá resultara más difícil de entender. Pero sé muy bien cuan grande y poderosa puede llegar a ser la tentación de imponer tu voluntad a alguien o de aplastar a las personas y apartarlas de tu camino. Hay tantos deseos, caprichos y anhelos que llevamos dentro de nosotros y que nos acompañan en todo momento... Bien, pues yo tengo el poder de convertirlos en realidad. En consecuencia, he descubierto que debo tener mucho cuidado con lo que me permito llegar a desear.

—¿Y cómo consigues controlar tus deseos?

—Dispongo del ejemplo de Yoda: vivió una vida muy sencilla, y se conformó con muy poco. Mi padre siguió un camino distinto. Intento que él también sea un ejemplo para mí. El impulso de asumir el control y de imponer tu voluntad al universo siempre está ahí, y no puedes dejarte dominar por él. Incluso con la mejor de las intenciones, acaba llevando a la tiranía..., y al renacimiento de Darth Vader.

—El control es una ilusión transitoria —dijo Akanah—. Es el universo quien nos cambia para adaptarnos a sus propósitos, y no al revés.

—Tal vez sea así —dijo Luke—. Pero en el momento de intentarlo, la gente sufre de manera horrible y muere innecesariamente. Ésa es la razón por la que existen los Jedi, Akanah..., y esa es la razón por la que llevamos armas y avanzamos por el camino del poder. No tiene nada que ver con ningún deseo de luchar, y tampoco obtenemos ningún beneficio de ello. Los Jedi existen para neutralizar el poder y la voluntad de quienes aspiran a convertirse en tiranos.

—¿Es eso lo que te enseñaron, o es lo que enseñas a tus estudiantes?

—Me lo enseñaron y se lo enseñó a mis estudiantes. Era uno de los Primeros Principios de la Academia del *Chu'unthor*, y yo lo he convertido en uno de los Primeros Principios del praxeum de Yavin.

—¿Y qué es lo que obliga a los Jedi a perseguir esa meta?

—El hecho de que sea tan necesaria —respondió Luke—. Existe un imperativo moral: quien puede actuar, debe actuar.

—Confiarte la responsabilidad que pretendes asumir resultaría más fácil si el número de Jedi que se apartan del camino correcto no fuese tan elevado —dijo Akanah—. El adiestramiento Jedi no parece ser capaz de preparar a un candidato lo suficientemente bien para que pueda enfrentarse con éxito a las tentaciones del lado oscuro. Tú has perdido estudiantes de la misma manera en que los perdieron tus mentores.

—Sí —dijo Luke—. Estuve a punto de perderme a mí mismo.

—¿Y siempre tiene que ser así? ¿Tan irresistibles son las tentaciones?

—No tengo respuesta para esas preguntas —dijo Luke, meneando la cabeza—. Así es como son elegidos los Jedi, y así es como aprenden a ser Jedi. Un defecto en los candidatos, o un defecto en la disciplina...

—Quizá no hay ningún defecto —dijo Akanah—. Quizá todavía falta alguna pieza..., algo que todavía no has conseguido volver a descubrir.

—Quizá. O quizá siempre habrá que luchar. El lado oscuro es muy seductor..., y muy poderoso. —Luke titubeó durante unos momentos antes de seguir hablando—. Cuando luché con Vader empleé todos los recursos de que disponía, y aun así a duras penas conseguí sobrevivir. Han me salvó en

Yavin, Lando me salvó en Bespin y Anakin me salvó en la Estrella de la Muerte del Emperador. Nunca llegué a derrotar a mi padre. Pero mi negativa a unirme a él... Sí, esa fue la herida más profunda que llegué a infligirle jamás. —Luke se acostó en la litera y alzó la mirada hacia las estrellas—. Creo que después de eso lo que más daño le hizo fue que yo me sintiera capaz de perdonarle.

Eri Palle, el secretario personal del virrey, acompañó al guardián Dar Bule hasta el jardín de sangre en el que ya les estaban esperando Tal Fraan y Nil Spaar.

Dar Bille ofreció su cuello a su viejo amigo, y después aceptó la misma oferta de Tal Fraan.

—*Darama*... —dijo Dar Bille—. He oído proclamar que vuestro reproductorio está afirmando orgullosamente vuestro vigor.

—Ahora ya contiene quince nidos, todos ellos llenos y en proceso de maduración —dijo Nil



Spaar—. El aroma que desprenden es realmente embriagador. He tenido que castrar a mis cuidadores para recordarles cuál es su trabajo.

—Vuestra sangre siempre ha sido vigorosa. Ya lo era en los tiempos en que Kei os eligió..., pero nunca ha sido más potente de lo que lo es ahora.

—Cuando estoy con mis viejos amigos prefiero oír de sus labios verdades antes que halagos —dijo Nil Spaar—. Ya son demasiado pocos los que pueden recordar la gloria de nuestro alzamiento. Bien, ¿qué tienes que decirme sobre mi navio insignia?

—El *Orgullo de Yevetha* está totalmente preparado —le informó Dar Bille—. Las cámaras de confinamiento para los rehenes han sido terminadas, y los rehenes están siendo cargados en estos mismos momentos. ¿Hay perspectivas de nuevos combates? ¿Ha informado Jip Toorr desde Preza?

—Lo ha hecho —dijo Nil Spaar—. Su informe es la razón por la que os he llamado. Las alimañas no han desnudado sus cuellos, y tampoco se han retirado. La que reclama el honor en su nombre continúa desafiándonos. Durante los últimos tres días, la flota de las alimañas ha aumentado en un mínimo de ochenta naves. Ahora se ha dispersado por las regiones de la periferia del Todo, y nuestras naves han perdido el contacto con muchos de esos intrusos.

—Me sorprende enormemente que otorguen menos valor a las vidas de criaturas de su propia especie que a las vidas de las otras alimañas de Preza —dijo Dar Bille—. Quizá no tenemos en nuestro poder a quien creemos. ¿Os parece posible que Tig Peramis, aliado con la princesa, pueda haberos engañado?

—No —dijo Nil Spaar—. Han Solo es el compañero y consorte de Leia, y esas son relaciones que tienen un gran significado para las alimañas.

—Quizá la princesa Leia no sabe que Han Solo se halla en nuestro poder —dijo Tal Fraan—. Quizá no es consciente de que sus acciones suponen un riesgo para él. La incertidumbre no la ha vuelto cautelosa. Quizá ha llegado el momento de enseñarles a nuestros rehenes.

El gesto de Nil Spaar indicó que consideraba prematura aquella sugerencia.

—Dime qué has descubierto estudiando a los prisioneros.

—Se sienten muy incómodos ante la visión de la sangre, incluso cuando se trata de esa sangre pálida y carente de sustancia que corre por sus venas —dijo Tal Fraan—. La aversión es lo suficientemente fuerte para llegar a ser una distracción, y ello es así hasta en las situaciones más complicadas. Aparte de eso, me han proporcionado la confirmación de algunas sospechas que ya albergaba.

—Compláceme y exponías en voz alta.

—Forman las mismas alianzas que existen entre un niño y su padre: un mundo reclama la protección de un millar de mundos —dijo Tal Fraan—. Están divididos, pero son incapaces de verlo. Viven bajo la larga sombra de su propia falta de armonía, y no son capaces de entender que deberían buscar la luz.

—¿Y esa es su mayor debilidad?

Aquella pregunta era más peligrosa, y Tal Fraan titubeó antes de responder.

—No —dijo por fin—. Su mayor debilidad es que son impuros. Los fuertes no matan a los débiles, y los débiles no ceden su lugar a los fuertes. Las alimañas de piel pálida siempre piensan en ellas antes que en su especie.

—¿Y dónde encuentras la evidencia de todo esto?

—Es la razón por la que ocho mil esclavos imperiales siguen sirviéndonos, y la razón por la que esos dos prisioneros continúan estando en nuestras manos. Temen más a la muerte que a la traición —dijo Tal Fraan—. Cualquiera de los Puros se sacrificaría a sí mismo antes que permitir que el calor de su aliento lo convirtiera en un traidor.

—¿Estás de acuerdo con las evaluaciones de mi joven guardián, Dar Bille? —preguntó Nil Spaar—. ¿Crees que los miembros de las cofradías y los gremios que sirven a Yevetha en mi navio insignia están tan dispuestos al sacrificio como afirma Tal Fraan?

—Eso es verdad en el caso de muchos —respondió Dar Bille—. Pero si vuestro joven guardián pudiera hablar con el difunto virrey Kiv Truun, entonces sabría que nunca ha sido una verdad que pueda aplicarse a todos.

La respuesta arrancó un gruñido y una sonrisa de complacida diversión al virrey.

—Procura no olvidar que la verdad suele ser mucho menos clara y fiable que una creencia defendida por la voluntad, Tal Fraan —dijo Nil Spaar—. Y ahora, dime... ¿Cuál es la mayor arma de las alimañas?

—La que poseen todas las especies inferiores —dijo Tal Fraan, quien ya esperaba que se le hiciera aquella pregunta—. Su poderío reside en su abundancia. Las alimañas abruma sus mundos con su repugnante fecundidad. Ya habéis podido ver con vuestros propios ojos cómo

su mundo natal está repleto de cuerpos blandos que se agitan y se retuercen. Si actuaran al unísono, como una sola especie, podrían acabar con nosotros.

—Pero no lo hacen —dijo Dar Bille.

—No —dijo Tal Fraan—. Su gran debilidad hace que su gran arma no resulte efectiva.

—Nos aseguraremos de que no aprendan a ser una sola especie —dijo Nil Spaar.

—Y mientras estabais en Coruscant supisteis obtener resultados espléndidos en ese aspecto —dijo Dar Bille—. Pero ahora las alimañas parecen ser capaces de ver las cosas con más claridad..., y no se han retirado. ¿Cómo vamos a responderles?

Tal Fraan sabía que era el virrey quien debía contestar a aquella pregunta, y no dijo nada. Pero Nil Spaar se volvió hacia él y sonrió.

—¿Qué me aconsejarías que hiciera, guardián? ¿Cómo puedo conseguir que la alimaña llamada Leia me muestre su cuello?

—Ha llegado el momento de que le enseñemos a nuestros rehenes —dijo Tal Fraan sin inmutarse—. Y dado que las alimañas de piel pálida no pueden soportar la visión de la sangre, deberíamos encontrar una manera de recordarles que ése es otro de los aspectos en los que somos muy distintos de ellas.

La reunión del Consejo de Gobierno para tratar la petición contra la princesa Leia Organa Solo presentada por Doman Beruss fue retrasada dos días, y luego volvió a ser retrasada un día y después otro más. No se dio razón alguna para justificar ninguno de los aplazamientos. Leia fue informada de ellos a través de un correo de alta seguridad, y Beruss no se puso en contacto con ella y no hizo ningún intento de verla. Leia sospechaba que los miembros del Consejo todavía estaban divididos acerca del camino a seguir después de que hubiera rechazado los tanteos en privado llevados a cabo por Doman Beruss.

Behn-Kihl-Nahm fue a verla el tercer día. Pero su informe era muy pesimista y sus consejos fueron desusadamente claros y secos.

—Si se niega a hacerse a un lado, no podré contar con los votos suficientes para protegerla —dijo—. Pero si accede magnánimamente, Doman ha prometido que apoyará mi candidatura como presidente provisional. Preséntese ante el Consejo y diga que sus deberes son demasiado agotadores para que pueda seguir cumpliendo con ellos en estos momentos de dificultades personales, y que debe estar con su familia. Pídale que me permitan ocupar la presidencia en nombre suyo hasta que esta crisis haya pasado...

—No solicité esa clase de ayuda cuando mis hijos fueron secuestrados —replicó Leia con voz gélida—. ¿Qué concepto se formarían de mí?

—No hay ninguna necesidad de que nada de todo esto llegue a ser del dominio público —dijo Behn-Kihl-Nahm—. Leia, Borsk Fey'lya ha estado intentando obtener cuatro votos que le apoyen. Si crea la impresión de que está decidida a salirse con la suya sea como sea, entonces Rattagagech pasará a apoyar a Fey'lya, quien está diciendo todo lo que parece lógico y correcto en estas circunstancias..., y eso le proporcionará sus cuatro votos. Debe entender lo frágil que ha llegado a ser su situación.

—No habrá ninguna votación a menos que yo acepte el juicio de Doman y considere que no estoy capacitada para seguir ocupando la presidencia —dijo Leia—. Si no he dejado vacante el puesto, entonces no hay ninguna necesidad de nombrar a alguien para que se ocupe de los asuntos pendientes.

—Esa opción ya no existe, princesa —dijo Behn-Kihl-Nahm en un tono muy sombrío—. Lo único que conseguirá mediante la tozudez es obligar al Consejo de Gobierno a que presente la petición de falta de confianza ante el Senado. Y nadie puede controlar o predecir qué ocurrirá a continuación. Si hemos de encontrar una solución al problema que representan los yevethanos, necesitamos estabilidad y continuidad.

—Pues entonces ve a ver a Doman Beruss y dile que ponga fin a todas estas distracciones, Bennie —replicó Leia—. Porque la forma más rápida y sencilla de garantizar que haya estabilidad y continuidad es que yo siga estando donde estoy ahora.

A la mañana siguiente Leia recibió otra visita, y vio entrar en su despacho a la silueta alta y esbelta de Rattagagech. El anciano consejero había traído consigo las herramientas del cálculo físico elómico, una tabla de equilibrio y un recipiente dividido en compartimentos que contenían varios pesos hemisféricos de distintos colores.

—He venido a analizar la lógica de sus circunstancias con usted —dijo Rattagagech—. Eso le dará una oportunidad de cuantificar los elementos objetivos en conflicto.

—No es necesario que se tome esa molestia, consejero —dijo Leia.

—No es ninguna molestia, sino una oportunidad que acojo con gran placer —dijo

Rattagagech, colocando la tabla transparente sobre su columna de sustento—. El viejo arte me parece muy elegante y el practicarlo siempre me relaja mucho; hallarme en presencia de mentes que son muy viejas y sabias hace que me sienta muy joven.

Rattagagech se sentó delante de la tabla, que había quedado equilibrada encima de la columna.

—Le agradezco su preocupación, consejero —dijo Leia, deteniéndole antes de que pudiera abrir el recipiente—. Pero no puede ayudarme.

Rattagagech, muy sorprendido, alzó la mirada hacia ella. Las palabras que acababa de oír estaban muy cerca de constituir un insulto para su intelecto.

—Presidenta Solo... Princesa Leia... El cálculo físico es el cimiento del análisis lógico, y el análisis lógico es el cimiento sobre el que se alza la civilización de Elom. Este arte nos ha elevado desde lo que éramos hasta lo que somos ahora.

—Respeto los grandes logros de la ciencia elomin —dijo Leia—, pero el cálculo lógico nos habría dicho que rebelarse contra el Imperio no serviría de nada. Y el análisis lógico siempre sacrificará la vida de uno para salvar las vidas de muchos, o las de unos cuantos para salvar un número de vidas superior, y te dejará convencido de que has obrado noblemente.

—Debo tratar de atraer su atención hacia la obra de Notonagarech, quien ha demostrado que una tabla cuyos pesos estén adecuadamente repartidos se inclina en favor de la Alianza Rebelde...

—Cuando ya conoces cuál será el desenlace. —Leia meneó la cabeza—. No puedo permitir que la inclinación de la tabla decida cuál será el camino que seguiré. El problema está en que no creo que todo pueda ser cuantificado para someterlo al cálculo.

Rattagagech recogió sus herramientas sin tratar de ocultar su indignación y se marchó.

Leia recibió a una última visita surgida de las filas del Consejo de Gobierno antes de que el día hubiera terminado. Dalí Thara Dru —la senadora de Raxxa y presidenta del Consejo de Comercio del Senado, y la única representante del sexo femenino entre los siete integrantes del Consejo de Gobierno— no había tenido nada que decir durante la última reunión. El recuento de votos hecho por Behn-Kihl-Nahm incluía a Dru en el grupo que apoyaba su continuidad en la presidencia de la Nueva República, pero eso hizo que Leia se sintiera todavía más insegura de qué debía esperar de ella.

—Le agradezco muchísimo que haya encontrado unos momentos para recibirme —dijo Dalí Thara Dru mientras entraba en el despacho de Leia—. Lo ocurrido es realmente terrible... ¡Soy incapaz de imaginármelo! Su vida debe de haberse convertido en un auténtico caos.

—Y yo le agradezco su simpatía, pero...

—Esta petición presentada contra usted es la peor estupidez imaginable. Vengo del despacho del presidente Beruss, y me temo que no ha habido manera de convencerle de que cambie de parecer; sigue defendiendo tozudamente la teoría de que el problema es usted. ¡Como si usted tuviera la culpa de que haya planetas muertos esparcidos por todo el Cúmulo de Koornacht!

—Le agradezco su apoyo...

—Aun así, me temo que Doman ha conseguido influir sobre un número de mentes lo bastante grande para crearle considerables problemas cuando el Consejo tenga que adoptar una decisión sobre la petición. Por lo tanto, me he estado preguntando qué se puede hacer. ¿Cómo podemos convencer a los demás de que usted controla la situación? ¡Y entonces comprendí que la respuesta estriba precisamente en la pregunta que nadie parece estar formulando!

—Y esa pregunta es...

—¿Dónde está Luke Skywalker? —preguntó Dalí Thara Dru—. ¿Dónde están los Caballeros Jedi?

—Lo lamento, senadora Dru, pero me temo que no la entiendo —dijo Leia.

—Bueno... Skywalker derrotó al Emperador sin ayuda de nadie, ¿verdad? Estoy segura de que él podría resolver el problema que representan los yevethanos sin ninguna dificultad. Y en el caso de que necesite ayuda, Skywalker ha creado todo un ejército..., ¡y los gastos han corrido a cargo de la Nueva República, no lo olvidemos!..., de hechiceros tan poderosos como él. Bien, no me extraña que Beruss no quiera enviar a nuestros hijos a Koornacht... ¿Por qué tenemos que luchar en esta guerra? ¿Dónde están nuestros Caballeros Jedi?

—Los Caballeros Jedi no son el ejército de la Nueva República, senadora Dru..., y tampoco son sus mercenarios o su arma secreta —dijo Leia con voz firme y pausada—. Si está sugiriendo que me presente ante el Consejo y les diga que no deben preocuparse porque mi hermano se encargará de resolver todo este embrollo por mí...

—Oh, por supuesto que no —se apresuró a decir Dru—. Ya sé que no puede presentarse delante de los consejeros y decirles exactamente lo que ha planeado hacer. Bastaría con que les hiciera saber que los Jedi están de su parte. Eso no es pedir demasiado, ¿verdad? Después de todo, estamos intentando conseguir que sigan confiando en usted. ¿Y quién puede inspirar 'confianza mejor que Luke Skywalker?

—Me está pidiendo que haga algo que no puedo hacer —dijo Leia. Su tono se había vuelto gélido, y no se molestó en andarse con rodeos—. Senadora Dru, no he pedido la ayuda de los Jedi y ellos tampoco me la han ofrecido. No existe ningún plan secreto que ocultar. La Nueva República puede librar sus propias batallas y las libraré..., de la misma manera en que lo haré yo. Y si usted apoyó mi nominación pensando que hacía un gran negocio porque así conseguía gratis a Luke Skywalker incluido en el lote..., entonces lamento decirle que estaba muy equivocada.

No hubo más aplazamientos. A la mañana siguiente, Leia estaba en el pozo de la cámara del Consejo y contemplaba a Doman Beruss.

—Presidenta Leia Organa Solo, ¿ha leído la petición de falta de confianza presentada contra usted?

—La he leído —respondió Leia con voz firme y clara.

—¿Comprende las acusaciones que contiene?

—Sí.

—¿Comprende las argumentaciones presentadas en apoyo de las acusaciones?

—Sí.

—¿Desea ofrecer alguna respuesta a la petición?

Leia miró a Behn-Kihl-Nahm, que estaba sentado a la derecha de Beruss, antes de responder.

—Respondo a la petición en su totalidad rechazándola por completo. No entiendo cómo ha podido llegar a ser presentada, y el que lo haya sido me llena de consternación.

Behn-Kihl-Nahm se hundió en su sillón, y el cansancio tino de gris sus facciones.

—No sólo es un insulto personal, sino que también es un error político —siguió diciendo Leia—. Debo preguntarme si la presidencia de este Consejo ha decidido seguir las indicaciones de Nil Spaar..., porque él es el único que va a salir beneficiado de nuestros enfrentamientos internos.

—No tiene por qué haber ningún enfrentamiento interno —dijo Krall Praget—. Está claro que resolver este asunto deprisa y discretamente será lo más beneficioso para todos.

—Pues entonces pídale que retire su petición —dijo Leia, señalando a Beruss con un dedo—. El origen de todo este embrollo hay que buscarlo en él, y no en mí. Sólo existe un problema que debemos resolver, y es su miedo.

—El consejero lamenta informar al Consejo de que su conciencia no le permite retirar la petición —dijo Beruss en voz baja y suave.

Leia clavó los ojos en él.

—Ignoro cuándo o cómo ha podido quedar infectado el consejero Beruss por esa curiosamente rastrea y titubeante cobardía que parece estar haciendo estragos entre nosotros. Pero si lo que le preocupa es que la princesa Leia vaya a llevar a la Nueva República a una guerra para rescatar a su esposo, entonces he de sugerir que no es eso lo que debería preocuparle y que debería dedicar su atención a otros temas. Y espero que el resto del Consejo esté dispuesto a sacarlo de su error.

—¿Por qué? —preguntó Borsk Fey'lya—. ¿Cuántos amigos cree que tiene en esta sala? Durante los últimos meses todos nosotros, y eso incluye a su querido Bennie, hemos empezado a tener serias dudas sobre su capacidad para desempeñar la presidencia de la Nueva República. La pasión y el idealismo pueden ser cualidades magníficas a la hora de dirigir una revolución, pero liderar una gran república exige enfriar ese apasionamiento con varios grados de calma y tener mucha más astucia.

—Punto de orden, presidente Beruss... —dijo Behn-Kihl-Nahm.

Pero Beruss, con los ojos oscurecidos por la desaprobación, ya se disponía a intervenir.

—Las observaciones de los consejeros Praget y Fey'lya están totalmente fuera de lugar y serán eliminadas de las actas. La presidenta de la Nueva República tiene la palabra para poder responder a la petición.

—Ya he dicho todo lo que tenía que decir —dijo Leia.

Behn-Kihl-Nahm echó un vistazo a algo que Leia no podía ver y que se encontraba delante del sillón de la mesa donde se sentaba Beruss.

—Presidente, punto de precedencia...

—Adelante.

—Me gustaría ofrecer un compromiso que espero pueda satisfacer a todas las partes —dijo Behn-Kihl-Nahm, advirtiéndole a Leia con la mirada de que había llegado el momento de que se ayudara un poco a sí misma—. Si la presidenta consiente en anunciar que va a tomarse unas cortas vacaciones por motivos personales, el Consejo nombrará al consejero Rattagagech para que desempeñe la presidencia de manera provisional hasta el regreso de la princesa Leia.

Rattagagech y Fey'lya parecieron igualmente sorprendidos por sus palabras.

—Daremos tiempo a la presidenta para que reflexione sobre esta nueva proposición —dijo Beruss—. Se suspende la discusión. La votación sobre la petición queda pospuesta hasta que volvamos a reunirnos dentro de tres días.

El coronel Bowman Gavin ostentaba el título formal de director de personal de vuelo del Mando de la Quinta Flota de Combate. Pero para los más de tres mil pilotos y oficiales de armamento de los casi doscientos escuadrones repartidos por los transportes y los Destruyores Estelares, sencillamente era el jefe del aire de la flota.

El jefe del aire de la flota era quien decía la última palabra en todas las decisiones que exigían «consultarlo con la almohada», y eso incluía la asignación de misiones de vuelo, transferencias, evaluaciones, reprimendas y ascensos de todo el personal de vuelo, desde el novato más verde hasta los líderes de escuadrón y los comandantes de las alas de combate. Su despacho formaba parte del «pasillo caliente» del centro neurálgico del *Intrépido*, y se encontraba a quince pasos del que el general Ábaht ocupaba en un extremo y a ocho de las salas que albergaban el centro de operaciones de combate en el otro.

A pesar de la importancia de su puesto, el coronel Gavin era una presencia familiar en las cubiertas de vuelo y los hangares de atraque de la flota. Afable y tranquilo, no le importaba confesar que se sentía más cómodo recorriendo el territorio de los pilotos que estando sentado detrás de su escritorio u ocupando un sillón en la mesa de reuniones de Ábaht. Gavin odiaba trabajar basándose únicamente en los informes, y nunca juzgaba o ascendía a un piloto o suboficial hasta haber llevado a cabo una evaluación personal sustentada sobre el conocimiento directo.

Los pilotos, a su vez, consideraban que Gavin era uno de los suyos y sabían que siempre sería justo con ellos. Eran conscientes de que Gavin sabía qué sentías cuando estabas sentado en la carlinga de un caza que giraba locamente por el espacio, con los cañones al rojo vivo y el atronar de los motores del enemigo resonando detrás de ti. Normalmente Gavin sólo llevaba el galón de campaña del «sol nuevo» que se había ganado pilotando un ala-B en la batalla de Endor, pero su historial de servicio le daba derecho a llevar puestas la mayoría de las condecoraciones de combate creadas y conferidas por la Alianza y la Nueva República.

El caos administrativo había llegado pisándole los talones a las cinco fuerzas expedicionarias sacadas de otras flotas. Gavin había tenido que suspender su rutina de visitas informales, y se había visto obligado a reducir sus citas al mínimo para no quedar desbordado por la incesante sucesión de informes y reuniones. Llevaba cinco años formando parte de la élite de oficiales superiores de la flota, y desde su ascenso nunca había estado tan cerca de cerrar su puerta al mundo.

No hicieron falta muchos días para que el aire de su despacho se fuese enrareciendo hasta que la presión quedó reducida a una miserable media atmósfera y los mamparos se encogieran hasta adquirir las dimensiones de una celda del bloque de detención. Pero cuando Gavin no pudo aguantarlo por más tiempo y decidió rebelarse y empezar a tramitar una escapada temporal, la Quinta Flota ya se había convertido en un conjunto de fuerzas expedicionarias dotadas del doble de los efectivos habituales y se había dispersado por la periferia del Cúmulo de Koornacht, llevándose a la mayoría de los recién llegados a lugares donde resultaba bastante difícil ponerse en contacto con ellos.

Pero la Fuerza Expedicionaria Gema, que había quedado unida a la fuerza expedicionaria insignia, ofrecía veintidós posibles destinos para la clase de escapatoria que estaba planeando Gavin. Dado que una visita al navío del comodoro Poqua, el transporte *Punta Estelar*, sólo serviría para enredarle todavía más en la compleja malla de formalidades del mando, Gavin fue descendiendo por la lista y acabó escogiendo otra nave.

—Avisen a mi piloto y preparen mi esqui —le dijo al oficial de servicio en la cubierta de vuelo número 1 del *Intrépido*—. Voy a ir al *Floren*.

—Entendido, coronel. Se lo notificaremos al control de vuelo.

Con la flota en nivel de alerta uno, incluso el coronel Gavin estaba obligado a ponerse un traje de vuelo de combate si quería abandonar el *Intrépido* a bordo de un navío de las reducidas dimensiones de un esqui. Aparte del tiempo que se perdía poniéndose y quitándose las cinco secciones que componían el traje presurizado de alta flexibilidad, Gavin no tenía nada que objetar a esa norma..., y normalmente la charla llena de jovialidad y bromas un

poco subidas de tono tan típica de la sala de descanso conseguía que el tiempo transcurriera lo bastante deprisa para que no te aburrieras.

Pero la sala estaba vacía porque se encontraban justo a mitad de la rotación del turno, y Gavin tuvo que luchar con el anillo de la cintura del traje sin disponer de una mano extra que le ayudara a ponérselo. Gavin tuvo toda la sala para él solo hasta que se encontraba a punto de terminar la prueba de presión del casco y fue sólo entonces cuando se encontró compartiéndola con otro piloto, un joven alienígena que llevaba un purificador sobre el pecho y lucía el emblema rojo de un oficial de vuelo provisional en el cuello de su uniforme.

En vez de dirigirse hacia uno de los armarios, el piloto fue en línea recta hacia Gavin y se detuvo a dos metros de él, como si estuviera esperándole. Cuando la secuencia de prueba del traje hubo llegado a su fin con un suave pitido de aprobación, Gavin abrió el sello del cuello y se quitó el casco.

—¿Busca a alguien, hijo? —preguntó, notando la ausencia de las insignias de la Quinta Flota en el uniforme del piloto.

El oficial le saludó por fin, reaccionando tan tardíamente como si el saludar a sus superiores fuera un reflejo adquirido hacía poco que aun necesitaba bastante práctica.

—¿Es usted el coronel Gavin, señor?

—Culpable. Y usted es...

—Soy Plat Mallar, señor. Señor... Me han dicho que es usted quien toma todas las decisiones sobre las misiones asignadas a los pilotos.

—¿Quién se lo ha dicho?

—La tripulación del esquife, y el teniente me dijo dónde podía encontrarle. Soy uno de los pilotos enviados por Coruscant.

—Formaba parte de la escolta que acompañaba a la *Tampion*, ¿eh? —dijo Gavin, asintiendo con la cabeza—. Sé que Inteligencia acabó decidiendo que estaban limpios, pero me sorprende un poco enterarme de que alguien puede llegar a dirigirle la palabra. ¿Se le ha ocurrido pensar que quizá no le hayan hecho ningún favor al decirle que viniera a verme?

—Coronel... Usted toma todas las decisiones sobre las misiones de vuelo, ¿verdad?

—Sí.

—¿A quién más podía ir a ver entonces?

Gavin asintió con expresión pensativa.

—Muy bien. ¿De qué quería hablarme?

—Quería hablarle de mis órdenes, señor. Cinco de nosotros seremos enviados de vuelta a Coruscant en la lanzadera de la flota, dado que hay espacio disponible. Esta mañana nos trajeron aquí desde nuestra nave para que esperáramos a la lanzadera.

—Sí, ya lo sé. ¿Y cuál es el problema?

—No quiero que me envíen de vuelta a Coruscant, señor. No puedo volver allí... Quiero quedarme y tomar parte en el combate. Tiene que permitirme hacer algo.

—No, no tengo por qué permitirselo —dijo Gavin, metiéndose el casco debajo del brazo derecho—. Pero le daré una oportunidad de convencerme de que debería hacerlo. Aun así, debo advertirle de que aprobé sus órdenes con mi firma. Voy a serle muy claro: necesitamos pilotos, pero tanto en su caso como en el de los demás... Bien, la verdad es que nadie los quería. Ninguno de ustedes ha acumulado la experiencia suficiente para que los líderes de los escuadrones que andan escasos de pilotos quieran correr el riesgo que supondría tenerlos a sus órdenes.

—No sé si eso puede hacerle cambiar de parecer, pero además de la misión de escolta he acumulado ciento noventa horas de vuelo a bordo de un interceptor TIE que no figuran en mi historial de servicio.

—¿A bordo de un TIE? —Gavin levantó una ceja en un gesto de interrogación—. Déme su disco de identificación.

El joven piloto obedeció y Gavin estudió los datos mediante un lector portátil. Cuando hubo acabado, alzó la vista hacia Mallar para contemplarle en silencio durante unos momentos antes de volver a hablar.

—¿Quién es usted? —preguntó por fin—. Para empezar, no entiendo qué demonios estaba haciendo aquí. He visto muchos historiales de servicio de pilotos destacados en zonas de combate, y nunca me había encontrado con uno en el que hubiera tantas horas en simuladores y tan pocas horas dentro de una carlinga.

—Me he esforzado al máximo para poder tener una oportunidad, coronel. Invertí todos los minutos que podía dedicarme mi instructor en volar, y luego dediqué todo el tiempo que me quedaba libre a entrenarme en el simulador. Si no me envía de vuelta a Coruscant, trabajaré

igual de duro aquí.

—Su instructor, ¿eh? Sí, ya veo... —dijo Gavin, devolviéndole el disco de identificación—. Parece que consiguió hacerle cursar el adiestramiento primario en una tercera parte del período de tiempo habitual, a pesar de que al final sólo acabó aprobándole por los pelos. ¿Cuál es el fragmento que falta en todo este rompecabezas, Mallar?

La pregunta pareció llenar de consternación a Mallar.

—Supongo que tendría que haber permitido que el almirante lo incluyera en mi expediente tal como quería hacer —dijo con voz entristecida—. Incluso quería concederme una victoria confirmada.

—¿Una victoria? ¿De qué está hablando?

—Del caza yevethano que derribé sobre Polneye el día en que los yevethanos destruyeron mi mundo..., el día en que mataron a mi familia —dijo Mallar, y meneó la cabeza—. Yo no quería recibir ningún tratamiento especial... Quería valer lo suficiente por mis propios méritos. Me conformaba con que considerasen que valía lo suficiente para poder echarles una mano. Pero no soy lo bastante bueno..., porque de lo contrario usted no estaría tratando de enviarme de vuelta a Coruscant. Así que ahora lo único que puedo hacer es suplicarle que no lo haga, coronel, no me envíe a Coruscant.

—Ofrézcame una alternativa —dijo Gavin en voz baja y suave.

—Haré lo que sea, ¿entiende? Me da igual de qué se trate —dijo Mallar—. Encuentre algo que pueda hacer para ayudar, cualquier cosa... Encuentre alguna manera de que mi presencia aquí pueda hacer que les resulte más fácil pagar a los yevethanos con su misma moneda. Eso es lo único que le pido. Se lo pido porque lo que nos hicieron fue... Verá, yo... Lo que ellos hicieron en Polneye fue... Bueno, quiero hacer algo porque no tendrían que habernos tratado así. Permita que sea una pequeña parte de la máquina que les hará aprender esa lección. Eso es lo único que me importa ahora. Soy el único que queda..., y debo hablar en nombre de todos ellos.

Gavin le contempló en silencio mientras hablaba, y permaneció en silencio durante unos momentos después de que hubiera terminado de hablar.

—Coja un traje de vuelo —dijo por fin—, y reúnase conmigo en mi esqui de dentro de diez minutos. Seguiremos hablando mientras vamos hacia el *Floren*.

—Sí, señor. Pero se supone que la lanzadera está a punto de partir...

—Lo sé —dijo Gavin, dándole una palmadita en el hombro mientras pasaba junto a Mallar—. Me temo que la lanzadera tendrá que irse sin usted.

Cuando salió del hiperespacio para poner rumbo a Utharis, el *Babosa del Fango* sufrió una repentina sobrecarga de energía en la conducción de datos que cortó la comunicación entre los sensores de navegación de babor y el ordenador de navegación. La sobrecarga se había producido en el peor momento posible, justo durante la fase de cascada en la que los sistemas de hiperimpulsión se desconectaban automáticamente para permitir la reinicialización de los sistemas de control del espacio real.

—Y ésta es la razón por la que nunca debes comprar naves estelares a precio de ganga —gruñó Luke mientras salía del compartimento de acceso a los sistemas situado debajo de la cubierta.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Akanah.

—Pues que cuando construyó este trasto la Verpine intentó hacer ahorros a toda costa —dijo Luke, volviendo a poner el panel de acceso en su hueco—. La conducción de energía no puede alimentar todos los sistemas a la vez, por lo que el procesador de cascada siempre tiene que estar haciendo malabarismos y se ve obligado a desconectar un sistema antes de activar otro. Pero para que ese pequeño truco dé resultado, los circuitos de protección tienen que... —Vio que Akanah empezaba a poner cara de no entender nada y se calló—. En fin, básicamente lo que quiero decir es que tendremos que pasar algún tiempo en Utharis.

—¿Cuánto tiempo?

—El suficiente para que reparen las averías —dijo Luke, cerrando la última sujeción del panel de acceso y alzando la mirada hacia Akanah—. Si la Estación Taldaak cuenta con un mecánico que conozca este modelo mejor que yo, tal vez sólo perderemos un día o dos.

—¡Dos días! Dijiste que sólo nos detendríamos el tiempo suficiente para renovar las reservas de consumibles y reinicializar los contadores.

Luke se encogió de hombros.

—Esto me gusta tan poco como a ti —dijo—. Pero es mejor que haya ocurrido ahora, precisamente cuando íbamos hacia un puerto en el que podemos disponer de todos los



servicios necesarios, que en algún lugar de Farlax.

—No puedo soportar la idea de que haya más retrasos. No cuando estamos tan cerca del final..., tan cerca del Círculo...

—Lo sé —dijo Luke—. Pero esta nave no volverá a entrar en el hiperespacio hasta que haya pasado por un hangar de mantenimiento. —Sus labios se curvaron en una sonrisa maliciosa—. Por lo menos tendré montones de tiempo para poder elegir ese sombrero típico que te había prometido.

Utharis estaba padeciendo un ataque agudo de fiebre bélica. Aunque el Cúmulo de Koornacht se encontraba a más de doscientos años luz de distancia, Utharis reaccionaba a los problemas de la política interplanetaria con esa curiosa sensibilidad peculiarmente aguda tan típica de los mundos fronterizos. No se podía ir a ningún lugar de Taldaak sin oír hablar de las nubes de guerra que se estaban acumulando sobre el Sector de Farlax, y las noticias habían provocado un éxodo discreto pero claramente perceptible tanto en la Estación Taldaak propiamente dicha como en los otros puertos de primera categoría del planeta.

El éxodo todavía no se había extendido más allá de los segmentos más acomodados de la sociedad utharisiana, que también eran los que disponían de mejores conexiones y tenían más facilidades para viajar, pero había alimentado las conversaciones en todo el planeta y ya se había infiltrado en la maquinaria económica y estaba empezando a frenar su funcionamiento normal.

—Por supuesto que podemos atenderle, Stonn —dijo el encargado de Servicios Camino Estelar—. Pero pasarán tres días antes de que podamos empezar a echarle un vistazo a su nave.

—¡Tres días! Bien, qué se le va a hacer... Alquíleme un hangar de mantenimiento —dijo Luke, dirigiendo una inclinación de cabeza a un letrado que ofrecía esa opción.

—Claro —dijo el encargado—. Déjeme echar un vistazo a la lista de reservas. —Sus dedos bailotearon por encima de su cuaderno de datos—. Sí, debería tener uno disponible dentro de cinco o seis días.

—Vamos, querido... Salgamos de aquí—dijo Akanah, tirando del brazo de Luke—. En esta ciudad tiene que haber alguien que sepa tratar correctamente a los visitantes.

—Como quieran. Pero no tendrán más suerte en ningún otro sitio —replicó el encargado.

—¿Y a qué es debido eso? —preguntó Luke.

—Tengo un supervisor y tres mecánicos que han decidido que éste sería un buen momento para irse de vacaciones con la familia. La mayoría de talleres andan todavía más escasos de personal que el mío —dijo el encargado—. Y veintiocho de mis clientes habituales me han llamado para decirme que querían adelantar la revisión anual o hacer reparaciones que habían estado dejando para otro momento. Si no estuviera manteniendo un hangar abierto para atender las urgencias y a los turistas, tendrían que esperar una semana.

—¿Li, querido... Leí un artículo sobre esta clase de estafa en *Turismo • espacial* —intervino Akanah—. Los astilleros y servicios de reparaciones reciben comisiones de los hoteles para que mantengan retenidos a los viajeros durante el mayor tiempo posible.

Luke percibió el repentino destello de irritación que acababa de aparecer en los ojos del encargado, e intentó tranquilizar a Akanah dándole unas palmaditas en la mano.

—Vamos, vamos, querida... No insultemos a este caballero meramente porque nuestros planes acaban de verse trastornados —dijo—. ¿Y por qué tiene tanto trabajo? —preguntó, volviéndose nuevamente hacia el encargado.

—Por la guerra, naturalmente —dijo el encargado.

Akanah entrecerró los ojos.

—¿La guerra? ¿De qué está hablando?

—¿Es que no escuchan nunca los informativos de las redes? La Nueva República y la Liga de Duskhan llevan meses intercambiando gruñidos y fintas.

Akanah se volvió hacia Luke.

—¿Lo sabías?

—Oí algunos rumores en Talos —dijo Luke—. No quería que te preocuparas, y además por aquel entonces sólo eran rumores. Si algunas personas están empezando a huir hacia el otro extremo de la galaxia... Bueno, supongo que eso quiere decir que ahora hay algo más que rumores.

—El Cúmulo de Koornacht se encuentra tan cerca de aquí que de noche puedes ver cómo brilla en el cielo —dijo el encargado—. Saber que hay mil navíos de combate preparados para entrar en acción en algún lugar por encima de sus cabezas pone muy nerviosa a la gente.

—¿Mil navíos de combate? —murmuró Akanah, visiblemente impresionada.

—Eso es lo que están diciendo. —El encargado se encogió de hombros—. Bueno, por lo menos eso es lo que dicen algunos porque el caso es que siempre estás oyendo un montón de historias distintas. Y volviendo a su problema, ¿qué es lo que van a hacer?

—Dejaremos nuestra nave en su hangar —dijo Luke, empujando la tarjeta de registro por encima del mostrador—. Pero ¿podría decirme cuánto tardarán en repararla una vez que hayan empezado a trabajar en ella? ¿Disponen de un suministrador de repuestos?

—¿Para una Aventurera Verpine? —preguntó el encargado, bajando la vista hacia su cuaderno de datos—. Oh, claro. Si quiero encontrar repuestos para ese modelo, me basta con ir a nuestro almacén. Llámenos dentro de tres días.

Que el encargado aceptara con tanta calma la inminente llegada de la guerra había hecho todavía más intensa la gélida mordedura del escalofrío de temor que se adueñó de Akanah en cuanto se enteró de las noticias. «Es demasiado pronto... Luke no está preparado para esto —pensó desesperadamente mientras salía del servicio de reparaciones detrás de él—. Le estoy llevando precisamente al sitio al que no quiero que vaya..., directamente al corazón de la tentación. Luke sigue tratando de dirigir el curso de la Corriente. No está preparado para ver luchar a otros sin alzar la mano....»

—No podemos quedarnos aquí —dijo Akanah en un susurro lleno de preocupación cuando hubieron salido del local—. Este sitio no es seguro... No sé de qué se trata exactamente, pero es como si estuviéramos rodeados de sombras.

—No veo que haya muchas alternativas —dijo Luke, echando a andar hacia la calzada móvil que iba en dirección norte—. Si quieres viajar por el hiperespacio tienes que estar en condiciones de decirle al hiperimpulsor hacia qué coordenadas ha de saltar, y en estos momentos el hiperimpulsor del *Babosa del Fango* es incapaz de recibir ese tipo de instrucciones.

—Sí, ya lo he entendido —dijo Akanah, agarrándose a su brazo—. Pero tal vez tengamos que pasar una semana o más tiempo aquí. ¿No hay nada más que podamos hacer? ¿No podrías comprarle los repuestos y reparar la avería tú mismo?

—¿Es que no has oído lo que nos dijo? Nos dirigimos hacia una zona de guerra —dijo Luke, deteniéndose—. A juzgar por lo poco que sabemos sobre lo que está ocurriendo, J't'p'tan puede haberse convertido en uno de los campos de batalla. Dadas las circunstancias, ¿no te parece que sería buena idea poder contar con nuestro hiperimpulsor?

Akanah estaba haciendo desesperados intentos para encontrar un miedo que fuera capaz de impresionar a Luke.

—Si pasamos demasiado tiempo aquí, podemos estar seguros de que uno o más agentes imperiales acabarán encontrándonos —dijo—. No podemos permitir que eso ocurra, Luke. Ni siquiera podemos permitir que nos sigan.

—Gracias a tus trucos, ahora ni siquiera la Nueva República puede localizarnos —replicó Luke—. Oye, lo único que tenemos que hacer es encontrar un lugar tranquilo donde alojarnos y jugar a los turistas durante unos cuantos días. Además, quiero averiguar todo lo posible sobre lo que nos espera..., y quizá necesite un poco de tiempo para separar las verdades de los rumores.

—¿Realmente crees que es tan importante saber con qué vamos a encontrarnos? —preguntó la joven—. ¿Serías capaz de pensar en volverte atrás? Tu madre, mi madre... Estamos muy cerca de ellas.

—¿Con el *Babosa del Fango* en su estado actual? —replicó Luke—. Ni lo sueñes, Akanah; antes tenemos que conseguir que pueda andar sin muletas.

—Pues entonces tenemos que conseguir otra nave.

Luke soltó un bufido.

—¿Cómo? —preguntó después.

Akanah le miró fijamente, visiblemente sorprendida.

—¿No te parece que con nuestros talentos combinados podríamos adueñarnos de cualquiera de las naves que hay en este puerto?

—Ni se te ocurra pensar en ello —replicó secamente Luke. Miró a su alrededor para ver si alguien había podido oírla y después la agarró por el codo, tiró de ella y la llevó, casi a rastras, desde la entrada del servicio de mantenimiento y reparaciones hasta la calzada móvil—. Sí, probablemente podríamos hacerlo —siguió diciendo en un susurro cargado de tensión mientras la superficie móvil empezaba a llevarlos hacia el norte—. Pero no sin despertar justo el tipo de interés que no nos conviene. ¿Realmente quieres que una patrullera utharisiana nos siga hasta J't'p'tan? ¿Quieres que todas las naves inscritas en el registro de licencias de la Nueva

República sean puestas en estado de alerta para que empiecen a buscarnos?

—Puedo encontrar donde escondernos.

—Ya estamos escondidos. Ahora lo único que tenemos que hacer es esperar. Has conseguido llegar hasta aquí sabiendo tener paciencia y esperando el momento adecuado, ¿no? Bien, pues éste es el momento menos adecuado para sucumbir a la impaciencia.

—Pero es que ahora un retraso puede ser fatal —dijo Akanah, que seguía buscando algún resorte emocional que le permitiera ejercer presión sobre Luke—. Cuanto más oscuras son las nubes, más importante es que nos movamos con rapidez.

—La guerra ya ha empezado —replicó Luke con expresión sombría—. Los yevethanos atacaron más de una docena de mundos poco después de que saliéramos de Coruscant. No podemos llegar antes que la tormenta, Akanah, y lo único que podemos hacer es esperar que no afecte a J't'p'tan.

—No es el Círculo quien corre peligro, Luke —insistió Akanah—. El peligro que nos amenaza es el de perder el contacto con ellos. Si el caos se adueña de la Corriente ningún adepto podrá usar sus conocimientos, y cuando la Corriente transporta tanto dolor seguir conectado a ella resulta tan difícil como desagradable. No temo por el Círculo, porque sé que el Círculo es fuerte. Lo que temo es que ya puedan haberse ido de J't'p'tan. Y cualquier señal que puedan haber dejado para guiarme podría ser destruida tan fácilmente como fue destruida la casa de Norika en Griann...

—Puedo pedir otro informe de seguimiento sobre el *Estrella de la Mañana* para averiguar adonde fue después de haber estado en Vulvarch. Eso debería decirnos algo sobre los planes del Círculo.

—¿Y a bordo de qué vamos a seguir su pista? ¿A bordo del *Babosa del Fango*, quizá? Tenías razón, Luke. No podemos confiar en nuestra nave. Deberíamos tener una nave más rápida y fiable..., y quizá necesitemos espacio para más pasajeros. Por favor, Luke... Tenemos que salir de aquí ahora mismo.

—No voy a ayudarte a robar una nave estelar, Akanah.

Akanah ya había comprendido su error incluso antes de que Luke hablara. Compartían una meta, pero Luke seguía respetando ciertos límites en lo concerniente a los métodos que se permitiría emplear para perseguir esa meta. Akanah había invertido cuanto tenía en aquella empresa, mientras que Luke tenía una vida a la que regresar si la búsqueda terminaba en un fracaso..., y un momento de nervioso egoísmo había hecho que Akanah olvidara la existencia de aquella diferencia que se interponía entre ellos.

—Tienes razón... Oh, sí, tienes razón. No entiendo qué me ha pasado. Es sólo que estar tan cerca después de tanto tiempo resulta muy difícil de soportar —dijo Akanah, apresurándose a tapar la grieta que acababa de abrirse en su fachada—. Si no los encontramos...

—Los encontraremos —dijo Luke.

—Quiero creerlo con todo mi corazón, y al mismo tiempo no me atrevo a creerlo porque no sé si podré soportar otra decepción —dijo Akanah. Las lágrimas que brillaban en las comisuras de sus ojos eran reales—. Perdóname. No creas que te tengo por un ladrón...

—Lo sé —dijo Luke—. Está olvidado.

Akanah le dirigió una sonrisa llena de gratitud y permitió que la rodeara con el brazo.

—Si debemos quedarnos aquí durante un tiempo, entonces por lo menos alejémonos de Taldaak —le apremió después, poniendo fin a un corto silencio—. Busquemos algún sitio donde podamos estar alejados de todos estos ojos. Utilizaré ese tiempo para seguir enseñándote nuestras disciplinas.

—Eso tendrá que esperar, Akanah —dijo Luke—. Antes hay cosas más importantes que hacer. Quiero volver a la nave y solicitar algunos informes, y después echaré un vistazo a los bancos de datos locales. Te repito que quiero saber todo lo posible sobre con qué podemos encontrarnos en el Cúmulo de Koornacht..., y también quiero saber todo lo posible sobre la amenaza a la que se está enfrentando nuestra gente.

Aquello era lo último que deseaba Akanah. De todos los impulsos capaces de dirigir la mano de Luke hacia su espada de luz, el poder de su lealtad hacia su hermana era el que resultaba más temible para la joven. Llena de frustración, Akanah se apartó de él y fue hacia el lado opuesto de la calzada móvil.

—¿Qué pasa? —preguntó Luke, muy sorprendido—. ¿Qué te ocurre?

Akanah percibió su confusión y su incertidumbre, y dirigió sus palabras hacia ese blanco.

—Me estaba preguntando si quizá no habremos llegado tan lejos como podíamos hacerlo estando juntos —dijo—. Quizá cometí un error al hacer que formaras parte de todo esto. Si no tienes la confianza o la capacidad de comprometerte...

—Akanah...

—He de pensar en qué debo hacer a partir de ahora —dijo la joven, y salió de la calzada móvil con un movimiento lleno de fluida agilidad.

Luke giró sobre sus talones pero no la siguió, y permitió que la calzada móvil siguiera llevándolo hacia el puerto. Sus miradas se encontraron durante un momento, y después la joven le dio la espalda.

Akanah, que había cerrado los ojos, estudió el flujo de la Corriente que avanzaba a través de Luke y a su alrededor y leyó sus meandros y circunvoluciones. Había exasperación, desde luego, pero también vio una nueva y todavía no muy definida preocupación. «Excelente —pensó—. Hazte preguntas sobre mí. Preocúpate pensando que puedo decidir robar una nave por mi cuenta y dejarte abandonado aquí. Entonces quizá no pensarás tanto en las guerras de otras personas o en tomar parte en ellas. Tu sitio está a mi lado, Luke Skywalker... Todavía tengo muchas lecciones que enseñarte.»

Han había perdido la noción del tiempo. La potente iluminación constante de la celda yevethana eliminaba el ciclo del día y de la noche, y tampoco había comidas regulares que pudieran servir para marcar los intervalos. Han dormitó, hizo ejercicio, caminó de un lado a otro, jugó interminables partidas de solitario de las rocas sobre el suelo lleno de polvo y volvió a dormir. Tenía la boca reseca, y su cabeza y su estómago vacío habían sido invadidos por dolores continuos tan agudos que resultaba sencillamente imposible ignorarlos.

Al comienzo Barth también tomó parte en lo que Han había decidido llamar el campeonato planetario del solitario de las rocas a dos manos, pero el paso del tiempo había hecho que los dos acabaran estando demasiado tensos para los juegos competitivos. Habían agotado sus repertorios de chistes subidos de tono en otra competición de la que Barth había acabado emergiendo como el vencedor indiscutible tanto en lo referente a la variedad como en la forma de contarlos. Como venganza, Han le había enseñado las sesenta y ocho estrofas de una canción que mantuvo sus cerebros muy ocupados cantando durante un buen rato después de que sus voces hubieran dejado de hacerlo.

Han ya llevaba algún tiempo dirigiendo largos discursos al techo y a sus carceleros invisibles. Había adornado sus monólogos con insultos crecientemente salvajes, esperando así provocar una respuesta —cualquier clase de respuesta— que hiciera abrirse la puerta de la celda y les proporcionara una oportunidad de hacer algo para mejorar sus circunstancias actuales. Cuando se le acabaron las palabras, ejercitó su mente repasando posibles maneras de dejar sin conocimiento hasta a un máximo de cinco guardias yevethanos.

Pero lo único que había conseguido era que tanto él como Barth acabaran hartándose de oírle hablar todo el rato. Cuando la puerta de la celda se abrió por fin, los dos estaban tan debilitados por el hambre y la deshidratación que apenas podían mantenerse en pie.

Uno de los tres guardias yevethanos señaló el uniforme de Han con una mano y le arrojó un holgado par de pantalones blancos.

—Vestirás lo que te hemos dado —ordenó, y arrojó a Barth otro par de aquellos pantalones que parecían formar parte de un pijama.

Los dos obedecieron sin discutir y se desnudaron sin pensar ni un solo momento en el pudor. Cuando hubieron acabado de ponerse los pantalones, los guardias los empujaron hacia el pasillo.

Había un guardia yevethano delante de Han abriendo la marcha y otro detrás de él, con Barth siguiéndole y el tercer guardia en último lugar. Era una de las geometrías que había ensayado —él y Barth atacarían simultáneamente al guardia del centro por arriba y por abajo, y después se pondrían espalda contra espalda y acabarían con los otros dos guardias—, pero

Han colocó las posibilidades de tener éxito en un platillo de la balanza y sus deseos de averiguar adonde los llevaban en el otro y acabó decidiendo esperar.

Mas los pantalones que le acababan de entregar habían sido confeccionados pensando en un cuerpo yevethano, y eso quería decir que la cintura quedaba demasiado baja y que las perneras eran un palmo demasiado largas. Barth sólo consiguió dar media docena de pasos por el pasillo antes de tropezar con la tela sobrante y caer al suelo.

Han oyó el ruido detrás de él y sólo dispuso de un instante para reaccionar. Giró sobre sus talones mientras tensaba las manos para convertirlas en puños, pero lo único que consiguió con ello fue recibir el impacto de un antebrazo yevethano tan duro como la roca sobre la garganta. Jadeando y tosiendo, Han cayó hacia atrás. El aterrizaje ya habría sido bastante violento incluso si el pie del primer guardia no le hubiera aplastado la cabeza contra el suelo.

—Sométete o muere —gruñó el guardia.

El repentino dolor, y la adrenalina que había llegado con él, fortalecieron el cuerpo de Han hasta el extremo de que se sintió dispuesto a luchar con el yevethano que lo mantenía inmovilizado. Un instante después oyó el gemido de dolor de Barth.

—No... No lo haga... Ha sido culpa mía, Han... Me caí, nada más... Estos torpes pies míos...

Han tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad, pero acabó consiguiendo abrir los puños y extendió las manos en un gesto de rendición.

—De acuerdo, teniente. Por esta vez dejaremos que se salgan con la suya.

El guardia que había estado alzándose amenazadoramente sobre Han como una oscura torre retrocedió. Han se fue levantando, moviéndose despacio y con bastante dificultad. Barth estaba haciendo lo mismo a unos cuantos metros pasillo abajo.

—¿Se encuentra bien?

—Estoy... ¿Qué van a hacer? ¿Adonde nos llevan?

—Todo irá bien —dijo Han, tirando de la cintura de sus pantalones para subírselos un poco—. Eh, ¿qué le parece esta soberbia muestra del arte de la confección? Los sastres yevethanos son unos verdaderos genios, ¿no?

—Basta —gruñó el guardia, volviendo la cabeza hacia la izquierda en un brusco giro—. El *darama* espera. Caminad.

Los prisioneros fueron llevados a una gran sala cuyo techo en forma de cúpula estaba adornado con tonos carmesíes. Los guardias les obligaron a sentarse en los extremos de un banco muy largo, delante del cual había una plataforma no muy alta con una gran ventana detrás. Han tuvo que entrecerrar los ojos para no quedar deslumbrado por la claridad, pero agradeció la brisa fresca que entraba en la sala acompañando a la luz.

Después ocurrió algo que Han no entendió: las muñecas del teniente Barth fueron atadas a una barra que se extendía por detrás del banco y que las dejó inmovilizadas por debajo de sus caderas, pero Han no fue objeto del mismo tratamiento.

El virrey Nil Spaar entró en la sala antes de que Han pudiera tratar de entender por qué no le habían atado a la barra.

—*Darama*... —repitió Han en un murmullo casi inaudible.

Nil Spaar precedía a un séquito de cuatro yevethanos. Uno de ellos traía consigo un taburete plegable que colocó delante del banco de los prisioneros. Un segundo yevethano transportaba una especie de columna terminada en una esfera plateada, que colocó a un metro a la derecha del taburete y un poco por delante de él. Esos dos yevethanos se fueron en cuanto se hubieron librado de sus cargas.

Los dos que quedaban se colocaron detrás de Nil Spaar mientras éste se sentaba en el taburete. Han estudió sus rostros y trató de adivinar cuáles eran las cargas invisibles que habían traído a la sala. ¿Qué podían ser? ¿Consejeros, matones, meros esbirros? «¿Qué aspecto tiene un yevethano cuando está nervioso..., o es que los yevethanos nunca se ponen nerviosos?»

—General Solo... —dijo Nil Spaar, ignorando a Barth tanto con la mirada como con las palabras—. Usted parece ser el único que puede salvar a miles de criaturas de su especie de la muerte más vergonzosa. Estoy aquí para darle esa oportunidad.

—No sé de qué me está hablando.

—Cuando fue capturado, usted iba a reunirse con la Quinta Flota para asumir el mando de sus fuerzas. Llevaba consigo las órdenes de invasión del territorio yevethano que han sido emitidas por la princesa Leia.

Han aguardó en silencio.

—Desafiar la soberanía del virrey del Protectorado es un crimen que se paga con la vida —siguió diciendo Nil Spaar—. He permitido que siguiera viviendo con la esperanza de que se unirá a mí en un acto de clemencia.

Han ladeó la cabeza.

—Explíquese.

—La princesa Leia ha cometido la temeridad de enviar más naves para amenazarnos...

—Bien por ella.

—... y ha emitido estúpidos ultimátum. No nos comprende. Cuando usted nos comprenda, quizá pueda abrirle los ojos.

—Siga.

—Nuestro derecho a reclamar esas estrellas es tan antiguo como natural. Nuestros ojos las han poseído desde el comienzo de nuestros días. Esas estrellas viven en nuestras leyendas y nos llaman en nuestros sueños. Obtenemos nuestra fuerza del Todo. La pureza del Todo nos inspira en nuestra búsqueda de la perfección.

»Nuestro derecho a reclamar nuestras estrellas no es el fruto reseco y mezquino de la codicia, la política o la ambición. No es un derecho al cual podamos renunciar. No somos como las criaturas débiles e insignificantes con las que están acostumbradas a relacionarse, que calculan cuándo hay que tratar de obtener una ventaja y cuándo hay que retirarse, y que sólo creen en lo que resulte más cómodo y conveniente según el momento.

»Las amenazas de Leía no nos impresionan. Nunca renunciaremos a lo que nos pertenece, y nunca lo compartiremos con quienes no han nacido del Todo. Si sus fuerzas no se retiran, habrá guerra..., y será terrible, sangrienta e interminable. Nunca nos rendiremos, general Solo..., y ninguno de sus soldados disfrutará de mi clemencia de la forma en que lo ha hecho usted. La lucha seguirá hasta que el último de ustedes haya muerto o haya sido expulsado del Todo. ¿Lo ha comprendido, general?

—Creo que sí.

—Espero que lo haya entendido —dijo Nil Spaar—. He estudiado sus historias, y sé que nunca se han enfrentado a un adversario como nosotros. Sus guerras se deciden mediante la muerte de una décima parte de la población, o por la de un tercio de un ejército. Después el derrotado renuncia a su honor y los vencedores renuncian a su ventaja. Es lo que ustedes llaman ser civilizado. Los yevethanos no somos seres civilizados, general. Tratarnos como si lo fuéramos sería un grave error por su parte.

—Gracias por el consejo —dijo Han—. Bien, ¿y qué es lo que quiere de mí?

—Impida que su compañera cometa ese error —dijo Nil Spaar—. Convénzala de que debe retirar su flota. Prométanos por la sangre de sus hijos que lo que es nuestro ahora seguirá siendo nuestro eternamente. Así evitará que se derrame la sangre de millares de los suyos..., y de los nuestros.

—¿Nos dejará marchar? —preguntó Barth, y una temerosa esperanza dio un nuevo vigor a sus palabras.

El virrey no apartó la mirada de Han.

—Usted me resulta más útil como testigo que como mártir, general —dijo, levantándose de su taburete—. Venga..., y mire.

El virrey llevó a Han hasta la ventana y después se hizo a un lado para permitirle mirar. Han entrecerró los ojos y se encontró contemplando un conjunto de edificios y, más allá de ellos, un enorme campo de gigantescas esferas plateadas. Eran navíos de impulsión de la clase *Aramadia*, y la visión resultaba tan impresionante que casi se volvía incomprensible e imposible de abarcar con la mirada. Las naves estelares se hallaban tan juntas unas de otras que resultaba difícil contarlas, y eso a pesar de que Nil Spaar parecía dispuesto a permitirle pasar todo el tiempo que quisiera inmóvil delante de la ventana.

—Está contemplando la obra de la cofradía de artesanos del metal de Nazfar —dijo Nil Spaar en voz baja y suave—. Existe una cofradía semejante en cada mundo de los Doce, general. ¿Lo entiende? No podrán vencernos. Pero si así lo decide, usted puede preservar la sangre de sus hijos.

Han meneó la cabeza y dio la espalda a la ventana.

—¿Por qué? ¿Por qué se molesta en hacerme esta oferta..., a menos que piense que podemos vencer?

—Porque se convertirían en nuestra obsesión durante todos los años que se necesitaran para destruirles —dijo el virrey—, y porque la sangre y el esfuerzo de nuestros jóvenes pueden ser invertidos en causas mejores. Le hago el honor de creer que se puede decir lo mismo de su especie.

El rugido de las toberas de pulso iónico atrajo la atención de Han hacia un navío de impulsión que empezaba a subir hacia el cielo desde la última fila del despliegue de naves. Desgarrado por impulsos encontrados y tratando de poner algo de orden en sus pensamientos, Han ganó tiempo volviendo al banco lo más despacio que pudo.

—¿Qué ha visto? ¿Qué hay ahí fuera? —preguntó Barth.

—Una flota de por lo menos un centenar de navíos de combate recién salidos de los astilleros —respondió Han.

—Bueno, entonces sólo nos queda una elección, ¿verdad? Nil Spaar tiene razón... Detener la guerra sería un acto de misericordia. Ahora que sabe a qué nos enfrentamos, tiene que detenerla.

La mirada de Han fue de Barth a Nil Spaar.

—Sólo si estoy dispuesto a olvidar toda la sangre que ya ha sido derramada —dijo—. Usted no ha visto los informes de inteligencia. Yo sí los he visto, teniente; colonias borradas de la faz de los planetas, poblaciones enteras exterminadas como si fueran meros insectos atrapados en

una cocina...

—Han, por favor... Piénselo bien. ¿Quiere que el próximo planeta sea Coruscant o Corellia? —preguntó Barth con voz suplicante.

Han mantuvo la mirada clavada en Nil Spaar, que les escuchaba con expresión impasible.

—¿Sabe que lo grabaron todo y que ni siquiera tuvieron la decencia de mirar hacia otro lado o de sentir vergüenza? Como si estuvieran orgullosos de lo que hacían..., de cuán eficientemente podían matar a millones de seres inteligentes. —Han movió la cabeza en una lenta negativa—. No. No se puede llegar a un acuerdo con una maldad tan helada y cruel como la suya, teniente..., ni siquiera para salvar las vidas de los hijos de nuestras madres.

Nil Spaar seguía sin decir nada. Pero Barth casi había enloquecido de temor.

—Haga lo que le pide. Por favor, por favor... Piense en todas las bajas, en las naves ardiendo... ¡Nos van a matar, Han!

—¿Y preferiría vivir como un cobarde? —preguntó Han—. Que un solo piloto más muera combatiendo a los yevethanos ya sería una tragedia. Pero que diéramos la espalda a todo esto y nos fuéramos, que nadie quiera plantarles cara en nombre de todos los millones que ya han muerto... Eso sería muchísimo peor, y que me cuelguen si voy a formar parte de ello. —Sus ojos, dos negros pozos llenos de ira, se clavaron en el rostro del virrey—. Púdrete en el infierno. No te ayudaré.

Nil Spaar asintió sin inmutarse y pronunció una palabra en yevethano. Dos guardias aparecieron en la entrada y ataron a Han a la barra, dejándole en la misma situación que Barth.

—Haga algo, por favor... Dígame que ha cambiado de parecer...

—Intente controlarse, teniente —dijo Han con expresión sombría—. Nil Spaar no se merece disfrutar de este espectáculo.

El virrey dio un paso hacia ellos, y sus crestas de combate se fueron hinchando hasta quedar convertidas en dos tajos color escarlata que iban desde la sien hasta la oreja.

—Las alimañas desean darme una lección, ¿eh? —murmuró—. Yo os daré una buena lección. Cree haber aceptado el precio en sangre que debe pagar por su elección, ¿verdad? Bien, ya veremos si realmente es así...

Y un instante después Nil Spaar abrió en canal el torso desnudo de Barth desde la cadera hasta el hombro con un feroz golpe de su garra derecha, destrozando las costillas y arrancando los blandos órganos de sus cavidades. El grito de Barth, un sonido horrible e inhumano que contenía una agonía inconmensurable, quedó interrumpido de repente cuando sus pulmones fueron atravesados por la garra y se deshincharon con un espantoso siseo.

La horrenda visión dejó paralizado a Han durante un momento que se prolongó de manera insoportable y grabó cada detalle en su memoria. Después su estómago tembló convulsivamente y Han giró sobre sus talones, tosiendo y jadeando para contener el sabor amargo de la bilis que había invadido repentinamente su boca.

—Quizá ahora nos entienda un poco mejor —dijo Nil Spaar, dando un paso hacia atrás y chupando distraídamente la sangre que cubría su garra.

Han tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para poder hablar.

—Bastardo...

—La opinión que tenga de mí carece de importancia, y nunca la ha tenido —dijo el virrey, y se volvió hacia uno de sus acompañantes—. Cuando hayáis terminado aquí, llevadlo a mi nave.

—Sí, *darama* —dijo el secretario.

Después él y los otros yevethanos se arrodillaron en una actitud tan respetuosa que rozaba lo reverencial mientras el virrey Nil Spaar salía de la sala.

Han levantó la cabeza y se obligó a mirar a Barth. Los pantalones blancos se habían convertido en dos cortinajes empapados de carmesí que colgaban de las piernas del ingeniero de vuelo. El charco de sangre y otros fluidos corporales acumulado debajo de él había crecido hasta tal punto que amenazaba con sumergir los pies de Han. Algo seguía temblando o palpitando en la masa de órganos que se había desparramado sobre el regazo de Barth.

«Lo siento, Barth —pensó Han, haciendo cuanto podía para ocultar tanto su angustia como su furia y firmemente decidido a no exhibir ninguna de aquellas dos emociones delante de su público—. Le dije que volveríamos a ver Coruscant, pero no podía estar más equivocado. No lo sabía, ¿comprende? Hasta ahora no he sabido qué clase de monstruo es Nil Spaar...»

El azar quiso que la sesión en la que por fin tuvo lugar la votación sobre Leia fuese presidida por Behn-Kihl-Nahm, quien ocultó su reluctancia detrás de una máscara de eficiencia fruto de una larga práctica.

—Presidenta Leia Organa Solo, comparece ante el Consejo de Gobierno del Senado de la

Nueva República para responder a una petición de falta de confianza presentada por el consejero Doman Beruss —dijo Behn-Kihl-Nahm.

Leia estaba inmóvil en el pozo de audiencia delante de la mesa en forma de V y mantenía los dedos entrelazados ante ella.

—Me presento ante el Consejo de Gobierno para escuchar el desafío y responder a él, tal como se especifica en la Carta Común.

Behn-Kihl-Nahm asintió.

—El fundamento de la petición está expresado de la siguiente manera: su capacidad para continuar desempeñando sus deberes como presidenta de este organismo político se encuentra seriamente comprometida por un conflicto insuperable con sus intereses como esposa del general Han Solo, quien actualmente está prisionero de la Liga de Duskhan, con la que nos hallamos a punto de librar un conflicto armado, y seguirá estándolo en el futuro. ¿Tiene alguna pregunta que hacer sobre esta acusación?

—No —dijo Leia sin inmutarse.

—¿Desea matizar o negar la veracidad de los hechos tal como están expuestos en el apartado segundo de la petición?

—No lo deseo —dijo Leia, poniéndose todavía un poco más erguida de lo que ya lo estaba.

—¿Desea hacer algún tipo de declaración para rechazar los argumentos expuestos en el apartado tres?

—Sólo quiero declarar que el demandante ha dicho mucho más sobre sus temores que sobre mi conducta —replicó Leia, lanzando una rápida pero penetrante mirada de soslayo a Beruss—. Ignoro cuáles pueden ser sus razones, pero el consejero Beruss se ha dejado llevar por prejuicios sin fundamento..., y al hacerlo se ha convertido en el principal factor de perturbación del funcionamiento de la presidencia. Confío en que este Consejo de Gobierno sabrá reconocer ese hecho y que pondrá fin a esa perturbación rechazando su petición.

—Muy bien —dijo Behn-Kihl-Nahm—. El demandante ha vuelto a pedirme que le ofrezca una alternativa antes de iniciar la votación. El consejero Beruss está dispuesto a retirar la petición contra la presidenta si ésta accede a abandonar el cargo de manera temporal hasta que la crisis del Sector de Farlax haya quedado resuelta y se haya asegurado el regreso del general Solo.

—Esa alternativa no me interesa lo más mínimo —dijo Leia.

Beruss se removió nerviosamente en su asiento.

—Los términos podrían ser redactados de tal manera que conservara toda su autoridad en otras áreas.

—No —replicó secamente Leia—. Eso es imposible. Ya es un poco tarde para empezar a escribir la Carta con la idea de separar las funciones presidenciales de las de la jefatura de Estado y la comandancia suprema de las fuerzas armadas..., y aunque pudieran hacerlo, yo tampoco lo aceptaría.

Leia se volvió hacia Behn-Kihl-Nahm en una actitud de tranquilo desafío y contempló en silencio a su viejo amigo durante unos momentos antes de seguir hablando.

—El Consejo de Gobierno no fue creado para proporcionar una ocasión de chantajear a la presidencia de la Nueva República a puerta cerrada. Si piensan que esta petición es razonable y que ya no soy capaz de hacer el trabajo para el que se me eligió..., entonces envíen la petición al Senado. Basta de retrasos. Inicie la votación.

—Muy bien —dijo Behn-Kihl-Nahm—. Por haber presentado la petición, se considera que el senador Beruss la apoya con su voto. ¿Senador Rattagagech?

—Apoyo la petición.

—¿Senador Fey'lya?

—Comparto los temores del senador Beruss y le ofrezco mi apoyo.

—¿Senador Praget?

—Afirmativo.

El voto de Praget selló el desenlace, pero Leia permaneció inmóvil e impasible hasta que el último miembro del Consejo hubo votado. El recuento final fue de cinco votos contra ella por dos a favor.

—La petición será comunicada al Senado en su próxima sesión general —dijo Behn-Kihl-Nahm, tan visiblemente alterado que tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para contener un estallido de ira—. Se levanta la sesión.

Cuando golpeó el cristal, lo hizo con tanta fuerza que éste se agrietó..., y la grieta fue lo bastante grande para debilitar su nítida voz tintineante, pero no lo suficientemente severa para que el cristal quedara hecho añicos.



Behn-Kihl-Nahm no creía en los presagios, pero sostuvo el cristal con cautelosa delicadeza mientras lo sacaba del estrado y se aseguró de que nadie más viera la grieta.

## SEGUNDO INTERLUDIO

### Emboscada

—¡Capitán! ¡El rastro de solitones del intruso se ha desvanecido de repente!

El capitán Voba Dokrett se volvió hacia el jefe de navegación del *Gorath* y le asestó una violenta palmada en la espalda.

—¡Parada de emergencia! ¡Llévenos de vuelta al espacio real! Deprisa, y procure no cometer ningún error... Si el enemigo no está delante de nuestros cañones cuando salgamos del hiperespacio, su primogénita morirá.

Dokrett giró sobre sus talones, se alejó un par de pasos de la consola de navegación y buscó al jefe de sistemas de artillería con la mirada.

—Ordene a las baterías desintegradoras que centren sus disparos sobre la proa y la popa del intruso para destruir su armamento, y que abran un agujero en su parte central a continuación.

—¿No deberíamos dejar incapacitado al intruso antes, señor?

—Las baterías iónicas del *Precio de Sangre* no surtieron ningún efecto perceptible. Dogot siguió al pie de la letra las reglas del manual y murió.

—Sí, señor —dijo el jefe de sistemas de artillería—. Atención todos los puestos de combate: números uno y tres de proa, lleven a cabo las operaciones de seguimiento y adquisición de blancos en la sección delantera. Números cuatro y seis de proa, centren las miras en la sección de popa. Números dos y cinco, prepárense para abrir agujeros en el casco y esperen nuevas instrucciones.

El jefe de sistemas de artillería apenas había acabado de ladrar las órdenes cuando la alarma de salida del hiperespacio empezó a sonar y el *Gorath* fue sacudido por una serie de zumbidos y temblores.

—¡Una porción de la recompensa para cada oficial si logramos capturar al intruso intacto! —gritó Dokrett—. ¡Por la gloria de Prakith y al servicio de nuestro amado gobernador Foga Brill, uno el destino de esta nave con el resultado de la batalla que nos espera!

Las pantallas cobraron vida por todo el puente del *Gorath* cuando el crucero volvió a sumergirse en el mar de energías electromagnéticas que formaban el universo sublumínico.

—No hay ni rastro del *Tobay*, capitán —anunció el jefe de sensores—. Si no han observado el cambio producido en la emisión de solitones del intruso, habrán saltado siguiendo el nuestro y su reentrada tendrá lugar muy lejos de nosotros.

—Pues entonces lo siento por su tripulación, porque perderán su parte de la recompensa cuando ya la tenían al alcance de la mano —dijo Dokrett—. ¡Distancia al objetivo!

—Ocho mil metros.

Sonriendo de oreja a oreja, Dokrett dejó caer las manos sobre el hombro de su navegante.

—¡Ja! Vaya, parece que es usted un buen padre después de todo —exclamó.

—¿No deberíamos esperar al *Tobay*, capitán?

—¡No! —ladró secamente Dokrett—. ¡Fuego!

El jefe de sistemas de artillería se inclinó sobre sus pantallas de control.

—¡Números uno y tres de proa, fuego! ¡Números cuatro y seis de proa, fuego!

Casi de inmediato y prácticamente al unísono, cuatro de las ocho baterías primarias del crucero lanzaron temibles dardos de energía hacia el gran navio que tenían delante.

No hubo ni llamaradas ni explosiones, pero el sensor telescópico de Dokrett le mostró pequeñas nubes de restos que se desprendían de cicatrices ribeteadas de negro repentinamente abiertas en ambos extremos del casco del intruso.

—¡Basta! —gritó—. ¡Y ahora, disparen sobre su corazón!

Momentos después de que el jefe de sistemas de artillería hubiera transmitido las órdenes, las cuatro baterías que habían lanzado la primera andanada volvieron a la inactividad y las dos baterías que habían estado aguardando instrucciones abrieron fuego. El terrible diluvio de haces desintegradores surgido de sus cañones se precipitó sobre un solo punto situado en el

centro del gigantesco navio y lo martilleó implacablemente hasta que otro agujero de bordes negros se abrió en esa zona. Después los haces desintegradores se fueron separando para formar un círculo, y siguieron royendo el perímetro de la abertura hasta que ésta tuvo veinte metros de diámetro.

—¡Alto el fuego! —gritó Dokrett—. Eso debería bastar para mantenerlos ocupados. Jefe de sistemas de artillería, ordene a todas las baterías que estén preparadas para lanzar disparos de represalia. Navegante, inicie un vector de aproximación que nos lleve hacia su flanco. ¡Grupos de abordaje, a sus módulos de incursión! El trofeo ya casi es nuestro.

El objetivo no mostró ninguna clase de respuesta mientras el *Gorath* se le iba aproximando hasta quedar a cien metros del agujero abierto en su sección central. A esa distancia, las colosales dimensiones del navio —que tenía más de cinco veces la longitud del crucero ligero de Prakith, y tres veces su diámetro— llenaron todas las pantallas visoras y mirillas de artillería.

—¡Capitán! —gritó de repente el jefe de sensores—. Está ocurriendo algo muy raro... A esta distancia y con una nave de esas dimensiones, la lectura del detector de anomalías magnéticas casi debería salirse de la escala. Pero a juzgar por las lecturas que estoy obteniendo, yo diría que ahí fuera no hay nada más grande que una chalupa.

Dokrett asintió.

—Fíjense en cómo ha ardido y en cómo está construida —dijo—. Eso no es duracero ni una armadura de matriz. Sea lo que sea, nunca había visto nada parecido antes. ¿Qué lecturas de generación de energía está obteniendo?

El jefe de sensores, que parecía perplejo, agitó las manos en el aire.

—La fuerza del campo es prácticamente despreciable —dijo.

—Muy bien —dijo Dokrett, sintiéndose enormemente complacido por la respuesta que acababa de recibir—. Abran las compuertas y lancen todos los módulos.

En el momento transcurrido entre la apertura de las compuertas y el lanzamiento del primer módulo que salía de su hangar, algo surgió del intruso y se estrelló contra el casco del *Gorath* con tal fuerza que la sacudida derribó a Dokrett y lo dejó arrodillado en el suelo. Las alarmas empezaron a sonar por todo el puente mientras el impacto de un segundo proyectil hacía que el crucero temblara de proa a popa.

—¡Fuego! ¡Fuego! —aulló Dokrett mientras se incorporaba. Unas cuantas baterías dispersas ya habían empezado a disparar, aunque sus esfuerzos parecían carecer de una dirección coherente—. ¡Jefe de sistemas de artillería! ¡Destruyan esos lanzaproyectiles!

—Lo estamos intentando. Pero el ángulo... En esta posición no podemos utilizar las baterías principales...

Un movimiento en la pantalla de estribor atrajo la atención de Dokrett, y pudo ver el tercer proyectil mientras éste surcaba velozmente el espacio por entre los dos navíos; parecía tener forma de bola, e iba extendiendo tras de sí un grueso cable que terminaba en el intruso. El *Gorath* gimió bajo el impacto.

—¿Qué está pasando? —preguntó Dokrett—. Quiero ver qué está pasando.

—¡Dispongo de algunas lecturas! —gritó el jefe de sensores.

Un módulo acababa de salir de su hangar y los datos enviados por sus sensores indicaban que los tres proyectiles se habían enterrado en el casco del crucero. El *Gorath* había quedado unido al vagabundo por tres esbeltas y ondulantes amarras que surcaban el espacio a proa, a popa y en la sección central.

—¡Navegación! —gritó Dokrett, girando velozmente sobre sus talones—. ¡Tenemos que librarnos de esos cables! ¡Toberas de maniobra a plena potencia! ¡Motores principales preparados para entrar en acción!

Había miedo en los ojos de Dokrett mientras empezaba a cruzar la cubierta en dirección a la consola del navegante.

—Adelante a toda máquina... ¡Ya! —aulló.

Pero antes de que el capitán hubiera recorrido la mitad de la distancia que lo separaba de su aturdido subordinado, todos los puestos de control del puente estallaron entre una erupción de chispazos. Cada estructura metálica de la nave quedó repentinamente convertida en parte del camino seguido por una corriente eléctrica enormemente poderosa que llegó hasta el *Gorath* a través de los cables que lo unían al navio alienígena. La corriente atravesó bloques de aislamiento y vaporizó aisladores, saltó por los aires y se deslizó por encima de los mamparos, ascendió por las piernas de los tripulantes y se abrió paso a través de sus caras y sus manos. En poco más de un segundo, la inmensa mayoría de sistemas del crucero quedaron convertidos en masas de metal fundido.

La mayoría de los tripulantes murieron con idéntica rapidez y quiénes no murieron

enseguida empezaron a agonizar debido a las impresionantes quemaduras, la brusca paralización de sus corazones y el caos que se había adueñado de sus sistemas nerviosos. En el puente, el jefe de sistemas de artillería y su asiento se fundieron el uno con el otro para crear una sola escultura carbonizada. El capitán Dokrett fue inmolado por un relámpago que usó su cuerpo como atajo entre una rejilla de control de incendios situada encima de su cabeza y las planchas metálicas que estaba pisando.

Cuando la corriente atacante cesó, ya había pequeños incendios ardiendo en un centenar de lugares distintos esparcidos por toda la nave, y sus llamas proporcionaban el único alivio a la oscuridad que se había extendido súbitamente por el interior del *Gorath*. Pero en cuanto aquellos incendios hubieron consumido el oxígeno disponible, la nave llena de humo quedó tan negra, inmóvil y silenciosa como un mausoleo.

La extensión de la destrucción no resultaba tan obvia desde el exterior. El comandante del Módulo 5 y su pelotón de soldados de las tropas de asalto vio el parpadeo de las descargas a través de las puertas abiertas del hangar y de las mirillas hechas añicos, contempló las planchas del casco aplastadas en los puntos de impacto, notó cómo las tórridas artillerías se iban enfriando, percibió el oscurecimiento del casco exterior gracias a los puntitos de fuego que ardían en su interior y detectó la presencia del incesante crujido de estática que había invadido todos los canales de comunicaciones. Aun así, la nave parecía estar básicamente intacta.

Y entonces las amarras que unían las naves se partieron repentinamente en un punto muy cercano al casco del intruso, y el comandante del módulo tuvo que enfrentarse a una elección tan rápida como irreversible entre seguir las últimas órdenes que había recibido y volver al crucero. El comandante era uno de aquellos hombres para los que la lealtad pesaba más que la obediencia, y dirigió el módulo hacia el *Gorath* mientras el gigantesco navio empezaba a moverse. Sólo se oyó una voz de protesta, pero el comandante redujo al silencio al discrepante con una mirada.

—El navio enemigo está seriamente malherido —dijo con salvaje satisfacción—. Miren con qué lentitud se mueve. El *Tobay* se encuentra bastante cerca de aquí. Ayudaremos a nuestros hermanos del *Gorath*, y después nos uniremos al *Tobay* para perseguir a ese demonio y destruirlo.

Cuando el Vagabundo volvió al espacio real después de su encuentro con la nave de Prakith, Lando tuvo la impresión de que el gruñido que acompañaba a la reentrada estaba un poco más cerca de ser un aullido que la vez anterior. Pidió silencio a los demás con un gesto de la mano y después escuchó con gran atención los ruidos que estaba produciendo la nave.

—¿Hay algún problema? —acabó preguntando Cetrespeó.

—No lo sé —dijo Lando—. Consígueme acceso a una base de datos sobre estructuras creadas mediante la bioingeniería e intentaré averiguarlo. Ni siquiera sé si esta nave es susceptible a la clase de fatiga de los materiales que acaba matando a las naves de metal. Quizá ésa sea la razón por la que los qellas la construyeron de esta manera..., para que pudiera surcar el espacio hasta el fin de los tiempos, eternamente indestructible y capaz de repararse a sí misma.

—Parece una deducción razonable —dijo Cetrespeó.

—Salvo por el hecho de que los mecanismos que se encargan de las reparaciones son igual de vulnerables a los fallos, por lo que necesitas mecanismos que reparen los mecanismos de reparación..., y así sucesivamente. ¿Está funcionando todo correctamente? No tengo ni idea.

—Quizá hayamos sufrido algunos daños durante el ataque —dijo Lobot—. Eso podría esperar la alteración del espectro del gruñido de reentrada.

—¿Cómo puedo saberlo? —exclamó Lando—. Ni siquiera sé algo tan elemental como qué impulsa a esta nave y a qué fuente de energía estamos accediendo cuando tocamos uno de esos puntos de activación. El motor hiperespacial de un navio de estas dimensiones necesita disponer de unos generadores de fusión a fin de tener la energía suficiente para poder funcionar. Eso lo sabe todo el mundo, ¿no? Pero el radiómetro nos dice que no hay generadores de fusión a bordo. —Lando meneó la cabeza—. Francamente, estoy a punto de rendirme y admitir que estamos ante un caso de magia pura y simple.

—Los momentos siguientes deberían permitirnos averiguar algunas cosas más —dijo Lobot—. Cuando el Vagabundo hizo su último salto para evitar ser capturado, cambió de curso y saltó menos de quince minutos después. Si la nave se halla bajo la dirección de una lógica basada en reglas, como creo que lo está, debería volver a actuar de la misma manera.

—Y naturalmente, no hay que olvidar que justo entonces le estábamos haciendo cosquillas con un láser de calibre industrial —dijo Lando en un tono bastante seco—. Espera un momento... No digáis nada.

Al principio los dos humanos tuvieron que aguzar el oído para poder captar una especie de zumbido quejumbroso que parecía proceder de un punto situado a varios compartimentos de distancia. Mientras la nave empezaba a estremecerse rítmicamente a su alrededor, el sonido se fue intensificando rápidamente hasta que acabó ahogando los ruidos de fondo normales del Vagabundo y adquirió una nueva cualidad jadeante que parecía vagamente destructiva.

—¿Qué es eso? —preguntó Lobot, y la preocupación que había en su voz reflejaba la que acababa de aparecer en el rostro de Lando—. Parece como si...

—Parece que vuelven a disparar contra nosotros —dijo Lando.

—¿Crees que puede ser la flota del coronel Pakkpekatt?

—No hay ni una probabilidad entre mil millones de que sean ellos —replicó Lando—. Alguien debe de habernos seguido desde Prakith. Sella tu traje, Lobot..., y deprisa.

—¿Y qué pasa con el guante que perdiste?

—Alguien tiene que manejar los accesos —dijo Lando—, y eso exige una cierta cantidad de piel desnuda. Si perdemos presión, me fabricaré otro mitón con una bolsa de muestras. Pero necesito que estés en condiciones de seguir funcionando si yo no dispongo de tiempo o si tenemos alguna otra clase de problemas. ¡Vamos, date prisa!

Lobot estaba acabando de sellar su casco cuando la iluminación de la cámara empezó a parpadear. Lando estaba sacando una bolsa de muestras del cada vez más vacío trineo del equipo cuando la iluminación falló por completo.

Las ya escasas reservas de valor de Cetrespeó se desvanecieron con ella. El androide de protocolo se había estado agarrando al trineo del equipo mientras Erredós examinaba y catalogaba las proyecciones del centro de la cámara, y las frenéticas contorsiones con que respondió a la repentina oscuridad hicieron que el trineo iniciara un lento movimiento circular.

—¡Erredós! Erredós, ven aquí ahora mismo. Oh, esto es espantoso... Mis circuitos y engranajes ya no pueden soportarlo ni un momento más. Tiene que hacer algo, amo Lando. Supongo que ahora sí que estará dispuesto a enviar la señal de socorro para llamar al *Dama Suerte*, ¿verdad?

—Olvídalo —dijo Lando, impulsándose hacia el acceso delantero de la cámara por el que habían entrado hacía un rato—. Lo que voy a hacer es averiguar qué ha producido todo ese estrépito.

Pero cuando puso la mano sobre el activador del acceso no ocurrió nada. Lando repitió el movimiento con idéntica falta de resultados y después se volvió hacia Lobot.

—¿Has visto algún letrero que indicara que nos habíamos metido en una calle de dirección única?

Lobot apretó los labios y meneó la cabeza.

Al otro extremo de la cámara la situación era idéntica.

—Estamos encerrados —anunció Lando.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Cetrespeó, muy preocupado—. Puede usar su desintegrador, ¿verdad?

—No sin saber si hay atmósfera al otro lado —dijo Lando.

—Esto es intolerable —declaró Cetrespeó—. Amo Lando, debo insistir en que traiga aquí su yate inmediatamente...

Antes de que el androide pudiera completar su demanda y antes de que Lando pudiera articular en voz alta la negativa que ya se estaba formando en su lengua, la cámara fue invadida por un gemido casi ensordecedor que parecía el primo malévolo del sonido que habían oído antes. Pero esta vez la fuente se encontraba mucho más próxima, y no podía estar a más de uno o dos mamparos de distancia.

—¿Oís ese silbido? —gritó Lando, alejándose del acceso—. Es el sonido que produce un haz desintegrador cuando choca con un cuerpo, quemando la grasa y haciendo hervir el agua..., pero es un millón de veces más fuerte que el peor impacto que haya oído jamás. Algo está cortando en pedacitos a esta nave.

Lando ya se había acercado lo suficiente al trineo del equipo para que Cetrespeó pudiera soltarse y salir disparado hacia adelante, surcando el aire en un torpe vuelo hacia la pierna de Lando que quedaba más cerca de él.

—Pero qué demonios... ¿Qué estás haciendo, Cetrespeó? —preguntó Lando, retorciéndose en el aire para ver qué era lo que lo había golpeado.

Y entonces un nuevo sonido hizo que Lando se olvidara de Cetrespeó. Lo que estaban oyendo era el rugido ahogado de una descompresión explosiva: la brecha era grande, y se encontraba lo suficientemente cerca de ellos para hacer que las paredes de la cámara ondularan de manera claramente visible a su alrededor bajo los haces luminosos de los

reflectores de Erredós.

—Por todas las estrellas y su hermosa y fría luz... —jadeó Lando, moviendo lentamente la cabeza de un lado a otro—. Ahora sí que está metida en un buen lío. Todos estamos metidos en un buen lío.

—No hay ninguna razón para tener miedo —exclamó Cetrespeó con repentina jovialidad—. Ya no corremos ningún peligro.

—Cierra el pico, Cetrespeó. No has entendido nada, y no haces más que decir tonterías.

—Le ruego que no se preocupe, amo Lando. Nadie tiene ninguna necesidad de preocuparse. Yo me he ocupado de todo —declaró orgullosamente Cetrespeó.

—¿Qué? —Lando miró hacia abajo y vio que Cetrespeó flotaba a la deriva en la oscuridad con la baliza de control del *Dama Suerte* firmemente sujeta en la mano de su brazo intacto. Lando hurgó frenéticamente en el bolsillo donde había estado el transmisor, como si no pudiera dar crédito a sus ojos—. No sabes qué has hecho —dijo después, hablando en un tono de voz tan bajo como impregnado de amenaza.

—Por supuesto que lo sé. He enviado la señal de llamada al *Dama Suerte* para que venga y nos rescate.

—No —dijo Lando, que a duras penas podía contener la furia que hervía en su interior—. Lo que has hecho es condenarnos a todos. Ahí fuera hay algo lo suficientemente grande y poderoso como para enfrentarse al Vagabundo y sobrevivir. ¿Cuánto tiempo crees que tardará el *Dama Suerte* en ser destruido después de que llegue aquí? Has llamado a una nave sin tripulación para que venga justo al centro de una zona de combate. El *Dama Suerte* no puede defenderse. ¿Cómo esperas que consiga dar esquinazo a lo que sea que está arrancando trozos del casco del Vagabundo?

—Oh —dijo Cetrespeó—. Comprendo.

—Lando...

—Déjame en paz, Lobot —dijo Lando, y su tono subrayó todavía más la advertencia—. Voy a desmontar a este montón de chatarra cibernética barata. Voy a cortarle los brazos y las piernas a rebanadas para que podamos tener algo que arrojarle al grupo de abordaje. Eh, oye... ¿Qué me dirías de utilizar su plancha posterior como escudo?

—Lando, escucha —insistió Lobot—. Ya no se oyen disparos.

Lando volvió la cabeza de un lado a otro.

—Cierto. Pero no nos movemos. No creo que esta nave vuelva a moverse. —Volvió la mirada hacia Cetrespeó—. Y tú tampoco volverás a moverte.

—Erredós... Erredós, ¿dónde estás? El amo Lando ha enloquecido. Debes protegerme. No merezco morir.

—Casi nadie merece morir —dijo Lando, desenfundando el desintegrador industrial—. Pero nos morimos de todas maneras, así que procura tomártelo con filosofía.

—Lando, espera —dijo Lobot—. Conocemos esta nave. Eso nos da una cierta ventaja sobre cualquier intruso que suba a bordo, ¿no? La nave que los ha traído hasta aquí puede sacarnos del Vagabundo.

—Claro..., en calidad de prisioneros —replicó Lando—. Ya he visitado demasiadas prisiones, gracias. No tengo ninguna intención de permitir que me capturen.

—Muy bien —dijo Lobot—. Entonces pensemos cómo enfrentarnos a ellos y ganar. Utilicemos nuestra ventaja. Olvídate de Cetrespeó. Lo que ha hecho no puede ser remediado, y enfurecerse por ello sólo es una pérdida de tiempo.

Lando soltó un gruñido, volvió a retorcerse en el aire y dirigió el desintegrador industrial hacia el acceso delantero. El haz iluminó la cámara durante unos momentos con su áspero resplandor, dejando tras de sí un agujero de un metro de anchura que no se cerró.

—El Vagabundo lo está pasando realmente mal —dijo Lando, meneando la cabeza—. Bien, ya podemos salir de esta cámara... Lobot, Erredós, venid conmigo. Hemos de actuar deprisa. —Señaló a Cetrespeó con un dedo—. El Chico de Oro se queda aquí.

—Lando... —empezó a decir Lobot.

—Si lo llevamos con nosotros sólo conseguiremos ir más despacio.

—Lando...

—Pero si lo dejamos aquí, quizá les haga perder un poco de tiempo —dijo Lando—. Una diversión táctica, ¿de acuerdo? Quién sabe... Quizá ni siquiera lo destruyan. Vamos.

—¿Adonde vamos?

—A la cámara veintiuno.

Lando se impulsó hacia el agujero que acababa de abrir, y los demás le siguieron.

La voz quejumbrosa de Cetrespeó también intentó seguirles.

—No pueden dejarme abandonado en la oscuridad... Erredós... Por favor, Erredós...  
Erredós respondió con un quejumbroso pitido de simpatía, pero no invirtió su curso.

A casi cinco años luz del pulsar 2GS-91E20 en sentido opuesto al comienzo del Borde, los potentes reflectores externos situados bajo la curva de la proa del *Dama Suerte* acuchillaban el vacío color ébano y trataban de mostrarles el objetivo que el coronel Pakkpekatt estaba intentando localizar.

—Es demasiado pequeño —dijo el coronel Hammax, levantando la mirada de las pantallas para clavarla en el espacio y tratar de distinguir lo que la lista de contactos-profundos de la INR había bautizado con el nombre de Anomalía 2249—. Tendría que ser el doble de grande, y eso como mínimo...

—O quizá se ha encogido hasta la mitad de su tamaño original —dijo Pakkpekatt—. Mantendremos el curso actual —añadió, inclinando la cabeza.

Hammax bajó la vista.

—El objetivo se encuentra a sesenta mil metros por delante de nosotros.

—Respóndame a una pregunta, coronel. ¿Cómo es posible que un yate personal disponga de un sistema de sensores cuya resolución parece ser comparable a la de los sensores de un navio de exploración militar y cuyo alcance es incluso superior a los de éste..., y que excede con mucho al de los sensores de un crucero como el *Glorioso*!

—El ciclo de obtención del material es mucho más corto —dijo Hammax—. Calrissian compra lo que necesita sin necesidad de obtener el permiso de un tipo que está sentado en un despacho muy lejos de las consecuencias que puede llegar a tener el que diga que no.

—¿Y cuáles son las necesidades de Lando Calrissian?

Hammax se encogió de hombros.

—Considerando que esta nave sólo cuenta con un cañón láser de baja intensidad, ese tipo de sensores podrían ayudarte a salir de un montón de apuros.

—Eso no responde a mi pregunta —dijo Pakkpekatt—. ¿Quién es ese Lando Calrissian? Éste es el puente de un profesional muy meticuloso, el tipo de hombre que siempre insiste en disponer de las mejores herramientas y en saber cómo hay que utilizarlas. Los compartimentos de carga pertenecen a un mercenario o un bandido, un hombre que no respeta más regla que la dictada por su conveniencia. Los camarotes nos hablan de un sibarita, un hedonista decidido a satisfacer todos sus caprichos que se rodea de los lujos más delicados. ¿Cuál de esos tres hombres es Calrissian?

—No conocía al barón antes de que subiera a bordo del *Glorioso*, coronel —dijo Hammax—. Pero a juzgar por su reputación, Calrissian es esos tres hombres a la vez.

—Nunca podrían soportarse los unos a los otros —declaró Pakkpekatt con firmeza—. Hiciera lo que hiciese, un hombre así jamás se sentiría satisfecho de sus logros. Siempre se vería atraído hacia algún otro sitio: el hedonista buscaría un propósito, el bandido buscaría la seguridad, el perfeccionista buscaría el impulso, y así sucesivamente. ¿Puede entenderlo?

—Los humanos son unas criaturas muy contradictorias —dijo Hammax—. Cuarenta mil metros.

—Ya lo sabía, coronel. Pero... ¿Podría explicarme por qué consideran que el ser tan contradictorias es una de sus grandes virtudes? —preguntó Pakkpekatt.

—Me parece que ésa es la primera de las contradicciones —respondió Hammax con una sonrisa.

—No me está siendo de ninguna ayuda —dijo el hortek, visiblemente irritado—. Vaya a despertar a los demás. Ya estamos muy cerca.

Los cuatro miembros del equipo ocuparon sus puestos antes de que el *Dama Suerte* hubiera tenido tiempo de recorrer cinco mil metros más a lo largo del vector de aproximación al objetivo desconocido que los exploradores de la INR habían registrado bajo el nombre de Anomalía 2249.

Dentro del puente, Pakkpekatt había asumido las funciones de pilotaje, Taisden vigilaba la matriz de sensores y Hammax controlaba el cañón láser mediante un casco ultraligero de seguimiento y adquisición de blancos. Pleck, que se encontraba en la cubierta de observación de popa, se ocupaba del conjunto de sistemas de seguimiento y procesadores de imágenes holográficas proporcionados por la INR que él y Taisden habían instalado.

Ya estaban empezando a acostumbrarse a aquella rutina, pero Pakkpekatt no estaba dispuesto a permitir que la familiaridad hiciera que se la tomaran menos en serio que al principio. Las primeras cinco anomalías investigadas habían incluido un carguero estelar

modano cuyos sistemas llevaban mucho tiempo muertos, una barcaza de carga abandonada aparentemente agujereada por una colisión, y una sección bastante grande de una vieja antena de espacio profundo, todas las cuales no podían ser más inofensivas. Pero también se habían encontrado con un navio de exploración de Kuat totalmente operacional que mantenía anulada la señal de su teletransductor y que había huido a toda velocidad en cuanto se le aproximaron, y con una mina espacial ilthaniana activada que Hammax hizo estallar mediante una precisa andanada del cañón láser del yate.

Cuando estuvieron a tres mil metros de ella quedó claro que la Anomalía 2249 no era ni el Vagabundo de Telkjon ni ninguna parte de él. Los reflectores iluminaron un cilindro de rejilla metálica de unos sesenta metros de longitud salpicado de protuberancias circulares cuyos dos extremos terminaban en esferas de metal macizo de unos quince metros de diámetro. El cilindro giraba lentamente sobre sí mismo, pivotando alrededor de un centro de gravedad ligeramente excéntrico.

—¿Qué demonios es esa cosa? —preguntó Hammax—. ¿Una nave espacial? ¿Una sonda? No reconozco esa configuración.

—Ni yo tampoco —dijo Pakkpekatt—. Pero sé qué no es. —Cogió un cuaderno de datos y consultó el informe que le habían proporcionado los analistas de la red de boyas estacionarias de seguimiento del tipo bola negra de la INR—. Según nuestra lista de índices de probabilidad la siguiente candidata a visitar es la Anomalía 1033, que se encuentra cerca de Carconth.

—¿Coronel?

—¿Sí, agente Pleck?

—¿Podríamos dedicar unos cuantos minutos más a esta estructura? Estaba pensando que quizá podríamos acercarnos hasta quedar a unos quinientos metros de ella y dar una vuelta a su alrededor. Me gustaría poder registrar los detalles del casco para transmitírselos a los analistas, y tal vez haya algunas señales de identificación al otro lado.

—La perspectiva de poder prestar cualquier clase de servicios extra a la Sección de Análisis no me interesa lo más mínimo —replicó secamente Pakkpekatt, desviando la proa del *Dama Suerte* del objeto misterioso para iniciar un vector de aproximación a Carconth—. Que resuelvan los misterios de sus anomalías utilizando sus propios recursos. Introduzca el módulo del cañón en el casco, coronel Hammax. Apague sus sensores, agente Pleck. Entraremos en el hiperespacio dentro de un minuto y daremos un salto de nueve horas, así que efectuaremos el cambio de turno ahora.

Dejando aparte el desagradable olor que quedaba flotando en el aire, la idea de abrir un camino para él y los demás mediante el haz desintegrador a lo largo de la sucesión de cámaras no le planteaba ningún grave dilema moral a la conciencia de Lando. Si la nave sobrevivía a lo que resultaba obvio eran daños mucho más serios sufridos en alguna otra sección, cerrar las heridas que Lando le estaba infligiendo no supondría ningún problema para ella..., y si la nave ya estaba condenada, entonces las heridas que estaba abriendo no tendrían ninguna importancia.

Pero ver cómo Lando iba abriendo agujeros no tardó en hacer que Lobot sintiera una creciente inquietud. Después de sólo cuatro cámaras y cuatro boquetes de bordes ennegrecidos, Lobot fue hacia Lando y le cogió del brazo antes de que pudiera crear el quinto.

—¿No podríamos tratar de abrir cada acceso de la manera habitual antes de destruirlo? —suplicó.

—¿Tienes alguna razón para creer que el Vagabundo se está recuperando de sus heridas? —preguntó Lando, liberándose el brazo de un brusco tirón y alzando el desintegrador.

Lobot se encogió sobre sí mismo mientras el haz abría el agujero que les permitiría pasar a la cámara siguiente.

—No sé qué está pasando —dijo—. Lo que sí sé es que estamos dejando un rastro que no les costará nada seguir, y ese hecho hace que nuestra huida resulte de lo más fútil. Los grupos de abordaje se limitarán a seguir la sucesión de agujeros y acabarán encontrándonos en la última cámara.

Un nuevo sonido llegó hasta ellos mientras Lando se detenía y miraba hacia atrás. Era una serie de detonaciones curiosamente líquidas que recordaban el sonido que produciría una piedra al caer sobre un charco de barro.

—Fluidos estallando bajo los efectos de la presión —dijo Lando, estirando el cuello en esa dirección—. En una ocasión oí estallar una cápsula de combustible defectuosa, y el sonido fue muy parecido. —Volvió la mirada hacia Lobot—. Sí, tienes razón, seguirnos no resultará nada difícil. Pero la oscuridad nos ayuda, y no tenemos por qué estar esperándonos al final de la



serie de cámaras.

—¿Y ése es todo tu plan? —preguntó Lobot—. ¿Piensas que el encontrarse con Cetrespeó hará que adopten tan pocas precauciones a la hora de seguirnos que podremos sorprender a todo un grupo de abordaje con sólo unas cuantas herramientas manuales como única arma?

—Mi plan es retrasar la confrontación —dijo Lando—. Es la única idea que tengo por ahora. De momento sólo estoy pensando en interponer un poco de distancia entre nosotros y quienquiera que esté entrando por ahí atrás.

—Bueno, en ese caso... ¿Qué me dirías de hacer más de un agujero? Oblígalos a tomar una decisión. Haz que tengan que separarse.

—Me encantaría abrir unos cuantos agujeros más si eso pudiera hacer que les resultara más difícil seguirnos, pero no tengo ni idea de qué puede haber detrás de los agujeros que abra —replicó Lando—. Y te aseguro que no quiero incrementar las posibilidades de abrir un agujero que dé al vacío espacial.

—La topografía de esta nave ha sido concebida de tal manera que las paredes de las cámaras nunca forman parte del casco —dijo Lobot—. Cuando colocaste la lapa sensora...

—No sabemos qué recintos pueden haber sufrido brechas debido al ataque —dijo Lando—. De hecho, incluso cabe la posibilidad de que acabe encontrándome con el vacío a pesar de que estoy siguiendo la sucesión lineal de los accesos. Lo que estoy intentando hacerte entender...

Y de repente la articulación del hombro del traje de contacto de Lobot chocó suavemente con la pared de la cámara. Unos instantes después Lando también se encontró avanzando hacia una barrera sólida.

—La nave vuelve a moverse —dijo Lando.

—Sí, pero el movimiento es casi imperceptible.

—Y también está cambiando de dirección.

—¿Por sus propios medios, o porque la están remolcando?

—No hay forma de saberlo desde aquí —dijo Lando—. Pero lo más probable es que sea por sus propios medios... Nuestros intrusos no han dispuesto del tiempo suficiente para inspeccionar toda la nave, y empezar a remolcarla sin haberlo hecho resultaría demasiado arriesgado. Vamos.

Lando fue hacia el orificio que había abierto, se agarró al borde y se metió por él.

Lo que vio cuando dirigió sus luces y su desintegrador hacia el otro extremo de la cámara era tan sorprendente que le dejó sin habla. El acceso ya estaba iniciando su habitual apertura en iris.

Lando empezó a retirarse y pasó su mano enguantada sobre los controles del traje para apagar las luces. Lobot, que estaba detrás de él, comprendió lo que pretendía conseguir con eso y le imitó. Pero incluso después de que Erredós obedeciera la instrucción que Lobot emitió en su lenguaje de registro, la cámara siguió estando tenuemente iluminada por la claridad que emanaba del anillo que rodeaba cada uno de sus accesos abiertos, revelando un total de seis.

—Lando...

—Sí, ya lo veo —dijo Lando.

—Lando, ésas son las puertas de acceso restringido al personal autorizado de las que hablabas antes. ¿Qué está pasando?

—No estoy seguro.

Lando se impulsó en una rápida trayectoria diagonal hacia la más cercana de las cuatro nuevas entradas, desconocidas hasta aquel momento, que acababan de ofrecerles cuatro nuevos accesos a la cámara 229 y echó un vistazo por ella.

—¿Qué puedes ver?

—Más de lo mismo, sólo que distinto —dijo Lando, yendo hacia la entrada de la cámara 228—. Inspecciona la que tenemos detrás.

Tanto la cámara que tenían delante como la que acababan de abandonar estaban mostrando múltiples accesos iluminados por anillos relucientes. Algunos de los nuevos accesos daban a cámaras diminutas en las que ya había más puertas, otros a estrechos pasadizos cilíndricos y unos cuantos más a aquel vasto interespacio que Lando había descubierto cuando colocó la lapa sensora.

—¿Alguna idea? —preguntó Lando, volviéndose hacia Lobot.

—Posiblemente. La lógica basada en reglas debe estar estrictamente priorizada y seguir un árbol de decisiones condicionales —dijo Lobot—. Lo primero que hizo la nave fue sellar todos los accesos, otorgando la máxima prioridad posible a la limitación de daños; eso es una respuesta razonable a un ataque, especialmente si había una brecha en el casco. Después, y

en cuanto hubo terminado de hacer un inventario de los daños, asignó la prioridad inmediatamente siguiente a restaurar la libertad de movimientos, quizá para facilitar las labores de reparación.

—O la huida —murmuró Lando—. ¿Me estás diciendo que crees que esto significa que el ataque ha terminado?

—Que haya terminado o no carece de importancia —dijo Lobot—. La nave ha abierto todas las puertas. Puede que nunca tengamos otra oportunidad como ésta. —Señaló el portal de acceso al interior sobre el que estaban flotando—. El corazón de la nave se encuentra en esa dirección.

—Quizá..., y por lo que sabes, puede que esté al otro extremo de un laberinto de diez kilómetros. ¿Y qué pasa si la nave está a punto de hacerse pedazos? —preguntó Lando.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

—He de averiguar hasta qué punto son graves los daños. Dame tu guante izquierdo.

—¿Por qué?

—Porque vas a ir a un sitio donde no lo necesitarás, y porque yo voy a ir a un sitio donde sí lo necesitare. Voy a salir al casco e iré avanzando hacia proa para averiguar qué daños ha sufrido el Vagabundo.

—¿Y con qué objeto? O el Vagabundo puede repararse a sí mismo o no puede hacerlo —dijo Lobot—. Hemos de buscar el nexo de control.

—Tú puedes hacer lo que quieras. Yo necesito saber cuál es la situación actual.

—La nave ya lo sabe —insistió Lobot.

—Avísame cuando hayas descubierto cómo hablar con ella, ¿de acuerdo? Hasta entonces los dos estamos desperdiciando nuestro tiempo. El guante, por favor.

Lobot titubeó durante unos momentos y después abrió el anillo de sujeción e hizo girar el guante en el sentido de las agujas del reloj. Luego lo arrojó a través de la cámara en una veloz rotación por el aire, lanzándoselo a Lando con un poco más de fuerza de la estrictamente necesaria.

—Gracias —dijo Lando, pillándolo limpiamente al vuelo con la mano desnuda—. Te lo devolveré.

—Me pregunto si todos los jugadores siempre están tan seguros de que van a ganar la partida con la próxima carta que saquen de la baraja —murmuró Lobot—. Si consigues volver, puedes buscarme aquí dentro —añadió, dirigiendo el pulgar al acceso que tenía detrás.

—Eso haré —dijo Lando, impulsándose hacia un acceso en el lado opuesto de la cámara—. Si quieres ayudarme, podrías tratar de indicar el camino que sigues con la barra de pintar. Teniendo en cuenta cómo andan las cosas en estos momentos, puede que la nave se encuentre demasiado ocupada para ir borrando las marcas.

—Me lo pensaré —respondió Lobot, y se volvió hacia Erredós en cuanto Lando hubo desaparecido por la abertura después de saludarle con un último gesto de la mano—. Ve a buscar a Cetrespeó y tráelo aquí.

Erredós soltó el trineo del equipo y se lanzó hacia el acceso entre estridentes trinos electrónicos de alivio y aprobación.

—¡No ahorres el propelente! —le gritó Lobot antes de que desapareciera.

Cuando se hubo quedado solo se quitó el guante derecho y el casco y los sujetó al trineo del equipo. Después dobló el cuello hacia adelante, alzó las manos desnudas y acarició con suave delicadeza los rebordes de la banda de conexión fabricada en Hamarin. Las yemas de sus dedos se detuvieron durante unos segundos sobre el botón de apertura situado encima de su nuca.

La conexión nunca se había apartado de su cráneo en treinta y cuatro años, y nada —ni siquiera el sueño, la vanidad o las revisiones de mantenimiento periódicas— había podido separarlo de ella. Sus circuitos hacían algo más que conectar a Lobot con todo un universo de recursos de datos interrelacionados y sistemas de control. La banda se había convertido en un vínculo secundario entre las dos mitades de su cerebro, complementando el cuerpo calloso de tal manera que le permitía procesar la tremenda inundación de datos que caía incesantemente sobre su consciencia. Sus dedos la conocían como parte de los contornos familiares y supremamente corrientes de su cabeza. Su mente ya no era capaz de reconocer ninguna frontera entre la biología y la tecnología, porque la consciencia integrada de Lobot era como un puente que uniese la una con la otra.

Aun así, esta vez sus dedos estaban explorando la conexión como un objeto independiente..., y su mente se estaba preguntando cómo sería la experiencia de no encontrarla allí ni con sus manos ni con sus pensamientos.

Fuera de la cámara 228, como en cualquier otro lugar, la superficie interior del interestespacio del Vagabundo —aquel espacio vacío que se extendía entre lo que Lando consideraba el verdadero casco de la nave y su casco exterior— estaba cubierta de celdillas hexagonales que contenían rostros qellas minuciosamente esculpidos. Lando estaba empezando a pensar que toda la nave debía de estar recubierta por aquel increíble mosaico.

Mientras volaba por delante de la gigantesca superficie intacta e ininterrumpida de aquel colosal bajorrelieve, Lando se preguntó cuántas caras contendría y si cada una de ellas era única. Cuando intentaba pensar en los números implicados, su magnitud volvía casi inconcebible la idea de que aquello fuera una galería de retratos y de que cada rostro representara a un individuo de carne y hueso..., que muy probablemente llevaba mucho tiempo muerto y que quizá no era recordado en ningún otro sitio salvo allí.

«Tiene que haber centenares de millares..., quizá millones. Tendré que pedirle a Lobot o a Erredós que lo calculen —pensó Lando—. ¿Quién puede haber creado todas esas caras? La mera labor de ir acumulándolas y organizarías en esta exhibición ya tuvo que ser un trabajo de dimensiones monumentales. ¿Cómo las hicieron? ¿Serán como el resto de esta nave..., y estarán casi vivas?»

Los qellas le contemplaban con ojos impasibles mientras pasaba por delante de ellos, pareciendo sentirse mucho más reconfortados por la presencia de Lando de lo que se sentía él por la suya.

«¿Y por qué están aquí? Todo ese trabajo..., ¿y quién iba a verlas? —El descubrimiento de accesos al interestespacio no había alterado la impresión inicial de que se trataba de un espacio privado que Lando se había formado de él—. Tienen la mirada vuelta hacia el exterior como si el casco no estuviera ahí, como si algo que ven flotando en el vacío los mantuviera sumidos en un trance, como si todos compartieran el mismo pensamiento... ¿Cuál puede ser ese pensamiento? ¿El infinito? ¿La eternidad? ¿Su mortalidad?»

Poco después de haber entrado en el interestespacio, Lando descubrió que el casco interior y el casco exterior estaban unidos por delgadas conexiones en forma de cable. Entrecruzándose y extendiéndose en una hilera continuada, los cables juntaban los dos cascos mediante un dibujo de diamantes y triángulos que parecía formar una serie de X. Las aberturas más pequeñas eran lo suficientemente grandes para que Lando pudiera pasar por ellas sin ninguna dificultad. Lando sospechó que los cables rodeaban todo el casco interior formando una red muy parecida a la de los radios en la rueda de una bicicleta, y pensó que aquella estructura cumplía simultáneamente las funciones de distanciador, refuerzo y amortiguador de impactos.

Siguió avanzando y se encontró con un segundo anillo de cables, y no tardó en averiguar que tenían otra función. Aquella hilera formaba una barrera sólida provista de membranas que cerraban los huecos entre los hilos, con lo que impedía el acceso a la sección siguiente del interestespacio. El obstáculo le obligó a volver a entrar en la nave por la cámara 207.

A partir de aquel punto, los accesos que llevaban al interestespacio seguían estando iluminados por los anillos pero se encontraban herméticamente cerrados. Aunque ninguno de ellos quiso abrirse bajo la mano de Lando, el centro de los que intentó abrir se transformó en un hexágono de la misma sustancia transparente que habían visto en el auditorio. En una cámara tras otra, aquellas mirillas surgidas de la nada le permitieron contemplar la razón por la que los accesos no querían abrirse: el casco exterior había sido rasgado, y la enorme herida empezaba en la cámara 202 y seguía hacia adelante hasta desaparecer a muy poca distancia de la proa.

Cuando Lando volvió la mirada hacia el interestespacio para echar un vistazo, vio estrellas.

La gigantesca transparencia estaba opacada, pero aun así la mejor visión de los daños se obtenía desde el auditorio. Lando miró por un acceso anteriormente desconocido y pudo ver que el atacante había estado a punto de separar toda la sección de proa del Vagabundo del resto del casco. Las señales dejadas por las quemaduras formaban una pauta tan clara como familiar; aquellos daños eran el resultado de la tremenda emisión de energía modulada lanzada por las baterías de un navío de combate de gran tamaño.

«Eso era lo que hemos oído», pensó mientras sus dedos bailaban sobre el teclado del comunicador del traje.

—¿Estás ahí, Lobot?

—Te escucho.

—Estoy en el auditorio —dijo Lando—. Hay un agujero muy grande a estribor, y todo lo que había por delante de este punto se encuentra destrozado. Las últimas andanadas lograron abrirse paso a través del Vagabundo y salieron por el otro lado, abriendo un agujero más pequeño a babor. Toda la sección está sellada, no puedo acercarme más a los daños sin

perforar mi propia puerta, cosa que ni me hace falta ni quiero hacer.

—¿Existe alguna indicación de que la brecha esté siendo reparada?

—Bueno, resulta difícil decirlo... —respondió Lando—. La parte del casco que ha desaparecido es muy grande, y no puedo iluminar los bordes más cercanos con suficiente luz para verlo. Probablemente tendré que esperar un rato para saberlo.

—¿Hay alguna señal de que alguien haya subido a bordo?

—No veo ninguna. Resulta obvio que querían destruir los nódulos de armamento —dijo Lando—. Lo cual quiere decir que deben de haber visto luchar al Vagabundo con anterioridad, muy probablemente en Prakith.

—¿Puedes ver al navio o navíos que nos atacaron?

—No hay ni rastro de ellos. A juzgar por el ángulo de incidencia, yo diría que se encontraban bastante a popa de nosotros cuando empezaron a disparar. Lobot... El planetario ha desaparecido.

—¡No! —protestó Lobot—. ¿Ha desaparecido o sólo está inactivo?

—Ha desaparecido. Ha quedado destruido. Toda la cámara de las sombras debió de quedar repleta de rebotes después de que el casco fuera atravesado por los disparos. Todo lo que no ha sido arrastrado al espacio por la descompresión ha quedado convertido en vapor.

—Quizá se regenerará.

—¿A partir de qué? Ahí fuera no hay nada. No, parece que tú y yo fuimos los últimos en verlo...

—Eso es terrible —dijo Lobot.

—Estoy demasiado lejos para poder asegurarlo, pero diría que también hay unos cuantos miles de retratos menos en la galería. El Vagabundo probablemente ha estado a punto de perder toda esta cámara.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte ahí para observar?

Lando echó un vistazo al cronómetro.

—Le daré unos veinte minutos de tiempo. Si no he conseguido detectar ninguna actividad cuando hayan transcurrido, empezaré a volver por donde he venido. ¿Qué tal te van las cosas por ahí? ¿Alguna señal de problemas? ¿Dónde estás ahora? ¿Sigues en la 228?

—Todo va bien —respondió Lobot—, pero no puedo explicarte dónde estoy. Si no fuera por el holomapa de Erredós ya me habría perdido.

—¿Te has metido por los pasadizos interiores?

—Sí.

—Quizá debería volver ahora mismo —dijo Lando—. Ya he visto la mayor parte de lo que necesitaba ver. ¿Has ido marcando tu ruta?

—Preferiría que no lo hicieras —dijo Lobot—. El silencio resulta sorprendentemente agradable. Ahora puedo oír con mucha más claridad. Por eso no he utilizado la barra de pintar, y por eso voy a apagar mi comunicador en cuanto haya acabado de hablar contigo.

Lando empezó a protestar furiosamente.

—¡Lobot! ¿Qué está pasando...?

—Dijiste que debía hacer lo que quisiera, ¿verdad? Bien, pues es lo que he decidido hacer.

—Perfecto, pero no apagues tu comunicador. ¿Qué pasaría si...?

—Me pondré en contacto contigo si quiero hacerlo —dijo Lobot—. Hasta entonces, te deseo que tomes las decisiones más acertadas y por tu parte tú puedes desearnos buena suerte.

Ése fue el fin de la conversación. Lando no consiguió establecer contacto con Lobot en ningún canal de comunicaciones ni siquiera cuando utilizó una señal de emergencia.

«Se ha puesto de parte de los androides y en contra de mí —pensó Lando, golpeando la pared de la cámara con el puño en un gesto de pura frustración—. Lo cual es otra prueba de que esta nave nos está volviendo locos a todos... Cuando salgamos de aquí, si es que logramos hacerlo, todos vamos a necesitar un buen barrido mental.»

Se volvió hacia el acceso, pegó el visor facial de su casco a la transparencia y contempló la oscuridad. Los contornos de los agujeros parecían haber cambiado levemente, como si las brechas pudieran estar empezando a cerrarse. Pero Lando no tenía forma alguna de saber hasta dónde podía llegar el proceso. Si no recibían tratamiento médico, los bordes de una cavidad acabarían curándose sin llegar a regenerar lo que había sido destruido.

Lando apagó las lámparas de su traje, clavó la mirada en el agujero abierto por los disparos y examinó las estrellas que brillaban más allá de él, escrutándolas en busca de una pauta familiar, una estrella reconocible o la espiral de una nebulosa que pudiera identificar con facilidad. La ley de las probabilidades estaba en su contra. Incluso después de toda una vida dedicada a recorrer los caminos espaciales, una galaxia con cien mil millones de estrellas

contenía una cantidad de misterios desconocidos muy superior a la de lo conocido.

Pero si había alguna manera en que pudiese hacerlo, Lando tenía que establecer contacto con lo familiar y recordarse a sí mismo cómo era aquello que le impulsaba a seguir luchando por la supervivencia para que pudiera verlo de nuevo alguna vez.

El *Dama Suerte* volvió a entrar en el espacio real a un segundo luz escaso de la Anomalía 1033 y a muy poco más de un año luz de Carconth.

A esas distancias la anomalía era invisible salvo para los sensores, pero la súper gigante roja seguía siendo una visión realmente espectacular. Quinientas veces tan grande y cien mil veces tan brillante como el sol alrededor del que orbitaba Coruscant, Carconth dominaba el cielo como muy pocas estrellas podían llegar a hacerlo. En el momento álgido de sus fluctuaciones, era la segunda estrella más grande y la séptima más brillante de todas las estrellas conocidas. El Instituto de Exploración Astrográfica y sus predecesores llevaban más de seiscientos años manteniendo a Carconth bajo la vigilancia continuada de sus equipos de supernovas.

La Anomalía 1033 probablemente fuera el resultado de una expedición alienígena a Carconth. Esas expediciones habían sido enormemente frecuentes, y la mayoría de ellas no se hallaban registradas en los archivos de la Antigua o la Nueva República. Pero el coronel Pakkpekatt y sus voluntarios no tendrían ninguna posibilidad de averiguarlo, y dispondrían de muy pocas oportunidades de quedarse boquiabiertos contemplando el espectáculo galáctico visible por las mirillas del yate espacial.

Unos instantes después de su llegada, los controles del *Dama Suerte* quedaron repentinamente desactivados bajo las manos de Pakkpekatt. El yate aceleró a medida que iba girando y describió un arco de unos sesenta grados hacia estribor y de veinte grados hacia el norte galáctico, enfilando su proa hacia el vector que llevaba a Kaa. Las pantallas fueron invadidas por un enloquecido torbellino de imágenes mientras el sistema automático de navegación llevaba a cabo sus cálculos y enviaba los resultados al motivador hiperespacial.

—¿Qué ocurre, coronel? —preguntó Bijo Hammax.

—Que algo ha activado un circuito de control remoto —dijo Pakkpekatt, levantando las manos del panel y apoyando la espalda en el acolchado del sillón de pilotaje—. El yate ya no se encuentra bajo mi control.

—Pero veo que no está intentando recuperar el control.

El familiar silbido con que el sistema de hiperimpulsión del yate indicaba que se estaba preparando para un salto hiperespacial ya podía ser oído con toda claridad por los dos oficiales.

—Así es.

Pleck y Taisden se reunieron con ellos en la cubierta de vuelo.

—Coronel... —empezó a decir Pleck.

Hammax hizo girar su sillón hacia Pakkpekatt.

—No entiendo por qué está permitiendo que nos secuestren, coronel.

—Vencer a un circuito de control remoto bien diseñado siempre resulta muy difícil a menos que se esté dispuesto a infligir considerables daños a la nave —respondió Pakkpekatt—. Si pudieran ser desactivados con excesiva facilidad, los circuitos de control remoto no servirían de nada.

—Pero eso no explica...

Taisden apartó a Pleck con el hombro y dio un paso hacia adelante.

—Puedo desconectar la hiperimpulsión en treinta segundos, coronel —dijo.

—Dudo mucho de que pueda hacerlo, agente Taisden. También dudo mucho que pueda disponer de treinta segundos.

—Déjeme intentarlo.

—No —replicó Pakkpekatt.

—Piensa que el *Dama Suerte* va a llevarnos hasta ellos —concluyó Hammax.

—La persona que es más probable haya instalado los circuitos de control remoto también es la persona que parece más probable haya podido activarlos —dijo Pakkpekatt—. Dentro de... —echó un vistazo a las pantallas de datos de la nave— unas seis horas sabremos si esa persona es el general Calrissian.

Unos segundos después el *Dama Suerte* salió despedido hacia adelante a través de un túnel de estrellas.

—¿Dónde están? —aulló el capitán Gegak mientras fulminaba con la mirada a la dotación del puente del destructor *Tobay*—. ¿Dónde está el objetivo? ¿Dónde está el *Gorath*?

—No hay ni rastro de ninguna de las dos naves, capitán —se atrevió a responder el jefe de sensores—. No detecto la emisión del transductor del *Gorath*.

—¡Idiota! ¿Piensa que no sé interpretar las lecturas de una pantalla de seguimiento? —gritó Gegak, apretando las manos hasta convertirlas en puños. Su rabia parecía tan indiscriminada como salvaje, y ninguno de los presentes en el puente se sintió lo suficientemente a salvo de ella para moverse o hablar—. ¡He sido traicionado! Uno de ustedes trabaja para el capitán Dokrett. Alguien ha conspirado para robarnos nuestra parte de la recompensa.

Gegak empezó a ir y venir por detrás de los oficiales sentados en sus puestos de control.

—¿Quién es el ladrón? —aulló—. ¿Quién es el traidor? ¿Es usted, Prega?

Cerró los dedos de una mano alrededor de los cabellos del jefe de navegación y los utilizó para echar su cabeza hacia atrás de un feroz tirón.

—Dependo del jefe de sensores, capitán. No transcurrieron ni cinco segundos entre su aviso y el momento en el que salimos del hiperespacio...

Nillik, el jefe de sensores, se levantó de su sillón antes de que Gegak pudiera llegar hasta él y retrocedió ante su capitán con las manos levantadas en un gesto de súplica.

—No le he traicionado, capitán. Los instrumentos me han traicionado...

Gegak saltó hacia adelante con un gruñido gutural y acortó la distancia que se interponía entre ellos hasta dejarla reducida a poco más de un brazo.

—¿Y quién es el responsable del mantenimiento de sus instrumentos?

—Yo, capitán... Pero... Capitán, le suplico que me escuche...

—Sólo oigo los gimoteos de un traidor.

—Esta nave es vieja. Tiene dos veces la edad del *Gorath*, y no hemos podido contar ni con el dinero de las recompensas ni con las bendiciones de Foga Brill para mantenerla en buenas condiciones. No puede esperar...

Gegak sacó un látigo neural de entre los pliegues de su guerrera y lo agitó ante su pecho.

—Puedo esperar que mis oficiales no me devolverán el favor que les hago con excusas.

—Capitán... ¡No, no, se lo ruego! —Nillik había ido retrocediendo hasta que se encontró con la espalda pegada a un mamparo—. Seguir a una nave a través del hiperespacio ya resulta difícil incluso contando con las instalaciones más sensibles. No se me concedió el tiempo necesario para enfriar la antena de solitones y volver a sintonizarla... No podía oír al objetivo. Apenas si pude oír al *Gorath* por encima del estrépito de su oleada de compresión.

—Todo eso no son más que excusas con las que intenta disculpar su falta de atención.

—No, capitán... No fue mi atención la que falló. La firma era tan tenue que la perdí y la recuperé media docena de veces antes de la pérdida de señal definitiva. Ésa fue la única razón de mi retraso. No estoy seguro de si esas naves salieron del hiperespacio antes que nosotros o si continúan avanzando por él y acabarán saliendo más lejos.

Gegak soltó un gruñido y hundió el extremo del látigo neural en el abdomen de Nillik. El jefe de sensores aulló, se convulsionó y cayó al suelo.

—Debería haber sido informado de sus dificultades —dijo el capitán, devolviendo el látigo a su bolsillo. Su voz se había vuelto repentinamente serena y pausada—. Ha olvidado la primera regla de supervivencia en una autocracia: nunca intentes ocultarle la verdad al poder. Espero que el dolor le ayude a aprender de su error.

Después el capitán giró lentamente sobre sus talones hasta quedar de espaldas al jadeante jefe de sensores.

—Dirijan la proa hacia Prakith y avancen a velocidad de flaqueo. Que el contramaestre de sensores asuma el control de las consolas. Volveremos al punto en el que el *Gorath* desapareció de las lecturas de nuestros instrumentos e iremos examinando todo ese vector espacial..., y no oiré más excusas que intenten justificar un fracaso. He invertido toda mi tolerancia en Nillik.

Luke tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para reprimir el impulso de salir de la calzada móvil, perseguir a Akanah y continuar su discusión. La amenaza tenuemente velada que le había lanzado como despedida, sugiriéndole que podía seguir viaje hacia J't'p'tan sin él y que podía llegar a retirar su promesa de guiarle hasta el pueblo de su madre, no carecía de poder.

Pero aquella amenaza también constituía un descarado intento de manipulación, y la callada irritación que despertó en Luke le permitió percibir la existencia del chantaje emocional y, al mismo tiempo, hizo que fuera capaz de resistirse a él.

No se trataba de que no diera crédito a la amenaza, desde luego. Su conducta en Atzerri había dejado muy claro que Akanah era perfectamente capaz de actuar por su cuenta cuando sus intereses así se lo dictaban. Pero Luke no tenía ningún compromiso o concesión que ofrecerle. El viejo y familiar demonio del Deber había vuelto a entrar en su mente durante su conversación con el encargado del taller, y Luke no podría hacer nada más hasta que hubiera respondido a la voz de su conciencia o la hubiera reducido al silencio.

Buscar una reconciliación con Akanah no tendría ningún sentido ni serviría de nada mientras Luke no consiguiera poner algo de orden en sus pensamientos..., y mientras no supiera si podía permitirse proseguir aquel viaje.

Y para ello necesitaba información.

Después de haber hecho una breve parada en el control portuario para autorizar a Servicios Camino Estelar a que trasladara el *Babosa del Fango* a sus hangares de reparaciones, Luke volvió al esqui. Bloqueó la entrada para impedir el paso no sólo a los desconocidos sino también a Akanah, y se sentó delante de la consola de vuelo para iniciar sus averiguaciones.

Una conexión con la Red de Noticias de Utharis le proporcionó acceso —a un precio agradablemente barato— tanto a los archivos de la Global de Coruscant como a los de la Principal de la Nueva República, así como a los bancos de datos de varias redes más pequeñas. Pero la información más completa que logró encontrar surgió de dos servicios locales, *El ojo de las noticias* y *¡Taldaak hoy!* Las redes con sede en Coruscant parecían estar obsesionadas por la vida política de la Ciudad Imperial y sólo ofrecían un panorama general muy sucinto —y frecuentemente un tanto engañoso— de los aspectos militares de la crisis.

—Acceso a *El centinela de la Flota* —dijo Luke.

*El centinela de la Flota*, el paquete de noticias de la Asociación de Veteranos de la Victoria de la Alianza, normalmente estaba lo suficientemente actualizado y ofrecía una información lo bastante amplia para que muchos altos oficiales de los cuarteles generales de la Flota lo mantuvieran en sus listas de material informativo a examinar como complemento a las fuentes oficiales.

—La fuente solicitada no se encuentra disponible por el momento —le informó el controlador de comunicaciones.

—¿Por qué?

—El acceso ha sido suspendido voluntariamente por el suministrador. Hay un mensaje disponible.

—Oigámoslo.

La grabación contenía un rostro y una voz bastante familiares: ambos pertenecían al brigadier Bren Derlin, FDNR, ret. Derlin y Luke habían luchado juntos en Hoth, donde Derlin era uno de los comandantes de campo de la base rebelde. Derlin era más bien una influencia estabilizadora que un líder, pero era un buen soldado y un hombre al que resultaba fácil llegar a apreciar a pesar de que fuese más bien callado. Luke no había vuelto a verle hasta el final de la guerra, y desde entonces sólo se habían visto en una ocasión, durante las ceremonias que reunieron a más de un centenar de supervivientes de Hoth para la inauguración de un monumento conmemorativo dedicado al número infinitamente mayor de combatientes que habían caído allí.

Derlin se había convertido en comandante de la AVVA, una organización que por el momento no era más que un club de militares retirados del servicio activo, pero que albergaba

la ambición de llegar a ser una especie de milicia o reserva de emergencia de la Flota. La grabación empezaba con una espiral de insignias que giraban alrededor del emblema de la AVVA y el saludo rígidamente marcial de un Derlin uniformado.

—Gracias por su interés. Debido a la actual situación militar, la junta de gobierno de la AVVA ha puesto a todos sus miembros en el estado de alerta dos. Por razones de seguridad, el acceso a los volúmenes anteriores y presentes de *El centinela de la Flota* ha quedado restringido a los miembros de la asociación. Le ruego que se una a nosotros en nuestro esfuerzo para apoyar a los soldados y pilotos que en este mismo instante están arriesgando sus vidas en defensa de nuestra libertad.

—¿Cuándo decidieron bloquear el acceso? —le preguntó Luke al controlador de comunicaciones.

—Hace nueve días.

—Me pregunto qué ha podido ocurrir para que adoptaran esa decisión... —dijo Luke, rascándose la cabeza—. ¿Qué más tiene en su banco de datos? Enséñeme una lista.

Después de media hora más, Luke quedó convencido de que ya había obtenido toda la información que podía esperar sacar de las fuentes de noticias públicas. Por desgracia, no había averiguado lo suficiente para poder tomar una decisión.

Podía contactar directamente con Coruscant, pero las circunstancias habían cambiado desde la última vez en que había necesitado información y Luke ya no estaba seguro de que el hacerlo fuese muy buena idea. Si habían organizado algún tipo de vigilancia para que detectara el uso de sus códigos de autorización, incluso el interrogar a las fuentes impersonales y automatizadas podía hacer que acabara viéndose involucrado en una conversación que Luke no quería mantener..., con Ackbar, o con Behn-Kihl-Nahm o Han, o posiblemente incluso con la misma Leia.

Porque la pregunta que le torturaba no era la de si Leia quería su ayuda, sino la de si realmente la necesitaba. Si su presencia podía significar la diferencia entre el triunfo y la derrota, entonces Luke iría a reunirse con su hermana..., de la misma manera en que Leia había venido a él en el momento más oscuro de toda la existencia de Luke, cuando se encontraba a bordo del navio insignia del clon del Emperador.

Leia le había apartado del precipicio del poder oscuro, y había unido su poder al de Luke para derrotar a Palpatine. Si su hermana no hubiera estado dispuesta a sacrificar su vida y la del bebé que llevaba en sus entrañas para enfrentarse al Emperador renacido, Luke nunca habría logrado escapar a la terrible presa del lado oscuro..., y la historia de los años siguientes habría sido escrita con la pluma de la tiranía. Luke jamás habría podido triunfar por sí solo.

Pero después de haber visto no sólo la gran fortaleza que se ocultaba en el corazón de su hermana sino también el poder Jedi que podía llegar a invocar, Luke sentía todavía menos deseos que antes de ofrecerse como campeón para rescatarla. Sabía que Leia poseía extraordinarias reservas de voluntad y energía..., y que durante los últimos tiempos se había ido mostrando cada vez menos dispuesta a recurrir a esos recursos. Luke creía que él era una gran parte de la razón, y que tanto su ejemplo como su presencia la disuadían de hacerlo. Era muy importante que Leia volviera a encontrar esa fortaleza.

Luke tenía la impresión de que Leia había descuidado —y quizá incluso abandonado— su adiestramiento, y que el adiestramiento de sus hijos había acabado volviéndose considerablemente desequilibrado, con las disciplinas del guerrero y el arma eliminadas de él como si fuesen meras partes secundarias de las que se podía prescindir. Luke no había hablado de aquellos temas con su hermana, pero a juzgar por lo que había visto casi parecía como si Leia esperase poder ganar tiempo, y como si ésa fuera la razón por la que estaba enseñando a los niños a ser más bien unos contables Jedi que unos Caballeros Jedi..., como si el camino que se extendía ante ella, el camino que Luke había seguido, prometiera llevarla a un sitio al que Leia no quería ir.

La elección era única y exclusivamente suya, desde luego. El destino de su hermana era un misterio tan grande para Luke como lo era para la misma Leia. Pero fuera cual fuese ese destino, parecía como si Leia estuviera intentando resistirse a él en vez de seguirlo.

Y estaba muy claro que Leia no extraería ninguna lección del rescate bienintencionado pero innecesario llevado a cabo por un Caballero Jedi que siempre andaba vagando por la galaxia..., eso suponiendo que permitiera que tal rescate llegara a producirse. Conociendo muy bien su profunda veta de orgullo aristocrático firmemente decidido a confiar únicamente en sí mismo, Luke no estaba demasiado seguro de que pudiera contar con que Leia le pediría ayuda ni siquiera en el caso de que la necesitara..., no después de la pelea que habían tenido la noche en que se fue de Coruscant.



No, quienes la rodeaban, aquellos que la amaban apremiarían a Luke a volver junto a ella fueran cuales fuesen las circunstancias. Y en cuanto a Leia, insistiría en que Luke se mantuviera alejado fueran cuales fuesen las circunstancias. En consecuencia, resultaba esencial que Luke llevara a cabo su propia evaluación de la situación y que la decisión fuera suya y únicamente suya. Eso quería decir que sería mejor que se mantuviera oculto en un sitio donde no pudieran establecer contacto con él hasta que hubiera tomado una decisión.

«Ackbar, especialmente, nunca lo entendería —pensó Luke—. Siente tanta devoción por ella como un padre por su hija. Me pregunto hasta qué punto Leia es consciente de ello...»

Aun así, Luke necesitaba más información..., y esa información sólo podía proceder de Coruscant. Decidió empezar la labor echando un vistazo a los mensajes registrados en el circuito de hipercomunicaciones del archivo principal establecido por el Departamento de Comunicaciones.

El archivo conservaba una copia de cada mensaje provisto de señas de recepción enviado a través del sistema de la Nueva República, con lo que cumplía la función de barrera protectora contra los ocasionales caprichos de la transmisión hiperespacial. Los mensajes que no podían ser entregados eran conservados en el archivo hasta que quienes debían recibirlos solicitaban una puesta al día de su expediente personal, algo que la mayoría de personas hacían de manera rutinaria cada vez que salían del hiperespacio. Pero salvo por las pocas horas de vuelo espacial cuando iba hacia Teyr, Luke se había mantenido fuera del sistema desde que despegó de Yavin 4.

La actualización necesitó casi veinte minutos para quedar introducida en el sistema de comunicaciones del *Babosa del Fango*. Como siempre, había centenares de mensajes enviados a ciegas: cartas de amor y propuestas de matrimonio, solicitudes de favores personales, preguntas de Jedi aficionados y de aspirantes a convertirse en Caballeros Jedi, alguna que otra diatriba de un imperialista que seguía resistiéndose tozudamente a aceptar la idea de que su mundo había cambiado...

Luke casi nunca leía ese tipo de mensajes. El valor de novedad que podían encerrar las propuestas más explícitas se había desvanecido hacía ya mucho tiempo, y la repetida acometida en dos tiempos del halago y la súplica había perdido su atractivo todavía más deprisa. Luke la encontraba tan incómoda como estar rodeado por una multitud en la que todo el mundo quería tocarle.

La sección de prioridad contenía una copia del mensaje enviado por Streen —lo cual hizo comprender a Luke que nunca había llegado a leerlo—, y un segundo mensaje de Streen fechado un día más tarde. Pero no había ningún mensaje de los veintitantos remitentes que formaban su lista de prioridad..., y eso sí resultaba un poco sorprendente. Luke no había anunciado su decisión de convertirse en un ermitaño a sus amistades, por lo que sólo podía suponer que la noticia habría ido circulando a partir de los pocos que estaban al corriente del aislamiento que se había autoimpuesto.

—Muéstrame el mensaje número uno —dijo.

El rostro de Streen apareció en la pantalla.

—Maestro Luke... —dijo Streen, bajando la cabeza en una inclinación casi imperceptible—. Recibí sus últimas instrucciones concernientes a Erredós y Cetrespeó, pero lamento tener que decirle que hasta el momento no he podido transmitirlos. Quizá se le olvidó que ahora los androides están con Lando Calrissian... Intentaré localizarlos y transmitirles su mensaje.

—Lando —dijo Luke, meneando la cabeza y sintiéndose cada vez más sorprendido—. ¿Y qué demonios pueden estar naciendo los androides con Lando? Muéstrame el mensaje número dos.

El rostro de Streen se desplazó hacia la derecha y su túnica pasó del dorado al rojo óxido.

—Maestro Luke, he intentado ponerme en contacto con Lando Calrissian a través de todos los medios a mi alcance sin obtener ningún resultado —dijo, volviendo a inclinar la cabeza—. No sólo no puedo hacerle llegar un mensaje, sino que no consigo encontrar a nadie que esté dispuesto a admitir que sabe dónde están Calrissian o los androides. Cabe la posibilidad de que eso se deba simplemente a que están en algún punto del hiperespacio, pero me parece que se trata de algo más que eso y probablemente usted sabrá más sobre ello que yo. Me temo que será mejor que se ocupe personalmente de este asunto.

La combinación de los dos mensajes dejó perplejo a Luke, pero no dedicó mucho tiempo o energías a desentrañar el misterio. Al parecer Lando había desaparecido llevándose consigo a los dos androides, probablemente porque los necesitaba para alguno de sus enigmáticos planes secretos. Aparte de eso, cualquier comprensión más profunda del problema tendría que esperar. En cualquier caso, la misión que había encargado a los androides ya no tenía ninguna

razón de ser. Si Luke seguía junto a Akanah, dentro de pocos días dispondría de todas las respuestas que necesitaba.

Después llevó a cabo un rápido repaso mental de la larga lista de fuentes a las que había consultado la última vez, pero ninguna parecía lo suficientemente prometedora para justificar la pérdida de tiempo y las molestias. Lo que realmente deseaba por encima de todo era tener éxito allí donde había fracasado anteriormente y poder obtener el acceso a la base de datos táctica que contenía los resúmenes diarios de situación elaborados por el Alto Mando de la Flota. Pero si quería acceder a esa información, antes tendría que encontrar una conexión de hipercomunicaciones de nivel militar que estuviera considerada como lo suficientemente segura. O quizá...

—Acceso al Almanaque de la Flota —dijo el controlador del sistema.

—Preparado.

—Transmita referencia de la localización actual.

—Estación Taldaak, Utharis.

—Identifique la instalación de la Flota que se encuentre más próxima dentro del sector: centro de adiestramiento, base de aprovisionamiento, astillero de reparaciones, etc.

—Este acceso requiere un código de autorización del nivel azul.

Luke recitó su código.

—Y ahora dame alguna buena noticia.

La única instalación de la Flota de Defensa de la Nueva República existente en Utharis era un minúsculo puesto de escucha y seguimiento. El puesto consistía en un despacho de Taldaak ocupado por tres hombres, un equipo de mantenimiento de cuatro más que pilotaba una patrullera con base en la principal estación geosincrónica del planeta, y un par de complejos sistemas de antenas instalados en órbitas solipolares de cien años.

El oficial de rango más elevado en órbita era un especialista de primera clase, y el de superficie era un teniente recién ascendido que estaba cumpliendo el primer mes de servicio de una rotación que duraría un año. La continuidad operacional del puesto dependía básicamente de los tres empleados civiles, todos ellos nativos de Utharis.

Y fue con uno de esos civiles con quien Luke se encontró cuando entró en el vestíbulo de seguridad del pequeño silo-cúpula del puesto de escucha y seguimiento, que se encontraba junto a una base de cazas imperiales abandonada que actualmente sólo albergaba algún que otro torrillo de alas negras y unos cuantos roedores. Luke había adaptado su atuendo al estereotipo de los Jedi —capa negra y espada de luz al cinto—, y había permitido que el disfraz de Li Stonn se disolviera mientras atravesaba la compuerta blindada.

—He venido a ver al comandante del puesto —dijo mientras ponía la palma de la mano sobre el sensor.

La joven alzó la mirada hacia él y le contempló con ojos desorbitados por la sorpresa. Los tatuajes de su frente y sus mejillas indicaban que era una seguidora de la Dualidad, un culto tarrackiano tan popular como benévolo fundado sobre los principios gemelos de la alegría y el servir a los demás. La joven bajó la mirada hacia el sensor cuando éste reaccionó con un zumbido, y después volvió a alzarla hacia el rostro de Luke con una expresión de respeto casi infantil en el suyo.

—Usted es Luke Skywalker —dijo.

Luke le dirigió una fugaz sonrisa mientras levantaba la mano del sensor.

—Pero no estoy aquí —dijo.

—Comprendo.

—¿Quién es el oficial de servicio?

—Tomathy... Quiero decir el especialista de primera Manes. El teniente Ekand llegará dentro de dos horas. Pero puedo avisarle para que venga antes...

—No hay ninguna necesidad —dijo Luke—. Hablaré con Manes. ¿Tendría la bondad de dejarme entrar?

—Sí, por supuesto.

La sala de alta seguridad de la instalación justificaba y ocupaba el resto del volumen del silo, que consistía en un suelo lleno de consolas de instrumental, un techo en forma de cúpula situado a quince metros por encima de ellas y dos anillos de pasarelas separados por el espacio suficiente para que los complejos transceptores pudieran caber entre ellos.

—Bajo ahora mismo —dijo una voz desde arriba.

La voz fue seguida por un veloz repiquetear de zapatos que descendieron rápidamente por unos escalones de rejilla metálica.

Luke inspeccionó la instalación mientras esperaba. Lo primero que atrajo su atención fue que el sistema de datos usaba tres androides nemotécnicos de cuerpo negro para las funciones de almacenamiento. Eso significaba que todos los datos de valor, tanto los referentes al personal como los considerados de alto secreto, podían ser sacados del puesto en cuestión de minutos mediante un deslizador de seis plazas o un saltador orbital.

—Oh, vaya —dijo Manes, y los ruidos que producían sus pies se fueron espaciando cada vez más cuando llegó al nivel principal y pudo ver a Luke—. Por toda la galaxia... Esto es... Nos sentimos muy honrados. —Después, y como si acabara de acordarse de cuáles eran sus deberes, se cuadró y le saludó—. Discúlpeme, señor... No sé cuál es su rango y...

—Ya no tengo ningún rango militar—dijo Luke, inclinándose sobre una de las consolas de datos.

—Oh... Comprendo. Pues entonces le confesaré que nunca había visto a un Jedi. Supongo que eso no tiene nada de raro, claro, teniendo en cuenta lo lejos que estamos de Coruscant... No conozco a nadie que haya visto a un Jedi. ¿Existe algún tratamiento especial que deba...?

—Puede llamarme Luke.

—Claro, claro. Muchas gracias. —Manes meneó la cabeza—. Perdone que me haya quedado mirándolo de esa manera. Es mi segundo turno de servicio en este puesto, y durante todo este tiempo usted es la segunda persona que no trabaja aquí que ha entrado por esta puerta. Y que además se trate de usted... —Manes pareció darse cuenta de que prácticamente estaba balbuceando, y cerró la boca con un visible esfuerzo de voluntad—. ¿En qué puedo ayudarle, Luke? —preguntó cuando se hubo calmado un poco.

—Necesito una copia del último informe táctico del Alto Mando.

—Por supuesto. Puede usar el sistema de comunicaciones de mi estación... Está aquí mismo y...

—Necesito que usted obtenga los datos por mí —dijo Luke—. He venido aquí por un asunto muy delicado, y no puedo revelar mi paradero.

—Entendido —dijo Manes—. No hay ningún problema. Recibimos el haz de transmisión dos veces al día, así que me limitaré a recuperar la información del último en llegar.

—Necesito una copia que pueda llevarme conmigo.

Mientras hablaba, Luke extendió una sonda invisible de la Fuerza y asestó un suave empujón mental al especialista.

Los ojos de Manes se nublaron y su mirada pareció perderse en el vacío, pero la desorientación sólo duró un instante.

—Vaya, no sé en qué estaba pensando... —dijo—. Querrá llevarse una copia, claro. Voy a buscar un cuaderno de datos.

—Gracias.

Menos de cinco minutos después, Li Stonn subía a su deslizador alquilado con la tarjeta de datos a buen recaudo. Pero no se fue inmediatamente. Luke se sentó delante de los controles, envió una sonda mental hacia el puesto de escucha y seguimiento y descubrió que sus dos ocupantes estaban hablando de su visitante sorpresa con una considerable excitación.

El acontecimiento había resultado tan inexplicablemente placentero para los dos que Luke lamentó tener que arrebatárselos aquellos recuerdos, pero no le quedaba otra opción. Ya había bloqueado las máquinas de registro automático para evitar que su visita quedara anotada en los archivos. Comprimiendo un nervio aquí y un vaso sanguíneo allá, Luke provocó un momento de parálisis e inconsciencia y lo aprovechó para borrar los recuerdos de sus mentes.

Akanah todavía no había vuelto al esqui, y el vehículo de remolque del servicio de mantenimiento y reparaciones tampoco se había presentado para reclamarlo. Luke decidió aprovechar la intimidad que le ofrecía la cabina y se encerró en ella para inspeccionar la información registrada en la tarjeta de datos.

La situación en el Cúmulo de Koornacht había sufrido una escalada que parecía haber producido un elevado nivel de precariedad. Fuerzas de la Nueva República se habían enfrentado a una flota yevethana en Doornik-319 mientras intentaban imponer el bloqueo, y docenas de aparatos de reconocimiento de la Flota habían sido destruidos durante una misión de penetración profunda. Cinco grupos de combate de una Quinta Flota expandida habían entrado en el cúmulo, y unidades más pequeñas estaban llevando a cabo una activa búsqueda de los antiguos astilleros imperiales.

Hasta el momento los yevethanos no habían respondido a las intrusiones, pero parecía inevitable que acabaran haciéndolo.

Mas la auténtica fuente de preocupación para Luke surgió con la primera confirmación de

que J't'p'tan —mencionado por su nombre de catálogo, FAR202019S— se había visto involucrado en los combates. El aparato de reconocimiento enviado allí había identificado un navio de impulsión yevethano en órbita antes de que sus circuitos fueran calcinados. Además, y aunque la sonda sólo había completado el treinta y cuatro por ciento del examen de superficie previsto, la destrucción de la comuna de los h'kigs, que según las estimaciones estaba formada por trece mil individuos, era considerada como «probable».

Como contrapeso a esa lúgubre perspectiva, al menos en parte, estaba el informe de Doornik-319 según el que los navíos de guerra yevethanos se estaban llevando a un gran número de rehenes de las colonias destruidas. Si los fallanassis no habían muerto en J't'p'tan, entonces se hallaban prisioneros de los yevethanos a bordo de una de las más de seiscientas naves de la flota de la Liga de Duskhan..., una flota que podía ser enviada en cualquier momento contra las fuerzas de la Nueva República que desafiaban la soberanía de Nil Spaar.

De repente Luke tuvo la extraña impresión de que su viaje a Koornacht parecía estar unido a la crisis que Leía estaba sufriendo en Coruscan!..., y además de una manera que no había previsto. Si Luke tenía un papel que jugar en lo que estaba a punto de ocurrir, el flujo de la Corriente señalaba hacia J't'p'tan y no hacia Coruscant. Quizá todo lo que había ocurrido formaba parte de un tapiz más grande que aún no había sido capaz de percibir. Pero incluso careciendo de esa posible nueva comprensión, Luke supo que tenía que seguir adelante y que no podía volverse atrás.

Con su bolsa de viaje y la de Akanah al hombro, Luke usó la calzada móvil para volver a Servicios Camino Estelar, donde las luces y sonidos que emanaban de los hangares le indicaron que algunas de las cuadrillas de mecánicos estaban terminando alguna reparación a base de horas extras en un enérgico intento de conseguir una bonificación. Unos minutos después, Notha Trome despertó de repente y de una manera bastante brusca de la siesta que había estado disfrutando en el suelo de su despacho de encargado.

—La nave de Li Stonn debe gozar de máxima prioridad —dijo en voz alta, como si se tratara de una revelación que le había visitado en sueños.

Un minuto después Notha Trome estaba repitiendo aquella afirmación delante del jefe de mecánicos.

—Quiero la mitad de la bonificación —se limitó a decir el jefe de mecánicos, aceptando el resguardo de ocupación del dique y llamando a la plataforma de remolque con una seña de la mano.

Luke, que estaba inmóvil delante del local, asintió para sí mismo y se sintió lleno de satisfacción. Después giró sobre sus talones y contempló el paisaje nocturno de Taldaak. Ya iba siendo hora de que encontrara a Akanah. Aún no había conseguido entender qué papel jugaba la joven en aquellos acontecimientos, pero la tumultuosa vida de Luke le había enseñado a respetar lo que en principio podía parecer una mera coincidencia. Por primera vez desde que se fue de Coruscant con Akanah, Luke creía que su destino y el de la joven estaban estrechamente unidos, y que fuera cual fuese el misterio que encerraba J't'p'tan estaba aguardándoles a los dos.

Akanah estaba inmóvil en la pasarela con la vista levantada hacia la esbelta curvatura del casco sobre el que estaba escrito el nombre de la nave, *Salto a la Alegría*, en una elegante letra azul. El *Salto a la Alegría* —un Fuego Celestial Twomi de seis plazas que poseía la silueta de un caza y los motores de una nave de carreras, y que había salido de la fábrica hacía apenas un año— era la mejor nave estelar que había en el puerto, por lo menos para los propósitos de Akanah.

Si se iba a marchar de Utharis —y si iba a dejar que Luke siguiera adelante por su cuenta—, el medio para hacerlo se encontraba delante de ella.

Akanah ya había estado a bordo y se había asegurado de que el sistema de ayuda al piloto se hallaba a la altura del resto del equipamiento de lujo. Descenso automático, autonavegación, rutinas especiales de emergencia para evitar colisiones con la superficie o con otros navíos, comprobaciones de despegue con asistencia vocal... A pesar de que había sido promocionada mediante una campaña publicitaria saturada de imágenes de peligros y aventuras, el modelo Fuego Celestial había sido diseñado para que quien lo pilotara se sintiese lo más cómodo y seguro posible nada más tomar los controles.

Y, lo que era todavía más importante, el *Salto a la Alegría* debería ser capaz de dejar atrás a cualquier otra nave del puerto, salvo quizá los cazas de morro achatado utilizados por la Patrulla del Sector de Utharis. Esa clase de velocidad podía resultar muy útil en una zona de guerra. Luke ya le había resumido los serios apuros por los que pasaría quien tuviera que

pilotar el *Babosa del Fango* en una situación de combate, y éstos eran lo suficientemente numerosos para haber hecho reflexionar muy seriamente a Akanah.

Dio un paso hacia la derecha y bajó la mirada hacia el lado del pozo. «Es una nave muy bonita —pensó, y suspiró—. Resultaría tan fácil hacerse con ella...»

Pero marcharse significaba abandonar la mayor parte de su propósito justo cuando tenía la meta a la vista pero aún no había logrado llegar a ella. Luke por fin se había abierto a ésta, y por fin empezaba a comprender y a cambiar. «Un poco más de tiempo... Lo único que necesito ahora es un poco más de tiempo.» Si estaba allí cuando llegara la siguiente prueba, tal vez podría ver la transformación. Luke estaba muy cerca del punto crucial: era consciente del fluir de la Corriente, casi podía leerla y ya casi estaba preparado para unirse a ella...

—Es una auténtica belleza, ¿verdad? —dijo un hombre, deteniéndose junto a ella.

El recién llegado se estaba limpiando las manos con un trapo, como si hubiera estado haciendo algún trabajo allí donde no se le podía ver.

Akanah había percibido su presencia unos momentos antes de que hablara, pero se permitió un rápido sobresalto de doncella asustada.

—¡Oh! No le había visto. Sí, es preciosa... Parece como si estuviera preparada para saltar al cielo en cualquier momento.

Ya había oscurecido, pero aun así Akanah pudo ver el resplandor de la sonrisa de orgullo que iluminó el rostro del hombre.

—¿Te gustaría verla por dentro?

Akanah, que ya había comprendido cuáles eran sus intenciones, se rió de él con una silenciosa carcajada mental.

—No creo que pueda —dijo—. He de volver a casa.

El hombre se inclinó sobre ella en una melodramática actitud de conspirador.

—¿Has hecho alguna vez el amor en el hiperespacio?

Esta vez Akanah no pudo contener la burbujeante risa de diversión que escapó de sus labios.

—Sí —dijo, y desapareció en la noche.

Los soportes de descenso de la lancha besaron las planchas de la cubierta de vuelo con tanta delicadeza que Plat Mallar apenas pudo sentir la vibración por debajo de él.

—Contacto —dijo, subiendo el brazo hacia el panel de control auxiliar—. Agarraderas activadas. Sistemas en modalidad de espera. Desconecto los motores.

—Muy bien —dijo el piloto de supervisión—. Ya es suficiente por hoy. Sal de ahí y te daré tu puntuación, Mallar.

Mallar abrió el cierre del doble arnés con un suspiro de alivio y un enérgico tirón de sus dedos. Después se levantó del sillón de vuelo y fue hacia la compuerta de salida, que se encontraba en la parte de atrás de la cabina del simulador.

Acababa de llevar a cabo su décimo ejercicio de aquella sesión y el decimoctavo del día, que había consistido en una aproximación y descenso imaginarios sobre la cubierta de vuelo número dos del transporte *Alado*. Su traje de vuelo goteaba transpiración, le dolían los hombros y tenía los pies casi insensibles debido a su largo confinamiento dentro de unas botas de vuelo que todavía no había conseguido domar.

La lancha era el más grande de los dos tipos de aparatos utilizados para los desplazamientos internos en la formación de navíos de combate, y era el que le había dado más trabajo antes de dejarse dominar. Las dimensiones de un esquife eran similares a las de un ala-X o un interceptor TIE, y Plat Mallar apenas había tenido ninguna dificultad a la hora de meterlo y sacarlo del no muy espacioso recinto de una cubierta de combate. Pero una lancha tenía dos veces y media la longitud de un esquife y todo un metro de altura más, y Plat había chocado con dos alas-E simulados y había sufrido tres colisiones con el techo de la cubierta antes de que sus reflejos se adaptaran a las nuevas condiciones de pilotaje.

—Es como volver a pasar por la adolescencia —había murmurado para sí después de conseguir que la carlinga se estremeciese violentamente por cuarta vez.

Pero el último ejercicio le había dejado lo suficientemente satisfecho como para permitirle disfrutar del descanso. Se detuvo al comienzo de la escalerilla del simulador para quitarse el casco, y después pasó la pierna por encima del soporte y se dejó deslizar a lo largo de las barandillas, apoyándose en ellas con los talones. El piloto de supervisión, el teniente Gulley, le estaba esperando al final de la escalerilla.

—¿Y bien?

—Cuando no estás haciendo agujeros en los mamparos no se te da demasiado mal —dijo

Gulley—. Voy a considerarte cualificado para entrar en el servicio de esquifes. Vuelve cuando no tengas ninguna misión y dedica unas cuantas horas más a trabajar la lancha. Quizá podrías hacer autostop conmigo o con el Tuerto durante unos cuantos trayectos, y eso me permitiría considerarte cualificado para pilotar lanchas antes de que haya pasado mucho tiempo.

—¿Hemos acabado? —preguntó Plat mientras el teniente Gulley le entregaba su disco de identificación, que ya había sido puesto al día con las últimas actualizaciones de su historial.

—A partir de ahora estás de servicio —dijo Gulley—. Baja a la Cubierta Azul y preséntate al controlador de vuelos. Tu primer pasajero debería estar allí para cuando llegues.

Una sonrisa iluminó el rostro de Mallar.

—Sí, señor —dijo mientras saludaba—. Gracias, señor.

Después Mallar fue corriendo por los pasillos, con el casco de vuelo firmemente sujeto debajo del brazo izquierdo, hasta que dobló una esquina y estuvo a punto de chocar con un mayor de estómago bastante abultado.

—¿Estamos en alerta de combate, piloto?

Plat logró detenerse sin tambalearse demasiado, giró sobre sus talones y saludó.

—No, señor.

La reprimenda que siguió a su contestación le hizo perder varios minutos, pero no consiguió ensombrecer lo más mínimo su estado de ánimo. Mallar enseñó su identificación en la ventanilla del controlador y recibió la llave activadora del esquife 021; luego cruzó corriendo la cubierta de vuelo hasta el lugar en el que estaba atracado. Después se quedó inmóvil y lo contempló con incredulidad durante unos momentos que le parecieron interminables.

—¿Hay algún problema?

Plat, que había reconocido la voz, se apresuró a girar sobre sus talones.

—Coronel Gavin... Ninguno, señor.

—Pues entonces en marcha —dijo Gavin, pasando junto a Plat y haciendo girar el cierre de la compuerta—. Soy su pasajero..., y tengo una cita a bordo del *Potaron*.

Plat llevó a cabo las comprobaciones previas con el máximo cuidado posible, dirigió lentamente el E-201 hacia la zona de despegue y lo lanzó al espacio. Después captó la señal de localización del *Potaron*, hizo virar el esquife hacia el vector de intercepción y fue acelerando poco a poco y sin brusquedades hasta alcanzar la velocidad prescrita.

—¿Es esto lo que quería, hijo? —preguntó Gavin, inclinándose hacia adelante en su sillón de vuelo.

—Sí, señor. Gracias por la oportunidad.

—Ya sabe que un esquife de la flota no tiene sistemas de puntería. A bordo de esta nave no hay nada que pueda hacer arder la sangre y alimentar ese anhelo de venganza que siente.

—Ya lo sé, señor —dijo Plat—. Pero el que yo esté aquí permite que un piloto más experimentado esté sentado dentro de una carlinga en la que sí hay sistemas de puntería y los botones de disparo que los acompañan. Cuando llegue el momento, y si lo mira desde cierto punto de vista, entonces todo lo que haga ese piloto... Bueno, digamos que lo que haga lo estará haciendo por mí.

Gavin asintió.

—Exacto, y ése es precisamente el punto de vista correcto.

El coronel se recostó sobre los cojines especiales antiaceleración, echó un vistazo a su comunicador especial del sistema de mando y después volvió la mirada hacia la ventanilla lateral para contemplar el *Intrépido*, que ya estaba encogiéndose rápidamente por detrás de ellos.

—Oh, hay otra cosa que vale la pena recordar —siguió diciendo—. Pilotar esta nave le permitirá acumular un montón de tiempo de carlinga: un solo turno de misión significa más horas de las que acumulan la mayoría de pilotos en una semana entera. Antes de que se haya dado cuenta, quizá descubra que se ha convertido en uno de esos pilotos más experimentados de los que me hablaba antes. —Plat casi pudo oír la sonrisa de Gavin cuando volvió a hablar—. Pero reserve las maniobras complicadas para el simulador, ¿de acuerdo? No quiero que nadie venga a informarme de que mis pilotos de esquife han estado practicando el repertorio de maniobras de combate mientras iban de una nave a otra.

Plat Mallar sonrió.

—No lo olvidaré, coronel.

Han no sabía si era debido al descuido o al infinito desprecio que todos los yevethanos parecían sentir hacia quienes no pertenecían a su raza, pero cuando llegó el momento de trasladarlo desde la prisión de superficie a la sentina del *Orgullo de Yevetha* no fue ni vengado

ni reducido a la inconsciencia.

Sus captores se limitaron a atarle las muñecas a una barra metálica que colocaron detrás de sus caderas, y le asignaron una escolta formada por dos imponentes *nitakkas* yevethanos. Después sus guardias condujeron a Han a través de un laberinto de corredores y cámaras hasta llegar a una espaciosa calzada en la que estaba esperándoles un transportador que parecía una gran caja provista de tres ruedas.

Las ventanillas del transportador estaban abiertas, y eso permitió que Han pudiera ver todos los detalles de cuanto le rodeaba e intentara grabar en su memoria cuanto vio: la carretera que unía el complejo en el que había estado prisionero con el puerto, los signos escritos sobre la puerta que se cerró detrás de ellos, el diseño y funciones de los otros vehículos que compartían la carretera con el suyo, la arquitectura y distribución de los edificios junto a los que pasaron...

También estudió los rostros y el físico no sólo de los guardias, sino también del guardián de la puerta, el conductor del vehículo y cualquier peatón yevethano al que pudiera contemplar durante el tiempo suficiente. Con la ayuda de aquellos ejemplos, Han empezó a hacer algunos progresos en el difícil arte de distinguir a un yevethano de otro.

Al mismo tiempo, su siempre activa mente estaba investigando la efectividad de sus ataduras. La similitud con el banco de la sala de audiencias le impulsó a preguntarse si aquel método habría sido diseñado para la fisiología yevethana, porque parecía como si la barra metálica tuviera como función impedir que la letal garra del brazo llegara a emerger o volverla inútil en el caso de que ya estuviera extendida.

Pero la efectividad de la barra dependía de que el prisionero no pudiera hacerla pasar por debajo de sus pies o, simplemente, fuera capaz de deslizar una muñeca hasta el extremo y dejarla libre. La fisiología yevethana tal vez no permitiera ninguno de esos movimientos, pero Han estaba seguro de que la fisiología humana sí lo permitiría incluso en su caso, que se encontraba bastante alejado de la flexibilidad y la agilidad ideales. No puso a prueba su teoría inmediatamente, pero la idea de que podía liberarse las manos cuando quisiera y —como premio extra— usar la barra en calidad de arma le dio nuevos ánimos.

Su nuevo optimismo sólo duró hasta que llegaron al espaciopuerto, donde el transportador fue recibido por más guardias y uno de los yevethanos que habían estado presentes en la ejecución de Barth. Nada más ver a Han, aquel yevethano empezó a ladrar una retahíla de secas órdenes y abofeteó ferozmente el rostro de uno de los guardias. Otro guardia se colocó casi inmediatamente detrás de Han y rodeó sus brazos con una especie de gruesa tira de cuero justo por encima de los codos. En cuanto la tira hubo quedado asegurada, la fuga que Han había estado planeando se volvió totalmente imposible.

—Un descuido comprensible, pero muy peligroso —le dijo el yevethano en básico. Su dicción era excelente, y la exagerada fluidez con que dominaba el lenguaje resultaba casi irritante—. Los guardias del palacio no están acostumbrados a manejar prisioneros humanos.

Ese mismo yevethano abrió la marcha sobre el rugoso pavimento de la pista del espaciopuerto y fue hacia una lanzadera imperial del tipo Delta que les aguardaba sobre sus soportes de descenso. Han se sorprendió al ver que los dos yevethanos que ya estaban sentados en la carlinga llevaban las mismas ropas que los demás: no se habían puesto un traje de presión, y ni siquiera llevaban casco. Han archivó ese hecho en su mente mientras entraba en el espartano compartimento de pasajeros.

Un guardia y el yevethano que hablaba su idioma entraron en el compartimento después que él, y Han comprendió que iba a tener un par de compañeros de viaje. El guardia se sentó a su lado en el largo banco de babor, y el yevethano que parecía ocupar un alto cargo tomó asiento delante de Han.

—Soy Tal Fraan, guardián personal del virrey.

—Estoy seguro de que tu madre se siente muy orgullosa de ti —dijo Han.

La escotilla fue cerrada y asegurada desde el exterior, y el suave zumbido de los motores se incrementó bruscamente al pasar del punto muerto a la activación. La irreprochable fluidez del sonido —que indicaba un nivel de eficiencia muy superior al habitual en los motores imperiales— hizo que Han cayera en la cuenta de que parecían estar en unas condiciones de mantenimiento impecables.

Tal Fraan abrió la boca y dejó escapar un siseo que Han pensó tal vez fuera una carcajada.

—¿Has disfrutado pensando que quizá podrías escapar?

Han no dijo nada y dirigió su mirada hacia la ventanilla mientras la lanzadera empezaba a subir por el cielo.

—¿Sabes que no tenemos prisiones? —siguió diciendo Tal Fraan—. En una ciudad de más de un millón de habitantes y en un planeta de casi setecientos millones de habitantes, no hay ni

una sola cárcel, penitenciaría o recinto de detención yevethano. No necesitamos esas cosas. En nuestro lenguaje no existe ningún equivalente a palabras humanas como «convicto» o «encarcelar».

—Supongo que ésa es una de las ventajas de la ejecución sumaria, y no entiendo por qué se la suele pasar por alto —dijo Han—. Permite mantener un nivel de impuestos muy bajo, ¿eh?

—Qué gran verdad —dijo Tal Fraan, no pareciendo darse cuenta del tono irónico que había empleado Han—. El que hayáis decidido asegurar el sustento de quienes os han hecho daño me tuvo muy perplejo durante algún tiempo.

—Pero la sorpresa no puede haber sido total —replicó Han—. El sitio al que nos llevasteis me recordó mucho a una prisión.

—Aquellos a los que llamáis imperiales remediaron esa falta de experiencia por nuestra parte —dijo Tal Fraan—. La celda en la que se os mantuvo encerrados mientras estabais en el gran palacio fue construida por los supervisores imperiales durante la ocupación. Y las naves imperiales también están muy bien equipadas en ese aspecto, como no tardarás en ver.

—Si esto sólo es un recorrido turístico de buena voluntad, podrías ahorrarte las molestias —dijo Han—. Ya he visitado un centro de detención imperial.

—Sí, lo sé —dijo Tal Fraan—. He estudiado vuestro pasado. He aprendido muchas cosas de él. Así es como hemos llegado a saber cuan importante eres para tu pueblo. Hay muchas historias sobre ti, Han Solo..., más de las que se cuentan sobre cualquier yevethano, el virrey incluido. Me pregunto por qué lo permites. —Después guardó silencio durante unos momentos antes de seguir hablando—. Estudiar vuestro pasado también nos permitió llegar a saber que el teniente Barth no era importante. No había ni una sola historia sobre su vida y sus heroicidades. No me sorprendió en lo más mínimo ver cómo permitías que muriese.

La ira abrasadora que se adueñó de Han al oír aquellas palabras fue tan intensa que se impuso a cualquier decisión de no tomar parte en el juego de Tal Fraan que pudiera haber adoptado anteriormente.

—Hijo de perra... Crees entendernos, pero en realidad no tienes ni idea de cómo somos —dijo secamente—. Lo que le hicisteis a Barth le ha convertido en alguien muy importante para nosotros..., de la misma manera en que lo que le hicisteis a todos esos colonos esparcidos por el Cúmulo de Koornacht hizo que se volvieran muy importantes para nosotros. No somos como vosotros, porque nosotros no nos olvidamos de nuestros muertos. Ésa es la razón por la que nuestra flota no se ha marchado.

Dejando aparte un leve temblor de sus protuberancias frontales, Tal Fraan no mostró la más mínima reacción exterior ante el estallido de furia de Han.

—Tengo una pregunta muy interesante que hacerte, Han Solo —dijo después—. ¿Crees que tu compañera estaría dispuesta a disparar a través de tu cuerpo para matar a mi señor?

—Ah... ¿Se trata de eso, entonces? ¿Es ésa la razón por la que estoy siendo trasladado a otro sitio? —Han volvió los ojos hacia el cielo, que se iba oscureciendo rápidamente alrededor de la lanzadera, y contempló el magnífico despliegue de estrellas que perforaban el telón de negrura con su resplandor—. Cuando puedas responder a esa pregunta sin necesidad de mi ayuda, guardián, entonces realmente por fin nos comprenderás tan bien como crees entendernos ahora.

—Veo que prefieres mostrarte evasivo —dijo Tal Fraan—. ¿Tan desagradable te resulta la respuesta?

—No tengo gran cosa que decirte, así que procuraré ser rápido —murmuró Han, apoyando la espalda en el banco y volviéndose hacia el yevethano para fulminar a Tal Fraan con una mirada llena de silenciosa furia asesina—. Cuando llegue tu última mañana, y llegará más pronto de lo que piensas, espero que el destino te conceda un momento para comprender que tú eres el único culpable de todo lo que te ha ocurrido.

—Eres muy amable al mostrar tanta preocupación por mí —dijo Tal Fraan, asintiendo y sonriendo generosamente—. Tendremos que volver a hablar. Me has sido de gran ayuda.

Y mientras Han apretaba los dientes hasta hacerlos rechinar, la mirada de Tal Fraan fue más allá de él y acabó posándose en el ventanal para contemplar la gigantesca silueta del Destructor Estelar *Orgullo de Yevetha*, que acababa de hacerse visible en aquel mismo instante.

—Qué navio tan espléndido... Su visión todavía es capaz de acelerarme el pulso —dijo sin tratar de ocultar el orgullo que sentía—. El virrey ha sido muy bondadoso contigo al permitir que se convirtiera en tu nuevo hogar, y deberías sentirte honrado por ello.



Desde el momento en que supo adonde le llevaban, Han se había imaginado que acabaría teniendo que enfrentarse a la soledad más absoluta en una de las diminutas celdas de aislamiento de un bloque de detención imperial. Un Destructor Estelar de la clase Súper contaba con seis de esos bloques de detención únicamente para mantener la disciplina interna entre la tripulación, y además disponía de diez bloques de alta seguridad adicionales para los enemigos que hubieran sido hechos prisioneros.

Pero Han se llevó una considerable sorpresa al ver que los cuatro guardias de su escolta dirigían sus pasos hacia una parte distinta de la nave y hacia una clase de prisión igualmente distinta. Tres de las zonas de carga de la nave habían sido diseñadas para poder transportar a un gran número de esclavos, refugiados o prisioneros de guerra sin que su presencia supusiera un peligro para la seguridad del Destructor Estelar. Situadas junto a los gigantescos hangares de atraque utilizados por las lanzaderas del SDE, cada una de aquellas áreas estaba equipada con el mínimo de instalaciones de mantenimiento vital —sistemas de ventilación y dispensadores de agua y comida— que se consideraba suficiente para un millar de personas.

La zona de carga a la que llevaron a Han, la número dos, no acogía ni con mucho ese número de ocupantes. Han la recorrió con la mirada, y enseguida vio que no habría más de cien prisioneros sentados a lo largo de las paredes o acostados sobre las duras planchas metálicas de la cubierta.

La mayoría prestaron muy poca atención a su llegada o ni siquiera se enteraron de ella, pero un pequeño grupo compuesto por unos veinte prisioneros formó un gran círculo irregular alrededor de Han mientras iba hacia uno de los dispensadores de agua. Había más de media docena de especies representadas en el círculo, y todas le contemplaron con una mezcla de suspicacia y vaga curiosidad.

—¿De qué mundo eres? —preguntó una mujer bastante joven que vestía un caftán medio chamuscado al que las llamas habían vuelto de un color marrón oscuro.

Han pensó que la mujer era o humana o de Ándale; su cabellera estaba tan revuelta y enmarañada que podía cubrir por completo los pequeños cuernos que distinguían a aquella raza, y el caftán era lo bastante holgado para ocultar los injertos de simbiosis.

—De Coruscan! —dijo Han—. ¿Y tú?

—Trabajaba en la mina de folikita número cuatro de la explotación morathiana de Elcorth.

Los demás empezaron a formar corro a su alrededor a medida que iban recitando sus respuestas.

—Taratan, de los kubaz, del nido de Campana de la Mañana...

—Soy Brakka Barakas, dothmir de Nueva Brigia...

—*Bek nar wala e lthak e Gotoma*...

—Fogg Alait, asignado a Polneye...

—Mis hermanos del L'at H'kig me llaman Noloth...

—Yo vivía en Kohjash. Soy conocida como Jara ba Yira...

—¡Oh, por todas las estrellas! —exclamó Han, girando lentamente sobre sus talones mientras levantaba las manos como si quisiera apartarlos—. ¿Es que aquí hay supervivientes de todos los mundos colonizados?

—Todos nuestros hogares fueron atacados por las esferas plateadas —dijo la mujer que había hablado primero—. ¿Somos los únicos supervivientes?

—¿Durante cuánto tiempo tendremos que permanecer aquí? —preguntó Noloth.

—¿Cree que podremos volver pronto a casa? —preguntó un esbelto alienígena que no había hablado hasta aquel momento.

Han recorrió sus rostros con la mirada.

—No lo sé —tuvo que confesar—. Me encuentro en la misma situación que vosotros, y no tengo ni la más mínima idea de qué está ocurriendo ahí fuera.

Los días inmediatamente siguientes a la presentación ante el Senado de una petición de falta de confianza dirigida contra la presidenta Leia Organa Solo, estuvieron llenos de la clase de momentos que hacían que Hiram Drayson se tirase de los pelos ante la mera idea de dejar el gobierno en manos de los civiles.

Después de la votación del Consejo de Gobierno, tanto la Inteligencia de la Flota como la Inteligencia de la Nueva República intervinieron rápidamente para evitar que la noticia de que Han había sido capturado por los yevethanos fuera difundida junto con la petición. Despojada del argumento en que se apoyaba por los sellos de ALTA SEGURIDAD en letras azul y plata, la petición tendría que haberse hundido en el olvido unos instantes después de haber sido presentada.

Pero un Consejo de Gobierno nunca había emitido un juicio semejante contra la presidencia

del Senado con anterioridad, y el mero hecho de la novedad bastó para otorgar a la petición una seriedad que no se merecía. La amenaza de enfrentarse a un procesamiento por violación de las normas de seguridad demostró ser totalmente ineficaz a la hora de detener la oleada de rumores y filtraciones que florecieron para llenar el vacío informativo.

En sólo doce horas, los filtros de información de Drayson habían recogido una copia sin censurar de la queja original de Beruss, una entrevista anónima con uno de los pilotos de la escolta de la *Tampion* e incluso una grabación holográfica que afirmaba mostrar «comandos» Jedi mientras se estaban entrenando para una inminente misión de rescate. Cuando la Global de Coruscant abrió su paquete de información de la mañana con un reportaje titulado «¿Dónde está Han Solo?» y la Red de Noticias de la Nueva República respondió con «La guerra personal de la princesa Leia», Drayson supo que la batalla estaba perdida.

—Tal como están las cosas, quizá sería mejor que difundieran toda la información sobre Han de que disponen actualmente —le dijo a Ackbar—. El silencio oficial y las negativas están empezando a parecer meras admisiones de que hay algo que ocultar. Leia debería estar ahogándose bajo un diluvio de manifestaciones de simpatía provocadas por la situación de Han..., pero con Borsk Fey'lya filtrando todo aquello a lo que puede echar mano y Doman Beruss autonombrándose campeón del derecho del público a «saberlo todo», sus acciones están cayendo en picado.

—La he apremiado a adoptar ese curso de acción —dijo Ackbar—. Pero está protegiendo a los niños, ¿comprende? Sus hijos siguen sin saber qué le ha ocurrido a su padre.

—Eso no puede durar mucho más tiempo.

—Leia está decidida a evitar que tengan que cargar con el peso de la verdad —dijo Ackbar, meneando la cabeza—. Les ha dicho que Han está llevando a cabo una misión secreta en su nombre, y que no deben creer ninguna otra cosa que puedan llegar a oír. Y además Winter los mantiene alejados de cualquier persona o cosa que pueda contradecir la versión de Leia.

—Los niños no son estúpidos —dijo Drayson—. Y particularmente esos niños, por supuesto... Supongo que ya saben bastante más de lo que se imagina su madre.

—No me sorprendería —dijo Ackbar—. Pero hasta que los acontecimientos la obliguen a actuar de otra manera, Leia está decidida a proteger a los niños de las consecuencias que tendría el que supieran que su padre se ha convertido en un prisionero de guerra..., y le he prometido que apoyaré esa ficción.

Drayson, frustrado y disgustado, se retiró a su despacho privado para enfrentarse al cada vez más voluminoso catálogo de mensajes, despachos de las redes, grabaciones de comunicadores y pintadas electrónicas compilado para su examen por los filtros Maxwell que galopaban por entre la frenética actividad de los canales de comunicaciones del planeta. Más avanzada la tarde, empezaron a llegarle los informes enviados por sus contactos en el complejo del palacio y los cuarteles generales de la Flota.

A esas alturas Drayson ya había tomado una decisión sobre lo que se necesitaba para cambiar el talante y el contenido general de la consciencia pública y privada. Las notas que había escrito a toda prisa para sí mismo contenían frases del estilo de *Hay que borrar la percepción de que estamos ante un acto de egoísmo y sustituirla por la realidad de un acto altruista. Esta crisis debe llegar a adquirir otra cara.*

Drayson dedicó la hora siguiente a examinar los expedientes personales de las bajas producidas durante la batalla de Doornik-319, y escogió cuatro de ellos —los de un matrimonio de pilotos del crucero *Libertad*, el de una encargada de hangar que había muerto mientras intentaba sofocar el incendio producido a bordo del *Audaz* y el del hassariano que capitaneaba la nave *Trinchera*— para repasarlos con más calma posteriormente.

Cada historia tenía un poderoso gancho emocional. Pero su efectividad a la hora de desviar la atención de Leia y Han quedaría un tanto mermada por el hecho de que, al salir a la luz pública cuando la crisis se hallaba tan avanzada, la responsabilidad de las cuatro muertes podía ser atribuida tanto a las acciones de Leia como a las de Nil Spaar. La tragedia resultaba obvia, pero el que los yevethanos fueran culpables de ella no lo resultaba tanto.

En consecuencia Drayson acabó dejando a un lado los expedientes de las bajas y cogió sus carpetas de datos concernientes a las ocho colonias destruidas en el Cúmulo de Koornacht, que incluían la documentación sobre toda aquella devastación obtenida por las sondas. Drayson evaluó las frías realidades del parentesco emocional y enseguida comprendió que la identificación más fácil que se podía esperar se produciría en el caso de los brigianos humanoides, los diligentes y esforzados mineros morathianos de Elcorth y los habitantes de Polneye, cuya apariencia era prácticamente humana.

Lo que, finalmente, hizo que Drayson volviera al mismo sitio al que sus instintos ya le

habían dicho que debía dirigirse varias horas antes..., al joven superviviente grannano de Polneye, Plat Mallar. Habría sido preferible que Mallar fuese humano, desde luego, y que las asociaciones históricas de Polneye se hubieran dirigido hacia la Alianza en vez de hacia el Imperio, pero aquellos eran problemas que podían ser resueltos si se los abordaba de una manera suficientemente decidida.

La única pregunta que aún quedaba por responder era qué suministrador de noticias iba a verse beneficiado por la gran exclusividad que Drayson se disponía a envolver en papel de regalo. A lo largo de los años el jefe de Alfa Azul había cultivado relaciones mutuamente útiles con productores comprensivos de organizaciones de noticias de todos los tamaños, pero hasta entonces eran muy pocas las veces en que el material había alcanzado tal nivel de delicadeza y había tantísimas cosas en juego. Drayson necesitaba a alguien que no sólo debía ser capaz de establecer el tono emocional adecuado para que luego éste fuera imitado por todos los reporteros de segunda que se unirían a la carrera informativa, sino que ese alguien también debía tener el valor necesario para correr el riesgo de enfrentarse a una orden de cierre —e incluso a la confiscación de las instalaciones del estudio— a cambio de poder ser el primero en revelar una gran historia.

Al final, todo acabó reduciéndose a elegir entre una vieja amistad y una joven idealista, y Drayson terminó decidiéndose por la segunda opción.

—Mensaje abierto al *Monitor de la Vida*, codificado y protegido —dijo—. Personal a Cindel Towani. Aquí su servicio de compras. Deseo informarla de la existencia de una oferta especial de disponibilidad limitada que requiere su firma...

La edición inicial del número sesenta y dos del *Monitor de la Vida* llegó a las manos de unos cien mil suscriptores escasos, y Belezaboth Ourn, cónsul extraordinario de los paqwepori, no se hallaba entre ellos.

Pero el jefe de producción del *Carroñero del Capitolio* sí figuraba entre esos cien mil suscriptores, y una hora después una conexión cruzada con el artículo de Towani autorizada mediante la licencia comercial habitual ya aparecía en la lista de noticias importantes del CC. Eso hizo que la historia de Plat Mallar atrajera la atención de casi medio millón de espectadores más, entre los que estaban el primer productor del turno de noche de *Amanecer* y el corresponsal para el Senado del programa *Convocatoria*.

A partir de ahí, la historia fue recogida por la Global de Coruscant y la Principal de la Nueva República..., con las dos grandes redes de noticias haciendo la mínima referencia posible a Cindel Towani pero, aun así, emitiendo la porción audiovisual de su reportaje sin ninguna clase de cortes. Al amanecer, la conmovedora súplica que Mallar había lanzado en nombre de los habitantes de Polneye había llegado a más de cuarenta millones de oídos en Coruscant y había recorrido los senderos de la hipercomunicación para ser conocida en ochenta mil mundos más de la Nueva República.

Al mediodía incluso había llegado hasta un Ourn que se sentía cada vez más abatido y desesperado.

Tanto la tripulación del *Madre de las Valkirias* como su personal consular le habían abandonado a su destino hacía ya mucho tiempo. Uno a uno, todos habían ido reconociendo el fracaso y la futilidad de su misión y habían desaparecido, adquiriendo billetes lo más baratos posible para volver a Paqwepori gracias a las cuentas de crédito de sus familias o mediante los ingresos obtenidos vendiendo el equipo y los suministros de la misión consular en aquellos puestos del mercado donde nadie pedía nombres. Cathacatin, el reproductor-criador licenciado, había sido el último en partir, y antes de marcharse había sacrificado a los ya muy escasos pájaros toko que todavía quedaban con vida porque no quería ver cómo padecían las consecuencias de su abandono.

La presencia continuada de Ourn en el albergue diplomático era estrictamente una cortesía, pues ya no poseía ni la situación ni los recursos necesarios para exigir una habitación, y mucho menos toda una vivienda. Para empezar, el *Madre de las Valkirias* fue vendido a un chatarrero en una subasta obligatoria. Después la mitad de la conexión de crédito de la misión consular fue confiscada por las autoridades portuarias en concepto de pago parcial de las tarifas de atraque pendientes de cobro. Como última humillación, el nombramiento de Ourn fue revocado por el mismísimo Ilar Paqwe en persona, y la cuenta diplomática fue cancelada.

No contento con todo eso, el aviso de destitución también le aconsejaba que evitara nuevas vergüenzas a sus padres no volviendo a poner los pies en los dominios de los paqwe.

Desde entonces Ourn se había aferrado más desesperadamente que nunca a la frágil ramita de esperanza representada por la promesa de Nil Spaar y el transmisor secreto

yevethano. Si el virrey conseguía calmar a sus pares de N'zoth y le entregaba el navio de impulsión tal como había prometido que haría... Sí, entonces Ourn no sólo podría reconstruir su reputación destrozada en el hogar, sino que tendría a sus pies a cien generales y quinientos senadores que le suplicarían una oportunidad de estudiar la nave yevethana.

Ourn siguió aferrándose a esa esperanza de una manera totalmente irracional y se dedicó a seguir con obsesiva atención los noticieros de las redes y los cotilleos de los patios del albergue en busca de los fragmentos más infinitesimales de información, obligándose a creer que el próximo mensaje que enviara le permitiría ganarse la confianza de los yevethanos y, con ella, la recompensa a la que tenía derecho.

Pero cuando vio las historias sobre cómo Plat Mallar había escapado por muy poco de morir en Polneye y presencié la muerte del capitán Llotta en Campana de la Mañana, esa esperanza se evaporó por fin. No había forma de seguir rehuyendo la verdad: las hermosas esferas plateadas también eran unos navíos de guerra altamente mortíferos, y Nil Spaar jamás recibiría el permiso necesario para entregar una de ellas a Belezaboth Ourn.

—Ah, si la paz hubiera durado un poco más de tiempo —dijo con voz llena de resignación en el silencio y la soledad de su habitación—. Si la princesa no hubiera sido tan tozuda... La princesa Leia ha conseguido que perdiera cuanto poseía. —Cogió la caja negra del hipercomunicador y la hizo girar entre sus manos—. Así que quizá le reclame mi pago a ella. Puede que este juguete valga más que las palabras que han pasado por él.

Había mil cosas que Leia hubiese debido estar haciendo, y su energía podía ser utilizada de mil maneras mejores que para flanquear un camino de jardín con la resplandeciente blancura de los capullos de sasalea, aquellas bolas aromáticas del tamaño de uno de los puños de Anakin que acababan de llegar de los planteles. Era un trabajo que podía ser llevado a cabo por un androide, y una clase de trabajo que el encargado de la residencia habría hecho encantado en cuanto llegara la mañana.

Pero ninguna de todas esas otras cosas que Leia hubiera podido estar haciendo aquel anochecer poseía la mitad del atractivo que encerraba sumergir las manos en la tierra fresca y húmeda, desmenuzándola entre sus dedos y acunando delicadamente cada planta de sasalea para acomodarla en su nuevo hogar. En un día en el que nada de cuanto había intentado hacer se había rendido a sus esfuerzos, enfrentarse a una labor donde todos los elementos se hallaban bajo su control —azada y tierra, tallo y brote— resultaba intensamente gratificante. Plantar sasaleas unía de una manera perfecta su idea, su tiempo, su trabajo, su triunfo y su satisfacción personal.

Era un triunfo muy pequeño que sólo traía consigo una transformación menor de un paisaje minúsculo, pero aun así era un bálsamo para todo su ser porque le confirmaba que, al final del día, seguía siendo dueña de su propio mundo. «Si no crees que lo que haces tiene alguna importancia, resulta terriblemente difícil levantarse por la mañana.»

—Princesa...

Leia, sorprendida, alzó la mirada de su trabajo para dirigirla hacia el lugar del que había llegado la voz.

—Tarrick. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ha venido alguien que... Bien, de hecho está en la puerta y... He pensado que tal vez querría verle —dijo Tarrick—. Se presentó en el despacho a primera hora de esta tarde, y como parecía el típico buscador de favores nos libramos de él metiéndolo en la lista de rotación eterna habitual. El caso es que volvió, pero la segunda vez fue bastante más claro. Lo enviamos a ver a los topos. Cuando Collomus y su gente acabaron de hablar con él, todos estuvimos de acuerdo en que usted debía oír lo que tiene que decir.

Leia se incorporó y se quitó la tierra de las manos.

—Bueno, has conseguido despertar mi curiosidad —dijo después—. Deja que entre.

El visitante era un paqwe, un alienígena corpulento, no muy alto y de piel verde amarillenta que se movía con un curioso caminar contoneante. Vestía un traje de recepción ceremonial ya bastante maltrecho, y despedía un fuerte olor a sales amargas.

—¡Princesa Leia! Es un gran honor. Soy Belezaboth Ourn, cónsul y asesor extraordinario de los paqwepori. —Tarrick, que se había quedado inmóvil detrás de él, movió la cabeza en una lenta y exagerada sacudida—. Le agradezco que haya dedicado unos momentos de su tiempo a recibirme.

—Sí, sí —dijo Leia con visible impaciencia—. ¿Qué quiere?

—No se trata de lo que quiero, sino de lo que puedo ofrecer. Creo que podemos ayudarnos el uno al otro, princesa —dijo Ourn, dando otro paso hacia adelante—. Cierta grupo político le

está creando muchos problemas, ¿verdad? Se dice que habrá guerra. Tal vez disponga de alguna información que podría serle de utilidad.

—Ya es un poco tarde para los juegos de palabras. Sea preciso. ¿De qué información me está hablando?

—No se trata exactamente de información —dijo Ourn—. Más bien es un objeto, ¿comprende? En cuanto a cómo puede utilizarlo y lo que puede llegar a averiguar gracias a él... Bueno, eso es usted quien tiene que descubrirlo. Pero yo puedo ponerlo en sus manos y contarle todo lo que sé.

—Y ese objeto es...

Ourn sacó una pequeña caja negra de un bolsillo oculto entre los pliegues de su vestimenta.

—Es una forma de enviar mensajes a N'zoth..., a Nil Spaar. De manera totalmente indetectable y sin que nadie pueda seguir su rastro. Mediante qué magia lo hace, es algo que mi ingeniero no ha conseguido averiguar. Pero usted cuenta con muchos científicos... Ellos lo descubrirán para usted.

Esta vez le tocó el turno a Leia de dar un paso hacia adelante.

—¿De dónde lo ha sacado?

—Me lo entregó el virrey. Su nave destruyó la mía, ¿recuerda? En Puerto del Este, el día en que se fue... Nil Spaar prometió devolverme lo que había perdido por su culpa, pero nunca pensó cumplir su promesa.

—¿Le dio esta caja antes de irse?

—Eh... Sí, por supuesto.

—¿Y usted se ha mantenido en contacto con Nil Spaar desde que se fue?

—Sólo para recordarle su promesa... —Ourn cayó en la cuenta de todas las contradicciones con las que estaba tropezando y se calló—. Habíamos llegado a un acuerdo, y Nil Spaar ha faltado a él. Ahora la ayudaré.

—¿Y cómo ayudó a Nil Spaar? ¿Espionando para él?

Ourn tragó saliva nerviosamente e intentó sonreír.

—Vamos, vamos, princesa... ¿Cuántos secretos puede llegar a conocer alguien como yo? Ninguno. Fingí. Le engañé...

Leia recorrió la distancia que se interponía entre ellos de una sola y veloz zancada.

—He perdido a mi esposo por su culpa —dijo, y adoptó una postura de combate Jedi.

Un solo golpe bastó para reducirlo al silencio, otro hizo que cayera de rodillas y un último golpe dejó a Ourn inconsciente en el suelo. Leia dejó escapar el aliento que había estado conteniendo en un prolongado suspiro de satisfacción, se irguió y miró a Tarrick, que todavía no entendía qué había ocurrido.

—Gracias, Tarrick —dijo con afable jovialidad mientras flexionaba las manos delante de ella—. Creo que esta noche quizá conseguiré dormir un rato.

A la mañana siguiente, el foco invisible que indicaba el centro alrededor del que giraba el interés general de la reunión de estrategia quedó dirigido hacia los dos jefes de inteligencia, cada uno de los cuales había sido inesperada y desagradablemente sorprendido por los acontecimientos del día anterior..., que además los habían dejado en una situación profesional un tanto incómoda.

Para el almirante Graff, el jefe de Inteligencia de la Flota, el problema consistía en explicar cómo era posible que la grabación obtenida por Mallar y los hologramas fijos de la destrucción de Polneye hubieran escapado a la custodia de la Flota. Graff también tenía que responder por un segundo, y aparentemente independiente, fallo de seguridad relacionado con datos secretos de la batalla librada en Doornik-319.

—Hay tres copias autorizadas de la grabación de Mallar —dijo Graff—. Una está aquí, otra está en el sistema de datos de la Flota y la tercera está en manos del Departamento de Evaluación de Amenazas, y a ese total hay que añadir una cuarta copia guardada en los archivos de la Flota. También hemos encontrado dos copias no autorizadas en espacios de datos particulares dentro del sistema de la Flota, y estamos buscando otras posibles copias.

—¿Significa eso que tienen dos sospechosos? —preguntó Leia.

—No —dijo Graff—. La opinión general en estos momentos es que esas copias parecen ser el resultado de meras violaciones menores de las normas de seguridad cometidas de manera totalmente inocente. Pero todavía estamos siguiendo la pista de los listados de acceso de las seis copias. Ya hemos entrevistado a todas las personas que tuvieron acceso a la copia del palacio...

—No, no lo han hecho —le interrumpió Leia.

—Disculpe, pero me temo que no la he entendido...

—No han hablado conmigo —dijo Leia.

—Bien, naturalmente... Dí por sentado que cualquier uso que usted pudiera haber hecho de ese...

—¿Cómo sabe que no introduje una copia en mi cuaderno de datos y me la llevé a casa? ¿Cómo sabe que no hice una copia y luego me dediqué a hacer que circulara por ahí?

Graff frunció el ceño, no sabiendo cómo reaccionar.

—Me parece un escenario muy improbable...

—¿Han hablado con Alóle o con Tarrick? Nadie puede trabajar en mi despacho a menos que se le haya concedido un nivel de seguridad máximo.

—No lo hicimos —admitió Graff—. Su secretaria no estaba incluida en la lista de entrevistas.

—Pues entonces echemos un vistazo fuera de mi secretaria y empecemos a pensar en las personas que sólo vienen a hacerme una visita. ¿El primer administrador, quizá? —preguntó Leia con voz desafiante—. ¿Qué me dice del almirante Ackbar?

—No.

Leia volvió la mirada hacia el asiento ocupado por Ackbar.

—¿Almirante?

Ackbar puso las manos sobre la mesa.

—Es cierto que me he tomado un interés especial en Plat Mallar. No he intentado mantenerlo en secreto, salvo cuando eso podía permitir que Mallar escapara a la mancha de mi favoritismo. También es cierto, almirante Graff, que en el pasado he intentado convencer en repetidas ocasiones a la presidenta de que hiciera pública la grabación de Mallar..., y sean cuales sean los medios a través de los que se ha conseguido, me alegra que eso haya acabado ocurriendo.

—Nadie puede dudar de... —empezó a decir Graff.

—Espere un momento. —El almirante torció el cuello hasta que pudo sostener la mirada de Leia—. Para responder a la pregunta que no ha formulado en voz alta, debo decirles que tengo una copia de la grabación guardada en un compartimento de seguridad de mi casa. Pero les doy mi palabra de que ni yo ni esa copia hemos sido la fuente de la filtración. No sé quién ha

sido el responsable.

—Acepto sus garantías, almirante —dijo Leia, volviéndose hacia Graff—. Pero no acepto las tuyas. Nadie debe quedar excluido de su investigación.

—Entendido, princesa —dijo Graff, que había aprendido la lección.

Para el general Carlist Rieekan, jefe de Inteligencia de la Nueva República, el problema consistía en evaluar los daños causados por Ourn y evitar que alguien pudiera repetir sus actos de espionaje en el futuro. Para lo primero tenía que descubrir con toda exactitud qué información había proporcionado Ourn a los yevethanos. Para lo segundo tenía que explicar cómo Ourn había logrado escapar a la atención oficial hasta que decidió entregar la caja negra y, con ello, entregarse a sí mismo.

—No es que eso tenga mucha importancia dadas las circunstancias, princesa, pero parece ser que nos ha entregado al espía equivocado —dijo Rieekan.

—¿Por qué dice eso?

—He mantenido fuera de la cama a setenta personas durante toda la noche para que investigaran este asunto, y no hay ninguna conexión plausible entre Belezaboth Ourn y la interceptación de la *Tampion* —dijo Rieekan—. Ourn es un don nadie que carece de relaciones importantes, y no es más que un diminuto parásito oportunista dentro del que sólo hay aire y mucha vanidad. No tuvo ni una sola ocasión de obtener y transmitir ningún dato que tuviera un nivel de secreto tan alto como los asignados a la misión del general Solo o el plan de vuelo de la *Tampion*.

—¿Está seguro de eso?

—Estoy casi totalmente seguro de ello. Ourn acabó desmoronándose ya muy avanzada la noche, y entonces empezó a decir la verdad tan deprisa como podía conseguir que la llegara a balbucear su lengua. Ni siquiera sabe que el general ha sido capturado.

—Entonces hay otro espía yevethano..., situado en un lugar más alto.

—Por lo menos uno —dijo Rieekan.

—Los visitantes que fueron a ver al virrey aquella tarde —dijo Graff—. Los senadores Marook, Peramis y Hodidiji...

—Todos están siendo sometidos a una investigación lo más profunda posible —dijo Rieekan.

—¿Qué hay de la caja negra? —preguntó Leia.

—Es un aparato muy interesante —dijo Rieekan—. No es del todo negra en el sentido de opacidad que atribuimos a ese término de ingeniería, pero se le aproxima bastante. La metimos en la sala fría y la abrimos en condiciones de vacío y oscuridad completa. Fue una suerte que se nos ocurriera hacerlo de esa manera, porque el suministro de energía está conectado a un fusible de oxidación que ha sido ajustado para entrar en fase crítica si la caja es abierta. La onda expansiva probablemente sería tan potente como la producida por una granada protónica. Tomamos hologramas y volvimos a cerrar la caja..., con mucho cuidado.

»Después la colocamos dentro de un sistema de transmisión falso conectado tal como nos explicó Ourn. La caja negra no puede saber que el sistema de transmisión es falso, pero lo cierto es que ahora sólo cuenta con una diezmillonésima parte de la salida de energía que necesitaría para llegar a abrir un canal de hipercomunicaciones; de hecho, sólo dispone de la energía necesaria para que podamos grabar la señal a fin de analizarla.

»Acababa de recibir un nuevo informe de última hora sobre este asunto antes de venir a la reunión —siguió diciendo Rieekan—. Al parecer la caja utiliza un algoritmo de compresión concentrada que todavía no hemos logrado descifrar del todo para ocultar la señal dentro del ruido. Muy eficiente, desde luego... —Alzó la mirada hacia Leia—. Y según mi jefe de ingenieros, también muy claramente imperial. Probablemente fue diseñada y construida aquí mismo, en Coruscant, durante los días de gloria de la Sección Diecinueve y los brujos de Warthan.

—¿Puede usar lo que ha averiguado sobre esta caja negra para localizar las otras? —preguntó Leia.

—Posiblemente —dijo Rieekan—, ya que a partir de este momento deberíamos poder captar cualquier nueva transmisión. Y ahora que sabemos qué hemos de buscar, tal vez tengamos un poco de suerte y descubramos algunas transmisiones antiguas escondidas dentro del tráfico archivado. Pero me gustaría sugerir otra forma en la que podemos utilizar lo que hemos averiguado.

—Le escucho.

—Disponemos de las herramientas necesarias para iniciar una pequeña campaña de desorientación —dijo Rieekan—. Tenemos una caja negra que funciona y un ex espía

desesperadamente dispuesto a cambiar de bando que hará prácticamente cualquier cosa que le pidamos. ¿Qué me diría de permitir que Ourn siguiera hablando con los yevethanos?

Leia asintió con expresión pensativa.

—¿Tiene alguna idea sobre lo que podemos querer que diga?

—Yo tengo una idea —intervino Nanaod Engh, atrayendo la atención hacia su extremo de la mesa por primera vez desde el inicio de la reunión—. En realidad todavía no estamos seguros de si los yevethanos han capturado al general Solo o de si, y discúlpenme, si el general está vivo. Nil Spaar ha ignorado todos los mensajes que le hemos enviado. Salvo a través de sus acciones, ni siquiera ha intentado comunicarse con nosotros desde que se fue de Coruscant. Quizá Ourn podría conseguir que rompiera su silencio...

Cuando volvió al *Orgullo de Yevetha*, la primera preocupación de Nil Spaar fue inspeccionar sus nuevos reproductorios. Había tres, y cada uno estaba provisto de cuarenta y ocho alcobas. Antes de la reconversión habían sido bloques de detención, y todavía conservaban una gran parte de su carácter anterior; de hecho, la reconversión había requerido unos trabajos de renovación sorprendentemente reducidos.

Nil Spaar fue escogiendo celdas al azar y las inspeccionó hasta tener la seguridad de que cada una de ellas reunía las condiciones adecuadas para poder colgar y nutrir un receptáculo de nacimiento. Las paredes estaban limpias y austeramente desnudas, las cañerías podrían ser utilizadas como conductos de alimentación y la ventilación estaba totalmente aislada de los sistemas que proporcionaban aire limpio al resto de la nave. Incluso había desagües individuales en cada alcoba para los sacrificios y el rito de la emergencia.

Los nuevos reproductorios requerían una nueva cosecha de cuidadores, que ascendía a un total de dieciocho. Después de haber inspeccionado las nuevas instalaciones, Nil Spaar hizo que los cuidadores fueran convocados para que pudiera evaluar su capacidad. La mayoría eran cuidadores experimentados que habían conocido muchas nidades coronadas por el éxito, pero sólo unos cuantos habían sido castrados.

—Mucho antes de que todas estas alcobas hayan sido llenadas de *marañas* en proceso de maduración empezaréis a sentir el poder de la magia reproductora —les advirtió el virrey—. El grito de los viejos imperativos de la carne y la alegría se convertirá primero en una distracción y luego en una compulsión. Debéis volveros inmunes a esa llamada, porque de lo contrario podríais traicionar vuestro solemne deber como custodios del futuro.

Nil Spaar no pensó ni por un solo instante en concederles la opción de abandonar su servicio. Servir al *darama* era un honor inigualable, y servir al *darama* a bordo del gran navio insignia era un honor que carecía de precedentes. La mera sospecha de que cualquiera de los cuidadores pudiera llegar a rechazar semejantes honores meramente para preservar sus escasas probabilidades de alcanzar la paternidad resultaba totalmente inconcebible. El presidente de la cofradía de cuidadores de reproductorios de Giat Nor se había encargado de emitir las recomendaciones y de hacer los arreglos necesarios para que las casas afectadas recibieran sustitutos, y ésa era toda la consideración necesaria.

Después de aquello, lo único que le quedaba por hacer era inspeccionar a las *marasis* que habían sido traídas a bordo para ayudar a Nil Spaar a llenar los nuevos reproductorios. Elegidas de entre los millares que se habían ofrecido a sí mismas, las veinte jóvenes hembras que esperaban en lo que anteriormente había sido el bloque de detención eran, sin ninguna excepción, atractivamente esbeltas y deliciosamente deseosas de complacer..., y como era lógico y comprensible, todas estaban muy nerviosas.

Nil Spaar encontró la combinación muy tonificante y, decidiendo permitirse un pequeño capricho, eligió a una de las *marasis* para aparearse con ella allí mismo. Cuando hubieron terminado, las *marasis* de las celdas contiguas se estaban retorciendo en incontrolables convulsiones de pura necesidad como respuesta a los olores y sonidos, y un Nil Spaar todavía más revigorizado tomó a cada una de ellas en sucesión. Cuando el tercer acto hubo llegado a su jadeante culminación, Nil Spaar llamó a la *naradati*, que se había alejado discretamente para así poder fingir que no había oído los gritos de pasión.

—Ésta —dijo, avanzando por el pasillo y señalando una celda dentro de la que aguardaba una *marasi* que aún no había conocido su contacto—, y también esta otra. Llevadlas a mis aposentos esta noche después de que se haya leído el *tolotan*.

—Sí, *darama* —dijo la *naradati*, inclinándose respetuosamente ante Nil Spaar.

—¿Cuándo traerán a bordo a las otras?

—Esperamos la llegada del próximo grupo dentro de veinte días —respondió la *naradati*.

—¿Os habéis ocupado de los nidos? ¿Están vacíos y preparados?



—Sí, *darama*, tanto aquí como en el bloque G.

—Pues entonces acelera la selección —dijo el virrey—. Quiero que el próximo grupo sea recibido lo más pronto posible.

—Sí, *darama*. Aunque... Vuestro jefe de cuidadores nos ha advertido de que los *maranas* deberían ser colgados a intervalos, y siempre teniendo en consideración el ritmo de los nacimientos y las exigencias de que se haga objeto al reproductorio. Un número excesivo de *maranas* que estén demasiado juntos...

—Eso no es problema tuyo —la interrumpió Nil Spaar—. Llena los nidos con tus mejores ejemplares, y mantenlos llenos.

—Sí, *dar ama*.

Sólo entonces estuvo dispuesto Nil Spaar a conceder nuevamente el acceso a su augusta presencia a Tal Fraan, quien había estado molestando a Eri Palle con incesantes preguntas sobre el programa de actividades del virrey y nerviosas súplicas de que se le otorgara una audiencia lo más pronto posible. Se reunieron en la sala de mando superior, un gran compartimento semicircular que se encontraba a una considerable altura en el muro delantero de la torre de mando. Los ventanales de doble panel de la sala de mando proporcionaban un espectacular panorama de los ocho kilómetros de longitud del casco en forma de punta de lanza del Destructor Estelar.

—Ver cuánto poder ha acabado acumulándose en las manos de los Benditos siempre te da nuevas fuerzas, ¿verdad? —dijo Nil Spaar mientras Tal Fraan era introducido en la sala—. ¿Acaso puede haber alguna duda de que somos los hijos del Todo, los herederos de la antigua gloria? —Dio la espalda a los ventanales y aceptó la rendición de Tal Fraan con un roce de sus dedos—. ¿Hasta dónde nos llevará esa gloria, mi joven discípulo? ¿Cuánto llegaremos a reclamar con nuestra ambición?

—No cabe duda de que somos los herederos, *darama* —dijo Tal Fraan—. Pero nuestras legítimas aspiraciones han sido discutidas incluso dentro de las fronteras del Todo. Se diría que la ambición por sí sola no puede medir nuestro destino.

—¿Dónde hay una nave que pueda igualar el poderío de ésta? ¿Dónde hay una sangre tan poderosa como la de los Puros? En ningún lugar del universo —dijo Nil Spaar—. A su debido tiempo y con el transcurrir de los años, todos se doblegarán ante nosotros.

—He venido a hablaros de alguien que todavía se resiste —dijo Tal Fraan—. He conseguido hacer nuevos descubrimientos sobre lo que se oculta en el corazón de las alimañas de piel pálida. No debemos enviarles la grabación del mirador, porque el contemplarla no los empujará hacia la rendición..., sino hacia la ira.

Nil Spaar flexionó sus robustas manos.

—¿Me engaña la memoria, o fuiste tú quien me aconsejó que enseñáramos nuestros rehenes a Leía?

—Estaba equivocado —dijo Tal Fraan sin tratar de disculparse—. Sólo el miedo nos proporcionará el resultado que deseamos: el miedo por lo que pueda ser de ellos mismos, el miedo por su propia seguridad... El miedo por lo que le pueda ocurrir a un rehén quizá detenga una mano, pero no hará cambiar de parecer al corazón. Y cuando un rehén sufre algún daño, entonces la furia sustituye al miedo.

—¿Y de dónde ha venido esta nueva revelación?

—De la alimaña —dijo Tal Fraan—. Hablé con Han Solo cuando viajábamos a bordo de la lanzadera. Deseaba medir su respuesta a la ejecución de su compañero, y quería averiguar si había servido para que temiera por su vida. Deseaba saber si la experiencia había incrementado su sensibilidad a nuestras preocupaciones o sus deseos de cooperar con nosotros y ayudarnos.

—Y te llevaste una desilusión.

—Quedé muy alarmado. Ahora estoy convencido de que si transmitimos la grabación de la ejecución, las alimañas nunca se marcharán —dijo Tal Fraan—. Mi alarma fue tan grande que ordené que el mensaje fuera retenido hasta que tuviera ocasión de hablar con vos.

—Eso es lo que me dijo Vor Duull —murmuró Nil Spaar—. Conociéndome bien, quedó un poco sorprendido ante las excesivas atribuciones que te habías tomado y vino a verme para solicitar mi confirmación.

La consternación ensombreció el rostro de Tal Fraan.

—¿No he sabido ser merecedor de la confianza que habéis depositado en mí, *darama*?

—Eso todavía está por ver, guardián.

Un chispazo de alivio cruzó por los ojos de Tal Fraan.

—¿Significa eso que el mensaje ha sido enviado?

—No —dijo Nil Spaar—. Pero todavía no estoy convencido de que no deba ser enviado. Cuando ha habido un problema de obediencia con los esclavos imperiales, la matanza pública de unos cuantos siempre ha bastado para garantizar el buen comportamiento de los demás.

—Han pasado tantos años que ya no les quedan ánimos para resistirse —dijo Tal Fraan—. Fueron adiestrados y educados para la obediencia. Estas otras criaturas, la reina de las alimañas, su consorte, incluso los pilotos a los que nos hemos enfrentado, parecen distintas. Muestran una estúpida tozudez y una peligrosa independencia.

—Me estás diciendo que te resultan impredecibles.

—No, *darama*. Sigo estando dispuesto a arriesgar mi sangre basándome en mi convicción de que los comprendo. Mostrarles los rehenes que tenemos en nuestro poder les dará nuevas fuerzas en vez de debilitarlos. La incertidumbre nos resulta más conveniente.

—Y sin embargo hay otro asunto del que debemos ocuparnos —dijo Nil Spaar—. Hace una hora Vor Duull me informó de una conversación que uno de los miembros de su cofradía había mantenido con Belezaboth Ourn.

—¿El espía paqwe? Ya hace muchas semanas que no nos ha dado nada que tenga algún valor.

—Quizá lo ha hecho ahora —replicó Nil Spaar—. La alimaña ha informado de que Leia no cree que tengamos a su consorte en nuestro poder, y dice que tampoco nos cree capaces de llevar a cabo semejante intercepción.

—¡Pero permitimos que hubiera testigos!

—Pues entonces sus testigos no fueron escuchados o creídos —dijo Nil Spaar—. Ourn afirma que Leia llora la pérdida de Han Solo, pero que continúa avanzando por el camino que había decidido seguir a pesar de que se enfrenta a un esfuerzo para despojarla de su poder. Seguramente esto confirma que tu primer consejo era correcto. Debemos mostrar nuestro rehén a la reina de las alimañas. Estoy seguro de que eso hará que cambie de parecer.

Tal Fraan, que había apoyado los dorsos de sus manos en las mejillas, caminó lentamente a lo largo del enorme ventanal y volvió sobre sus pasos antes de responder.

—No, *darama* —dijo por fin—. No puedo estar de acuerdo. No hay nada en lo que Ourn ha dicho que nos prometa que el conocimiento de la verdad detendrá sus agresiones. Han Solo me respondió con el desafío y la amenaza. Podemos tener la seguridad de que el fuego que arde dentro de Leia es tan intenso como el suyo. Vos mismo habéis observado la nada común intimidad del vínculo que existe entre ellos. Tanto Leia como Han lo han arriesgado todo el uno por el otro..., osadamente y sin hacer ninguna concesión. Eso figura en el material que me habéis entregado para que lo estudiara.

Nil Spaar dirigió la mirada hacia el gigantesco navio que se extendía por debajo y por delante de él, y se fijó en cómo la luz no filtrada del sol dorado de N'zoth hacía que sus líneas y aristas brillaran igual que el metal recién pulimentado.

—Bien, en ese caso... ¿Qué curso nos aconsejas seguir ahora para eliminar la infección de esas estrellas? —preguntó pasados unos instantes.

—No hemos conseguido hacer que nos temieran —respondió Tal Fraan—. Pero ya existen sombras en las cuales no entrarán, y la más grande de todas esas sombras es el miedo a que los horrores del pasado vuelvan a repetirse. La fortaleza de quienes desafían a Leia se alimenta de ese miedo. Podemos confirmar sus profecías. Podemos ayudarles a destruirla.

Con sus más de cincuenta estructuras interconectadas y sus veinte mil habitaciones y salas, la complejidad y las gigantescas dimensiones del Palacio Imperial habían inspirado muchas historias.

Se decía que hacia el final de los trabajos de construcción ocho obreros desaparecieron durante más de un mes cuando su comunicador de seguimiento dejó de funcionar. Los rumores insistían en asegurar la existencia de una cámara sin puertas, secciones de cien o más habitaciones que nunca habían sido ocupadas y un compartimento del tesoro oculto que contenía las riquezas del «general-pirata» Toleph-Sor.

Había por lo menos once despachos y nueve habitaciones más que tenían sus propias crónicas de crímenes reales, y a eso había que añadir la espantosa historia de Prona Zeffla, que murió sentada detrás de su escritorio y cuyo cadáver tardó más de un año en ser descubierto. Los funcionarios con más años de servicio todavía recordaban que los hijos de los secretarios de Palpatine, a los que se permitía vagabundear a su antojo por el Palacio Imperial, llegaban a pasar tres días enteros jugando al cazador y la presa en los ascensores y pasillos.

Aunque una gran parte del antiguo palacio había sufrido serios daños o había quedado destruido durante el ataque de la Fuerza de Tormenta del clon del Emperador, la parte que

sobrevivió o había sido reconstruida seguía siendo lo suficientemente grande para permitir que te escondieras o te perdieras en ella. Ésa era una de las razones por las que el primer administrador había exigido que todos los que tuvieran un nivel de escalafón superior al tres llevaran encima un comunicador y lo mantuvieran conectado en todo momento. Casi todas las personas que se encontraban por encima del tercer nivel exigían a sus subordinados que también adoptaran esa precaución.

Pero el edicto de Engh no se aplicaba a Leia, cuyo comunicador normalmente pasaba tanto tiempo desconectado como conectado. Debido a eso, y nada más estallar la crisis yevethana, Alóle y Tarrick habían establecido una alianza secreta con los servicios de seguridad para garantizar que alguien que llevara encima un comunicador activado estaría permanentemente en contacto con la presidenta siempre que ésta se encontrara en el palacio.

Por la tarde ese deber había recaído en Alóle, pero durante un momento en el que tenía mucho trabajo, Leia había abandonado su despacho por la segunda salida sin anunciar adonde iba. La secretaria no descubrió la ausencia de la presidenta hasta que la alerta roja del general Rieekan expulsó cualquier otro asunto de las pantallas en todo el complejo presidencial.

Su primera llamada fue para el Sabueso, quien hubiese debido estar montando guardia junto a la única entrada del nivel ejecutivo.

—¿Está ahí la presidenta? —preguntó Alóle.

—No, señora. No ha salido del piso.

Después Alóle llamó a Tarrick, quien a esas alturas ya se había enterado de la alerta.

—¿Has visto a la presidenta?

—No. ¿No está contigo? —preguntó Tarrick.

—Salió de su despacho en algún momento de la última media hora y no sé adonde ha ido.

—Preguntaré en los puntos calientes —dijo Tarrick, refiriéndose a su lista privada de los nueve despachos y siete secretarios ministeriales que Leia solía visitar con más frecuencia—.

¿Has mirado en la cueva?

—Ahora estoy yendo hacia allí.

Los pies de Alóle la llevaron a toda velocidad por el pasillo que conducía a los escasamente utilizados espacios privados de la torre contigua. Mon Mothma los había usado como extensión del complejo presidencial, y solía tomar el aire y hacer ejercicio en el pequeño pero muy soleado jardín, o celebrar reuniones privadas en el ambiente íntimo y acogedor de su salita particular. Leia rara vez iba allí; cuando las paredes de su despacho empezaban a asfixiarla, la princesa normalmente prefería perder de vista todo el nivel ejecutivo.

Pero allí fue donde la encontró Alóle. Leia estaba profundamente dormida en la cama triangular que ocupaba una esquina de la sala privada, y cuando Alóle vio la expresión de paz que había en su rostro tuvo un momento de vacilación. La fatiga de Leia había resultado obvia para todo el mundo aquella mañana, y ésta era la primera vez desde hacía muchos días en que Alóle veía su rostro totalmente libre de tensión y de las pequeñas arrugas de la preocupación.

Alóle acabó dejando escapar un suspiro y alargó la mano hacia el poste de metal dorado verdoso de la punta más cercana del triángulo. Lo sacudió suavemente, pronunció el nombre de Leia dos veces y después retrocedió un par de pasos.

—He encontrado a la princesa, Tarrick —murmuró con los labios pegados a su comunicador—. Nos pondremos en camino dentro de un par de minutos. Prepara la grabación para que pueda verla. Ah, y averigua si el general Rieekan quiere estar presente.

—Estoy en ello —dijo Tarrick—. El almirante Ackbar ya ha salido de su despacho de la Flota y viene hacia aquí.

El timbre claramente metálico de la voz de Tarrick oída a través de un comunicador pareció ser lo que finalmente acabó abriéndose paso a través de la fatiga de Leia y reclamó su atención. Leia se irguió en la cama con un grito ahogado, los puños apretados y la mirada extraviada.

—Todo va bien, princesa. Soy yo, Alóle... —dijo la secretaria, volviendo a esconder el comunicador en su bolsillo—. Tenemos que darnos prisa. Nil Spaar está hablando por el canal 81.

Cuatro de las seis personas que compartían la mesa de conferencias con Leia estaban viendo el anuncio del virrey por segunda vez. Sólo una de ellas se atrevió a tratar de preparar a Leia para lo que iba a ver.

—Si esto es una respuesta al mensaje de Ourn —dijo el almirante Graff—, el mensaje que nos transmite es que nos hemos estado preocupando por el motivo equivocado. Han Solo ya no es importante.

—Permítame oírlo —dijo Leia, alargando la mano hacia el controlador.

La grabación empezaba con algo que no habían visto antes: el emblema de la Liga de Duskhan, un doble círculo formado por tres estrellas sobre un fondo escarlata. El emblema llenó la pantalla durante unos segundos, y después Nil Spaar apareció en ella.

Pero esta vez tenía compañía. Inmóvil detrás de él había un humano que llevaba el uniforme negro de un Moff imperial.

Graff se inclinó hacia Leia.

—Detrás de ellos... Eso es el puente de un Destructor Estelar de la clase Súper.

Leia hizo callar al almirante con un gesto de la mano.

—Me dirijo a los fuertes y orgullosos líderes de los mundos vasallos de la Nueva República —empezó diciendo el virrey—. Os traigo un anuncio, y una advertencia.

«Mientras hablo, la enorme flota de combate que obedece las órdenes de la princesa Leia prosigue su temeraria invasión del Cúmulo de Koornacht..., un territorio que ha pertenecido al pueblo yevethano durante más de diez mil años.

»Hasta este momento hemos mostrado una gran prudencia a la hora de emplear la fuerza, y eso a pesar de que hemos sido atacados en nuestro propio hogar. Desoyendo los apremiantes consejos de mis comandantes militares, he mantenido en reserva nuestra poderosa nota salvo allí donde las vidas de los civiles corren peligro. He hecho cuanto he podido para reducir al mínimo el número de bajas en ambos bandos. He dado a la princesa Leia todas las oportunidades posibles para que alterase el curso que había decidido seguir y retirara a sus fuerzas.

»Me entristece tener que decir que en vez de retirarlas ha decidido reforzarlas. Durante las últimas semanas, la princesa Leia ha rechazado la sabiduría de sus consejeros y ha enviado en secreto centenares de navíos de guerra más para que amenacen a los mundos de la Liga de Duskhan.

»Eso me entristece, pero no me sorprende. Esta mujer sabotó una prometedora negociación entre mi pueblo y la Nueva República porque la paz no convenía a sus ambiciones. Se sentó ante mí y mintió sobre sus intenciones..., y mientras ella mentía sus agentes nos espiaban, buscando nuestros puntos débiles y planeando una guerra de conquista.

»Sé que ahora mismo los buenos ciudadanos de la Nueva República están intentando expulsar a esa mentirosa de vuestra capital. Pero la princesa Leia ha comprado a un alto precio muchos amigos en Coruscant, y hay otros que tienen razones para temerla. La lucha será terrible, aunque espero que el honor acabe prevaleciendo.

—Ahora viene lo mejor —le susurró Graff a Leia.

—Pero el pueblo yevethano no puede continuar esperando el desenlace de ese combate —siguió diciendo Nil Spaar—. No podemos seguir arriesgando nuestro futuro con la esperanza de que la princesa Leia acabe escuchando la voz de su conciencia y nos dejará en paz. Debemos protegernos. Al rechazar nuestra oferta de amistad y amenazar nuestra mismísima existencia, Leia nos ha obligado a buscar amigos que de lo contrario no habríamos llegado a tener.

Nil Spaar alzó una mano hacia el hombre que aguardaba inmóvil detrás de él.

—Hemos invitado al Imperio a que vuelva al Cúmulo de Koornacht como aliado...

—Eso... Eso es completamente increíble —balbuceó Leia—. Los yevethanos desprecian al Imperio.

—... y ahora os anuncio que la Liga de Duskhan y la Gran Unión Imperial han firmado un tratado de ayuda mutua. El Moff Tragg Brathis está al mando de la flota de guerra estacionada en nuestro sistema.

El hombre uniformado asintió. Nil Spaar hizo una pausa y el encuadre holográfico se deslizó hacia la derecha hasta que el panorama que ofrecían los ventanales del puente confirmó que la nave era de la clase Súper. Durante unos segundos también pudieron ver un mínimo de media docena de destructores estelares que volaban en formación sobre la curvatura de un planeta de color amarillo polvo.

Después Nil Spaar los ocultó al dar un paso hacia adelante.

—Ahora ya han visto lo suficiente para poder entenderlo. Si la Nueva República no se retira de nuestras fronteras y si quien ocupe la presidencia de la Nueva República, sea quien sea, no acepta rápidamente nuestra legítima reclamación de estas estrellas..., entonces el poderío combinado de la Liga y la Unión está preparado para entrar en acción. Sus acciones determinarán el curso del futuro.

La imagen se disolvió para convertirse en un telón escarlata, y el emblema de la Liga de Duskhan volvió a aparecer sobre él durante unos segundos antes de que la pantalla se

ennegreciera.

—¿No hay nada más? —preguntó Leia.

—Eso es todo.

Leia presionó un botón del controlador y lo arrojó sobre la mesa.

—¿Hay alguien entre los presentes que piense que lo que hemos visto es real?

—Tengo a los técnicos de Evaluación de Recursos trabajando en la grabación —dijo Graff—. Nylykerka debería ser capaz de decirnos si hemos visto esas naves antes durante la operación de reconocimiento.

—¿Será capaz de decirnos cuándo llegaron allí y quién las controla? —preguntó Rieekan—. Puede que este pacto sea real y que fuera firmado en secreto hace meses.

—¿Y por qué revelarlo ahora?

—¿Y por qué no? Dado que ya conocemos la existencia de las naves imperiales, Nil Spaar no tiene nada que perder revelando su existencia al resto del universo. Y en cuanto a lo que espera conseguir con ello... Bueno, me parece que resulta obvio.

—¿Qué ha querido decir con eso de «al resto del universo»? —preguntó Leia—. ¿Pretende decirme que esta grabación ha sido difundida por todo el sistema?

Rieekan enarcó una ceja y bajó la mirada hacia la mesa.

—Sí —admitió el director de la agencia de comunicaciones—. Apareció en el sistema bajo la forma de un paquete diplomático estándar acompañado de la codificación esperada en estos casos. No había ninguna razón para que los filtros la capturasen.

—Nos esperan tiempos muy interesantes —murmuró Ackbar meneando la cabeza.

Leia parecía cada vez más disgustada.

—Comprendo. ¿Podemos averiguar al menos por dónde entró en el sistema esta vez?

—Estamos trabajando en ello —dijo la otra mujer, adoptando un tono claramente defensivo—. En un canal de baja seguridad como es el 81, existen más de trescientos mil accesos de entrada autorizados.

—Lo único que necesitan es una caja negra conectada a un hipercomunicador que tenga una potencia de emisión lo suficientemente elevada —dijo Rieekan—. Ni siquiera tiene por qué estar en Coruscant.

—Discúlpenme —dijo Nanaod Engh. Sólo unas cuantas cabezas se volvieron en su dirección, y Engh carraspeó y repitió lo que acababa de decir—. Discúlpenme, pero todo esto carece de importancia. Son meros detalles..., trivialidades. El desenlace de esta crisis no depende únicamente de lo que ocurra en esta sala.

Leia hizo girar bruscamente su asiento hasta quedar de cara a él.

—Explíquese.

—El mensaje del virrey no va dirigido a nosotros, sino que pretende llegar a otro público —dijo Engh, y extendió las manos en un gesto que parecía querer abarcar cuanto le rodeaba—. Su público está ahí fuera. Ese dardo ha sido lanzado contra el corazón de nuestros ciudadanos.

—Pero es un fraude —insistió Ackbar—. No hay ningún pacto. No existe ningún Moff Brathis, y tampoco existe ninguna Gran Unión ni ninguna flota imperial. Estoy totalmente seguro de ello.

—Y es muy posible que tenga razón —dijo Engh—. Pero eso es irrelevante. El hecho de que lo que hemos visto sea verdad o sea mentira no tiene ninguna importancia, y lo que creamos los que estamos aquí tampoco tiene ninguna importancia. General Rieekan, ¿qué clase de pruebas puede ofrecer para refutar esa imagen..., y me refiero al comandante vestido de negro que estaba junto a Nil Spaar en el puente de un Destructor Estelar imperial?

—Bueno, hay muchas formas de atacarla. Disponemos de muchos expertos en...

—No, general. No puede refutar esa imagen con palabras —dijo Engh, y miró a Leia—. Sea cual sea la especie a la que pertenece, la gente siempre cree en lo que ve. Las palabras no bastarán para convencerles de que han sido engañados. Ahora mismo se están volviendo los unos hacia los otros y lo que dicen no es «¿Crees que es verdad?», sino «Bueno, ¿qué piensas que deberíamos hacer acerca de esto?». No sé qué decidirán que deben pensar en cuanto hayan dispuesto de algún tiempo para hablar. Sólo sé que para ellos la verdad es que los yevethanos se han aliado con el Imperio.

Engh se recostó en su asiento.

—Creo que los analistas de imagen de la presidenta deberían ver esta grabación lo antes posible —siguió diciendo—. Espero que por fin encontrará unos momentos para hablar con ellos, Leia. Los días que nos esperan no serán moldeados por las preguntas y las respuestas, la sabiduría de los expertos o el juicio cuidadosamente razonado de unos cuantos comités

reunidos alrededor de sus mesas. Las creencias más queridas, las emociones más poderosas y la imagen que está presente en la mente un momento antes de conciliar el sueño... Ésas son las fuerzas que escribirán la historia de los próximos días.

Tholatin estaba deshabitado salvo por el escondite de contrabandistas conocido como el Risco de Esau, que ocupaba una profunda erosión lateral en la base de un imponente acantilado rocoso. La abertura tenía un millar de metros de longitud y unos cien metros de diámetro en su punto más profundo, con un máximo de seis metros de espacio en la zona de estacionamiento que se extendía por debajo de las protuberancias del techo de granito. Un laberinto de túneles y cámaras artificiales más pequeñas prolongaba el complejo doscientos metros más hacia el interior de la montaña.

El Risco de Esau era uno de los santuarios más secretos de los contrabandistas, totalmente invisible desde el espacio y muy bien defendido contra los intrusos. Incluso los tres claros utilizados como pistas de descenso en el bosque que cubría el suelo del valle estaban escondidos, y quedaban ocultos debajo de redes de camuflaje retráctiles de nivel militar provistas de pantallas infrarrojas.

También era uno de los santuarios más exclusivos, ya que sólo podían acceder a él los veteranos de la profesión y siempre daba preferencia a los que tenían buenas conexiones por encima de los que tenían mucho dinero..., o por lo menos así había sido en el pasado. Cuando el *Halcón Milenario* llegó allí, el Risco de Esau estaba más atestado de lo que jamás recordaba haberlo visto Chewbacca. Los espacios de aparcamiento de la zona de descenso habían quedado reducidos a medio metro, y las tarifas de los diques flotantes habían subido de manera proporcional a la congestión.

[La paz no parece haber perjudicado los negocios], le gruñó al cobrador mientras pagaba la tarifa del primer día.

—Cuando no están ocupados librando guerras, los gobiernos se entretienen prohibiendo cosas —dijo el cobrador—. Siempre tendremos trabajo. Bienvenido al Risco, Chewbacca. Es un placer volver a tenerte entre nosotros... Por cierto, he echado a dos de los chicos de aquí para hacerle sitio a este montón de chatarra que llamas nave.

Chewbacca pagó sin ninguna protesta el esperado soborno que siempre acompañaba a ese privilegio otorgado por la antigüedad.

[¿Y Plothis? ¿Sigue aquí?]

—Hace cuatro años tuvo una discusión con un cliente y acabó agujereado. Bracha e'Naso tomó las riendas del negocio.

[¿Qué me dices de Formayj y la agencia de información?]

—Sigue estando en el sitio de siempre —respondió el cobrador—. Y si vas allí no dejes de hacerle una visita a Armatin el Terrible; se retiró y compró el bar. Si consigues pillarle en uno de sus momentos de sobriedad, se alegrará de verte.

Chewbacca no quería que les ocurriera nada a Lumpawarump y Jowdrrl, por lo que les ordenó que no salieran de la nave. Con Shoran y Dryanta montando guardia, el *Halcón* estaba todo lo seguro que podía llegar a estarlo en un puerto de ladrones..., pero el Risco de Esau podía ser tan peligroso como la Fortaleza de las Sombras para quienes carecían de experiencia.

Chewbacca había ido allí en busca de información y de algunos suministros altamente especializados. El primer artículo resultó ser más caro que el segundo, y eso a pesar de que el precio del segundo ya era francamente elevado. e'Naso trató al wookie igual que si fuera una celebridad y después intentó cobrarle un precio exorbitante, como si Chewbacca fuese un cachorrito con los ojos llenos de estrellas que nunca hubiese recorrido una ruta estelar.

—Me resulta imposible tener esos artículos en existencia —protestó cuando Chewbacca emitió un gruñido amenazador—. Ya has visto lo lleno que está el atracadero y la cola que hay; la demanda es muy elevada, y reponer mis existencias me va a costar bastante dinero. Si quieres un precio mejor, consigue que Maniid y el resto de los capitanes que me traen los suministros acepten algunos créditos menos a cambio del riesgo que corren.

Otro cliente, un viejo kiffu que estaba examinando el catálogo de hologramas pirateados, oyó su conversación y decidió intervenir.

—Regateando con un wookie, ¿eh? —dijo el cliente mientras meneaba la cabeza—. Eso sí que es tener valor, e'Naso... Ni siquiera Plothis se hubiera atrevido a tanto. ¿Ya has decidido quién heredará el negocio?

Chewbacca se volvió hacia e'Naso y le dirigió una mueca llena de dientes que resultaba todavía más ominosa debido a la sombra de sonrisa que contenía.

e'Naso se apresuró a ofrecer una alternativa a su mejor oferta, que consistió en sustraer un

veinte por ciento al total. Cuando eso no alteró la expresión de Chewbacca, permitió que el wookie enunciara su precio.

[Y lo entregarás todo en mi nave], añadió después.

—Por supuesto. Por supuesto.

Una vez fuera, Chewbacca pagó al kiffu su tercera parte de la rebaja.

Hacer negocios con Formayj era algo muy distinto. El yao, tan longevo como era habitual entre los de su especie, no sólo había visto emplear todos los trucos sino que había entrado en el negocio de la venta de información lo bastante pronto como para inventar varios de ellos. Además, Formayj nunca regateaba. Sus recuerdos y sus conexiones, que habían sido cuidadosamente cultivados y desarrollados a lo largo de un siglo de tráfico de informaciones, eran sus verdaderas herramientas comerciales. Formayj siempre evaluaba minuciosamente el valor de unos y otros antes de desprenderse de ellos.

—El Cúmulo de Koornacht —dijo Formayj, asintiendo con la cabeza—. Mapas, habitantes, rutas hiperespaciales, diseños de naves, defensas planetarias, parrillas sensoras... Un artículo muy raro, y muy caro.

[Pagaré el precio que fijes.]

—Vuelve dentro de dos días. Entonces tendré algo más que decirte.

Y en consecuencia Chewbacca y los demás esperaron, manteniéndose cerca del *Halcón* y observando el tráfico de las naves que ocupaban las otras plazas del atracadero o que hacían cola para instalarse en ellas. La llegada del trineo de reparto de e'Naso supuso una interrupción de la espera que fue muy bienvenida, y las varias horas de trabajo requeridas por el estudio, las comprobaciones y el almacenamiento de la carga sirvieron para disipar una parte de su impaciencia. Pero a la mañana siguiente Lumpawarump ya estaba yendo de un mamparo a otro tan nerviosamente como si el *Halcón* fuera una jaula.

[¿Cuánto tiempo tendremos que seguir esperando, padre?]

[El suficiente para que puedas hacer cinco sesiones de caídas con Jowdril en el compartimento de carga delantero.]

[Jowdril vuelve a estar muy ocupada con la torreta dorsal.]

[Se ha inventado ese trabajo para no enloquecer. Si se lo pides, encontrará algo de tiempo para ti.]

[¿Y no podría practicar las caídas contigo en vez de con ella?]

[Ya sabes cómo perder..., y yo he de ir a ver a otros traficantes de información y a algunos viejos amigos], dijo Chewbacca, revolviendo enérgicamente el pelaje de su hijo con una de sus manazas. [No te muevas de aquí. Estudia la nave y dedícate a practicar tus habilidades de defensa y ataque..., porque muy pronto vas a necesitarlas.]

Un día de beber slava en el bar mientras escuchaba las fanfarronadas e historias de hazañas increíbles de los contrabandistas redujo considerablemente las reservas de paciencia de Chewbacca. Cuando estalló la tercera pelea de la tarde, el wookie se levantó con un rugido, agarró a los dos adversarios y los lanzó a rincones opuestos del bar..., por la única razón de que necesitaba descargar de alguna manera la insoportable tensión que se estaba empezando a acumular en su interior.

Chewbacca volvió a la agencia de Formayj a la mañana siguiente, pero la visita sólo ocupó una parte muy pequeña de su día.

—Es difícil —dijo Formayj—. Vuelve dentro de dos días.

Dos días después le dijo lo mismo.

Al quinto día de su estancia en el Risco de Esau, Chewbacca se dejó ablandar por las incesantes miradas de súplica que le lanzaba Lumpawarump y llevó a su hijo al santuario.

La excursión terminó casi tan deprisa como había empezado cuando Lumpawarump se detuvo delante de una nave que se dedicaba al tráfico de esclavos y dio unas muestras de interés por ella que su propietario, un trandoshano, encontró excesivas.

—¡Ocupate de tus asuntos! —gritó desde lo alto de su nave. Un instante después un haz desintegrador chamuscó el pelaje del hombro derecho de Lumpawarump—. ¡Venga, largo de aquí!

Chewbacca agarró a su hijo por el cogote y se lo llevó a rastras hacia los túneles, agitando su arco de energía e intercambiando gruñidos de amenaza e insultos con el propietario de la nave mientras lo hacía.

[¿Es que no me has estado escuchando? La curiosidad nunca es recompensada en el Risco de Esau], le dijo en un tono muy severo a Lumpawarump cuando estuvieron a cubierto dentro de los túneles. [Vigila, pero que no te sorprendan mirando. Escucha, pero que no te sorprendan prestando oídos a lo que dicen los demás. No hagas preguntas, y finge creer todas

las mentiras que te digan. Ése es el código que rige aquí.]

Siete días después de su llegada, Formayj llamó a Chewbacca y le dijo que fuera a su agencia de información.

—Antes yo te enseño precio y tú decides —dijo.

[Tú nunca intentarías estafarme], dijo Chewbacca. [Muéstrame qué tienes.]

El precio era casi indeciblemente alto, pero el valor de la información resultaba evidente. Formayj había reunido una copia de un mapa de navegación yevethano que incluía las anotaciones de un contrabandista —la copia ya tenía seis años de antigüedad, pero aun así seguía siendo inapreciable—; un informe de una antigua autopsia imperial sobre tres cadáveres yevethanos; una grabación del mensaje que Nil Spaar había enviado al Senado; una instantánea que mostraba una nave estelar esférica con los emplazamientos artilleros y los accesos indicados..., y lo mejor de todo: los archivos de datos y expedientes holográficos de una pasada de reconocimiento sobre Wakiza llevada a cabo por la Nueva República, con el sello de la INR incluido.

—Tan nuevo que todavía puedes oler la tinta de la Ciudad Imperial —dijo el traficante de información, señalando el sello con un dedo—. ¿Te gusta?

[Eres el mejor, Formayj.]

—Por supuesto. Por esa razón todos vienen aquí. —Formayj aceptó el dinero de Chewbacca con una sonrisa, y después desactivó el robot borrador y el resto de los demonios que de lo contrario habrían sido activados por un gatillo oculto en la puerta de la agencia—. Y ahora, el otro asunto.

Chewbacca, que ya se disponía a levantarse para marcharse, dejó escapar un gruñido de interrogación.

—Haces preguntas sobre Han Solo por todo el Risco —dijo Formayj—. No me preguntas a mí, como si yo no supiera que está prisionero en Koornacht. Sé de dónde ha venido todo el mundo y adonde va todo el mundo cuando se marcha de aquí. Sé por qué el cliente quiere la información antes de que se la venda. A veces incluso debo darles a ellos una grave desilusión por lo que yo sé. Planeas un rescate, ¿verdad?

Chewbacca emitió un gruñido de asentimiento.

—Vas preguntando dónde debe de estar prisionero. Aunque no vienes a mí, yo hago mis propias averiguaciones. —Formayj meneó la cabeza—. Decepcionante. Nadie lo sabe. No hay ninguna prisión. Su nombre no es pronunciado por nadie que pueda saberlo, ni en Coruscant ni en N'zoth. —Formayj alargó el brazo y le entregó otra tarjeta holográfica—. Quizá esto te ayuda. Gratis... No costar nada a mí. —Señaló el visor—. Adelante. Mira.

Era una grabación de Nil Spaar dirigiéndose a los miembros de la Nueva República a través del Canal 81 cuyo sello temporal indicaba que había sido obtenida hacía cuarenta y dos horas, y que empezaba con las palabras «Me dirijo a los fuertes y orgullosos líderes de los mundos vasallos de la Nueva República».

Formayj depositó otro objeto —esta vez se trataba de una tarjeta de datos— entre los dedos de Chewbacca.

—Códigos de escudos de viejo Destructor Estelar imperial, frecuencias de interferencia para sensores, pautas de fuego defensivo... Son datos fáciles de obtener. No hay demanda para ellos. Sólo valor histórico —dijo—. Mi tarifa de servicio cubrirá gastos. —Formayj se levantó y le ofreció la mano—. Sigue cayéndome bien Han, viejo pillastre. Contrabandista reformado. Transmite saludos míos a él, si ves a Han.

Chewbacca volvió corriendo a la nave e introdujo la grabación en el lector para que pudiera ser vista por los demás.

[Mi hermano de honor se ha convertido en el trofeo de guerra de Nil Spaar], dijo, y señaló el casco negro azulado de la gigantesca nave estelar visible detrás del virrey. [Allí donde esté su enemigo, estará Han.] Después Chewbacca señaló el planeta visible detrás de la nave. [Ahora están allí.]

Veinte minutos más tarde el *Halcón Milenario* despegó del Risco de Esau. Inmediatamente después de haber entrado en órbita, dirigió su proa hacia el Cúmulo de Koornacht y saltó al hiperespacio para proseguir su solitario viaje hacia N'zoth.



## TERCER INTERLUDIO

### A la deriva

Con Erredós guiándole, Lobot se había adentrado en un reino cuya estructura y propósito seguía luchando por comprender.

Los pasadizos del núcleo del Vagabundo recordaban más al gran conducto acumulador en el que habían pasado sus primeras horas a bordo de la nave que a la red de cámaras en las que habían pasado los últimos y ya muy numerosos días de su estancia a bordo. Pero los pasadizos del núcleo eran mucho más estrechos que el conducto acumulador. Su anchura nunca superaba la distancia que Lobot podía abarcar con los dos brazos extendidos, y solía ser inferior..., especialmente allí donde un pasadizo se cruzaba con otro.

Y había muchos cruces. Los pasadizos se interconectaban continuamente para formar una complicada telaraña que aún no había revelado su pauta general. Aquella telaraña prometía unir todas las partes del Vagabundo tal como hubiese podido hacerlo un sistema de transporte o de comunicaciones, pero salvo Lobot y los androides no había absolutamente nada moviéndose a través de los pasadizos o a lo largo de ellos. Ninguna de las metáforas biológicas habituales —túbulos vasculares, canales alimentarios, conductos respiratorios, senderos neurológicos— parecía realmente adecuada.

Lobot se preguntó si la falta de actividad era un síntoma de los daños que había sufrido el Vagabundo o una señal de que seguía sin entender la naturaleza de aquella nave. Tenía que seguir recordándose a cada momento que aunque la nave era un producto de la bioingeniería eso no quería decir que fuera un organismo. El Vagabundo era una máquina biológica, y Lobot todavía no estaba familiarizado con aquel nuevo paradigma.

A trescientos metros del acceso de la cámara 228 el pasadizo se había estrechado hasta tal punto que Lobot descubrió que tenía que quitarse el traje de contacto para poder seguir avanzando.

—¿Está seguro de que realmente desea hacer esto, amo Lobot? —preguntó Cetrespeó en un tono de preocupación que Lobot encontró muy familiar—. ¿Cree que el riesgo lo justifica? Dadas nuestras circunstancias actuales, y la alarmante frecuencia con que este navio parece ser atacado por naves de guerra...

—Estoy seguro de que quiero hacerlo —le interrumpió Lobot—. Cuanto más nos adentramos en el núcleo, más fuerte se vuelve la sensación de que esta zona es como un obstáculo que se interpone entre yo y la nave. Cuando mis hombros rozaron los dos lados al mismo tiempo, tuve la sensación de que el Vagabundo me estaba invitando a quitarme el traje. No puedo explicarlo en términos aceptables, pero me parece que debo hacer esto para encontrar lo que ando buscando.

—Comprendo, señor —dijo Cetrespeó—. Erredós, ¿sigues monitorizando el aire de este pasadizo?

—El aire no puede estar mejor, Cetrespeó —dijo Lobot, dándole unas palmaditas en la parte superior de la cabeza—. Yo me encuentro estupendamente. Me estoy limitando a seguir una corazonada, ¿entiendes?

—¡Oh, cielos! —exclamó Cetrespeó, visiblemente inquieto.

—¿Qué pasa?

—Muy bien, amo Lobot... Ya que me lo ha preguntado, se lo diré —respondió Cetrespeó—. Le ruego que no se ofenda, señor, pero la influencia que el amo Lando ejerce sobre su forma de pensar se está poniendo de manifiesto en el peor momento posible.

—¿De qué influencia estás hablando?

—Pues de su altamente nociva dependencia psicológica de los autoengaños Ideológicos propios de un jugador, naturalmente: corazonadas, rachas de buena suerte, confusión entre los deseos y la realidad, delirios de grandeza y demás parafernalia del pensamiento mágico —dijo Cetrespeó—. Había llegado a tenerle por un individuo desusadamente práctico y racional..., para ser un humano.

—Gracias —dijo Lobot—. Pero ¿qué te hace pensar que Lando realmente corre alguna clase de riesgos cuando juega?

—He oído hablar de ello al amo Han en muchas ocasiones, señor. Creo que hubo un período de su vida en el que el amo Lando llegó a tenerse por un jugador profesional.

—Es verdad —dijo Lobot—. Y no hay nadie que odie más el tener que confiar en la suerte y el destino que un jugador profesional. Te has formado una impresión equivocada de Lando desde el principio, Cetrespeó.

—No le entiendo, señor.

—Pues entonces piensa en lo que te voy a decir, y quizá eso te ayude un poco —dijo Lobot mientras se quitaba la última sección de su traje de contacto—. Cuando un ser humano... Mejor dicho, cuando un ser inteligente se enfrenta a una pregunta para la cual no se conoce ninguna respuesta correcta o a una decisión para la que no hay ninguna decisión correcta que resulte obvia, casi siempre acabará haciendo lo que le parece correcto. El lógico construirá una clase de justificación y el mago construirá otra clase de justificación distinta, pero el parecido que hay entre ambos en el momento de elegir siempre será mayor que la diferencia.

—Comprendo, señor. Gracias. Pero no creo que un androide sea capaz de llegar a entender un proceso tan fundamentalmente subjetivo.

—¿No? —preguntó Lobot, enarcando una ceja—. Pues entonces me gustaría saber qué estaba pasando en tus circuitos cuando le quitaste ese transmisor baliza a Lando y enviaste la señal que haría acudir al *Dama Suerte*. ¿Estabas haciendo lo más lógico, o hacías lo que te parecía era lo correcto?

—No estoy totalmente seguro, señor.

—Excelente —dijo Lobot en un tono de aprobación—. Te sugiero que dediques algún tiempo a pensar en ello. Tal vez descubras que tiene algo que ver con las preguntas que me formulaste en la cámara 21. Y ahora, sigamos.

Unos cuantos centenares de serpenteantes metros más adelante los pasadizos siguieron estrechándose más y más hasta llegar a volverse tan angostos que Lobot tuvo que retorcerse y contorsionarse para poder avanzar por ellos..., y Cetrespeó se vio totalmente incapaz de seguir adelante.

—Volved al sitio en el que dejamos la parrilla y mi traje y esperadme allí —dijo Lobot—. Erredós, he estado pensando en la conexión que he estado utilizando para acceder a tu archivo de acontecimientos y tus registradores de memoria... ¿Podrías hacer que funcionara de manera bidireccional para que Lando pueda saber qué me ha ocurrido si no vuelvo? Quizá podrías aislar uno de mis canales de transmisión.

Erredós emitió un trino tranquilizador y transmitió su asentimiento a través de la conexión.

—¿Puedo decir algo antes de que se vaya, amo Lobot?

—Sí, pero deprisa.

—Es posible que no exista ningún centro de mando tal como usted se lo imagina.

—No he «imaginado» nada.

—Lo que quiero decir es que la lógica basada en reglas puede ser codificada de una manera muy compacta. Mis procesadores de lenguaje contienen el equivalente a más de ochenta árboles de decisión elevados a la duodécima potencia, y todos ellos están contenidos dentro de un espacio de aproximadamente unos cinco centímetros cúbicos.

—Y los lagartos gigantes de Tatooine tienen un centro neural más pequeño que el cerebro de un humano recién nacido. Sí, entiendo lo que quieres decir —dijo Lobot, volviendo la mirada hacia los androides—. Pero no estoy buscando el puente del Vagabundo ni su cerebro. Podría no encontrarlos nunca, o no saber reconocerlos en el caso de que llegara a encontrarlos. Lo que estoy buscando es su umbral de consciencia, y cuando lo haya encontrado lo sabré enseguida.

Lando permaneció en el auditorio durante todo el tiempo en el que la pregunta de si el Vagabundo era capaz de curar sus grandes heridas pareció no tener una respuesta clara.

Al principio una delgada banda de material nuevo fue apareciendo alrededor de los bordes de cada brecha del casco. La abertura delantera, que era bastante más pequeña, siguió cerrándose mediante el mismo proceso que Lando había desencadenado en la compuerta. Pero durante largo tiempo pareció como si en la herida más grande no estuviera ocurriendo nada, igual que si el proceso se hubiera detenido al chocar con algún obstáculo invisible.

Antes de darse por vencido Lando decidió ir a un acceso situado al otro lado de la cámara. Una vez allí, el haz del reflector de su pecho le reveló que toda la abertura había quedado recubierta por una especie de «piel» que parecía estar formada por el mismo material

transparente a través del que estaba mirando.

Ese descubrimiento le mantuvo en aquel lugar a pesar de que, una vez más y durante un período de tiempo muy prolongado, no parecía estar ocurriendo nada. Lando se acordó de que cuando habían subido a bordo del Vagabundo había podido ver las luces del *Dama Suerte* a través de la pared de la compuerta.

«Eso debería haberme dicho algo —pensó—. Es como hacer brillar la luz de una linterna a través de tu mano... Tendría que haber empezado a pensar en términos orgánicos desde el principio. Pero pensamos que la secuencia genética sólo era la típica idea enloquecida de lo que constituye un código secreto que se le puede ocurrir a la mente de un ingeniero.»

Sus ojos seguían esperando que aquella transparencia de gasa se convirtiera de un momento a otro en un mamparo sólido, de la misma manera en que la transparencia del auditorio pasaba de un estado a otro en cuestión de segundos. Pero en vez de ello, lo que ocurrió fue que Lando vio aparecer una celosía de material opaco que reflejaba el dibujo entrecruzado formado por las conexiones del interespacio. Después, finalmente, cada sección de la celosía empezó a cerrarse por separado.

Ése fue el momento en el que Lando intentó marcharse, teniendo la sensación de que había presenciado una exhibición del ingenio de los qellas todavía más impresionante que la que suponía el planetario desaparecido.

—¿Dónde estás ahora, Lobot? —preguntó por el comunicador del traje, sin obtener ninguna respuesta—. Las brechas del casco ya casi están reparadas, así que voy a volver. ¿Lobot?

Lando pasó al canal de comunicaciones secundario y repitió la llamada, obteniendo el mismo resultado que antes.

Pero en cuanto volvió a sintonizar el canal primario oyó una voz que no esperaba escuchar.

—... desea, será un placer transmitirle un mensaje.

—¿Qué estás haciendo en la conexión de Lobot, Cetrespeó? ¿Qué está ocurriendo ahí?

—Discúlpeme, amo Lando, pero el amo Lobot ha dejado su traje de contacto a nuestro cuidado.

—¿Quieres decir que se ha ido solo? ¿Dónde está? ¿Adonde ha ido?

—Dijo que iba en busca del umbral de la consciencia —replicó Cetrespeó—. Puedo asegurarle que no tengo ni idea de qué pretendía decir con eso.

—¿Y dónde estás? ¿Y Erredós? ¿Está contigo?

—Estamos en algún lugar del núcleo interior del Vagabundo —dijo Cetrespeó—. Erredós dice que si vuelve a la cámara 229 podrá guiarle a partir de ahí para que consiga llegar hasta nosotros.

—Estaré allí dentro de tres minutos.

Pero Lando sólo había atravesado dos cámaras cuando el acceso que tenía delante se cerró justo cuando iba hacia él. Lando giró sobre sí mismo y vio que el acceso de atrás se había cerrado al mismo tiempo. Ninguno de los dos quiso responder al contacto de su mano. Los accesos del interespacio y el núcleo se mostraron igualmente recalcitrantes. Estaba atrapado.

—¿Está ocurriendo algo ahí, Cetrespeó? Las carreteras de esta zona han quedado bloqueadas de repente.

La única réplica fue un estallido de estática. Después la nave emitió un largo y prolongado gemido. La cámara tembló alrededor de Lando.

—Oh, no —murmuró Lando mientras sus ojos examinaban los límites de su prisión—. Han vuelto.

El gemido ahogado proseguía, y los temblores estaban empeorando. Los anillos luminosos que rodeaban los accesos se fueron oscureciendo lentamente hasta desaparecer. Lando, que había quedado sumido en la oscuridad, se vio bruscamente impulsado hacia el muro de la cámara.

«Esta vez sí que está virando realmente deprisa... El sistema de propulsión, sea cual sea, vuelve a funcionar al cien por cien.»

—La propulsión... ¡Oh, demonios! No, por favor... No lo intentes —le imploró a la nave—. No después de haber recibido unos impactos como esos...

El Vagabundo no le prestó la más mínima atención. Unos instantes después, con el gruñido rugiente y las violentas sacudidas alcanzando un nuevo y aterrador nivel de intensidad, la nave retorció el espacio real hasta que éste se abrió ante ella y luego se precipitó por la puerta del infinito.

Veintisiete horas después de que hubiera asumido la custodia de los restos qellas, Joi

Eicroth fue a la casa que el almirante Drayson tenía en la orilla norte del lago Victoria y le entregó tres tarjetas de datos que contenían la secuencia genética del cadáver.

El rostro de Drayson estaba muy sombrío, y el abrazo con que le dio la bienvenida no tuvo el calor habitual.

—Esperaba que me transmitirías las secuencias en un paquete de alta seguridad. —Se frotó los ojos—. De hecho, esperaba haberlas recibido hace horas.

—Eso fue antes de que descubriéramos lo largas que son esas secuencias. Habría necesitado casi tanto tiempo para codificar y transmitir el informe como el que he empleado en volar hasta aquí —dijo Eicroth, pasando junto a él para entrar en la gran sala—. Y entonces no habría podido volver a verte.

Drayson, con una sonrisa llena de cansancio intentando valerosamente llegar hasta sus labios, la siguió.

—¿Me estás diciendo que has encontrado algo sorprendente?

—Mucho —dijo Eicroth—. ¿A qué especie pertenecía esa criatura, Hiram? Me encantaría saber algo más sobre su etología y su nicho ecológico.

—Tengo a un pequeño equipo de investigación trabajando en esos temas ahora mismo —dijo Drayson—, y espero que pronto podré compartir sus hallazgos contigo. ¿Cuál ha sido la sorpresa? ¿Algo relacionado con la cantidad de material genético?

Eicroth se sentó en un sillón reclinable desde el que se podía contemplar el lago a través de la transparencia de aquel lado de la sala.

—Exactamente —dijo después de haberse sentado—. Esta especie tiene tres tipos distintos de células que contienen material genético, y aún podría haber más. Las células somáticas ordinarias tienen sesenta y dos cromosomas...

—Un número un tanto elevado, ¿no? —preguntó Drayson, tomando asiento sobre un banquito acolchado cerca de ella—. Continúa.

—Sí, desde luego. Pero ésa es la parte más pequeña del conjunto —siguió diciendo Eicroth—. Esta especie también tiene otras dos variedades de material genético almacenadas en dos estructuras distintas localizadas en dos partes distintas de sus cuerpos.

»Las he llamado cápsulas de código porque están encapsuladas dentro de una capa de proteínas sólidas. Hay miles de millones de esas cápsulas en los restos recuperados. Al principio estuve a punto de tomarlas por una infección parasitaria masiva..., y ésa es la razón por la que se me ocurrió echarles un vistazo.

—¿Y como cuánto de grandes son las cápsulas?

—Son grandes. Más o menos del tamaño de los mayores cristales de dióxido de silicio que puedas encontrar en tu playa, de hecho... —dijo Eicroth—. Pero tienen la misma forma ovalada del torso de la criatura. Necesité cinco horas sólo para averiguar cómo extraerlos de sus túbulos y abrirme paso a través de la capa de proteínas sin destruir el contenido..., y el contenido resultó ser material genético prácticamente sólido. —Señaló las tarjetas de datos—. Tu ADN y el mío juntos no llenarían ni una sola de esas tarjetas, y a duras penas si conseguí comprimir el genoma de esa criatura para que cupiera en tres de ellas.

Drayson bajó la mirada hacia los objetos que tenía en la mano.

—¿Esto es una sola copia? Pensaba que habías decidido usar el sistema de triplicar los resultados.

—Es una sola copia. Por lo que he podido ver, casi el cinco por ciento del peso del cuerpo de la criatura es material genético. Eso es algo que carece de precedentes.

—¿Y para qué necesita tanto material genético?

—Buena pregunta —dijo Eicroth—. No lo sé. Lo que sí sé es que ahí hay muchísimo más material genético del que la teoría de la información afirma que se necesita para definir y construir un organismo del tamaño y la complejidad del que me has traído.

—¿Como cuanto de más?

Eicroth entrecerró los ojos mientras reflexionaba en silencio.

—Puede que unas doscientas veces más.

—¿Y qué significa eso?

—No lo sé —replicó Eicroth con un encogimiento de hombros—. No disponemos del contexto. Quizá cuando tu equipo presente sus informes...

—Especula, por favor.

Eicroth frunció el ceño.

—Bueno... Nuestros cromosomas contienen un montón de historia biológica antigua bajo la forma de genes inactivos. Puede que esto sea algo similar, pero que abarque una historia mucho más larga o un sendero evolutivo mucho más tortuoso.

—¿Alguna otra idea?

—Una, y bastante extraña —dijo Eicroth, sonriendo como si quisiera pedirle disculpas por lo que iba a decir—. Quizá se deba a que empecé con la idea de que esas cápsulas de código eran parásitos, pero no paro de preguntarme de qué le sirven al organismo. La capa de proteínas sólo sirve para asegurar que se mantengan inertes. La analogía con el virus resulta tentadora..., de la misma manera que la analogía con las mitocondrias.

—Si tuvieras que emitir una hipótesis...

—Si tuviera que hacerlo, me atrevería a decir que casi parece como si esta especie llevara un catálogo gigante de diagramas genéticos escondido dentro de su cuerpo.

—¿Diagramas? ¿Y qué se podría construir con esos diagramas?

—No lo sé. Hay una especie de parentesco en las secuencias genéticas..., o por lo menos algo que puede ser identificado como tal. Bioquímicamente hablando, habría un parecido familiar.

—¿Qué me dices de la analogía con los fw'sens? —preguntó Drayson—. Creo que sólo se aparecen una vez, y que lo hacen antes de haber alcanzado la madurez sexual.

—¿Estás sugiriendo que podrían ser huevos fertilizados conservados dentro del cuerpo? No lo creo. Los túbulos de las cápsulas se encuentran totalmente separados de la anatomía de las células somáticas reproductivas —dijo Eicroth—. Es algo muy extraño, y no voy a fingir que lo entiendo.

Drayson asintió y se puso en pie.

—He de hacer unas cuantas cosas con esto —dijo, alzando las tarjetas de datos—. ¿Te quedarás?

La sonrisa de Eicroth se volvió un poco más luminosa.

—Si mi jefe está dispuesto a esperar un poco más antes de disponer de los resultados de la disección...

—Hablaré con él —dijo Drayson—. Oye, esto me mantendrá ocupado durante un rato antes de que pueda volver a subir aquí. Si no has tenido ocasión de cenar, ¿por qué no te preparas algo?

—¿Cuándo has comido por última vez?

Drayson meneó la cabeza.

—No tengo apetito.

Eicroth le conocía lo suficientemente bien para saber que no debía preguntarle por qué no tenía apetito.

—Veré si puedo encontrar algo para alimentar a dos personas —dijo, cogiéndole la mano y apretándosela suavemente—. Vuelve cuando puedas.

Los circuitos de control remoto quedaron desactivados en cuanto el *Dama Suerte* salió del hiperespacio.

—Se supone que eso no ha de ocurrir —dijo Pakkpekatt, enseñando los dientes y emitiendo un siseo ahogado.

Pakkpekatt estaba compartiendo la cubierta de vuelo del yate con Bijo Hammax.

—¿Qué es lo que se supone que no ha de ocurrir?

El agente Pleck apareció en la compuerta.

—El procedimiento habitual de las llamadas de baliza hiperespaciales consiste en que la nave que responde avise a la unidad que ha enviado la señal del momento en que va a saltar —explicó—. La baliza envía una señal de referencia local, y la nave va siguiéndola hasta las coordenadas del transmisor. Si la baliza responde enviando una señal de partida inmediata, entonces la nave que ha respondido al mensaje debería volver a saltar al hiperespacio sin perder ni un segundo.

—¿Y qué hacemos aquí cruzados de brazos? —preguntó Hammax—. Quizá nos han tendido una trampa.

—Quiero un barrido de contacto —ordenó Pakkpekatt.

—Enseguida —dijo Hammax, volviéndose hacia las pantallas de su consola—. Ahí fuera hay algo.

—Un análisis más detallado resultaría considerablemente más útil —dijo Pakkpekatt.

—Es grande —dijo Hammax—. Es mucho más grande que nosotros... Oiga, éste no es mi puesto habitual. Pleck, quizá sería mejor que ocupara la posición número dos.

Pleck ocupó el asiento casi en el mismo instante en que Hammax lo dejaba vacío.

—Contacto de nivel primario, tipo tres —dijo, leyendo los datos del tablero.

—Demasiado pequeño —dijo Pakkpekatt.

—El contacto está a dos mil metros de distancia.

—Dos mil... Oh, demonios, pero si estamos casi encima de ese lo que sea —dijo Hammax, volviéndose hacia el visor—. Deberíamos poder verlo con los ojos. Estoy seguro de que ellos sí pueden vernos —añadió, metiendo la mano en un cajón de almacenamiento para coger el controlador del cañón láser.

—El contacto está oscuro y frío, y va a la deriva. No hay ninguna clase de emisión identificada —dijo Pleck, y después frunció el ceño—. También hay unos cuantos restos esparcidos por esa zona. Hay algo que flota en el espacio y que podría ser un cuerpo.

—¿Nada que pueda ser el Vagabundo?

Pleck meneó la cabeza.

—Si estaba ahí, se ha ido.

—Que el Vagabundo se haya esfumado no significa necesariamente que el general Calrissian se haya esfumado con él —dijo Pakkpekatt—. Iremos a echar un vistazo. Tenga la bondad de activar sus sistemas de registro, agente Taisden.

El *Dama Suerte* avanzó lentamente hacia los restos del *Gorath*, moviéndose tan cautelosamente como si temiera despertar a los muertos. Cuando estaban a quinientos metros Pakkpekatt ordenó que encendieran los reflectores de proa, y un enorme cadáver metálico apareció repentinamente ante ellos.

—Es un crucero de combate de la clase *Impacto* —dijo Pakkpekatt.

—O lo fue —dijo Hammax—. Está destrozado.

—Esto no encaja con lo que vimos en Gmar Askilon —dijo Pleck mientras estudiaba las lecturas espectrales—. Esos efectos no han sido producidos por el arma que el Vagabundo utilizó contra el *Kauri* y el *D-89*. No encajan con nada de cuanto hay registrado en la base de datos.

—Lo sé —dijo Pakkpekatt.

Su expresión era indescifrable, y siguió siéndolo mientras pilotaba el *Dama Suerte* en un lento giro alrededor de los restos manteniéndose a una distancia de cien metros de ellos.

Hammax se quitó el casco de seguimiento antes de que el recorrido de exploración hubiera llegado a su fin.

—¿Qué supone que puede haber ocurrido si el transmisor quedó frito? —preguntó, volviéndose hacia el comandante de la nave—. Si Calrissian y su equipo estaban a bordo...

—Necesitamos una confirmación, coronel Hammax, no especulaciones.

—Ése es mi trabajo —dijo Hammax, asintiendo con la cabeza—. Iré a ponerme el traje.

Taisden soltó un repentino gruñido de sorpresa.

—Disculpenme, pero... Coronel Pakkpekatt, ¿le importaría echar un vistazo a la pantalla de avisos del comunicador?

Pakkpekatt hizo girar su sillón hasta dejarlo nuevamente encarado hacia los controles.

—¿Cuándo ha llegado?

—Ahora mismo —dijo Taisden—. ¿Ése es su código personal de comunicaciones, señor?

—No —dijo Pakkpekatt—. Qué interesante...

—¿Qué pasa? —preguntó Hammax, inclinándose hacia adelante por entre los sillones y apoyando una mano en cada uno de los respaldos.

Taisden señaló la pantalla con un dedo.

—Esa lectura nos avisa de que hay un despacho de la categoría estrella blanca y de naturaleza personal preparado para ser transmitido al coronel en cuanto lo aceptemos.

—Y ese tipo de comunicación sólo puede ser recibido a través de un hipercomunicador dotado de un nivel de seguridad militar —dijo Pakkpekatt.

—Creía que habíamos subido uno a bordo —dijo Hammax.

—Y lo hicimos, pero este mensaje no ha llegado a través de nuestro equipo —dijo Taisden—. Al parecer Calrissian tiene unas cuantas sorpresas más escondidas detrás de los paneles de servicio de esta nave.

—Hay algo más —dijo Pakkpekatt—. Fíjese en el tamaño del mensaje.

Hammax entrecerró los ojos.

—Alguien ha gastado un montón de energía para hacer volar semejante peso.

—Tiene que ser un error. Deberíamos enviar una solicitud de verificación —dijo Taisden—. Habría que confirmar cuál ha sido la estación de origen, el tamaño del paquete y la ruta seguida; o solicitar que lo redirigiesen hacia nuestro propio transductor de hipercomunicaciones.

—Hay una forma más sencilla de satisfacer nuestra curiosidad —dijo Pakkpekatt—. Me gustaría poder disponer de todo el puente durante unos momentos. Coronel Hammax, me ha

parecido entender que se disponía a ir a popa...

Hammax asintió.

—Necesitaré entre cinco y diez minutos —dijo, y después giró sobre sus talones y desapareció por la escotilla.

—Voy a hablar con Pleck —dijo Taisden, levantándose de su sillón—. Estaré en la cubierta de observación.

Aunque se había quedado a solas, Pakkpekatt se tapó la mano derecha con la izquierda mientras introducía su código de autorización y activó la modalidad privada del visor mientras leía la transmisión.

## CORONEL PAKKPEKATT

ASUNTO: AcnvAcrÓN DEL COMPLEMENTO P'W'ECK DE LA BELLA DAMA. ESPERAMOS SINCERAMENTE QUE ESTO PRESAGIE LA RESTAURACIÓN DE LAS RELACIONES PACÍFICAS CON EL MUNDO ANFITRIÓN Y LA RECUPERACIÓN DIPLOMÁTICA DE LA EXPEDICIÓN. EL DESPACHO CONTIENE CARTAS DE PRESENTACIÓN ADQUIRIDAS RECIENTEMENTE A UN GRAN COSTO. CONFIAMOS EN QUE LE ABRIRÁN ALGUNAS PUERTAS.

El sello y la marca de agua empleados por Inteligencia de la Flota parecían auténticos, pero el aviso no estaba firmado.

«Los amigos del general Calrissian... —pensó Pakkpekatt—. No deberían saber que estoy a bordo de esta nave, pero lo saben, y todavía están intentando dar con él.»

Pakkpekatt se golpeó suavemente las sienes con las garras de sus pulgares mientras intentaba decidir cuál iba a ser su respuesta. «Esas "cartas de presentación" sólo pueden ser el código genético de los qellas..., justo la clase de ayuda que solicité a través de los canales adecuados y que me fue negada cuando ordenaron regresar a la fuerza expedicionaria.»

En realidad no podía elegir. Unos cuantos movimientos de sus dedos sobre el teclado de la pantalla bastaron para que Pakkpekatt introdujera la autorización de envío y respondiera a su desconocido benefactor con un mensaje de confirmación para indicarle que podía transmitir, anotando la hora de a bordo mientras lo hacía. Dada su posición actual, el retraso de tránsito para un viaje de ida y vuelta a Coruscant debería ser de poco más de cuarenta minutos. Si la contestación llegaba demasiado pronto o demasiado tarde, Pakkpekatt sabría qué significado atribuir a ese hecho.

—¿Está preparado, coronel Hammax? —preguntó por el sistema de comunicaciones.

—Estaba repasando mi armamento, coronel.

—Muy bien. Agente Taisden, tenga la bondad de volver al puente. Agente Pleck, ayude al coronel Hammax en la escotilla. ¿Ha identificado algún sitio que le parezca más conveniente para entrar en la nave mientras hacíamos el recorrido exploratorio, coronel?

—Esas compuertas abiertas del otro lado parecían un sitio tan bueno como cualquier otro —respondió Hammax—. Usaré una carga de anillo para abrirme paso, y además eso me permitirá interponer un poco de casco entre la onda expansiva y mi traje.

—Muy bien —dijo Pakkpekatt, empuñando la palanca de maniobra del yate—. Le avisaré cuando estemos en posición.

El coronel Hammax no permaneció mucho tiempo a bordo del crucero. Quince minutos escasos después de que hubiera desaparecido entre las fauces de la compuerta de lanzamiento número ocho, ya estaba saliendo por la abertura de la compuerta de lanzamiento número cuatro. Hammax alzó la mano derecha en un gesto de saludo, manipuló los controles de su sistema de impulsión con la izquierda y empezó a cruzar los cien metros de vacío espacial que separaban el *Gorath* del *Dama Suerte* mientras flotaban el uno al lado del otro compartiendo el mismo vector.

Aunque el traje de incursión de Hammax estaba equipado con sistemas de voz, holográficos y de comunicación biomédica que combinaban la modalidad abierta con la conductiva, Pakkpekatt le había ordenado que observara un estricto silencio de comunicaciones a menos que tuviera que enfrentarse a alguna amenaza, y Hammax así lo había hecho. Eso hizo que su temprano regreso provocara una repentina e intensa curiosidad. Pleck y Pakkpekatt observaron su avance desde la cubierta de vuelo y Taisden lo hizo desde la cubierta de observación, y los tres le siguieron con la mirada mientras Hammax se dirigía hacia el yate, sabiendo que fueran

cuales fuesen las condiciones interiores nadie podía llevar a cabo una inspección completa de un navio de combate de cuatrocientos metros de longitud con tanta rapidez.

—Parece que se encuentra bien —dijo Taisden—. Quizá ha tenido algún problema con el equipo, o quizá ha tenido suerte y ha encontrado lo que estaba buscando nada más llegar.

—Si el coronel Hammax hubiera encontrado lo que había ido a buscar, ahora estaría regresando con dos bolsas para cuerpos —dijo Pakkpekatt, siguiendo el avance del traje espacial con la mira del cañón láser.

—Si continúa haciendo eso va a ponerle un poco nervioso, coronel —observó Taisden.

—Estupendo. Eso le ayudará a entender que yo también estoy un poco nervioso —replicó Pakkpekatt—. Vuelva a la escotilla y entretenga al coronel Hammax durante un rato con la operación de apertura hasta que me haya asegurado de que no ocurre nada raro.

Hammax rompió el silencio un instante después de que la compuerta exterior se hubiera cerrado, y lo hizo utilizando el transmisor conductivo de su traje.

—Está totalmente destrozada, coronel. Pero no cabe duda de que es una nave de Prakith.

Sus palabras dejaron bastante sorprendido a Taisden.

—Está muy lejos de casa para ser una nave de Prakith... ¿Está seguro?

—Pude leer las marcas de algunos mamparos. Es un pecio a la deriva, coronel. Nada funciona, y no hay ninguna señal de vida; he visto un montón de cadáveres, pero ninguno de ellos puede sernos útil.

—¿Había alguna señal de Calrissian?

—No —dijo Hammax—. Inspeccioné los dos bloques de detención; había un total de cinco cuerpos, y ninguno era humano. También inspeccioné el puente y la sección de mantenimiento, y no encontré androides de ninguna clase.

—¿Por qué ha decidido terminar la inspección tan pronto? Un crucero de la clase *Impacto* tiene doscientos cincuenta y ocho compartimentos.

—Dadas las condiciones de a bordo, coronel, una hora de búsqueda no me habría permitido averiguar más de lo que he averiguado en quince minutos —replicó Hammax—. Pensé que lo mejor que podía hacer era volver y permitir que fuera usted quien decidiera si debemos dedicarle más tiempo a esa nave. Si quiere que registre esos doscientos cincuenta y ocho compartimentos uno a uno, volveré por donde he venido y pondré manos a la obra.

—¿Debo entender que considera que el grupo de Calrissian no se encuentra a bordo de esa nave?

—No puedo afirmar con una certeza absoluta que el general no estuviera a bordo cuando estalló el globo —dijo Hammax—. Pero en mi opinión, necesitaríamos tener a todo un equipo de recuperación trabajando durante una semana para poder obtener una confirmación definitiva. Bien, ¿qué quiere que haga?

—Manténgase a la escucha, coronel Hammax.

Pakkpekatt se frotó las crestas de las sienes mientras echaba un vistazo a la pantalla de avisos del comunicador. El despacho de «Inteligencia de la Flota» todavía estaba entrando en los bloques de comunicación del *Dama Suerte*, desplegando sus secuencias con un índice de eficiencia transferidora que el sistema de comprobación de errores más sofisticado disponible situaba en el noventa y cuatro por ciento. Pero incluso a ese ritmo, los contadores predecían que se necesitarían veintitrés minutos más para completar la transferencia.

—Conferencia de evaluación con todos los puestos —dijo Pakkpekatt.

—Aquí Hammax.

—Aquí Taisden.

—Pleck, preparado.

—Creo que el escenario que reúne más probabilidades de explicar nuestros descubrimientos es el de que esta nave fue destruida por el Vagabundo mediante un arma no vista anteriormente. El Vagabundo probablemente habrá sufrido daños durante el enfrentamiento, y eso impulsó a Calrissian a hacer acudir su yate. Indiquen si están de acuerdo o no.

—Estoy de acuerdo —dijo Pleck.

—Estoy de acuerdo —dijeron Hammax y Taisden al unísono.

—Proposición: el grado de daños sufridos dictará la situación actual del Vagabundo. Si no ha sufrido daños excesivamente serios, habrá saltado al hiperespacio. Si ha quedado seriamente dañado, se habrá alejado por el espacio real, quizá para efectuar reparaciones. Si ha sufrido daños mortales, tal vez todavía se encuentre presente bajo la forma de un campo de restos no detectados.

Pleck y Hammax se mostraron de acuerdo.



—O tal vez haya intentado saltar al hiperespacio y se haya desintegrado durante el proceso —dijo Taisden—, en cuyo caso podría haber muy pocos restos que encontrar.

—Sí —dijo Pakkpekatt—. Disposición: permaneceremos en estas coordenadas mientras llevamos a cabo un examen en profundidad con la máxima apertura sensora posible para tratar de localizar al Vagabundo y hasta que hayamos examinado con más detenimiento el campo de restos. Coronel Hammax, esté preparado para efectuar posibles operaciones de recuperación de restos. Agente Taisden, tenga la bondad de volver al segundo asiento para supervisar el examen en profundidad.

Taisden llegó a la cubierta de vuelo en el momento en que Pakkpekatt estaba haciendo virar el *Dama Suerte* para apartar su proa del crucero.

—Dijo que había un posible cuerpo, ¿no?

—Sí, señor, y puedo localizarlo con bastante exactitud —dijo Taisden, reconfigurando las lecturas—. Mil doscientos metros, coordenadas dos-uno-cero más cuatro-cuatro, relativo. Pero hay una gran cantidad de restos mucho más pequeños entre él y nosotros.

Pakkpekatt reaccionó a esa información volviendo a activar los escudos de partículas para que pudieran apartar cualquier resto que se interpusiera en su camino.

—Tenga la bondad de iniciar su examen.

—Eso dispersará el campo —dijo Taisden—. El protocolo de recuperación estándar especifica que sólo hay que utilizar los deflectores, y que los escudos de partículas deben estar a cero.

—Ya lo sé —dijo Pakkpekatt—. Pero esto no es un navio de recuperación de chatarra, agente Taisden, y no nos ganamos la vida hurgando en los basureros del espacio.

Empujó la palanca hacia adelante y el *Dama Suerte* se fue alejando de la masa muerta del crucero destrozado. Un minuto bastó para que entraran en la nube de restos.

El «cuerpo» resultó ser un objeto muy curioso: lo que flotaba en el espacio delante de ellos era una esfera de superficie bastante rugosa que tendría un par de metros de diámetro, con un tercio de su superficie aparentemente ennegrecida y recubierta por una delgada capa de hielo muy frágil que ya llevaba mucho tiempo en estado de cristalización.

Pleck había ido a la cubierta de vuelo para poder verlo más de cerca.

—¿Creen que puede ser alguna clase de módulo de huida? —preguntó—. He oído decir que los grandes navíos de pasaje regular solían estar equipados con algo bastante parecido a las bolsas para casos de emergencia que utilizan las unidades de transporte militares... Ya saben, una especie de bola de lados blandos provista de un recuperador de respiración para que puedas sacar a la gente de una nave incapacitada sin necesidad de que se pongan un traje espacial.

Taisden meneó la cabeza.

—De momento todavía me estoy limitando a utilizar la modalidad pasiva de los sensores, pero tengo la impresión de que esa cosa es bastante sólida. Si el coronel me permitiera llevar a cabo un sondeo estroboscópico...

—No —dijo Pakkpekatt.

—Si es algo interesante debería dejarme salir al espacio para recuperarlo, coronel —dijo Hammax—. Si estamos hablando de dos metros, debería poder meterlo por la compuerta de carga.

—No —dijo Pakkpekatt—. No quiero que esa cosa entre en esta nave. Pero quiero saber de qué está hecha. Si no es un resto desprendido del crucero, entonces tal vez formara parte del Vagabundo.

—¿Y dice que está recubierto de hielo? —preguntó Hammax.

—La capa tiene un grosor de un centímetro —dijo Taisden, recalibrando sus sensores para que le proporcionaran lecturas más detalladas.

—El grosor parecería indicar que se trata de una capa de escarcha de tracción —dijo Hammax—. Sólo aparece en restos biológicos y únicamente durante un período de tiempo bastante corto, a menos que los restos estén congelados o que hayan perdido todo su contenido líquido. El diferencial de presión atrae el agua de las capas de la epidermis hacia la superficie, pero el agua empieza a helarse sobre la piel antes de que pueda evaporarse. El calor residual del cuerpo puede mantener en marcha el proceso durante algún tiempo, pero al final el hielo acaba evaporándose molécula a molécula.

—Entonces tal vez sí sea un cuerpo, pero no humano —dijo Pleck— ¿Qué opina, coronel?

Pakkpekatt echó otro vistazo al contador del sistema de comunicaciones.

—Muy bien, coronel Hammax. Averigüe si puede llevarlo hasta la cubierta de vuelo de cola. Creo que esa zona dispone de sujeciones para la carga, y así no tendremos que tomarnos la

molestia de convertir la cubierta de carga en una nevera hipotérmica...

—Un momento —dijo Taisden, inclinándose hacia adelante para contemplar las pantallas con el ceño repentinamente fruncido—. Tengo una alarma de contacto dentro del examen en profundidad. Algo viene hacia aquí, coronel Pakkpekatt, y se aproxima muy deprisa.

—Veo que está adquiriendo todas las malas costumbres del coronel Hammax —dijo Pakkpekatt con un siseo—. ¿De qué clase de contacto se trata?

Taisden meneó la cabeza.

—Su proa está dirigida hacia nosotros y todavía se encuentra muy lejos de aquí. Está a..., a unos novecientos mil kilómetros —dijo—. Tardaré un poco en poder darle más detalles incluso contando con este equipo. —Hizo una pausa y golpeó suavemente la consola con las yemas de los dedos—. Por otra parte, si el contacto tiene algún tipo de relación con el crucero de Prakith hecho pedazos que hay detrás de nosotros, probablemente vendrá con las luces de no-me-dispares encendidas.

—Transductor de combate —dijo Pleck—. Sí. Las lecturas están por encima de los cuarenta... Es un resultado bastante común en los diseños de la clase Imperial, y no creo que los prakithianos sean unos candidatos muy probables en lo que respecta a introducir demasiadas modificaciones.

—Lo tengo... Cuarenta y cuatro dos para referencia futura. Sin codificar, pero en prak. —Taisden soltó un gruñido—. Parece como si el general Calrissian hubiera solicitado todo el equipamiento adicional posible cuando compró este yate. El sistema me está proporcionando una traducción simultánea... ¡Ja!

—¿Qué ocurre?

A pesar de la seriedad del momento, Taisden no pudo reprimir un breve ataque de risa, que hizo temblar su cabeza mientras intentaba evitar que las carcajadas salieran de su boca.

—Nos dirigimos hacia una cita con, y repito la traducción palabra por palabra, «El valeroso y eternamente vigilante destructor de patrulla *Tobay* de la Gran Armada imperial del Protectorado Constitucional de Prakith, en agradecido y leal servicio a Su Gloria, el poderoso y audaz gobernador vitalicio Foga Brill».

—Supongo que ahora dejarás de pensar que tu comandante de sección siempre se está dando aires de grandeza —dijo Pleck, dándole una palmada en el hombro—. ¿Crees que la armada de Prakith celebra muchas competiciones de autobombo público?

Pakkpekatt interrumpió el intercambio de bromas para dejar bien claro el único detalle que le interesaba.

—Es un destructor de patrulla imperial de la clase Adz. El armamento primario está formado por tres baterías cuádruples de cañones láser de la clase D y tres baterías iónicas duales de la clase B.

—A juzgar por lo que acabo de oír, me parece que está muy claro que no queremos seguir aquí cuando llegue —dijo Hammax—. ¿Sigue queriendo que vaya a recuperar ese objeto, coronel?

Pakkpekatt miró a Taisden.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—No llega a los seis minutos, aunque el contacto pronto tendrá que empezar a reducir su velocidad actual. Digamos que unos ocho minutos en total.

—No hay tiempo suficiente, coronel Hammax —dijo Pakkpekatt—. Salga de la escotilla. Necesito que se ocupe del sistema de control del armamento.

—Discúlpeme, coronel, pero... —empezó a decir Taisden.

—¿Qué pasa?

—Coronel, esta nave tal vez conozca la situación lo suficientemente bien como para no llegar a pensar que somos los responsables de ese cambio de decoración y mobiliario tan altamente radical que ha sufrido el crucero, pero no cabe duda de que querrán averiguar qué sabemos. Recomendando que saltemos al hiperespacio antes de que estén demasiado cerca de nosotros.

—Tomo nota de su recomendación —dijo Pakkpekatt—. Sin embargo, y dado que estamos recibiendo un despacho de nivel crítico enviado por Inteligencia de la Flota, no podremos saltar al hiperespacio hasta dentro de... —Pakkpekatt se inclinó hacia adelante para leer los datos de la pantalla—, de diez minutos.

Pleck y Taisden intercambiaron una rápida mirada.

—¿Alguien sabe cuál es la velocidad máxima que puede alcanzar un destructor de patrulla de la clase Adz?

—Cero coma cincuenta y cinco —dijo Pakkpekatt.

—¿Y qué velocidad máxima puede alcanzar este yate?

—No lo sé —dijo Pakkpekatt—. Agente Taisden, avíseme cuando el contacto altere su velocidad.

—Podríamos escondernos en la zona de sombra para los sensores que proyecta el crucero —dijo Pleck.

—Es lo que tengo intención de hacer —dijo Pakkpekatt, moviendo la palanca en un suave desplazamiento que hizo virar el yate hacia babor—. Pero no podré seguir haciéndolo durante mucho rato.

—Si nos ven quizá decidan aproximarse yendo un poco más despacio —dijo Taisden—. Sólo necesitamos un par de minutos.

Hammax apareció en la compuerta y empezó a usar los dedos para alisar su cabellera, que todavía estaba un poco despeinada a causa del casco.

—Un destructor de patrulla lleva seis cazas a bordo —observó—. Podrían permitirse el lujo de hacer las dos cosas a la vez: pueden lanzar los cazas al espacio para que nos persigan y acercarse a los restos yendo despacio y sin ninguna necesidad de apresurarse.

—¿Sabe alguien de qué clase de cazas disponen las naves de Prakith? —preguntó Pleck, frunciendo el ceño.

Nadie respondió a su pregunta.

—El contacto está reduciendo la velocidad —dijo Taisden—. Parece que ha detectado la presencia de los restos del crucero. Coronel, los restos van a eclipsar el contacto dentro de unos segundos...

—Avíseme cuando eso ocurra.

—Está a punto de suceder... Maldición. Lanzamiento de cazas, dos pájaros.

—Excelente —dijo Pakkpekatt, empujando hacia adelante los controles de velocidad del yate hasta ponerlos al máximo. La repentina aceleración hizo que Hammax saliera despedido al pasillo y derribó a Pleck, que chocó con el mamparo trasero de la cubierta de vuelo—. Les sugiero que vayan a la litera de vuelo más próxima y que se pongan el arnés de seguridad. Tal vez necesitemos llegar a descubrir no sólo qué velocidad puede alcanzar el yate espacial del general Calrissian, sino también hasta qué punto es capaz de maniobrar con agilidad.

Pleck se levantó del suelo, pasó junto a Hammax y fue hacia la popa. Hammax avanzó y alargó las manos hacia el controlador del sistema de armamentos.

—Ya puede guardarlo —dijo Pakkpekatt—. He retraído el cañón láser. Esto es una carrera, no una batalla. Saltaré al hiperespacio antes que permitir que nos capturen..., pero estoy dispuesto a correr unos cuantos riesgos con tal de poder recibir todo el despacho.

—¿Qué contiene ese despacho para que sea tan importante? —preguntó Hammax.

—El código que permitió que esta nave atravesara los escudos del Vagabundo en Gmar Askilon...

—Pero ya disponemos de esa información.

—... y el código que habría permitido que el *D-89* cruzara esos mismos escudos —siguió diciendo Pakkpekatt—. Cuando el Vagabundo vuelva a hacernos una pregunta, sabremos qué respuesta darle.

—Si es que volvemos a ver al Vagabundo —dijo Hammax con un fruncimiento de ceño.

—Estoy seguro de que así será.

—El *Tobay* está transmitiendo —dijo Taisden.

—No tengo nada de qué hablar con los prakithianos —replicó Pakkpekatt.

—Quizá podría conseguir que nos proporcionaran alguna información..., como por ejemplo si el Vagabundo ha estado aquí.

—No necesitamos ninguna confirmación de ello —dijo Pakkpekatt—, y no voy a correr el riesgo de proporcionarles ninguna clase de información. —Bajó la mirada hacia las pantallas—. El general Calrissian tiene una nave muy veloz. ¿A qué distancia se encuentran los cazas?

—A cien mil metros, y se están desplegando muy deprisa —dijo Taisden—. No sé quién se encarga de esas cosas a bordo del *Tobay*, pero sea quien sea, parece haber olvidado que los TIE tienen motores de impulsión iónica combinados con un sistema de electricidad solar. No nos atraparán. Alguien más se ha dado cuenta de ello..., porque el *Tobay* está empezando a acelerar.

—Demasiado tarde —dijo Hammax—. Su capitán ha optado por la elección equivocada.

—Sí —dijo Pakkpekatt, y sus dientes del orgullo relucieron en su boca—. Así es.

—Tres minutos más —dijo Taisden—. Si me dice adonde iremos a continuación, empezaré a preparar los saltos. ¿Volvemos a Carconth y a la Anomalía 1033?

—No —dijo Pakkpekatt—. He estado pensando en lo que nos ha ocurrido; un sistema de

anulación automatizado nos ha traído hasta aquí, ¿verdad? Bien, pues me he estado preguntando qué habrían hecho los qellas si, después de haber lanzado esa nave, hubieran encontrado alguna razón para querer recuperarla.

—Eso suena a la típica carta que quieres tener guardada en la manga —dijo Hammax—. ¿En qué está pensando, coronel?

—Estoy pensando que deberíamos ir a Maltha Obex, al punto de origen del Vagabundo —dijo Pakkpekatt—. Dejaremos una baliza hiperespacial allí y transmitiremos las secuencias que acabamos de recibir.

—Quiere llamar al Vagabundo para que vuelva a casa —dijo Hammax.

Un repentino optimismo iluminó el rostro de Taisden.

—Podemos usar toda la parrilla de comunicaciones de la Nueva República como repetidor para difundir nuestra señal por el espacio real con la frecuencia que el Vagabundo usó para interrogar a nuestras naves en Gmar Askilon.

Pakkpekatt inclinó la cabeza para asentir a la manera humana.

—Y después esperaremos su llegada. Quién sabe... Si el nombre de este yate fue elegido con tanto acierto como su equipamiento, puede que el Vagabundo oiga nuestra llamada y venga a nosotros. Las probabilidades de que así sea deben de ser aproximadamente las mismas que las de que nos tropecemos con el Vagabundo por casualidad mientras vamos buscando a tientas..., y ya estoy harto de ir persiguiendo sombras y ecos a través de los años luz.

Lando Calrissian masculló una maldición mientras se arrastraba por el estrecho pasadizo interior hacia el lugar en el que Erredós le había indicado que podría encontrar a Lobot.

El ciborg se había negado tozudamente a regresar al punto en el que estaban esperando los andróides, lo cual había obligado a Lando a quitarse el traje de contacto e ir en su busca. Pero los pasadizos eran tan claustrofóbicos como tortuosos, y resultaba bastante difícil encontrar espacio suficiente para mover los codos y suficientes puntos de agarre en la superficie para que las puntas de los dedos de las manos y los pies consiguieran mantenerle en movimiento. Aquel laberinto habría resultado totalmente infranqueable en condiciones de gravedad normal, al menos para un humano.

—¡Lobot! —gritó para anunciar su llegada—. ¿Qué me dirías de echarme una mano?

—Creo que estás bastante cerca de mí —respondió la voz de Lobot, que parecía encontrarse muy lejos—. Sigue adelante.

—¿Qué estás haciendo ahí dentro? ¿Te has quedado atascado y te da vergüenza admitirlo?

—Estoy muy ocupado.

—¿Ocupado con qué? —Cuando su pregunta fue respondida con lo que parecía ser un silencio altamente elocuente, Lando decidió cambiar de tema—. Ya sabes que hemos saltado, ¿no?

—Sí.

—Y aunque fuera meramente por casualidad... Bueno, supongo que no habrás tenido nada que ver con ello.

—No.

Un empujón más con los dedos de los pies llevó a Lando hasta un punto en el que los dos pasadizos se unían para convertirse en uno solo.

—Ese salto no me ha gustado nada —dijo, deteniéndose allí—. Ha habido un montón de temblores y crujidos que no habíamos oído anteriormente.

—El Vagabundo había sufrido daños muy serios.

Lando reanudó su avance en la dirección de la que llegaba la voz.

—Sí, vi unos cuantos. ¿Te encuentras bien, viejo amigo?

—Estupendamente.

—¿De veras? Pues lamento tener que decirte que tu voz suena un poco rara.

—Estoy ocupado.

—Ya volvemos a empezar con eso de que estás muy ocupado... —dijo Lando—. Bueno, si todo va bien, habría sido un detalle de cortesía por tu parte que hubieras respondido a los mensajes que Erredós te envió en mi nombre. Podrías haberme ahorrado lo que se está convirtiendo en una larga y pesada ascensión.

—Imposible.

—¿Qué es imposible?

Hubo un largo silencio.

—¿Lobot?

—El replicar. El canal estaba siendo utilizado.

Por lo menos la voz de Lobot estaba empezando a prometer que Lando quizá podría verle en cuanto hubiera dejado atrás la próxima curva del pasadizo.

—Si hay alguna razón por la que no deba reunirme contigo, quizá podrías explicármela ahora.

—No hay ninguna razón. Sigue avanzando. Ya estás muy cerca.

—Eso ya lo habías dicho antes.

—No estaba escuchando con mis oídos.

—Por supuesto —dijo Lando—. Yo cometo ese error continuamente.

Después se detuvo, sacó el desintegrador industrial del bolsillo de su traje de vuelo en el que lo había guardado y deslizó la correa de la culata alrededor de su muñeca.

—No necesitarás eso —dijo Lobot.

Lando irguió la cabeza. Seguía sin haber ni rastro de Lobot en el tramo de pasadizo que se extendía por delante de él.

—¿Me estás espiando, viejo amigo?

La respuesta de Lobot volvió a tardar unos momentos en llegar.

—Somos conscientes de tu presencia.

Lando respiró hondo y después estiró los brazos y pegó las palmas de las manos a la superficie interior del pasadizo, reanudando con una nueva decisión la torpe combinación de reptar y flotar que había estado utilizando para avanzar.

—Tendrás que disculpar el que me presente de esta manera sin haber sido invitado... Pensaba que no tenías compañía —dijo mientras seguía avanzando—. Espero que pueda contar con que te encargarás de hacer las presentaciones.

—Sí. Un poco más adelante, Lando.

El pasadizo describía una brusca curva que ocultaba lo que había más adelante. Lando permitió que su mano empuñara el desintegrador antes de doblar el recodo. Después se fue deslizando poco a poco por el pasadizo, utilizando un pie para pegar la espalda a la pared mientras descifraba lo que estaba viendo.

La siguiente sección del pasadizo describía una suave curva que limitaba su campo visual a unos veinte metros por delante de él. Pero en aquellos veinte metros había un mínimo de cincuenta pasadizos laterales más pequeños que se unían al conducto principal. Las aberturas tenían un aspecto vagamente arrugado y orgánico, y los pasadizos laterales estaban sumidos en la oscuridad; la pálida claridad que iluminaba el conducto principal parecía detenerse allí donde los pasadizos laterales se unían a él.

Lando siguió avanzando cautelosamente y dirigió el haz luminoso de su linterna hacia el interior del primer pasadizo lateral. El ramal quedaba completamente bloqueado a dos metros escasos de la entrada, por lo que parecía ser una especie de tapón redondeado de un color un poco más claro que el de las paredes circundantes. Aquella configuración hizo que Lando pensara en misiles reposando dentro de sus tubos de lanzamiento, o en módulos de ataque inmóviles dentro de sus conductos de disparo.

Lando giró en el aire y dirigió su luz hacia otro pasadizo lateral, y después la dirigió hacia el siguiente y el de más allá. Todos estaban bloqueados —«No, no están bloqueados. Están llenos», pensó Lando— de la misma manera por objetos elipsoidales potencialmente lo bastante grandes para contener y aprisionar a un ser humano.

—¿Dónde estás, Lobot? —preguntó Lando en voz baja y suave.

—*Molo nag aikan nag molo kron aikan sket...*

La voz de Lobot, que sonaba tan átona y falta de inflexiones como si estuviera hablando en sueños, procedía de un pasadizo lateral que se encontraba a unos cuantos metros de distancia. Lando siguió impulsándose hacia adelante con una sola mano hasta que llegó a él y después dirigió el haz de su linterna hacia el interior del pasadizo, iluminándolo sin ninguna advertencia previa.

Lobot estaba flotando dentro del pasadizo, con los pies vueltos hacia Lando y la cabeza junto al objeto que obstruía el conducto. Cuando la intensa claridad de la linterna cayó sobre el rostro de Lobot, el ciborg alzó una mano, cerró los ojos y volvió la cabeza como si quisiera escapar de la luz. El movimiento permitió que Lando se encontrara ante una visión tan inesperada como sorprendente. El lado derecho de la cabeza de Lobot se hallaba desnudo, y allí donde había estado la banda de conexión sólo había una franja de piel más blanca y el dibujo de agujeros formado por las tomas.

—¿Qué ha pasado, Lobot?

—... *aida kron molo sket aikan sket tupa vol...*

Lando se acercó un poco más, agarró a Lobot por un pie y lo sacudió.

—Eh, chico... Vuelve a mi mundo, ¿quieres?

Lobot se encogió al sentir su contacto y apartó el pie con una brusca contracción, pero puso fin a su recitado.

—O empiezas a hablarme ahora mismo o tendré que sacarte de ahí —dijo Lando—. Quizá será mejor que te saque de todas maneras...

—¡No!

La vehemencia con que fue lanzada al aire la palabra contenía una parte de pasión y una parte de miedo. Al mismo tiempo, las manos de Lobot salieron disparadas hacia los lados del pasadizo para chocar con ellos, y sus dedos se hundieron en la sustancia que los formaba cuando ésta cedió para proporcionarle un par de sólidos agarraderos.

Y sólo entonces, cuando los brazos de Lobot dejaron de obstruir el campo visual de Lando, le fue posible entender lo que estaba ocurriendo. La mitad de la banda de conexión de Lobot seguía ocupando su posición habitual sobre la sien izquierda del ciborg, pero la otra mitad estaba adherida a la curva del objeto que se alzaba más allá de él. Una red de cables muy finos que tendrían la longitud de la mano de Lando unía las dos mitades de la banda de conexión a modo de ancla.

—Por todas las estrellas... Has encontrado una manera de hablar con el Vagabundo.

Una sonrisa fue apareciendo poco a poco en los labios de Lobot.

—Sí.

—¿Con el Vagabundo o con esas cosas?

—No existe ninguna distinción.

—¿Es una criatura inteligente?

—Es consciente de su existencia. —Lobot abrió los ojos y miró a Lando por primera vez desde que éste había entrado en el pasadizo—. Tendré que acordarme de discutir este asunto con Cetrespeó. Quizá ahora tenga mejores respuestas que darle.

Lando se retorció hasta que su cuerpo quedó atravesado en la entrada del pasadizo lateral.

—¿Qué clase de conversación estabais manteniendo?

—Está dispuesto a darme información. No me cederá el control.

—Pregúntale adonde vamos esta vez.

—Está herido y sufre grandes dolores —dijo Lobot—. Creo que vuelve a casa.

Lando asimiló esa información en silencio durante unos momentos y después señaló el fondo del pasadizo con el haz de su linterna.

—¿Qué son esas cosas? ¿Son huevos, quizá?

—No son huevos. Son qellas —dijo Lobot—. La nave es el huevo.

Bañados por el potente resplandor de los muchos soles del cúmulo, tres navíos de combate de la Nueva República entraron en el sistema estelar ILC-905 en la formación conocida como triángulo de elevación delantera.

En la punta, a quinientos kilómetros por delante de las otras naves, se hallaba el navío de exploración *Folna*, con todas sus altamente sensibles antenas examinando el espacio en todas direcciones hasta el límite de su radio de acción. Ocupando la posición de flanqueo había otra nave del mismo tamaño, la cañonera *Vanguardia*. En la posición de ancla, volando en paralelo al *Vanguardia*, estaba el navío que ostentaba el mando del grupo de patrulla: el crucero *Indomable*, mandado por el comodoro Brand.

Aunque el oficial de sensores del *Folna* estaba informando de que todas sus pantallas se encontraban despejadas, los sistemas de armamento primarios y secundarios de la cañonera y el crucero se hallaban preparados para entrar en acción, y mantenían los acumuladores a media carga, las bobinas de puntería calientes y las dotaciones continuamente presentes en una rotación ininterrumpida de turnos de dos horas. Además, tres de los cinco escuadrones del *Indomable*, el Grupo Rojo de bombarderos ala-K incluido, estaban aprovisionados y alineados para el despliegue, con sus pilotos montando guardia junto a ellos.

Sólo harían falta doce segundos para que los acumuladores de las baterías alcanzaran su nivel de carga máxima. Treinta y cinco segundos después de que las bocinas sonaran en los hangares, los primeros alas-E despegarían de la cubierta de vuelo del *Indomable*.

O en el caso de que Brand creyera que la ley de las probabilidades estaba en su contra, una sola palabra suya —y noventa segundos para energizar el sistema de hiperimpulsión hasta su nivel de máxima potencia— bastaría para que las tres naves virasen en redondo y saltaran a la seguridad del hiperespacio.

A pesar de todas aquellas precauciones, la tensión era claramente palpable a bordo de las tres naves. En el puente del *Indomable* ya había alcanzado un nivel casi insoportable. El grupo de patrulla estaba buscando al enemigo en su propio territorio, y Brand pensó que la suerte podía jugarles una mala pasada permitiendo que lo encontraran.

O, peor aún, permitiendo que el enemigo los encontrara a ellos...

Cualquier patrulla espacial siempre contenía una dosis de riesgo imposible de eliminar, ya que siempre cabía la posibilidad de que fueran vistos por un enemigo al que no podían ver. En su caso, ese riesgo quedaba multiplicado muchas veces por la riqueza de los campos estelares del Cúmulo de Koornacht.

Incluso contando con los mejores instrumentos disponibles, un Destructor Estelar de la clase Imperial que estuviera desplazándose sobre el telón de fondo de las emisiones de una estrella de primera magnitud resultaría totalmente indetectable a una distancia de sólo seis mil kilómetros. Una nave del tamaño del *Vanguardia* podía acercarse hasta sólo trescientos kilómetros sin ser localizada. Cualquier descuido, cualquier error de evaluación, cualquier deficiencia en los sistemas..., y esos márgenes se reducirían todavía más.

Los métodos de vigilancia activos —una emisión láser, un rebote del radar— podían eliminar esa vulnerabilidad y separar una nave cercana de una estrella. Pero esos métodos también creaban su propia vulnerabilidad, porque anunciaban su presencia de una manera tan clara como un grito en la noche.

Los sensores activos del grupo de patrulla estaban silenciosos, tal como lo habían estado durante las entradas en los últimos nueve sistemas. Brand confiaba en la pericia de los siete oficiales sentados en los puestos de vigilancia pasiva del centro de detección sumido en la penumbra del *Folna* que, en la jerga de la nave, era conocido como la jaula de los bichos.

«Ojos agudos y mentes despejadas —pensaba Brand mientras iba y venía por el puente del *Indomable*. La catástrofe de Doornik-319 ya les había dejado en una situación suficientemente incómoda—. No debe haber más sorpresas. No debe haber más errores.»

—Preste más atención a sus lecturas, teniente —dijo secamente, deteniéndose detrás de un oficial hraskkisiano e inclinándose hacia adelante para señalar la consola con un dedo—. Tiene un amarillo en su tablero de comprobaciones.

—Estoy en ello, señor.

—El duodécimo planeta entrará en nuestro campo de vigilancia dentro de un minuto —anunció uno de los especialistas en detección del crucero.

Brand se irguió y se volvió hacia los visores delanteros.

—¿Cuál es nuestra velocidad actual, timonel?

—Ya estamos empezando a notar la ayuda de la gravedad estelar de una forma mensurable, comodoro. La velocidad básica es un tercio de la habitual en el despliegue de formación.

—No altere la trayectoria y no reduzca la velocidad —dijo Brand, dejándose llevar por un impulso repentino y alterando el procedimiento que habían estado utilizando en el pasado—. Me da igual lo que digan los ingenieros del departamento técnico: sigo estando convencido de que las toberas de frenado emiten mucha más luz de lo que afirman ellos —añadió—. Esta vez nos conformaremos con ser una roca.

—¿Qué clase de formación desea adoptar durante la entrada, señor?

—Lo más desperdigada posible, porque dejaremos que las naves sigan sus cursos actuales. Dadas las circunstancias, no creo que eso tenga demasiada importancia... Notifique las nuevas órdenes al resto del grupo.

—Sí, señor.

Cuando el grupo de patrulla se estaba aproximando al sexto planeta, la gravedad de la estrella ILC-905 —con un poco de ayuda secundaria prestada por los planetas exteriores del sistema— ya había aumentado la velocidad del grupo hasta situarla en el cuarenta y uno por ciento del estándar de formación.

El coronel Foag, tan perplejo como irritado, había comunicado su disgusto hacía ya un buen rato desde la jaula de bichos del *Folna* mediante un láser de nave a nave.

—Está reduciendo nuestro radio de seguridad —se había quejado—. Cuanto más deprisa vayamos, más presión tendrá que soportar mi gente... Con el efecto combinado del lapso de análisis y sus tiempos de reacción, estamos perdiendo un mínimo de entre mil y mil doscientos kilómetros. ¿A qué viene tanta impaciencia?

—No es impaciencia, coronel Foag. Me limito a introducir unos pequeños ajustes en el reparto de probabilidades —había replicado Brand—. Ya sé que si los chicos de detección dirigieran este espectáculo efectuaríamos la entrada a un décimo de la velocidad de formación estándar, con los motores fríos y un noventa por ciento de los sistemas de la nave desactivados.

Cuando Brand preparó su informe de misión algún tiempo después, pudo permitirse subrayar el hecho de que todas las naves destruidas durante el reconocimiento en masa del cúmulo estaban haciendo pasadas a velocidad constante a través de los sistemas que les habían sido asignados como objetivos.

*... lo cual sugiere que las parrillas de sensores yevethanas son capaces de detectar incluso naves muy pequeñas cuando están siguiendo un perfil de vuelo que requiere el uso de las toberas de frenado y de maniobra...*

Pero la verdad era que en el momento inmediatamente anterior a su orden de cambiar el procedimiento, Brand había experimentado una súbita e inexplicable punzada de temor. Procedía de una tribu que sentía tanto respeto por el instinto como por la razón, y había tratado ese miedo como una información más..., y la única respuesta que tenía disponible en ese momento era la de hacer que la entrada del grupo en el sistema fuera lo más sigilosa posible incluso si eso creaba nuevas dificultades a la tripulación de Foag.

Brand ya había hecho exactamente lo mismo en situaciones de combate muchas veces, y había corrido riesgos para obedecer un impulso al que no había encontrado una justificación hasta más tarde. Eso le había llevado hasta su rango actual de comodoro y había llenado su historial de felicitaciones y menciones honoríficas. También garantizaba que nunca ascendería por encima del rango de comodoro, ya que las conclusiones descalificadoras de las juntas de revisión incluían comentarios como «demasiado errático para que otros oficiales superiores puedan confiar en él» y «excesivamente impulsivo y temperamental».

Aun sabiendo todo eso, Brand ni podía ni quería cambiar su forma de actuar. Respetar sus corazonadas le había salvado la vida en más de una ocasión..., y Brand ya había tenido que ponerse el uniforme de gala para asistir a los funerales de un buen número de oficiales que seguían el reglamento al pie de la letra, y entre los que había demasiados amigos suyos.

El grupo de patrulla estaba dejando atrás el quinto planeta cuando Brand abandonó el



puesto para llevar a cabo una rápida gira de inspección de los puestos de combate del *Indomable* sin avisar a nadie de lo que pensaba hacer.

Para aquel entonces la tripulación ya llevaba catorce horas seguidas en el nivel de alerta de conflicto amarillo, y el cortante filo inicial de su vigilancia había sido embotado por la fatiga y el aburrimiento. A medida que más y más tripulantes iban llegando a la conclusión de que el ILC-905 estaba limpio, las conversaciones de naturaleza personal, las risas e incluso algunas bromas subidas de tono se fueron infiltrando poco a poco para alterar la atmósfera general en las baterías artilleras y las cubiertas de vuelo. El conflicto amarillo corría un serio peligro de ser tratado igual que cualquier otra guardia, y podía llegar a ser considerado como una más de las apacibles rutinas habituales en un navio de guerra.

La visita de Brand puso fin a todo eso. El comodoro recorrió un puesto de control tras otro como una ducha fría, y la nerviosa inquietud que sentía se fue extendiendo de un hombre a otro con la implacable rapidez de una enfermedad contagiosa.

—Nos aproximamos al cinturón de asteroides —dijo mientras contemplaba el espacio por una mirilla de artillería—. Estás preparado, ¿verdad, hijo? Tienes que estar más preparado que ellos.

Brand reanudó su ronda después de haber obtenido una promesa.

—Nos aproximamos al cinturón de asteroides —dijo, metiendo la cabeza en la carlinga de un caza—. ¿Dispone de todo lo que necesita para hacer su trabajo, teniente? Ya sabe que un solo piloto puede significar la diferencia entre la victoria y la derrota.

Brand añadió un nuevo juramento a su colección y siguió adelante.

Tardó menos de una hora en volver al puente, y como residuo de su veloz recorrido de inspección dejó tras de sí la convicción de que el comodoro sabía algo que los demás ignoraban..., y que pronto iba a ocurrir algo.

Brand no sabía qué iba a ocurrir. Pero cuando algo ocurrió de repente no se sorprendió en lo más mínimo.

Como era habitual en muchos sistemas de una sola estrella, el ILC-905 tenía un anillo de asteroides entre el planeta rocoso situado más hacia el exterior y el gigante gaseoso que ocupaba su centro: el anillo estaba formado por los restos de un proyecto de planeta que nunca había llegado a realizarse y que había sido desintegrado por el colosal campo gravitatorio de la estrella.

Como era habitual en la mayoría de anillos de asteroides, la densidad de aquel no era muy elevada. Sólo constituía un obstáculo menor para la navegación, y era un mal sitio para esconder nada que fuese más grande que un probot. A pesar de lo que había ido diciendo durante su recorrido de inspección, Brand no esperaba encontrar un astillero imperial escondido allí.

Y tampoco esperaba que un navio de impulsión yevethano surgiera del hiperespacio prácticamente delante de ellos y a sólo seis millones de kilómetros de la periferia del anillo de asteroides.

El intensísimo destello estroboscópico conocido como radiación Cronau hizo que la nave fuera claramente visible no sólo en las pantallas del centro de detección del *Folna*, sino que también dibujó su presencia en el resto de pantallas de la nave. Las alarmas empezaron a sonar en todas las cubiertas mientras Brand elevaba el nivel de alerta a conflicto naranja.

—¿Cuál ha sido la variación de fase? —preguntó, levantándose de un salto.

—No ha habido variación de fase —respondió el oficial de seguimiento—. Se está alejando de nosotros.

—¿Y adonde va?

El navegante volvió la cabeza para responder.

—Si tuviera que emitir alguna conjetura al respecto... Yo diría que va hacia el tercer planeta, igual que nosotros.

—¿Qué probabilidades hay de que nos hayan detectado?

El oficial táctico se inclinó sobre la mesa de trayectorias y estudió las geometrías.

—Muy pequeñas, en mi opinión. Si hubieran estado avanzando por el espacio real a velocidad de crucero como hacíamos nosotros, no podríamos haberlos detectado a tanta distancia. Que salieran del hiperespacio justo delante de nosotros... Bueno, yo diría que ha sido un golpe de suerte realmente increíble.

—Quizá no —dijo Brand. Se volvió hacia el visor, cruzó los brazos encima del pecho y contempló el resplandor de ILC-905 durante unos momentos—. Si han trasladado uno de los astilleros a ese sitio, habrán creado unas cuantas líneas de aprovisionamiento muy largas. Puede que estemos en el centro de una ruta espacial muy popular.

—Podría ser, señor —admitió el oficial táctico—. Siempre que estén intentando utilizar el astillero en vez de limitarse a esconderlo, naturalmente...

Brand asintió.

—Comunicaciones.

—¿Sí, señor?

—Avisa al *Intrépido* de que tenemos un contacto del tipo-I yevethano y proporciónales nuestras coordenadas. Dígales que vamos a hacer nuevas investigaciones. Timonel...

—¿Sí, señor?

—Reduzcamos un poquito la distancia que nos separa de ellos. Quiero un diez por ciento de impulsión hacia adelante hasta que hayamos salido del anillo de asteroides. Vamos a seguir su vector de entrada.

Aproximadamente una hora después, la nave yevethana inició una larga maniobra de frenado que terminó haciéndola desaparecer detrás de la curvatura del tercer planeta. Para aquel entonces el grupo de patrulla ya sólo estaba a medio millón de kilómetros de ella, con lo que el planeta había quedado dentro del radio de alcance de sus sistemas sensores.

—¿Alguna señal de que haya algo en órbita? —preguntó Brand.

—Negativo —dijo el jefe de sensores—. Pero no hemos visto ninguna trayectoria orbital completa para nada que se encuentre por encima de los dos mil kilómetros.

—Dada su aproximación, la órbita más probable para el objetivo tendría una altitud de tres mil doscientos cincuenta kilómetros —anunció el oficial de seguimiento.

Brand fue hacia las pantallas delanteras.

—Enséñemelo —dijo, y un mapa táctico tridimensional apareció junto a las imágenes de los sensores de proa.

El historial del capitán Tobbra, el primer oficial del *Indomable*, no tenía absolutamente nada de particular en ningún aspecto y su carrera militar era el producto de un prolongado hábito de pecar por exceso de cautela. Esa cautela había sido renovada recientemente por la llegada de un nuevo bebé a Trallan, el mundo natal de Tobbra.

Tobbra era agudamente consciente de que habrían bastado unos cuantos meses más de antigüedad para que el sillón de mando fuera suyo. Dadas las circunstancias, tendía a considerar que él y Brand ejercían el mando de manera compartida y estaba convencido de que su misión principal a bordo de la nave era la de servir de contrapeso a los excesos de Brand.

—Comodoro, si nos acercamos un poco más esa nave detectará nuestra presencia cuando aparezca por el otro lado del planeta —dijo en un tono cuidadosamente neutral mientras contemplaba las pantallas al lado de Brand.

—No lo dudo —dijo Brand.

—Si mantenemos nuestra posición actual, y de hecho creo que incluso podríamos retroceder un poco, el *Folna* debería ser capaz de conseguir todos los datos que necesitamos para el Tac Quinto —insistió Tobbra, utilizando el término del argot de la flota con que los oficiales se referían al mando táctico de la comandancia.

—Eso también es verdad —dijo Brand—. Pero en estos momentos tenemos toda la ventaja de nuestra parte: sabemos dónde están, y ellos no saben que estamos aquí. Usted me está pidiendo que renunciemos a esa ventaja.

—No tenemos por qué tratar de hacerlo todo solos —dijo Tobbra—. Si hay un astillero ahí, el Tac Quinto nos enviará unos cuantos pesos pesados en cuanto les transmitamos la confirmación.

—Y si hay un astillero ahí, los yevethanos intentarán reforzar sus defensas en cuanto detecten nuestra presencia—dijo Brand—. ¿Puede prometerme que nuestras naves llegarán ahí antes que las suyas?

Tobbra frunció el ceño y no dijo nada.

—Ya me lo imaginaba —murmuró Brand—. La detección y destrucción de los astilleros goza de máxima prioridad, capitán. Nos han asignado una misión y vamos a hacer todo lo posible para llevarla a cabo, ¿de acuerdo? Vamos a utilizar nuestra ventaja y tenderemos una emboscada a ese tipo-I, y después nos ocuparemos de cualquier posible destino turístico que haya allí abajo.

—Ni siquiera sabemos qué potencia de fuego se necesita para acabar con un tipo-I, comodoro.

Brand meneó la cabeza.

—Alguien tiene que averiguarlo, y me parece que la ley de las probabilidades está de

nuestra parte.

—Pero comodoro...

—Fin de la discusión, capitán. —Brand dio la espalda a la pantalla y llamó al oficial de comunicaciones—. Quiero hablar con el *Folna*.

—En su número uno —replicó el oficial de comunicaciones al instante.

Brand activó su comunicador.

—Capitán Madis...

—Sí, comodoro.

—Nos llevamos al *Vanguardia* para iniciar una confrontación con el enemigo. Rompan la formación y manténganse a la escucha. Quiero que estén aquí para registrar todo lo que ocurra.

—Afirmativo, comodoro —dijo Madis—. Le entregaremos un montón de fotos magníficas para el álbum de recortes.

—Sé que lo harán —dijo Brand. Cambió el canal del comunicador para que sus órdenes pudieran ser oídas por toda la cañonera y después alzó la mirada hacia una veintena de rostros expectantes—. Ha llegado el momento de cobrar algunas de las deudas pendientes por lo de Doornik-319 —dijo con expresión sombría—. Comunicaciones, eleve el nivel de alerta a conflicto rojo. Tácticas, lancen la pantalla de cazas y estén preparados para lanzar los bombarderos. Timonel, déme un ochenta por ciento de potencia y un curso de intercepción sobre la órbita proyectada del blanco hostil. *Vanguardia*, acérquese un poco más y no se aparte de nosotros. No quiero que se pierdan el primer acto.

Esege Tuketu arrojó sus losetas sobre la mesa y se levantó de un salto en cuanto la sirena empezó a esparcir su estridente gemido por la cubierta de vuelo delantera. Llevaba horas con el traje de vuelo puesto, y se había aflojado los cierres del cuello, las muñecas y la cintura. Mientras corría hacia su bombardero manoteó frenéticamente para volver a cerrarlos, con lo que su carrera se convirtió en una especie de torpe danza.

Skids ya estaba en la cabina y había empezado a ponerse el arnés de seguridad cuando Tuketu llegó al bombardero. El artillero se había entretenido inspeccionando concienzudamente las sujeciones del armamento instalado en las aristas del esbelto casco del ala-K.

—¿Qué tal está todo? —preguntó Tuketu mientras subía por la corta escalerilla metálica.

—Todo tiene bastante buen aspecto. No deberíamos tener que hacer ninguna entrega manual.

—Si quieren que hagamos ese tipo de trabajo, entonces tendrán que darnos una paga extra —dijo Tuke—. ¿Algún cambio en el cargamento?

—Ninguno. Seguimos teniendo un huevo y ocho cohetes de demolición CD-cinco... Vamos a ir un poco cargados.

—Muy bien. Lista de comprobaciones previas, empezando por arriba...

Mientras el *Vanguardia* y el *Indomable* aumentaban la velocidad para dirigirse hacia su cita con el navio de impulsión yevethano, una delgada pantalla de cazas —con un total de dos docenas de aparatos, la mitad de ellos alas-E y la otra mitad alas-X— se desplegó a su alrededor. Cuando los primeros navíos de la formación se hicieron visibles en las pantallas del crucero, Tobbra volvió a sentirse obligado a mantener una conversación privada con Brand.

—Está infringiendo todas las reglas para las situaciones de enfrentamiento que contiene la compilación de normas de mando —dijo, decidiendo no andarse con rodeos—. La pantalla de cazas estándar es de tres escuadrones, no de dos, y eso únicamente para esta nave. Los cazas están tan separados unos de otros que el enemigo apenas tendrá dificultades para atravesar la pantalla.

—Voy a reservar los otros dos escuadrones de cazas para misiones de escolta —dijo Brand—. Los bombarderos necesitarán ayuda para abrirse paso.

—Ni siquiera estamos seguros de cuántos cazas hay a bordo de un tipo-I —protestó Tobbra, empezando a subir la voz—. El número total podría ser dos o tres veces el que vimos en Doornik-319.

Brand le lanzó una mirada gélida.

—O intenta controlar el tono y el volumen de su voz, capitán, o será mejor que salga del puente. No tengo ninguna intención de seguir discutiendo con usted durante toda la confrontación.

Tobbra bajó la voz, pero su tono no experimentó ninguna variación.

—No deberíamos buscar la confrontación con el enemigo, señor. El problema es precisamente eso, y tengo el deber de hacerle ver...

—¿Que no sabemos todo lo que podríamos saber? Eso no es ninguna revelación, capitán. Sé contar, y soy capaz de leer un informe de Inteligencia. No me considere tan incompetente, por favor.

—No pretendía insultarle, señor.

—Eso no siempre resulta obvio partiendo de sus palabras —replicó Brand—. Capitán, si una fuerza más pequeña nunca hubiera derrotado a una fuerza superior en número podríamos limitarnos a pesar los despliegues de batalla y declarar quién iba a ser el vencedor evitando elegantemente todas las partes desagradables. Pero la guerra no se libra de esa manera. Tire su calculadora a la papelera. No puede usarla para tomar las decisiones realmente difíciles.

Tobbra frunció el ceño, pero asintió en silencio.

Brand se le acercó un poco más, y cuando volvió a hablar bajó la voz hasta dejarla convertida en lo que prácticamente era un susurro.

—También hay algo más en juego, Theb..., y se trata de algo que no encontrará en una compilación de reglas. ¿Sabe qué es ese algo? Pues que si una cañonera y un crucero de la Nueva República en perfecto estado de mantenimiento no pueden enfrentarse a un tipo-I y salir vencedoras del enfrentamiento, entonces la Flota necesita saberlo lo más pronto posible..., porque todos los informes que he estado viendo dicen que los yevethanos cuentan con un montón de naves del tipo-I.

—¿Y ésa es la razón por la que ha separado al *Folna* del resto de la formación? —preguntó Tobbra, dejando escapar el aliento que había estado conteniendo.

—Sí..., por eso y por el hecho de que tiene la piel demasiado delicada para poder soportar cierto tipo de malos tratos.

Tobbra volvió la mirada hacia el planeta, que ya se había convertido en un disco claramente visible dotado de una cara salpicada de manchas amarillas y marrones.

—Será mejor que vuelva a mi puesto —dijo—. He de examinar la situación táctica en las baterías.

Quince minutos antes del momento en el que esperaban ver reaparecer a la nave yevethana, Brand dio la orden de lanzar los bombarderos y los cazas de escolta. No quería correr el riesgo de ser sorprendido con las cubiertas de vuelo llenas de combustible y explosivos de alta potencia si la nave yevethana aparecía antes de lo esperado porque había adoptado una órbita más baja de la que le adjudicaban sus cálculos.

Los alas-K adoptaron una formación de grupos de tres aparatos, con cada grupo situado entre un trío de cazas que volarían por encima de él y otro trío que lo haría por debajo. Brand siguió el despliegue desde el puente mientras los aparatos adoptaban sus posiciones a veinte kilómetros por delante de ellos. Aunque las alas y demás superficies habían sido oscurecidas para operar en el espacio, las emisiones de los motores eran tan visibles como velas que ardieran en la noche. Los rastros triples que dejaban los alas-K podían distinguirse con toda claridad entre las otras emisiones.

—Espero que esta vez sí dejarán caer sus huevos—dijo el oficial táctico en voz baja cuando Brand volvió a la mesa de trayectorias.

—Los dejarán caer —replicó Brand sin vacilar—. Y no porque hayamos cambiado las frecuencias de combate y hayamos instalado codificadores de seguridad..., sino porque deben hacerlo.

El *Vanguardia* se apartó del crucero cinco minutos antes de la readquisición, y empezó a seguir una trayectoria que le proporcionaría un campo de fuego despejado y permitiría que localizara a la nave yevethana mientras el resto de la formación de ataque seguía estando por debajo de su horizonte. Eso permitiría que Brand dispusiera de los escasos segundos que necesitaría para reaccionar a lo que viera el *Vanguardia* y alterar sus órdenes en consecuencia.

El informe del *Merodeador* llegó un minuto y nueve segundos antes de lo esperado.

—Contacto, uno..., no..., dos, tres, cuatro. Cuatro objetivos. Analizando. Los contactos son los siguientes: un, repito, un astillero imperial del tipo dos. Tres, repito, tres tipos-I yevethanos.

—¡Tres! —exclamó Brand, muy sorprendido y en un tono de voz lo suficientemente alto para que pudiera ser oído en la mayoría de las consolas de control del puente—. Tres —repitió después, ya para sí mismo—. Bueno, parece que los bigotes del Rancor acaban de recibir un fuerte tirón...

—*Indomable*, aquí *Vanguardia*. Estamos siendo atacados por dos de las naves yevethanas. El nivel de efectividad del escudo es de un noventa y dos por ciento. ¿Podemos responder al ataque, señor?

Tobbra fue corriendo hacia la mesa de trayectorias.

—Debemos interrumpir la confrontación, comodoro. Ordene a los bombarderos que vuelvan para que podamos salir de aquí.

—Veinte segundos para la readquisición —dijo el oficial táctico, siguiendo las líneas electrónicas con la punta de un dedo.

—*Vanguardia*, aquí Brand —dijo el comodoro, fulminando a Tobbra con la mirada—. ¿Qué puede decirnos sobre el tipo dos?

—Que está lleno hasta los topes, *Indomable*. Parece que hay seis diques secos independientes con naves completadas o a punto de serlo, y vemos tres más que se encuentran en la fase de quilla y esqueleto.

Brand no pudo reprimir un estremecimiento.

—Puede proceder al enfrentamiento e iniciar el protocolo de contramedidas, *Vanguardia*. Pueden abrir fuego a discreción..., y concéntrense en los tipos-I.

Tobbra alargó la mano y agarró el brazo de Brand por encima del codo.

—¿Qué está haciendo?

Brand rompió la presa del primer oficial con un violento tirón de su brazo.

—Lo que debe hacerse —dijo—. Vaya a su camarote y no salga de allí hasta nueva orden, capitán Tobbra. Teniente Threld, ocupe el puesto del capitán. —Se volvió hacia su oficial de comunicaciones—. Quiero hablar con los escuadrones de ataque.

La repentina activación del codificador de seguridad hizo brotar un débil chasquido del comunicador de combate del ala-K.

—Tenemos un mensaje —dijo Skids.

—*Indomable* a todos los escuadrones —dijo la voz de Brand—. Dispongo de una evaluación de objetivos revisada, y confirma la presencia de un astillero tipo dos en órbita con pájaros en el nido. También se ha confirmado la presencia de tres navíos de impulsión en órbita. La patrulla está siendo atacada. Sus órdenes de selección de objetivos revisadas son las siguientes: el astillero pasa a ser considerado como objetivo primario. Mantendremos ocupados a los tipos-I, y deberán ignorar su presencia a menos que se interpongan en su camino. Líderes de vuelo, inicien el ataque. Y buena suerte —añadió después de una pausa microscópica.

—Ahí están —dijo Tuketu mientras su carlinga quedaba iluminada por los lejanos destellos de los haces desintegradores que chocaban con los escudos de rayos.

Unos momentos después, la pantalla táctica de la carlinga le mostró la geometría de la batalla. Un navío de impulsión estaba precediendo al astillero en su órbita, y otro lo seguía. El tercero —que probablemente era el que había sido avistado en primer lugar por el grupo de patrulla— estaba atracado en la compuerta de carga lateral de la enorme estructura.

—«Buena suerte...», ¿eh? Esto es una locura, Tuke —estaba diciendo Skids—. ¿Cómo esperar que consigamos pasar por delante de las narices de tres Gordos?

—Intentaremos deslizarnos por debajo de sus tripas —dijo Tuketu—. Grupo Rojo, aquí Líder Rojo. Seguidme hacia el planeta. Cuando yo dé la orden... ¡Ahora!

La batalla de ILC-905 sólo duró once minutos, pero cada uno de ellos estuvo lleno de ferocidad y confusión.

Durante los primeros momentos, el *Vanguardia* se encontró sometido al terrible fuego cruzado de los dos navíos de impulsión que flanqueaban al astillero. Incluso después de que hubiera empezado a devolver el fuego, resultaba obvio que se hallaba en una situación de inferioridad irremediable ante semejante par de enemigos. Lo único que salvó a la cañonera de un rápido final fue el hecho de que el nivel de potencia de las baterías principales de un tipo-I era levemente inferior al de las de un crucero mediano.

Aun así, cada navío de impulsión contaba con ocho baterías dispuestas de tal manera que cubrían todos los vectores de aproximación, y eso permitía que hasta un máximo de cuatro baterías pudieran concentrar sus disparos sobre un solo objetivo. El fuego concentrado de dos navíos semejantes no necesitaría mucho tiempo para derribar los escudos de la cañonera, y la destruiría casi inmediatamente en cuanto eso hubiera ocurrido.

Y entonces el *Indomable* se unió al combate, y la situación cambió de repente.

—Vamos a ver si podemos dividir su atención —dijo Brand—. *Vanguardia*, concentre su fuego sobre el último navío. Nosotros nos ocuparemos del que precede al astillero. Todas las baterías..., fuego a discreción.

La andanada del *Indomable* provocó una respuesta inmediata del navío yevethano y atrajo el fuego de media docena de baterías. Pero fue la pantalla de interceptores la que pagó el precio de ello: dos de los interceptores que ocupaban posiciones más adelantadas estallaron,

uno después del otro, cuando una de las baterías yevethanas centró sus miras en los diminutos aparatos de escolta. El potente fogonazo hizo que Brand desviara la mirada durante unos instantes.

—Hagan retroceder a la pantalla —ordenó secamente—. De momento ahí fuera no hay nada contra lo que puedan ayudarnos.

Antes de que los cazas pudieran obedecer, un tercer aparato estalló junto a la periferia del escudo de estribor. Fue como si una bomba estallara muy cerca: todo el crucero se estremeció, y sus escudos relucieron con una pálida claridad amarillenta bajo la embestida de la onda expansiva, lo cual indicaba un debilitamiento momentáneo en aquel punto. Pero el escudo se recuperó rápidamente, y los interceptores restantes sobrevivieron a la travesía por detrás del crucero y se escondieron en la sombra de su escudo.

—Comodoro —dijo el oficial táctico en voz baja.

Brand alzó la mirada hacia él.

—¿Qué ocurre?

—Nuestros disparos no logran atravesar los escudos del Gordo, y el *Vanguardia* no está teniendo más suerte que nosotros. Quizá tengamos que redirigir a los bombarderos.

—No —dijo Brand, meneando la cabeza—. El astillero es el blanco prioritario.

—Comodoro, el *Vanguardia* lo está pasando muy mal. Tenemos que ayudarles ahora mismo.

El crucero se estremeció a su alrededor.

—Alteren el objetivo del Grupo Verde —ordenó Brand de mala gana.

Por aquel entonces el navio yevethano que abría la órbita ya había descubierto la presencia de las oleadas de bombarderos que intentaban pasar junto a él. Como si considerase despreciable la capacidad para infligirle daños del crucero, el navio de impulsión desvió su atención hacia las naves más pequeñas y sus baterías eliminaron a dos alas-X y un ala-K en cuestión de segundos. Unos momentos después empezó a lanzar sus propios cazas.

—Brand a todas las baterías: ¡centren las miras en esos cazas hostiles!

Destruyanlos en cuanto hayan dejado atrás los escudos.

—El objetivo está lanzando cohetes —anunció el oficial táctico, e hizo una profunda inspiración de aire—. Seis..., ocho..., diez objetos, y todos vienen en esta dirección.

Había más de veinte baterías anticohetes óctuples de alta velocidad provistas de sistemas de seguimiento altamente sensibles repartidas por el casco del *Indomable*, y las que resolvieron las ecuaciones de disparo de manera positiva empezaron a llenar inmediatamente las trayectorias proyectadas de los cohetes con una nube de metralla metálica de alta velocidad. Cuando los cohetes y la nube se encontraron, espectaculares flores de fuego rojo y amarillo se abrieron silenciosamente en el vacío. Pero cuatro cohetes lograron atravesar el ramillete como otros tantos insectos enfurecidos, y tres de ellos sobrevivieron para estrellarse en rápida sucesión contra el perímetro de escudos del crucero.

Las luces del puente se debilitaron mientras la nave se bamboleaba bajo los pies de Brand.

—Estamos intercambiando puñetazos, ¿eh? —murmuró Brand—. Armar y disparar seis, repito, seis CD-nueve. Que todas las baterías estén preparadas para dirigir sus disparos sobre los puntos de impacto. Timonel, acérquenlos un poco más.

Unos segundos después los lanzadores instalados en los flancos del crucero escupieron los cohetes de demolición de alta velocidad. Los proyectiles avanzaron hacia el navio yevethano siguiendo perfiles de vuelo directos individuales calculados para conseguir que resultaran lo más difíciles de interceptar posible.

—El generador número tres del escudo de partículas está fuera de fase, y nuestra capacidad de reserva ha quedado en cero —dijo el oficial táctico—. Cuento once cazas yevethanos aproximándose. El Grupo Verde ha perdido cinco cazas y dos bombarderos. El Grupo Azul ha perdido tres cazas y un bombardero. El Grupo Rojo...

Una deslumbrante marea de luz inundó el puente y atrajo los ojos de Brand hacia la pantalla delantera.

—¿Eso era un huevo?

—Sí —dijo el oficial táctico—. Lectura del blanco negativa. Ha sido el Verde Dos: debió de armarlo muy pronto, y el huevo estalló debajo de él. He perdido tres señales de cazas en el mismo instante.

—Maldición.

—Comodoro, el Grupo Azul ha logrado abrirse paso y está iniciando una pasada de ataque sobre el astillero.

El oficial táctico señaló la parte central de la mesa de trayectorias, identificando los dos

pequeños triángulos azules que avanzaban hacia el rectángulo rojo que representaba al astillero.

Brand asintió con expresión sombría y estudió la trayectoria.

—Muy bien —dijo—. Empezamos a andar un poco cortos de fichas que mover, pero... Que el Grupo Negro acuda en ayuda del *Vanguardia*. No podemos permitirnos el lujo de perderlo.

El astillero orbital que la Armada Imperial había conocido con el nombre de Negro Nueve estaba desarmado, pero no carecía de protección. Además de los escudos anti-colisiones que debía poseer cualquier complejo estacionado en el espacio, se hallaba equipado con escudos de rayos y de partículas cuya potencia era comparable a la de los que había poseído la Estrella de la Muerte.

Sus navíos de impulsión guardianes, el *Tholos* y el *Rizaron*, compensaban sobradamente las deficiencias defensivas del astillero. Además de las ocho baterías principales, cada navío también transportaba cuarenta cazas repartidos en cuatro hangares situados a lo largo de su ecuador, y poseía cuatro lanzacohetes recargables dotados de diez tubos. Con sus escudos imperiales mejorados, eran unas naves de guerra realmente formidables.

La mayor debilidad del *Tholos* era la inexperiencia de su primado. Par Drann. Como prácticamente toda su tripulación, Par Drann nunca había entrado en combate..., ni siquiera en el grado en que se lo hubiese permitido el hecho de tomar parte en la Limpieza. Como consecuencia de ello, cuando aparecieron las naves de la Nueva República la reacción de Par Drann consistió en dejarse llevar por los viejos instintos que gobernaban la lucha entre los *nitakkas*.

Esos instintos, tan inherentemente contradictorios como poderosos, decían

*la amenaza más cercana es la amenaza más grande...*

*si te ves superado en número durante el combate, empieza por eliminar al oponente más débil...*

*para evitar que otros enemigos se unan al combate en tu contra, lánzate inmediatamente sobre cualquier recién llegado...*

*cuando llegue el momento de matar a tu enemigo debes emplear todos los medios a tu alcance...*

Y ésa era la razón por la que las órdenes que Par Drann transmitía a las dotaciones de sus baterías no paraban de cambiar: primero tuvieron que atacar a la cañonera que apareció en primer lugar, después al crucero que se unió al combate, luego a la vulnerable pantalla de interceptores, después a los bombarderos cuando pasaron por delante de ellas y, finalmente, de nuevo al crucero mientras los bombarderos se retiraban. Los pilotos de los cazas yevethanos obedecieron los mismos dictados: cada uno de ellos eligió el objetivo más cercano para atacarlo con salvaje intrepidez, pero muchos de los ataques fueron bruscamente interrumpidos en cuanto el piloto vio aparecer un objetivo más cercano.

Si el *Tholos* y el *Rizaron* hubieran proseguido su ataque combinado contra el *Vanguardia*, hubiesen podido destruirlo antes de que el crucero tuviera tiempo de causarles ningún daño. Si Par Drann lo hubiera permitido, el *Tholos* habría podido limpiar el campo de batalla de cazas y bombarderos de la Nueva República antes de dirigir su atención hacia el *Indomable*.

Y si los cazas yevethanos hubieran perseguido al Grupo Azul hacia el astillero o al Grupo Negro hacia el *Rizaron*, el desenlace de la batalla hubiese podido ser muy distinto. Pero su perspectiva yevethana no permitía que Par Drann pudiera reconocer la amenaza que representaban..., no cuando el *Indomable* estaba lanzándose sobre él.

—¡*Thetan nittaka, ko nakaza!* —aulló—. ¡Gloria en la matanza para el más fuerte de nosotros!

Cuando el Grupo Negro logró atraer la atención del *Rizaron* ya había fuego a bordo del *Vanguardia*. La batería número ocho, un cañón láser doble, había sufrido un fallo general de sistemas que produjo una espectacular explosión y arrancó todo el compartimento artillero del flanco de la cañonera.

Y, lo que era todavía más grave, la onda expansiva de una salva de cohetes yevethanos había incendiado los generadores del escudo de partículas. El próximo cohete yevethano estallaría sobre el casco, no sobre los escudos, y el cañón iónico del navío de impulsión estaba sembrando el caos en los sistemas de suministro energético de toda la cañonera.

La capitana Inadi contempló la llegada de los bombarderos con más aprensión que alivio.

—Nunca conseguirán pasar—dijo, meneando la cabeza—. Armamento, continúe devolviendo el fuego. Vamos a prestarles toda la ayuda posible. Timonel, muestre un mínimo

de sección del casco al enemigo. Sistemas, dé prioridad a las estaciones antiohetes delanteras: esas baterías necesitan disponer de energía.

Con la ayuda de la holografía telescópica y el diagrama de batalla electrónico, Inadi y la dotación del puente vieron cómo los bombarderos atravesaban la lluvia de haces láser y rayos iónicos en una vertiginosa trayectoria de máxima velocidad. Un ala-E que acompañaba al Grupo Negro recibió un impacto directo, se incendió y empezó a dar tumbos por el espacio. El bombardero Negro Tres desapareció entre una esfera de fuego blanco, y sus escoltas apenas si tuvieron tiempo de virar para escapar a la masa de restos que salieron despedidos en todas direcciones.

Y de repente el *Vanguardia* tembló como si acabara de ser alcanzado.

—Control de daños informa de que el fuego del compartimento del generador se ha abierto paso y se ha ventilado en el vacío.

—Comprendido. Armamento, lance todos los CD-nueve que nos quedan —dijo Inadi frunciendo el ceño—. Quizá todavía podamos sacarles algún provecho.

Tres cohetes surgieron de los lanzadores de proa y otros cuatro brotaron de los tubos de popa. Un octavo misil, situado en un lanzador adyacente a los restos de la batería número ocho, quedó atrapado dentro del tubo e inició un tercer incendio.

—¡Contactos aproximándose! —gritó el oficial de seguimiento.

El navio de impulsión yevethano había respondido a la salva del *Vanguardia* con su propio lanzamiento, arrojando al espacio diez de los veloces y potentes cohetes que habían destruido los generadores del escudo de partículas.

—Sáquenlos de aquí, timonel—ordenó Inadi con expresión ensombrecida.

—Haré cuanto pueda.

La cañonera de ciento noventa metros de longitud era uno de los navíos de combate más ágiles con que contaba la Nueva República, pero no podía ni soñar en llegar a igualar la aceleración de los cohetes enemigos. Inadi esperaba que echar a correr permitiría que las baterías óctuples de popa dispusieran del tiempo suficiente para eliminar a todos los cohetes que les estaban persiguiendo. Mientras veía disminuir la distancia, Inadi lamentó no haber dado la orden de virar antes.

—Nuestros CD-nueve deberían llegar al objetivo dentro de ocho segundos —informó el oficial de seguimiento—. Las escoltas de los bombarderos se han apartado, y los bombarderos están lanzando sus cohetes. Confirmando lanzamiento de un huevo desde el Negro Uno..., confirmando lanzamiento de un huevo desde el Negro Dos...

Algo golpeó la popa del *Vanguardia* con tal fuerza que el oficial táctico quedó a cuatro patas en el suelo e Inadi salió despedida hacia adelante y chocó con la mesa de trayectorias.

—Impacto de cohete —anunció el oficial de control de daños.

—Todos los sistemas de la sección cuarenta están muertos —informó el oficial de sistemas.

—Los motores dos, cuatro y seis han dejado de funcionar —dijo el timonel—. La potencia de impulsión ha quedado reducida a un cuarto, y sigue bajando.

Inadi clavó la mirada en la mesa de trayectorias mientras otros dos puntos que se movían a gran velocidad venían hacia su nave.

—Vayan a los módulos de emergencia —dijo con voz enronquecida—. Atención todos los puestos: abandonen la nave..., abandonen la nave.

La única respuesta que obtuvo fue un rugido ensordecedor, la oscuridad, una luz cegadora y, finalmente, el silencio.

Esege Tuketu y los otros miembros del Grupo Rojo flotaban en el espacio a cinco mil metros por encima de la abrupta y pelada superficie del tercer planeta del sistema ILC-905 y contemplaban los destellos de luz que se sucedían sobre sus cabezas mientras esperaban impacientemente a que llegara su oportunidad.

La orden de mantenerse alejados había llegado justo cuando estaban empezando a subir hacia el astillero para iniciar su pasada de ataque.

—Mantened vuestra posición actual hasta que dispongamos de los resultados de los ataques que se están llevando a cabo —les había dicho el oficial táctico—. Necesito tener algo en reserva, y vosotros vais a ser ese algo.

—Más vale que dejen algo para nosotros —había murmurado Skids por el canal de comunicaciones del bombardero cuando oyó las nuevas instrucciones—. Si volvemos a casa con los compartimentos de carga llenos y sin un solo arañazo en la pintura, los chicos me tomarán el pelo hasta el fin de los tiempos.

Tuketu no había dicho nada. Su atención acababa de ser atraída por la primera de varias



brillantes explosiones que empezaron a producirse por encima y a babor de ellos.

—Eso era un huevo —dijo al ver la inconfundible pureza que distinguía a la blancura del fogonazo—. Y otro más.

La tercera explosión fue distinta: al principio era más pequeña y amarillenta, pero su vida fue más prolongada y se volvió más grande y rojiza en su momento culminante. Mientras empezaba a desvanecerse hubo otra serie de fogonazos prácticamente en el mismo punto del cielo, y Tuketu vio tres pequeños destellos blancoazulados a los que siguió el estallido de una masa de color rojo sangre que parecía una gran nube.

Cuando Tuketu volvió a bajar la mirada hacia su pantalla de seguimiento, tanto el navio de impulsión que avanzaba detrás del astillero como el *Vanguardia* habían desaparecido.

—¿Qué ha sido todo eso? —preguntó Skids—. ¿Le hemos dado a uno, Tuke?

—Sí —dijo Tuketu—. Y ellos también le han dado a uno de los nuestros.

Pero el éxito del ataque lanzado contra el segundo navio de impulsión y la pérdida del *Vanguardia* pasaron casi desapercibidos en el puente del *Indomable*, porque todo el mundo había concentrado su atención en los últimos segundos del veloz descenso que estaba llevando al Grupo Azul hacia el astillero.

—Dos mil metros para el límite del escudo —dijo el oficial táctico—. Los cazas se están retirando. Mil quinientos. Mil. Confirmando lanzamiento de la carga en el Azul Uno... Oh, maldición, ¿de dónde ha salido? Lanzamiento negativo en el Azul Tres. Algo ha acabado con ellos.

Un caza yevethano que estaba siguiendo una trayectoria en ángulo recto con el vector de ataque había abierto fuego sobre el Azul Tres, dejándolo incapacitado primero y chocando con los restos a continuación. Unos instantes después esa diminuta explosión fue engullida por la detonación del huevo del Azul Tres.

—Averigüen si los escudos están activados —dijo Brand con expresión sombría.

—Batería cuatro, déme tres andanadas sobre el objetivo secundario.

Los haces láser se consumieron en un infructuoso enfrentamiento con el vacío. Los escudos seguían estando intactos.

—Puede que el navio de impulsión atracado en el dique seco lo esté protegiendo, comodoro.

—Ningún navio de ese tamaño puede producir una envoltura de escudo tan grande —observó Brand—. ¿Cómo acabamos con la otra nave?

—Análisis de batalla dice que el *Vanguardia* y el Grupo Negro rociaron a ese Gordo con siete CD-nueve y diez CD-cinco durante los segundos inmediatamente anteriores a la apertura del primer huevo. Eso debió de saturar los escudos hasta el límite de su capacidad.

—Hasta el límite de su capacidad... —repitió Brand, y después extendió la mano hacia la mesa de trayectorias para señalar con un dedo al navio de impulsión atracado en el astillero—. ¿Cuál es el radio estándar de un escudo de partículas imperial?

—Doscientos metros.

—¿Cuál es el diámetro de un Gordo?

—Doscientos cuarenta metros.

—Lo cual quiere decir que el Gordo atracado en el dique... no tiene todo el casco protegido por los escudos del astillero.

—¿Y qué importa eso? Tiene sus propios escudos, ¿no? Y aun suponiendo que estuvieran desconectados para permitir la operación de carga, podemos estar seguros de que ahora estarán levantados.

—Exactamente. Lo cual quiere decir que debería haber una zona de interferencia a lo largo de los límites de los dos escudos —dijo Brand—. Si podemos meter algo en esa zona...

—Entonces los escudos concentrarán la onda expansiva y la enfocarán de tal manera que multiplicarán la potencia efectiva resultante.

—Me estaba preguntando si... ¿Cree que el ordenador de puntería de un ala-K podría localizar la zona de interferencia?

El *Indomable*, que seguía intercambiando ataques con el primer navio de impulsión, temblaba y gemía a su alrededor.

—No —dijo el oficial táctico, meneando la cabeza—. Pero los alas-E deberían ser capaces de indicarles dónde se encuentra.

Brand asintió.

—Hable con el Grupo Rojo y explíqueles qué necesitamos.

Tuketu encontró extrañamente desconcertante el estar subiendo hacia un objetivo tan inmenso sin recibir ningún fuego defensivo. El navio de impulsión atracado en el astillero permanecía completa e inexplicablemente pasivo ante su aparición.

—Tácticas, aquí Tuketu. ¿Qué está haciendo ese Gordo? ¿Todavía no ha intervenido en el combate?

—Negativo, Rojo Uno. No hemos visto ninguna actividad.

—De momento también nos está ignorando, Tac. —Tuketu cerró la conexión y usó el canal interno para hablar con Skids—. Quizá sólo sea un carguero, o un navio dormitorio.

—Me da igual —replicó Skids—. Llévanos hasta allí y, sea lo que sea, yo me encargaré de que quede bien planchado.

Aun así, no podían esperar que su aproximación fuese a estar totalmente libre de molestias. Cinco cazas yevethanos llegaron aullando desde estribor, haciendo que un ala-E cayera hacia el planeta entre una estela de humo y alejando a otros dos cazas en una vertiginosa persecución. Tuketu incrementó tanto su velocidad como el número de maniobras evasivas, obligando a su escolta a hacer un gran esfuerzo para no perderle.

—¿Quién está ahí arriba, Escolta Cuatro?

—Me llaman Dogo, señor.

—Bien, Dogo, me han dicho que parece haber una costura entre dos escudos aproximadamente a cien metros de ese Gordo de ahí. Pinta esa costura para que podamos verla, y Skids hará cuanto pueda para reventarla.

—Entendido, señor.

El ala-E se adelantó y poco después empezó a disparar su cañón láser contra el muro invisible que se alzaba ante ellos, deslizando ágilmente su mira por encima de toda la superficie.

—¡Ahí está! —gritó Dogo.

—Lo tengo..., perfectamente despejado —dijo Tuketu en el mismo instante, contemplando la línea revelada por el fuego láser del ala-E—. Parece bastante estrecha, Skids. No sueltes el huevo, ¿de acuerdo? Intenta averiguar si puedes meter un CD-cinco por ahí.

—Lo último que necesito en este momento es un maldito ejercicio de puntería —gruñó Skids, pero obedeció—. Listo para disparar.

—Despejado.

—Cohete lanzado.

Tuketu conectó el gran cilindro del tercer motor y describió un vertiginoso viraje.

—¿Qué ves, Rojo Dos?

—Lo siento, Rojo Uno... Tu paquete ha explotado en el límite del escudo. Repito: no ha logrado pasar. Déjame intentarlo, ¿de acuerdo?

—Negativo —dijo Tuketu, haciendo virar el bombardero para ejecutar otra pasada—. Quiero probar algo que se me ha ocurrido...

Hubo un repentino chisporroteo de estática, y después Rojo Dos volvió a hablar por el canal. Un nudo de nerviosa inquietud estaba a punto de quebrarle la voz.

—Tuke, ese Gordo viene hacia aquí... Sus baterías acaban de freír al Escolta Ocho.

—Sal de aquí lo más deprisa que puedas —dijo Tuketu—. Llévate a mi escolta. Tengo el objetivo en las miras. Mantén el astillero entre tu nave y el Gordo. Si no consigo darle esta vez, quiero que tú y Flick dejéis caer vuestros huevos justo en esa costura, uno-dos. ¿Entendido?

—Entendido. ¿Qué estás tramando?

—Aléjate y mantente preparado para intervenir en el caso de que sea necesario. —Tuketu desconectó el canal de combate—. ¿Skids?

—Estoy aquí, como siempre.

—Quiero dejar aparcado el pájaro a velocidad cero justo encima de esa costura para que puedas alinear el lanzamiento desde diez metros de distancia. Si el huevo consigue pasar, saldremos de aquí a toda velocidad: sus escudos nos protegerán durante el tiempo suficiente.

—Eso es lo que crees.

Tuketu alzó la mirada hacia la burbuja de la carlinga y contempló el astillero.

—Esa monstruosidad está repleta de Destruidores Estelares, Skids. Tiene que desaparecer. ¿Puedes hacer el tipo de disparo que te estoy pidiendo? Ya sabes que eso es cosa tuya.

—Sí, puedo hacerlo —replicó Skids—. Vamos allá.

—¿Qué demonios está haciendo? —preguntó Brand—. No ha dejado caer su huevo durante la primera pasada, y ahora se dedica a dar vueltas por ahí.

—No lo sé... Su canal de combate está desconectado —dijo el oficial táctico—. Casi parece

como si estuviera intentando meter su bombardero en la zona de interferencia.

Brand apartó la mirada de la mesa de trayectorias y la volvió hacia el astillero justo a tiempo de ver cómo quedaba envuelto por una enorme explosión que desprendió el navio de impulsión de su dique seco e hizo que toda la estructura del astillero iniciara una lenta rotación. Brand tragó saliva y ordenó a las baterías principales que dirigieran sus letales haces de energía hacia el astillero herido de muerte, y contempló cómo se abrían paso a través de lo que quedaba de él, convirtiendo el amasijo de naves que contenía en una nube de restos retorcidos y llameantes que se fue extendiendo rápidamente por el espacio.

El navio de impulsión dañado cayó lentamente hacia el planeta en un grácil picado de muerte mientras la disección continuaba. El navio de impulsión que había estado abriendo la órbita lo siguió durante una parte del trayecto, y después ascendió y empezó a alejarse a máxima potencia, dejando abandonados detrás de sí a media docena de cazas esparcidos por el espacio.

Brand le dio la espalda a los visores y se apoyó pesadamente en la mesa de trayectorias con las dos manos, como si necesitara proporcionar algún punto de apoyo a sus temblorosas piernas.

—Ahora ya sabemos con qué hay que golpearles para que no vuelvan a levantarse —murmuró—. Inicien las operaciones de recuperación.

El *Tholos* ascendió hasta quedar a tres mil kilómetros por encima del plano del sistema estelar y después fue reduciendo la velocidad hasta detenerse e iniciar una lenta rotación.

Durante el ascenso desde el tercer planeta, todo un cargamento de bombas de gravedad había sido amontonado en el conducto de lanzamiento central y las baterías principales se habían desplazado a lo largo de sus raíles internos hasta que las ocho quedaron concentradas en el hemisferio superior de la nave. Esa nueva posición permitiría que todas pudieran dirigir su fuego sobre el mismo objetivo durante el picado de ataque.

*Cuando llegue el momento de matar a tu enemigo debes emplear todos los medios a tu alcance...*

—¡*Ko nakaza!*—gritó Par Drann, con las crestas de combate hinchadas y totalmente desplegadas—. *Soko darama...* Por el honor del virrey, los Benditos y el Todo. Y ahora, guardián..., ahí está nuestro objetivo. ¡Máxima velocidad! Antes de que las alimañas puedan escapar...

Nil Spaar acarició delicadamente el *maranas* colgado en la quinta alcoba. Había doblado su tamaño en sólo tres días, y la superficie había adquirido un hermoso brillo iridiscente que presagiaba una nidada de excelente calidad. Nil Spaar curvó la lengua alrededor de su dedo y paladeó el complejo aroma y sabor de las secreciones aceitosas.

«*Nittaka...* —pensó—. Un macho joven y fuerte que llevará mi sangre en sus venas y la hará perdurar.»

Hubo un ruido detrás de él, y el virrey se volvió para ver a Tal Fraan inmóvil en la entrada de la celda. Sus ojos aún tuvieron tiempo de percibir un borroso manchón de movimiento mientras el cuidador, que ya había completado su tarea, se alejaba por detrás de su visitante.

—*Darama* —dijo Tal Fraan, dando un paso hacia el interior de la alcoba y arrodillándose con la cabeza inclinada y el cuello al descubierto.

—Mi consejero personal... —dijo Nil Spaar. Dio un paso hacia adelante y extendió el brazo para rozar la nuca de Tal Fraan con los dedos, ejerciendo una presión casi imperceptible que mantuvo su postura de sumisión—. Respóndeme a una pregunta, Tal Fraan. Cuando dijiste que estabas dispuesto a respaldar tu conocimiento de las alimañas con tu sangre, ¿hablabas sinceramente o te limitaste a decir lo que se esperaba de ti?

—No podía ser más sincero, *darama*.

—Excelente —dijo Nil Spaar, aumentando un poco la presión que estaba ejerciendo sobre el cráneo del joven guardián. Sus crestas de combate se habían vuelto de un púrpura rojizo, y se estaban hinchando rápidamente—. Y ahora, asegurémonos de que no me falla la memoria. ¿Me prometiste que la perspectiva de una alianza entre mi persona y esas alimañas imperiales inspiraría tal temor a Leia que no se atrevería a hacer la guerra a los Benditos? El Imperio era una de las sombras que más temían y nunca se atreverían a entrar en ella, ¿verdad? ¿Fue eso lo que dijiste?

—¿Qué ha ocurrido, *darama*? —preguntó Tal Fraan.

Y entonces Nil Spaar le empujó la cabeza hacia abajo con una brusca presión, y siguió empujándola hasta que el cuello de Tal Fraan quedó tan doblado que le faltaba muy poco para

romperse. Después tensó la otra mano, y la larga y afilada garra surgió de su envoltura retráctil.

—Las alimañas han destruido Negro Nueve en Prildaz.

El cuerpo de Tal Fraan se relajó de repente, renunciando a todo intento de oponer resistencia.

—Te ofrezco mi sangre como regalo para tu hijo —murmuró.

—Ya me habías ofrecido este regalo en una ocasión —dijo Nil Spaar—. Pero ahora lo aceptaré.

Su mano golpeó con tal violencia que la cabeza de Tal Fraan quedó totalmente separada del cuello y cayó sobre la mano del virrey mientras el cuerpo se desplomaba. Nil Spaar arrojó la cabeza al suelo con distraído desprecio, pasó por encima del cadáver y salió de la alcoba mientras el cuidador llegaba a la carrera.

—El sacrificio no es digno de ser consumido —dijo Nil Spaar—. Ni una sola gota de su sangre debe rozar a mis hijos. Utiliza sus despojos como alimento.

—Sí, virrey.

Nil Spaar avanzó por los pasillos con largas zancadas sin prestar ninguna atención a las manchas de sangre esparcidas sobre su coraza y su vestimenta, y el temible fuego de la ira y el deseo de venganza que ardía en sus facciones hizo que todos aquellos con quienes se encontraba huyeran ante él. Cuando llegó a sus aposentos, llamó a gritos a Eri Palle.

—¿Sí, *darama*? —murmuró el secretario, que había venido corriendo. Una sola mirada bastó para que comprendiera el estado en que se hallaba el virrey y Eri Palle se aseguró de que su genuflexión tenía lugar lo suficientemente lejos de Nil Spaar para que su mano no pudiera llegar hasta él—. ¿Cómo puedo servirlos?

—Haz venir a Dor Vuull y dile que traiga sus cajas —dijo Nil Spaar, sumergiéndose en la reconfortante profundidad de los pliegues de su nido—. Y después tráeme a Han Solo... He de enviar un mensaje a la reina de las alimañas.

Por una vez, la sutileza y la astucia estuvieron totalmente ausentes de la transmisión de Nil Spaar..., y por una vez hubo un silencio absoluto en la sala de conferencias. Leia contempló la grabación con los brazos tensos alrededor del cuerpo y una mano tapando su boca. Cuando la grabación hubo llegado a su fin, Leia salió de la sala con el rostro muy blanco y los ojos vacíos de toda expresión.

Ackbar estaba casi tan afectado como ella a pesar de que había apartado la mirada de la pantalla durante los peores momentos. Alóle lloraba en silencio, y los lagrimones pintaban sus redondas mejillas con líneas de humedad. Las facciones de Behn-Kihl-Nahm estaban fruncidas en una mueca del más absoluto desprecio.

Drayson, a solas en su despacho, contemplaba la pared desde detrás de una máscara de rabia helada.

Habían visto cómo Nil Spaar golpeaba salvajemente a un Han atado durante casi veinte minutos..., y no sólo le golpeaba, sino que le daba patadas y lo lanzaba de un lado a otro de un compartimento vacío en un estallido de furia animal. La horrible paliza siguió y siguió hasta que Han estuvo sangrando abundantemente por la boca, la nariz y los cortes abiertos en su cara, sus brazos, su pecho y sus pantorrillas. La horrible paliza siguió y siguió hasta que la sangre de Han manchó los mamparos y el suelo y se esparció por los poderosos antebrazos de Nil Spaar. La horrible paliza siguió y siguió hasta que Han ya no fue capaz de mantenerse en pie ni siquiera teniendo una pared en la que apoyarse cuando el virrey volvió a incorporarle de un violento tirón.

Después Nil Spaar había permanecido inclinado sobre el cuerpo de Han durante unos segundos interminables. El virrey mantenía la espalda parcialmente vuelta hacia la lente, y no podían verle la cara. Perc sí podían ver cómo las placas de su tórax subían y bajaban lentamente, y comió una mano se flexionaba amenazadoramente mientras una gran garra aparecía, desaparecía, reaparecía y volvía a desaparecer.

Nil Spaar se había erguido por fin y se había vuelto hacia ellos. Cuando lo hizo vieron que él también estaba sangrando, y pudieron distinguir los hilillos de sangre que brotaban de las dos hinchadas crestas carmesíes que coronaban sus sienes. El virrey clavó la mirada en la holocámara, se limpió la sangre con el dorso de una mano y después lo chupó hasta haberlo limpiado.

Nil Spaar por fin había dejado muy claro cuál era su mensaje, aunque lo había hecho con una desusada economía de palabras..., porque durante todo aquel horror sólo había pronunciado cuatro palabras, que surgieron de sus labios bajo la forma de un ominoso gruñido lleno de furia:

—Marchaos inmediatamente de Koornacht.

Akanah fue la primera en descubrir la nave yevethana que orbitaba J't'p'tan.

En cuanto el *Babosa del Fango* salió del hiperespacio en la periferia del sistema de Doornik-628, Akanah se levantó y fue al compartimento de servicio. Una vez allí se sumió en una profunda meditación, sumergiéndose en la Corriente y buscando la presencia del Círculo.

Luke siguió sentado en la cabina y llevó a cabo un barrido general con los no muy potentes sensores del *Babosa del Fango*, y después cerró los ojos y entró en su propio trance, uniéndose a su nuevo entorno y buscando alguna perturbación local en la Fuerza.

Ni él ni el esquife hicieron ningún descubrimiento digno de mención, pero cuando Akanah volvió a reunirse con él enseguida le contó lo que había averiguado.

—¿Y cómo sabes que está ahí? —preguntó Luke en un tono bastante escéptico—. ¿Puedes ver esa nave?

—Resulta difícil de explicar. Deja que intente mostrártela...

—Dentro de un momento —la interrumpió Luke—. Antes quiero que me expliques cómo has detectado su presencia.

—¿Realmente crees que eso tiene importancia ahora? ¿Qué puede importar cómo he llegado a saberlo? Lo sé, y con eso basta.

—Si esperas que basemos nuestras acciones futuras en lo que me has dicho, sí que tiene importancia, y mucha —replicó Luke.

Las tensiones latentes que se remontaban a Utharis ya estaban totalmente despiertas.

—¿Es que te has convertido en un escéptico? —preguntó Akanah, y en su expresión había más pena que enfado—. ¿Ya no confías en mis dones?

—Akanah, sé que hay más de una fuente de conocimiento y más de una clase de verdad...

—¿Qué ocurre entonces? ¿Estás intentando decirme que los Jedi no quieren compartir la Fuerza? —preguntó Akanah—. ¿Tanto te molesta saber que yo puedo avanzar por un camino del conocimiento que no necesita tu presencia y que todavía no está abierto para ti? Al mismo tiempo que me pides que te enseñe, parece tener la necesidad de dudar, e incluso de desacreditar lo que...

Luke había empezado a menear vigorosamente la cabeza.

—No... No, no es eso. La Fuerza es un río del que pueden beber muchos, y el adiestramiento del Jedi no es el único recipiente que puede contener sus aguas —dijo—. Si no lo sabíamos antes de nuestro encuentro con las brujas de Dathomir, puedo asegurarte que ahora sí lo sabemos.

—Bueno, eso ya es algo.

—Pero la verdad vive en el mismo universo que las mentiras, los errores y las trampas que nos tendemos a nosotros mismos..., que los sueños llenos de esperanza, los temores sin fundamento y los recuerdos equivocados —añadió Luke en voz baja y suave—. Y debemos tratar de distinguir una cosa de la otra. Lo único que te pido es que me ayudes a comprender la fuente de la que surge tu conocimiento. Eso me ayudará a saber qué peso debo otorgarle.

—Parece que el daño que sufrimos en Utharis sigue acompañándonos, ¿verdad? —murmuró Akanah con tristeza—. Esperaba que pudieras volver a confiar en mí.

—Hay muy pocas cosas en las que confíe en esta vida, Akanah..., yo mismo incluido.

—Sí, eso es verdad —admitió ella—. Muy bien... Intentaré explicártelo. —Akanah frunció el ceño mientras buscaba las palabras adecuadas—. Cuando la Corriente entra en contacto con cualquier forma de inteligencia se produce una diminuta ondulación..., al igual que ocurre cuando tú percibes una presencia mediante la Fuerza. La metáfora es más distinta que el medio.

—Pero yo no puedo percibir nada ahí fuera..., aparte de la energía de los ecosistemas del cuarto y el quinto planeta —dijo Luke—. No percibo ni un átomo de consciencia o voluntad.

—Lo que importa no es la consciencia o la voluntad, sino meramente la profunda esencia del ser —dijo Akanah—. Puedo percibir la presencia de la tripulación de la misma manera en que tu percibirías la presencia de un puñado de arena esparcido al otro lado de una piscina. Si estás lejos, a veces la causa te resulta invisible y sólo puedes ver el efecto. —Akanah sonrió—.

Pero si quieres llegar a ver aunque sólo sea eso, tienes que estar muy quieto, porque tú también formas parte de la Corriente y estás rodeado por las ondulaciones de tu propio ser.

—Y me estás diciendo que lo que percibes es la tripulación de esa nave, ¿no?

—No sé si son tripulantes, carga o cautivos. Sólo sé que hay muchos miles de seres inteligentes en órbita alrededor de J't'p'tan, y que hay un número ligeramente inferior en la superficie.

—Colonos —dijo Luke—. Habrán venido a colonizar el planeta. Oí algunos rumores en Taldaak —añadió al ver que Akanah le lanzaba una mirada interrogativa—. Parece ser que los yevethanos están expandiendo su territorio mediante la conquista de los mundos habitables.

—Y confías en esos rumores porque...

Luke dejó escapar una seca carcajada.

—Porque procedían de la Flota. Conseguí acceder a un resumen táctico sobre la guerra.

—Así que ya sabías que había una nave ahí —dijo Akanah—, y no me dijiste nada.

—Sabía que una nave había estado aquí en algún instante —dijo Luke—. No te hablé de ello porque no podía hacerlo. Me tomo bastante en serio el juramento que tuve que pronunciar para poder acceder a los datos secretos, Akanah. Y tampoco les contaré tus secretos a ellos —añadió.

—¿Intentas decirme que no me estabas poniendo a prueba para averiguar si te había estado espiando?

—No era ninguna prueba —dijo Luke—. Sencillamente necesitaba saber cómo lo habías descubierto. ¿Qué me dices del Círculo?

Akanah meneó la cabeza.

—La esencia del ocultarse consiste en fundirse con lo que te rodea. Ni siquiera quienes mejor conocen los secretos de la Corriente podrían responder a tu pregunta desde esta distancia, y todavía me falta mucho para haber alcanzado ese nivel. Sólo oigo silencio..., y no sé qué significa ese silencio.

Forzando el *Babosa del Fango* hasta sus límites de navegación, Luke empezó a trazar una aproximación en espiral que mantendría la masa del planeta situada entre el esquife y el navio yevethano.

—Sería mejor para todos que nunca llegaran a vernos —dijo mientras calculaba el curso.

—Hecho —dijo Akanah, que estaba observándole desde detrás de la litera de vuelo de Luke.

Luke alzó la vista y le lanzó una mirada interrogativa.

—No puede ser tan fácil.

—¿Por qué no?

—Eh... ¿No necesitas saber de quién estás intentando esconderte?

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Para poder contar con un foco alrededor del que centrar tu poder, y para saber a quién pertenecen los pensamientos que estás intentando desviar. El resultado se consigue mediante la precisión, y no mediante la fuerza bruta.

—Estás hablando de un sistema coercitivo —dijo Akanah—, y que además supone una invasión. Te introduces en otra mente y atas sus pensamientos, o colocas los tuyos dentro de ella.

—Bueno... Sí—admitió Luke—. Pero el uso de ese poder está sometido a ciertas restricciones. El propósito ha de ser lo suficientemente importante como para justificar la acción y sus consecuencias.

—Me parece que los Jedi siempre están encontrando razones para justificar su violencia—replicó Akanah—. Desearía que invirtieras el mismo esfuerzo en tratar de encontrar maneras de evitar que sea necesario llegar a emplearla.

—¿Violencia? ¿De qué violencia estás hablando? —protestó Luke—. Normalmente lo único que tienes que llegar a hacer es inducir un momento de descuido o reforzar una sospecha. Nadie sufre ningún daño. Un Jedi que sea consciente de lo que significan sus juramentos nunca... Oh, digamos que nunca haría que alguien se despeñara por un acantilado porque pensaba que iba a entrar en un puente.

Akanah meneó la cabeza en una enérgica negativa.

—Tú, que eres inmune a tus propios trucos... ¿Quién eres tú para poder juzgar el daño causado? Haces esas cosas en secreto para guiar a una mente sugestionable o para forzar a una mente que se te opone. ¿Realmente piensas que aquellos a los que has obligado a hacer lo que deseabas tienen el mismo concepto de la moralidad del acto que tú? Y además —añadió

con un bufido—, es un método muy poco eficiente.

—¿Qué?

—Que es un método muy poco eficiente —repitió Akanah—. Te obliga a mantener un nivel de atención constante, y exige tu participación consciente en todo momento.

—Si conoces una alternativa, recuerda que soy tu estudiante y que ardo en deseos de aprender.

—¿Qué me dices de la manera en que ocultaste tu refugio cuando decidiste convertirte en un ermitaño?

Luke frunció el ceño.

—Eso era distinto. Lo creé a partir de sustancias elementales que poseen la cualidad de confundirse con la línea de la costa como si formaran parte de ella.

—Hiciste un trabajo excelente —dijo Akanah—. Cuando lo vi, enseguida supe que poseías el don de los fallanassis. Pero no llegaste lo suficientemente lejos y no aplicaste el principio hasta su conclusión definitiva.

—Que es...

—No limitarse a hacer que se parezca a lo que lo rodea, sino conseguir que se funda con ello —dijo Akanah.

Después cerró los ojos y respiró hondo. La joven permitió que el aire fuera escapando lentamente de sus pulmones mientras bajaba el mentón hacia su pecho..., y de repente Akanah ya no estaba allí.

—Que me... —Luke extendió la mano hacia el sitio en el que había estado Akanah, pero sus dedos sólo encontraron el vacío—. Un truco muy hábil —dijo, dando un paso hacia el cubículo sanitario y alejándose de la cubierta delantera—. Tiene que resultar muy útil a la hora de entrar en las bibliotecas sin ser vista o escapar de un matrimonio concertado por tus padres. ¿Dónde estás?

—Aquí —dijo Akanah desde detrás de él. Luke se volvió para encontrarla sentada de lado en el asiento derecho con los labios curvados en una sonrisita llena de orgullo—. ¿He tocado tu mente?

—No, o al menos si lo hiciste no he podido darme cuenta de ello.

Akanah asintió.

—Hace mucho tiempo, una de las grandes estudiosas del Círculo descubrió que cuando alcanzaba un estado de meditación o inmersión particularmente profundo los demás no podían verla. Era como si desapareciese de delante de sus ojos, ¿comprendes? Mucho tiempo después, aprendimos a llevarnos un objeto con nosotros y dejarlo allí.

—¿Y adonde vais cuando desaparecéis?

—¿Adonde vas cuando sueñas? Es imposible decirlo. ¿Qué significado puede tener una respuesta procedente de ese contexto cuando la introduces en éste?

—Bueno... ¿Y resulta muy difícil?

Akanah se encogió de hombros.

—En cuanto has aprendido cómo hacerlo, no es ni más difícil ni más misterioso que ocultar un vaso de agua arrojando el agua que contiene al mar. —Después sonrió—. Pero llegar a dominar el arte de la fusión se parece mucho a tratar de recuperar el agua del mar después.

—¿Y has usado la fusión con esta nave?

—Sí. Lo hice cuando estaba meditando.

—¿Y los motores seguirán funcionando?

—¿Seguían siendo capaces de sostenerte los suelos de tu refugio cuando caminabas sobre ellos? Y supongo que el techo seguía siendo capaz de impedir que la lluvia entrara a través de él, ¿verdad?

Luke hizo una mueca.

—Así que ahora somos totalmente indetectables, ¿no?

—No —replicó Akanah—. Nada es absoluto. Pero estamos a salvo de las miradas ajenas, y de aquellas máquinas que operan siguiendo el principio de los ojos. Llévanos directamente a J't'p'tan, Luke..., y tan deprisa como puedas. Confía en mí, aunque sólo sea en esto. He dependido de este arte para mi supervivencia prácticamente desde el momento en que me sacaron de Ialtra. Te prometo que no seremos descubiertos..., al menos no por los seres que viajan a bordo de esa nave estelar.

Las ruinas del templo de piedra de J't'p'tan se hallaban esparcidas a lo largo de más de dos mil hectáreas. Incluso estando calcinados y medio desmoronados, los restos que quedaban del templo dejaban muy claras las enormes dimensiones de la ambición que había animado a sus



constructores. Las ruinas llenaban el suelo de un pequeño valle con un intrincado dibujo y subían por los riscos interiores de las colinas que lo rodeaban.

Pero poco después de que el *Babosa del Fango* se hubiera posado en el centro de un diamante abierto, también quedó claro que las ambiciones de los h'kigs habían chocado con las ambiciones de los yevethanos, y que estas últimas habían salido triunfantes del encuentro.

Largos muros de piedra finamente labrada habían sido derribados y hechos añicos. La pendiente de las colinas había quedado erosionada en varios sitios, haciendo que partes de la gran estructura se derrumbaran sobre sí mismas. Las canteras estaban medio llenas de agua, los trineos para transportar las piedras habían ardido hasta convertirse en masas de carbón de leña, y la carretera había desaparecido bajo las explosiones..., y no había ni rastro de vida por ninguna parte.

Luke bajó del esquife moviéndose muy despacio y sin decir ni una palabra. La destrucción agredió sus sentidos: un olor desagradable flotaba en la suave brisa, y antes de que se hubiese alejado una docena de metros de la nave, sus ojos empezaron a distinguir los bultos ennegrecidos de los cadáveres derrumbados por entre las piedras dispersas.

—Es como estar otra vez en Ialtra, sólo que peor —murmuró para sí mismo. Después se volvió hacia el esquife y buscó a Akanah con la mirada. La encontró arrodillada sobre las losas del suelo cerca del soporte de descenso delantero de la nave, con el cuerpo inclinado hacia adelante y la cabeza apoyada en los antebrazos—. Akanah...

Cuando la joven no respondió a su llamada y no dio ninguna señal de que ni siquiera le hubiese oído, Luke empezó a sentirse un poco preocupado y fue hacia ella. Pero Akanah se levantó antes de que hubiera llegado hasta ella y empezó a alejarse de Luke en una rápida trayectoria diagonal, trepando por encima de una masa de rocas que en tiempos habían sido un muro y echando a correr después.

Luke, perplejo, se detuvo y volvió a llamarla.

—¿Qué ocurre, Akanah? ¿Adonde vas? —Desplegó sus sentidos de la Fuerza y barrió los alrededores en busca de amenazas, pero no encontró ninguna—. ¡Akanah!

Cuando vio que la joven ni siquiera miraba hacia atrás, Luke empezó a seguirla. Pero un instante después Akanah se desvaneció, esfumándose tan totalmente y con tan poco esfuerzo como lo había hecho a bordo de la nave. Ni siquiera hubo un temblor en la Fuerza que indicara su desaparición o traicionara su presencia después de que hubiera desaparecido.

El primer pensamiento que pasó por la mente de Luke fue que acababa de ser traicionado. «Me ha llevado hasta aquí tal como se suponía que debía hacerlo, y ahora se apresura a quitarse de enmedio para que puedan hacer saltar la trampa.» Luke se agazapó detrás de un montón de bloques y volvió a barrer la zona, concentrándose en las cimas de las colinas que delimitaban el valle.

«La nave es vulnerable... Si estuviera en su lugar, lo primero que haría sería ocuparme de ella.»

Pero no hubo ninguna ráfaga de fuego desintegrador llegada desde las colinas, aparición repentina de tropas ocultas entre los escombros o deslizador de patrulla surgiendo súbitamente del cielo en la entrada del valle. Luke empezaba a estar realmente perplejo ante su incapacidad de detectar cualquier otra presencia viva, ya fuese imperial, yevethana, h'kig o fallanassi.

—¡Akanah! —gritó con toda la potencia de sus pulmones.

No hubo respuesta. Luke se fue incorporando lentamente y permitió que su espada de luz resbalara de entre sus dedos para quedar colgando junto a su cadera. Después, y sin dejar de escudriñar recelosamente cuanto le rodeaba, fue hasta el sitio en el que se había arrodillado Akanah, pero no encontró ninguna pista.

«Quizá nunca ha sido real —pensó—. Quizá alguien ha estado jugando con mi mente.»

Tanto si estaba solo como si no, Luke no tenía ninguna intención de quedar atrapado en J't'p'tan, con una colonia yevethana situada a ocho mil kilómetros de distancia como única posible fuente de ayuda. No había ningún sitio donde esconder o poner a salvo el *Babosa del Fango*, pero Luke sabía que los escudos de navegación del esquife le proporcionarían cierta protección contra los desintegradores de mano y demás armas de pequeña potencia. Volvió a entrar en la cabina el tiempo justo para activarlos y después selló la compuerta y empezó a avanzar en la dirección por la que iba Akanah cuando se esfumó.

Cuando llegó al sitio en el que la había visto por última vez —o tan cerca de él como podía determinar con los medios a su alcance— se sentó en el suelo junto a un gigantesco edificio de piedra ennegrecido por las llamas que había quedado partido en dos mitades.

—Ni yevethanos, ni fallanassis, ni Akanah —dijo en voz alta—. Ni soldados imperiales ni Nashira. Así pues, ¿por qué estoy aquí? A este rompecabezas todavía le falta alguna pieza. ¿A

qué viene todo esto? Aquí hay algo que todavía no soy capaz de ver.

Como impulsado por sus propias palabras, Luke volvió la cabeza lentamente primero hacia un lado y luego hacia el otro.

—Quizá hay muchos algo invisibles —dijo, alzando un poco la voz—. Dijiste que era como volver a encontrar el agua de un vaso después de haberla derramado dentro del océano, ¿verdad? Puedo hacerlo. Lo único que se necesita es tiempo, y saber que puede hacerse.

Cuando vio que seguía sin obtener respuesta, Luke se levantó.

—Si he de elegir entre que seas una ilusión y que seas real, Akanah, me parece que tengo razones suficientes para saber que eres real. —Fue girando en un lento círculo, esperando que ocurriera algo—. Así que sé que sigues estando aquí..., y apostaría a que puedes oírme.

Cuando la espera no fue recompensada, Luke empezó a trepar por la estructura de piedra sin importarle que eso le convirtiera en un blanco fácil.

—Al principio pensé que te estabas escondiendo de quienquiera que haya hecho todo esto —dijo en voz alta—. Pero ya hace mucho tiempo que se fueron muy lejos de aquí, ¿verdad? Y no echaste a correr porque tuvieras miedo de algo, ¿eh? No, no necesitabas tener miedo de nada. Me has repetido una y otra vez que eres perfectamente capaz de protegerte a ti misma.

Luke bajó al suelo de un salto y echó a andar lentamente en la dirección que había estado siguiendo Akanah cuando se desvaneció.

—Lo cual sólo deja una posible conclusión, Akanah..., que corrías hacia algo y que habías encontrado lo que andabas buscando. —Sintió que se le formaba un nudo en la garganta mientras una oleada de envidia invadía todo su ser, y las palabras que pronunció a continuación surgieron de sus labios bajo la forma de un jadeo enronquecido—. Y que el Círculo está aquí.

Tres mujeres aparecieron a diez metros a la derecha de Luke, surgiendo de la nada tan repentinamente como si acabaran de atravesar un telón invisible. Una llevaba un traje blanco con bandas diagonales color azul cielo y ceñido a la cintura. Su cabellera plateada caía en una abundante cascada sobre sus hombros y le llegaba hasta las caderas. La segunda aparición, de piel color cobre y cabellos cortos, llevaba muy poca ropa y su vestimenta se reducía a una túnica de color amarillo tan corta que apenas le llegaba hasta las rodillas. Akanah estaba inmóvil entre ellas, sujetando sus manos con apasionada posesividad, el rostro surcado por las lágrimas e iluminado por una profunda alegría.

—Ésta es Wialu, que marcó el camino para que yo lo siguiera —dijo con la voz a punto de quebrarse por la emoción—. Y ésta es Nori... Norika, mi amiga de hace mucho tiempo. —Los ojos de Akanah fueron de una a otra, primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha, y las contemplaron con lo que casi parecía incredulidad. Después sus labios se curvaron en una temblorosa sonrisa de pura felicidad y miró a Luke—. Sí, Luke... Soy real, y ellas son reales. Y por fin estoy en casa.

Wialu soltó la mano de Akanah y fue hacia Luke, que todavía no se había recobrado de su perplejidad.

—Has ayudado a Akanah, nuestra niña, a volver con nosotros —dijo—. Te lo agradecemos. Akanah nos ha dicho que la carga fue asumida libremente, pero el riesgo y el sacrificio han sido muy grandes. ¿Hemos contraído una deuda contigo?

—¿Cómo? —Luke escrutó el rostro de Akanah antes de responder—. No, no hay ninguna deuda.

Wialu asintió.

—Eres el hombre de honor que Akanah nos ha dicho que eras —dijo—. Tu amistad con los fallanassis será recordada.

—Gracias —murmuró Luke, no muy seguro de qué debía decir.

—Tu nave debe ser sacada de aquí lo más pronto posible —siguió diciendo Wialu—. Ya ha provocado una disrupción, y su presencia en este lugar supone una amenaza para lo que hacemos aquí.

—Por supuesto —dijo Luke—. Basta con que me muestres el sitio al que quieres que la lleve y...

—Debe salir del planeta —le interrumpió Wialu—. Su presencia en el templo es intolerable, pero seguiría suponiendo un peligro incluso si estuviera en otro lugar.

—Es la nave de Akanah.

—Te la entrega como muestra de gratitud —dijo Wialu—. Pero que obre de esa manera también es puro y simple pragmatismo, desde luego.

Luke entrecerró los ojos y la contempló en silencio durante unos momentos.

—¿Me estás diciendo que he de irme?

—Te agradezco tu comprensión.

Luke volvió a mirar a Akanah, esperando que hablara.

—No puedo hacerlo —dijo por fin—. Akanah no es la única que ha venido aquí con la esperanza de hacer posible una reunión..., y yo también estoy buscando a alguien. Se llama Nashira.

La expresión de Wialu no cambió, pero inclinó la cabeza hacia atrás en un movimiento casi imperceptible, como si estuviera escuchando algo que Luke no podía oír.

—Lo siento —dijo—. No afirmo conocer ese nombre..., y tampoco afirmo que me resulte desconocido. No puedo ayudarte.

—No puedo aceptar eso —dijo Luke—. Si está aquí, entonces por lo menos tienes que decirle que he venido. Si no está aquí... —Meneó la cabeza como si estuviera intentando expulsar un pensamiento de su mente—. Soy su hijo.

Wialu volvió la cabeza como si estuviera escuchando a alguien que se encontraba justo detrás de ella.

—Lo siento —dijo por fin—. Mi respuesta debe ser la misma.

Luke pasó junto a ella y dio un paso hacia Akanah, pero después se detuvo y se volvió nuevamente hacia Wialu.

—No hay ninguna deuda —dijo—, pero sí había una promesa. Akanah dijo que me ayudaría a encontrar a Nashira. Creía que la encontraríamos aquí, con vosotros...

—¿Es verdad eso? —preguntó Wialu, y su mirada fue más allá de Luke para posarse en Akanah.

—Lo es —dijo Akanah—. La pérdida de Luke ha sido más larga y más profunda que la mía. Ha quedado separado de la Corriente y ha vivido en la ignorancia del Credo. Esperaba poder llevarlo hasta ambos.

—Qué temeridad... —dijo Wialu, meneando la cabeza—. Hablaremos de esto más tarde. —Se volvió hacia Luke—. Estoy atada por un juramento. Ninguno de nosotros puede traicionar a otro ante quien no pertenezca al Círculo, ya sea mediante la negativa o ya sea mediante la afirmación. Akanah no puede hacer tal promesa, y esa promesa no puede obligarme.

—No te estoy pidiendo que traiciones tu juramento. Lo único que necesito de ti es que le digas a Nashira que Luke está aquí y que dejes que ella decida qué hacer. —Los ojos de Luke recorrieron las ruinas—. O que permitas que yo se lo diga, claro... Tráela aquí y deja que me vea. Entonces podrá elegir.

—Eso es imposible —dijo Wialu—. Tú pronuncias un nombre y si yo doy significado a ese nombre, entonces te he dado poder sobre la persona que lleva ese nombre. Lo siento. No puedo ayudar a un extraño.

—No es un extraño —dijo Akanah, soltando la mano de Norika y dando un paso hacia Wialu—. Me ha pedido que le enseñara a avanzar por los caminos de la Corriente, y le he aceptado como mi estudiante.

—Eso también es imposible —dijo Wialu—, porque no eres más que una niña a la que todavía le quedan por aprender muchas cosas.

Un destello de ira ardió en los ojos de Akanah. Su mano salió disparada hacia adelante y se cerró alrededor de la muñeca de Luke.

—No entiendes la importancia de su presencia —dijo en un tono casi amenazador—. No entiendes la importancia de su misión.

—No lo hagas, Akanah —dijo Wialu, y en su voz había más tristeza que amenaza.

—¿Qué otra elección me has dejado?

Akanah cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y respiró hondo.

El aire tembló. Los cadáveres y las ruinas empezaron a brillar con un resplandor iridiscente y se disolvieron. Akanah dejó escapar un suave grito de dolor, o quizá de sorpresa. Luke, que estaba junto a ella, percibió cómo su ira establecía contacto con la Fuerza..., pero lo hacía controlándola sin llegar a fundirse con ella, lanzándola contra algo que Luke apenas si podía distinguir.

Y entonces todo cuanto había ante él y todo cuanto había a su alrededor quedó transformado en un abrir y cerrar de ojos. Los cadáveres calcinados se desvanecieron. Las manchas negras desaparecieron de las piedras, los bloques hechos añicos se curaron de repente, las torres y los muros derrumbados quedaron restaurados, y las colinas repletas de cicatrices fueron milagrosamente pintadas y alisadas. La tragedia de las ruinas se transformó en una soberbia obra cuyo continuo progreso llenaba el valle en todas las direcciones y que, a su vez, estaba llena de la vitalidad de millares de h'kigs solemnemente diligentes.

Akanah lanzó una mirada desafiante a Wialu, y Wialu respondió a ella con otra mirada

donde había tanto pena como un suave reproche.

—Por todas las estrellas —jadeó Luke—. ¿La colonia no fue destruida? ¿Habéis estado escondiendo todo esto de los yevethanos...?

—Sí —dijo Wialu—. Akanah debe de haber pensado que era importante que llegaras a saberlo.

Luke meneó la cabeza, no pudiendo creer en lo que estaba viendo.

—El resumen táctico de la Flota hablaba de una colonia religiosa... No tienen ni idea de lo que... ¡Fíjate en lo que han hecho! ¿Cuánto tiempo llevan aquí los h'kigs?

—Ni siquiera cincuenta años —dijo Wialu—. En el poco tiempo transcurrido desde que llegamos hemos visto cómo crecía de una manera casi increíble. Es un continuo prodigio.

Un cuarteto de h'kigs que tiraban de un trineo pesadamente cargado pasó por entre Wialu y Luke.

—¿Y hacen todo el trabajo de manera manual? —preguntó Luke—. ¿Sin cortadores de fusión, sin androides?

—Ése es el significado y el propósito que encierra. La construcción es una manera de rendir honores, y ese trabajo no puede ser confiado a una máquina —dijo Wialu—. El templo es una encarnación física de su visión del universo y de sus esencias místicas: lo inmanente, lo trascendente, lo eterno y lo consciente.

—¿Cuánto falta para que terminen?

—Tal vez nunca lo hagan —dijo Wialu—. Es la obra de una comunidad unida por un propósito que la define, y toda la vida de la comunidad está y estará dedicada a ella.

—¿Y por eso estáis aquí?

—Sí —dijo Wialu—, y por eso debes marcharte.

—Estáis protegiéndoles. Estáis protegiendo esto.

—Ha llegado, a ser necesario —asintió Wialu.

—¿Y durante cuánto tiempo estás dispuesta a seguir haciéndolo?

—Hasta que deje de ser necesario. —Wialu dio un paso hacia él—. Por favor... Tu nave se ha posado en lo que será el Patio Interior de lo Trascendente. Está distrayendo a los h'kigs, y crea una disrupción en su obra. Debes irte.

—Espera un momento —dijo Luke—. El día del ataque. El bombardeo, los haces desintegradores lloviendo sobre el planeta... Todo eso no fue ninguna ilusión, ¿verdad?

—No.

—Pues entonces... ¿Qué ocurrió aquí?

—Ya te lo he explicado. Nos protegimos, y protegimos a estos seres y a los demás allí donde podíamos hacerlo. No diré nada más.

—Los protegisteis mediante ilusiones —dijo Luke—. Wialu, tú sabes que éste no es el único proyecto de construcción emprendido en este mundo. Hay una nave de colonos yevethanos estacionada en una órbita sincrónica al otro lado del planeta, y están construyendo toda una ciudad colonial en la superficie. Akanah lo sabía, así que estoy seguro de que tú también lo sabes. Los yevethanos piensan que ahora este mundo les pertenece.

—Se equivocan —dijo Wialu.

—No necesariamente —dijo Luke—. Los yevethanos reclaman la propiedad de todas las estrellas que hay en el cielo, y de todos los mundos que giran alrededor de esas estrellas. Lo que pudiste evitar que ocurriese aquí sucedió en una docena de planetas donde no había ningún Círculo de los fallanassis para crear un escudo y engañar a los yevethanos. Los cadáveres de esos mundos son reales.

—Sabemos qué ocurrió en esos mundos —dijo Wialu.

—Pues entonces permíteme que te pregunte qué sabes sobre lo que está a punto de ocurrir —dijo Luke—. Mi hermana se opone a lo que los yevethanos han hecho aquí. Su decisión de adueñarse de este planeta y de todos los demás va a ser rechazada..., y con un gran vigor. Dos flotas enemigas están agrupando sus efectivos sobre vuestras cabezas: cientos de naves, decenas de millares de soldados... Si esta guerra llega, será larga, brutal y sangrienta..., y también llegará hasta aquí.

Luke vio que sus palabras habían dado de lleno en el centro de los temores de Wialu.

—Lo he visto aproximarse.

—¿Me ayudarás a tratar de detener la guerra?

—No podemos permitir que se nos utilice de esa manera. Debemos lealtad a la Luz, y seguimos el camino de la Corriente. Nada ha cambiado.

—Si nada ha cambiado, entonces seguís estando tan divididos como cuando vivíais en Lucazec —dijo Luke, y sus ojos fueron más allá de Wialu y buscaron otros rostros fallanassis

entre los h'kigs—. Entre vosotros tiene que haber por lo menos un miembro del Círculo que crea que debéis hacer lo que podéis hacer, de la misma manera en que habéis protegido a estas criaturas.

—No es nuestra guerra —replicó Wialu—. Es vuestra guerra, y la de los yevethanos.

—Y la que se libró aquí tampoco era vuestra guerra —dijo Luke—. Pero intervinisteis y salvasteis estas vidas, y este tesoro. —Señaló a Akanah—. Me desafió, ¿sabes? Me pidió que prescindiera de mi arma y tratase de encontrar otras formas de servir a mi conciencia. Lo que me pidió no me resulta nada fácil, pero he comprendido que merece la pena intentarlo. Ahora yo os desafío a que renunciéis a vuestro aislamiento, y os pido que seáis el agua que extingue la llama.

En ese momento otra mujer, esbelta y de grandes ojos, apareció junto a Wialu, decidiendo renunciar a la invisibilidad que la había estado ocultando hasta entonces para tomar parte en el coloquio.

—¿Puede hacerse? —preguntó.

—Por supuesto que puede hacerse —dijo otra voz que llegó desde otra dirección.

Luke se volvió para ver a dos fallanassis más, inmóviles junto al muro del templo.

—Los yevethanos son vulnerables a nuestros poderes —dijo el más bajo de los dos—. Si deseáramos que los invasores lanzaran su nave sobre la ciudad que están construyendo, cualquiera de nosotros podría obligarles a hacerlo en cualquier momento.

Una joven duu'ranhiana apareció prácticamente junto al codo de Luke, sobresaltándole durante un segundo.

—Pero ¿puede hacerse sin recurrir a semejante tipo de violencia? —preguntó—. El objetivo es evitar una guerra, no unirse a ella o decidir cuál va a ser el bando vencedor. No podemos elegir entre un bando y otro.

—Debéis hacerlo —dijo Luke—. No basta con evitar que haya combates, porque el conflicto que se oculta detrás de ellos debe resolverse de una manera u otra. Tenéis que elegir frustrar la voluntad de un bando o de otro..., de los yevethanos o de la Nueva República.

—La diferencia existente entre ellos es inmaterial —dijo una nueva voz detrás de Luke. Cuando giró sobre sus talones, Luke vio a una ukanisiana de cuerpo opulento y redondeado que sostenía en brazos a un niño—. Construir una flota de guerra supone aceptar la moralidad de la violencia y los métodos coercitivos. Los dos bandos son igualmente culpables.

—Cuando llega la guerra, el precio es pagado por un igual tanto por los culpables como por los inocentes —dijo Luke.

—Y nosotros estamos pagando el precio en vez de los h'kigs —dijo Akanah—. Mientras los yevethanos permanezcan aquí nunca podremos marcharnos.

—No a menos que estéis dispuestos a ver cómo estas personas y este lugar son destruidos —dijo Luke—, y los yevethanos nunca se marcharán por voluntad propia. Creen que son los legítimos herederos de todos los mundos que han conquistado..., J't'p'tan incluido.

Luke describió un lento círculo y vio que más de veinte fallanassis se habían revelado a sí mismos.

—Tenéis que decidir si vais a confirmar su creencia o si vais a rechazarla —dijo—. Debéis elegir.

—¿Y qué elegiríamos si tomáramos la decisión de involucrarnos? —preguntó Wialu—. Si los yevethanos están tan decididos a seguir adelante con sus conquistas como dices, ¿cómo se va a poder frustrar su voluntad sin recurrir a la fuerza?

Luke se volvió rápidamente hacia ella.

—No estoy seguro de que pueda hacerse —dijo—. Lo que os estoy preguntando es si estáis dispuestos a intentarlo. ¿Estáis dispuestos a utilizar vuestros dones en un esfuerzo para evitar la guerra..., y hablo de una guerra que llegará con toda seguridad si no hacéis nada? Ya queda muy poco tiempo. En cuanto las dos flotas empiecen a combatir, cualquier posibilidad que pudiera existir desaparecerá. El fuego se hará demasiado grande, y no habrá agua suficiente para apagarlo.

—¿Una posibilidad de intentar qué? —preguntó Norika—. ¿Qué podemos hacer?

—Podéis engañarlos, tal como habéis hecho aquí..., pero a una escala más grande. —Luke dio un paso hacia Wialu, extendiendo las manos abiertas ante él—. No sé cuáles son los límites de vuestro poder para proyectar ilusiones. Pero si los fallanassis son capaces de crear la ilusión de una vasta flota de la Nueva República, si pueden crear una proyección que posea el mismo intenso grado de realidad que vi cuando llegamos aquí...

Wialu levantó una ceja en un enarcamiento de interrogación.

—Creéis que si los yevethanos tienen que enfrentarse a un enemigo abrumadoramente

superior en número tal vez decidan renunciar a sus conquistas.

—He de pensar que sus vidas significan algo para ellos..., y esperar que signifiquen más que su deseo de reclamar J't'p'tan —dijo Luke—. Tanto si se rinden como si se limitan a retirarse, lo importante es que eso salvará muchas vidas en ambos bandos.

—¿Y qué haría la Nueva República? —preguntó Norika—. ¿Aceptaría su rendición, o se limitaría a usarla como una oportunidad para exterminar a los yevethanos?

—Leia nunca permitiría algo semejante —dijo Luke—. Estoy dispuesto a jugarme mi honor en ello.

—Antes quizá deberíamos averiguar si podemos expulsar de aquí a una nave yevethana mediante esos trucos —dijo otra mujer.

Luke giró sobre sus talones, buscando el rostro al que pertenecía aquella voz.

—No... No, eso sería un error. No sin que haya por lo menos un auténtico navio de combate cerca para respaldar el engaño —dijo—. Hemos de proporcionarles todas las razones posibles para que crean..., y sólo una ocasión de decidirse, porque todo dependerá de la decisión que tomen.

—Entonces será necesario que el comandante de la flota forme parte de ese plan —dijo Wialu.

Luke se volvió hacia ella e inclinó la cabeza en un asentimiento lleno de esperanza.

—Sí.

—¿Sabes dónde está, o cómo podemos encontrarle?

—Puedo localizar a la flota —dijo Luke—. Puedo llevaros hasta el general Ábaht.

—Entonces iré contigo —dijo Wialu—, y averiguaremos hasta qué punto es grande ese incendio del que hablas. —Se volvió hacia Akanah y clavó una mirada inescrutable en su rostro—. Tú también vendrás.

El perímetro de la residencia de Mon Mothma no se hallaba marcado por muros o centinelas. La antigua líder de la Nueva República seguía estando bajo la protección del ministerio de Seguridad, pero la presencia de éste en la propiedad se limitaba a una parrilla sensora atendida por dos equipos de respuesta rápida que tenían su base fuera del recinto. Una patrulla especial de tráfico se encargaba de que el espacio aéreo de los alrededores de la residencia estuviera limpio de posibles amenazas.

Aunque Leia no había sido invitada ni se había solicitado su visita, ninguna de aquellas precauciones estorbó en lo más mínimo su llegada. Posó su saltador orbital sobre la más pequeña de las dos pistas de descenso situadas en la esquina noreste de la propiedad, y después echó a andar por el largo camino que serpenteaba a través de los jardines exteriores y el foso de árboles hasta llegar a la casa.

Los jardines estaban salpicados por vividas manchas de púrpura, azul cobalto y naranja pálido. Los íntibus, las commelinas y los anagallis se hallaban en plena floración, y los brotes de centaurea estaban por todas partes, prometiendo ofrecer toda una erupción de rosa dentro de uno o dos días. El aire del foso de árboles era deliciosamente fresco, y estaba agradablemente impregnado de sombras y enriquecido por complejos aromas. Leia sintió que la profunda paz de un viejo bosque iba envolviendo todo su ser.

El círculo formado por el foso contenía la casa y los jardines interiores, y tanto una como otros eran más modestos de lo que podría haberse imaginado un visitante después de haber visto lo que los rodeaba. La casa, más bien baja y de forma cuadrada, sólo tenía tres habitaciones, todas con paredes y techos transparentes, y los jardines interiores sólo eran pequeñas parcelas de arbustos y flores esparcidas entre los senderos y las extensiones de césped.

Mon Mothma estaba dentro de la casa, sentada en lo que ella llamaba su salón con los pies apoyados en un escabel y un cuaderno de datos encima de su regazo. Alzó la mirada cuando Leia fue hacia la puerta, y la invitó a entrar con un gesto de la mano.

—Leia... —dijo con una sonrisa—. Llevabas meses sin visitarme. Entra.

Leia quedó bastante sorprendida ante la apariencia de Mon Mothma. Sus cortos cabellos se habían vuelto asombrosamente plateados, y las finas arrugas que había alrededor de sus ojos eran claramente visibles desde el otro extremo de la sala.

—Mon Mothma —consiguió decir—. Espero que perdonarás mi intromisión...

—Siempre eres bienvenida, y tu presencia difícilmente puede ser considerada una intromisión —dijo Mon Mothma—. Pero veo que me miras como si no me reconocieras —añadió con afable dulzura.

—Yo...

—Lo que ves ya no desaparecerá jamás, pero no es la marca de la traición de Purgan. — Mon Mothma se refería al intento de envenenarla llevado a cabo por el embajador caridano que había estado a punto de ser coronado por el éxito..., y que había precipitado su abandono de la presidencia—. Me he ganado cada cana y cada arruga, Leia. De la misma manera en que tú estás empezando a ganarte las tuyas, desde luego... Aun así, es cierto: me niego a pintarme la cara y fingir juventud y falta de experiencia. ¿Crees que eso supone una muestra de vanidad por mi parte?

—Creo que sigues estando llena de sorpresas, Mon Mothma..., y que sigues aprovechando cada oportunidad de dar pequeñas lecciones que se te presenta.

Una risita iluminó los ojos de Mon Mothma.

—Sírrete algo de beber y ven a sentarte conmigo. El sol de la tarde hará que el árbol thrann empiece a rezumar savia dentro de poco, y entonces los barbariales vendrán volando para alimentarse. Son tan diminutos y tan veloces... Soy capaz de pasar una hora entera observándolos sin llegar a aburrirme.

Los compartimentos del bar de Mon Mothma contenían una legendaria gama de potentes y aromáticos licores procedentes de toda la galaxia, pero Leia se conformó con una botellita de agua de fallix fría.

—Bien, cuéntame que te ha traído hasta aquí desde la lejana Ciudad Imperial —dijo Mon Mothma cuando Leia hubo tomado asiento en un sillón junto a ella—. Ya no me mantengo muy al corriente de los asuntos de la capital, pero sé que no has venido a ver mis jardines.

—¿Sabes qué le ha ocurrido a Han?

—Me temo que no ha habido forma de escapar a esa mala noticia —dijo Mon Mothma, poniendo la mano sobre la de Leia—. ¿Qué tal lo están llevando los niños?

—Jaina está muy furiosa, y Jacen está muy asustado —dijo Leia—. Anakin... Bueno, básicamente está confuso: no consigue entender por qué alguien puede querer hacer daño a su papá. Hemos conseguido impedir que vean la grabación, pero tuve que contárselo: hay demasiadas personas que están al corriente de lo ocurrido, y no quería que oyeran ciertas cosas.

—Y tú... —dijo Mon Mothma, apretándole suavemente la mano—. ¿Qué me dices de ti?

—No consigo ver con claridad qué camino debo seguir.

Mon Mothma asintió en silencio. Después dejó su cuaderno de datos en el suelo, se recostó en su sillón y esperó sin decir nada.

—Mañana por la tarde he de comparecer ante el Senado para enfrentarme a una petición de falta de confianza que pretende expulsarme de la presidencia —siguió diciendo Leia—. El Consejo de Gobierno opina que con Han en manos de los yevethanos, no se me puede confiar el poder de la presidencia.

—Lo cual supone una tremenda estupidez por su parte.

Leia meneó la cabeza.

—Si he de serte sincera, después de haber visto esa última transmisión procedente de N'zoth... Bien, ya no estoy tan segura de que no tengan razón. Mi primer impulso fue dar a Nil Spaar todo lo que quiere y hacer volver a la flota, y conformarme con que me devolviera a Han con vida. Mi siguiente impulso fue ir a ver a los de Operaciones Especiales y pedirles el arma más horrible de que dispongan, algo que pudiera enviar a N'zoth para que matase hasta el último yevethano... a ser posible haciendo que padeciera una prolongada agonía antes de morir.

La sonrisa de Mon Mothma estaba llena de afecto y simpatía.

—Si no estuvieras sintiendo esos dos impulsos no serías humana.

—Pero no puedo permitir que ninguno de ellos guíe mis actos —dijo Leia—, y no sé qué puedo hacer para evitar que lo hagan. Sólo he visto la transmisión una vez, pero no puedo evitar seguir viendo esas imágenes dentro de mi mente.

—Leia, querida mía... Estoy segura de que no se te habrá ocurrido decirte a ti misma que ser presidenta de la Nueva República significa que debes hacer oídos sordos a tus emociones y sentimientos y que todas tus decisiones deben estar guiadas únicamente por lo que piensas. El liderazgo es algo más que un mero cálculo, porque de lo contrario dejaríamos todo ese embrollo en manos de los androides. Reyes y presidentes, emperadores y potentados... Los mejores representantes de esas especies actúan tan guiados por las pasiones honestas como por una noble ética o una razón fría e incisiva.

—La combinación de la pasión y el poder siempre me ha parecido muy peligrosa —dijo Leia.

—Sin razón o sin ética, casi siempre lo es. Pero la razón necesita estar acompañada por la

pasión de hallar la verdad, y la ética necesita estar acompañada por la pasión de hacer justicia. Sin esa pasión, ni la verdad ni la ética pueden estar realmente vivas —dijo Mon Mothma—. ¿Con qué estás luchando, Leia?

—Con lo que he de hacer —se limitó a responder Leia—. Con lo que he de hacer mañana, cuando tendré que elegir entre seguir resistiendo o darme por vencida. Con lo que he de hacer respecto a Koornacht mientras siga ocupando la presidencia de la Nueva República.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Quiero que Han vuelva a casa sano y salvo —dijo Leia sin titubear—. Quiero que los yevethanos tengan que enfrentarse a las consecuencias de lo que han hecho. Y quiero seguir en mi cargo, porque aún queda mucho trabajo por hacer.

—Y si no pudieras tener todas esas cosas, ¿a cuál renunciarías en último lugar?

Los barbariales habían aparecido tal como predijo Mon Mothma, y los ojos de Leia siguieron el vertiginoso vuelo de un macho negro y amarillo.

—Ésa es la parte del camino que no consigo ver con claridad —murmuró—. ¿Debo responder basándome en los principios? ¿He de pensar en mí misma y en los niños, o debo pensar en el bien de la Nueva República?

—Pero ya te has encontrado en esta misma encrucijada anteriormente —dijo Mon Mothma—. Cuando el enemigo era el emperador Palpatine, estuviste dispuesta a arriesgarlo todo y sacrificaste muchas cosas en nombre de los principios y de la posteridad. Lo que te importaba por encima de todo era lo que creías justo y correcto. Y lo mismo puede decirse de todos nosotros..., tanto de quienes murieron por la Rebelión como de quienes los enviamos a la muerte.

—Ahora tengo más cosas que perder —dijo Leia, comprendiendo de repente algo que se le había escapado hasta aquel instante—, y estoy menos dispuesta a arriesgarlas de lo que lo estaba entonces.

—Una prueba más de que eres humana, y sigue sin haber ninguna razón por la que debas avergonzarte de ello. Los jóvenes piensan que son inmortales —dijo Mon Mothma con una sonrisa llena de comprensión—. Quienes no sobreviven a ese error nos enseñan una lección muy dura a los demás, y veinte años de guerra se encargaron de proporcionar lecciones de sobras para todos. Ahora nos aferramos con más fuerza a lo que tenemos..., a la vida y al amor..., porque sabemos que no es permanente.

Leia se levantó y fue hasta la transparencia que la separaba de los veloces revoloteos de los barbariales.

—Es la misma encrucijada de antes, ¿verdad? ¿Qué estás dispuesta a arriesgar para defender aquello en lo que crees..., y qué valor pueden tener tus convicciones si no estás dispuesta a arriesgar nada en su defensa? —Meneó la cabeza—. Bien, por lo menos conozco una parte de la respuesta a tu pregunta.

—¿Y de qué parte se trata?

—Sé a cuál de esas tres cosas que quiero estoy dispuesta a renunciar en primer lugar —dijo Leia—. En cuanto empezamos a pensar en seguir ocupando el poder y damos prioridad a eso por encima de todo lo demás, empezamos a traicionar a la Rebelión. Esa idea es el corazón de todo aquello contra lo que nos rebelamos.

—Y al final era la única idea que representaba Palpatine —dijo Mon Mothma, asintiendo con la cabeza.

Leia se volvió hacia su mentora y la miró.

—Pero sigo sin saber cómo elegir entre las otras dos.

—Creo que sí sabes cómo hacerlo —dijo Mon Mothma—. Lo que no sabes es cómo podrás soportar tu elección, y eso es un problema en el que no puedo serte de ninguna ayuda. Ese secreto huyó de ti cuando dejaste de ser capaz de poder ver claramente tu camino.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó Leia, volviendo a sentarse en el borde del escabel a los pies de Mon Mothma—. No llegué a darme cuenta de cómo se esfumaba. ¿Lo notaste tú? Nunca había tenido que pasar por esta agonía para llegar a tomar una decisión o para aceptar sus consecuencias. Ha sido tan extraño... Me he estado viendo a mí misma desde dentro y me he preguntado por qué esta mujer hablaba en mi nombre.

—La claridad con que podías ver el camino a seguir surgía de tu certeza de que nuestra causa era justa y nuestro propósito digno de ser defendido —dijo Mon Mothma—. Pero hay muy poca certeza que hallar en un lugar como el Senado y en una ciudad como la Ciudad Imperial. La certeza va siendo roída poco a poco por los mil y un compromisos que son la moneda de la democracia. Las causas van cayendo poco a poco, víctimas del proceso de creación del consenso. La responsabilidad se vuelve tan difusa que acaba desvaneciéndose, y



el acuerdo se vuelve tan raro que acaba pareciéndote un prodigio.

—Antes habría dicho que yo entendía todo eso..., y que nada de todo eso podía sorprenderme.

—Entenderlo y tener que enfrentarse a ello día tras día son dos problemas muy distintos —dijo Mon Mothma—. Siempre has dibujado tu mapa con líneas muy rectas, Leia, y en ese aspecto estás muy mal preparada para vértelas con la arcana cartografía del Senado. —Le sonrió con afable ternura—. Puedes echarme la culpa de eso cuando quieras..., tanto en privado como en público.

Leia meneó la cabeza.

—No tienes por qué decir esas cosas, Mon Mothma. No hay nada por lo que debas pedirme disculpas. —Se levantó y contempló la puerta por encima de su hombro—. He de irme. No quiero dejar solos a los niños durante demasiado tiempo.

Mon Mothma también se levantó.

—Me estoy acordando de algo que tu padre me dijo hace mucho tiempo, cuando yo acababa de llegar a Coruscant y sus formas de actuar eran un misterio para mí. Lo que me dijo me sirvió de mucho..., y quizá tú también encuentres algo de valor en ello. Tu padre me dijo que no debías esperar que te aplaudieran cuando hacías lo correcto, y que tampoco debías esperar que te perdonaran cuando cometieras un error. Pero el compromiso firme es algo que será respetado incluso por tus enemigos..., y una conciencia que esté en paz consigo misma vale más que mil victorias manchadas.

Cuando Mon Mothma acabó de hablar, los ojos de Leia ya estaban enturbiados por un delgado velo de lágrimas.

—Sí —murmuró—. Es justo el tipo de consejo que se podía esperar de Bail.

Mon Mothma la envolvió en un reconfortante abrazo lleno de amor que duró casi un minuto.

—Traza una línea recta, Leia —le susurró mientras se separaban—, y así podrás ver adonde conduce.

Aún faltaba una hora para que el Senado tuviera que disolverse y convertirse en la Asamblea de la Nueva República a fin de examinar la petición de falta de confianza presentada contra Leia, y la regla de discusión abierta sin ninguna clase de restricciones que regiría la sesión prometía hacer que ésta durase muchas horas. Pero tanto los niveles de los medios de comunicación como los destinados al público ya se hallaban repletos, y los pasillos del exterior habían quedado invadidos por quienes no consiguieron encontrar sitio dentro.

Algunas de las personas que llenaban las áreas públicas blandían un pase de galería con un código de color para un bloque de tres horas posterior. Otros sólo habían conseguido hacerse con un pase de acceso general y un lugar en uno de los auditorios. La demanda había superado a la oferta de tal manera que el precio de un pase de galería ya estaba por encima de los diez mil créditos..., si conseguías encontrar a alguien que estuviera dispuesto a vendértelo.

Y a pesar de los esfuerzos del servicio de seguridad del palacio para impedir ese comercio, ya había surgido todo un activo mercado de intercambios entre quienes disponían de pases, alimentado por una serie de rumores contradictorios sobre cuándo podían tener lugar los acontecimientos clave..., y muy especialmente sobre cuándo subiría Leia al estrado. Los pases de la Sesión Tres, que cubrían el período de las siete a las diez de aquella noche, ya costaban tres mil créditos más que los de la Sesión Dos y cinco mil créditos más que los de la Sesión Cuatro y los de períodos posteriores.

Tanto la conmoción como la expectación eran un poco menos ruidosas en los corredores y las cámaras de acceso restringido, pero sólo por comparación con las áreas públicas. La petición era el gran acontecimiento del Tercer Electoral, y nadie que tuviera derecho a ocupar un asiento en la gran cámara tenía intención de perderselo. Había multitudes y rostros desconocidos por todas partes, y la normalmente apacible sala de reunión del

Consejo estaba acogiendo una apasionada discusión a gritos entre media docena de senadores que no habían podido esperar a que empezara la sesión.

Con semejante atmósfera, al principio la llegada de Leia a la antesala del Senado sin que su aparición fuera anunciada previamente pasó desapercibida. Y los primeros pares de ojos que captaron la presencia de Leia pertenecían a los analistas de imagen de Engh, que casualmente eran las personas a las que ella menos deseaba ver en aquellos momentos.

Leia nunca se había tomado la molestia de averiguar o recordar sus nombres, y había acabado llamándolos el Ventrilocuo y el Sastre. El Ventrilocuo, que se dirigía a ella llamándola presidenta Solo, siempre estaba intentando poner palabras en la boca de Leia. El Sastre, que se dirigía a ella llamándola princesa Leia, la trataba como si fuera un maniquí sobre el que

probar una prenda detrás de otra, y siempre estaba preocupándose de si sus ropas proyectaban la imagen adecuada para una determinada aparición pública.

Los dos fueron corriendo hacia ella y la recibieron con un torrente de palabras.

—¡Princesa! ¿Dónde estaba?

—¡Presidenta Solo! Todavía no he podido ver su discurso...

—... tengo preparada su ropa en la sala de recepciones diplomáticas. No hay ninguna premura inmediata, pero tendríamos que hablar sobre las joyas que va a...

—... por suerte no le ha correspondido el primer turno de palabra en el estrado. Busquemos un sitio tranquilo donde podamos repasar lo que ha de decir...

—He optado por un aspecto muy sencillo, no exactamente del tipo viuda-llevando-el-duelo pero más o menos en esa dirección, y cualquier cosa demasiado llamativa no encajaría con el efecto general...

—... y ya le he concertado entrevistas con la Global, la Primaria y Noticias de la Galaxia para después de la sesión...

—Silencio —dijo secamente Leia—. No quiero oír ni una sola palabra más, y eso va por ambos.

Los dos la contemplaron con la misma mirada sorprendida matizada por una sombra de sólo-queremos-ayudar.

—¿Hay algún problema, presidenta Solo...?

—Princesa Leia, no crea que no soy consciente de lo mal que...

—Ni una palabra más —les interrumpió Leia—. Ni una sola palabra más, ¿de acuerdo? Los dos quedan despedidos, y el despido es efectivo a partir de este mismo instante. —Dos rápidos movimientos le bastaron para arrancar sus pases de zona de sus ropas—. Vuelvan al ministerio y sigan haciendo lo que quiera que solían hacer antes..., y debo añadir que espero que se trate de algo más útil que lo que han hecho aquí.

A esas alturas todas las personas presentes en un radio de diez metros ya se habían dado cuenta de la llegada de Leia, y una multitud llena de curiosidad había empezado a congregarse a su alrededor. Leia pasó junto al Ventrilocuo sin prestar ninguna atención a los mirones y siguió avanzando por la antesala hasta que se encontró con Behn-Kihl-Nahm, quien estaba inclinado sobre lo que parecía un cáliz lleno de una bebida oscura en una mesa cercana al bar y repasaba una lista de oradores junto con Doman Beruss.

—Vamos arriba, Bennie —dijo Leia, volviendo su hombro hacia Beruss e ignorándole por completo—. Hemos de hablar.

Un murmullo repentino —un jadeo colectivo, para ser más exactos— surgió de los millares de asistentes que llenaban la cámara del Senado cuando Behn-Kihl-Nahm y Leia entraron en ella y ascendieron hasta el nivel superior del estrado. Cuando el murmullo se hubo calmado, sólo se pudieron oír las tenues voces de los comentaristas de las redes de noticias que hablaban por una docena de comunicadores activados esparcidos por el recinto de la cámara.

—... no se esperaba que hiciese acto de presencia hasta mucho más tarde, cuando sería convocada para hacer su propia exposición de los hechos. Su inesperada...

—... provocando especulaciones inmediatas sobre una posible dimisión sorpresa...

—... se consideraba altamente improbable que decidiera estar presente durante lo que promete ser un largo e intenso debate...

Pero los encargados de protocolo del Senado no tardaron en localizar y expulsar a los molestos aparatos, y cuando Behn-Kihl-Nahm fue hacia el estrado, el silencio era prácticamente completo.

—Senadores y senadoras... —dijo Behn-Kihl-Nahm, y después carraspeó dos veces—. Senadores y senadoras, el orden del día de la sesión de hoy hecho público ha sufrido un cambio.

A pesar de su inocuidad, aquellas palabras causaron una agitación inmediata entre los asistentes. Behn-Kihl-Nahm ignoró aquella repentina actividad y siguió hablando, inclinándose sobre el sensor auditivo del estrado para poder ser oído con más claridad.

—Tal como permiten las reglas de procedimiento del Senado y de acuerdo con las estipulaciones del Artículo Cinco de la Carta Común, cedo el estrado a la presidenta del Senado Leia Organa Solo, princesa hereditaria de la Casa Organa de Alderaan y senadora electa en representación de la República Restaurada de Alderaan.

Mientras Leia se levantaba del banquillo en el que había estado esperando, ocurrió algo inesperado: una ovación que fue creciendo lentamente surgió de la nada y poco a poco fue adquiriendo un carácter casi desafiante. En parejas y tríos dispersos primero y en grupos de

diez y veinte después, los senadores sentados se pusieron en pie mientras aplaudían y gritaban la afirmación tradicional del «¡Hurra, burra!». Cuando Leia llegó al estrado, la mitad del ala izquierda y casi toda el ala derecha se habían unido a aquella improvisada demostración de apoyo.

El entusiasmo era bastante más reducido en la sección central, donde estaban sentados los representantes de la mayoría de mundos humanos, pero incluso allí casi la mitad se habían puesto en pie y los rezagados seguían aumentando ese número a cada momento que pasaba. El ruido más ensordecedor procedía de la galería del público, cuyos ocupantes estaban ignorando las advertencias simultáneas de los encargados del protocolo y de los arquitectos y habían iniciado un rítmico pateo. Leia, muy sorprendida, volvió la mirada hacia Behn-Kihl-Nahm en busca de un consejo o de una explicación, pero sólo consiguió ver cómo su fiel amigo también la aplaudía con una actitud donde había tanta dignidad como decisión.

Después Leia se volvió hacia la cámara y alzó la mano derecha para pedir silencio.

—Por favor —dijo—. Por favor... Les agradezco su apoyo, tan espontánea y sinceramente ofrecido. Lo acepto como una expresión profundamente conmovedora de su preocupación por Han..., que a su vez es un reflejo de la preocupación que muchas personas de todos los confines de la Nueva República se han molestado en compartir con nuestra familia. Me reconforta saber que su bienestar significa tanto para tantos de ustedes. Han Solo nos es muy querido, y verle sufrir resulta inimaginablemente duro para nosotros.

»Pero no he venido aquí hoy para hablar de Han o para dar por sentado que gozaría de su simpatía —siguió diciendo—. He venido aquí para hacer un anuncio público en un asunto de extrema gravedad. Me alegra ver a tantos de ustedes reunidos aquí para oírlo directamente.

»A las trece treinta del día de hoy, y en presencia del presidente del Consejo de Defensa, el primer administrador, el ministro de Estado, el almirante de la Flota y el director del ministerio de Inteligencia, he invocado formalmente las estipulaciones concernientes a los poderes de emergencia del Artículo Cinco con respecto a la crisis del Sector de Farlax.

Un jadeo de sorpresa surgido de millares de gargantas desgarró el silencio.

—Ése es el lenguaje protocolario que exige la Carta —prosiguió Leia—. Pero también puede decirse de una manera mucho más simple: lo que hemos hecho ha sido declarar la guerra a la Liga de Duskhan.

»He dado este paso por una razón, y únicamente por una razón..., porque es lo correcto y lo que debe hacerse.

»No se trata de una cruzada personal o de una maniobra política. Es una campaña por la justicia que pretende obtener justicia para las víctimas y justicia para los criminales.

»Los crímenes de los yevethanos no les son tan conocidos como deberían serlo, y tampoco llegarán a serlo. Han podido contemplar los rostros de dos de las víctimas de Nil Spaar: Han y Plat Mallar. Pero lo que los yevethanos les han hecho a esas dos personas, por muy grande que sea el dolor que sus acciones puedan causar en quienes las aman, sólo constituye el más pequeño de sus crímenes.

»La Liga de Duskhan está dirigida por un dictador absoluto cuya salvaje amoralidad no tiene nada que envidiar a la de cualquiera de los peores enemigos que han llegado a conocer las dos Repúblicas. Los yevethanos han exterminado sin la más mínima provocación a las poblaciones de más de una docena de mundos pacíficos. Han asesinado a decenas de millares de inocentes sin contar con la más mínima justificación.

»Humanos, morathianos, h'kigs, kubazianos, brigianos... Nadie que se interpusiera en su camino logró escapar. Ni las mujeres, ni siquiera los niños... Sus cuerpos fueron incinerados. Sus hogares fueron destruidos. Sus ciudades fueron reducidas a átomos por un implacable bombardeo.

»Y los últimos recuerdos de esos niños y de esas ciudades ahora son conservados por los escasos supervivientes a los que los yevethanos no mataron..., y a los que han permitido seguir viviendo únicamente porque así podrían utilizarlos como escudos durante la batalla.

»La posibilidad de que los yevethanos no hayan puesto punto final a su criminal expansión, la perspectiva de que a continuación puedan lanzarse sobre Wehltam o Galantos o cualquier otro mundo que nos resulte más familiar, es totalmente innecesaria a efectos de nuestra respuesta.

»Si estos horrores no exigen nuestra respuesta, que la negrura del oprobio caiga sobre nosotros. Si estas tragedias no enfurecen su conciencia, que la negrura del oprobio caiga sobre ustedes. Si no podemos permanecer unidos para plantar cara a semejante depredador, entonces la Nueva República no representa nada que tenga algún valor.

Leia hizo una pausa para tomar un sorbo de agua entre el silencio absoluto que reinaba en

la gran cámara.

—Después de haber consultado con el almirante Ackbar y el Departamento de la Flota, he ordenado el envío de fuerzas adicionales a Koornacht para reforzar nuestras posiciones. He encomendado al general Ábaht, el comandante del sector, la tarea de eliminar la amenaza yevethana y reclamar los mundos conquistados de Koornacht. El general posee la autoridad militar necesaria para hacerlo, y cuenta con toda mi confianza.

«Despojaremos a los yevethanos de la capacidad para hacer la guerra a los que ellos llaman las alimañas. Lo haremos no sólo porque nosotros también somos alimañas a sus ojos, sino porque nos han mostrado la maldad que hay en su corazón, y porque la maldad siempre debe ser combatida aunque el precio que haya que pagar por ello pueda ser muy grande.

«Cualquier gobierno que tenga algo que objetar a esta decisión es libre de abandonar este cuerpo político, y este cuerpo político es libre de elegir una nueva presidencia..., el día siguiente a aquel en que Nil Spaar haya sido derrotado y los yevethanos hayan quedado desarmados.

Leia esperaba que el silencio la siguiera cuando bajara del estrado. Pero apenas había dado dos pasos cuando un tumultuoso rugido de aprobación procedente de los niveles de asientos y las galerías superiores cayó sobre ella. Leia giró sobre sus talones y vio que prácticamente todo el Senado estaba en pie, y que aprobaba su decisión de una manera estruendosamente aclamatoria.

La aclamación no era unánime, desde luego: docenas de senadores que no estaban de acuerdo con ella habían permanecido en sus asientos o iban hacia las salidas con expresiones de visible disgusto en sus rostros. Pero suponían una minoría asombrosamente diminuta perdida en el todo. Leia, que apenas podía comprender el milagro que acababa de obrar, dejó que sus ojos recorrieran el Senado. Sus palabras habían llegado hasta ellos y los habían conmovido y unido..., al menos por un momento, un momento durante el que los principios habían triunfado sobre la política.

Tendría que haberse sentido llena de alegría..., de no ser por el hecho de que Leia podía ver con toda claridad la muerte de Han al final de la línea recta que había dibujado.

## CUARTO INTERLUDIO

### Maltha Obex

Aquel día hacía mucho frío en Maltha Obex; la temperatura se encontraba por debajo de lo normal incluso teniendo en cuenta lo que debía considerarse normal en un planeta que llevaba cien años helándose bajo la presa implacable de una pequeña era glacial. Una brutal tormenta que abarcaba medio continente estaba azotando las latitudes norteñas con vientos terribles y cortinas de diminutos copos de nieve tan duros y abrasivos como partículas de arena. La tormenta había obligado al Equipo Alfa a abandonar sus excavaciones en el campo de hielo que se extendía al este del Risco 80.

Los refugios térmicos del Equipo Alfa llevaban toda la noche tirando de sus sujeciones, como si ardieran en deseos de remontar el vuelo y andar dando tumbos por toda aquella desolación helada. Cuando Bogo Tragett se puso el traje protector para inspeccionar la cúpula de excavación del equipo que lideraba, se encontró con que el túnel a prueba de desgarrones que unía su refugio a la cúpula se había rajado de un extremo a otro y había quedado convertido en diminutas banderolas amarillas que aleteaban a lo largo de los cables de tensión. La visibilidad había sido reducida prácticamente a cero por las ráfagas de viento y nieve, tan intensas que eran capaces de volver invisible una cúpula de trabajo de un vivo color azulado que no estaba a más de cinco metros de distancia de Tragett.

Dentro de la cúpula Tragett descubrió un calentador tan frío como un trozo de hielo, un enorme montón de nieve de una blancura cristalina y un chorro incesante de partículas de nieve que entraban por debajo del suelo parcial de la cúpula. El calentador había consumido en algo menos de diez horas el suministro de combustible calculado para tres días, y luego se había dado por vencido y había dejado de funcionar.

Tragett optó por hacer lo mismo. Fue hasta el refugio de los suministros por un túnel de conexión todavía intacto, se puso en contacto con el *Abismos de Penga* y solicitó que fueran a recogerles, y después llamó al resto del equipo y les dijo que recogieran todas las pertenencias personales y el instrumental que pudieran llevar en las manos o a la espalda. Después todo se redujo a esperar a que las condiciones meteorológicas mejorasen lo suficiente para que la lanzadera de la expedición, que había sido diseñada pensando en esa clase de problemas climáticos, pudiera abrirse paso a través de ellos hasta donde se encontraban.

La espera se prolongó tres horas, durante las cuales el refugio de Tragett logró soltarse de sus sujeciones y fue lanzado contra el lado de la cúpula de excavación azotado por el viento. Antes de que el refugio volviera a quedar libre y se perdiera en la lejanía, ya había derrumbado una tercera parte de la cúpula y conseguido que los rostros de dos miembros del equipo se volvieran tan blancos como el paisaje.

Pero el doctor Joto Eckels no pensó ni por un solo instante en ofrecer un pequeño descanso al Equipo Alfa a bordo del *Abismos de Penga*. Lamentaba la pérdida del instrumental y del tiempo invertido en N3 sin que se hubiera obtenido ningún resultado ni del uno ni del otro..., pero había muchos más lugares que excavar y demasiado poco tiempo. Confiando en que Tragett sería capaz de cubrir las necesidades de motivación de su equipo, Eckels había enviado la lanzadera al relativamente suave clima del punto S9, donde la temperatura al amanecer había sido de veintiséis grados por debajo del punto de congelación bajo un cielo despejado.

—Hemos precargado la lanzadera con todo el equipo de excavación disponible, desde cúpulas hasta piezas sueltas —informó a Tragett mientras la lanzadera viraba hacia el este en vez de subir por el cielo—. Puede sacar todos los repuestos que necesite de ese material. Yo diría que no debería tener ninguna dificultad para haberse instalado hacia el anochecer, y así podrá estar preparado para reiniciar los trabajos en cuanto amanezca.

Tragett, que era un veterano y un hombre muy pragmático, comprendió los motivos que habían impulsado a Eckels a tomar aquella decisión.

—Afirmativo, *Abismos de Penga*. Pero si ése es el plan, entonces me gustaría sacar de aquí

a Tuomis y traer a otro en su lugar. Lleva algún tiempo luchando con la fiebre de los refugios y no se encuentra demasiado bien.

—La mitad del trabajo que lleva consigo montar un campamento se hace al aire libre —replicó Eckels—. El mero hecho de poder ver ese horizonte quizá hará que se sienta mejor, y además, tener que trabajar duro siempre resulta menos deprimente que estar tumbado durante toda la noche escuchando aullar al viento. Esperemos veinte horas, y ya repasaremos las opciones cuando sepamos qué tal está por la mañana.

Con la crisis del Equipo Alfa relegada al pasado, el *Abismos de Penga* volvió a su pauta orbital normal, y Eckels se fue poniendo en contacto con los otros equipos para recibir sus informes de actualización cotidianos. El Equipo Beta estaba llevando a cabo una exploración en aguas profundas desde un campamento situado sobre la enorme losa de hielo de un témpano; y el Equipo Gamma estaba trabajando en los riscos que se extendían sobre el glaciar Stopa-Krenn, donde buscaba habitáculos qellas posteriores a la catástrofe y artefactos nómadas.

—Disponen de un día más para terminar lo que estén haciendo —informó al jefe del Equipo Beta—, y después les trasladaré a S-Once. Alfa ya no tiene nada más que hacer en N-Tres, así que todavía no hemos encontrado ninguna ciudad..., y ésa es la razón por la que voy a conceder prioridad máxima a esa búsqueda durante el tiempo que nos queda.

—Entendido, doctor Eckels. Ya no queda gran cosa que encontrar, así que no tenemos nada que objetar.

Las noticias que Eckels comunicó a Gamma, transmitidas media órbita después, eran más o menos similares.

—Disponen de cien horas para encontrar un habitáculo confirmado e indudable antes de que los saque de allí y divida a sus efectivos en dos grupos para que podamos hacer turnos dobles en S-Nueve y S-Once. Ya tenemos todas las escamas de piel, frotis de callosidades, restos abandonados a toda prisa y miembros quemados por el hielo que puede llegar a digerir el Instituto. No nos iremos de aquí sin haber echado un vistazo a su forma de vida..., antes si es que no después, y a ser posible tanto antes como después.

—Entendido —dijo el jefe del equipo Gamma—. Déjeme hablar con Tia sobre los sondeos laterales de ayer. Hay un punto que me gustaría que inspeccionara con más detenimiento.

—Le transfiero la comunicación.

Eckels estudió el programa de trabajo en la pantalla de su cuaderno de datos durante unos momentos más y después lo archivó en la memoria. Sabía que estaba siendo implacable tanto con los equipos de la superficie como con los analistas y catalogadores del laboratorio, pero no veía ninguna otra alternativa real. Dispondrían del *Abismos de Penga* durante veintinueve días más..., después de los cuales la expedición a Kogan 6 del doctor Bromial, que ya había sido retrasada dos meses, pasaría a disponer de la nave. Eso les dejaba trece días productivos en Maltha Obex y dieciséis días desperdiciados en el viaje de vuelta a Coruscant.

«Todo ese tiempo sólo para trasladar nuestras manos y nuestros cerebros desde un lado de la galaxia al otro... El universo es una ofensa viviente a cualquier concepto razonable del orden.»

Eckels se encontró envidiando a su cliente por tener a su disposición una nave como el *Meridiano*. El veloz navio de casco negro que se encargó de la recogida había hecho un viaje de ida y vuelta a Coruscant en menos tiempo del que la ya bastante vieja nave de investigación necesitaría para terminar el trayecto de vuelta. Pero el Instituto Obroano jamás invertiría sus preciosos recursos en algo tan efímero como la velocidad.

—La arqueología no es una carrera —hubiese dicho el director bel-dar-Nolek si hubiera estado allí—. Es una profesión para quienes tienen paciencia. Los arqueólogos, que pensamos en términos de siglos y milenios, difícilmente podemos prestar atención al transcurrir de un puñado de días.

Pero bel-dar-Nolek ya no hacía trabajos de campo. El viaje más largo que efectuaba con regularidad se reducía a un paseo de veinte minutos desde su trabajo hasta su despacho en el Instituto.

Eckels salió de la cabina de comunicaciones y echó a andar hacia popa y los laboratorios. Pero antes de que hubiera llegado a ellos, escuchó cómo le llamaban por el sistema de comunicación interior de la nave.

—Capitán Barjas al puente, por favor. Doctor Eckels al puente, por favor.

Eckels reconoció la voz del primer oficial, que ya llevaba nueve años con la nave y había tomado parte en un número incontable de expediciones. También reconoció la nota de urgencia que convertía las palabras de Manazar en algo más que una educada petición. Eckels giró sobre sus talones, invirtió la dirección de sus pasos y les añadió un poco de apresuramiento

hasta que entró en la sección de la tripulación y subió por la escalerilla triangular que llevaba al puente.

Barjas había llegado antes que él.

—Doctor —dijo, saludándole con una inclinación de cabeza.

—¿Qué ocurre?

Barjas señaló la pantalla de navegación, y Manazar estiró el brazo **para** señalar el ventanal delantero.

—Una nave viene hacia nosotros —dijo Barjas.

—Y parece que no les ha gustado demasiado encontrarnos aquí —añadió Manazar.

Temiendo ser seguido, Pakkpekatt había hecho que el *Dama Suerte* ejecutase una serie de tres saltos hiperespaciales durante el trayecto hasta Maltha Obex. Los saltos extra añadieron menos de una hora a la duración del viaje, pero incrementaron considerablemente las dificultades a las que tendría que enfrentarse cualquier perseguidor que estuviera intentando adivinar hacia dónde se dirigían.

Después de haber adoptado esas precauciones extra para asegurar que nadie les molestara, Pakkpekatt se sintió todavía más preocupado cuando descubrió que aunque el planeta estaba muerto, no se hallaba desierto.

—La señal de su transductor indica que es el *Abismos de Penga*, registrado en Coruscan!, propiedad del Instituto de Arqueología Obroano y al mando del capitán Dolk Barjas. Datos suplementarios: longitud ciento veintiséis, eslora treinta y dos, sin armamento registrado, índice de velocidad...

—¿Puede suprimir la capacidad comunicacional de esa nave, agente Taisden?

—La local sí, pero no puedo hacer nada que afecte al sistema de hipercomunicaciones —respondió Taisden.

—Pues entonces no haga nada —dijo Pakkpekatt.

—No estará pensando en adoptar ninguna medida demasiado drástica, ¿verdad, coronel? —preguntó Hammax, visiblemente preocupado—. No sólo se trata de una nave civil, sino que además es una nave amiga..., y a juzgar por sus dimensiones probablemente lleva a bordo más de treinta personas.

—Lo único que me preocupa es que dispongamos de la intimidad suficiente para hacer lo que hemos venido a hacer aquí —dijo Pakkpekatt, reduciendo un poco la velocidad del *Dama Suerte* para proporcionarles más tiempo antes de que fueran detectados—. Estoy dispuesto a tomar en consideración todas las opciones posibles.

—Esto ha sido una operación estrictamente secreta desde el primer momento —dijo Pleck—. ¿Por qué no nos limitamos a dejar caer el telón sobre todo el sistema, requisamos la nave invocando la autoridad de la INR y la sometemos a un bloqueo de comunicaciones total?

—No creo que dispongamos de tanta autoridad como a usted le gustaría suponer..., y me refiero tanto a la realidad como a las apariencias —dijo Pakkpekatt—. Si usted fuera el capitán de esa nave, ¿cedería el control del *Abismos de Penga* a la tripulación de un yate particular que surge de la nada sin que su propietario legal vaya a bordo? En esas circunstancias, sólo el capitán más novato podría ser lo suficientemente incauto para no sospechar que se estaba enfrentando a un acto de piratería.

—De acuerdo, de acuerdo... Eso quiere decir que cuando aparezcamos en sus sensores no se sentirán muy intimidados —dijo Hammax—. Pero aun así podríamos hacer que el general Rieekan o el brigada Colomus les ordenasen que se fueran del sistema, ¿no? Incluso podríamos esperar aquí, fuera del radio de detección de sus sensores, hasta que les hayan dado una buena bronca y los manden a casa.

Taisden estaba meneando la cabeza.

—Oigan, hace algún tiempo estuve destacado en el Senado como oficial de enlace y me temo que el coronel tiene razón. Sin una población nativa aquí, Maltha Obex es un sistema abierto y eso quiere decir que hay que aplicar el Artículo Diecinueve de la Carta. El Instituto Obroano tiene tanto derecho a estar aquí como nosotros. La INR no posee la autoridad necesaria para reclamar un territorio..., y de hecho ni siquiera la Flota tiene ese poder. Tendrían que acudir al Consejo de Defensa del Senado alegando que en Maltha Obex puede haber algo que afecte a la seguridad de la Nueva República para apoyar su reclamación, enviar una notificación pública a las naciones miembros y...

—¿Y cómo vamos a conseguir que se vayan sin decirles quiénes somos y por qué estamos aquí? —preguntó Hammax.

—Eso es otra pregunta, ¿verdad? —preguntó Pleck a su vez—. ¿Qué está haciendo aquí

esa nave?

—Están aquí porque nosotros los enviamos aquí —dijo Pakkpekatt.

Sus palabras hicieron que todos le mirasen con caras de perplejidad.

—¿Nosotros? —preguntó Hammax.

—Efectivamente. Antes de que el Vagabundo escapara a nuestro control en Gmar Askilon, pedí al general Rieekan que me consiguiera material genético qella, y por razones particulares de la agencia decidió recurrir al Instituto Obroano para que lo localizara y lo recuperase. Pero ahora ya tenemos lo que vinieron a obtener para nosotros..., y eso quiere decir que ya no deberían estar aquí.

—Bueno, entonces no veo que haya ningún problema —dijo Hammax—. Si los enviamos aquí, podemos ordenarles que se vayan. Basta con que les digamos que hemos venido a hacernos cargo de la operación y que sus servicios ya no son necesarios.

—No lo creo —dijo Taisden—. A juzgar por el tráfico de comunicaciones, parece como si tuvieran en marcha tres operaciones distintas e independientes en la superficie. No se van a creer que esta nave y nosotros cuatro hayamos venido aquí para hacernos cargo de todo.

—Lo que crean o dejen de creer no tiene ninguna importancia —dijo Hammax—. Si los hemos contratado, podemos despedirlos. Y puede que este yate no dé mucho miedo, pero todos los presentes sabemos que el coronel puede intimidar a cualquiera si se lo propone. Es posible que ésa sea toda la autoridad que nos haga falta.

—¿Y si no se dejan engañar? —preguntó Taisden—. Son civiles, coronel..., peor aún, científicos. No se les da demasiado bien el obedecer órdenes.

—Entonces hay otra opción —dijo Hammax—. Coronel, básicamente esa nave es una Dobrutz de pasaje. Estuve sirviendo algún tiempo a bordo de una de esas naves, así que su diseño no me resulta del todo desconocido. La Alianza tenía un puñado de esas naves, y las usaron como transportes ligeros de tropas durante la Rebelión.

—Siga —dijo Pakkpekatt.

—Verá, esa nave de ahí abajo sólo cuenta con un complejo de comunicaciones que está instalado fuera de los escudos debido a las continuas interferencias que provocan esos condenados generadores de escudo DZ-nueve —dijo Hammax—. Era una vulnerabilidad ampliamente conocida. Estoy seguro de que podría destruirlo sin causar daños colaterales. No debería necesitar más de dos disparos, y tal vez pudiera destruirlo con uno.

—Gracias, coronel —dijo Pakkpekatt, empujando las palancas de aceleración hacia adelante—. Sin embargo, creo que por el momento mantendré esa opción en estado de reserva. Aquí hay algo que se me sigue escapando. Quizá pueda conseguir que estos intrusos me revelen de qué se trata.

La nave que venía hacia ellos había permanecido en silencio hasta que se encontró prácticamente encima del *Abismos de Penga*. Entonces la primera señal llegó por el canal de comunicaciones de emergencia, encendiendo varias barras de advertencia en los paneles situados junto al codo de Manazar.

—*Abismos de Penga*, esto es una alerta de prioridad. Están operando en una zona de acceso restringido y su nave corre un serio peligro. Tengan la bondad de confirmar el perfil de identificación de su transductor.

La transmisión pilló tan por sorpresa a Manazar que faltó muy poco para que enviara los datos de confirmación sin oponer resistencia a las exigencias de la nave desconocida, pero su adiestramiento se impuso en el último momento.

—Nave desconocida, aquí el *Abismos de Penga* —respondió—. Nuestra nave no dispone de módulo identificador, así que les ruego que se identifiquen.

—Esto es una alerta de prioridad, *Abismos de Penga*. Están operando en una zona de acceso restringido y su nave corre un serio peligro. Tengan la bondad de confirmar el perfil de identificación de su transductor.

Y como para subrayar la seriedad de la petición, un compartimento de armamento oculto se abrió en la parte inferior del casco del recién llegado. El cañón láser retráctil que emergió de él pasó por toda su gama de movimientos y acabó quedando dirigido hacia el *Abismos de Penga*.

Ése fue el momento en el que Manazar decidió llamar al capitán y al jefe de la expedición. Después llevó a cabo una rápida comprobación para averiguar si el transductor del *Abismos de Penga* ya había sido interrogado, y envió la información solicitada cuando vio que así había sido.

—Dado que ya disponían de la información y que no tenemos nada que ocultar, pensé que sería mejor que hiciese lo que me pedían —explicó Manazar—. Pero después me dijeron que



querían hablar con el capitán de la nave, y que además querían hacerlo a través de un canal de holocomunicación completa. He estado intentando ganar tiempo con excusas hasta que ustedes llegaran, pero creo que no les gusta nada que alguien intente entretenerles con excusas.

Sarjas asintió.

—Lo ha hecho estupendamente, Mazz. Yo me ocuparé del resto.

—No —dijo Eckels—. Cuando viajamos por las rutas estelares esta nave es suya, capitán, pero ahora estamos en órbita y el jefe de la expedición tiene el mando. Yo me encargaré de este asunto.

Atravesó el puente hasta llegar a la pequeña cabina de holocomunicaciones del *Abismos de Penga* y se sentó en el asiento.

—Monitor a estación uno —dijo—. Grabación a archivo personal Eckels. Inicio de transmisión. Aquí el doctor Joto Eckels del Instituto Obroano, jefe de la expedición —añadió después de una breve pausa—. ¿A quién me estoy dirigiendo?

Cuando el holograma de respuesta se formó delante de él, Eckels sintió que su cuerpo intentaba hundirse en el asiento. El rostro no sólo era intensamente alienígena, sino que además era inhumanamente grande y se encontraba lo suficientemente cerca para violar las fronteras psicológicas de Eckels. En realidad lo que ocurría quizá sólo fuese que su desconocido interlocutor estaba inclinado hacia adelante y mantenía el rostro casi pegado a su lente holográfica, pero como resultado Eckels se sintió repentinamente acorralado dentro de la cabina.

—Soy el coronel Ejagga Pakkpekatt, de la Inteligencia de la Nueva República —dijo el holograma, mostrando unos dientes que estaba muy claro que pertenecían a un carnívoro—. Mi misión en este sector está amparada por la autoridad directa del director de operaciones, y se lleva a cabo con el conocimiento y el consentimiento del Consejo de Inteligencia del Senado. ¿Qué están haciendo aquí?

—Estamos ejecutando un contrato de exploración y excavación de Maltha Obex.

—¿Y cuál es el propósito de su exploración y excavaciones?

—Somos un navio de investigación arqueológica —dijo Eckels, recuperando una parte de su equilibrio—. Y, lógicamente, hemos venido a hacer las cosas que hacen los arqueólogos: queremos obtener muestras biológicas y artefactos culturales relacionados con los antiguos habitantes de este planeta.

—¿Quién ha contratado esta expedición?

Durante unos momentos Eckels tomó en consideración la posibilidad de no contestar. Los contratos estándar del Instituto contenían cláusulas de confidencialidad que le ofrecían no sólo un pretexto adecuado, sino también una defensa bastante razonable de sus acciones después de que las hubiera adoptado. Pero el poner dificultades no ayudaría a hacer progresar la conversación hacia el tema de qué querían realmente aquellos visitantes..., aunque Eckels ya estaba seguro de qué era. Desde la llegada de la nave sólo había habido lugar en su mente para un pensamiento, y aquella coincidencia —aquella confrontación, de hecho— sólo podía tener una explicación.

—Harkin Dyson, un coleccionista privado —dijo—. Pero... Oh, vamos, usted ya sabe todo eso. ¿Puede decirme qué ha hecho Dyson? No debería haber confiado en él. Los hombres que poseen tantas riquezas hacen lo que quieren y dejan que la ley intente pillarles después. Oh, por favor, no me diga que intentó vender los restos trozo a trozo...

Pakkpekatt no parecía sentir el más mínimo interés por las confesiones de Eckels.

—¿Y ese contrato era la única base de su interés en Maltha Obex?

—No —dijo Eckels. Ser observado tan fijamente por aquel alienígena que no parpadeaba estaba empezando a resultarle un poco molesto—. Perdimos a algunas personas aquí..., gente que estaba trabajando en otro contrato. Pero supongo que ya está enterado de todo eso. Los rumores que circulaban por el Instituto afirmaban que estaban haciendo un trabajo para la INR.

—No le he pedido que se limite a informarme de cosas sobre las que ya estaba al corriente, doctor Eckels —dijo Pakkpekatt, arreglándoselas de alguna manera inexplicable para que su imagen pareciese aproximarse todavía más amenazadoramente—. ¿Han tenido algún tipo de contacto con más naves desde su llegada aquí?

—Sólo con la otra nave de la INR...

La imagen holográfica se disolvió repentinamente en un estallido de nieve estática.

—¿Qué ha pasado?

—He cortado la conexión —dijo Manazar—. Doctor, ese militar que dice llamarse Pakkpekatt... Acabo de identificar su especie. Es un hortek.

—¿Y?

—Se supone que son telépatas. Por eso solicitó la conexión holográfica. Probablemente ya ha obtenido toda la información que quería sacarle.

—Bueno, pues yo no soy telépata y todavía no he obtenido toda la información que necesito —dijo Eckels con voz gélida—. Restaure la conexión.

—Ah, doctor... Veo que ha vuelto —dijo Pakkpekatt un instante después—. Ese fallo momentáneo del equipo me ha impedido recibir su contestación.

Eckels inclinó levemente la cabeza.

—No ha sido ningún fallo del equipo, coronel, sino... Bueno, digamos que se ha tratado de un pequeño descuido.

Pakkpekatt extendió los dedos y movió la mano de un lado a otro, como indicando que aquello no tenía ninguna importancia.

—Me estaba hablando de una nave de la INR.

—Cuando llegamos a Maltha Obex nos encontramos con un navio militar —dijo Eckels—. Supuse que era de la INR, aunque nunca se llegó a decir nada de una manera abierta. Era la nave que había traído a nuestros difuntos colegas a este planeta. El piloto nos condujo hasta sus cadáveres antes de irse. He de admitir que el que esperase a que llegáramos fue una cortesía inesperada por su parte.

—No fue ninguna cortesía, doctor —dijo Pakkpekatt—, sino meramente un pequeño episodio de parálisis burocrática.

—Comprendo. —Eckels se inclinó hacia adelante—. Lo que mató a Stopa y Krenn fue la impaciencia, coronel, y me refiero tanto a su impaciencia como a la de quienquiera que agitó ante sus ojos una bonificación que ascendía al doble de su presupuesto de investigación anual. Resulta un poco curioso que lo que antes era tan urgente se volviera repentinamente innecesario... ¿O sigue siendo muy urgente? Hasta ahora estaba dispuesto a creer que Dyson sólo era otro de los buscadores de artefactos que siempre están revoloteando alrededor del Instituto. Pero su llegada... Ya son demasiadas coincidencias. Dyson es uno de ustedes, ¿verdad?

—No sé quién es, doctor —dijo Pakkpekatt—. Empieza a parecerme que es un entrometido que ha conseguido manipularnos a los dos.

Eckels quedó bastante sorprendido ante aquella respuesta tan inesperada, pero se recuperó rápidamente.

—¿Qué han venido a hacer aquí? ¿Y a qué viene todo esto de que nuestra nave puede correr peligro? ¿Se trataba de una advertencia o pretendía que fuera una amenaza, coronel?

—Era una advertencia —dijo Pakkpekatt—. Es posible que una nave se esté dirigiendo hacia aquí..., y se trata de una nave que ya ha destruido o dañado seriamente a un mínimo de cinco navíos de guerra de cuatro armadas distintas. Hemos venido a interceptarlo. Si permanecen aquí, su nave puede correr un grave peligro. Les sugiero que terminen lo que estaban haciendo, recojan todo su instrumental y se vayan lo más deprisa que puedan.

—Eso no es posible, coronel —dijo Eckels—. Tenemos programados trece días más de trabajo y necesitamos cada minuto de cada hora.

—Quizá puedan volver en otro momento —sugirió Pakkpekatt—, pero actualmente Maltha Obex es un sitio muy poco seguro.

—Maltha Obex nunca ha sido un sitio demasiado seguro, coronel.

—Me pregunto si su personal estará dispuesto a seguir trabajando en la superficie sabiendo que no puede prometerles que dispondrá del tiempo necesario para volver a por ellos —dijo Pakkpekatt—. ¿Están dispuestos a correr el riesgo de morir congelados con el recuerdo de ver cómo el *Abismos de Penga* se convierte en un puntito de luz que brilla en el cielo durante unos segundos antes de esfumarse?

—Está intentando asustarme, coronel —dijo Eckels—. Eso demuestra una falta de respeto realmente muy decepcionante.

—Estoy intentando salvar su vida y las vidas de sus subordinados.

—Está intentando proteger sus secretos —replicó Eckels—. ¿Qué clase de nave viene hacia aquí, coronel?

—Una nave que destruyó un crucero de diseño imperial con relativa facilidad hace tan sólo dos días —dijo Pakkpekatt—. Quizá debería hablar con el capitán del *Abismos de Penga* y preguntarle qué opina de la perspectiva de ejercer el mando de su nave durante una batalla espacial.

—No cederé Maltha Obex a la INR —dijo Eckels—. El trabajo es importante..., y una amiga mía murió aquí. Son dos cosas que a mí me importan bastante, incluso si carecen de

importancia para usted, coronel. Haga lo que necesite hacer aquí. No interferiremos con su trabajo..., siempre que usted esté dispuesto a concedernos esa misma cortesía.

—No es nuestra interferencia la que debe preocuparles —dijo Pakkpekatt—. Doctor, no puedo ofrecerle protección...

—Oh, sí, de la nave misteriosa que no supone ninguna amenaza para la suya, pero que sí supone una terrible amenaza para la nuestra. Supongo que seguimos hablando de ese coloso devastador que liquida navíos de guerra con gran facilidad y que, sin embargo, se encogerá de miedo cuando tenga que enfrentarse a su yate, ¿verdad? Realmente, coronel... ¿Es que no podía inventarse una mentira más plausible? Pensaba que se suponía que los espías eran unos grandes inventores de mentiras...

Pakkpekatt dejó escapar un siseo ahogado y se lanzó hacia adelante mientras las crestas de su garganta se desplegaban amenazadoramente. Eckels se asustó tanto que intentó levantarse de un salto. Incluso Barjas, que estaba siguiendo la conversación por el monitor de pantalla plana, se encogió de manera claramente perceptible.

—Todo lo que le he dicho es verdad —gruñó Pakkpekatt con la voz enronquecida por la ira—. Los muertos les esperarán. Váyanse de aquí antes de que acaben reuniéndose con ellos.

Esta vez la amenaza sí resultó efectiva. Sólo su tozudez innata consiguió reprimir el repentino destello de miedo que apareció en los ojos de Eckels.

—Quizá me está diciendo la verdad, tal como afirma que ha hecho —replicó—. Pero si contara con la autoridad necesaria para ordenarnos que nos marcháramos ya lo habría hecho, por lo que quiero que quede bien claro que nos quedamos. Aceptamos los riesgos. Otros tal vez vuelvan aquí en el futuro, pero este momento nos pertenece.

—No tiene ni idea de qué está arriesgando con esa decisión, doctor Eckels.

—Pero usted todavía puede disipar las tinieblas de mi ignorancia cuando lo desee —dijo Eckels—. ¿Qué clase de nave se dirige hacia Maltha Obex?

Pakkpekatt se recostó en su asiento y juntó las manos sobre su regazo.

—Una nave de los qellas, doctor Eckels.

Eckels le contempló en silencio durante unos momentos, totalmente perplejo, y después bajó la vista. Abrió la boca dos veces como si fuera a hablar y las dos veces acabó cerrando los ojos por un instante y meneando la cabeza, como si quisiera expulsar de ella el pensamiento que intentaba llegar hasta sus labios. Finalmente deslizó una mano por entre sus ya escasos cabellos y alzó la cabeza.

—¿Aceptaría mi invitación de venir a verme a bordo del *Abismos de Penga*, coronel? —preguntó, hablando en un tono de voz sorprendentemente firme y tranquilo—. Creo que le debo una disculpa, y después tenemos que hablar.

—Eso era lo que usted quería desde el principio, ¿verdad? —dijo Taisden, mirando a Pakkpekatt con visible sorpresa en cuanto la conexión se hubo cortado.

—Nunca he tenido intención de permitir que se fueran —admitió Pakkpekatt—. Esa nave contiene a todos los expertos sobre los qellas con que cuenta la Nueva República. Lo que saben, por muy poco que sea, puede significar la diferencia entre el éxito y el fracaso.

—Claro:..., y si podemos utilizar sus conocimientos siempre es preferible mantenerlos aquí a echarlos del planeta —dijo Taisden—. Pero ha jugado con él igual que un pescador de kolos cuando va soltando sedal para agotar a esa maravillosa pieza con la que espera establecer un nuevo récord de capturas. Probablemente le ha dejado convencido de que ha salido vencedor de ese pequeño tiroteo verbal y de que tiene una posibilidad de hacerse con el Vagabundo como recompensa a su valor al haberle plantado cara.

—Contaba con la ventaja insuperable de ser capaz de distinguir el cebo del anzuelo —dijo Pakkpekatt mientras se levantaba—. Aun así, estar sentado en el sillón de Calrissian quizá haga que ese tipo de manipulaciones acudan con más facilidad a la mente y a la lengua.

—¿De qué manipulaciones está hablando? —preguntó Taisden sin que en su expresión hubiera ni rastro de burla—. Después de todo, coronel, y tal como usted dijo, todo lo que le ha contado era verdad.

Pero los dos sabían que Eckels todavía no había oído toda la verdad.

Pakkpekatt dejó al coronel Hammax al mando de la cubierta de vuelo del *Dama Suerte* y ordenó a Pleck que hiciera los arreglos necesarios con Coruscant para que la señal de llamada fuera retransmitida desde las estaciones y los navíos de la INR que estuviesen operando de manera abierta. Después él y Taisden fueron hasta el *Abismos de Penga* en el esquife del navío de investigación.

Habían traído consigo una selección de imágenes de Gmar Askilon, una copia del catálogo

genético y una petición para uno de los satélites de redifusión orbital del *Abismos de Penga*. Consideradas como equipo estándar a bordo de los navíos de exploración e investigación —pero no a bordo del *Dama Suerte*—, aquellas unidades del tamaño de un casco normalmente eran utilizadas en grupos de tres para proporcionar una cobertura de comunicaciones global a una nave.

—Podemos originar la señal de llamada del *Dama Suerte* y lo haremos —explicó Taisden—. Pero por razones obvias, quizá no queramos estar justo al lado de la antena si y cuando el Vagabundo salte al interior del sistema.

Un Joto Eckels profundamente inquieto y alterado se mostró de acuerdo mediante un gesto de la mano.

—Sí, por supuesto. Disponemos de dos unidades de repuesto; Mazz les entregará una.

Los hologramas del Vagabundo escapando de la flotilla, yuxtapuestos a unas cuantas imágenes cuidadosamente seleccionadas del crucero de Prakith destruido, habían dejado muy impresionado a Eckels.

Pero lo que más le impresionó fue el despacho que contenía el informe sobre el genoma qella.

—Es un trabajo excelente —dijo mientras estudiaba las secuencias en su cuaderno de datos—. Estas cápsulas, los cuerpos Eicroth que menciona el informe... Qué descubrimiento tan extraordinario. Este informe está basado en el único ejemplo de material que yo entregué a Harkin Dyson, ¿verdad?

—Supongo que sí —dijo Pakkpekatt—. Parece ser el único material qella que ha salido del sistema.

—Entonces no sabemos si los cuerpos Eicroth son un rasgo típico de la especie, o si indican una condición anormal o representan una variante de la especie —dijo Eckels—. Disponiendo de un solo ejemplo, no podemos hacer ninguna generalización.

—Presumiblemente no.

Eckels cerró su cuaderno de datos.

—Coronel, tenemos cinco cadáveres más en el laboratorio de especímenes. Todos han sido sometidos a un sondeo completo, pero los resultados todavía no han sido examinados de manera detallada y...

—¿Por qué no? —le interrumpió Taisden.

—Los sometimos a los sondeos habituales tan pronto como los recibimos debido al riesgo de que las muestras se deteriorasen —explicó Eckels, volviéndose hacia el agente Taisden—. El análisis es algo que podemos llevar a cabo durante el viaje de vuelta a casa, o en el Instituto. —Volvió a dirigir la mirada hacia Pakkpekatt—. No sabíamos nada sobre este material genético secundario, coronel. Si pudiera llevarme estos datos al laboratorio y trabajar con ellos durante unas horas, quizá podría responder a esa pregunta..., y tal vez podría responder a unas cuantas preguntas más.

—Esa copia es para su uso particular, asumiendo que acepte una restricción —dijo Pakkpekatt.

—Aceptaré cualquier restricción razonable —dijo Eckels—. Le aseguro que es realmente necesario que todo esto sea investigado de inmediato.

—Lo único que le pido es que los datos no salgan de esta nave bajo ninguna forma a través de ningún canal hasta que los entendamos mejor. Si lo que tiene en sus manos realmente es la clave que puede permitirnos detener y controlar al Vagabundo...

—Comprendo. Un navío qella intacto supondría un tesoro tan tremendamente valioso que no debería ser expuesto a ningún riesgo. Estos datos permanecerán en todo momento bajo mi custodia personal —prometió Eckels—. Llevaré a cabo todo el trabajo personalmente y bajo protocolos de aislamiento. ¿Se dará por satisfecho con esas precauciones?

—Totalmente —dijo Pakkpekatt—. Mientras tanto, volveremos a nuestra nave con el satélite de difusión orbital y proseguiremos nuestros preparativos.

—Le avisaré cuando tenga algo —dijo Eckels, agitando las tarjetas de datos—. ¿Sabrán volver al esquiife ustedes solos? Quiero empezar a trabajar inmediatamente.

—Por supuesto.

—Gracias. Haré que el primer oficial Manazar se reúna con ustedes allí para entregarles el satélite.

Mientras esperaban a Manazar junto al esquiife, Taisden se volvió hacia el coronel.

—¿Cuándo va a contarle que el general está a bordo del Vagabundo? —preguntó en voz baja.

—Cuando sepa que Calrissian sigue estando a bordo —respondió Pakkpekatt—. A estas

alturas, e incluso con el racionamiento más prudente y la restricción de actividades más severa imaginable, ya habrán agotado sus consumibles personales. Me he estado preguntando si ésa podría ser la explicación de esa llamada de baliza dirigida al *Dama Suerte*: quizá fuese un último acto de desesperación llevado a cabo por el último superviviente del equipo de Calrissian durante las últimas horas de su vida.

Las sombrías perspectivas que las palabras de Pakkpekatt hicieron surgir en sus mentes permanecieron con ellos durante todo el trayecto de vuelta al *Dama Suerte*, y proyectaron una larga sombra sobre el trabajo que les aguardaba allí.

En vez de comunicarse con ellos, el doctor Eckels fue a hacerles una visita. Cuando el esquife quedó atracado junto al flanco del *Dama Suerte*, toda su tripulación se había reunido en el acceso para averiguar a qué obedecía aquel cambio de planes.

—Coronel... —dijo Eckels, agachando la cabeza mientras cruzaba la escotilla interior—. Agente Taisden. En cuanto a estos caballeros, me temo que no los conozco...

Pakkpekatt se encargó de proporcionar unas rápidas presentaciones.

—¿Ha surgido algún problema, doctor?

—¿Problema? No, no... Todo lo contrario, de hecho. Creo que tengo buenas noticias para ustedes. ¿Hay algún sitio en el que podamos trabajar?

Pleck les precedió hasta la sala de la suite personal de Lando.

—Me temo que deberá ir despacio y tener un poco de paciencia con nosotros, doctor —dijo Hammax mientras entraban en la sala—. La medicina de combate es una asignatura que no presta mucha atención a la teoría, y no creo que los demás puedan contar ni siquiera con esa pequeña ventaja.

—Comprendo. Intentaré asegurarme de que nadie se vea obligado a convertirse en un telépata para poder ir siguiendo mis explicaciones —dijo Eckels, y en su voz había una sombra casi imperceptible de ironía.

—Una política excelente —gruñó Pakkpekatt—. Yo también la sigo.

Taisden carraspeó. Por lo demás, hubo un silencio absoluto mientras los cinco se instalaban en los asientos disponibles.

—¿Ha examinado los otros cadáveres para averiguar si contenían cuerpos Eicroth? —preguntó Pakkpekatt.

—Fue lo primero que hice —respondió Eckels. Después deslizó las manos sobre la suave capa de cuero que recubría el acolchado de los brazos del sillón y recorrió el camarote con la mirada, fijándose en todas sus lujosas comodidades e instalaciones—. ¿Todas las naves de la INR están equipadas con tanta opulencia?

—Generalmente no —dijo Pakkpekatt.

—Decidimos emplear una nave diseñada para..., para usos especiales —añadió Pleck.

—Me pregunto cuáles pueden ser esos usos especiales. ¿La utilizan como burdel, quizá? —preguntó Eckels—. Bueno, da igual. Ya llevo mucho tiempo sospechando que elegí la carrera equivocada. Sí, los cuerpos Eicroth... Todos los restos los tenían.

—Entonces eso lo confirma, ¿verdad? —preguntó Taisden—. Los cuerpos Eicroth son partes normales de la fisiología de los qellas.

—Por sí solo, eso ya constituiría una indicación a tener en cuenta —dijo Eckels—. Aun así, no podríamos descartar la posibilidad de hallarnos ante una potente infestación parasitaria. Pero dispongo de otras evidencias.

Taisden miró a Pakkpekatt.

—Eso significa que lo que debemos hacer es transmitir las tres secciones del código.

—No, no —dijo Eckels, agitando las manos por delante de él—. Debería bastar con transmitir una tercera parte. Esperen, se lo explicaré... En sus células y en las mías, e incluso en las del coronel, existe una pauta universal, un alfabeto químico formado por cuatro letras, un vocabulario de palabras que tienen dos letras de longitud y una gramática de frases que tienen tres palabras de longitud.

—Los nucleótidos, los pares de base y los codones —dijo Pakkpekatt—. Eso es biología elemental.

Eckels entrecerró los ojos mientras volvía la mirada hacia el coronel.

—Sí —dijo—. Cada frase especifica un componente de una estructura bioquímica. Las instrucciones para construir una determinada estructura pueden tener centenares de miles de párrafos de longitud.

Pleck se inclinó hacia adelante en su asiento.

—¿Y los qellas también forman parte de esa pauta?

—Sí... y no —dijo Eckels—. La mayoría de las células de los qellas, y eso incluye a las

células reproductivas, utilizan el mismo alfabeto, el mismo vocabulario y la misma gramática. —Eckels sonrió y asintió para sí mismo—. Pero los cuerpos Eicroth utilizan un alfabeto totalmente distinto que tiene seis letras, y emplean frases de cinco palabras. Y además utilizan esas proteínas extraordinariamente extendidas para construir estructuras que parecen existir justo en la línea divisoria entre lo vivo y lo que no está vivo.

—¿Está seguro? —preguntó Pakkpekatt—. ¿Y cómo es que las personas que los descubrieron no sabían nada de esto?

—Porque yo dispongo de algo que no estaba a su alcance..., y lo mismo puede decirse de usted. —Eckels se recostó en su asiento y entrelazó los dedos sobre su regazo en una actitud que dejaba muy claro hasta qué punto estaba disfrutando de la extasiada atención de sus oyentes—. No disponían de ningún ejemplo del producto acabado para compararlo con esas instrucciones. Yo dispongo de seiscientos.

—¿Seiscientos? —exclamó Hammax—. ¿Dispone de seiscientos cadáveres?

—Artefactos —le corrigió Pakkpekatt.

—Sí —dijo Eckels, enarcando una ceja—. Dispongo de seiscientos artefactos qellas... No, a partir de ahora vamos a necesitar una palabra nueva para referirnos a ellos. Cuando redactamos nuestros informes dijimos que habían sido fabricados a partir de materiales naturales. Ahora sabemos que no fueron fabricados, sino que... crecieron. Los cuerpos Eicroth contienen sus planos.

—¿Y ha podido establecer una correspondencia clara entre sus artefactos y las secuencias que le proporcionamos?

—En todos los casos —dijo Eckels—. ¿Entiende lo que estoy diciendo, coronel?

—Sí —dijo Pakkpekatt.

—No —dijo Hammax.

Eckels se volvió hacia el soldado.

—Cada ser inteligente hereda los recuerdos de su especie tanto a través de la mente como del cuerpo. Ah, sí, la antigua dualidad —dijo, empleando un tono de voz casi ferviente—. Los humanos encontramos una forma de extender nuestra memoria registrando nuestros pensamientos y recopilándolos en bibliotecas. Los qellas, hace ya mucho tiempo y no sabemos dónde, encontraron otra forma y transportan sus bibliotecas dentro de sus cuerpos.

—¿Y de qué manera nos ayuda eso?

—A mí también se me sigue escapando algo —dijo Taisden—. A juzgar por lo que ha dicho, me parece que sería mucho más importante que transmitiéramos toda la base de datos.

La desilusión que estaba experimentando Eckels ante la respuesta que habían obtenido sus revelaciones resultó claramente evidente en su rostro. Se había presentado ante ellos con un tesoro del que se sentía inmensamente orgulloso, pero los enviados de la INR no poseían los conocimientos necesarios para apreciar su belleza.

—La base de datos está formada por tres componentes —dijo con una mezcla de impaciencia e irritación—. Esos tres componentes son las células somáticas, los cuerpos Eicroth inferiores y los cuerpos Eicroth superiores. La correspondencia con cada uno de los artefactos qella que hemos encontrado puede ser hallada en los cuerpos inferiores. Después tenemos su fragmento del rompecabezas, y me estoy refiriendo a su diálogo con el Vagabundo. Disponen de dos transmisiones de naturaleza interrogativa y de una réplica exitosa, ¿no?

—Que aparecen en los cuerpos Eicroth superiores —dijo Pakkpekatt.

—Sí —dijo Eckels, contemplando al hortek con una expresión tan llena de esperanza como la que habría empleado con un estudiante que por fin estuviera a punto de entender sus explicaciones.

—Y eso es lo que son los cuerpos superiores —dijo Pakkpekatt—. Son las instrucciones para construir una nave estelar que es algo más que un objeto inanimado y algo menos que un ser vivo. La nave que estamos persiguiendo no fue diseñada o inventada..., sino que fue recordada.

—Sí —dijo Eckels, relajándose en su asiento y permitiendo que sus labios se curvaran en una sonrisa llena de alivio—. Sí, coronel... No sé cómo lo ha conseguido, pero por lo menos usted ha acabado entendiéndolo.

—Y esas secuencias... ¿Piensa que contienen algún código que hará que el Vagabundo regrese a Qella? —preguntó Taisden.

—¿Desea la opinión de un experto o una opinión personal?

—Si puedo elegir, prefiero tener dos opiniones por el precio de una.

—El experto prefiere no opinar debido a la falta de pruebas en las que apoyarse —dijo Eckels—. Pero personalmente, y dado que no ha ido a ningún otro sitio en todo este tiempo,

sospecho que la idea original era que el Vagabundo volviera aquí.

—¿Qué probabilidades hay de que lo que nos proponemos hacer sólo sirva para confundirlo..., algo así como lo que ocurriría si accionáramos todos los interruptores al mismo tiempo?

Eckels meneó la cabeza.

—Me está pidiendo unas garantías que se encuentran más allá de los límites de mis capacidades profesionales y que no estoy en condiciones de ofrecerles...

Y de repente el estridente sonido de las alarmas invadió tanto la suite como el pasillo que se extendía más allá de ella. Taisden fue el primero en salir de la sala por dos pasos de ventaja, y ya la había aumentado a cinco cuando llegó al puente.

—La reunión ha terminado —anunció a los demás mientras se instalaba en el asiento número dos—. Será mejor que vuelva inmediatamente al *Abismos de Penga*, doctor. Coronel, quizá deberíamos haber dedicado un poco más de tiempo a discutir qué haríamos después de que la presa hubiera metido una pata dentro de nuestro lazo.

—¿De qué está hablando? —preguntó Eckels—. ¿Qué está ocurriendo, coronel?

Taisden envió la imagen del sensor de largo alcance a la pantalla primaria, y después meneó la cabeza con expresión asombrada mientras la contemplaba.

—Véalo usted mismo —dijo—. El Vagabundo acaba de entrar en el sistema..., y viene hacia aquí.

El director de Alfa Azul estaba echando una siesta en su sillón, con su despacho iluminado únicamente por la suave claridad azulada que brotaba de su pantalla primaria. Con los zapatos quitados y los dos cierres superiores de su blusa de civil abiertos, Drayson parecía un viejo solterón que se hubiera quedado dormido delante de su aparato de holovisión.

—¿Almirante Drayson?

Los ojos de Drayson se abrieron de golpe y se encontraron con el rostro de la mayor Aama, uno de los miembros más veteranos de su sección de facilitadores.

—¿Sí?

—Dijo que quería que se le avisara inmediatamente en el caso de que hubiera alguna novedad, almirante, y los chicos de seguimiento acaban de enviar un informe sobre el *Halcón Milenario*.

—Siga.

—El *Halcón Milenario* ha llegado al sistema de N'zoth —dijo Aama, dándose la vuelta para dirigir un controlador hacia la pantalla—. Se encuentra a mil doscientos radios por debajo del planeta, por lo que parece lógico suponer que están inspeccionando el sistema antes de entrar en él.

—Si quieren llevar a cabo un salto de intercepción próxima tendrán que hacerlo, desde luego —dijo Drayson, inclinándose hacia adelante y frotándose los ojos—. ¿Y el *Orgullo de Yevetha*? ¿Sigue dentro del sistema?

—Sigue dentro del sistema, y sigue estando en órbita alrededor de N'zoth. Pero por lo que parece, esa zona empieza a estar un poco concurrida: cuatro tipos imperiales más han hecho acto de presencia en los alrededores, y seis tipos-I han despegado del planeta.

—Incluya toda esa información en el paquete de actualización y envíelo inmediatamente.

—Ya me he ocupado de ello.

Drayson se recostó en su sillón.

—Así que ahora tenemos a dieciséis pesos pesados dando vueltas por ahí —dijo con voz pensativa—. No son las mejores noticias posibles para la gente de Chewbacca, desde luego... ¿De qué recursos disponemos en la zona?

—Hay cuatro sondas de éxtasis en posición, y dos más que se dirigen hacia las coordenadas asignadas.

—Echemos un vistazo a los datos —dijo Drayson, señalando la pantalla con un gesto de la mano—. Quizá tengamos que empezar a pensar en sacrificar una o más de esas sondas si eso permite que el *Halcón* tenga alguna probabilidad de salirse con la suya.

—Sí, señor. Me parece que probablemente podríamos crear algún tipo de diversión. Señor, ¿está seguro de que quiere que sigamos manteniendo el silencio informativo en lo que concierne a la princesa? Saber lo que estamos haciendo podría serle de mucha ayuda en estos momentos tan difíciles...

—No mientras haya tantas probabilidades de que todo acabe saliendo mal —dijo Drayson con firmeza—. Incluso con la información que hemos podido transmitir a Chewbacca a través de Formayj, no creo que los wookies tengan más de una probabilidad entre veinte de entrar allí y salir de una pieza. En cuanto a encontrar a Han con vida... —Drayson suspiró—. Pero aun así, seguramente tienen más probabilidades de conseguirlo que las que tendría cualquier otro equipo de rescate. ¿Y Ackbar? ¿Todavía le está dando vueltas a esa idea suya de enviar un grupo de batalla como fuerza de apoyo para un equipo de recuperación Jedi?

—Sí. Esta noche las luces de los despachos de la Flota estarán encendidas hasta muy tarde.

—El general nunca lo permitirá —dijo Drayson—, y tendrá toda la razón del mundo al hacerlo. Así pues, mayor, debemos ser creativos y averiguar qué más podemos hacer desde aquí para mejorar nuestra situación actual.

La combinación de la falta de obstáculos y los ocho kilómetros de longitud del navio insignia yevethano hizo que el plato sensor excepcionalmente sensible instalado en la parte superior del



*Halcón Milenario* no tuviera ninguna dificultad para localizar al *Orgullo de Yevetha* entre las muchas naves que orbitaban N'zoth.

Pero determinar la órbita del navio insignia yevethano con la precisión suficiente para que un microsalto hiperespacial dejase al *Halcón* a sólo mil metros de él requería algo más que un mero sondeo. Chewbacca necesitaba conocer no sólo la trayectoria orbital del navio insignia, sino también las trayectorias de cualquier nave que se encontrara cerca o estuviera yendo hacia él. La tarea resultaba muy complicada debido a las distancias involucradas, naturalmente, porque cuando examinaba los datos de seguimiento, Chewbacca estaba viendo acontecimientos que habían ocurrido hacía ya varios minutos. El presente y el futuro eran dos enigmas sobre los que sólo podía hacer conjeturas, y un error significaría el fracaso..., e incluso la muerte súbita.

No había ninguna respuesta perfecta. Cuanto más cerca estuvieran de N'zoth, más actuales serían los datos de seguimiento, pero también habría más probabilidades de que el *Halcón* fuera detectado. Cuanto más tiempo esperasen, más completos serían los datos de seguimiento de que dispondrían pero, por las mismas razones que antes, también habría más probabilidades de que el *Halcón* fuera detectado.

La impaciencia natural que provocaba en Chewbacca todo lo que no fuese un ataque frontal directo sólo servía para agravar el problema. El wookiee tenía que recordarse a cada momento las lecciones aprendidas en el Bosque de las Sombras, y la diferencia existente entre el acecho y el cobrar la presa.

Durante los primeros minutos después de su llegada al sistema de N'zoth, Chewbacca estuvo solo en la cabina. Lumpawarump estaba en la torreta inferior, y Jowdril montaba guardia en la superior. Mientras tanto, Shoran y Dryanla estaban comprobando el equipo que había ocupado el lugar de los módulos de huida desmontados en el Risco de Esau.

El módulo de estribor había sido sustituido por un lanzador de minas cargado con dieciséis minas de alta potencia explosiva. El módulo de babor había sido sustituido por un anillo cortador para cascos, una herramienta de uso tradicional tanto entre los piratas como entre la policía. Los dos aparatos eran vitales..., si no para la misión, por lo menos sí para que pudieran confiar en que sobrevivirían a ella.

Cuando Dryanta se hubo convencido de que el anillo cortador estaba preparado para operar, fue a la sección de la tripulación e inició una concienzuda comprobación del armamento del grupo de abordaje. Esperaban encontrarse con una fuerte resistencia, por lo que los arcos de energía habían cedido su sitio a los rifles desintegradores Draggis y las granadas corladoras de fusión.

Cuando Shoran hubo acabado de armar las minas, fue a reunirse con Chewbacca en la cabina de control.

[Todo está preparado], dijo.

La réplica de Chewbacca fue interrumpida por un doble trino electrónico surgido del tablero de comunicaciones que les avisaba de que iban a recibir un mensaje. La Transmisión codificada iba acompañada por un sello de prioridad y estaba precedida por un corlo encabezamiento holográfico.

[Formay], dijo Chewbacca. [Qué curioso...]

—Chewbacca, mi impulsivo amigo —dijo jovialmente el traficante—. Estaba rebuscando en mis archivos y he encontrado algo que tal vez te resulte útil. No lo te voy a cobrar, ¿de acuerdo? Me conformo con que le digas a Solo que recuperaré lo que vale quitándole el dinero en una mesa de sabacc.

Cuando los datos unidos a la transmisión acabaron de ser introducidos en el sistema, Dryanla ya había sustituido a Lumpawarump en la torreta inferior, y el joven se reunió con su padre en la cabina de control.

[¿Qué estás mirando?], se apresuró a preguntar.

[Un amigo me ha enviado algo bastante interesante], dijo Chewbacca.

[¿Puedo verlo?]

Chewbacca señaló la pantalla de datos con un gesto de la mano y se echó un poco hacia la izquierda para que Lumpawarump pudiera inclinarse hacia adelante entre él y Shoran.

Lo que vio el joven wookiee fue un plano de ataque estándar del departamento de Inteligencia de la Flota que mostraba la estructura de un Súper Destructor Estelar, con un esquema tridimensional completo de la nave en el que estaba indicada la situación de los bloques de detención, cuáles eran los mejores sitios para llevar a cabo una penetración y cuáles eran los caminos más cortos que llevaban de unos a otros.

[Ahora sí que podemos estar seguros de que conseguiremos encontrarle, ¿verdad?],

preguntó Lumpawarump, visiblemente excitado. [¿Cómo se las arregla Formayj? ¿De dónde saca su información?]

[Es justo lo que iba a preguntar], dijo Shoran. [Chewbacca, este regalo me preocupa. ¿Confiarías en Formayj para que te cubriera la espalda?]

[Esa pregunta no me preocupa en lo más mínimo], replicó Chewbacca. [Formayj puede ganar mucho más dinero engañando a sus clientes que matándolos. Lumpawarump, di a los demás que salgan de las tórrelas... Estoy preparado para iniciar el salto. Quiero que todo el mundo estudie esto durante nuestra entrada en el sistema. Shoran, lanza la primera ristra de minas.]

[Sí, padre], dijo el joven wookie, yéndose a toda prisa.

[Sí, primo], dijo Shoran. Inclínándose sobre los controles.

Chewbacca no se molestó en explicarles que, a diferencia del material que Formayj le había entregado en el Risco de Esau, el plano de ataque no podía haber salido de ninguna mina de datos o archivo de traficante de información..., porque el sello temporal del documento indicaba que tenía menos de cuarenta horas de antigüedad.

«Me pregunto para quién dibujaron este mapa —pensó Chewbacca mientras introducía las coordenadas del salto—. Y me pregunto qué habrá sido de ellos...»

[Minas lanzadas.]

Chewbacca empujó las palancas de aceleración hacia adelante, creando una brecha de vacío entre el *Halcón* y las minas. Cuando estuvieron a quinientos kilómetros de ellas, Chewbacca desplazó su peluda manaza a los controles del hiperimpulsor.

[Haz detonar la ristra], ordenó.

Shoran envió la señal activadora, y mientras la primera de las minas estallaba espectacularmente detrás de ellos, Chewbacca lanzó la nave hacia el hiperespacio, compitiendo con la luminosidad de la explosión en una vertiginosa carrera para decidir quién llegaría antes a N'zoth.

La necesidad obligaba a que el plan fuera la esencia de la sencillez: tenían que golpear lo más duro y lo más deprisa posible, y eso harían.

Cuando el *Halcón Milenario* surgió del hiperespacio a mil cien metros de la curva de estribor del *Orgullo de Yevetha*, el intenso estallido de luz y radiación emitido por la primera mina acababa de saturar los sensores de la parrilla defensiva yevethana, cegando momentáneamente a los operadores y sembrando el caos en los sistemas de análisis. Las minas siguieron explotando a intervalos de diez segundos, ocultando de manera muy efectiva la radiación Cronau emitida por los dos extremos del microsalto que acababa de llevar a cabo el *Halcón*.

Mientras tanto, Chewbacca hizo que el transporte describiera un brusco medio giro y lo dejó en posición vertical sobre la cola con los motores funcionando a máxima potencia. Esa maniobra eliminó rápidamente toda la velocidad adquirida por la nave, aunque exigió un precio tan elevado en fuerzas gravitatorias que puso a prueba los límites incluso de una fisiología tan resistente como la de los wookies. Para las dotaciones artilleras del navio insignia yevethano, la experiencia resultó muy parecida a alzar la mirada hacia la furia subatómica de un reactor de fusión. Durante los segundos siguientes, ni siquiera las baterías mejor posicionadas pudieron ver con la claridad suficiente para localizar a su objetivo.

Aquellos segundos eran preciosos para el *Halcón*. Chewbacca desvió la potencia de los motores a los escudos de combate, alterando su trayectoria tan deprisa como iba frenando la nave y reservando únicamente la potencia suficiente para dar la vuelta al *Halcón* y adaptar su velocidad orbital a la del gigantesco Destructor Estelar. Cuando los primeros haces desintegradores surgieron del flanco del *Orgullo de Yevetha* y de los dos cazas tri-alados que se estaban aproximando a toda velocidad, el *Halcón* ya se encontraba dentro del perímetro de los escudos, y Chewbacca ya había localizado el sitio donde iban a descender.

Siguiendo sus instrucciones, Jowdril y Dryanta iniciaron un salvaje contraataque con las tórrelas cuádruples de la nave prácticamente en el mismo instante en que el *Halcón* se halló bajo el fuego enemigo. Chewbacca lanzó un rugido de deleite cuando vio cómo un caza yevethano desaparecía entre una bola de fuego, y ordenó a Shoran con un seco gruñido que lanzara las minas restantes. Cuando las minas hubieron salido del conducto, Chewbacca lanzó el *Halcón* en un veloz picado hacia el casco multifacetado del Destructor Estelar.

[Ve al anillo cortador], le ordenó a Shoran mientras pilotaba el *Halcón* en una trayectoria a baja altura sobre el flanco del navio insignia.

Cuando Shoran llegó a la escotilla del módulo a la que habían unido el mecanismo para

atravesar las planchas, Chewbacca ya había depositado suavemente al *Halcón* sobre el casco del navio enemigo, permitiendo que las agarraderas magnéticas del anillo cortador encontraran un asidero al que adherirse. Cuando Chewbacca se reunió con Shoran en la escotilla, el anillo ya se había abierto paso a través de medio blindaje de plástiacero. Lumpawarump también estaba allí, sosteniendo tanto las armas de Chewbacca como las suyas y preparado para asumir la misión de defender la entrada del *Halcón* que se le había asignado.

[¡Chewbacca!], gritó Jowdril desde el túnel de acceso. <Han dejado de disparar contra nosotros... Estaban disparando y de repente ya no lo hacen. Puedo ver a media docena de cazas por los alrededores, pero nos están ignorando. ¿Debo disparar contra ellos? Quizá nos han perdido entre toda esta confusión.>

<No dispaes... Eso sólo quiere decir que esperan acabar con nosotros desde el interior.> Chewbacca cogió el rifle desintegrador que le estaba alargando Lumpawarump y después puso una enorme mano peluda sobre el hombro de su hijo. [Ve a relevar a Jowdril y ocupa su puesto.]

[Padre...]

[Date prisa.]

El nitrógeno a hiperpresión llenó el hueco entre las dos naves antes de que el último estallido de calor de los quemadores hiciese que el disco metálico atravesara el casco del *Orgullo de Yevetha* para salir disparado hacia el interior del navio enemigo como un espectacular proyectil de media tonelada de peso.

Chewbacca y Shoran irrumpieron por la abertura unos momentos después, cada uno empuñando un desintegrador pesado en cada mano. Los dos wookies se colocaron espalda contra espalda y eliminaron rápidamente a la media docena de yevethanos que llegaron a la carrera atraídos por el sonido de la irrupción.

Mientras pasaba por encima de los cuerpos Chewbacca vio que ninguno de los yevethanos estaba armado.

[Tripulantes], le dijo a Shoran. [Los próximos que encontremos serán soldados.]

Sin dejar de mantener unidas sus espaldas, los wookies fueron a toda prisa por el pasillo 278 y se dirigieron hacia el bloque de detención número tres.

Lin Prell, jefe de cuidadores de los reproductorios del virrey Nil Spaar, no prestó ninguna atención a las alarmas que habían empezado a sonar en la consola de vigilancia. Esas alarmas dependían de asuntos que tenían lugar fuera de su reino, y el receptáculo que acababa de ser colgado en la alcoba número cinco necesitaba su baño de sangre.

Después de eso, comprobaría la temperatura de todas las alcobas activas, anotaría en sus registros el crecimiento de los otros receptáculos fertilizados y limpiaría la alcoba número siete con una manguera para que estuviera en condiciones de acoger al nuevo *maranas* que llegaría un poco más avanzada la noche. Y cuando no pudiera encontrar más trabajo en aquel reproductorio, había cuatro más que podía inspeccionar. Lin Prell estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de mantener ocupadas sus manos y su mente y conseguir que sus pensamientos se mantuvieran alejados del cuchillo de castración que había sido traído a sus habitaciones aquella mañana, y del ejemplo que se esperaba que proporcionara a través de él.

Dado su estado de ánimo, Lin Prell casi agradeció la interrupción que supuso el que dos enormes alimañas de hirsuto pelaje se abrieran paso a través de la pared de la sala de observación entre una erupción de haces desintegradores y empezaran a destruir las consolas.

«Habrà mucho trabajo que hacer..., mucho trabajo», pensó mientras corría por el angosto pasillo hacia la fuente de todo aquel estrépito.

—¿Qué ocurre? ¿Qué queréis? —preguntó a gritos mientras corría, viendo cómo uno de los invasores se dirigía hacia el compartimento exterior.

La única respuesta consistió en un horrible gruñido y una segunda salva de disparos desintegradores que llegó desde el otro lado de la embocadura del pasillo. Lin Prell reexaminó rápidamente su compromiso de proteger a la progenie de Nil Spaar y después empezó a retroceder lo más deprisa posible por la pasarela metálica.

Al parecer los monstruos no podían hablar, por lo que Lin Prell no hizo más intentos de comunicarse con ellos. Cuando una de las criaturas apareció al final del pasillo lanzando rugidos llenos de furia salvaje, el jefe de cuidadores se metió a toda prisa en la alcoba vacía más cercana y bloqueó la puerta detrás de él. Mientras se acurrucaba en un rincón y se disponía a esperar, Lin Prell se consoló con el pensamiento de que tal vez nunca volvería a ver aquel cuchillo de empuñadura negra.

[¿Dónde están?], rugió Chewbacca. [¿Dónde están los prisioneros? ¿Qué son estas cosas asquerosas?] Chewbacca alzó el rifle desintegrador y disparó contra el saco de aspecto carnoso que colgaba de la pared de la celda, produciendo una explosión de pulpa rojiza. [¡Hermano de honor!], rugió. [¡Háblame para que pueda saber dónde estás!]

No hubo ninguna respuesta, lo que arrancó un amenazador gruñido de frustración a Chewbacca. Con Shoran cubriéndole la espalda, el enorme wookiee avanzó lentamente por el pasillo, inspeccionando cada celda con una rápida mirada antes de presionar los gatillos de sus armas.

[Olvidate de esas cosas], le apremió Shoran. [Esto es una especie de invernadero... Han Solo tiene que estar prisionero en otro lugar. Tenemos que seguir adelante.]

Chewbacca pegó el rostro a los barrotes de la puerta de la celda y contempló al tembloroso yevethano encogido sobre sí mismo en un rincón. Después le enseñó los dientes y dejó escapar un ominoso gruñido.

[¡Salgamos de aquí!], insistió Shoran, tirando de Chewbacca para alejarlo de la puerta de la celda.

Un silencio fantasmagórico seguía envolviendo al *Halcón*.

Desde las torrelas artilleras, Lumpawarump y Dryanta podían contar docenas de cazas que iban y venían por encima del casco del Destructor Estelar en una obvia búsqueda del intruso..., y que parecían ser inexplicablemente incapaces de localizarlo. Un caza había pasado a sólo setenta metros de la nave, deslizándose tan cerca de ella que Dryanta pudo ver el rostro del piloto, tan cerca que Lumpawarump tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para mantener las manos apartadas de los gatillos activadores de la batería cuádruple Denna.

Los informes que Jowddrl había empezado a enviar por el comunicador desde su puesto de vigilancia en la escotilla resultaban todavía más extraños.

[¡Que alguien me hable], había dicho de repente.

[Estamos aquí], le aseguró Dryanta.

[Acabo de tener visitas], dijo Dryanta. [Nueve yevethanos casi tan grandes como Shoran y armados como los soldados de las tropas de asalto han estado por aquí.]

[Vamos a echarle una mano], dijo Lumpawarump.

[No, seguid en vuestros puestos... Ya se han ido. Pero no sé por qué], dijo Jowddrl. [Echaron un vistazo a los cadáveres del pasillo, estuvieron hablando entre ellos durante un par de minutos y después pasaron justo por delante de la escotilla cuando se fueron.]

[Eso no tiene ningún sentido], protestó Lumpawarump.

[Ya lo sé. Estaba preparada para enfrentarme a ellos cuando se lanzaran sobre mí, pero ni siquiera miraron hacia aquí... Era como si fueran incapaces de ver que en el mamparo había un agujero lo bastante grande para que pudieran pasar por él.]

[Igual que los cazas de ahí arriba], dijo Dryanta, y en su voz había tanto asombro como preocupación. [Es como si nos hubiéramos vuelto invisibles. No lo entiendo.]

El bloque de detención número dos también había sido modificado, aunque estaba totalmente desierto. Pero cuando Chewbacca y Shoran acabaron de inspeccionarlo y se dispusieron a salir de él, su ruidosa entrada ya había atraído al pasillo exterior a una pequeña multitud de soldados yevethanos.

Los dos wookies intercambiaron una rápida mirada y atravesaron de un salto los restos de la puerta blindada, adoptando la posición de combate espalda-contr-espalda apenas hubieron salido de ella. El azar quiso que Chewbacca tuviera cinco blancos delante de él, en tanto que Shoran se encontraba con ocho.

Chewbacca soltó un rugido de desafío y barrió el pasillo con un diluvio de haces desintegradores. El último de sus blancos se estaba tambaleando en el último instante de la agonía antes de caer al suelo cuando Chewbacca oyó que Shoran dejaba escapar un gruñido ahogado y notó cómo su cuerpo se derrumbaba sobre su espalda. Una vaharada de olor a pelo quemado y sangre recién derramada llegó a las fosas nasales de Chewbacca.

Chewbacca giró sobre sus talones y logró agarrar a Shoran con una mano antes de que pudiera caer al suelo, y a continuación eliminó a los dos enemigos que todavía permanecían en pie con una salvaje *ráfaga* del desintegrador que sostenía en la otra mano.

Después concentró su atención en el flácido peso inmóvil sobre la curva de su brazo..., y lo que vio hizo que aullara con una nueva furia y lanzase una docena de haces desintegradores más contra los cadáveres esparcidos por el suelo.

[¡Shoran ha caído!], gritó por el comunicador en cuanto el ciego impulso asesino se hubo disipado. [Ven a recogerle, Dryanta.]

Lumpawarump fue el primero en llegar a la escotilla, adelantándose a Dryanta por tres pasos.

[Me voy], le dijo a Jowdrri. [Conozco el mapa. No me necesitas en la torreta, y Dryanta no debería ir sola.]

Jowdrri vio el brillo de la decisión en sus ojos y la impaciencia que impregnaba toda su postura, y no intentó discutir.

[Vete], dijo. [Pero recordad que los yevethanos pueden veros con toda claridad.]

El joven wookiee bajó la mirada hacia sus manos, colocó el control de potencia de su desintegrador en la posición de CONECTADO con un seco chasquido metálico y comprobó el nivel de energía.

[No lo olvidaremos], dijo. [¿Dryanta?]

Dryanta le empujó desde atrás.

[Ve delante.]

Se encontraron con Chewbacca a mitad de camino hacia el bloque de detención número dos. Dryanta aceptó el cuerpo de Shoran sin decir ni una palabra y volvió corriendo al *Halcón*, dejando a Lumpawarump con su padre.

Chewbacca y Lumpawarump permanecieron inmóviles durante unos momentos y se miraron a los ojos, el primero buscando fuerza y el segundo aprobación. Después Chewbacca soltó un gruñido y giró sobre sus talones.

[Sígueme], dijo. [Protégeme la espalda.]

El bloque de detención número uno estaba vigilado por media docena de yevethanos armados, lo cual hizo que Chewbacca concibiera nuevas esperanzas. Pero cuando él y su hijo se hubieron abierto paso a tiros a través de aquella interferencia, sólo encontraron más hileras de aquellos sacos de aspecto carnoso, repugnantemente distendidos, colgados dentro de las celdas.

[Estamos tardando demasiado... Hay demasiados sitios en los que podría estar], dijo Chewbacca, cada vez más enfurecido. [A estas alturas ya lo habrán matado o lo habrán trasladado a otro lugar.]

[Padre, cuando pienso en Han no lo veo en un lugar como éste...]

[No hables... He de reflexionar.]

[Sigo viendo a Han en una gran sala llena de gente. Todos los prisioneros son de especies distintas. No sé de dónde procede esa imagen, pero...]

[No puedo creer lo que me estás diciendo], replicó Chewbacca.

Pero las palabras de Lumpawarump también habían introducido la misma imagen en su mente.

[Y sin embargo veo lo que veo, padre. Viene a mí sin que mi imaginación intervenga para nada. ¿Es un engaño?]

[¿Cuándo se te presentó por primera vez esta visión?]

[Cuando estaba en la torre..., y no quiere marcharse. Es muy insistente.]

Chewbacca gruñó y disparó al azar contra el techo. Pensar en Han había pasado a estar inextricablemente unido con una visión extrañamente detallada de un gran compartimento de techo muy alto a medio llenar por lo que parecía todo un zoo de especies distintas. La imagen tampoco quería abandonar su mente, y Chewbacca descubrió que era incapaz de visualizar a Han en cualquier otro entorno.

[Esto es terriblemente molesto..., y no lo entiendo.]

[Padre, ¿y si el enemigo ha capturado muchos rehenes? ¿Y si Han sólo es uno más entre centenares? ¿Dónde estaría entonces?]

Oyeron ruidos en el pasillo exterior, y Chewbacca fue hacia los restos de la puerta de seguridad.

[Esa imagen de tu mente en la que ves a Han...], dijo con voz pensativa. [¿Hay alguna clase de marca de identificación en las paredes, algún número o palabra?]

Lumpawarump cerró los ojos.

[Sí. Sí, en la pared... D-dos.]

Chewbacca estaba viendo exactamente lo mismo, escrito con grandes letras negras en la

parte superior del mamparo por encima de los prisioneros: CARGA D2

[¡Los compartimentos de detención de masas!], rugió. [¡Ven conmigo!]

Chewbacca y Lumpawarump se abrieron paso hasta el compartimento de carga D2 luchando codo a codo a lo largo de cada metro del camino. Lo más sorprendente fue que la resistencia parecía debilitarse en vez de ir reforzándose a medida que avanzaban, casi como si estuvieran moviéndose demasiado deprisa para que sus perseguidores pudieran encontrarles..., o como si la carnicería que iban dejando tras de sí hiciera que muchos yevethanos se lo pensarán dos veces antes de interponerse en la trayectoria de una incontenible carga wookie.

Pero los guardias y las patrullas con los que se encontraron lucharon tenazmente, y no hubo ni un solo instante en el que huyeran o se dejaran dominar por el miedo. Armados o desarmados, solos o en grupos, los yevethanos plantaron cara a los intrusos con un estúpido coraje que los convertía en blancos fáciles y en amenazas persistentes. Chewbacca y Lumpawarump se vieron obligados a disparar sobre cualquier cosa que se moviera, y tuvieron que seguir disparando hasta que dejaba de moverse. Cuando por fin divisaron su objetivo, el indicador del rifle desintegrador de Lumpawarump se estaba aproximando a la zona de reserva y los indicadores de las dos armas de Chewbacca ya estaban a punto de entrar en la zona roja de la falta de energía.

Un último obstáculo a superar se alzaba delante de ellos. A diferencia de lo que hubiese ocurrido en los bloques de detención, abrir un agujero en el mamparo con una granada pondría en peligro las vidas de los ocupantes del compartimento de carga. Pero las puertas seccionales del compartimento estaban vigiladas por media docena de yevethanos que se habían desplegado delante de ellas tras la protección de un par de escudos portátiles imperiales. Los paneles curvados que les llegaban hasta la altura de la cintura contenían tanto generadores de escudos de rayos como absorbedores de energía, y mientras se mantuvieran detrás del arco de los escudos, los yevethanos no tendrían nada que temer de los desintegradores manuales.

Lo peor de todo era que las puertas del compartimento se encontraban al otro lado de una cubierta de vuelo de cien metros de anchura. En circunstancias normales esa cubierta servía para acoger a algunos de los cazas que estaban buscando el *Halcón* en aquellos momentos, y no ofrecía la más mínima cobertura de ninguna clase cuando los cazas no estaban en ella.

[Dame tu arco de energía], dijo Chewbacca mientras se agazapaban en la escotilla.

Lumpawarump descolgó el arma de su hombro e inició el gesto de entregársela a su padre, pero se sorprendió al ver que no había ninguna mano extendida ante él para aceptarla. En vez de tomar su arma, Chewbacca le estaba ofreciendo las pequeñas esferas conocidas con el nombre de centros de oruga que formaban el núcleo de los dardos explosivos.

[Primero los escudos], dijo Chewbacca, señalándolos con su desintegrador. [Después concéntrate en los enemigos de la izquierda y de la derecha. Probablemente eso bastará para evitar que los otros puedan moverse y los mantendrá agrupados, con lo que ofrecerán un blanco más fácil. Debes disparar todo lo deprisa que te permita hacerlo tu arco de energía..., como cuando estás intentando cazar un *flarion* antes de que la manada tenga tiempo de dispersarse y encontrar refugio en la espesura.]

[Sí, padre.]

[Yo haré que tengan que dividir su atención entre los dos, de la misma manera en que siempre das un trozo de carne al tharriarr para distraerlo], siguió diciendo Chewbacca. [Intenta mantener alejados tus dardos de mi espalda, hijo.]

Lumpawarump se rió.

[Y tú intenta no pasar corriendo por delante de la mira de mi arma, padre.]

Chewbacca conectó su comunicador con una presión del pulgar.

[Jowdrri.]

[Estoy aquí, primo.]

[Prepárate para llevar a cabo una recogida en la cubierta de vuelo que se encuentra directamente delante de tu posición.]

[Sellaré la compuerta y estaré esperando tu llamada.]

Chewbacca se volvió hacia Lumpawarump.

[Esto va a ser tu *hrrtayyk*.]

[Estoy preparado.]

Chewbacca movió la mano y Lumpawarump se incorporó en la escotilla, levantando el arco de energía hacia su pecho mientras se erguía. El primer dardo explosivo salió disparado del arma antes de que el joven wookie hubiera acabado de incorporarse, y el segundo ya estaba

hendiendo el aire antes de que Chewbacca hubiese dado su primera larga zancada sobre la cubierta de vuelo.

Las explosiones gemelas que tuvieron lugar un instante después fueron tan compactas como concentradas. Un escudo fue violentamente impulsado hacia atrás, y el impacto derribó a dos yevethanos. El otro escudo sencillamente se hizo añicos, y la onda expansiva roció la cubierta, el mamparo y a los guardias con un diluvio de cortantes fragmentos de bordes muy afilados.

Lumpawarump continuó disparando, persiguiendo a sus enemigos a través de la humareda como si fueran sombras agazapadas entre la maleza. Un dardo quemó el tórax de un guardia yevethano, y el siguiente hizo que su compañero rodara por el suelo tan nacidamente como si fuese una muñeca de trapo.

Y entonces Chewbacca dejó escapar un aullido aterrador y empezó a rociar la cubierta de vuelo con los haces letales de su desintegrador. El aullido contenía toda la pena por la pérdida de Shoran y toda la furia por lo que le habían hecho a Han, y atrajo la atención de los guardias supervivientes. Con el anhelo de venganza de Chewbacca impulsando sus largas piernas, el wookiee atravesó la cubierta moviéndose a una velocidad asombrosa. Ninguno de los escasos haces desintegradores disparados contra él consiguió acercarse a más de un par de metros de su objetivo.

Cuando Chewbacca llegó a lo que quedaba del puesto de guardia, el enemigo ya no disparaba. Todos los guardias habían caído, víctimas de la mano firme y el ojo de verdadero cazador de Lumpawarump. Tres guardias todavía parecían tener deseos de luchar a pesar de las terribles heridas infligidas por el arco de energía..., pero Chewbacca estaba más que dispuesto a satisfacer sus deseos.

El wookiee aplastó el pecho del guardia que estaba intentando levantarse de la cubierta y después se lanzó sobre la espalda de otro enemigo y le rompió el cuello con un salvaje movimiento de rotación. Chewbacca se apartó velozmente del cadáver antes de que se desplomara y se encontró cara a cara con el último guardia.

El yevethano sangraba profusamente a causa de las múltiples heridas de metralla esparcidas por su hombro y su mejilla derecha, y las placas de su tórax estaban chamuscadas y burbujeaban. El guardia hirió el aire con sus garras y Chewbacca respondió con un rugido de desafío. Los dos enemigos se lanzaron a la carga y se encontraron en una colisión que habría dejado inconscientes a criaturas menos fuertes que ellos.

Su corto combate terminó cuando Chewbacca alzó a su inmenso atacante por encima de su cabeza y lo lanzó contra una columna estructural. El yevethano resbaló a lo largo de ella hasta caer pesadamente sobre la cubierta con la espalda rota, y ya no volvió a moverse. Chewbacca fue hasta el cadáver, lo contempló en silencio durante un momento y después echó la cabeza hacia atrás para hacer que los ecos del grito de triunfo wookiee llegaran hasta los rincones más alejados de la cubierta de vuelo.

Luego giró sobre sus talones y llamó a Lumpawarump con un gesto de la mano.

Sólo entonces pudo ver que su hijo estaba herido y que mantenía la pierna derecha rígida mientras corría. Chewbacca no sabía cuándo había sido herido Lumpawarump y hasta qué punto era grave la herida; sólo sabía que su hijo no había dejado escapar ni la más leve queja, y que cuando llegó el momento Lumpawarump había sido capaz de enfrentarse al katarn sin vacilar y sin errar el blanco.

La mujer llamada Enara se puso en cuclillas junto a Han Solo, que estaba durmiendo, y le rozó suavemente un punto de su antebrazo en el que no había ningún morado.

—Hay lucha a bordo —murmuró—. Tus amigos han venido a por ti.

Moverse despertó mil dolores e hizo que el rostro de Han se frunciere en una mueca, pero aun así siguió intentando erguirse hasta quedar sentado en el suelo.

—¿Han venido a buscarme? ¿Cómo lo sabes?

—Lo sé —dijo Enara, que parecía estar muy tensa y preocupada—. Los he llamado y por fin me han oído. Ven: debemos alejarte de aquí. Estar cerca de las paredes es peligroso.

—No entiendo nada —dijo Han. Pero permitió que Enara le ayudase a cojear hasta el centro del compartimento. El esfuerzo le dejó muy debilitado, y no tuvo más remedio que volver a acostarse sobre aquella superficie tan incómodamente dura—. No he oído ningún ruido.

—Están muy lejos de aquí. No puedo esconderlos... Tendría que hacer un esfuerzo demasiado grande, y fracasaría. Pero intentaré ayudarles para que te encuentren.

Enara se sentó junto a él, esparciendo a su alrededor los pliegues de su chamuscado caftán marrón y alisándolos con tanto cuidado como si fuera un magnífico traje de gala y estuviera

esperando recibir invitados de un momento a otro. Después sus manos se curvaron alrededor de una de las manos de Han en un contacto tan delicado que resultaba casi imperceptible, y su cabeza giró hacia las puertas cerradas del compartimento que los mantenían encerrados.

Han no dudó ni por un momento de que estuviera diciéndole la verdad. Enara era una mujer sorprendente e incomprensible, propensa a emitir afirmaciones extrañas y a padecer largos períodos de ensimismamiento anunciados por una mirada distante y una aversión a cualquier clase de compañía. Pero de todos los prisioneros del compartimento, Enara era la única que había sabido superar sus necesidades y sus temores para ofrecerle su amistad. Había sido la primera en hablarle cuando Han llegó al compartimento, y el suyo había sido el único rostro en el que pudo ver compasión cuando despertó sumido en una agonía de dolor después de la terrible paliza que le había infligido Nil Spaar.

Pero la tenue promesa de un rescate no bastó para impedir que Han se adormilara. El dolor le agotaba rápidamente, y sus órganos maltratados y sus músculos desgarrados y maltrechos no le daban ni un solo momento de respiro cuando se encontraba consciente. El sueño era su único alivio.

—El combate se acerca —dijo Enara durante uno de los instantes en que Han estaba despierto—. Si tienes que caminar...

—Si esas puertas se abren podré llegar hasta ellas. Pero sigo sin oír nada.

—Pronto lo oirás —dijo Enara.

Han vio que estaba muy pálida, y notó el temblor de sus manos y que aquella piel que normalmente estaba reconfortantemente fresca parecía arder junto a la suya.

—Enara... ¿Qué ocurre?

—No puedo mantenerlos separados. Tantos muertos... Tu camino es tan duro, hay tanto caos... —murmuró Enara.

—¿Tienes alguna clase de poderes empáticos?

—Sentir la muerte no es nada difícil —dijo Enara—. Se acercan. Ya casi están aquí.

Fue en ese momento cuando Han realmente empezó a creer que estaba ocurriendo algo a bordo de la nave estelar. Intentó sentarse en el mismo instante en que Enara caía bruscamente hacia adelante, dejando escapar un estridente gimoteo mientras se presionaba la frente con las palmas y su despeinada cabellera le ocultaba la cara.

Unos momentos después se oyeron ruidos al otro lado de las puertas: gritos, disparos de armas desintegradoras, golpes asestados sobre el mamparo y un insoportable rechinar metálico que Han estaba seguro de conocer, pero que su mente drogada por el dolor fue incapaz de identificar. Después la pequeña compuerta incrustada en los portales del compartimento se abrió de golpe, y la imponente silueta de un wookiee llenó la abertura.

—¡Chewie!

Chewbacca cruzó corriendo el compartimento con un gemido lastimero y alzó en vilo a Han. Después echó la cabeza hacia atrás y, con un rugido de puro deleite, hizo girar a Han en una vertiginosa serie de círculos que *trazaron* una danza de alegría.

—Ay... Ten más cuidado, Chewie —respondió Han sin tratar de ocultar su propia alegría—. ¿Por qué has tardado tanto? ¿Dónde está mi nave?

Y después soltó un chillido cuando Chewbacca hizo algunos malabarismos con él en un esfuerzo para coger su comunicador. Después de haber soltado una seca serie de ladridos por el aparato, Chewbacca se echó a Han al hombro y fue hacia la entrada, que había pasado a estar vigilada por otro gigante.

—Espera... Espera... Los demás... Espera, Chewbacca, los demás. Tenemos que sacarlos de aquí... Enara, Taratan, Noloht... ¡Para, condenada bola de pelos! —gritó Han—. Ponme en el suelo, ¿de acuerdo? Todavía no estoy muerto. ¡Enara!

Mientras Chewbacca obedecía de mala gana, Han vio que Enara seguía sentada en el suelo, aunque ya no estaba doblada sobre sí misma.

—Vamos, Enara —la llamó—. Hay sitio para ti. ¿Verdad que sí, Chewie? ¿A cuantos podemos sacar de aquí...?

Y entonces la sorpresa le dejó sin habla mientras su mirada recorría la sala. Ninguno de los prisioneros mostraba la más mínima reacción a lo que estaba ocurriendo: todos seguían dispersos en sus lugares y grupos habituales, durmiendo, hablando y bebiendo agua de los conductos de goteo.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó, dando dos pasos tambaleantes hacia Enara—. Vamos, vamos... Nuestra reserva acaba de expirar y el hotel quiere que dejemos libres estas habitaciones.

—No puedo —dijo Enara—. Vete, por favor... He llegado a mi límite.



—No entiendo de qué me estás hablando.

Enara movió la cabeza en una seca negativa. Cuando lo hizo, el resto de los prisioneros se desvaneció y en el compartimento sólo quedaron Enara, Han y Chewbacca. El wookiee dejó escapar un quejumbroso gruñido lleno de inquietud y aferró con más fuerza la culata de su desintegrador.

—Ahora estás dentro —dijo Enara—, y ves las cosas tal como yo las veo.

—¿Dónde están los demás?

—Nunca estuvieron aquí —dijo Enara—. Escaparon en el campamento de transferencia y después fueron recogidos por el *Estrella de la Mañana*. Ahora están en un lugar donde ya no corren ningún peligro. Puedes irte.

Chewbacca volvió a gemir y tiró del hombro de Han.

—Eso era... ¿Los rehenes eran una ilusión? —preguntó Han, ignorando los apremiantes tirones de Chewbacca—. ¿Estabas protegiendo su huida? Olvídalo, da igual... Ahora tú también puedes irte. Ya no queda nadie a quien proteger.

—Debo quedarme —dijo Enara con un hilo de voz—. Si se le despojara de sus trofeos, Nil Spaar intentaría sustituirlos por otros. Si se le arrebatará la seguridad que le proporciona su protección, buscaría la seguridad a través de la muerte de sus enemigos. Vete, Han... No estoy prisionera. He elegido esto libremente. Vete.

Enara les dio la espalda y bajó el mentón hasta pegarlo al pecho. Un instante después los rehenes reaparecieron..., y entre ellos había un Han

Solo herido e incapaz de moverse que dormitaba sobre la cubierta junto a Enara.

El wookiee de la puerta lanzó un estridente alarido que casi fue ahogado por el rugido dolorosamente familiar de los motores del *Halcón Milenario*.

—Enara... —dijo Han, y su voz se había convertido en un gemido suplicante.

Y entonces sus piernas se doblaron debajo de él. Chewbacca le rodeó con sus brazos antes de que chocara con la cubierta, y se negó a escuchar sus protestas mientras se lo llevaba en volandas.

Enara siguió con los ojos clavados en el suelo. Han la miró por última vez y se llevó consigo la imagen de una mujercita de cabellos despeinados, sentada con las piernas cruzadas junto al hombre cuya vida acababa de ayudar a salvar.

Aproximadamente en el mismo instante en que el *Halcón Milenario* se alejaba del *Orgullo de Yevetha* con un rugido de toberas dejando tras de sí una cortina de minas que empezaban a hacer explosión, el *Babosa del Fango* salía del hiperespacio delante del grupo insignia de la Quinta Flota.

Los navíos de exploración del perímetro apenas habían empezado a transmitir el contacto al *Intrépido* cuando la cañonera *Guerrero* ya estaba avanzando a toda velocidad, abandonando la formación para colocarse en una trayectoria de intercepción.

—Tenemos un contacto delante de nosotros —le anunció el oficial táctico al puente—. Tipo no identificado. Clase de tamaño, F..., posiblemente sea alguna variedad de sonda. Ha salido directamente del corazón del cúmulo.

Una pantalla del canal de comunicaciones número tres quedó repentinamente iluminada por una hilera de números al otro lado del puente.

—Estamos recibiendo una transmisión del contacto, señor. Están intentando autorizar una conexión.

Eso hizo que el capitán del *Guerrero* se acercara a la pantalla para echar un vistazo.

—El código de envío es válido, pero ha sido emitido de manera abierta y sin ningún tipo de protección. Eso no ha salido de ningún transmisor militar —dijo el especialista de comunicaciones—. Y con el código de autorización pasa exactamente lo mismo: los sistemas indican que es válido, pero no está actualizado. Alguien está intentando entrar por la puerta principal sin tener una llave.

—Me gustaría saber quién puede ser —dijo el capitán—. Identifique el código del transmisor.

—Ya lo he intentado, señor, pero los sistemas sólo obtienen la señal primaria indicadora de que está considerado como alto secreto.

—¿De veras? —murmuró el capitán—. Pónganos en alerta roja dos y autorice la conexión.

Los números se esfumaron de la pantalla para ser sustituidos por el rostro de Luke Skywalker.

—¿Me reconoce, capitán? —preguntó la imagen holográfica de Luke.

—Reconozco a la persona que aparenta ser —respondió el capitán—. No dispongo de

ninguna información que me induzca a creer que esa persona se encuentra en este sector o que se esperaba que hiciera acto de presencia en él.

—Excelente, capitán. A estas alturas ya debería contar con una identificación de esta nave y una evaluación de la amenaza potencial que representa.

El capitán volvió la mirada hacia el oficial táctico.

—El transductor dice que es una nave civil..., un yate de la clase esquife, desarmado... Lo estoy confirmando mediante los sondeos directos, señor. Es una Aventurera Verpine, señor.

Hubo varios resoplidos y risitas ahogadas en la sala.

—Pero en realidad usted no ha obtenido ninguna confirmación de que esté «desarmada», teniente —dijo el capitán, volviéndose nuevamente hacia la pantalla—. Una nave de ese tamaño podría transportar sin ninguna dificultad municiones tácticas dentro de su compartimento de pasaje.

Luke asintió para indicar que estaba totalmente de acuerdo con él.

—Le agradecería que concertara una cita en el espacio y que hiciera que su gente inspeccionara la nave —dijo después—. En cuanto se haya convencido a su entera satisfacción de que soy quien parezco ser y de que no hemos desmantelado el cubículo sanitario para sustituirlo por una bomba de fusión —añadió jovialmente—, confío en que podrá proporcionarme un medio de transporte o una escolta hasta el navio insignia. He obtenido una información extremadamente importante que debo comunicar al comandante de la flota.

El capitán era un soldado lo suficientemente disciplinado o tozudo como para no dar su brazo a torcer con tanta facilidad.

—Siga su curso actual —dijo—. Mantenga abierto este canal. Nos reuniremos con usted dentro de poco. —Pero cuando la conexión se hubo cortado, se apresuró a volverse hacia la consola del primer canal de comunicaciones—. Póngase en contacto con el *Intrépido* a través de una conexión protegida e informe al general de que Luke Skywalker va hacia allí.

Cuando el mensaje hubo sido enviado, el técnico que se ocupaba del segundo canal de la consola de comunicaciones volvió la cabeza hacia el capitán.

—Es una buena noticia, ¿verdad, señor?

—Eso espero, teniente —dijo el capitán, que estaba muy serio—. Sí, espero que sea una buena noticia...

Cuando el *Babosa del Fango* acabó deteniéndose al final de los topes de las plazas de aparcamiento números treinta y nueve y cuarenta de la cubierta de vuelo delantera del *Intrépido*, todos los que se hallaban en aquella sección de la nave —y muchos que se encontraban en otros lugares de las secciones restantes— ya sabían que Luke Skywalker acababa de subir a bordo.

No se había hecho ningún anuncio oficial. El rumor se fue difundiendo entre los oficiales y la tripulación a través de dos cadenas independientes de amistad y contactos..., y lo hizo con la misma rapidez en ambas, aunque con un significado ligeramente distinto en cada caso. Entre los oficiales el titular era «¿Te has enterado de la gran noticia?», mientras que entre la tripulación nadie dudaba de que fuera una buena noticia.

Luke pudo verlo en las sonrisas de la dotación de cubierta mientras aseguraban el esquife y en los animados levantamientos de pulgar hacia el techo que le ofrecieron mientras bajaba de la nave. Cuando se volvió y ayudó a bajar primero a Wialu y luego a Akanah, la atmósfera anímica que le rodeaba cambió durante unos momentos. Pero Luke no tardó en sentir cómo la atención de todos los presentes volvía a concentrarse en él, como si el hecho de que Luke Skywalker estuviera allí les ofreciese un foco para la esperanza y la tranquilidad, el orgullo beligerante e incluso el patriotismo y la xenofobia.

«Es como si pensaran que he venido aquí a ganar la guerra para ellos —pensó Luke mientras seguía a su escolta hasta la cubierta de vuelo—. Pero en realidad yo espero que sean precisamente las personas a las que están ignorando quienes sean capaces de hacer lo que esperan de mí.»

Luke quería tener una entrevista privada con Ábaht y eso era lo que había solicitado, pero quizá fuera esperar demasiado. O su presencia resultaba excesivamente magnética incluso entre sus mismos oficiales, o la idea de «entrevista privada» que tenía Ábaht incluía automáticamente a dos coroneles de acompañamiento y un capitán extra.

Luke resolvió el problema que suponía su presencia limitándose a ignorarla.

—¿Cuál es la situación actual del conflicto, general? —preguntó, prescindiendo de cualquier intento de presentar a sus acompañantes.

—La presidenta ha declarado la guerra a los yevethanos —le informó Ábaht—. Como primer

paso, nos estamos preparando para volver a Doornik-319 y arrebatárselo. También hemos adoptado una actitud más agresiva en lo referente a la búsqueda de los astilleros restantes, y estamos planificando penetraciones más profundas en el cúmulo que llegarían hasta los mundos natales de los yevethanos.

—¿Y cuál es la situación actual de sus efectivos? ¿Se están viendo involucrados en alguna clase de hostilidades?

—No. Esto es la calma que precede a la tempestad —dijo Ábaht—. Y ahora, ¿puedo pedirle que me explique su presencia? Supongo que si hubiera sido enviado por la presidenta nos habrían advertido de antemano.

—He venido directamente desde J't'p'tan, un mundo que en sus cartas astrográficas es conocido como Doornik-628E —dijo Luke—. Antes de eso... Bueno, una explicación completa exigiría demasiado tiempo, y de todas maneras no estoy preparado para compartir con nadie más todo lo que me ha ocurrido. Pero la parte que importa es muy simple y puede explicarse con facilidad. He venido a ofrecerles una oportunidad de dar ese primer paso en una dirección distinta.

Un público formado por personas como el coronel Corgan, el coronel Mauit'ta y el capitán Morano podía poner en apuros incluso a alguien que gozara de la posición de Luke..., sobre todo cuando se trataba de «venderle» algo que tenía todo el aspecto de ser magia pura y simple.

—¿Es que también tengo que defender a los Jedi ante ustedes? —preguntó secamente Luke en respuesta a la más reciente expresión de escepticismo—. La naturaleza del universo trasciende las definiciones de la ciencia, y las posibilidades del universo exceden las limitaciones de la tecnología.

—No tengo muchas ganas de poner en peligro las vidas de mi tripulación depositando mi confianza en trucos y fuerzas invisibles que no pueden ser medidas —dijo Morano.

—Al parecer tampoco tiene muchas ganas de salvar las vidas de su tripulación.

—Prefiero confiar en lo que conozco. Podemos ganar esta guerra con las armas de que disponemos.

No había muchos objetos sueltos en una nave preparada para entrar en combate, por lo que Luke se vio obligado a crear algunos. Una fracción de segundo le bastó para enviar una sonda de la Fuerza, arrancar las insignias de los uniformes de los tres oficiales y extenderlas en pulcras hileras sobre el escritorio de Ábaht.

—Ahora ya sabe algunas cosas más sobre las fuerzas invisibles —dijo.

—Esto no nos ayuda en nada —dijo el general Ábaht con un suspiro.

—Sólo intento recordarles que la Fuerza es tan real como cualquier objeto de esta habitación: la Fuerza es un misterio, pero no una fantasía —dijo Luke. Extendió un dedo y señaló a Morano, quien seguía contemplando en silencio la porción de tela que hasta hacía unos momentos había estado cubierta por las insignias de su rango—. Su manera de ganar esta guerra significa millares o quizá incluso decenas de millares de muertes en ambos bandos..., y esas muertes son totalmente innecesarias.

—Serán innecesarias únicamente si su truco consigue engañar a los yevethanos —dijo Corgan, recogiendo sus insignias con una clara expresión de irritación en su rostro curtido por la intemperie—, y no puede saber si conseguirá engañarles.

—Lo que Wialu nos está ofreciendo no es ningún «truco» —dijo Luke con meticulosa paciencia—. Su instrumental es más viejo que la tecnología de ese desintegrador que usted lleva al cinto, y más poderoso. Pero resulta más difícil de manejar, porque exige toda una vida de compromiso en vez del mero hecho de limitarse a apretar un gatillo.

—Quizá podría decirnos algo más sobre cómo funciona —sugirió Mauit'ta.

Luke se dio la vuelta y alzó las manos en un gesto de disgusto y frustración.

—Utiliza el reflejo de la superficie de la Corriente —dijo Wialu.

—Me temo que eso tampoco me sirve de mucho —dijo Ábaht mientras Luke se volvía nuevamente hacia él—. Debe comprender que nos está pidiendo que organicemos una operación militar a gran escala alrededor de algo que nunca hemos experimentado anteriormente. ¿Cree que sería posible que nos hicieran una demostración?

Luke esperaba que Wialu rechazara aquella imposición, pero su respuesta le sorprendió.

—Me están pidiendo que cree una proyección de gran tamaño de algo que nunca he experimentado anteriormente —dijo—. Me parece que lo más beneficioso para todos sería que ustedes hicieran su demostración primero, y que juzgaran la mía después.

Ábaht miró a Corgan.

—¿Coronel?

—Bueno, estamos esperando la llegada de unas veinte naves del Cuarto que deben unirse a nuestros efectivos dentro de... —echó un vistazo a su cronómetro—, dentro de una media hora. ¿Les servirían para hacer su demostración?

—Necesito encontrarme lo más cerca posible del fenómeno —dijo Wialu.

—Hay una burbuja de observación en el vehículo de mantenimiento —dijo Marano—. Si nos encogiéramos un poco, creo que los siete podríamos caber en ella. Siempre que no le moleste la presencia de unos escépticos, naturalmente...

—Sus creencias son totalmente irrelevantes para mí—dijo Wialu—. Yo extraigo mi poder de aquello en lo que creo.

Cuando el vehículo de mantenimiento hubo llegado al límite de seguridad, el general Ábaht golpeó suavemente el hombro del piloto desde atrás con un dedo para indicarle que quería que se detuviera a cincuenta kilómetros del punto en el que debía aparecer la fuerza expedicionaria cuando terminara su salto hiperespacial.

—Ya estamos lo bastante cerca, hijo —dijo—. Ah, y déjenos unos cuantos kilómetros por debajo de la trayectoria de entrada. No quiero morir viendo cómo todo el alto mando de esta fuerza es borrado del universo por un error de navegación.

—A mí me preocupa más la posibilidad de ser borrados del universo por el exceso de entusiasmo de algún teniente de artillería —dijo Corgan—. Esas naves se dirigen hacia una zona de riesgo, y no esperan encontrarse con un comité de bienvenida esperándolas en el espacio.

—Akanah se ocupará de eso —dijo Wialu—. Las naves no nos verán.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Ábaht.

—Cuando Wialu dice que puede hacer algo, general... Bueno, le aconsejo que la crea —dijo Luke—. Si yo hubiera querido hacer las cosas a su manera, no habrían sabido que el *Babosa del Fango* estaba rondando por los alrededores hasta que lo hubiera posado en una de sus plazas de estacionamiento.

Corgan meneó la cabeza con visible incredulidad, pero no hubo ocasión de proseguir aquella discusión.

—Ahí vienen —dijo Mauit'ta.

Las gigantescas masas de los navíos de combate fueron emergiendo una detrás de otra del centro de una masa de destellos de radiación blanca que se agitaban y se superponían entre sí, estrellas recién nacidas que surgían de la nada para empezar a parpadear en la noche. Cruceros y transportes de ataque, Destruyores Estelares y cañoneras... Todas salvaron la distancia que las separaba del vehículo de mantenimiento en un abrir y cerrar de ojos, y pasaron rugiendo sobre sus cabezas en una espectacular exhibición de potencia.

—¿Se nos permite hablar? —preguntó Corgan.

—Paciencia —dijo Ábaht, alzando la mirada con los dedos entrelazados a la espalda—. Sospecho que la paciencia y la atención acabarán siendo recompensadas.

—Me temo que no le entiendo.

—¿Cuántas naves estábamos esperando?

—Veintidós.

Ábaht asintió.

—Pues hasta el momento ya he contado treinta.

Corgan y Morano, boquiabiertos y con los ojos desorbitados, contemplaron en silencio cómo el enorme casco de un transporte de la flota hendía el vacío por encima de sus cabezas.

—Tiene que haberse equivocado.

Luke vio que Ábaht estaba sonriendo.

—Puedo asegurarles que todavía soy capaz de contar hasta treinta —dijo—. Les sugiero que hablen con Seguimiento y pidan una comprobación.

Mauit'ta ya estaba alargando la mano hacia su comunicador.

—Haga un barrido de las naves que se están aproximando y proporcióneme un recuento —ordenó.

—Treinta y ocho..., cuarenta..., cuarenta y uno... Los sensores siguen registrando contactos.

—¿Y todos los contactos y trayectorias son normales?

—Todo es tal como esperábamos... Espere un momento. Algunas identificaciones están duplicadas. Coronel, ¿quiere explicarme qué está pasando?

—Ahora no, teniente. Manténgase a la escucha —dijo Mauit'ta, y desconectó su comunicador.

Ábaht se volvió hacia los otros oficiales.

—Bien, caballeros, ya tenemos nuestra demostración —dijo, señalando el espacio con una mano mientras una cañonera pasaba rugiendo a un kilómetro escaso de distancia de ellos—. ¿Cuáles son reales? ¿Ésa? ¿La de al lado? No puedo distinguir unas de otras..., y sospecho que ni siquiera Seguimiento es capaz de hacerlo. —Se volvió hacia Akanah—. Gracias. No necesito más demostraciones.

Un instante después la mitad del grupo de combate que estaba desfilando por delante de ellos se desvaneció. Wialu se encorvó perceptiblemente, como si su cuerpo se aflojara después de haber hecho un gran esfuerzo, y buscó su asiento inmediatamente después. Akanah se apresuró a sentarse junto a ella en una actitud claramente protectora.

—¿Qué es lo que acabo de ver, general? —preguntó el piloto del vehículo de mantenimiento con un hilo de voz.

—Nada, hijo —respondió Ábaht—. Nada, tanto oficialmente como literalmente.

—Pero...

—No haga más preguntas y no piense en ello —dijo el general—. Límitese a llevarnos de vuelta al granero lo más deprisa que pueda —añadió, volviéndose hacia Luke—. Todos tenemos muchas cosas que hacer.

Ya habían iniciado la fase final de la aproximación al *Intrépido* cuando se les dijo que debían hacerse a un lado para permitir el lanzamiento de una oleada de cazas. La preocupación ensombreció el rostro de Morano apenas oyó aquellas palabras.

—¿Qué está ocurriendo? Todavía falta una hora para la próxima rotación de patrullas.

El capitán obtuvo una respuesta del controlador de vuelos después de que el vehículo de mantenimiento se hubiera posado en el hangar.

—La patrulla exterior va a llevar a cabo una intercepción —les informó el controlador—. Hemos detectado la presencia de una nave procedente del interior del sistema que se está acercando a gran velocidad. No hemos recibido ninguna identificación válida, y hasta el momento la nave se ha limitado a responder a nuestras transmisiones con lo que parece ser una especie de señal de interferencia o código protegido.

Morano giró sobre sus talones para encararse con Wialu.

—¿Eso también forma parte de su demostración?

—No —dijo Wialu meneando la cabeza—. No tengo nada que ver con esa nave.

—General, el comandante Jarrou ha ordenado que volvamos al nivel de alerta dos —siguió explicando el controlador—. Capitán, usted y el general tienen que ir arriba lo más deprisa posible.

Luke fue a toda prisa hasta el puente, pisándole los talones al general Ábaht en una veloz carrera, y se plantó delante de una pantalla de seguimiento. La imagen todavía era pequeña y bidimensional. Luke inclinó la cabeza a un lado y estudió la imagen, que iba agrandándose lentamente.

—¿A qué velocidad se mueve esa nave, especialista?

—Estamos captando un factor ocho sublumínico, señor. Parece que tiene mucha prisa.

—¿Podría escuchar esa señal de interferencia que está transmitiendo?

—Todavía la estamos recibiendo —dijo el especialista—. Puede utilizar los auriculares, señor. Tenga cuidado con el volumen... Es una auténtica revientatímpanos.

Luke se puso los auriculares, escuchó en silencio durante un momento... y después se echó a reír.

—¿Señor?

—Eso no es una señal de interferencia. Es shyriiwook..., un dialecto de los wookies —dijo, quitándose los auriculares de un manotazo—. Es Chewbacca, y parece que está muy preocupado por algo. —Echó otro rápido vistazo a la pantalla—. Quiere que esos pilotos se quiten de enmedio. ¡General Ábaht!

Ábaht interrumpió su conversación con el oficial táctico para alzar la mirada hacia Luke.

—¿Qué ocurre ahora?

—Será mejor que les diga a esos cazas que se olviden de la intercepción y que se preparen para llevar a cabo una misión de cita-y-escolta —dijo Luke—. El *Halcón Milenario* viene hacia aquí.

Shoran y Han fueron sacados del *Halcón* en camillas del servicio de evacuación médica.

Si se los juzgaba únicamente por el aspecto, los dos parecían estar igualmente graves, pero las luces indicadoras de los paneles monitores de las camillas enseguida profetizaron que irían

a parar a sitios distintos. Los indicadores de la camilla de Shoran permanecieron estáticos y mayoritariamente en rojo, y su ocupante fue llevado directamente al depósito de cadáveres del *Intrépido*. Los indicadores de la camilla de Han no paraban de parpadear y casi todos estaban en amarillo, y Han fue llevado directamente a un tanque bacta en la sala médica número uno.

Ni Luke ni nadie más tuvo ninguna posibilidad de hablar con Han antes de que entrara en el tanque. Al parecer Han había permanecido inconsciente desde bastante antes de que el *Halcón* saliera de N'zoth mediante un microsalto, y su ya bastante frágil estado se había visto agravado por las tensiones del rescate y, en particular, por la huida en condiciones de alta gravedad. E incluso si Han hubiera estado consciente, había que contar con Chewbacca; el wookiee se mantenía constantemente al lado de Han en una actitud tan protectora que estorbaba al doctor y al androide médico, y al final tuvo que ser apartado de la mesa de selección casi a rastras por dos de sus compañeros.

Los cuatro wookies eran una visión realmente impresionante, y su presencia en la sala médica atrajo una considerable atención llena de curiosidad. Luke creyó reconocer al wookiee herido como Lumpawarump, y sus suposiciones se vieron confirmadas cuando Chewbacca le convirtió en el siguiente objeto de su nerviosa vigilancia.

Lumpawarump había bajado de la nave moviéndose sin ayuda y por sus propios medios, pero la quemadura de desintegrador de segundo grado de su pantorrilla derecha estaba recubierta de feas ampollas que ya empezaban a rezumar fluidos y también necesitaba ser atendida. Un androide traductor llegó justo a tiempo para ayudar al K-1B en las negociaciones con sus pacientes.

—La piel y las células capilares han sufrido daños bastante serios. Los daños sufridos por el tejido graso y los músculos son limitados —dijo el K-1B—. Todos los daños pueden ser reparados. Prescribo una sesión de inmersión de diez horas de duración.

Tanto Chewbacca como su hijo volvieron la mirada hacia la mesa de preparación en la que Han estaba siendo equipado con su respirador y sus monitores. Chewbacca tensó el labio superior sobre los dientes en una expresión de disgusto, y Lumpawarump meneó la cabeza en una vigorosa negativa mientras gruñía una respuesta.

La traducción del androide fue claramente diplomática.

—El paciente ha expresado una disposición de ánimo básicamente contraria a la idea de la inmersión.

La cabeza de K-1B giró de una manera inconfundiblemente mecánica.

—La efectividad de los tratamientos tópicos es limitada —dijo—. Los injertos no son una solución terapéutica adecuada en especies que están dotadas de abundante pelaje corporal. La probabilidad de que queden cicatrices es considerablemente elevada a menos que se recurra a la inmersión.

Tanto Lumpawarump como Chewbacca respondieron de inmediato con gruñidos cuyos timbres contrastaban de manera muy aguda.

—El paciente dice que las cicatrices le parecen socialmente deseables. El guardián del paciente expresa su temor de que si las lesiones no son tratadas de una manera efectiva, K-1B experimentará serios fallos de funcionamiento y abundantes disrupciones en sus sistemas.

A pesar de la sombra de preocupación que sentía tanto por Han como por el hijo de Chewbacca, Luke no pudo contener una risita ante la obvia paráfrasis del androide. El sonido hizo que Chewbacca alzara la vista hacia Luke, con lo que sus ojos se encontraron por primera vez desde que el *Halcón* había quedado atracado en el hangar. El wookiee señaló a Han con visible irritación, y después emitió un gruñido tan seco como cortante. Su significado estaba tan claro que no requirió ninguna traducción. Aquella mirada le estaba preguntando dónde se había metido mientras Han le necesitaba.

—No lo sabía, Chewie —dijo Luke—. No apareció en ninguna de las redes de noticias. El general me ha dicho que el bloqueo informativo fue total. Estaba muy lejos, y nadie me lo dijo..., ni siquiera Leia. —La mirada de Luke atravesó la sala y se posó en Han, que estaba siendo transferido de la mesa de preparación al interior del tanque bacta—. Sencillamente no lo sabía...

Técnicamente hablando, el campamento de Pa'aal, la luna primaria del quinto planeta del sistema de N'zoth, no era una prisión. Los esclavos no son alojados en prisiones.

El campamento era la residencia permanente de los supervivientes de la antigua fuerza de ocupación enviada por el Mando Espada Negra durante el mandato del gobernador Crollick. En su momento de máximo esplendor el campamento había contado con casi trescientos mil habitantes, la mayoría de ellos humanos y procedentes de las tripulaciones de los Destruidores

Estelares *Intimidador* y *Valeroso*, que habían sido capturados intactos por los incursores yevethanos en el que hubiese debido ser el último día de la ocupación imperial.

Los cautivos habían comprado el derecho a seguir viviendo prestando servicios al virrey, y al comienzo esos servicios habían sido esenciales. Los imperiales enseñaron a los yevethanos tanto el funcionamiento de un navio de guerra como los secretos más delicados de su construcción. Sirvieron a bordo de sus naves rebautizadas bajo nuevos capitanes de otra especie, y trabajaron en los astilleros a las órdenes de nuevos capataces de esa misma especie. El conocimiento encerrado en sus cabezas y la experiencia acumulada en sus manos hacían que fuesen lo suficientemente valiosos para que se los mantuviese con vida..., por lo menos hasta que los yevethanos les hubieron arrancado todos sus secretos.

Durante los dos primeros años, sólo los que se negaban a cooperar fueron eliminados de la población de Pa'aal. Pero durante el tercer año, sus guardianes empezaron a reducir diligentemente los contingentes de cautivos. A esas alturas los supervisores ya tenían una idea bastante clara de quiénes poseían capacidades especializadas y quiénes carecían de ellas. Estos últimos podían ser sustituidos por yevethanos, y lo fueron..., y muchos adiestraron a sus sustitutos antes de ser ejecutados. Los primeros fueron mantenidos con vida para ser utilizados cuando así lo dictara la necesidad, y pasaron a ser considerados como piezas de repuesto para la máquina bélica que estaban construyendo los yevethanos.

La mitad de la población de Pa'aal desapareció durante el tercer año: la mayoría de las bajas fueron causadas por los yevethanos, pero también hubo un número nada despreciable de suicidios. Las condiciones de vida en Pa'aal eran terribles, y la esperanza de ser rescatados se había esfumado a medida que el fríamente calculado proceso de selección iba siguiendo su curso.

Los que sobrevivieron para ver llegar el cuarto año eran, en muchos aspectos, un grupo selecto. Los supervivientes eran inteligentes y enérgicos, y no sólo se habían acostumbrado a las privaciones de su existencia sino que también habían adquirido una sagaz comprensión de los mecanismos políticos de su situación. Y además habían encontrado un sustituto para la esperanza bajo la forma de un líder y un plan.

Durante los largos años transcurridos desde entonces, cada esclavo que era sacado de Pa'aal para prestar un día, una semana o un mes de servicios a los yevethanos había partido sin ofrecer ninguna resistencia y con un propósito y una misión que iban más allá de la mera supervivencia. Los imperiales cautivos necesitaban tener acceso a las naves, los materiales y las herramientas, a un poco de tiempo libre de toda supervisión..., y todo eso sólo podía ser obtenido a través de una colaboración sistemática y sincera con el enemigo.

A pesar de sus esfuerzos, había llegado un momento en el que los yevethanos ya no parecieron necesitarlos para nada, y Pa'aal se había convertido no en un almacén, sino en un vertedero. Un año entero podía transcurrir sin ningún progreso mensurable y sin ninguna promesa de cambio. El suicidio y la falta de interés por cuanto les rodeaba que acompañaban a la depresión profunda iniciaron una nueva erosión del número de habitantes.

Pero siete meses antes los amos habían empezado a volver a Pa'aal. Por primera vez desde el fin del proceso de selección, hubo yevethanos que recorrieron el campamento durante algo más de unas horas y se dedicaron a preguntar y observar. Ese escrutinio adicional quedó más que compensado por la oportunidad adicional que ofrecía, a medida que una parte cada vez más grande de la población iba siendo llamada al servicio y sacada del campamento en un continuo desfile de lanzaderas. Antes de que hubiera transcurrido mucho tiempo, Pa'aal parecía habitada básicamente por fantasmas.

Las razones de aquel cambio fueron llegando poco a poco junto con los que volvían: los yevethanos estaban lanzando nuevas naves, entrenaban nuevas tripulaciones y tenían nuevos problemas con los motores y las armas clonadas. La historia fue recompuesta gradualmente, y por fin llegó un momento en el que los prisioneros de Pa'aal fueron más conscientes de la inminencia de la guerra que los mismos yevethanos.

Y durante todo ese tiempo el trabajo siguió avanzando a un ritmo tan intenso que rozaba lo peligroso.

—Se aproxima un momento de oportunidad que nunca se repetirá en nuestras vidas —le había dicho el mayor Sil Sorannan a su alto mando secreto—. Si no estamos preparados cuando llegue ese momento, todos moriremos en Pa'aal.

Sorannan se acordó de sus palabras mientras contemplaba los cuatro diminutos chips transductores de pulso energético que acababan de serle entregados por un mensajero que había vuelto con un grupo de trabajo.

—El mayor Neff me dijo que debía comunicarle que habían superado todas las pruebas con

generosos márgenes de tolerancia —dijo el mensajero—. Está seguro de que cumplirán su función.

Sorannan asintió y llamó con un gesto de la mano al otro hombre presente en la habitación.

—Que traigan los controladores.

Cuatro objetos muy distintos —y aun así de lo más común— fueron recogidos en cuatro partes distintas del recinto y depositados ante Sorannan. Usando una lupa de ingeniero, unas pinzas improvisadas y un microsoldador manual, Sorannan añadió un chip a cada uno de los circuitos disimulados en el interior de cada objeto.

Los chips eran las últimas piezas que les faltaban a los controladores para estar completos, y Sorannan selló irreversiblemente los paneles de acceso y los conductos inteligentes antes de entregar cada objeto a un mensajero.

—Dale esto a Dobattek.

«Ocúpate de que esto llegue a manos de Jaratt, en el *Valeroso*.

»Esto es para el *Harramin*.

»Quiero que esto sea entregado a Eistern a bordo del *Intimidador*. Dile que pronto estaré allí. Dile que haga correr la voz de que ya casi ha llegado el momento.



Mientras Han dormía dentro del baño curativo de la solución bacta, el alto mando analizó los últimos datos remitidos por las sondas de éxtasis escondidas en las profundidades del cúmulo y los wookies prepararon al *Halcón* para la batalla que les esperaba. Luke, que no se hallaba incluido en ninguna de esas actividades, se encontró solo y con mucho tiempo libre.

Fue al camarote de Wialu y Akanah con la intención de volver a abrir el tema de Nashira. Pero Wialu no estaba allí y Akanah no quiso decirle dónde podía encontrarla.

—Tiene que prepararse, y permanecerá sumida en una profunda meditación hasta que llegue el momento —dijo Akanah—. Esto va a ser muy difícil, y Wialu debe ser lo bastante fuerte para mantener la proyección incluso si hay lucha.

—¿La ayudarás?

—No me lo ha pedido.

—¿Crees que puedo...?

—¿Pedirme que la ayude o ayudarla?

—Ayudarla —dijo Luke.

—No. Posees un gran poder, Luke, pero esto no es algo que requiera poder. Cuando los dedos de tu mente tocan la Corriente, el roce todavía es mil veces más intenso de lo que debería ser.

Luke digirió esa información en silencio.

—¿Sabías que hay una fallanassi a bordo del *Orgullo de Yevetha*? Al menos eso es lo que me ha parecido entender después de haber escuchado el relato de Chewbacca. Se llama Enara. —Luke meneó la cabeza—. Tenían que contar con alguna clase de ayuda, desde luego, o de lo contrario jamás habrían logrado salir de allí... Meterse en el cubil del lobo de esa manera fue una auténtica locura por su parte. Sí, fue una magnífica demostración de locura wookie, ese tipo de locura que nace del exceso de valor y la falta de paciencia...

—Lo sé —dijo Akanah.

—¿Crees que Enara podrá ayudar a Wialu?

—No lo creo.

Luke frunció el ceño.

—Tengo la impresión de que desde que llegamos a J't'p'tan te cuesta mucho más hablar conmigo que antes.

—Las circunstancias han cambiado —dijo Akanah, y sus labios se curvaron en una tenue sonrisa llena de melancolía.

—¿Por qué? ¿Porque Wialu está aquí para escuchar y vigilar?

—Hemos perdido algo más que la intimidad —dijo Akanah—. Ya no estamos avanzando en la misma dirección.

—Si sabes eso, entonces sabes bastante más que yo..., porque sigo sin tener muy claro hacia dónde voy —dijo Luke, alargando el brazo para coger una silla y sentándose en ella con el respaldo por delante—. Ahora tengo más preguntas que nunca.

—¿Y no sientes la tentación de tratar de obligar a Wialu a que responda a ellas? —preguntó Akanah.

—La tentación es meramente ocasional, y no me cuesta demasiado resistirla —admitió Luke—. Sé que no obtendría nada con ello.

—Sería un error inconmensurable.

—También lo sé —dijo Luke—. Pero tú podrías responder a algunas de mis preguntas..., como mi maestra.

Akanah bajó la vista y meneó la cabeza.

—No lo creo, Luke.

—¿Por qué? ¿Porque Wialu dijo que no tenías derecho a considerarte como tal? Dijo que no eras más que una niña...

—Y tenía razón —dijo Akanah—. El día en que nos conocimos ya te dije que estaba incompleta..., que había una debilidad, un espacio vacío dentro de mí..., que la pérdida de lo que me habría enseñado mi madre me había impedido alcanzar la plenitud.

—Sí, supongo que me lo dijiste —murmuró Luke—. Pero supongo que en ese momento presté más atención a todo lo que estabas diciendo sobre mí.

—Olvidarme de mí misma no me costó demasiado —dijo Akanah—. Pero el poco tiempo que he pasado al lado de Nori ha bastado para que comprendiera hasta qué punto me he extraviado al carecer de una guía adecuada. Estos días junto a Wialu me han demostrado que deberé recorrer una gran distancia para poder volver al camino correcto.

—Tu madre... Talsava... ¿Está con el Círculo?

—No —dijo Akanah—. Cuando hayamos terminado lo que hemos venido a hacer aquí, le pediré a Norika que sea mi maestra.

Luke cruzó los brazos sobre el respaldo de la silla y apoyó el mentón en ellos.

—Así que tu viaje ha terminado.

Akanah meneó la cabeza.

—Sólo está empezando. Sé que deberé retroceder y olvidar todas las lecciones equivocadas que he aprendido antes de que pueda volver a avanzar. No me envidies demasiado, Luke.

Luke respondió con una sonrisa bastante tensa.

—Sólo ha sido un momento de debilidad —dijo—. Bien, supongo que no puedo pedirte que me ayudes a dominar el arte de hacer desaparecer las cosas.

—Si decides seguir avanzando por este camino y convertirte en un adepto de la Corriente, tendrás que buscar a otra persona para que te enseñe sus misterios —dijo Akanah, tratando de conseguir que sus palabras sonaran lo más persuasivas posible—. Espero que lo harás. Posees una gran fuerza, Luke, pero tu alma busca desesperadamente la luz. Ésa es una parte del don que te ha sido negado.

Luke frunció el ceño, irguió la espalda y tensó las manos sobre el borde del respaldo de la silla.

—Bien, entonces por lo menos quizá puedas responder a una pregunta... Si Enara podía ocultar el *Halcón* y crear rehenes fantasma, ¿por qué no pudo proteger a Shoran?

—Lamento enormemente la terrible pérdida que ha sufrido tu amigo —dijo Akanah, y después guardó silencio durante unos momentos—. No sé cuáles son los límites de las capacidades de Enara. Pero crear un reflejo a partir de la superficie de la Corriente y fundir objetos cercanos con la Corriente son dos tareas muy distintas. Hacer las dos cosas al mismo tiempo resulta terriblemente difícil. Y aparte de eso hay algo más, Luke: una persona no puede permanecer inmóvil dentro del flujo de la forma en que sí puede hacerlo un objeto carente de volición.

Un destello de comprensión iluminó los ojos de Luke.

—¿Y ésa es la razón por la que el Círculo sigue en J't'p'tan? ¿Te estabas refiriendo a eso cuando dijiste que no podían irse? —preguntó—. Porque parece como si los fallanassis fueran capaces de esconder el templo a los ojos de los yevethanos y marcharse, y aun así el templo seguiría escondido después de que se hubieran ido...

—Sí. Los objetos inmóviles o que siguen el flujo sin resistirse a él permanecerán en su estado de fusión hasta que se produzca alguna intervención exterior —le explicó Akanah—. Todo el esfuerzo tiene que hacerse al principio, y un solo adepto puede conseguirlo. Pero esconder a la comunidad de los h'kigs requiere la atención constante de un número enormemente grande de adeptos, y el esfuerzo nunca termina.

Mientras la escuchaba, Luke experimentó una especie de repentina iluminación mental.

—Sí —murmuró—. Sí, es la única forma en que podría hacerse. ¿Sabes si...?

—Ya he hablado demasiado —dijo Akanah, meneando la cabeza—. Te ruego que no me hagas más preguntas, Luke. Tanto el responderte como el negarme a hacerlo harían que me sintiese igualmente culpable.

—Lo siento, y te aseguro que lo comprendo —dijo Luke.

—Lo entiendes, y lo utilizaste para obtener tu respuesta —replicó secamente Akanah. Después sus labios se curvaron en una fugaz sonrisa que hizo desaparecer cualquier herida que pudieran haber infligido sus palabras—. Por favor, Luke... Vete.

—De acuerdo —dijo Luke, poniéndose en pie y devolviendo la silla a su posición original. Pero cuando llegó a la puerta del camarote se detuvo y miró hacia atrás—. Lo siento. He de hacerte una pregunta más.

Akanah asintió sin decir nada, como si ya se lo hubiera estado esperando.

—¿Viste a Nashira en J't'p'tan?

—No —dijo Akanah, visiblemente apenada—. No sé dónde está.

Todo el mundo estuvo de acuerdo prácticamente desde el principio en que el engaño de la «flota fantasma» debía ser ensayado allí donde pudiera producir el mayor impacto posible..., y eso significaba que debía llevarse a cabo bajo la luz del sol de N'zoth, sobre la capital de la Liga de Duskhan y el hogar del virrey Nil Spaar.

—N'zoth cuenta con la flota yevethana más potente de todas las que hemos localizado hasta el momento..., especialmente después del rescate del comodoro —explicó Corgan durante la sesión de estrategia en la que los planes de ataque fueron expuestos por primera vez—. Si los yevethanos siguen estando al corriente de lo que ocurre en Coruscan! gracias a su red de espionaje, entonces saben que la presidenta nos está enviando refuerzos, y eso ayudará a «vender» el engaño.

»Hemos planeado llevar a cabo una finta en Doornik-319 el día anterior para evitar que bajen la guardia, y además, así quizá podamos atraer una nave o dos de otras zonas. Y cuando llegue el gran día apareceremos con un considerable despliegue de fuerzas en Wakiza, Tizón y Z'fell, y también iremos a por el astillero que acabamos de descubrir cerca de Tholaz. Pero la gran función tendrá lugar en N'zoth..., y ahí es donde tendremos que acabar con la amenaza yevethana de una manera o de otra.

Llevar el *Intrépido* a N'zoth significaba que habría que transferir a Han de la sala médica del navio insignia a una fragata del cuerpo médico que permanecería en la retaguardia junto con las otras naves que no tomarían parte en el combate. La transferencia, a su vez, significó los primeros momentos de consciencia para Han desde que había subido a bordo.

Tanto Chewbacca como Luke aprovecharon aquella oportunidad. El wookiee tuvo una reunión altamente emotiva con Han mientras los médicos y el K-1B lo sometían a un rápido pero concienzudo examen. Luke prefirió dejar que pasaran ese rato a solas, y esperó hasta que pudo viajar con Han a bordo de la lanzadera de transferencia.

—Eh —dijo Han, volviendo la cabeza hacia la dirección de la que le había llegado la voz de Luke—. Hace tiempo conocí a un tipo que se parecía mucho a ti.

—¿Y qué ha sido de él? —preguntó Luke, replicando a su broma con otra mientras encontraba un sitio donde sentarse al lado de la camilla y sostenía la mano derecha de Han con la suya—. ¿Qué tal te van las cosas?

—Cuando empiezas a preguntarte qué será lo que por fin acabe matándote, enseguida sabes que estás empezando a hacerte viejo —dijo Han con una débil sonrisa—. Supongo que tendré que hacer reposo durante algún tiempo, ¿eh?

—Sí, a menos que experimentemos una repentina necesidad de disponer de algunos comandos subacuáticos —dijo Luke—. Me han dicho que todavía tendrás que pasar cinco días más dentro del tanque.

La preocupación ensombreció las facciones de Han.

—Oye, ¿crees que podrías utilizar tus poderes de persuasión para conseguir que me dejaran hablar con Leia antes de que vuelvan a meterme en el tanque? ¿Sabes si alguien la ha informado de...?

—Todo estará preparado para acogerle en cuanto lleguemos a la fragata, comodoro —dijo el médico sentado a la cabecera de la camilla que observaba las lecturas.

—Por supuesto que la han informado de todo —dijo Luke—. El general envió un mensaje apenas subiste a bordo, y Chewie habló con ella más tarde.

Luke vio que Han se había dado cuenta de la omisión.

—Bueno, pues cuando hables con ella asegúrate de que no se te olvida decirle que he estado intentando conquistar a todas las doctoras..., porque de lo contrario se preocupará —dijo—. Eh, ¿qué tal está el chico de Chewie? Por fin ha conseguido convertirse en todo un adulto, ¿verdad? Chewie me contó que aquello fue alguna especie de rito de iniciación, y parece ser que ahora ha adoptado un nuevo nombre... Creo que me dijo que había pasado a llamarse Lumpawaroo.

—Con Waroo como el apellido familiar —dijo Luke—. Me parece que significa «hijo del coraje».

—Bueno, es un nombre muy adecuado..., en ambos sentidos —dijo Han—. He oído decir que Waroo también vendrá a la fragata. Creo que eso deja al *Halcón* con un asiento vacío.

—Y yo creo que el comité de reclutamiento no vería con buenos ojos que intentara ocuparlo —dijo Luke, apretando suavemente la mano de Han y soltándola después—. Chewbacca parece pensar que te abandoné a los yevethanos.

—Oh, vamos... Ya se le pasará. Sigue estando un poco tenso, eso es todo. No conseguí quitarle de la cabezota esa loca idea de que debe volver a N'zoth contigo. Piensa que se lo debe a Shoran, o algo por el estilo.

—Nadie puede discutir con un wookiee —dijo Luke—. No le pasará nada. Habrá tan pocos disparos que no tendremos que preocuparnos por él.

En aquel momento el médico vio en sus lecturas la misma fatiga que Luke estaba viendo en el rostro de Han y les ordenó que pusieran punto final a la conversación. Completaron el viaje hasta la fragata en silencio, salvo por el suave canturreo desentonado del piloto de la lanzadera y el jadeo que se oía al final de cada exhalación de Han. Durante el último tercio del viaje pareció que Han estaba dormido.

Pero cuando la escotilla se hubo abierto y los enfermeros estaban soltando la camilla de sus sujeciones para llevarse a Han, éste abrió los ojos y clavó la mirada en el rostro de Luke.

—Eh..., chico.

—¿Sí?

—Si lo hubieras sabido habrías venido a rescatarme, ¿verdad?

—Sabes que lo habría hecho —dijo Luke, y después permitió que sus labios se fueran curvando en una sonrisa burlona—. Es una mala costumbre adquirida en los viejos tiempos.

Han dejó que su cabeza fuera inclinándose hacia atrás y que sus ojos se cerraran.

—Y espero que nunca te libres de ella —dijo—. Haz que esos bastardos lamenten haber nacido, chico. Se lo han ganado.

La conferencia táctica final de la operación Última Partida incluyó no sólo a los comandantes de los dieciséis grupos de combate —mediante la hipercomunicación holográfica, ya que los grupos se habían desplegado en sus puntos de salto— sino también a Luke, Wialu y los cinco edecanes de Ábaht.

—Empezaré exponiendo las buenas noticias —dijo el coronel Corgan—. La finta de Doornik-319 no sólo se llevó a cabo sin ninguna pérdida, sino que además, de propina, conseguimos una oportunidad de atacar a un Gordo que se dirigía hacia el exterior del sistema y sacamos el máximo provecho posible de ella. El mérito de esa pequeña victoria corresponde básicamente al capitán Ssiew y al *Nube de Tormenta*, y me gustaría agradecerles que nos hayan enseñado el camino que debemos seguir.

—Vamos a por las noticias interesantes —dijo el coronel Mauit'ta—. Después de haber examinado los datos de la acción de hoy y haberlos cotejado con los del enfrentamiento que tuvo lugar en ILC-905, creemos que los yevethanos han decidido crear su propia variante del viejo juego de encontrar-el-caramelo. Es decir, ahora estamos convencidos al noventa por ciento de que existen dos versiones del tipo-I yevethano: una de ellas es un navio de combate, y la otra es un transporte desarmado. De momento todavía estamos intentando encontrar alguna pista identificadora que podamos comunicar a las dotaciones de sus sistemas sensores, pero creemos que los riesgos involucrados justificarían seguir una regla bastante sencilla: no se molesten en disparar sobre ningún objetivo que no esté disparando contra ustedes.

—Y ahora, las malas noticias —dijo el general Ábaht—. La última exploración de los sistemas de N'zoth y Z'fell muestra que las flotas yevethanas destacadas en esa zona siguen siendo reforzadas por naves procedentes de otros puntos del Cúmulo de Koornacht. Ahora N'zoth cuenta con cuarenta y seis navíos de combate de gran tamaño, y Z'fell cuenta con treinta y cuatro. Eso significa que si deciden plantarnos cara y acabamos teniendo que luchar, sólo dispondremos de una ventaja de seis a cinco..., e incluso es posible que estuviéramos numéricamente igualados para cuando llegáramos allí. Recibiremos un sondeo más de nuestras sondas de éxtasis justo antes del salto. —Ábaht miró a Wialu—. Muchas cosas van a depender de usted, señora. Si existe alguna razón para pensar que...

—Estoy preparada —dijo Wialu en voz baja y suave.

—Entonces partiremos en los momentos establecidos dentro de la revisión nueve del plan coordinado —dijo Ábaht—. Buena suerte a todos..., y si la suerte decide jugárnosla, entonces buena cacería para todos. —Ábaht se volvió hacia Luke mientras los hologramas empezaban a disolverse uno detrás de otro—. ¿Podríamos hablar un momento?

Aquella conversación sí fue realmente privada, porque Luke y el general hablaron a solas detrás de la puerta cerrada del despacho de Ábaht.

—He estado retrasando el momento de sacar a relucir este tema porque pensaba que era preferible que usted viniera a verme cuando le pareciese adecuado y me informara de qué clase de papel quiere jugar en todo esto —dijo Ábaht—. Pero nos estamos aproximando al momento en el que tendremos que dejar de hablar, así que iré directamente al grano. Si acabamos teniendo que librar una guerra abierta, me gustaría poder beneficiarme de su experiencia y su liderazgo.

»Sé que existen algunos problemas burocráticos concernientes a cuál es exactamente su

situación y su rango militar actual, pero eso me da igual. Me gustaría ofrecerle el mando del Escuadrón Rojo E. Está formado por doce de los mejores pilotos de ala-E de esta nave, y sé que nadie se tomará a mal el que asuma el mando de esta manera tan poco ortodoxa. Puede usar mi caza personal. Los técnicos lo tienen siempre a punto en...

—Lo siento —dijo Luke—. Le agradezco la confianza que está depositando en mí, pero debo responderle con un no.

Ábaht frunció el ceño.

—No estoy muy seguro de entenderle. ¿Cuáles...? Eh... ¿Cuáles son sus planes entonces?

Luke se levantó.

—Tengo intención de estar en la cubierta de observación con Wialu y Akanah. Las obligaciones que he contraído con ellas tienen preferencia sobre todo lo demás.

Ábaht le contempló en silencio durante unos momentos, observándole con los ojos entrecerrados y sin saber qué decir.

—Si lo que le preocupa es su seguridad, puedo enviar a todos los hombres armados que quiera a esa cubierta, y eso le dejaría libre para...

—Los hombres armados no servirán para hacer que se sientan seguros —le interrumpió Luke—. La respuesta es no. Si mi contestación ha supuesto una desilusión para usted, lo lamento.

—Más que desilusionarme me confunde —dijo Ábaht—. La elección le corresponde únicamente a usted, por supuesto..., pero le agradecería que me diera una explicación, si es que existe.

Luke sintió cómo el terrible peso de las expectativas caía sobre sus hombros. «Si no permites que elijan por ti, entonces te exigen que te justifiques ante ellos... Ah, Ben, ¿conseguiste aprender a decirles que no sin que te remordiera la conciencia por ello?»

—Las obligaciones de que he hablado no incluyen proteger a los fallanassis —dijo por fin—. No puedo tener un pie en su mundo y el otro en el suyo. Les pedí que se involucraran en nuestro conflicto por una cuestión de principios. Ahora he de demostrarles que yo también respeto esos principios.

—Sí, pero entonces... ¿A quién considera que debe lealtad exactamente?

—Es una pregunta engañosamente simple, general, y no disponemos del tiempo que se necesitaría para explorarla —replicó Luke—. Debe ser explorada, desde luego..., porque sospecho que es la pregunta que acabó impulsando a Palpatine a ordenar la eliminación de los Caballeros Jedi.

—No tenía ninguna intención de cuestionar su sentido del honor —dijo Ábaht.

—Ya lo sé, general —dijo Luke—. En última instancia, todo acaba reduciéndose a un hecho muy simple: el que me siente en esa carlinga nos haría perder mucho más de lo que usted podría sacar de que me sentara en ella. Dispone de buenos pilotos y buenas tripulaciones, y es capaz de ofrecerles todo el liderazgo que haga falta. Celebraré la victoria con usted sea cual sea la manera en que se haya obtenido, pero el papel que interprete en su obtención no será el de un guerrero.

Las sondas 203, 239 y 252 se convirtieron en los heraldos que anunciarían la llegada de la gran armada.

Eran las últimas supervivientes de las más de cincuenta sondas que Alfa Azul y la Flota habían enviado al interior del sistema de N'zoth. Las otras habían sido aniquiladas por las patrulleras yevethanas o habían acabado sucumbiendo a las duras exigencias del perfil de su misión.

Indetectable en el hiperespacio, una sonda de éxtasis sólo entraba en el espacio real durante el tiempo justo para tomar una instantánea sensora, transmitir los datos a su controlador y recibir la instrucción de intervalo referente a su próxima aparición. Todas esas operaciones normalmente sólo exigían unos veinte segundos, y las sondas sólo utilizaban sensores pasivos. El sigilo era esencial para la supervivencia de la sonda.

En circunstancias normales, el desafío más severo al que debía enfrentarse ese sigilo venía dado por la radiación Cronau que acompañaba a las entradas y salidas del salto hiperespacial. Pero con la velocidad espacial cero de las sondas, la radiación Cronau quedaba colapsada en una angosta zona cónica que, además, era cuidadosamente encauzada para alejarla de los sensores enemigos.

Aun así, las últimas instrucciones recibidas por las tres sondas distaban mucho de lo ordinario. De hecho, su extrañeza carecía de precedentes..., y eran lo suficientemente extrañas para que cupiera la posibilidad de que unas sondas dotadas de sistemas andróides más

sofisticados se hubieran negado a obedecerlas.

Las sondas debían llevar a cabo una maniobra de orientación giroscópica para que el cono de la radiación Cronau de su próxima entrada quedara dirigido hacia N'zoth y resultara tan llamativo como el haz luminoso de un gran foco. Después debían iniciar una operación de sondeo activo y enviar señales ópticas y de radar separadas por intervalos de diez segundos. Finalmente, debían continuar operando dentro de esa modalidad durante los cien minutos siguientes.

En conjunto, esas instrucciones garantizaban que las sondas serían localizadas y destruidas mucho antes de que hubieran transcurrido esos cien minutos. El flujo de nuevos datos quedaría interrumpido, y las misiones de las sondas terminarían bruscamente y en el fracaso más absoluto.

Pero no se pretendía que sobrevivieran. Los datos que estaban transmitiendo ya no tenían ninguna importancia. Las sondas iban a ser sacrificadas para conseguir que el mayor número de ojos yevethanos posible mirase hacia el exterior y hacia arriba y, en definitiva, para reunir al público del espectáculo que se iniciaría a continuación.

Y como heraldos, las sondas lo hicieron maravillosamente bien.

Durante aquel día, la máxima prioridad de Nil Spaar había sido volver a llenar sus reproductorios. Casi todos los nuevos *maranas* habían sido destruidos durante el torpe e infructuoso intento de rescatar a Han Solo llevado a cabo por las alimañas. Las pérdidas dejaron a Nil Spaar tan apenado como enfurecido, y el virrey se había encerrado en sus aposentos con las *marasis* más selectas para asegurarse de que las alcobas de los reproductorios que no habían sufrido daños se llenarían lo más rápidamente posible.

Pero las noticias transmitidas a sus aposentos con gran timidez por el segundo guardián de defensa parecían lo suficientemente importantes para justificar la interrupción.

—Os pido diez mil disculpas, *darama*, pero naves alienígenas de un tipo desconocido acaban de aparecer en las zonas de defensa nueve y once —dijo el guardián, encogiéndose temerosamente ante el virrey—. Nuestra flota está siendo sometida a un sondeo general. El primado Dar Bille ha ordenado que todos los sistemas y dotaciones de la nave se preparen para entrar en acción y suplica vuestro consejo.

Cuando Nil Spaar llegó al puente, se encontró con una lamentable confusión. Múltiples alarmas sonaban estridentemente, y el nuevo guardián de defensa del mundo-cuna estaba manteniendo un ruidoso enfrentamiento con el primado de la nave para decidir quién debía inclinarse ante quién. Pero la llegada del virrey resolvió la crisis jerárquica, pues tanto Tho Voota como Dar Bille se arrodillaron ante él y le expusieron sus respectivos argumentos.

—Mostradme qué ha ocurrido —dijo Nil Spaar, barriendo sus palabras con un gesto de la mano.

Nil Spaar clavó los ojos en la pantalla principal y fue siguiendo atentamente los datos de los archivos de acontecimientos de los distintos monitores y navíos de exploración que los técnicos se apresuraron a rebobinar para él. Tres sondas alienígenas habían aparecido a intervalos de unos cuantos segundos..., y eran del mismo tamaño, y quizá incluso del mismo tipo, que aquellas sondas que las patrullas del perímetro exterior ya llevaban algún tiempo destruyendo con cierta regularidad. Las sondas parecían marcar los vértices de un triángulo irregular cuyo lado más largo abarcaba quince grados del cielo, y la insistencia con que lanzaban chorros de energía radiónica y lumínica hacia la flota explicaba la ensordecedora actividad de la mayoría de alarmas del puente.

—Dar Bille ha sabido interpretar correctamente la situación —dijo Nil Spaar—. El significado de todo esto es que se aproximan más naves. Avanzaremos inmediatamente hacia esas sondas.

—Pero *darama*... Os ruego que penséis en las posibles consecuencias. Si esto acaba resultando ser otra falsa ofensiva, tal como ocurrió ayer en Freza... —intentó protestar el guardián.

—Entonces las alimañas no pasarán lo bastante cerca de nosotros para que podamos llegar a entablar combate desde esta órbita —dijo Dar Bille.

—Su propósito podría ser alejarnos de aquí y dejar desprotegido el mundo-cuna.

—Hay naves suficientes para ocuparse de ambas cosas —dijo Nil Spaar, poniendo fin a la discusión—. Pero el navío insignia del Protectorado no necesita temer a ningún enemigo. Iniciaremos la operación de intercepción.

Dar Bille giró sobre sus talones.

—¡Comunica a nuestros navíos compañeros que vamos a salir de la órbita, timonel! Fija un curso hacia las anomalías y avanza a un cuarto de la velocidad máxima en cuanto el camino haya quedado despejado.

La proa del gigantesco Destructor Estelar giró hacia arriba y hacia fuera con grácil majestuosidad, y el viraje colocó el triángulo de sondas enemigas en el centro de su ventanal principal. Nil Spaar se sentó en su sala de mando, clavó la mirada en ese triángulo y llenó su mente con reconfortantes pensamientos de vengar la aniquilación de sus hijos.

Era de noche en Giat Nor y, como ocurría en casi todas las noches de N'zoth, no había viento y el cielo estaba totalmente despejado bajo el esplendor del Todo.

Pero un centinela había hecho que Ton Raalk acudiera al patio de la residencia del guardián de la ciudad para informarle sobre un acontecimiento bastante extraño: tres destellos habían iluminado el cielo en las latitudes norte de N'zoth.

—Aparecieron uno detrás de otro, como una palabra que sigue a otra —dijo el centinela—. Y eran muy brillantes..., más que cualquiera de las luces del Todo. Sólo vi directamente el tercero de ellos, pero me dejó medio cegado durante varios minutos después de que lo hubiera contemplado.

En el patio también había algunos familiares y sirvientes de Ton Raalk que habían visto iluminarse el cielo o el suelo a través de una ventana o una puerta. El guardián era muy consciente de su presencia cuando abrió la boca para responder al centinela.

—Yo no veo nada raro en el cielo, y tampoco veo que haya ninguna razón para preocuparse —dijo alzando la voz—. Seguramente era una parte de nuestra gloriosa flota partiendo para iniciar la cacería de las alimañas.

Pero el centinela no estaba dispuesto a dejarse convencer tan fácilmente. Mientras montaba guardia había tenido ocasión de ver muchas naves que llegaban a los cielos de N'zoth o que partían de ellos, y esa luz sólo había sido un parpadeo en comparación con aquellos fogonazos.

—¿Y no puede ser que haya combates en esa zona, *etapas*? Quizá sería conveniente sacar a las familias de aquí para ponerlas a salvo...

Y entonces alguien gritó y alzó el brazo para señalar el cielo. Ton Raalk se volvió hacia el sonido y después levantó la cabeza..., y permaneció inmóvil, tan perplejo como los demás, mientras una pequeña área del cielo, que tendría el tamaño de su mano si la hubiera contemplado con el brazo extendido, empezaba a temblar y se agitaba en una deslumbrante danza de luz.

A medida que un navio de combate detrás de otro iba apareciendo dentro del triángulo dibujado por las sondas alienígenas, Nil Spaar se fue inclinando hacia adelante en el sillón con una impaciente alegría ardiendo en sus ojos.

—Sí... Venid, venid —les apremió—. Qué victoria tan gloriosa vais a darnos. Qué cielo tan espléndido, lleno de objetivos para nuestros cañones. Hoy habrá honor de sobras para cada yevethano, y venganza para cada niño perdido.

Pero de momento las dos flotas todavía estaban muy alejadas del radio de alcance del armamento de cada una. Aún había tiempo para que los planificadores de juegos tácticos de ambos bandos dispusieran sus piezas para la batalla y buscaran la ventaja en el enfrentamiento que no tardaría en producirse. La lenta gracia de aquella danza ocultaba el propósito de aniquilación que la impulsaba.

Dar Bille ordenó al Interdictor *Esplendor de Yevetha* que avanzara hacia el vértice inicial del despliegue para proteger al navio insignia de cualquier posible ataque por sorpresa llegado del hiperespacio. Tho Votha mantuvo al navio insignia y a sus compañeros en un vector de velocidad reducida mientras el grueso de la flota del mundo-cuna abandonaba su órbita para iniciar una veloz ascensión y reunirse con ellos.

Mientras tanto, el recuento de la armada que se aproximaba había continuado subiendo hasta que superó los doscientos navíos antes de que los destellos de la entrada en el espacio real cesaran por fin. Después la formación empezó a desplegarse, disgregándose en unidades del tamaño de un escuadrón dispuestas en una parrilla de uno en fondo que permitía ver cada nave. Su lenta y casi majestuosa aproximación declaraba una arrogante seguridad.

—Estamos recibiendo una señal de las alimañas, *darama* —anunció el guardián de comunicaciones.

—Me divertiré escuchándola —dijo Nil Spaar, levantándose de su sillón—. Que todos podamos oírla, guardián... Esas palabras serán una confesión de la impotencia y la debilidad

de nuestro enemigo. Fanfarronearán y amenazarán, y después ocultarán su cobardía bajo el disfraz de la clemencia.

—Aquí el general Etahn Ábaht, comandante de las fuerzas combinadas de la Nueva República enviadas a Farlax. Ésta es mi advertencia final a los ciudadanos y mundos de la Liga de Duskhán: hemos venido aquí para poner fin a sus crímenes contra los pueblos pacíficos de Koornacht. Deben renunciar al territorio del que se adueñaron ilegalmente mediante el uso de la fuerza. Deben devolver inmediatamente a todos los rehenes, sanos y salvos...

Sil Sorannan contempló la llegada de la flota de la Nueva República en los monitores tridimensionales del centro de control de fuego del navio insignia.

Las distintas baterías del *Orgullo de Yevetha* recibirían sus asignaciones de blancos de esa sala. Aquellas decisiones estaban en manos de los tres oficiales yevethanos sentados en las consolas del pozo. La responsabilidad de Sorannan se limitaba a atender el servidor de datos que alimentaba el registro de blancos y sus conexiones electrónicas esparcidas por toda la nave.

Aun así, Sorannan estudió la imagen-mapa holográfica con tan devota atención como los guardianes del control de fuego. Cuando los primeros navíos de combate aparecieron en ella, la mano de Sorannan se introdujo en su bolsillo y encontró la dureza de las púas del peine. Sorannan acarició nerviosamente el peine mientras veía crecer la flota de la Nueva República. El respeto que habían empezado a inspirarle los atacantes también fue creciendo a medida que escuchaba la advertencia de su comandante.

—... las agresiones que cometieron en el pasado no volverán a ser toleradas. No permitiremos nuevas agresiones futuras. Exijo a todos los capitanes de las naves yevethanas que descarguen sus baterías y bajen sus escudos. Mantengan sus órbitas actuales..., o serán destruidos. Exijo al virrey Nil Spaar que ordene la rendición inmediata de todas las fuerzas yevethanas estén donde estén. Si renuncia a su autoridad y a su cargo de virrey, sus ciudades no sufrirán ningún daño. Oponga resistencia y causará la destrucción total tanto de su flota como de su forma de vida.

«Un ataque frontal lanzado con unas fuerzas abrumadoras... Así es como hay que librar la guerra —pensó Sorannan con admiración—. Fuerza contra fuerza y que la más grande venza, en vez de las tácticas cobardes y temerosas de la Alianza Rebelde. Habéis crecido un poco desde nuestro último encuentro.»

Mientras Ábaht hablaba, Sorannan fue hacia el extremo izquierdo de su consola y abrió uno de los varios paneles de mantenimiento cuyas pequeños recuadros recubrían la instrumentación de su superficie. Pero todavía no cogió el desintegrador construido a mano que reposaba sobre sus circuitos en el interior del hueco. Estaba esperando la respuesta de Nil Spaar, aunque tenía muy pocas dudas de en qué iba a consistir.

Etahn Ábaht, inmóvil con los brazos cruzados y los pies separados, frunció el ceño mientras contemplaba cómo la flota yevethana iba asumiendo su formación ante él. El puente del *Intrépido* había ido cayendo en un silencio asfixiante a medida que el general enviaba su ultimátum, y el silencio se iba volviendo más tenso y difícil de soportar a cada segundo que pasaba.

—¿Hay alguna respuesta? —preguntó por fin.

—No, a menos que se pueda considerar como tal el que sigan viniendo hacia nosotros.

—Puede que sea toda la contestación que vamos a obtener —dijo Ábaht—. ¿Cuánto falta para la activación del armamento?

—Seis minutos y veinte segundos.

Ábaht asintió.

—Muy bien —dijo con un suspiro—. Que los pilotos suban a sus carlingas. Inicien el proceso de cierre de las puertas blindadas. Ah, y que veinte de nuestras baterías iluminen ese Súper Destructor Estelar con fogonazos láser de seguimiento. Vamos a recordarle a nuestro querido virrey que sabemos dónde vive...

Mientras los minutos iban transcurriendo y la distancia que separaba a una flota de otra continuaba encogiéndose, Sil Sorannan sacó el peine de su bolsillo y lo deslizó por entre sus ya bastante escasos mechones pelirrojos. Sabía que el silencio de Nil Spaar era una expresión de desprecio hacia sus adversarios, pero también confiaba en que el virrey sería incapaz de resistir la tentación de expresar su desprecio directamente. Soranna esperó paciente y tranquilamente la llegada de ese instante.



Pero cuando las armas, más poderosas del *Orgullo de Yevetha* —del *Intimidador*, se recordó a sí mismo Sorannan— ya sólo necesitaban un minuto de carga más para ser capaces de asestar un golpe efectivo al navio de la Nueva República más cercano, Sorannan decidió que no podía seguir esperando ni un instante más. Sosteniendo el peine delante de él con las dos manos, lo hizo girar bruscamente entre sus dedos hasta que el peine se partió por la mitad. Uno de los fragmentos en que había quedado convertido le proporcionó una delgada varilla provista de tres diminutos botones que había estado escondida dentro de la espina hueca del peine.

Sorannan siguió vigilando con un ojo a los guardianes y los hologramas de seguimiento mientras desplazaba la varilla hasta su mano derecha y empuñaba el desintegrador con la izquierda. Mientras lo hacía, Nil Spaar empezó a transmitir su desafiante respuesta a las dos flotas.

—Sois unas criaturas impuras e insignificantes, y vuestras amenazas no significan nada para mí —dijo el virrey—. Vuestra presencia ensucia la perfección del Todo y ofende el honor de los Benditos. Abriré en canal los blandos vientres blancos de vuestras naves y espariré sus asquerosas entrañas por el espacio para que todos puedan verlas. Vuestros pulmones anhelarán el aire, pero no lo encontrarán. Vuestra sangre tibia y falta de vigor hervirá en vuestros oídos. Vuestras súplicas no obtendrán respuesta, y vuestros alaridos no serán escuchados por nadie. Vuestros cuerpos caerán dentro del sol y serán consumidos. Vuestros descendientes os olvidarán, y vuestras compañeras traerán sangre nueva a sus camas.

«Estúpido —pensó Sorannan—. Superan a tu flota en una proporción de tres a uno..., y la superioridad pronto será de cinco a uno.»

Sin que su expresión cambiara en lo más mínimo, Sorannan presionó los primeros dos botones de la varilla con su pulgar y después alzó el desintegrador hasta dejarlo alineado con su hombro y empezó a disparar.

Ábaht estaba escuchando la salvaje arenga de Nil Spaar con la mandíbula sombríamente tensa y los últimos destellos de esperanza agonizando en sus ojos.

—Bien, se acabó —dijo—. Saquen a esas personas de la cubierta de observación: estar ahí arriba pronto va a ser bastante peligroso. Rompan la formación Escaparate y energicen todas las baterías hasta el nivel de máxima potencia.

—¡El navio insignia yevethano está reduciendo la velocidad, general! —anunció el oficial táctico.

Ábaht inclinó la cabeza para indicar que le había oído.

—Si Nil Spaar ha decidido permitir que el resto de la flota se encargue de librar la batalla por él, eso quizá nos facilite un poco las cosas.

—Todos los tipos imperiales están reduciendo la velocidad, señor... El Súper, el Interdictor, los DE... Todos lo están haciendo. Y además parece que tienen mucha prisa por detenerse... Se han quedado inmóviles en el espacio y no están haciendo nada. No consigo entender esta táctica... Los tipos-I resultan más difíciles de destruir, pero los diseños imperiales tienen más potencia de fuego.

Ábaht clavó la mirada en la pantalla táctica.

—Comunique a la armada que todas las naves deben reducir la velocidad a un octavo. Vamos a ganar un poco de tiempo para tratar de entender todo esto. ¿Y qué pasa con los tipos-I? ¿Hay alguno que se haya detenido?

—No, ni uno solo. Siguen viniendo hacia nosotros —dijo el oficial táctico. Transcurrieron unos segundos—. General, los tipos imperiales están alterando el rumbo. Ya no cabe ninguna duda de ello. No sé qué puede estar ocurriendo... Puede que el virrey haya tenido un ataque de cordura.

Ábaht pensó inmediatamente en la afirmación, oficialmente negada, de que la Liga había firmado un tratado con algo llamado la Gran Unión Imperial.

—O alguien que no es el virrey acaba de tenerlo —dijo—. Puede que haya habido una pequeña discrepancia entre amigos mientras venían hacia aquí. Vamos a ver si podemos agravarla. Fuerzas Expedicionarias Liana Negra, Ápice y Cerradura: ya pueden quitarse el bozal. Persigan al enemigo e inicien la confrontación con él.

A bordo del *Orgullo de Yevetha* había 513 veteranos del Mando Espada Negra y más de 15.000 yevethanos. Esas proporciones no preocupaban al mayor Sorannan. Su contingente estaba armado con algo más que los desintegradores y una profunda motivación. La nave ya se hallaba bajo su control, y ocuparse de sus últimos propietarios no era más que un simple

detalle.

Sorannan pensó que había una ironía deliciosa en el hecho de que el instrumento principal de su libertad fuese un circuito de control remoto al que los ingenieros solían referirse llamándolo circuito esclavo.

Tres minutos después de que hubiera presionado el botón que había desviado las naves de la trayectoria de confrontación con la flota de la Nueva República para dirigirlas hacia Byss, el capitán Eistern y tres hombres más que en el pasado habían desempeñado funciones de mando en la sección de ingeniería se reunieron con él en la sala de control de fuego.

—Parece que ha conseguido arreglárselas muy bien sin nosotros, señor —dijo Eistern mientras contemplaba la carnicería del pozo y los zarcillos de humo que todavía brotaban de los controles sobre los que había derrumbados tres cadáveres ennegrecidos.

—No me han dado ningún problema —dijo Sorannan con evidente satisfacción.

Eistern alzó la mirada hacia el holograma de seguimiento.

—Ojalá pudiera decir eso acerca de la Alianza —murmuró—. Parece que vienen a por nosotros... Supongo que ya sabe que no estamos preparados para pilotar esta nave en una situación de combate, ¿verdad?

—Nos iremos antes de que puedan alcanzarnos —dijo Sorannan.

—Ni siquiera saben qué está ocurriendo aquí. Si lo supieran, quizá ni se molestarían en acabar con nosotros.

—Tengo intención de explicárselo, pero no por esa razón —dijo Sorannan—. Quiero que sepan a quién deben esta victoria.

Volvió a su sillón de control, extrajo un par de tableros de sistemas de los paneles y volvió a introducirlos después de haberles dado la vuelta. Los monitores parpadearon mientras las pantallas se alteraban para reflejar las nuevas funciones que estaban siendo controladas desde aquel nexo.

—¿Puede oír esta transmisión, general Ábaht?

—Aquí Ábaht. —Había curiosidad en su tono—. Tenga la bondad de identificarse.

—Me enorgullece poder hacerlo, general. Aquí el mayor Sil Sorannan del Mando Espada Negra de la Armada Imperial, capitán en funciones del Destructor Estelar *Intimidador* y comodoro del Escuadrón del Campamento Pa'aal.

—No estoy familiarizado con su unidad, mayor.

Sorannan dejó escapar una seca carcajada.

—Acaba de entrar en acción, general, y lamento que usted no haya podido estar presente para asistir a su bautismo de fuego.

—Si sus intenciones no son hostiles...

—Siguen sin gustarnos tan poco como la última vez en que nos enfrentamos a ustedes —dijo Sorannan—, pero no lucharemos para defender a quienes nos esclavizaron.

—Entréguense y no sufrirán ningún daño.

—Oh, no —dijo Sorannan—. Ya llevamos demasiado tiempo aquí. Hemos aguantado casi trece años de infierno en este sitio, y sin disfrutar de un solo día de vacaciones... No, general. Esto es una despedida. Nos llevamos todo lo que nos pertenece, empezando por nuestra libertad y estas naves. En cuanto a los yevethanos, dejaremos que ustedes se ocupen de ellos.

Sorannan presionó los botones central y tercero de la varilla y una señal de hipercomunicaciones que no podía ser bloqueada ni interferida atravesó el vacío hasta llegar a los circuitos de control remoto enterrados en las profundidades de la arquitectura del sistema de mando de cada navío de combate imperial desplegado en N'zoth y en sus mundos-hijos esparcidos por todo el cúmulo.

Los pilotos automáticos calcularon los vectores de salto y los motivadores de hiperimpulsión invocaron el inmenso poder de los reactores de ionización solar. El espacio tembló, se retorció y se abrió en un inmenso bostezo alrededor de los navíos para acoger su repentina aceleración.

Y unos momentos después la retirada del Mando Espada Negra del Cúmulo de Koornacht por fin quedó completada.

Un estallido de vítores hizo temblar el puente del *Intrépido* cuando el corazón de la flota yevethana desapareció de las pantallas de seguimiento, pero Ábaht enseguida puso fin a la erupción de alegría.

—No tenemos ninguna forma de verificar lo que acabamos de oír —dijo—. Esas naves podrían salir del hiperespacio a medio año luz de distancia y regresar a toda velocidad para caer sobre nuestro flanco. Y además todavía quedan más de cuarenta naves del tipo-I ahí

fuera, y por el momento ninguna de ellas ha abandonado la formación. Esto aún no ha terminado.

Ya faltaba muy poco para que la fragmentada formación yevethana y la flota de la Nueva República se encontraran. Ábaht invirtió la mayor parte de ese tiempo en enviar otra llamada a la rendición, dirigiéndola a los distintos capitanes de las naves que se aproximaban a su flota y poniendo un gran énfasis en la superioridad numérica de sus efectivos.

Pero no hubo ninguna réplica, y tampoco se produjo ningún cambio en el despliegue de la flota yevethana. Fueran cuales fuesen las órdenes que Nil Spaar había impartido antes de esfumarse, al parecer seguían siendo obedecidas. Más que ninguna otra cosa, eso convenció a Ábaht de que todavía no habían visto por última vez al contingente imperial.

—No puedo creer que una unidad que ha sido diezmada o, mejor dicho, que ha sufrido un destino todavía peor que éste, antes de que empiece la batalla, que ha perdido a sus comandantes antes de que se haya efectuado un solo disparo y que se enfrenta a una fuerza vastamente superior sea capaz de seguir unida sin desmoronarse —dijo el general—. Sean cuales sean los criterios racionales que utilicemos, resulta obvio que esos comandantes deberían estar pensando en la rendición o en la retirada.

—Bien, pues no lo están haciendo —dijo el coronel Corgan—. Los blancos dieciocho, veinte y veintiuno acaban de abrir fuego sobre los elementos fantasma de la Fuerza Expedicionaria Símbolo.

—Y por lo tanto me veo obligado a llegar a la conclusión de que ninguna de esas cosas ha ocurrido —dijo Ábaht—. Su fuerza no ha sido diezmada, y sólo ha quedado dividida. Su estructura de mando sigue estando intacta..., y disponen de otras fuerzas que todavía no han sido asignadas a la zona de combate. En consecuencia, podemos suponer que nos enfrentamos a una serie de efectivos de baja valoración que han sido enviados aquí meramente para mantenernos ocupados, perturbar nuestra formación y ablandarnos con vistas al contraataque que planean lanzar posteriormente.

—Estoy de acuerdo en que las evidencias pueden ser interpretadas de esa manera —dijo el coronel Corgan—. Bien, general... ¿Cómo hemos de jugar nuestras cartas a partir de ahora?

Ábaht estudió la pantalla táctica durante unos momentos antes de responder.

—Debemos neutralizar esta fuerza sin poner en peligro la integridad o la movilidad de nuestra unidad —dijo por fin—. Transmita las siguientes órdenes: los bombarderos permanecerán en sus hangares. Las pantallas de patrulla se mantendrán lo más cerca posible, y los interceptores ala-A serán lanzados al espacio únicamente en respuesta a una amenaza directa procedente de otros pájaros pequeños. La unidad operacional que emplearemos durante todo este enfrentamiento será el escuadrón de la flota, y los comandantes de escuadrón disponen de autonomía operacional a partir de este mismo instante. Que todas las unidades persigan a todos los blancos que se les pongan a tiro, y que entablen combate con ellos y los destruyan. Dado que insisten en querer luchar, vamos a satisfacer sus deseos.

—¿Qué hay de los rehenes, señor?

Ábaht meneó la cabeza.

—Rece por ellos, coronel. Es lo único que podemos hacer.

Un gran conflicto no es más que el resultado de unir muchas pequeñas contiendas, y así ocurrió con la batalla de N'zoth. No había ningún punto de observación privilegiado desde el que se pudiera abarcar su totalidad, y ni siquiera la cubierta de observación del navio insignia de la Nueva República permitía ver claramente todo lo que estaba ocurriendo.

Luke y Akanah habían despedido al teniente que se presentó para sacarlos de la cubierta. El comienzo de las hostilidades no había supuesto el fin de los esfuerzos de Wialu que, para gran sorpresa de Luke, seguía proyectando la ilusión de los navíos de combate fantasmas a pesar de que las andanadas de los cañones iónicos y las baterías láser ya estaban empezando a iluminar la negrura del espacio a su alrededor.

—Me dijo que mantendría la integridad de la proyección mientras fuera capaz de seguir haciéndolo, incluso si los yevethanos no se rendían —murmuró Akanah.

Luke asintió.

—Si los navíos fantasmas consiguen atraer su cuota de disparos yevethanos...

—Wialu dijo que nadie moriría a bordo de una nave que no estaba ahí.

Pero los dos podían ver con toda claridad que el esfuerzo estaba empezando a afectar a Wialu. A medida que la batalla proseguía y los restos llameantes de los navíos de combate empezaban a tachonar el negro telón de las estrellas, Wialu se fue encorvando visiblemente. Finalmente, unos momentos antes de que un navio de escolta de la Nueva República se

volatilizara en una espectacular explosión a pocos kilómetros de distancia, el cuerpo de Wialu se desplomó hacia adelante hasta caer sobre la cubierta encima de la que había estado sentada y los fantasmas desaparecieron de las formaciones de la Nueva República.

Pero incluso entonces, Wialu volvió a sorprender a Luke cuando se negó a permitir que la ayudaran a salir de la cubierta de observación del *Intrépido*.

—Veré el final. Sea cual sea el camino que sigues, nunca debes olvidar lo que significa la guerra —dijo, permitiendo que Akanah la guiara hacia uno de los sillones semirreclinables.

Luke llevaba horas queriendo hacerle una pregunta que se había ido volviendo más apremiante con la espera.

—Hay una cosa que he de saber, Wialu —dijo, acucillándose junto a su sillón y dando la espalda a la batalla—. ¿Hay fallanassis a bordo de alguna de esas naves?

—Sí —respondió Wialu.

Luke respiró hondo y dejó escapar el aire en una lenta y prolongada exhalación.

—¿Y Nashira... se encuentra a bordo de alguna de esas naves?

—No puedo oír tu pregunta —dijo Wialu.

Luke le dio la espalda con una mueca de irritación, sintiendo cómo su frustración se intensificaba hasta rozar el dolor.

—Sólo puedo decirte que no son rehenes —murmuró Wialu—. Eligieron prestar este servicio la última mañana en que la Corriente hirvió tal como lo está haciendo ahora..., el día en que los yevethanos bajaron del cielo para reclamar lo que consideran suyo. Fueron muchos, muchos los que murieron ese día... Pero algunos fueron salvados por quienes se interpusieron entre ellos y la muerte. No les pedí que lo hicieran, pero les honro y honro su sacrificio.

Y mientras contemplaba un navio de impulsión yevethano envuelto en llamas, Luke descubrió que lo único que podía hacer era respetar aquel sacrificio con el silencio.

En realidad, el desenlace de la batalla de N'zoth había quedado decidido desde el momento en que Sil Sorannan abandonó la formación llevándose consigo los navíos del Mando Espada Negra.

Pero eso no hizo que la batalla resultara menos brutal o menos difícil de ganar. Los escudos de los navíos de impulsión yevethanos eran superiores a los escudos de las naves de la Nueva República, y la simetría esférica del diseño del navio de impulsión hacía que resultaran todavía más efectivos. Y aunque su armamento no era excesivamente poderoso para lo habitual en los patrones imperiales —la potencia de fuego combinada de las ocho baterías era inferior a la de una cañonera, por no hablar ya de un navio de escolta o un crucero pesado—, la capacidad de concentrar toda la energía sobre una zona relativamente pequeña les proporcionaba el poder de impacto de un navio mucho más grande.

Los navíos de combate yevethanos fueron sucumbiendo uno tras otro y cayeron bajo el ataque combinado de tres o cuatro naves de la Nueva República. Pero eso obligó a librar una guerra de desgaste, con casi tantas pérdidas —el *Nube de Tormenta*, el *Abukir*, el *Fulminante*, el *Werra*, el *Guirnalda*, el *Banshee*— como victorias.

Y no todas las pérdidas tuvieron lugar entre las naves más pequeñas. El *Yakez*, mandado por el comodoro Farley Carson, quedó atrapado entre dos navíos de impulsión y fue partido en dos mitades por la detonación del arsenal delantero después de que sus escudos de proa se derrumbaran. El transporte *Ballarat* sufrió el impacto de una salva de cohetes yevethanos justo delante de la cubierta de vuelo número cuatro, y la cadena de explosiones subsiguiente hizo pedazos a tres escuadrones de alas-E y alas-X y lanzó sus restos ennegrecidos al espacio.

El infortunio del *Ballarat* proporcionó a Plat Mallar su primera oportunidad de hacer algo más que contemplar la batalla desde las fauces entreabiertas de una cubierta de vuelo. Todos los esquifes, chalupas y lanzaderas de la flota habían sido preparados para llevar a cabo tareas de rescate y recuperación, y después habían sido distribuidos entre las distintas fuerzas expedicionarias. Mallar y su lanzadera habían sido asignados al crucero *Mandjur*, el cual formaba parte del escuadrón del *Ballarat* y era el navio que se encontraba más cerca de él cuando los cohetes yevethanos estallaron. Mientras el *Mandjur* se enzarzaba en un duelo con el navio de combate yevethano, Mallar llevó a la nave a un piloto vivo y a dos muertos en tres viajes a través de una zona sometida a un intenso diluvio de fuego.

Pero a pesar de las numerosas pérdidas esparcidas por toda la zona de batalla, su curso general estaba bastante claro.

Sólo hubo dos momentos en los que ese curso amenazó con llegar a invertirse. El primero tuvo lugar cuando los fantasmas desaparecieron, permitiendo así que las naves yevethanas pudieran concentrar su fuego sobre las amenazas reales. El segundo llegó cuando ya faltaba

poco para que la batalla finalizara y los últimos once navíos de impulsión supervivientes lanzaron sus cazas tri-alados al espacio..., cazas que cayeron aullando sobre los navíos de la Nueva República, introduciéndose por las grietas de los escudos que les habían abierto las baterías yevethanas para precipitarse sobre sus blancos como otros tantos proyectiles suicidas.

En sólo cinco minutos, media docena de las naves que estaban luchando con los restos de la flota yevethana fueron destruidas o se vieron obligadas a retirarse. El *Mandjur* se encontraba entre las naves que acudieron a llenar los huecos, pero fue alcanzado dos veces cerca de la popa antes de que hubiera tenido tiempo de lanzar a la mitad de sus interceptores. La nave empezó a flotar a la deriva por el espacio, herida y vulnerable, con los motores inutilizados y los escudos de popa desvanecidos.

Durante los momentos siguientes a las violentas sacudidas producidas por los impactos gemelos que hicieron temblar todo el crucero, Mallar fue corriendo a reunirse con un grupo de pilotos, técnicos de cubierta y androides que estaban intentando apartar un ala-E dañado de la embocadura de la cubierta de vuelo. Las conversaciones que les oyó mantener le explicaron lo que estaba ocurriendo fuera de la nave y decidieron el curso de acción que iba a seguir.

Desde que subió a bordo del *Mandjur*, Mallar no había apartado los ojos del ala-X del capitán Tegget. Pintado de un vivo color rojo, el caza estaba estacionado en una plaza reservada bajo las enormes transparencias del departamento de control de vuelo. Y cuando los restos fueron apartados por fin y los interceptores que no habían sufrido daños empezaron a deslizarse sobre la cubierta para ser lanzados al espacio, Mallar corrió hacia el ala-X rojo en vez de volver a su lanzadera.

Cuando el jefe de operaciones de vuelo le dio permiso para que conectara los motores en vez de tratar de expulsarle de la carlinga, Mallar comprendió hasta qué punto era desesperada la situación del navío. Utilizando la energía de la firma identificadora de su aparato, Mallar se colocó entre dos alas-E y no tardó en ver aparecer la bola verde que le daba permiso para lanzarse al espacio.

—¡Tengo cuatro contactos aproximándose! —oyó gritar por el canal de comunicaciones de su carlinga mientras el *Mandjur* se iba empequeñeciendo rápidamente detrás de él—. Aquí Azul Cinco... ¡Necesito ayuda!

Mallar hizo que el ala-X describiese un brusco viraje hacia la popa del crucero y experimentó un fugaz instante de vértigo. Después oyó cómo la voz de Ackbar resonaba dentro de su mente. «No intentes girar con ellos... Utiliza tu velocidad, y aprende a conocer tus recursos y tus límites.» Mallar vio arder a Polneye detrás de sus ojos.

«Gracias por las lecciones, almirante —pensó—. Gracias por haberme dado esta oportunidad.»

Mientras pulsaba el botón de comunicaciones, Mallar vio que un ala-E viraba junto con él y que otro aparecía por detrás para colocarse junto a su ala de estribor.

—Aquí Líder Rojo —dijo con voz firme y segura—. Voy para allá con un poco de compañía, Azul Cinco. Ocupate del primero y nosotros nos encargaremos de los demás.

Después empujó las palancas de control y el caza salió disparado hacia adelante con una nerviosa impaciencia que no tenía nada que envidiar a la del propio Mallar.

Los informes que llegaban de las distintas fuentes de inteligencia esparcidas por la periferia del cúmulo eran muy parecidos: las naves que habían estado orbitando las colonias destruidas habían desaparecido. Posteriormente el análisis de Seguimiento de Recursos mostraría que esas mismas naves se encontraban entre las que habían reforzado las flotas de N'zoth, Wakiza, Z'fell y los otros mundos que albergaban poblaciones considerables.

Los informes procedentes de las fuerzas expedicionarias enviadas a esos mundos reflejaban la experiencia de N'zoth: las naves imperiales habían alterado bruscamente su trayectoria para saltar al hiperespacio sin que hubiese ninguna causa o explicación aparente, pero ni un solo navío yevethano se había rendido o había huido. Todos los navíos de impulsión habían luchado implacablemente, enfrentándose a la Flota con la ferocidad propia de quien defiende su hogar de un agresor hasta que fueron destruidos.

Ábaht nunca había visto nada parecido en cuarenta años de carrera militar, y estaba bastante afectado.

—Hasta ahora siempre había bastado con derrotar al enemigo —le dijo a Morano en la intimidad de la sala de situación, que había pasado a estar muy silenciosa—. Nunca he conocido a un enemigo que me obligara a destruirlo por completo. Al final, casi buscaba formas de no tener que destruir esas últimas naves... Si sus capitanes me hubieran dado alguna oportunidad de perdonarles la vida, si hubieran mostrado alguna vacilación, aunque sólo se

hubieran limitado a interrumpir el enfrentamiento y hubieran huido...

—No nos dieron ni una sola posibilidad de evitar el tener que destruirlas —dijo Morano, meneando la cabeza—. No puedes permitirte recurrir a la clemencia con alguien que se está lanzando sobre tu garganta.

—No —murmuró Ábaht.

El general empezó a examinar los resúmenes de bajas, haciendo avanzar las pantallas con suaves golpecitos de su dedo índice sobre una tecla. Tardó bastante en llegar al final del archivo.

—Esto es un error —dijo deteniéndose en un momento dado—. Tegett no llegó a salir del *Mandjur*... Su caza iba pilotado por otra persona. Siguen sin saber quién fue.

—Lástima. Eso echará a perder una gran historia heroica que habría encantado a las redes de noticias —dijo Morano—. Un capitán salva su nave embistiendo a un bombardero suicida...

—Sigue habiendo una historia que contar —dijo Ábaht, volviendo a presionar la tecla de avance—. Hay un montón de historias en este archivo, y no todas llegarán a ser contadas...

Tap... Tap... Tap...

Ábaht meneó la cabeza.

—Qué precio tan terrible hemos tenido que pagar por esta victoria.

—¿Está empezando a pensar que quizá podríamos haber obrado de otra manera, general?

—No —dijo Ábaht con firmeza—. Oh, no. Lo que dije antes, eso de que quería evitar que tuvieran que morir... Por suerte no se me ha ofrecido esa posibilidad. Habría sido un error.

—No le entiendo.

Ábaht señaló la pantalla.

—¿Puede imaginarse qué habría ocurrido si los yevethanos hubieran tenido la paciencia necesaria para esperar diez años más y hubieran dedicado todo ese tiempo a estudiarnos y aumentar su flota? No, capitán... No me arrepiento de nada de lo que he hecho. En realidad, me alegro de lo que ha ocurrido hoy..., a pesar de que el hacerlo me revuelve el estómago. Me alegro de que hayamos hecho esto antes de que los yevethanos llegaran a ser más fuertes o pudieran entendernos mejor. —El general cerró el archivo de bajas y apartó su cuaderno de datos—. Espero que ahora seremos lo suficientemente inteligentes como para encontrar una forma de evitar que jamás vuelvan a construir una nave estelar.

Los brazos de Nil Spaar estaban atados a sus costados, y la barra de restricción había inmovilizado sus garras y las había reducido a la impotencia. Sus tobillos también estaban inmovilizados por un trozo de cable de duracero. Aun así, el virrey intentó lanzarse sobre Sil Sorannan cuando el oficial imperial apareció en el túnel de acceso al módulo de escape del puente.

Su acometida no le llevó muy lejos. Ni siquiera fue necesario que alguien disparase contra el virrey..., porque el teniente Gar, uno de los cuatro testigos, se limitó a frenar el cable que rodeaba los tobillos de Nil Spaar con el empeine de su pie, haciendo que el yevethano cayera estrepitosamente sobre la cubierta.

—Nunca podré hacerte el daño suficiente para que pagues doce años de tortura y la pérdida de demasiados amigos —dijo Sorannan, dando un paso hacia él—. Ya sé que matarte no resultará satisfactorio. No importa cómo lo haga ni cuánto tiempo tarde en hacerlo, porque mañana despertaré y veré el rostro de alguien que no volvió a casa con nosotros..., y sabré en lo más profundo de mi corazón que saliste demasiado bien librado.

»Pero aun así, sigues mereciendo morir. Y la única forma de ayudarme a responder a las preguntas mudas de esas caras que aparecen en mi mente que se me ha ocurrido es hacer que debas esperar mucho tiempo antes de morir..., y asegurarme de que mi rostro permanezca grabado en tu mente mientras esperas.

»Así pues, voy a decirte algunas cosas que deberías saber sobre mí. Antes de que me uniera al Mando Espada Negra, fui asignado a la Sección de Investigación en calidad de piloto para el equipo de hiperfísica experimental. Estábamos intentando averiguar cómo lanzar bombas desde el hiperespacio. Nunca llegamos a encontrar una forma de conseguirlo.

Sorannan se acuclilló junto a la cabeza de Nil Spaar, y cuando volvió a hablar empleó un tono de voz mucho más suave.

—Verás, el problema estriba en que sea cual sea el sentido en el que atraveses la puerta mágica, siempre necesitas un sistema de hiperimpulsión para abrirla..., y en consecuencia cualquier cosa que dejáramos flotando a la deriva en el hiperespacio se limitaba a permanecer allí. Incluso llegamos a emplear una sonda robotizada y la hicimos estallar dentro del hiperespacio para averiguar si eso podía abrir la puerta. Ni una sola partícula de los restos de

la sonda reapareció en el espacio real.

Mientras volvía a erguirse, Sorannan hizo una seña al capitán Eistern y éste fue hasta la escotilla del módulo de escape 001 y la abrió.

—Sí, realmente es una lástima que el proyecto fuera un fracaso... —dijo Sorannan, retrocediendo un par de pasos mientras Gar y otro testigo tiraban de Nil Spaar hasta levantarlo—. Porque el caso es que lanzar un objeto al hiperespacio resulta muy fácil. Basta con darle un buen empujón..., como el que puede producir la carga de eyección de un módulo de escape, por ejemplo.

El virrey permaneció inmóvil y en silencio, y contempló a Sorannan con las facciones llenas de desprecio y altivo orgullo.

Sorannan se inclinó hasta que su rostro quedó tan cerca del de Nil Spaar que el hálito de su susurro besó las mejillas del virrey.

—No sé durante cuánto tiempo podrás sobrevivir ahí dentro —dijo—. Pero sé que morirás ahí dentro.

Después el mayor retrocedió y contempló cómo los otros oficiales obligaban a Nil Spaar a entrar en el módulo de escape y sellaban la escotilla.

—Muere despacio —dijo Sorannan con voz enronquecida, y dejó caer la mano sobre el interruptor de lanzamiento.

Y el módulo de escape salió disparado al vacío y la nada del espacio con un rugido ensordecedor.

## QUINTO INTERLUDIO

### Cita

Joto Eckels estaba contemplando la pantalla sensora con un respeto tan solemne que se aproximaba a lo religioso. Durante toda una vida dedicada al trabajo de campo arqueológico, Eckels jamás se había enfrentado a un momento como aquél, en el que los instrumentos todavía capaces de funcionar, creados por una raza muerta, habían parecido tender un puente a través del abismo de los siglos.

Era un acontecimiento que podía compararse con los mayores descubrimientos de la era moderna, desde la Trampa de las Sombras de Liok hasta la sonda estelar de Foran Tutha pasando por el Tallo de Nojic o el Gran Conducto Subcrystal de los patho. Pero al principio aquellos descubrimientos no traían consigo ni un solo átomo de alegría, y en los primeros momentos su única consecuencia era que te veías obligado a cargar con el repentino y casi insoportable peso de la responsabilidad. Dreiss y Mokem habían muerto en la Trampa de las Sombras. Bartleton había tenido que contemplar cómo la sonda de Foran Tutha era devorada por un incendio que sus propios hombres habían causado involuntariamente sin poder hacer nada para evitar su destrucción.

Pero el equipo de Pakkpekatt no parecía sentirse nada afectado por las obligaciones que acababan de contraer ante la historia y la posteridad. Todos empezaron a trabajar con despreocupada eficiencia sin perder ni un solo instante, y se enfrentaron con aquella sorpresa sin titubear.

—¿Qué mensaje he de enviar al cuartel general, coronel? —preguntó Pleck.

—Limitese a enviar un informe de contacto —dijo Pakkpekatt—. Antes debemos averiguar qué clase de saludo nos está preparando. ¿Está listo el satélite para el despliegue?

—Ya he terminado. Está colocado sobre el dispersor de popa, y podemos soltarlo cuando quiera —dijo Taisden.

—¿Tiene alguna recomendación que hacerme?

—El *Abismos de Penga* debería desplazarse hacia el exterior del sistema y mantener el planeta entre su casco y el Vagabundo hasta que hayan recogido a su gente y salido de la órbita. Si colocamos el *Dama Suerte* y el satélite a ciento ochenta grados de separación el uno del otro y en geosincronía, podremos obtener una cobertura completa de las aproximaciones con un máximo de separación.

—Despliegue el satélite —dijo Pakkpekatt—. ¿Doctor?

Eckels, que parecía estar ligeramente perplejo, fue hacia Pakkpekatt.

—¿Puedo hablar con el *Abismos de Penga*, coronel?

—Por supuesto. Coronel Hammax, abra un canal para el doctor en el puesto número tres.

Eckels transmitió la orden identificadora y después informó al capitán Barjas de la situación.

—Que todo el mundo suba a bordo y que aseguren todo el equipo —dijo—. Que Mazz registre todos los datos que pasen por nuestros satélites, y vean si pueden obtener alguna lectura de la nave que se aproxima al sistema. Pero no pongan en peligro los artefactos: a la primera señal de cualquier amenaza directa, salten al hiperespacio inmediatamente.

Después volvió a dirigir su atención hacia los demás, que parecían haberse olvidado momentáneamente de su presencia.

—Vamos a hacer otro ciclo de prueba en el auto contestador —estaba diciendo Pleck—. Cuando llegue esa señal de interrogación...

—No —dijo Pakkpekatt—. Las pruebas anteriores ya dieron resultados satisfactorios. La señal podría llegar en cualquier momento. Active el sistema y conéctelo al canal.

—Sí, coronel —dijo Pleck.

—El satélite ha sido lanzado y activado, y se está dirigiendo hacia la posición asignada —informó Taisden—. Faltan catorce minutos para que llegue a las coordenadas. Podemos ponernos en movimiento seis minutos después de que el esqui se encuentre lo suficientemente lejos.



Pakkpekatt se volvió hacia Eckels y le contempló con visible curiosidad.

—¿No cree que ya va siendo hora de que se vaya, doctor?

—¿Adonde?

—A su nave..., al *Abismos de Penga*.

—¿Para esconderme al otro lado de Maltha Obex? No creo que sea una buena idea, coronel. Me parece que si se lo propone podría encontrar alguna actividad en la que mi presencia le resulte más útil.

Eckels esperaba una discusión y se había preparado para ella. Pero el único diálogo detectable fue el que tuvo lugar entre su mirada llena de decisión y la agudamente interrogativa de Pakkpekatt. Eckels también se había preparado para la posibilidad de que hubiera un diálogo no detectado, por lo que llenó su mente con un solo pensamiento: «Acepto su autoridad. Deje que le ayude. Deje que esté aquí cuando la puerta se abra.»

Los labios de Pakkpekatt se curvaron para formar una mueca que recordaba un poco a un bostezo.

—Si el *Abismos de Penga* no le necesita, entonces sacaremos el máximo provecho posible de tenerle con nosotros —dijo por fin—. Agente Pleck, lleve al doctor Eckels a la cubierta de observación y familiarícele con el equipo.

Lobot había descubierto que compartir su banda de conexión con el Vagabundo era una ocupación muy seductora. Sólo habían transcurrido veinte minutos cuando empezó a perder tanto la voluntad como la capacidad de responder a Lando o a los androides.

No se trataba de que la conexión fuese tan rica y fácil de establecer que experimentase lo que los ciborgs solían describir en sus conversaciones privadas como «caer por un agujero que da al cielo», desde luego. De hecho, la experiencia era más bien totalmente opuesta. La conexión resultaba tan difícil de crear, la comunicación se producía de una manera tan lamentablemente lenta y las estructuras de datos eran tan distintas a cuanto había conocido hasta el momento que mantenerse en contacto con la nave iba absorbiendo gradualmente toda su atención y todos sus recursos.

El mero hecho de pasar al básico para procesar los datos auditivos o el formular y emitir una respuesta vocal fue convirtiéndose poco a poco en una carga insuperable. Por primera vez en todo el tiempo que abarcaba su memoria, Lobot se encontró totalmente concentrado en una sola tarea y tuvo que renunciar a sus propios procesos internos para pensar en los algoritmos binarios de base seis del Vagabundo. La comunidad de los ciborgs definía esa pérdida de límites con la expresión «volverse del revés» y consideraba que suponía un grave peligro para la integración sistémica..., y que sólo se encontraba a un paso de distancia del colapso disociativo.

Lando sólo sabía que Lobot se hallaba conectado a una máquina que poseía el poder de llevárselo muy lejos y que parecía carecer de toda inclinación a devolverlo. Después de haber observado el fenómeno por primera vez, Lando fijó unos límites muy estrictos y se nombró a sí mismo vigilante de ellos y encargado de hacer que fuesen respetados. A lo largo de toda la duración del salto hiperespacial, Lobot no pasó más de una hora seguida conectado, y siempre hubo un descanso mínimo de dos horas entre sesión y sesión.

Incluso eso ya suponía hacerle una considerable concesión a Lobot, quien había insistido en que la parte más productiva de una sesión era aquella en la que permanecía insensible a todo lo que no fuesen las estructuras de datos del Vagabundo. Se trataba de una afirmación que Lando tuvo que aceptar sin que viniera apoyada por ninguna prueba, ya que hasta el momento los escasos resultados útiles que había podido ver no justificaban el riesgo que suponía el seguir manteniendo cualquier tipo de contacto. Los datos que Lobot estaba obteniendo del contacto con el Vagabundo parecían mucho más consistentes y significativos que los que estaba consiguiendo comunicar a Lando.

—No sabe qué es —le había explicado Lobot—. Sólo sabe qué hace.

Pero incluso dentro de esos parámetros, lo que el Vagabundo le había «dicho» a Lobot parecía excesivamente mutable y sujeto no sólo a la interpretación, sino también a los posibles errores causados por el exceso de entusiasmo de Lobot.

La nave era un protector-contralos-daños, un refugio-nutridor, un médico-fuente de auxilio, una forma de huir-de-los-depredadores, un mantenedor-y-preservador y un maestro-encargado de dar la bienvenida..., funciones que eran interpretadas por Lobot, de manera muy distinta y dependiendo del momento en que se le preguntara al respecto, como las propias de un huevo, una madre, un jardín de infancia, una despensa y una crisálida. Los cuerpos redondeados de los túbulos internos eran durmientes, guardianes, cadáveres, infiltrados, sacrificios y directores..., con la mitad de esas designaciones sugiriendo que formaban parte de la nave y la

otra mitad sugiriendo que poseían una existencia totalmente independiente de la del Vagabundo.

—Creo que ya no se acuerda de nada —había dicho Lobot en un momento dado, reaccionando a la frustración de Lando—. Sus reflejos son complicados y elegantes, y dispone de grandes poderes que emplear. Pero ni siquiera posee la autoconsciencia o el sentido del propósito de un niño. Hace lo que sabe hacer mediante el estímulo y la respuesta, por instinto... Es consciente de esos procesos, pero no es consciente de nada que se encuentre más allá de ellos. Creo que ni siquiera sabe dónde está, de la misma manera en que una semilla enterrada en el suelo tampoco sabe dónde se encuentra.

—Si tú y el Vagabundo tomáis algún tipo de decisión sobre lo que sea, te ruego que tengas la amabilidad de compartirla conmigo —había respondido Lando, visiblemente disgustado—. Si no va a obedecernos, entonces me parece que todo esto no nos está siendo de ninguna utilidad. Si quieres seguir comunicándote con él, por lo menos deberías intentar seguir haciendo alguna clase de progresos en esa dirección.

Lobot había encontrado un nuevo foco alrededor del que concentrar sus esfuerzos, pero Lando parecía haber perdido el suyo. Por fin tenían acceso a toda la nave, pero Lando había mostrado muy poco interés en utilizarlo. Había desactivado a los dos andróides, y pasaba la mayor parte del tiempo flotando en la cámara 229. El que sus reservas de propelente estuvieran casi agotadas sólo era un pretexto que ocultaba su abatimiento.

Lobot hizo un intento de hablar de lo que estaba viendo con Lando.

—Durante todos los viajes que hemos hecho, sólo te he visto abandonar la mesa de juego en dos ocasiones —dijo—. Una de ellas fue cuando descubriste que estabas tomando parte en una partida amañada, y la otra cuando esa mujer, Sarra Dolas, apareció y se sentó al lado de Narka Tobb en vez de sentarse a tu lado. Sólo te he visto darte por vencido cuando no podías ganar la partida y en una partida que había dejado de interesarte. Bien, Lando... ¿De cuál de las dos cosas se trata esta vez?

—De ninguna de las dos —dijo Lando—. He hecho todo lo que sé hacer. Nada de cuanto he hecho ha servido para mejorar en lo más mínimo nuestra situación, y ahora me dices que el Vagabundo está volviendo a casa. Me limito a esperar a que la última mano de cartas sea arrojada encima de la mesa.

Pero los temblores de una violencia sin precedentes que habían sacudido al Vagabundo mientras salía del hiperespacio consiguieron arrancar a Lando de su estado de indiferencia.

—¿Dónde estás, Lobot? —preguntó por el sistema de comunicaciones del traje.

—En el interespacio de popa —respondió Lobot.

—¿Has oído lo que ha estado a punto de no ocurrir? Ni en mis peores mañanas después de mis peores días he llegado a soltar tales gemidos cuando trataba de levantarme de la cama —dijo Lando.

—Sí, Lando —dijo Lobot—. El gruñido de salida ha sido extraordinariamente potente y extenso en toda esta zona. Tuve la clara impresión de que lo estaba oyendo como si procediese de atrás: primero venía de la popa, pero una fracción de segundo después parecía venir de la proa. Ah, y también he podido ver una onda de oscilación de una amplitud mínima de un decímetro que ha avanzado a lo largo del casco exterior.

—Tienes suerte de que todavía exista un casco exterior —dijo Lando—. Ya sé por qué los saltos hiperespaciales son cada vez más bruscos. Ven al compartimento doscientos veintinueve, Lobot: hay algo que necesito que veas. Te lo iré explicando mientras vienes hacia aquí.

—Ya voy —dijo Lobot—. Continúa, por favor.

—No sé por qué no se me ocurrió pensar en ello antes. Sea cual sea la fuente de energía que utiliza, las reservas de la nave deben de estar muy bajas. O el Vagabundo lleva demasiado tiempo sin llenar los depósitos —igual que tú, yo y los andróides—, o los daños que sufrió durante el último ataque han afectado a las reservas o a los generadores.

—El Vagabundo no dispone de generadores.

—Bueno, me da igual lo que utilice —dijo Lando—. Tómatelo como una metáfora. El Vagabundo se las arregla de alguna manera desconocida para almacenar y transformar la energía que necesita para el armamento, la potencia motriz, la luz y todos los cacharritos que hay en las cámaras.

—Hasta ahí estamos de acuerdo.

—Pues tanto si se debe a que los depósitos están vacíos como si se debe a que los convertidores se encuentran bajo mínimos, lo que ocurre es que no hay suficiente energía disponible para atender a todos los sistemas. Por eso abrió todos los accesos y los dejó

abiertos. Por eso ninguno de los artilugios de los qellas ha vuelto a funcionar después del ataque, y por eso se apagaron las luces y nos dejaron a oscuras. Hemos entrado en alguna clase de modalidad de ahorro de energía. No sólo le duele todo..., sino que además está muy cansado.

—Sí. La nave y yo hemos hablado de ello.

—Podrías haber compartido esa parte conmigo —dijo Lando con una sombra de irritación—. Lobot, las transiciones se han ido volviendo cada vez más violentas porque la nave se encuentra a punto de agotar sus recursos..., por lo menos en lo que concierne al abrir una puerta hiperespacial lo suficientemente grande y el abrirla lo suficientemente deprisa para minimizar las tensiones. Todo se reduce a una cuestión de ser capaz de concentrar una cantidad de energía lo bastante grande sobre un espacio lo bastante pequeño durante un período de tiempo lo bastante corto. Y cualquiera de estos días, el Vagabundo no será capaz de hacerlo..., y entonces o la sección central de la nave saltará al hiperespacio dejando atrás al resto, o la puerta se cerrará de golpe sobre ella y la aplastará. Eso quiere decir que...

Lobot se reunió con Lando en la cámara 229 antes de que éste hubiera podido terminar su exposición.

—Que se trata de algo que preferiría ver desde lejos.

—Pues ponte a la cola, porque yo estaba antes —dijo Lando—. Por eso tienes que establecer una verdadera conexión con tu amigo. Necesitamos saber dónde estamos y qué va a ocurrir. Si ese «hogar» del que hablas se encuentra en el sistema que mostraba ese planetario en vez de ser un punto perdido en la nada del espacio profundo, entonces tal vez tengamos una posibilidad de salir con vida de este lío.

—¿Qué quieres que le pregunte?

—Estaba pensando que quizá se le pudiera persuadir de que... Bueno, quizá podría dejarnos acceder a alguna clase de visor o ventanal. Una especie de cláusula especial bajo el encabezamiento general de estar dispuesto a proporcionarnos información, ¿entiendes?

—Puedo intentarlo —dijo Lobot, y empezó a quitarse el traje para poder entrar en los pasadizos internos.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No —dijo Lobot—. Pero ven a buscarme si no he regresado dentro de veinte minutos.

Mientras esperaba, Lando reactivó a Erredós y, por primera vez desde el incidente con la baliza de llamada, a Cetrespeó.

—Buenos días, amo Lando —dijo Cetrespeó con gran jovialidad y, aparentemente, sin darse cuenta de que Lando seguía estando furioso con él—. Vaya, vaya... ¡Hay que ver lo despejados que tengo los circuitos esta mañana! No me había sentido así desde mi último diagnóstico de desfragmentación. Espero que usted se encuentre tan bien como yo, amo Lando. ¿Dónde está el amo Lobot? Oh, oh... No habrá sufrido ningún daño, ¿verdad? Veo su traje de contacto, pero no veo al amo Lobot por ningún sitio. Erredós, mi querido amigo y compañero... ¿Qué tal te ha ido todo últimamente? Te ruego que me lo cuentes todo. Amo Lando, mi controlador de sistemas sigue mostrando una alarma de agotamiento de reservas. ¿Todavía no ha localizado ninguna conexión de aprovisionamiento energético? El diseño de esta nave es claramente hostil a los androides, ya que de lo contrario sus constructores habrían intentado facilitar el acceso a ellos en vez de...

—Cetrespeó —dijo secamente Lando.

La cabeza del androide se volvió hacia él.

—¿Sí, amo Lando?

—Cierra el pico.

—Por supuesto, señor.

Erredós dejó escapar un pitido electrónico que muy bien podría haber sido una expresión de alivio. Lando se volvió hacia él.

—¿Te importaría llevar a cabo un sondeo del espacio local en busca de tráfico de comunicaciones, Erredós? Quizá hayamos vuelto a algún sitio que esté cerca de la civilización.

—Oh, eso espero, señor... —empezó a decir Cetrespeó, pero Lando hizo callar al androide con una mirada asesina.

Poco después Lobot emergió del acceso interno delantero y se reunió con ellos.

—¿Ha habido suerte?

—No estoy seguro —respondió Lobot—. Me ha dicho que deberíamos volver al auditorio. O por lo menos creo que es ahí adonde quiere que vayamos... Según la traducción más aproximada que puedo ofrecerte, el Vagabundo se refirió a esa cámara llamándola el Reflejo de los Infinitos Esenciales.

—Pero el planetario quedó destruido.

—Puede que el no reconstruirlo fuera una decisión voluntaria y no una necesidad impuesta por las circunstancias.

—Muy bien —dijo Lando, alzando las manos hacia el techo—. Vamos a averiguarlo.

En cuanto los cuatro miembros del cuarteto se hubieron agarrado a algún punto de la superficie interior del auditorio, la superficie exterior volvió a sufrir la transformación que la convertía en un gran panel transparente. Lobot, Lando y los dos androides volvieron a encontrarse suspendidos en el espacio, flotando sobre la esfera de un planeta más allá del cual se divisaba el disco de una estrella azul.

—¿Qué está pasando aquí? —exclamó Lando, sintiéndose cada vez más consternado—. ¿Qué demonios le pediste al Vagabundo, Lobot? Estamos viendo otro sistema planetario totalmente distinto. No quiero que me lleven a hacer un recorrido turístico por todo el catálogo astrográfico.

—Creo que tu impresión inicial te ha hecho llegar a conclusiones equivocadas —dijo Lobot—. Éste es el mismo sistema que vimos antes.

—¡Y un cuerno! Mira, ese planeta es una bola de hielo —dijo Lando—. Parece Hoth. —Meneó la cabeza—. Oh, maldita sea... Esto debe de significar que el Vagabundo no ha conseguido volver a su hogar.

—Pues yo opino que te equivocas —dijo Lobot—. Haz un sondeo y un análisis completo, Erredós. Cuando hayas terminado, compara los resultados con tus grabaciones de nuestra primera visita a esta cámara.

—Oh, vamos... El otro planeta tenía dos lunas —dijo Lando—. No necesito disponer de un módulo de análisis para ser capaz de ver que aquí no hay ninguna luna. —Lando se calló y contempló el planetario con los ojos entrecerrados—. Pero hay algo ahí, en órbita... Es algo minúsculo.

—Las dos lunas podrían quedar eclipsadas desde nuestra perspectiva actual.

El androide astromecánico dejó escapar un corto graznido.

—Discúlpeme, amo Lobot —intervino Cetrespeó—, pero Erredós dice que los elementos principales de esta representación son idénticos tanto en tamaño absoluto como en tamaño aparente a los de la que presenciábamos anteriormente.

—¡Ya te lo había dicho! —exclamó Lobot—. Lando, lo que vimos la primera vez era Qella tal como estaba cuando el Vagabundo la vio por última vez. Lo que vemos ahora es Qella con el aspecto que tiene actualmente.

Erredós prosiguió con su informe en cuanto Lobot hubo dejado de hablar.

—Erredós también dice que no existe ninguna correspondencia en tamaño, número o configuración orbital entre los elementos menores de esta representación y los de la anterior...

—Eso es lo que estaba intentando decirte —dijo Lando—. Si eso es Qella, ¿dónde están las lunas? Esto no nos sirve de nada. No es más que una exhibición de planetario de talla única.

Los trinos de Erredós se volvieron más apremiantes.

—Sin embargo, Erredós afirma que puede identificar cuatro de los elementos menores —informó Cetrespeó—. El más grande y el más cercano de ellos es...

—... es esta nave —dijo Lobot en un tono exultante—. Lando, esto es un auténtico sistema de seguimiento en tiempo real... Estamos viendo un modelo de los alrededores, con esta nave incluida.

—¿Qué? Erredós, ilumina con tu puntero láser ese objeto del que estáis hablando.

—Se encuentra aquí mismo, justo delante de tus ojos —dijo Lobot—. Lo único que ocurre es que es muy pequeño... Un modelo a escala, ¿recuerdas? Cetrespeó, ¿cuáles son los otros objetos que Erredós puede identificar?

Cetrespeó se apresuró a asentir.

—Por supuesto, señor. Todos los otros objetos están en órbita alrededor del planeta. Por orden creciente de tamaño, los objetos son un satélite de difusión orbital del Servicio de Ingeniería de la Nueva República, un Soro Suub YR-Tres Mil y una Dobrutz DB-Cuatro para pasajeros.

—Eh, espera un momento... ¿Un Soro Suub YR-Tres Mil? ¡Es el *Dama Suerte*! —gritó Lando, golpeando el aire con un puño—. No puedo creerlo... ¡Vamos a salir de aquí! ¿Dónde está exactamente? Erredós, ilumina el *Dama Suerte*... Venga, venga, enséñame dónde está mi preciosa señorita...

Su petición se perdió entre los sonidos de exuberante alegría procedentes de los androides que rebotaron en las superficies de la cámara para crear un sinfín de reverberaciones.

Lobot fue el único que no se unió a la celebración.

—Lando, por favor... Espera un momento —dijo—. Sigue habiendo algo que no encaja.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Lando, soltándose de su asidero y descendiendo lentamente hasta quedar delante de Lobot—. Nuestro billete de vuelta está ahí mismo. Lo único que hemos de hacer es pedir al Vagabundo que esconda sus garras y luego podremos llamar al *Dama Suerte*. Comida, una ducha caliente... Gravedad...

Lobot meneó la cabeza.

—Lando, haz el favor de escucharme... Tenías razón. Si esto es Qella... Si el modelo es lo suficientemente sofisticado para poder mostrarnos objetos del tamaño de un satélite de difusión orbital con el detalle suficiente para que Erredós pueda identificarlos... ¿Dónde están las lunas de Maltha Obex?

—¿Cuál es nuestra estrategia? —preguntó el coronel Hammax mientras estudiaba la pantalla de seguimiento por encima del hombro derecho de Pakkpekatt.

—Teniendo en cuenta que el Vagabundo es cien veces más grande que nosotros y que su poder es considerablemente superior a cien veces el nuestro, me parece que la auténtica pregunta que tenemos sobre la mesa es cuál va ser su estrategia.

—¿Hasta dónde va a permitir que se aproxime?

Pakkpekatt se llevó las manos al pecho y se lo acarició pensativamente.

—Eso también depende del Vagabundo.

—Durante el encuentro de Gmar Askilon el radio efectivo de la zona defensiva del Vagabundo fue de doce kilómetros —dijo Taisden—. Dado el tamaño de esta órbita, no deberíamos tener ningún problema para mantener un almohadón protector de mil doscientos kilómetros, lo cual espero que será más que suficiente.

—¿No cree que por lo menos deberíamos hacer un intento de establecer contacto con el general Calrissian? —preguntó Hammax.

—No quiero asustar al Vagabundo —dijo Pakkpekatt—. En Gmar Askilon todo fue estupendamente mientras permanecemos inmóviles y en una modalidad de sondeo pasivo. Vamos a seguir así hasta que tengamos una idea más clara de por qué está aquí.

—Bueno, puedo asegurarles que me gustaría saber si hay alguien vivo dentro —dijo Hammax—. Si he de entrar...

—Ya habrá tiempo para eso —le interrumpió Pakkpekatt—. De momento quiero el silencio más absoluto. ¿Puede comunicarse con el *Abismos de Penga* mediante una señal direccional?

—Durante un par de minutos todavía podremos hacerlo, pero están a punto de pasar por encima del horizonte para entrar en el lado nocturno.

—Infórmeles de lo que estamos haciendo, y dígales que mantengan una suspensión total de las operaciones de comunicación y sondeo y que esperen. —Pakkpekatt volvió a estudiar la pantalla de seguimiento—. Dadas las circunstancias actuales, la paciencia será nuestra mejor arma.

—Oye, esto no es tan complicado —dijo Lando con impaciencia mientras intentaba deslizarse por el túbulo en pos de Lobot—. Dile que queremos irnos. Consigue que prometa no freír a mi yate cuando intente atracar sobre su casco, ¿de acuerdo? Eso es todo lo que queremos, y es todo lo que le estamos pidiendo que haga. Después nos iremos, y entonces el Vagabundo podrá ir donde quiera y hacer lo que le dé la gana.

—Si intenta ir a algún sitio tal vez acabe autodestruyéndose —replicó Lobot—. Antes he de hacerle entender eso.

—¿Y qué nos importa que el Vagabundo acabe hecho pedazos mientras que nosotros no estemos a bordo cuando eso ocurra? —preguntó Lando—. Por lo que sé, ahora mismo esos androides que hemos dejado atrás pueden estar tratando de duplicar la señal de la baliza de llamada. Creo que tanto Cetrespeó como Erredós son perfectamente capaces de decidir que ha llegado el momento de actuar por su cuenta.

—Tu respuesta a los últimos acontecimientos me parece alarmantemente restringida y falta de imaginación —dijo Lobot—. Muestras una indiferencia total ante el destino de esta nave, el misterio concerniente a las lunas del planeta, la razón por la que el *Dama Suerte* se encuentra aquí...

—Exacto. En estos momentos lo único que me importa es salir de aquí con vida —dijo Lando—. Y si tú te estás preocupando por alguna otra cosa, pues entonces debo decirte que eres tú quien tiene un serio problema. Vamos, vamos... Ya puedo paladear el delicioso sabor del coñac de nueces de tranna y semillas de doth que me está esperando en mi suite. Pide disculpas y luego utiliza esa maravillosa capacidad de persuasión tuya, y no pares de hablar

hasta que hayas conseguido un permiso de ataque para nuestro bote salvavidas y unos pases de salida para nosotros.

—Veré qué se puede hacer —dijo Lobot frunciendo el ceño—. Pero no entiendo por qué sigues pensando que nuestra situación ha cambiado en algo. El Vagabundo no aceptará mis instrucciones.

—Si te preocupa lo que le ocurra a esta nave, será mejor que le vayas pidiendo al cielo que estés equivocado —dijo Lando—. ¿Sabes por qué? Pues porque si el *Dama Suerte* está aquí, eso quiere decir que el resto de la fuerza expedicionaria no puede andar muy lejos. Y si el *Glorioso* y el *Merodeador* tienen que sacarnos de aquí empleando la fuerza, te aseguro que no se andarán con miramientos y que no será algo muy agradable de ver.

—Lo intentaré —dijo Lobot.

Lando le dio una palmada en el muslo.

—¡Ése es mi chico! Estaré cerca de ti.

El Vagabundo llevó a cabo su aproximación a Maltha Obex a gran velocidad, y sólo la redujo durante la última etapa para acabar instalándose en una órbita retrógrada ecuatorial de gran altitud. Moviéndose más despacio en su órbita de lo que giraba el planeta, el Vagabundo permanecería en el lado diurno durante casi treinta horas mientras que el planeta parecería girar en una lenta rotación hacia atrás por debajo de él.

—¿A qué creen que viene todo esto? —preguntó Pakkpekatt—. ¿Alguien tiene alguna idea?

—Quiere llevar a cabo un examen de superficie muy detallado —dijo Taisden—. Está buscando algo.

—O quizá se está dando un baño de sol —dijo Hammax—. Ha estado en un sitio donde hacía mucho frío —añadió cuando los demás le lanzaron miradas interrogativas—. El doctor Eckels dijo que el Vagabundo es un artefacto biológico, ¿no?

—Procuremos no caer en el error de antropomorfizarlo —dijo Pakkpekatt—. Agente Taisden, al parecer la órbita actual del navio lo acercará considerablemente a nosotros poco antes de que atraviere el terminador.

—Entonces lo tendremos a sesenta kilómetros —dijo Taisden—. Y diecinueve horas después estará a sesenta kilómetros del *Abismos de Penga*. ¿Hasta qué punto podemos sentirnos seguros con una distancia de separación tan reducida, coronel?

—Preferiría no estar tan cerca.

—No podemos alterar nuestra órbita sin llamar la atención —dijo Taisden—. Si el Vagabundo se queda donde está ahora...

Pakkpekatt dejó escapar un siseo y se sacudió nerviosamente. Tener que tomar la iniciativa en una situación semejante iba tanto contra sus costumbres como contra su naturaleza.

—Tal vez no nos quede más remedio que atraer su atención de una manera u otra —dijo por fin, recostándose en su sillón—. Y si debemos hacerlo, entonces es preferible que lo hagamos cuando el Vagabundo todavía se encuentra a una gran distancia de nosotros.

—Nunca estará más lejos de lo que lo está ahora.

Pakkpekatt se inclinó hacia adelante y curvó los dedos alrededor de las palancas de control.

—Informe a los demás de lo que vamos a hacer, y después intente ponerse en contacto con Calrissian empleando la frecuencia que usaba el sistema de comunicaciones de su traje cuando estábamos en Gmar Askilon. Envíe la señal de llamada a través del satélite.

—Eh, un momento... ¿Y qué pasa si los circuitos de control remoto del yate vuelven a ser activados? —preguntó Hammax—. Parece que estamos dando por sentado que permanecerán inactivos. Incluso si el general y su ayudante están fuera de combate, cabe la posibilidad de que uno de los androides envíe la señal.

—Tendremos que confiar en que no adoptarán esa medida a menos que el hacerlo no suponga ningún peligro —dijo Pakkpekatt—. Envíen la señal.

Unos momentos después oyeron la voz temblorosa, enronquecida y llena de impaciencia de Lando Calrissian.

—Sí, Cetrespeó... ¿Qué pasa? ¿Qué está ocurriendo ahora?

—No he hecho nada, amo Lando...

—¡Calrissian! —rugió Pakkpekatt—. ¿Cómo es que sigue con vida?

—¡Pakkpekatt! —respondió Lando en un tono bastante similar—. ¿Qué está haciendo a bordo de mi nave? ¿Y por qué demonios no viene a sacarnos de aquí?

—Cálmese, general —dijo Hammax—. Todavía estamos esperando recibir nuestra invitación.

—¿Hammax? ¿Es usted?

—No paraban de repetirme que el general Calrissian había muerto, pero les dije que se estaban dejando llevar por el optimismo.

—Ése es el comentario típico de un hombre que se encuentra en el extremo equivocado de una deuda de juego —murmuró Lando—. Le diré lo que vamos a hacer, coronel: le perdono la mitad de la deuda a cambio de que nos lleve de vuelta a Ciudad Imperial.

—Debería tratar de ofrecerme una alternativa un poco más atractiva. Si volvemos con su cadáver metido dentro de una caja, podría olvidarme de toda la deuda.

A pesar de que su rugido inicial había sido la causa de todo aquel torrente de bromas y animada jovialidad, Pakkpekatt hizo cuanto pudo para tratar de recuperar el control de la conversación e imponerle un tono más serio.

—Le agradecería que me informara sobre su situación actual, general Calrissian.

—¿Mi situación actual? Vamos a ver, vamos a ver... ¿Qué es lo que todavía no sabe? La nave está vacía: es un artefacto totalmente automatizado creado mediante la bioingeniería, y no hay nadie más a bordo. Estamos más o menos bien. Lobot, ¿todavía no has conseguido ningún resultado? ¿Estás oyendo todo esto? ¿Y cuál es su situación actual, coronel? ¿Dónde está la fuerza expedicionaria?

—Ahora somos la totalidad de la fuerza expedicionaria —dijo Pakkpekatt—. Los otros efectivos tuvieron que ir a cumplir otra misión, y se consideró que tanto usted como su grupo habían muerto.

—Eso no tiene ninguna gracia, coronel —dijo Lando—. El almirante jamás haría eso.

—¿A qué almirante se refiere? Coruscant está lleno de almirantes —dijo Hammax—. El general Rieekan dio la orden de abortar la misión después de que usted se escapara con su chica.

Pakkpekatt le administró una reprimenda silenciosa con la mirada.

—Hemos estado buscándoles desde su huida, general Calrissian —dijo después—. Creemos tener en nuestro poder una secuencia genética qella completa, y hemos preparado un sistema de respuesta automática. En vez de adoptar cualquier clase de medidas drásticas, preferiría esperar hasta ver si...

Lando dejó escapar una carcajada llena de cansancio.

—Predecible. Me parece recordar que empezamos a discutir exactamente en este punto, coronel.

—... podemos conseguir una invitación, tal como ha dicho el coronel Hammax —siguió diciendo Pakkpekatt—. Comprendo que debe de tener muchas ganas de salir de ahí. Pero me estaba preguntando si podría resistir durante unas cuantas horas más para que tengamos una ocasión de, y ahora me limito a repetir una sugerencia que alguien me hizo en cierta ocasión..., de abrir una cerradura mediante una ganzúa en vez de volarla a tiros.

Lando suspiró.

—Me inclino ante la indiscutible sabiduría de su consejero. Podemos aguantar un poco más.

Hora tras hora, el Vagabundo fue examinando la superficie de Malina Obex en busca de la señal que se le había dicho que debía aguardar, esperando la llamada que le informaría de qué debía hacer a continuación.

Antes de aquel nuevo viaje ya había ido allí cinco veces, siguiendo obedientemente el plan incorporado a su misma sustancia e intentando no faltar a la cita con aquellos que le habían dado forma y lo habían enviado al vacío. Cinco veces había orbitado pacientemente el planeta, buscando y esperando mientras se bañaba en las ricas energías de N'oka Brath, la piedra resplandeciente. Cinco veces había vuelto a partir, sin ser lo suficientemente inteligente para sentirse desilusionado pero sabiendo que no había logrado cumplir el propósito para el que había sido concebido.

Pero hasta entonces nunca había llegado allí estando lisiado, y nunca se había encontrado quemado y envenenado por las intensas energías que habían entrado por la misma abertura a través de la que era alimentado por N'oka Brath. Las quemaduras se habían curado, pero los venenos seguían estando presentes en su interior y, junto con ellos, el Vagabundo llevaba consigo un recuerdo de la forma y las acciones del atacante.

Y antes nunca se había encontrado otras presencias esperando, pero esta vez había criaturas diminutas compartiendo con él los círculos que se extendían sobre Brath Qella, la piedra del hogar y el lugar del comienzo. Su forma no le resultaba familiar, y no cantaban. Pero las criaturas no avanzaron hacia el Vagabundo y tampoco intentaron tocarlo, por lo que al no haber sido invocado ningún imperativo el Vagabundo tampoco emprendió ninguna acción con respecto a ellas. Aun así, tomó buena nota de su presencia y las observó con gran atención.

El período de espera prefijado llegó a su fin y el Vagabundo empezó a cantar. Y, por primera vez en todos sus viajes al hogar, una respuesta llegó hasta él.

Pero la respuesta no procedía de Brath Qella..., sino de uno de los huevos diminutos que estaban compartiendo los círculos con el Vagabundo, y estaba siendo cantada con una voz áspera y desagradable en la que no había ni rastro de la suave y delicada fortaleza de Brath Qella. El Vagabundo buscó entre sus recuerdos y enseguida supo que la respuesta era mera forma sin sustancia, un simple engaño, la treta de un depredador.

Y había ciertos imperativos concernientes a los depredadores.

Cuando el Vagabundo por fin rompió su silencio y emitió una interrogación de catorce segundos de duración, sólo Taisden estaba presente en la cubierta de vuelo para oírla.

Hammax estaba echando una siesta en su camarote, acostado en su litera con todo el traje de combate puesto salvo por las botas y los guanteletes. Pleck estaba en la cubierta de observación e intentaba arrancar lo que esperaba fuese una medición más realista del desplazamiento del Vagabundo a un magnetómetro que no estaba funcionando correctamente. Pakkpekatt y Eckels se habían encerrado en la suite de Lando, y se hallaban absortos en una apasionada discusión después de que Eckels por fin se hubiera enterado de que había un equipo de la INR a bordo del navio qella.

La alarma de Taisden hizo que todos interrumpieran sus ocupaciones del momento y trajo a la carrera a todos, salvo a Pleck, hasta la cubierta de vuelo.

—No sé cuál era la pregunta, pero estamos respondiendo —les dijo Taisden—. Y el objetivo está cambiando de órbita y acelerando.

—¿Hacia nosotros?

—Hacia el satélite de difusión.

—Vaya, vaya... No cabe duda de que cuando quiere puede ir realmente deprisa —dijo Hammax, meneando la cabeza.

—¿Es una buena noticia? —preguntó Eckels—. ¿Es lo que esperaban que ocurriera?

—Quizá —dijo Taisden—. Si va hacia allí para portarse bien y hacer las paces, la próxima vez podremos transmitir nuestra contestación directamente desde el *Dama Suerte* y...

Y en ese momento un resplandor azulado apareció en la proa del Vagabundo y su claridad inundó tanto las pantallas visoras como los monitores.

—La guadaña —dijo Pakkpekatt.

—Es imposible —dijo Taisden—. El satélite se encuentra a tres mil kilómetros de distancia del Vagabundo...

Tres delgados pero deslumbrantes haces de energía acuchillaron la oscuridad y se unieron en un punto situado a 3.409 kilómetros por delante del Vagabundo. El lugar en el que convergieron quedó iluminado por una pequeña explosión lo suficientemente intensa para dejar una imagen residual en sus ojos. Después el resplandor se desvaneció y las lanzas de energía desaparecieron, dejando tras de sí una nube de plásticero y metal atomizado que se fue expandiendo entre un sinfín de destellos bajo la luz de N'oka Brath.

—Bien, está claro que no se trataba de una visita amistosa —dijo Hammax, visiblemente impresionado—. ¿Qué clase de arma es ésa?

Taisden ya había desconectado el contestador automático antes de que el Vagabundo iniciara su viraje. Pakkpekatt tiró de las palancas de control al mismo tiempo, desplazándolas hacia atrás y lanzando el *Dama Suerte* a una órbita más baja y más rápida que los alejaría del Vagabundo y haría que pasaran por encima de su horizonte.

—Podría haber acabado con toda la fuerza expedicionaria en Gmar Askilon cuando le hubiera dado la gana —dijo Taisden, meneando la cabeza.

—Quiero un canal vocal con Calrissian —dijo Pakkpekatt—. Utilice uno de los satélites regulares del *Abismos de Penga*.

—Preparado —dijo Taisden—. Use el número dos.

—Aquí el *Dama Suerte*, general —dijo Pakkpekatt—. ¿Por qué está disparando contra nosotros?

—No hemos tenido nada que ver con eso —replicó Lando—. ¿Qué le han dicho? ¿Por qué están huyendo?

—General, si su yate dispone de una capa antisensora o de un escudo de invulnerabilidad, creo que éste sería un momento excelente para informarnos de ello.

La respuesta de Lando se perdió entre un estallido de estática cuando el Vagabundo extendió un brazo de energía a través de casi ocho mil kilómetros de vacío espacial y convirtió en vapor el SDO-2 del *Abismos de Penga*.

—La idea de interponer el horizonte entre nosotros y esa cosa me va gustando cada vez



más a cada segundo que pasa —dijo Pakkpekatt.

—Seis minutos.

—Coronel... —La voz de Eckels temblaba de una manera casi imperceptible—. Quizá haya llegado el momento de transmitirlo todo mientras todavía disponemos de un satélite en condiciones de operar que puede difundir la señal. Sea cual sea el mensaje que acabamos de enviar, resulta obvio que no le ha gustado nada. Quizá necesitamos ser más convincentes..., o menos inteligibles.

Pakkpekatt se volvió hacia Taisden.

—No tengo ninguna idea mejor, coronel.

—Pues entonces hágalo —dijo Pakkpekatt—. Doctor...

—Sí. Déjeme hablar con el *Abismos de Penga*.

La voz del capitán Barjas respondió a la señal de llamada de Eckels.

—Doctor... No sabe cómo me alegra oírle. Nuestros sensores indican que dos de los satélites han dejado de operar de repente, y estábamos bastante preocupados.

—El Vagabundo ha adoptado una actitud claramente hostil —dijo Eckels—. ¿Está todo el mundo a bordo?

—Salvo usted. Acabamos de recoger al último que faltaba.

—Excelente. Le ordeno que abandone la órbita inmediatamente y que salte a las coordenadas acordadas para la cita número uno.

—Muy bien, doctor Eckels. Buena suerte, señor.

—No nos pasará nada. Salga de aquí..., y cuide de mi gente.

—Ocho minutos para el horizonte —dijo Taisden.

—¿Qué? ¿Cómo es posible que estemos perdiendo terreno?

—El objetivo está acelerando hacia el SDO-Uno, que en estos momentos está transmitiendo la base de datos quella.

Hammax meneó la cabeza.

—Mantener la roca entre nosotros y esa cosa quizá no resulte tan fácil como habíamos pensado en un principio.

—El *Abismos de Penga* se ha puesto en movimiento —dijo Taisden.

—Quizá la contestación debería proceder de la superficie... —empezó a decir Eckels.

Pakkpekatt le ignoró.

—¿Queda alguna banda disponible en el SDO-Uno?

—Puedo encontrar alguna —dijo Taisden.

—Quiero hablar con Calrissian.

Las puntas de los dedos del agente bailotearon sobre los controles.

—Comunicación preparada por el número dos.

—General, aquí Pakkpekatt.

—Parece que las cosas se están calentando un poquito por ahí fuera, coronel —dijo Lando—. No sé si es el momento más adecuado para hablar de esto, pero me parece que debería decirle que mi yate no está asegurado. Quizá podría empezar a tomar en consideración la posibilidad de huir un poquito más deprisa...

—No sé durante cuánto tiempo podremos seguir hablando, general Calrissian. ¿Puede hacer algo para poner fin a toda esta actividad hostil?

—No lo creo —dijo Lando—. Acabamos de tener un pequeño motín a bordo: hace unos diez minutos mi buen amigo Lobot agotó la célula de energía de nuestro único desintegrador para recargar los circuitos de uno de los androides. Los androides están de su lado.

—¿Conoce alguna debilidad o vulnerabilidad del Vagabundo que podamos explotar?

—Sí. Podrían utilizar unas cuantas baterías desintegradoras de nivel de crucero para arriba. El casco no está blindado y no parece haber escudos de rayos, o por lo menos no en esas frecuencias. Pueden agujerearlo y hacerle bastante daño. Pero tendrían que dar en el blanco al primer disparo, y darle lo más duro posible.

Todos pudieron oír una segunda voz que empezaba a protestar.

—Lando, el Vagabundo no se merece esto...

Y un instante después Eckels, que parecía paralizado por la sorpresa, se recuperó lo suficiente para alzar su voz en una protesta que ahogó a la de Lobot.

—Es una solución totalmente inaceptable, coronel. Este artefacto es único, insustituible...

—Y mortífero —dijo Pakkpekatt—. Entendido, general. Manténgase a la escucha. —Hizo una seña a Taisden—. Quiero que abra un canal de hipercomunicaciones protegido para hablar con Rieekan y Collomus.

—Listo.

—Aquí el coronel Pakkpekatt al mando de la fuerza expedicionaria de Telkjon en Maltha Obex —dijo Pakkpekatt—. Confirmación: hemos localizado al Vagabundo y hemos establecido contacto con el equipo que se encuentra a bordo. Pero el objetivo ha adoptado una actitud hostil y no podemos acercarnos lo suficiente para...

La cubierta de vuelo quedó repentina y momentáneamente inundada por el estallido de luz que acompañó a la brusca desaparición del tercer satélite.

—... llevar a cabo la operación de rescate. Creo que podríamos saltar utilizando el planeta como escudo, pero entonces perderíamos contacto con el navio alienígena. He optado por tratar de mantener el contacto y solicito ayuda inmediata y apoyo para asumir el control del objetivo y recuperar a nuestra gente. —Pakkpekatt hizo una breve pausa, como si estuviera escuchando, y después siguió hablando—. No se molesten en mandar un crucero. Envíen un Destructor Estelar..., o mejor dos. Vamos a necesitar un auténtico peso pesado para detener al Vagabundo.

La mañana siguiente a la batalla de N'zoth, el navio de pasaje de la Corporación Kell Plath *Estrella de la Mañana* entró en el sistema y solicitó una cita con el *Intrépido* para recoger pasajeros.

La cita no afectaba directamente a Luke, por lo que no se enteró de la llegada del *Estrella de la Mañana* hasta que Wialu le envió un mensaje pidiéndole que fuera al camarote que había estado compartiendo con Akanah. Luke encontró a las dos mujeres ordenando el camarote y preparándose para la partida. Akanah le saludó con un impaciente abrazo.

—¿Te has enterado? Nuestra nave estará aquí dentro de una hora.

Luke se volvió hacia Wialu.

—¿Volvéis a J't'p'tan?

—Nos marchamos —dijo Wialu—. Ya va siendo hora de que encontremos un lugar más tranquilo. Necesitamos algo de tiempo para llorar y para curar nuestras heridas..., y para absorber las lecciones de J't'p'tan y encontrar un nuevo foco.

Luke entrecerró los ojos.

—Pero entonces... ¿Y el resto del Círculo? ¿Ya están a bordo?

—J't'p'tan ya no nos necesita —dijo Wialu.

—Y por lo tanto los fallanassis vuelven a desaparecer.

—La atención de quienes no pertenecen al Círculo no es ni necesaria ni deseable —dijo Wialu—, y los últimos acontecimientos ya nos han costado una gran parte de nuestra intimidad. Nos iremos tan lejos como haga falta para poder estar solos, y permaneceremos alejados durante el tiempo necesario para poder recuperar esa intimidad que hemos perdido.

—Bueno, supongo que en realidad no esperaba recibir una invitación para acompañaros —dijo Luke, volviendo la mirada hacia Akanah.

—Ojalá hubiera más tiempo —dijo Akanah, sonriéndole con melancolía—. Desearía poder terminar lo que he empezado. Nunca debí hacerte esa promesa, porque no sabía si me resultaría posible ser fiel a ella. He sido muy injusta contigo, Luke.

—Has sido injusta conmigo —repitió Luke—. Quizá te quedas un poco corta, Akanah. Sí, quizá sí... Porque cuando me hiciste otra promesa, y me refiero a la que me hizo emprender este viaje, ya debías saber que no podrías cumplirla y que si encontrábamos el Círculo me acabaría estrellando contra un muro de silencio. —Luke volvió nuevamente la mirada hacia Wialu—. A menos que me hayáis pedido que venga aquí para algo más que una despedida.

—No puedes pedirle eso, Luke...

—¿Por qué no? —preguntó Luke, y su mirada se endureció de repente—. Se tomó la molestia de esparcir señales e indicaciones por cinco sectores para que una niña pudiera volver al hogar, pero ni siquiera es capaz de ir a abrir la puerta cuando alguien llama a ella. ¿Puedes explicarme eso, por lo menos? ¿Puedes explicarme por qué recibís a Akanah con los brazos abiertos mientras que me rechazáis?

—Akanah pertenece a los fallanassis tanto por la sangre como por la afinidad —dijo Wialu—. Pero tú, Luke Skywalker... No te reclamamos.

—¿Que no me...? ¿Qué estás diciendo? ¿Estás diciendo que Nashira no es mi madre..., que mi madre no formaba parte del Círculo?

Wialu miró a Akanah e inclinó la cabeza.

—Es ella y no yo quien debe darte las respuestas que buscas —dijo después.

Luke parpadeó y miró a Akanah, sintiéndose cada vez más perplejo. Akanah desvió la mirada, visiblemente incómoda, y después se sentó sobre el borde de la litera tan cautelosamente como si ésta pudiera romperse bajo su peso.

—No sé nada sobre tu madre, Luke —dijo por fin con un hilo de voz—, y no te he dicho la verdad sobre la mía.

Las palabras de Akanah hicieron desaparecer todas las emociones de Luke..., salvo la curiosidad.

—¿Qué tiene que ver tu madre con esto?

—Supongo que te acuerdas de lo que te conté. Lo difícil que había sido sobrevivir en la

parte invisible de la sociedad de Carratos, y cómo la persona que debía cuidar de mí se fue con mi dinero y me dejó abandonada allí...

—Talsava —dijo Luke—. Sí, lo recuerdo.

Akanah alzó la cabeza y sus ojos se encontraron con los de Luke.

—Todo lo que te dije sobre ella era verdad..., salvo una cosa. Esa mujer se llamaba Isela Talsava Norand, y era mi verdadera madre —murmuró—. Y fue ella quien reveló la existencia del Círculo al Imperio.

Luke se dejó caer sobre una silla sin decir una palabra. Wialu retomó el hilo del relato.

—Después de su traición no podíamos permitir que Isela siguiera formando parte del Círculo —dijo—. No podíamos confiar en ella lo suficiente para permitir que supiera adonde iríamos cuando nos fuéramos de Lucazec. Isela fue expulsada del Círculo antes de que se tomara esa decisión. Pero Akanah no fue expulsada del Círculo... La hubiésemos llevado con nosotros para cuidarla y seguir adiestrándola. Hubiera sido amada.

»Pero Isela rechazó nuestra oferta y se llevó consigo a Akanah. La decisión de Isela nos afectó mucho, y también nos preocupó mucho. Isela estaba castigando a Akanah por su propia transgresión. El día en que se marchó hubo mucha pena e ira en el Círculo. Y mi pena me impulsó a hacerle una promesa a Akanah... Le prometí que el camino que la llevaría hasta nosotros estaría marcado con toda claridad para que pudiera volver a reunirse con el Círculo cuando fuera lo bastante mayor para poder tomar esa decisión. —Miró a Akanah, y sus labios se curvaron en una sonrisa llena de afecto—. Después transcurrieron muchos años durante los que pensé que nunca volvería a verla.

—Y durante los que yo pensé que nunca saldría de Carratos.

—¿Por qué no lo hiciste? —preguntó Luke.

—Lo que te dije sobre mi vida allí también era verdad. La guerra llegó de repente, y me quedé sola y sin nada —dijo Akanah—. Tuve que aprender a sobrevivir en un mundo regido por reglas distintas, sin tener a nadie que me guiara o me protegiera. Ya he admitido ante Wialu que utilicé de una manera muy equivocada sus enseñanzas para poder sobrevivir, y que cambié hasta volverme igual a quienes tenían lo que yo necesitaba tener para sobrevivir.

Akanah bajó la mirada hacia sus manos y sonrió como si estuviera viendo en ellas un recuerdo muy querido.

—Después ocurrió el milagro de Andras, quien creó un lugar donde podía estar a salvo y me devolvió el amor..., y aunque podría haberme ido de Carratos entonces, no quise hacerlo.

—¿Y por qué me convertiste en una parte de tu marcha cuando por fin te fuiste? —preguntó Luke—. No me necesitabas ni para encontrar a los fallanassis ni para llegar hasta ellos..., aunque intentaste hacerme pensar que así era. Los agentes imperiales de Lucazec... Eran otra mentira, ¿verdad? Nunca hubo nadie que nos persiguiera.

—No —admitió Akanah—. Los agentes nunca existieron. Era una prueba. Tenía que saber quién eras, Luke... Tenía que saber qué podía esperar de ti, y por dónde había que empezar.

—La sangre —recordó Luke.

—Fue un error —dijo Akanah—. Percibí tu sorpresa, y pensé que me había delatado. Nunca había visto lo que ocurre cuando una espada de luz golpea la carne. Tenía que atraer tu atención hacia mí y hacia Nashira, o te habría perdido.

—Hablas de que me habrías perdido, pero sigo preguntándome para qué me necesitabas. Sigo sin entenderlo, Akanah. ¿Qué pretendías obtener con ese engaño?

Akanah, con los ojos llenos de tristeza, movió la cabeza en una lenta negativa.

—No era para mí, Luke. Lo que me diste, lo que esto ha significado para mí... Eso sencillamente ocurrió de una manera totalmente inesperada... No fue algo planeado.

—¿Entonces por qué...?

—Porque te temía —se limitó a responder Akanah.

—No lo entiendo.

—He visto el lado más horrible y oscuro de la guerra, Luke, aquel donde no hay héroes..., y donde sólo hay víctimas. He visto qué es el poder y cómo es utilizado, y qué significa carecer de poder en un mundo donde el poder es lo único que importa. —El terrible peso de sus palabras trajo un eco de melancolía a sus ojos llenos de tristeza—. Tenía diez años cuando los soldados de las tropas de asalto del Emperador conquistaron la mitad de la galaxia. Pasé mi infancia en el paraíso y mi adolescencia en el infierno. Tengo muy buenas razones para temer el poder.

—¿Pensabas que...? ¿Piensas que represento la misma clase de amenaza que representaban el Emperador y los soldados de las tropas de asalto?

—No eres sólo tú —dijo Akanah—. Estás adiestrando a otros para que sigan tu camino. Allí

donde antes había uno ahora hay muchos, y habrá muchos más. Tenía que llegar a conocerte. Tenía que ver lo que hay dentro de ti y saber si puede servir de contrapeso al poder que posees... Tenía que averiguar qué parte de lo que me había dado el Círculo podía llegar a darte. No te mentí acerca de mi propósito. Algo se ha perdido, Luke... Una parte de la Luz, una parte de la paz y de la aceptación se han perdido y han dejado un vacío. Intenté ayudarte a encontrarlas.

—Mintiéndome —dijo Luke, y el caos de emociones encontradas que se agitaba dentro de él le obligó a levantarse.

Akanah sonrió con tristeza.

—Como has podido ver, los fallanassis también son capaces de rebajarse a utilizar el engaño cuando lo consideran necesario.

—¿Me estás diciendo que Nashira nunca fue más que una fantasía, un mero reflejo de lo que yo quería que fuese?

—No —dijo Akanah—. Era algo más que eso.

—Akanah... —dijo Wialu en un tono de advertencia.

—¡He de decírselo! —exclamó Akanah en un repentino estallido de ira—. Un secreto se parece demasiado a otra mentira. —Se levantó y dio un paso hacia Luke—. El segundo año de nuestra estancia en Carratos una mujer fue a ver a Isela. Era una fallanassi, pero yo no la conocía: no había estado con el Círculo en Lucazec. Se quedó en nuestra casa durante cinco días, y pasó muchas horas hablando a solas con mi madre.

Akanah se volvió hacia Wialu.

—Creo que esa mujer fue enviada por el Círculo para tratar de persuadir a mi madre de que me dejara ir —siguió diciendo—. Si mi madre hubiera accedido, quizá incluso me habría llevado con ella cuando se fue. Me he preguntado si mi madre consiguió que esa mujer accediera a llegar a otro tipo de acuerdo: una suma de dinero que sería enviada más tarde, quizá, para comprar el billete de una niña y su libertad. ¿Quién iba a esperar que mi madre sería capaz de quedarse con el dinero y dejar abandonada a la niña?

El rostro impasible de Wialu no ofreció ni confirmación ni disculpas. Después de un largo momento de haberla mirado a los ojos con expresión expectante, Akanah se volvió nuevamente hacia Luke.

—El nombre con el que se conocía a esa mujer dentro del Círculo era Nashira —murmuró—. Era hermosa, y fue muy buena y amable conmigo..., lo suficiente para recordarme todo lo que Isela no era. Me hablaba como si yo realmente le importara, y compartió conmigo todo lo que había en su corazón. Cuando le pregunté por qué hacía todo aquello, me dijo que el Emperador le había arrebatado a sus hijos..., un niño y una niña. Y me dijo que lo único que podía hacer era tratar de amar a los niños que estaban cerca de ella, y esperar que alguien estuviera haciendo lo mismo por sus hijos. Cuando me preguntaste por tu madre, enseguida pensé en la mujer que deseaba que hubiera sido la mía..., y te hablé de Nashira.

—Pero en realidad sólo me estabas hablando de ti y todo eso no tenía nada que ver conmigo —dijo Luke, meneando la cabeza—. Sólo me estabas hablando de tu dolor..., de tus fantasías...

—¿Acaso son tan distintas de las tuyas? —replicó Akanah—. Yo también he visto lo que hay dentro de tu corazón, Luke Skywalker. Pude llegar a engañarte únicamente porque había llegado a conocerte muy bien, y sólo pude engañarte mediante la verdad.

Luke fue retrocediendo lentamente, alejándose de Akanah y yendo hacia la puerta del camarote.

—Basta —dijo—. Ya he oído más que suficiente. No puedo creer en nada de lo que me digas. No puedo creer en nada de lo que ha ocurrido desde que me fui de Coruscant. Hay más verdad en tu silencio que en tus palabras —añadió, señalando a Wialu mientras hablaba, y después la miró fijamente—. Debes de pensar que soy un estúpido, ¿verdad? Sí, eché a correr como un estúpido detrás del fantasma que ella había creado... Gracias por haberme despertado de mi sueño. Te deseo suerte. Vas a necesitarla, si es que quieres apartar a Akanah del camino de Isela y atraerla hacia el tuyo.

Después giró sobre sus talones y salió del camarote, y nunca llegó a ver las lágrimas de Akanah y la sinceridad con que fueron derramadas.

—¿Va a venir él? —preguntó Akanah, que cada vez estaba más nerviosa.

Etahn Ábaht frunció el ceño y volvió la mirada hacia el acceso abierto del otro extremo del hangar de carga.

—Deje que vuelva a hablar con mi gente —dijo, cogiendo su comunicador y alejándose

unos pasos del comienzo de la rampa de abordaje.

Akanah miró a Wialu mientras un mozo del *Estrella de la Mañana* cargado con sus bolsas de viaje pasaba por entre ellas para subirlas a bordo.

—He de hablar con él. No puedo irme dejando las cosas así.

—¿Y durante cuánto tiempo nos harás esperar? —preguntó afablemente Wialu—. El daño que has causado...

—Lo sé —dijo Akanah—. Pero he de hacerle comprender que no todo eran mentiras.

—Puede haber una sola estrella de engaño en toda una galaxia llena de estrellas, pero si es la estrella que se encuentra justo delante de ti, entonces no puedes ver nada más..., y si miras fijamente ese engaño, acabarás cegado por él —dijo Wialu—. Hará falta mucho tiempo, Akanah..., y no disponemos de tanto tiempo.

Akanah lanzó una mirada llena de preocupación a Ábaht, que había acabado de hablar por el comunicador y venía hacia ellas.

—Si no podéis esperar, entonces tendré que quedarme.

—No puedes obligar a la corriente a que vaya hacia ti, Akanah —dijo Wialu—. Lo único que puedes hacer es flotar sobre ella y dejar que te lleve donde quiera.

El general se detuvo ante ellas. Su fruncimiento de ceño se había vuelto un poco más pronunciado.

—Luke no responde. Nadie parece saber dónde está —dijo—. No lo entiendo... Él las trajo aquí, y pensé que querría verlas marchar. Hemos contraído una gran deuda con...

—No hay ninguna deuda —le interrumpió Wialu con firmeza—. Hice lo que hice porque así lo decidí, y no pido nada a cambio.

Ábaht dejó escapar un gruñido.

—Aun así, sigo pensando que debería pedirles disculpas por...

—Skywalker está aquí —dijo Wialu.

Los demás se volvieron hacia el acceso, pero Wialu dirigió la mirada hacia una esquina vacía del compartimento de carga. Un instante después Luke apareció en él, como si acabara de atravesar una puerta que nadie podía ver.

—Pero qué... —murmuró Ábaht y después meneó la cabeza mientras ponía cara de disgusto—. Ah, condenados Jedi.

Akanah fue corriendo hacia Luke, pero se detuvo a un paso del abrazo que tanto anhelaba y le miró a los ojos, tratando de encontrar alguna pista que le indicara cómo debía comportarse.

—He venido a despedirme —dijo Luke.

—Aún no estoy muy segura de que vaya a marcharme.

Luke meneó la cabeza.

—Tu lugar está con ellos. Wialu tiene razón. Incluso yo puedo leer eso en la Corriente.

—Hay algo que debo decirte antes de que me vaya —exclamó Akanah con un repentino apasionamiento—. No nos juzgues por mi ejemplo, Luke... No lo hagas, por favor. Te suplico que no rechaces la verdad debido a la mentira que la ha precedido. Hay algo hermoso, delicado y capaz de curar en el camino de los fallanassis..., y si no he conseguido hacértelo ver, entonces el error y la debilidad han sido míos, y no del camino de la Luz o del sendero de la Corriente Blanca. Hay una sabiduría muy profunda más allá de lo que he conseguido llegar a aprender y dominar, y hay un valor inmenso más allá de lo que has visto.

—He visto el engaño, la manipulación...

Akanah logró vencer su miedo y dio un paso adelante. La palma de su mano se posó sobre el pecho de Luke en una caricia casi imperceptible.

—No es un camino de poder, sino un camino de paz..., y lo que deseo por encima de todo es que puedas sentir esa paz dentro de ti. Deseo que añadas esa fuerza a la gran fuerza que ya posees. Es lo que siempre he querido para ti..., y nunca he querido nada de ti. —Un temblor se infiltró en su voz mientras seguía hablando con lo que casi era un murmullo—. Nunca quise agravar tu dolor.

Luke cubrió la mano de Akanah con la suya y bajó los ojos hacia ella.

—Bien, al parecer debo decidir qué quiero creer... —dijo por fin—. Intentaré empezar creyendo en lo que acabas de decirme, y tal vez eso me sirva de guía durante el resto del camino.

Akanah alzó la mirada hacia él, y Luke pudo ver la gratitud que había en sus ojos.

—Entonces ahora puedo irme —dijo, y le rozó la mejilla con los labios antes de retroceder.

Luke permaneció inmóvil y la siguió con la mirada mientras Akanah aceptaba una última expresión de gratitud del general y después subía por la rampa de abordaje y pasaba junto a Wialu, que se dio la vuelta y la siguió.

Akanah titubeó durante una fracción de segundo antes de desaparecer en la compuerta interior, y se volvió hacia Luke con una última disculpa en sus ojos. Sin saber muy bien cómo, Luke consiguió encontrar una sonrisa de perdón con la que responder a su mirada, y después la joven cruzó el umbral y se desvaneció por el pasillo.

Ábaht ya estaba yendo hacia Luke.

—El servicio de comunicaciones tiene un par de mensajes para usted, Luke, y esta mañana han llegado un par de transmisiones con sello de alta prioridad... —empezó a decir.

—Luke Skywalker.

La voz de Wialu hizo que Luke levantase la mirada, y vio que la fallanassi estaba inmóvil en la compuerta interior.

—¿Sí?

—Hay un pequeño servicio que quiero pedirte.

Luke ladeó la cabeza.

—¿De qué se trata?

—Dile a tu hermana que cuando esté preparada para seguir su propio camino, será bienvenida entre nosotros —dijo Wialu.

Después giró sobre sus talones, sin necesitar contestación y sin invitar a ninguna pregunta.

Cuando un perplejo Luke fue capaz de volver a hablar, el *Estrella de la Mañana* ya se estaba alejando de la zona de ataque y se disponía a continuar su viaje.

No había ningún mensaje de Leía.

La secretaria del jefe de bibliotecarios de Obroa-skai le informaba de que su solicitud de contratar los servicios de un investigador había ascendido hasta el número cinco de la lista de espera. Además, le pedía que tuviera preparados todos los datos secundarios para transmitirlos en cuanto se le pidiera que lo hiciera, y que se asegurara de haber definido con la máxima claridad posible el concepto FALLANASSIS como tema a investigar.

El director del departamento de terapia rehabilitadora de la fragata médica *Refugio* le comunicaba que Han había vuelto a ser transferido, esta vez al hospital de la Flota en Coruscant.

—No es que corra ningún peligro, porque se está recuperando bastante bien..., mejor que muchos de los nuevos ingresos que nos han llegado, de hecho. Y además eso nos deja una plaza libre en nuestra sala médica, cosa que no nos vendrá nada mal —decía el terapeuta—. Dado que el comodoro se encargó de proporcionar el mejor medio de transporte disponible, nos pareció que era lo mejor que podíamos hacer. Y además el wookiee insistió en ello —había añadido después de una pausa y un fruncimiento de ceño.

El tercer mensaje era de Streen, quien había compilado un informe abiertamente meticuloso sobre las actividades en la academia de Yavin 4. En su estado de ánimo actual, Luke no lo encontró lo suficientemente interesante para leerlo con detenimiento.

El último mensaje procedía de Alfa Azul.

—Hola, Luke —dijo el almirante Drayson—. Ahora que las cosas están un poco más tranquilas por ahí, quería decirte que hemos localizado a tus androides. De hecho, puedes recuperarlos cuando quieras. Pero, como verás cuando hayas leído el resto del mensaje, me temo que tendrás que ir a recogerlos personalmente.

—¿Está realmente seguro de que quiere irse de esta manera? —preguntó el jefe de mecánicos, casi pisándole los talones a Luke mientras éste iba y venía alrededor del *Babosa del Fango* con toda su atención concentrada en las comprobaciones exteriores previas al despegue —. Incluso teniendo en cuenta las pérdidas que hemos sufrido, me atrevería a asegurar que al capitán Morano no le importaría prestarle prácticamente cualquiera de las naves de que disponemos para que...

—Estoy seguro —dijo Luke, agachándose para pasar por debajo de la cola del esquife.

—Quiero decir que... Bueno, después de todo usted hizo huir a un montón de esos Destructores Estelares gracias su flota fantasma y nos puso las cosas mucho más fáciles —insistió el jefe de mecánicos—. No me parece bien enviarle al espacio a bordo de esta especie de cubo de la basura, y además...

—Las cosas no ocurrieron exactamente así —dijo Luke mientras extendía los brazos hacia la escalerilla de abordaje—. Y dadas mis necesidades actuales, esta nave es justo lo que me hace falta.

El jefe de mecánicos se rascó la cabeza.

—Bueno, si usted lo dice... —murmuró mientras lanzaba una rápida mirada hacia atrás por

encima del hombro—. Supongo que el general bajará para despedirse, ¿eh?

—El general Ábaht no sabe que me voy —dijo Luke, arrojando su bolsa de viaje por el hueco de la compuerta—, y le agradecería que no tuviera mucha prisa en ir a contárselo.

—Pues eso me crea un pequeño problema —dijo el jefe de mecánicos, frunciendo el ceño—. Se supone que nada debe despegar de la cubierta de vuelo sin contar con una autorización previa del centro de control.

—No veo que haya ningún problema —dijo Luke—. Una nave civil, un piloto civil... Ni siquiera deberíamos estar aquí. Pida a la pantalla de patrulleros que me abran un camino, ¿quiere? Este trasto no ha sido construido pensando en las acrobacias.

—Claro —dijo el jefe de mecánicos, que no parecía muy convencido—. Claro. Tratándose de usted... Sí, puedo hacerle ese favor. Pero... Oiga, por lo menos tendría que poder informarles de adonde va... Para los registros de vuelo, ya sabe.

—Le aseguro que nunca ha oído hablar de ese sitio —dijo Luke mientras alargaba la mano hacia el sistema de cierre de la escotilla—. Basta con que me deje salir de aquí, amigo..., y diga a los mecánicos que les agradezco que la hayan dejado a punto tan deprisa.

Poco después Luke y el *Babosa del Fango* se sumergieron en la reconfortante soledad del hiperespacio para dar el largo salto hasta Maltha Obex.

Hacia el final de aquel viaje Luke pudo percibir con toda claridad el cambio que estaba sufriendo. La nave era como una crisálida diminuta, y el proceso que estaba teniendo lugar dentro de ella era su metamorfosis.

Había querido pasar algún tiempo en el sitio donde él y Akanah habían pasado tanto tiempo juntos. Había querido oír los ecos de sus conversaciones y sentir el residuo de sus emociones. Luke pasó el viaje sumido en el silencio, alternando la reflexión y el jugar con sus reflexiones. Hizo un inventario de sus recuerdos de los últimos meses, y descartó algunos y rescribió otros. También seleccionó unos cuantos objetos para utilizarlos como equipo de entrenamiento, y dedicó bastantes horas a perfeccionar la única habilidad fallanassi que había conseguido llegar a comprender del todo.

El trabajo todavía no estaba terminado cuando la galaxia volvió a aparecer a su alrededor y Maltha Obex apareció ante él. Luke aún no tenía muy claro en qué se estaba convirtiendo, o qué podía presagiar aquella transformación. Sólo sabía que necesitaba aquel momento de reconexión y las posibilidades que le ofrecía.

El *Dama Suerte* llevaba días huyendo ante el Vagabundo de Telkjon, manteniéndose por encima del horizonte del poderoso e impredecible artefacto qella. Dos labores habían mantenido ocupada a su tripulación durante aquel tiempo: seguir la trayectoria del Vagabundo mediante el equipo de los campamentos de superficie abandonados y sondear el espacio en busca de lo que esperaban fuese una entrada en el sistema de Maltha Obex cuyo tamaño indicara la llegada de una fuerza expedicionaria.

Pero la nave que por fin apareció en los sensores era tan pequeña que Joto Eckels sintió más desilusión que alivio.

—Quizá sea alguna clase de sonda —sugirió mientras contemplaba la pantalla por encima del hombro de Pakkpekatt—. Normalmente ustedes siempre envían una sonda por delante del contingente principal, ¿no?

—Es un esquiador civil —dijo Taisden—. Esa nave no dispone de ningún sistema de comunicaciones militar.

—Pues entonces debemos advertirle inmediatamente de que ha de salir de aquí —dijo Eckels—. Coronel, en cuanto el Vagabundo detecte su presencia, y eso ocurrirá dentro de media órbita...

Una pantalla se iluminó sobre sus cabezas mientras estaba hablando.

—Aquí el *Babosa del Fango*. ¿Me recibes, *Dama Suerte*? Infórmame sobre tu situación actual, Lando.

Reconocer el rostro de Luke hizo que Eckels empezara a concebir nuevas esperanzas.

—Lando no está aquí, Luke.

Pero Pakkpekatt se levantó de su asiento y se interpuso entre Eckels y el holocomunicador mientras se inclinaba hacia adelante para replicar.

—*Babosa del Fango*, está entrando en una zona de seguridad de la INR y corre un serio riesgo. Vire de inmediato y salga de este sistema ahora mismo.

—Supongo que usted debe de ser el coronel Pakkpekatt —dijo Luke—. Y el de antes era el doctor Eckels, ¿no? Eso quiere decir que Lando sigue a bordo del Vagabundo, ¿verdad? ¿No



han podido llegar hasta él? Necesito que me informen de todo lo que ha ocurrido durante los últimos cinco días.

—Usted no cuenta con el nivel de autorización oficial necesario para poder acceder a esa información —dijo Pakkpekatt—, y tampoco tiene permiso para entrar en esta zona de seguridad.

—Coronel, dadas las múltiples demandas que ha de satisfacer la Flota en estos momentos, me temo que soy toda la ayuda que puede esperar conseguir durante algún tiempo. Y de todas maneras, sé que el doctor Eckels no quiere que esta expedición termine con un tiroteo espacial, así que...

—Tiene toda la razón —dijo Eckels, abriéndose paso a codazos hasta entrar en el campo holográfico.

—...vamos a ver si podemos trabajar en colaboración y conseguir que todo termine lo mejor posible.

—¿Tiene alguna idea sobre cuál podría ser ese final feliz, Luke? —preguntó Eckels—. Hasta el momento el artefacto se ha mostrado muy poco dispuesto a cooperar... En realidad, se ha mostrado todavía menos dispuesto a cooperar que el coronel.

—Lo sé. He repasado sus informes..., y los del coronel —dijo Luke.

Esa noticia hizo que Pakkpekatt, que estaba sentado delante de la consola de vuelo, alzara las manos hacia el techo y se volviera hacia ellos.

—Exigiré que se lleve a cabo una investigación de toda esta operación —masculló—. Las infracciones de las normas de seguridad, el desdén absoluto con el que se ha prescindido de la cadena de mando...

—Creo que podemos sacar al equipo de Lando del Vagabundo —siguió diciendo Luke—. Pero en realidad espero conseguir algo más que eso. ¿Por qué no me cuenta qué es lo que cree que ha ocurrido aquí, doctor?

—¿Me permite preguntarle antes si planea entrar en el Vagabundo?

—Sí, doctor Eckels. Es justamente lo que pienso hacer.

—En ese caso ¿podría venir a recogerme antes de que lo haga? Probablemente tendré mejores respuestas que darle en cuanto lo haya visto con mis propios ojos.

—Tenía la esperanza de que me haría esa oferta, doctor —dijo Luke—. Si usted y el coronel tienen la amabilidad de coger unas cuantas células de energía para los androides y un equipo de primeros auxilios y raciones de emergencia para los humanos, me reuniré con ustedes en la próxima órbita.

—Muy bien —dijo Eckels—. Estaremos preparados.

Mientras el Vagabundo iba aumentando de tamaño al otro lado de los ventanales de la cabina de control del *Babosa del Fango*, los ojos llenos de nerviosismo de Eckels iban y venían continuamente del navío qella al rostro de Luke.

—¿Como sabrá si está dando resultado?

—Si no da resultado enseguida lo sabremos —dijo Luke, y cerró los ojos.

—¿No cree que por lo menos deberíamos advertir al general Calrissian de que vamos hacia allá?

—Nada de señales —dijo Luke—. Nada de sonidos y nada de toberas en acción. Nada que pueda perturbar el flujo de la corriente o que anuncie nuestra presencia.

Eckels volvió la cabeza hacia el Vagabundo.

—Sí, pero... ¿No cree que ese navío puede vernos con tanta facilidad como nosotros podemos verlo a él?

Luke movió la cabeza de un lado a otro en una lenta negativa.

—Se encuentra a bordo de un submarino, doctor, no de una nave espacial —dijo después—. Estamos a quinientos metros por debajo de la superficie, y nos limitamos a flotar a la deriva siguiendo el curso de la corriente. No sabrán que estamos allí hasta que aparezcamos junto a ellos.

El científico acogió las palabras tranquilizadoras de Luke con una expresión bastante dubitativa.

—Confío en que ya habrá hecho esto antes.

—No —dijo Luke—. Es la primera vez.

—Oh, cielos...

—Pero vi hacerlo no hace mucho tiempo.

Eckels tragó saliva.

—Bien, por lo menos confío en que habrá estado practicando desde entonces.

Luke sonrió sin abrir los ojos.

—Durante todo el trayecto hasta aquí. Relájese, doctor. Aprendí este truco de ciertas personas que siempre ganaban el primer premio en el campeonato de esconderse. —Luke hizo una breve pausa antes de seguir hablando—. Pero aun así, quizá prefiera dejar que me concentre sin más interrupciones.

Eckels frunció los labios, se dejó caer sobre el respaldo de su sillón y clavó la mirada en el Vagabundo, que ya ocupaba la mitad del cielo por delante de ellos.

—Lando.

Oír su nombre hizo que Lando se removiera y alargara lentamente la mano hacia su comunicador.

—¿Qué pasa, Lobot?

—Hay alguien aquí.

—¿Aquí? ¿Dónde es aquí? —preguntó Lando, emergiendo bruscamente de su estado de adormilada languidez.

—Fuera, cerca de la popa —Lobot hizo una pausa antes de seguir hablando—. Estamos perplejos. Hay un contacto, y sin embargo no conseguimos localizar su fuente.

—Están llamando a la puerta —dijo Lando con impaciencia—. Ábrela y así podremos ver qué entra por ella.

Hubo un largo silencio.

—Los visitantes están en el interespacio —dijo Lobot por fin.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Y quién o qué son?

—No los reconocemos.

—Voy a echar un vistazo —gruñó Lando. La fatiga y el hambre le habían sumido en un estado de perpetua irritación—. Vamos, Erredós... Conéctate de una vez. Erredós...

El androide permaneció inerte. Al igual que le había ocurrido a Cetrespeó tres días antes, sus reservas de energía se habían agotado por fin.

—Oh, claro, por supuesto... —masculló Lando—. Oímos un ruido en la oscuridad y siempre he de ser yo el que va a ver de qué se trata, ¿verdad? Si no volviera nunca, os estaría muy bien empleado.

—Ah de la nave —dijo una nueva voz desde el comunicador—. ¿Hay alguien en casa?

Lando parpadeó e intentó obligar a su mente a identificar lo que estaba oyendo.

—¿Luke? Luke, ¿eres tú? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Si te parece que éste no es un buen momento para recibir visitas, puedo irme y...

—Vete sin mí y te perseguiré por toda la galaxia hasta encontrarte, y luego te iré matando célula a célula en cuanto te haya encontrado —le advirtió Lando, y no había ni la más mínima sombra de humor en su voz—. Quédate donde estás. Voy a salir.

—Ya estamos dentro —dijo Luke—. El casco del Vagabundo se abrió y nos engulló.

—Noooo....

—Cálmate, Lando —dijo Luke—. Todo va bien. Estamos en una especie de hangar, una zona de gravedad cero entre los cascos exterior e interior..., e incluso parece que disponemos de amarros. Me estoy poniendo el traje para ir a reunirme con vosotros. No os mováis de donde estáis ahora, y seguid hablando para que podamos localizaros más deprisa.

Lando cogió el litro de agua que le ofrecía el doctor Eckels y apuró el recipiente tan deprisa que su estómago se rebeló y amenazó con rechazar el líquido.

—¿Puedes creerlo, Luke? —preguntó después mientras arrojaba el recipiente vacío a un lado—. Toda esta monstruosidad no es nada más que un museo...

Lando se calló para intentar tragar la oleada de amargura que estaba subiendo velozmente por su garganta, y empezó a toser en cuanto el sabor llegó a su boca.

—No deberías hablar, Lando...

Lando rechazó su preocupación con un gesto de la mano.

—¡Un museo! Y cuándo... ¿Cuándo me has visto poner los pies en un museo? —Dejó escapar una áspera carcajada—. Y ni siquiera sabes lo más divertido..., porque lo más divertido es que ninguno de los tesoros es real. No son más que arcilla de modelar... No hay nada que tenga ningún valor.

—¿Sabe de qué está hablando, doctor Eckels?

—Posiblemente —dijo Eckels, hurgando dentro de la bolsa de suministros en busca de un paquete alimenticio Primera Comida.

Lando siguió hablando a toda velocidad, empleando un tono tan melancólico y quejumbroso

que casi parecía como si fuera a echarse a llorar de un momento a otro.

—Sólo puedes mirar... No puedes llevarte nada. No hay recuerdos para los turistas. Qué pérdida de tiempo, Luke... Qué asquerosa y lamentable pérdida de tiempo. Como recoger florecitas en el campo. Hoy son preciosas y mañana están muertas...

Los ojos de Lando se posaron en el paquete de comida y enseguida se apresuró a cogerlo, dándoles la espalda como si lo estuviera protegiendo para evitar que se lo robaran.

—¿Dónde está Lobot, Lando?

La respuesta llegó después de que Lando diera una larga chupada a la paja del paquete de comida.

—Tiene nuevos amigos —dijo, y se encogió de hombros—. Ahora ya casi nunca me habla. —Lando se echó a reír—. Se ha vuelto loco. Ya lo veréis.

—Llévanos hasta él —dijo Luke con firmeza—. También tenemos que ocuparnos de Lobot.

Lando giró lentamente en el aire y señaló el interior con una distraída ondulación de la mano.

—Está ahí dentro —dijo—. Izquierda, izquierda, derecha, derecha, centro, derecha, centro. O algo por el estilo, creo. —El paquete de comida expiró con un último sonido de succión—. Enseguida daréis con él. Lobot es el que tiene piernas.

Luke y el doctor Eckels encontraron a Lobot hecho un ovillo dentro de un túbulo lateral, flotando en el aire con los ojos cerrados y las manos curvadas sobre la sien. Los cables transparentes de la conexión partida por la mitad unían su cabeza a la masa redondeada que ocupaba el otro extremo del túbulo.

—¿Tiene alguna idea de qué estamos viendo, doctor?

Eckels examinó el interior de un túbulo adyacente para poder verlo sin obstrucciones.

—Estas cosas tienen el mismo tamaño y la misma geometría que los restos qellas que sacamos del hielo —dijo, visiblemente impresionado.

—A mí no me parecen restos —dijo Luke, entrando en el túbulo dentro del que estaba flotando Lobot—. Lobot... Soy Luke. Despierta, amigo... Ha llegado el relevo.

—¿Está tratando de decirme que están vivos? —preguntó Eckels—. Había desechado esos informes por no considerarlos fiables.

—¿Por qué?

—Pues porque... Es impensable, es algo que carece de precedentes...

—Me parece que toda esta nave está muy viva, doctor —dijo Luke—. Aunque la vida que percibo es de una cualidad distinta a la que estoy acostumbrado a sentir, desde luego.

—¿En qué estriba la diferencia?

—Normalmente un poder tan grande viene acompañado por un grado de consciencia mucho mayor. Es casi como si..., como si estuviera durmiendo. Igual que Lobot, que también parece estar durmiendo. —Luke frunció el ceño, estiró el brazo y hundió las uñas en el codo de Lobot—. Eh... Háblame, Lobot.

—Pero estos cuerpos no tienen miembros —protestó Eckels—. Las criaturas de la superficie eran cuadrúpedas.

—No estoy intentando decirle qué son, doctor. Me limito a decirle que los informes de Lobot no eran meras fantasías: estas cosas están vivas, y esta nave está viva. En cuanto a la relación que hay entre estas cosas y la nave... Bueno, no tengo ni idea de cuál puede ser y esperaré hasta que usted me lo explique.

Lobot ya había empezado a removerse.

—Esperando —murmuró con un tono tan carente de inflexiones como si estuviera en trance.

—¿Qué estás esperando? —preguntó Luke—. ¿A qué pregunta responde eso?

Eckels estaba frunciendo el ceño detrás de él.

—Físicamente, la relación refleja una relación que existe dentro de los qellas, entre los cuerpos Eicroth y... —Un chispazo de sorpresa brilló repentinamente en sus ojos—. He de ver inmediatamente el resto de esta nave, Luke. Debo ver esas salas de exhibición de las que habló Lando.

—Háblame, Lobot —estaba diciendo Luke—. ¿Qué necesitas de mí?

—Esperamos —dijo Lobot, hablando como en sueños.

—¿«Esperamos»? ¿Quiénes están esperando? —preguntó Luke.

—Respuestas —dijo Lobot.

—Sí, necesito respuestas —dijo Luke—. ¿Qué estáis esperando? ¿Qué necesitáis?

Las palabras llegaron lentamente y una por una.

—Esperamos... el... deshielo.

Luke lanzó una mirada de interrogación a Eckels.

—Debo ver la nave —insistió el científico—. Me niego a emitir conjeturas sin fundamento cuando hay evidencias que examinar al alcance de la mano.

—De todas maneras, creo que debemos encontrar alguna forma de conseguir que Lobot rompa con sus nuevas amistades —dijo Luke, inclinando la cabeza para indicar que estaba de acuerdo con el científico—. Ya casi no consigo encontrar ninguna separación entre su mente y todo lo demás. ¿Sabe algo sobre las conexiones neurales o debería limitarme a tirar del cable del enchufe, doctor?

Eckels torció el gesto.

—Haga lo que crea más conveniente. Esperaré fuera.

Transcurrió casi una hora antes de que Lando o Lobot estuvieran lo suficientemente recuperados para poder desempeñar sus últimos deberes como anfitrión y guía. Para Eckels, fue una hora de impaciencia casi insostenible. Para Luke, esa espera le dio ocasión de reactivar a los androides e iniciar las reparaciones en el brazo dañado de Cetrespeó.

—Me alegro mucho de verle, amo Luke —dijo el androide—. No se creará las historias que tengo que contarle. Para empezar, no sé por qué se me incluyó en esta misión... Vaya, pero si estuve a punto de ser vaporizado por el Vagabundo, y luego fuimos atacados por toda una flota de navíos de combate. El amo Calrissian me dejó abandonado para que fuese capturado por unos intrusos...

Luke sonrió.

—Yo también me alegro de verte, Cetrespeó, y te prometo que dejaré que me cuentes todas esas historias..., más tarde. Si necesitas hacerlo, incluso dejaré que me las cuentes dos veces.

—Es muy amable por su parte, señor.

Cuando los androides hubieron sido trasladados al esqui, Luke fue a explorar el Vagabundo con Lando mientras Lobot acompañaba a Eckels en un recorrido similar. Pero Lando no tardó en decidir que las familiares comodidades de una nave espacial, por muy humilde que fuera ésta, le atraían más que la compañía de Luke, y abandonó la gira turística con una breve disculpa.

Para aquel entonces Luke ya comprendía la geometría y la instrumentación del Vagabundo lo bastante bien para poder desplazarse sin necesidad de un guía. Las salas del «museo» y la galería del interespacio resultaban igualmente asombrosas, pero Luke se encontró atraído al interior, al laberinto de túbulos y las acumulaciones de lo que había empezado a llamar cuerpos Eckels. Esas estructuras eran el centro de la limitada consciencia del Vagabundo, y servían de foco al flujo de energías que recorría la nave. Cuatro horas se esfumaron en un abrir y cerrar de ojos antes de que Luke pensara en reunirse con los demás. Después transcurrió otra hora y media antes de que lo hiciera.

Todos estaban allí: Lando dormía en la litera, Lobot estaba acostado sobre el suelo del compartimento de sistemas, Cetrespeó permanecía inmóvil bajo las tiras del arnés de seguridad en el asiento de la derecha, y Erredós disfrutaba de los deleites de la conexión simultánea a la salida de datos y el suministro de energía del tablero de conectividades.

Eckels estaba sentado en el asiento del piloto, encorvado sobre las pequeñas pantallas de datos de la nave con el ceño fruncido mientras tecleaba en el cuaderno de datos que tenía encima del regazo con la veloz fluidez de un hombre que está acostumbrado a no mirar las teclas.

—Creo que ahora ya tengo una respuesta para usted —dijo Eckels sin apartar la mirada de lo que estaba haciendo—. ¿Despertamos a los demás?

—No —dijo Luke—. Ya han hecho su parte. Dejemos que descansen y comparemos nuestras anotaciones antes de despertarlos. Si descubrimos que tenemos alguna pregunta que hacerles, siempre podemos ocuparnos de eso más tarde.

—Mientras me mostraba la nave pude beneficiarme de las ideas de Lobot —dijo Eckels—. Ese ciborg posee un cerebro admirablemente disciplinado.

—La gente ha estado subestimando a Lobot desde que lo conozco —dijo Luke—. Bien, ¿qué ha descubierto?

Eckels se recostó en su asiento y señaló la pantalla de datos.

—Lobot tenía razón —dijo—. Las lunas son la clave.

—Las lunas que vieron en el planetario...

—Sí —dijo Eckels—. Con la ayuda del coronel Pakkpekatt, hemos analizado las grabaciones que Erredós obtuvo cuando la expedición llegó al auditorio y pudo contemplar el diorama. Las órbitas de las lunas que mostraba resultaron ser inestables.

—Ríñame si se me ha pasado por alto algo, doctor, pero Maltha Obex no tiene lunas. Eckels asintió.

—Pero Qella sí las tenía. No había nada de particular en ellas, por supuesto..., nada que pudiera inspirar una gran mitología. Por lo menos hasta que una de esas lunas cayó del cielo...

—La edad de hielo es el resultado de un impacto lunar —dijo Luke, que había adoptado una expresión solemnemente pensativa.

—Sí, eso parece —dijo Eckels—. La luna más pequeña era una luna de captura que tenía una órbita irregular. Trabajando hacia atrás a partir de las grabaciones de Erredós, descubrimos que la gravedad de la luna más grande perturbó la trayectoria de la luna de captura hasta lanzarla a una órbita perecedera: en números redondos, transcurrieron unos cien años antes de la caída.

—Y los qellas vieron cómo caía. Sabían lo que les aguardaba en el futuro —dijo Luke—. Y utilizaron la advertencia, y el tiempo que les quedaba, para construir esta nave.

—Fue el último y supremo gran logro de su especie —dijo Eckels—. A juzgar por lo que vi, los qellas no disponían de los medios necesarios para destruir o repeler una luna: incluso la pequeña luna de Maltha Obex es un coloso cuando se la compara con esta nave y su poder. Tampoco disponían de los enormes medios necesarios para evacuar un planeta muy poblado. La cultura descrita en todos estos serógrafos estaba formada por centenares de millones de habitantes, si es que no más.

—Habrían hecho falta millares de navíos de estas dimensiones —dijo Luke—, y eso suponía una tarea imposible de llevar a cabo en el tiempo de que disponían.

—Pero construyeron una nave y la lanzaron al espacio antes de que llegara el fin —dijo Eckels—. Cuando la expedición descubrió el planetario, vieron este sistema tal como era cuando el Vagabundo lo había visto por última vez..., antes del impacto lunar, la destrucción de los qellas y la muerte de su planeta bajo una gruesa capa de hielo.

Eckels volvió la cabeza hacia la parte delantera de la cabina y contempló los rostros de la galería.

—Su amigo Lando estaba equivocado —siguió diciendo—. Lo que hay aquí es muy real. Esta nave no es una colección de objetos, Luke: es una colección de ideas. Tal vez nunca lleguemos a saber por qué, pero los qellas otorgaban más valor a esas ideas que a sus vidas. Y lo que nosotros consideramos que tiene auténtico valor es aquello que da un significado a nuestras vidas, claro... Qué gran regalo nos han hecho..., qué futilidad tan gloriosamente desafiante.

—¿Futilidad? —exclamó Luke—. ¿Qué me dice de esas cosas del interior? Lobot sigue queriendo llamarlas qellas, y usted dijo que parecían qellas..., y ahora el Vagabundo las ha traído de vuelta a casa.

Eckels frunció el ceño y bajó la mirada hacia la pantalla de su cuaderno de datos.

—Pero sólo hay unos cuantos miles en un navío que podría haber contenido a muchas más —dijo, meneando la cabeza—. No, no puede ser. Esto no es un arca, y ni siquiera es un bote salvavidas. Esos cuerpos son los controladores y protectores de este navío, no su tesoro. El verdadero tesoro de este navío radica en las ideas y recuerdos que contiene: un millar de años de historia, un millar de años de arte, toda esta espléndida ciencia biomecánica... No, este lugar no es ningún museo. Es un monumento, Luke.

—No —dijo tozudamente Luke—. Aquí hay algo más que todo eso.

Giró sobre sus talones y se dejó caer grácilmente por la escotilla de entrada abierta. Después se agarró a uno de los asideros del casco y se catapultó hacia adelante, alejándose del esquife para internarse por el silencio y la oscuridad del interespacio.

Y una vez allí, flotando lentamente a la deriva por delante de la galería qella, Luke desplegó sus sentidos hasta que abarcaron todo el planeta que tenía debajo. Sólo encontró una inmensidad de silencio y falta de movimiento. No había ningún halo de energía vital, ningún depósito de la Fuerza. La superficie recubierta de hielo estaba impregnada por una ausencia de actividad tan profunda como la que definía a la masa de rocas que se extendía por debajo de ella.

—¿Qué está buscando?

—Busco una razón que justifique el tener que esperar hasta que se produzca el deshielo.

—Pues había que esperar para que el Vagabundo pudiera terminar su viaje, naturalmente —dijo Eckels—. No significaba nada más que eso.

—Shhhh —dijo Luke.

Se había ido acercando a la piel exterior del Vagabundo y había estirado los brazos para pegarse a ella. Luke escuchó en silencio los complejos ritmos de la nave, y permitió que se

fueran definiendo poco a poco hasta convertirse en el majestuoso latido fundamental de su ser. Después siguió prestando oídos únicamente a ese latido hasta que lo hubo absorbido totalmente y pudo llegar a conocer todos sus secretos y misterios.

Luego volvió a enviar sus sentidos hacia el planeta, pero esta vez reprimió su deseo y su apremiante impaciencia y buscó aquel profundísimo estado de conexión carente de personalidad en el que todo podía ser oído sin distracciones o distorsiones.

Y de repente estaban allí, como millones de granos de arena que caen lentamente a la superficie, agitándose en un palpar colectivo tan tenue y lánguido que incluso el más leve susurro de impaciencia bastaría para ocultarlo. Con un grito exultante, Luke se apartó del muro tan impetuosamente que su cuerpo describió un veloz salto mortal.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha descubierto? —preguntó Eckels.

El científico se propulsó a través del espacio abierto para interceptar a Luke, y logró agarrarle un instante antes de que llegara a la galería.

Pero Luke escapó de su presa con un brusco retorcimiento del cuerpo y giró sobre sí mismo para reseguir los contornos de un rostro qella con las manos.

—Los cuerpos que encontró... Los qellas que vagaban por el hielo... Ésos no eran los supervivientes —dijo después—. Eran los que no estaban de acuerdo con el plan colectivo.

—¿Qué quiere decir?

—Exactamente lo que he dicho. Todos estábamos equivocados. Esta nave no es un museo, o un templo repleto de tesoros, o un bote salvavidas..., y tampoco es un monumento. Es una caja de herramientas, doctor..., una caja de herramientas para reconstruir un mundo devastado.

Luke se volvió hacia Eckels y envolvió sus manos en un enérgico apretón lleno de fervoroso entusiasmo. La alegría y el asombro brillaron en su sonrisa y le dieron vida.

—Tuvieron tiempo para hacer algo más que preparar esta nave, doctor. Tuvieron tiempo para prepararse a sí mismos. Ese planeta no está muerto, porque hay millones de qellas enterrados en los glaciares esperando el deshielo.... Y nosotros podemos darles lo que están esperando.

En cuanto el *Babosa del Fango* hubo salido de la abertura que el Vagabundo había creado para acogerlo, Luke hizo que las toberas les diesen un buen empujón y después dio la vuelta al esquife para que todos pudieran ver cómo el navio qella se iba alejando por detrás de ellos.

—¿Está seguro de que no quiere ocultar nuestra presencia tal como hizo antes? —le preguntó Eckels, que parecía estar un poco preocupado—. Francamente, preferiría no tener que hacer ninguna contribución personal al calentamiento de Maltha Obex.

—El Vagabundo no nos hará ningún daño —dijo Lobot con tranquila firmeza.

—No se preocupe, doctor Eckels —dijo Lando—. Lobot ha pasado tanto tiempo dentro de los túbulos que ha sido ascendido a huevo honorario.

Luke soltó una risita.

—Si quiere preocuparse por algo, doctor, preocúpese por la posibilidad de que sus amigos del Instituto hayan invertido dos números y se hayan olvidado un decimal.

—Nuestro mejor climatólogo planetario supervisó personalmente la creación del modelo de la era glacial qella —replicó Eckels con envarado orgullo profesional—. Si Lobot comunicó sus recomendaciones de una manera lo suficientemente precisa...

—Lo ha entendido —dijo Lobot—. La labor requirió la construcción de una nueva hebra del código de memoria, pero el Vagabundo lo ha entendido todo.

—Sigue sorprendiéndome que se necesite tan poca energía —dijo Luke—. Al principio pensé que tendríamos que traer media docena de Destruidores Estelares y mantenerlos aquí durante un mes.

—Un poco de energía, y tiempo —dijo Eckels—. Este planeta ya lleva muchos años suspendido al borde del cambio, y de no ser por la oscilación orbital causada por la pérdida de la segunda luna, probablemente se hubiese recuperado con el tiempo, tal como los qellas debían de esperar que hiciese.

—Miren —dijo Lando—. Ya está empezando.

El casco del Vagabundo había empezado a resplandecer, y serpientes de crepitante energía azulada se arrastraban por toda su longitud a medida que la carga de capacitancia iba aumentando para iniciar el salto de cascada. Un instante después tres haces de energía surgieron de cada extremo de la nave y se precipitaron sobre el planeta, creando túneles ionizados a través de la atmósfera en los que unas sustancias químicas preciosas empezaron a renovarse. Los haces convergieron sobre la superficie del océano a medio congelar que se extendía debajo de ellos, creando colosales explosiones de vapor e inmensos chorros de agua

hirviendo que se alzaron por entre las masas de hielo.

—Como espectáculo de luces y colores no está nada mal ¿eh? —dijo Lando—. Es una lástima que sólo haya presentes seis espectadores para verlo.

—Al contrario, general Calrissian —dijo Eckels—. Esa sopa tendrá que hervir durante mucho tiempo, y es mejor para los qellas que pueda hacerlo sin sufrir interferencias del exterior.

El bombardeo del planeta prosiguió durante la larga ascensión del *Babosa del Fango* hacia su cita con el *Dama Suerte*. Cuando las dos naves por fin se encontraron y llevaron a cabo la maniobra de atraque, tanto Lando como Lobot se apresuraron a huir del diminuto y atestado esquife para disfrutar de los lujos del yate. Cetrespeó se fue con ellos, persiguiendo la promesa de un baño de aceite.

Pero Luke y Eckels se quedaron un rato más a bordo del esquife y se dedicaron a contemplar Maltha Obex mientras el Vagabundo, que se había convertido en una manchita minúscula perdida en la lejanía, se sumía en el silencio. Ni Luke ni Eckels expresaron en voz alta lo que estaban pensando, pero los dos compartieron un solo estado de ánimo formado por una mezcla de curiosidad y respeto temeroso.

Cuando Luke cerró los ojos y empezó a respirar lenta y profundamente, Eckels le observó sin hacer ningún comentario. Pero no quedó muy sorprendido cuando, poco después, el Vagabundo desapareció por completo.

—Veo que ha estado practicando —dijo entonces, dándole una palmada de aprobación en el hombro—. Confieso que quiero quedarme para documentar todo esto..., y muy especialmente el día en el que los qellas empiecen a salir del hielo. Pero es mejor así. Sí, es mejor que los dejemos a solas... ¿Cuánto tiempo perdurará el efecto de lo que acaba de hacer?

—No sé cuánto tiempo durará —dijo Luke, bajando la mirada hacia el planeta—. Quizá no dure mucho. Las fuerzas que afectan a la nave son muy complejas, y mi maestra me dijo que todavía he de aprender a ser un poco más delicado y sutil. Pero tenía que intentarlo... Tenía que tratar de correr la cortina y devolverles su intimidad, dándoles un poco de tiempo para la curación y la reconstrucción. —Miró a Eckels—. Pero quiero volver para conocerlos. Me pregunto cuánto tiempo tendremos que esperar.

Había algo más que una sombra de pena y melancolía en la sonrisa con que el arqueólogo respondió a sus palabras.

—Déles cien años —dijo Eckels, sabiendo mientras hablaba que eso significaba que nunca volvería a Maltha Obex—, o un millar. Dejaremos que este lugar siga figurando en las cartas estelares como un mundo muerto y helado en el que no hay nada que merezca ser robado o explotado. Los qellas no nos echarán de menos, y sus vidas serán perfectamente satisfactorias sin nosotros. Les ha hecho un gran regalo, Luke... Les ha dado un futuro. —Eckels se volvió hacia el gran disco blanquecino del planeta—. Presiento que los qellas sabrán aprovecharlo.

## EPÍLOGO

### Coruscant, ocho días más tarde

Un viento frío y húmedo que surgía de un cielo medio nublado abofeteó a Luke Skywalker mientras permanecía inmóvil en el risco que se alzaba sobre su refugio costero. Luke estuvo allí durante mucho rato, y se dedicó a pensar en todas las razones por las que había hecho surgir aquel refugio de las arenas rocosas y en el trabajo que había pensado llevar a cabo allí.

Había reunido los fragmentos de la fortaleza de la soledad de su padre y había intentado convertirlos en algo que pudiera redimirlos de su historia, pero por fin había comprendido que lo único que consiguió con ello fue construir una prisión, y que había tenido mucha suerte al poder escapar de ella.

Luke extendió sus manos y su voluntad, encontró los puntos de mayor tensión ocultos en el interior de la estructura y ejerció presión sobre ellos, y después encontró los puntos de mayor fragilidad y los aplastó. El refugio se desmoronó con un rugido que rivalizó durante unos momentos con el aullido del viento, y las ruinas se desplomaron sobre el caza que seguía estacionado en su interior.

Pero eso no bastaba para satisfacer a Luke, y no sería suficiente para que la tentación quedase definitivamente borrada. Luke fue alzando uno tras otro los fragmentos del refugio y del caza destrozado, sacándolos de la arena y elevándolos por los aires para estrujarlos con el poder de sus pensamientos hasta que sólo quedó una espesa nube de partículas metálicas y trocitos del tamaño de un guijarro que giraron locamente en el vacío durante unos instantes.

Después, con un último y convulsivo esfuerzo de su voluntad, lanzó la nube de restos hacia la lejanía y la impulsó más allá de los rompientes, donde cayó sobre el oleaje en una fugaz lluvia y se desvaneció.

—Aún no ha llegado el momento de que me vaya —le dijo al viento a modo de explicación—. Y cuando llegue ese momento, me iré a un sitio mejor que éste.

Leia saludó al androide de vigilancia con un asentimiento de cabeza mientras pasaba junto a él e intentaba conseguir que sus tres hijos cruzaran la verja por delante de ella.

—Ya puedes cerrar el perímetro —le dijo al androide—. Pasaremos la noche en casa, y el resto del mundo puede esperar fuera hasta que haya amanecido.

—Sí, princesa.

Jacen y Jaina echaron a correr a lo largo del sendero bordeado de flores, y unas risas y chillidos de deleite totalmente inesperados llegaron a los oídos de Leia unos instantes después de que los gemelos hubieran desaparecido detrás de un recodo. Dejando a Anakin en el centro del camino para que siguiese adelante por su cuenta, Leia echó a correr hacia la casa para averiguar cuál podía ser la causa de toda aquella conmoción. Pero sólo había dado unas cuantas largas zancadas cuando su carrera fue frenada en seco por la visión de Luke llevando a Jaina sobre un brazo mientras Jacen tiraba de su otro codo. Los tres estaban sonriendo de oreja a oreja, aunque la sonrisa de Luke se desvaneció rápidamente en cuanto vio la expresión de Leia.

—Me acaban de explicar que has ido al hospital de la flota —dijo Luke, preparando un hueco en el otro brazo para Anakin—. ¿Qué tal se encuentra Han?

—Está mejor —dijo Leia—. Ya ha salido del tanque, y empieza a parecer el Han de siempre. Es la primera vez que he ido a visitarle con los niños. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Aceptar con bastante retraso una invitación que me habían hecho —dijo Luke, intentando sonreír.

—Ayúdame a acostar a los niños —dijo Leia.

Eso requirió algún tiempo, pues la inesperada aparición de Luke había disipado por completo cualquier posible somnolencia que pudieran estar sintiendo. Los niños literalmente se negaron a separarse de él hasta haberle arrancado la promesa de que volverían a verle por la mañana.



—De acuerdo, pero ahora vuestra mamá y yo tenemos que hablar —dijo Luke con firmeza—, y eso quiere decir que hay que apagar las luces y que debéis cerrar los ojos. Pensad en vuestro padre y enviadle pensamientos curativos para que pueda volver a casa lo más pronto posible.

Leia le observaba y le escuchaba con una pasiva curiosidad. Cuando ella y Luke por fin estuvieron a solas bajo la tenue y acogedora iluminación de la sala familiar, Leia se volvió hacia él.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi hermano? —le preguntó, medio en broma y medio en serio.

Luke se rió.

—No he cambiado tanto como probablemente desearías.

—¿Encontraste lo que esperabas encontrar?

El brillo de la risa desapareció de los ojos de Luke.

—No —dijo—. Pero como ocurre alguna vez, encontré otra cosa. No estoy muy seguro de poder explicar qué es.

—Puedo percibir una diferencia en ti —dijo Leia—. Pareces... más tranquilo.

—Han ocurrido muchas cosas y he aprendido algunas lecciones, Leia —dijo Luke—. Sigo queriendo saber quién era nuestra madre y qué nos dio. Eso sigue teniendo mucha importancia para mí. El no saberlo es como un agujero vacío oculto en mi interior, y una parte de lo que me dijo Akanah llenaría tan bien ese vacío que sigo queriendo creer que no me mintió.

—Pero has vuelto.

—Lo que me hizo volver fue precisamente ese pequeño fragmento que tal vez haya logrado encontrar —dijo Luke—. Una lección sobre el amor y la familia de una mujer a la que nunca conocí, y a la que probablemente nunca conoceré... Eso es lo que he traído de vuelta conmigo. Leia, que me dedique a perseguir una esperanza desde el Borde hasta el Núcleo mientras que tú y esos niños estáis aquí, reales y en carne y hueso, es una auténtica locura. Y si todavía estás dispuesta a dejarme tomar parte en la tarea de quererlos, enseñarles lo que deben llegar a saber y compartir contigo el deleite que sientes al ver cómo crecen... Bien, entonces soy el tío Jedi que andabas buscando.

Leia, con los ojos ligeramente velados por una neblina de lágrimas, fue hacia él y envolvió a su hermano en un largo abrazo lleno de apasionada alegría.

—Bienvenido a mi familia, Luke —murmuró, ofreciendo y aceptando al mismo tiempo el calor familiar y reconfortante de la unión—. Bienvenido a casa.